



ÍNDICE

CAPÍTULO 1	CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 2	CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 3	CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 4	CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 5	CAPITULO 21
CAPÍTULO 6	CAPITULO 22
CAPÍTULO 7	CAPITULO 23
CAPÍTULO 8	CAPITULO 24
CAPÍTULO 9	CAPITULO 25
CAPÍTULO 10	CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 11	CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 12	CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 13	CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 14	CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 15	
CAPÍTULO 16	

CAPÍTULO 1

Al sacar la carta del buzón, Kelsey nunca supuso que le había sido escrita por una muerta. El sobre de color crema, la letra prolija en que estaban escritos su nombre y su dirección y el sello postal de Virginia eran poco llamativos. Tan poco llamativos que, mientras se sacaba los zapatos, la dejó junto con el resto de la correspondencia sobre la mesita que había bajo la ventana del living.

Se encaminó a la cocina y se sirvió un vaso de vino. Se dijo que lo bebería con lentitud, antes de abrir la correspondencia. El vino no le hacía falta para enfrentar esa carta ni las facturas ni la postal de una amiga que disfrutaba de un breve viaje por el Caribe.

Lo que la sacudía era el paquete que le enviaba su abogado. El paquete que sin duda contenía su sentencia de divorcio. El documento legal gracias al cual dejaría de ser la señora Kelsey Monroe para volver a convertirse en Kelsey Byden, para pasar de ser una mujer casada a una soltera, de la mitad de una pareja a una divorciada.

Sabía que era una tontería que pensara así. Desde hacía dos años sólo había sido la mujer de Wade en un sentido técnico y legal; dos años, casi el mismo tiempo que fuero marido y mujer.

Pero ese documento lo convertía todo en algo definitivo, mucho más definitivo que las discusiones, las lágrimas, la separación, los honorarios de los abogados y las maniobras legales.

Hasta que la muerte nos separe, pensó con amargura, y bebió un sorbo de vino. ¡Que tontería! De ser cierto, habría muerto a los veintiséis años. Y estaba viva; viva bien. Y de nuevo integraba el poco agradable grupo de las solteras en condiciones de volver a salir con hombres.

De sólo pensarlo, se estremeció.

Supuso que Wade debía haber salido a celebrarlo en compañía de su socia de la agencia de publicidad. La socia con quien él vivió una aventura, una relación que –como él mismo le aseguró a su sorprendida y furiosa esposa- no tenía nada que ver con ella ni con el matrimonio de ambos.

Lo extraño fue que Kelsey no le vio así. Tal vez no se le ocurrió pensar que debía morir o matar a Wade para que dejaran de vivir en común, pero tomó muy en serio el resto de sus votos matrimoniales. Y el hecho de no engañar a su marido ocupaba el primer lugar en la lista.

No, sintió que la pequeña Lari, la del cuerpo escultural y la sonrisa estereotipada, tenía mucho que ver con ella.

No pensaba darle una segunda oportunidad a su marido. Ese desliz, como Wade lo llamaba, no se repetiría. Kelsey se mudó en el acto de la hermosa casa que compartían en Georgetown, dejando tras de sí todo lo que habían acumulado durante el tiempo en que estuvieron casados.

Le resultó humillante volver a casa de su padre y su madrastra pero había distintos grados de orgullo. Así como había distintos grados de amor. Y su amor se apagó como se apaga una luz en el mismo instante en que encontró a Wade instalado con Lari en su suite de hotel de Atlanta.

¡Qué sorpresa! Pensó Kelsey con ironía. Bueno, cuando entró en esa suite con una valija y la tonta y romántica intención de pasar el fin de semana con su marido en Atlanta, donde él estaba en viaje de negocios, los sorprendidos fueron tres. Tal vez ella fuese rígida incapaz de perdonar, dura de corazón, todas las cosas de las que Wade la acusó cuando se negó a echarse atrás en su exigencia de un divorcio. Pero Kelsey estaba convencida de que también tenía razón.

Terminó el vino y regresó al living del immaculado departamento de Bethesda. En esa habitación llena de sol, no había un solo sillón o candelabro que alguna vez hubiera estado en Georgetown. Estaba decidida a empezar de nuevo y sin lastres. Eso era lo que quería y eso fue lo que logró. Los colores fríos y las reproducciones que la rodeaban eran exclusivamente suyas.

Para ganar tiempo, encendió el estéreo y colocó un "compact disc" de la sonata Patética de Beethoven. Heredaba de su padre el gusto por la música clásica. Era una de las muchas cosas que ambos compartían. Por cierto que también compartían el amor por el conocimiento y Kelsey no ignoraba que antes de emplearse en Monroe y Asociados, corría el peligro de convertirse en una eterna estudiante.

Y aun cuando empezó a trabajar, se sintió impulsada a tomar clases de temas que iban de la antropología a la zoología. Wade se reía de ella, intrigado y divertido por su interminable cambio de empleos y de cursos de estudios.

Kelsey renunció a Monroe al casarse con él. Entre su propio fondo fiduciario y las entradas que tenía Wade, no le hacía falta trabajar. Quería dedicarse por entero a remodelar y a redecorar la casa que acababan de comprar en Georgetown. Durante ese tiempo disfrutó de cada minuto que dedicó a lijar paredes, a pulir pisos y a recorrer casas de antigüedades, en busca del objeto

exacto para cada exacto lugar. Trabajar en el pequeño jardín, arrancar yuyos y diseñar el formal jardín inglés fue puro placer para ella. Al año de vivir allí. La casa era un testimonio de su buen gusto, sus esfuerzos y su paciencia.

Y ahora todo eso no era más que un capital que había sido dividido entre ambos.

Después de la separación, Kelsey volvió a la universidad, ese refugio académico donde el mundo real podía olvidarse durante varias horas por día. En ese momento trabajaba medio día en la National Gallery, gracias a los cursos de historia del arte que había hecho.

No era necesario que trabajara para ganar dinero. El fondo fiduciario que le legó su abuelo paterno era más que suficiente para permitirle vivir con comodidad, de manera que nada le impedía pasar de un empleo a otro que le resultara más atrayente.

Por lo tanto, era una mujer independiente. Joven, pensó y mirando el paquete del correo, agregó para sus adentros: soltera. Que se encontraba en condiciones de hacer un poco de todo, pero nada a fondo. Lo único en que creyó que se destacaba, en el matrimonio, fue un fracaso total.

Respiró hondo y se acercó a la mesita donde acababa de dejar la correspondencia.

Pasó los dedos sobre el paquete de documentos legales, esos dedos finos y elegantes que tanto piano habían practicado, dedos que habían aprendido a escribir a máquina, a cocinar comidas dignas de un gourmet, a programar una computadora. Y en una de esas manos tan competentes, en un tiempo había lucido una alianza matrimonial.

Kelsey hizo a un lado el grueso sobre del abogado, ignorando la pequeña voz interior que la tildaba de cobarde. Pero en lugar de ese sobre tomó otro, el más pequeño, el que le estaba dirigido con una letra extrañamente parecida a la suya. Una letra que tenía el mismo estilo osado, prolijo pero algo ostentoso. Sin demasiada curiosidad, lo abrió.

Querida Kelsey: Comprendo que te sorprenderá tener noticias mías.

Siguió leyendo y el vago interés del principio se convirtió en impacto, el impacto en incredulidad. Luego la incredulidad se convirtió en algo parecido al miedo.

Se trataba de la invitación de una muerte. Una muerte que era su madre.

Desde que recordaba, en momentos de crisis, Kelsey siempre había recurrido a una misma persona. El amor y la confianza que le inspiraba su padre había sido

siempre una constante en su naturaleza inquieta. Él siempre se encontraba allí para ayudarla, no tanto como si fuera un puerto en una tormenta, sino como una mano a la que se podía aferrar hasta que la tormenta pasara.

Los primeros recuerdos de Kelsey eran de él, de su rostro apuesto y serio, sus manos suaves y su voz tranquila e infinitamente paciente. Lo recordaba atándole moños en el pelo o cepillándose mientras en el estéreo resonaban los compases de Bach o de Mozart. Él fue quien le besó mejor que nadie las lastimaduras de la infancia, quien le enseñó a andar en bicicleta, quien le enjugaba las lágrimas.

Kelsey lo adoraba y estaba orgullosa casi hasta la violencia de sus logros como presidente del departamento de inglés de la Universidad de Georgetown.

No sintió celos cuando él se volvió a casar. A los dieciocho años a Kelsey le encantó que su padre hubiera encontrado a alguien a quien amar y con quien compartir su vida. E hizo lugar en su corazón y en su casa para Candace, y se sintió secretamente orgullosa de su madurez y altruismo al aceptar a una madrastra y a un hermanastro adolescente.

Tal vez le resultó fácil porque sabía que nada ni nadie podía romper los lazos que la unían a su padre.

Nada ni nadie, pensó en ese momento, con excepción de la madre a quien ella creía muerta.

El impacto de la traición luchaba en su interior con una furia fría mientras, en medio del tráfico de esa hora pico, avanzaba hacia las elegantes propiedades de Potomac, Maryland. Había salido a la carrera del departamento sin ponerse un saco, y hasta se olvidó de encender la calefacción del auto, pero no sintió el frío de esa tarde de febrero. La furia le coloreaba el rostro, agregando un resplandor rosado a su piel de porcelana, un brillo especial a sus ojos grises.

Tamborileó los dedos sobre el volante mientras esperaba que la luz del semáforo cambiara, impaciente por apurarse, apurarse. Y mientras luchaba por no pensar, apretaba los labios ocultando así la forma generosa de su boca.

En ese momento no convenía que pensara. No, no convenía que pensara que su madre estaba viva y que vivía en Virginia, apenas a una hora de allí. No convenía que pensara en nada de eso porque, si lo hacía, tal vez empezaría a gritar. Pero le temblaban las manos cuando recorrió la calle majestuosa bordeada de árboles en la que había pasado su infancia, cuando detuvo el auto en el camino de entrada de la casa colonial de tres pisos donde creció.

La casa tenía un aspecto tan pacífico y prolijo como el de una iglesia, las ventanas relucientes, el borde blanco tan inmaculado como un alma pura. De la chimenea surgía un hilo de humo y los primeros azafranes tímidos asomaban sus hojas delicadas alrededor del viejo olmo del jardín delantero.

La casa perfecta en el barrio perfecto, cosa que Kelsey siempre había pensado.

Segura, de buen gusto, a corta distancia de la excitación y la cultura del centro y con toda la apariencia de una riqueza tranquila y respetable.

Kelsey bajó del auto, cerró la portezuela con estruendo, corrió hacia la puerta de entrada y la abrió de un tirón. En esa casa jamás había tenido que tocar el timbre. Mientras cruzaba el vestíbulo de pisos blancos, Candace salió de la sala de estar, a su derecha.

Como siempre, estaba inmaculadamente vestida. La perfecta mujer de un académico, que lucía un vestido de lana azul de corte conservador, el pelo peinado hacia atrás que dejaba al descubierto su rostro y un sencillo par de aros de perlas.

-¡Qué sorpresa tan agradable, Kelsey! Espero que puedas quedarte a comer. Vendrán algunos profesores de la facultad y, como siempre, me gustaría que...

-¿Adónde está papá? —interrumpió Kelsey.

Candace parpadeó, sorprendida por el tono de su hijastra. En ese momento comprendió que Kelsey era presa de uno de sus ataques de furia. Lo último que ella necesitaba, una hora antes de que se le llenara la casa de gente, era una de las explosiones de su hijastra.

-¿Suced algo?

-¿Dónde está papá?

-Estás angustiada. ¿Se trata de Wade de nuevo? -Candace hizo a un lado el problema con un gesto de la mano-. Kelsey: divorciarse no es agradable, pero tampoco es el fin del mundo. Ven a sentarte.

-No quiero sentarme, Candace. Quiero hablar con papá. -Cerró los puños al costado del cuerpo-. Bueno, ¿me vas a decir dónde está o prefieres que lo busque?

-¡Hola, hermana! -saludó Channing mientras bajaba por la escalera. Había heredado las hermosas facciones de Candace y un gusto por la aventura que, de acuerdo a la madre, no tenía de quien heredar. Aunque apenas tenía trece años cuando Candace se casó con Philip Byden, el buen carácter de Channing logró que la transición se realizara sin problemas-. ¿Qué pasa?

Kelsey respiró hondo para no gritar.

-¿Dónde está papá, Channing?

-El Profe está en su estudio, con la nariz enterrada en ese ensayo que está escribiendo.

Channing alzó las cejas. Él también reconocía las señales de una furia incipiente: el brillo de los ojos, las mejillas arreboladas. A veces hacía lo imposible por apagar ese fuego. Otras, se daban el gusto y lo incentivaba.

-Supongo, Deis que no piensas quedarte a comer esta noche con esos gusanos de biblioteca, ¿verdad? ¿Qué te parece si tú y yo salimos a recorrer algunos clubes?

Ella meneó la cabeza y se encaminó al estudio de su padre.

-Kelsey, ¿es necesario que seas tan volátil? -preguntó Candace, enojada.

-Sí, pensó Kelsey mientras abría de un tirón la puerta del estudio de su padre. Sí.

Pegó un portazo a sus espaldas y permaneció un instante en silencio, porque las palabras le ardían en la garganta y surgían con tanta rapidez que no hubiera podido alcanzar a pronunciarlas. Philip estaba instalado ante su bienamado escritorio de roble, casi oculto tras una pila de libros y carpetas. Tenía una lapicera en la mano. Siempre había mantenido que las mejores obras nacían de la intimidad del hecho de escribir y se negaba en forma terminante a componer sus ensayos en una computadora.

Tras los anteojos de marco plateado, sus ojos tenían ese aspecto de búho que adquirirían cuando se apartaba de la realidad que lo rodeaba. Se fueron aclarando con lentitud y entonces le sonrió a su hija. La luz del escritorio resplandecía sobre su pelo muy corto de un tono parecido al del peltre.

-¡Ah! ¡Qué suerte! Llegas justo a tiempo para leer este borrador de mi ensayo sobre Yeats. Temo que he vuelto a ponerme larguero.

Lo único que a Kelsey se le ocurrió pensar fue en lo normal que parecía. Tan normal, allí sentado, con su chaqueta de Tweed y su corbata perfectamente anudada. Buen mozo, despreocupado, rodeado de sus libros de poesía y de su genio.

En cambio el mundo de Kelsey, del que él era la médula, acababa de hacerse añicos.

-Está viva –barboteó-. Está viva y siempre me has mentido.

Él se puso muy pálido y apartó los ojos de los de su hija. Sólo fue durante un instante, pero ella alcanzó a percibir el miedo y el shock que se reflejaban en esos ojos.

-¿De qué estás hablando, Kelsey? -Pero lo sabía, lo sabía y debió poner en juego todo su autocontrol para no hablar con tono de súplica.

-Te suplico que no me sigas mintiendo. -Se acercó de un salto al escritorio-. ¡No me mientas! ¡Está viva! Mi madre está viva y tú lo sabías. Lo sabías y siempre me has dicho que había muerto.

El pánico hirió a Philip como un escalpelo.

-¿De dónde sacaste esa idea?

-De ella. -Metió la mano en la cartera y sacó la carta-. De mi madre. Y ahora, ¿quieres decirme la verdad?

-¿Puedo ver esa carta?

Kelseyladeó la cabeza y lo miró. Fue una mirada que lo penetró hasta los huesos.

-¿Mi madre ha muerto?

Él vaciló y sostuvo la mentira tan cerca de su corazón como si fuera su hija. Pero comprendió que si la seguía manteniendo, perdería a Kelsey.

-No. ¿Puedo ver esa carta?

-¿Así nomás me lo dices? -Las lágrimas contra las que luchaba se acercaban peligrosamente a la superficie. ¿Sencillamente con un "no?" ¿Después de tanto tiempo y de tantas mentiras?

-Sólo fue una mentira, pensó él, y ni siquiera duró el tiempo necesario.

-Haré todo lo posible por explicártelo, Kelsey Pero me gustaría ver esa carta.

Ella se la alcanzó, sin una palabra. Luego, como no podía tolerar seguir mirándolo, se volvió hacia la ventana alta y angosta desde donde veía que la penumbra del anochecer iba invadiendo la luz del día.

El papel temblaba tanto en manos de Philip que tuvo que apoyarlo sobre el escritorio para poderlo leer. La letra era inconfundible. Temida. Leyó la carta con cuidado, palabra por palabra.

Querida Kelsey:

Comprendo que tal vez te sorprenda tener noticias mías. Me pareció poco prudente, o por lo menos injusto, ponerme antes en contacto contigo. Y aunque un llamado telefónico hubiese sido más personal, tengo la sensación de que necesitarás tiempo. Y una carta te dará más tiempo para elegir tus opciones.

Deben haberte dicho que morí cuando eras muy chica. De alguna manera fue cierto, y yo acepté la decisión de ahorrarte dolor. Pero han pasado más de veinte años y ya no eres una criatura. Creo que tienes el derecho de saber que tu madre vive.

Tal vez la noticia no te resulte agradable. Pero de todos modos, tomé la decisión de ponerme en contacto contigo, y no lo lamentaré.

Si quieres verme, o simplemente si tienes preguntas que exigen una respuesta, serás bienvenida. Vivo en el haras Los Sauces, en las afueras de Bluemont, Virginia. La invitación es abierta. Si decides aceptarla, me encantaría que te quedaras aquí todo el tiempo que quieras. Si no recibo noticias tuyas, comprenderé que no deseas continuar nuestra relación. Pero espero que la curiosidad que tanto te impulsaba cuando chica te tentará, por lo menos, a hablar conmigo.

Con cariño.

Naomi Chadwick

Naomi. Philip cerró los ojos. ¡Dios Santo! Naomi.

Hacía casi veintitrés años que no la veía, pero recordaba cada detalle con claridad.

Su perfume que le recordaba los claros umbrosos de bosques, la risa contagiosa que siempre hacía que la gente se volviera a mirarla, el pelo de un rubio plateado que le caía por la espalda, los ojos oscuros y el cuerpo esbelto.

Sus recuerdos eran tan claros, que cuando Philip volvió a abrir los ojos, creyó que la veía. El corazón le saltó dentro del pecho, en parte por miedo, en parte por un deseo largo tiempo contenido.

Pero era Kelsey que, muy tiesa, le daba la espalda.

¿Cómo es posible que haya olvidado a Naomi, se preguntó, si sólo tengo que mirar a mi hija para verla?

Philip se puso de pie y se sirvió un whisky de un botellón de cristal. Lo tenían allí para las visitas. Él pocas veces bebía más que una copa de coñac. Pero en ese momento necesitaba algo fuerte, algo que aquietara el temblor de sus manos.

-¿Y qué piensas hacer? -le preguntó a su hija.

-Todavía no lo he decidido -contestó ella, sin dejar de darle la espalda-. Mucho depende de lo que tú me digas.

Philip deseó poder acercársele, acariciarle los hombros. Pero en ese momento ella no lo aceptaría. Deseó poder sentarse, enterrar la cara entre las manos. Pero eso sería una debilidad, e inútil.

Pero lo que más deseaba era poder retroceder veinte años en el tiempo y hacer algo, cualquier cosa, con tal de impedir que el destino le atropellara la vida.

Pero eso era imposible.

-No es sencillo, Kelsey.

-Por lo general las mentiras son complicadas.

Entonces ella se volvió y Philip cerró los dedos con fuerza alrededor del vaso de cristal. ¡Era tan parecida a Naomi! El pelo brillante que caía al descuido, los ojos oscuros, la piel encendida por la pasión que cubría esos huesos faciales delicados. Algunas mujeres eran más hermosas que nunca cuando sus emociones llegaban a un punto peligroso.

Así era en el caso de Naomi. Así era en el caso de su hija.

-Eso es lo que has hecho durante todos estos años, ¿verdad? -continuó diciendo Kelsey-. Me mentiste. Mi abuela me mintió. Ella mintió -agregó señalando la carta que estaba sobre el escritorio-. Y si no hubiera recibido esa carta, habrías seguido mintiéndome.

-Sí, mientras creyera que era mejor para ti.

-¿Mejor para mí? ¿Cómo iba a ser mejor que creyera que mi madre había muerto? ¿Cómo puede ser mejor para nadie una mentira?

-Siempre has estado muy segura con respecto a lo que esta bien y a lo que está mal, Kelsey. Es una cualidad admirable. -Hizo una pausa y bebió un sorbo de whisky-. Y aterrador. Desde chica tu sentido de la ética nunca ha vacilado. Comprende que es muy difícil que los simples mortales podamos estar a tu altura.

Los ojos de Kelsey relampaguearon. Era muy parecida, demasiado parecida a la acusación que le había hecho Wade.

-De manera que yo tengo la culpa.

-No. No. -Cerró los ojos y se frotó distraído un punto en el centro de la frente-. Nada de esto fue culpa tuya, pero lo hicimos todo por ti.

-Philip. -Después de un rápido llamado, Candace abrió la puerta del estudio-. Han llegado los Dorset.

Él se obligó a sonreír con expresión de cansancio.

-Te pido que los entretengas, querida. Necesito algunos minutos con Kelsey.

Candace miró a su hijastra con una expresión en la que se mezclaban la desaprobación y la resignación.

-Está bien, pero no tardes mucho. La comida se servirá a las siete. Kelsey, ¿quieres que ponga otro cubierto en la mesa?

-No, gracias, Candace. No me quedaré a comer.

-Está bien, pero no retengas demasiado a tu padre.-Cerró la puerta-.

Kelsey respiró hondo y se irguió.

-¿Ella lo sabe?

-Sí. Se lo tuve que decir antes de que nos casáramos.

-Se lo tuviste que decir -repitió Kelsey-. Pero a mí no me lo dijiste.

-No fue una decisión fácil. Ni para mí, ni para nadie. Naomi, tu abuela y yo creímos que era para tu bien. No tenías más que tres años, Kelsey. Eras casi un bebé.

-Pero ya hace tiempo que soy adulta, papá. Me he casado y divorciado.

-No tienes idea de lo rápido que pasan los años. -Se volvió a sentar con el vaso entre las manos. Se había convencido de que ese momento no llegaría nunca. Su vida era demasiado tranquila demasiado estable para volver a experimentar esa sensación de estar en una montaña rusa. Pero Naomi pensó, nunca se ha conformado con una vida estable-.

Kelsey tampoco. Y había llegado la hora de la verdad.

-Ya te he explicado que tu madre fue una de mis alumnas. Era hermosa, joven, vibrante. Nunca comprendí por qué se sintió atraída por mí. En realidad, todo sucedió con bastante rapidez. Nos casamos a los seis meses de habernos

conocido. No fue el tiempo suficiente para que ninguno de los dos comprendiera hasta qué punto éramos distintos. Vivimos en Georgetown. Ambos descendíamos de lo que se podría llamar familias privilegiadas, pero ella tenía un sentido de la libertad que yo no podía emular. Una fiereza, una necesidad de gente de lugares, de cosas. Y por supuesto, estaban sus caballos.

Volvió a beber, para aliviar el dolor que le provocaban los recuerdos.

-Creo que lo primero que nos separó fueron los caballos. Después de que tú naciste, ella tuvo una necesidad desesperada de volver al haras de Virginia. Quería que crecieras allí. Mis ambiciones y esperanzas de futuro estaban aquí. Estaba por doctorarme y ya en esa época ambicionaba llegar a ser el presidente del departamento de inglés de Georgetown. Durante un tiempo llegamos a una componenda y yo pasaba en Virginia todos los fines de semana que podía. Pero no bastaba. Es más sencillo decir que nos fuimos separando.

-Es más seguro explicarlo así, pensó, mientras clavaba la mirada en su whisky Y ciertamente menos doloroso.

-Decidimos divorciarnos. Naomi quería que tú estuvieras en Virginia, con ella. Yo te quería en Georgetown, conmigo Ni comprendía ni me gustaba ese grupo de gente que se dedicaba a las carreras con quienes ella trababa amistad: los apostadores los jockeys. Discutimos con enorme amargura. Después contratamos abogados.

-¿Fue un juicio por custodia de la hija? -Kelsey miró sorprendida a su padre-. ¿Se pelearon por obtener mi custodia?

-Fue un asunto muy desagradable, increíblemente repugnante Que dos personas que se han querido, que tuvieron una hija, puedan convertirse en enemigos mortales, es una demostración patética acerca de lo que es la naturaleza humana.

-Por fin, levantó la vista y la miró.

-No es algo de lo que esté orgulloso, Kelsey, pero desde el fondo de mi corazón creía que convenía que estuvieras conmigo. Ella ya salía con otros hombres. Se rumoreaba que uno de ellos tenía conexiones con el crimen organizado. Una mujer como Naomi, siempre atraería a los hombres. Era como si estuviera haciendo ostentación de ellos, de las fiestas, de su estilo de vida. Como si nos desafiara a mí y al mundo a que la condenáramos por hacer lo que se le daba la gana.

-De manera que tú ganaste -dijo Kelsey en voz baja-. Ganaste el juicio, me ganaste a mí y después decidiste decirme que ella había muerto. -Se volvió de

nuevo, mirando la ventana que ya estaba oscura. En ella alcanzaba a ver su propio fantasma-. En la década del setenta, la gente se divorciaba. Los hijos lo soportaban. Debieron establecer un plan de visitas. Debieron permitir que yo la viera.

-Ella no quiso que la vieras. Y yo tampoco lo quise.

-¿Por qué? ¿Porque se fue con uno de los otros hombres?

-No. -Philip depositó el vaso con cuidado sobre un apoya vasos de plata-. Porque mató a uno de ellos. Porque estuvo diez años en la cárcel por asesinato.

Kelsey se volvió a mirarlo con mucha lentitud, con enorme lentitud, porque de repente el aire se había puesto espeso.

-¿Por asesinato? ¿Me estás diciendo que mi madre es una asesina?

-Tenía esperanzas de no tener que decírtelo nunca. -Philip se puso de pie en un silencio tan total que le pareció oír crujir sus huesos-. Tú estabas conmigo. Agradezco a Dios que esa noche hayas estado conmigo y no en el haras donde sucedió todo. Naomi le disparó a su amante, un hombre llamado Alec Bradley Estaban en el dormitorio. Discutieron y ella sacó un arma del cajón de la mesa de luz y le disparó. En ese momento Naomi tenía veintiséis años la misma edad que tienes tú ahora. La encontraron culpable e asesinato en segundo grado. La última vez que la vi, estaba en la cárcel. Me dijo que prefería que la creyeras muerta. Si yo aceptaba, me juró que nunca se pondría en contacto contigo. Y hasta ahora mantuvo su palabra.

-No entiendo nada de todo esto. -Mareada, Kelsey se llevó las manos a las sienes.

-Hubiera querido ahorrártelo. -Con suavidad, Philip le tomó las muñecas y le bajó las manos para poder verle la cara-. Si te parece que estuvo mal haberte protegido, entonces te diré que actué mal, pero sin disculparme. Yo te quería, Kelsey Eras toda mi vida. ¡Por favor, no me odies por esto!

-No, no te odio, - Siguiendo una vieja costumbre, apoyó la cabeza contra el hombro de su padre, para descansar mientras las ideas y las imágenes eran un torbellino, en su mente-. Necesito pensar ¡Todo esto me parece tan imposible! Ni siquiera la recuerdo papá!

-Eras demasiado chica -murmuró él, aliviado-. Te puedo asegurar que te pareces a ella. El parecido es casi increíble. Y también te puedo asegurar que a pesar de sus defectos, Naomi era una mujer vibrante y fascinante.

Y un crimen violento fue uno de esos defectos, pensó Kelsey

-Tengo muchas preguntas por hacer, pero en este momento no se me ocurre ninguna.

-¿Por qué no te quedas a pasar la noche? En cuanto pueda desligarme de nuestros invitados, volveremos a hablar

Era una propuesta tentadora, poder encerrarse en la familiaridad segura de su antiguo dormitorio, permitir que su padre le aliviara las heridas y disipara sus dudas, como lo hacía siempre.

-No, necesito volver a casa. -Se alejó de él antes de dejarse convencer-. Me hará bien estar sola un rato. Y Candace ya está enojada conmigo por haberte mantenido tanto tiempo lejos de tus invitados.

-Ella comprenderá.

-¡Por supuesto que comprenderá! Será mejor que te vayas. Creo que saldré por la puerta de atrás. En este momento preferiría no toparme con nadie.

Philip notó que la oleada de pasión de su hija había desaparecido, dejándole la piel pálida y frágil.

-Kelsey, me gustaría que te quedaras.

-Te aseguro que estoy bien. Lo único que necesito es asimilar todo esto más tarde conversaremos. Ve a encontrarte con tus invitados y después volveremos a hablar. -Lo besó, tanto para convencerlo de que lo perdonaba como para urgirlo a que saliera En cuanto estuvo sola, se acercó al escritorio y miró la carta.

Después de un momento la dobló y la volvió a meter en la cartera.

Decidió que había sido un día muy fuera de lo común. Un día durante el cual perdió a un marido y ganó una madre.

CAPÍTULO 2

A veces es mejor seguir los impulsos, pensó Kelsey. Bueno, tal vez no fuera lo mejor, pero sin duda era lo más satisfactorio. En ese momento viajaba en el auto por la ruta 7, a través de las colinas de Virginia.

Tal vez habría sido mejor que volviera a hablar con su padre. Haberse tomado el tiempo necesario para pensar las cosas a fondo. Pero le resultó mucho más satisfactorio meterse en el auto y enfilar hacia el haras Los Sauces para enfrentar a la mujer que se había hecho pasar por muerta durante dos décadas.

Mi madre, pensó Kelsey. La asesina.

Para distraerse y no pensar en eso, subió el volumen de la radio hasta que Rachmaninoff salió atronando por la ventanilla abierta. Era un día maravilloso para viajar en auto. Eso era lo que ella misma se había dicho esa mañana, al salir apresuradamente de su departamento solitario. Pero ni siquiera en ese momento se confesaba a donde pensaba ir, pese a haber consultado el mapa para encontrar el camino más directo a Bluemont.

Nadie la esperaba. Nadie sabía hacia dónde se dirigía.

Eso le daba una sensación de libertad. Apretar el acelerador y gozar de la velocidad, del aire frío que se colaba por las ventanillas, del poder de la música. Podía ir a cualquier parte, hacer lo que quisiera. No tenía que darle explicaciones a nadie, nadie le haría preguntas. La única que en ese momento podía hacer preguntas era ella.

Tal vez se hubiera vestido con más cuidado del necesario para un viaje al campo. Era una cuestión de orgullo. El color durazno de la blusa de seda y de los pantalones le sentaba, el corte de esa ropa realzaba su buena figura.

Después de todo, cualquier mujer adulta que se preparara para conocer a su madre, querría tener el mejor aspecto posible. Kelsey se había trenzado el pelo y dedicó más tiempo del habitual a su maquillaje y a la elección de accesorios.

Todos esos preparativos le tranquilizaron los nervios.

Pero al aproximarse a Bluemont, volvió a ponerse nerviosa.

Todavía estoy a tiempo de cambiar de idea, se dijo al detener el auto frente a una pequeña tienda de ramos generales. Pedir que le indicaran el camino hacia Los Sauces no quería decir que estuviera obligada a ir. Si quería, podía simplemente pegar la vuelta y regresar a Maryland.

Podía seguir adelante, cruzar Virginia y entrar a Carolina.

Doblaría hacia el oeste, o al este, hacia la costa. Una de las cosas que más le gustaba era meterse al auto y salir sin rumbo fijo, hacia donde su capricho la llevara. Después de dejar a Wade, había pasado un impulsivo fin de semana en un hotelito encantador de la costa Este.

Podría volver allí, pensó. Un llamado al trabajo, parar en alguna tienda del camino para comprar un cambio de ropa, ¡y listo!

No se trataba de que huyera. Sencillamente se iba.

¿Pero por qué tendría la sensación de estar huyendo?

La pequeña tienda estaba tan llena de estantes, de cajones de lácteos y de herramientas colgando de las paredes, que tres clientes parecían una multitud. El viejo detrás del mostrador tenía a su lado un cenicero lleno de colillas, una cabeza tan calva como una moneda y un cigarrillo recién encendido colgando de los labios. Miró a Kelsey con los ojos entrecerrados y a través de una nube de humo.

-Me pregunto si me podría indicar el camino hasta el harás Los Sauces.

Él viejo la siguió mirando durante un instante, entrecerrando los ojos enrojecidos por el humo.

-¿Busca a la señorita Naomi?

Kelsey imitó una de las miradas de su abuela, destinada a poner en su lugar a los curiosos.

-Busco el harás Los Sauces. Entiendo que queda en esta zona.

-Sí, por supuesto. -Le sonrió y de alguna manera el cigarrillo desafió las leyes de la gravedad y permaneció en su lugar-. Le explicaré lo que tiene que hacer. Siga alrededor de tres kilómetros por el camino. Allí se topará con una verja blanca. Entonces tiene que doblar a la izquierda por Chadwick Road y seguir unos siete kilómetros y medio. Al llegar a Longshot, siga adelante. No se puede equivocar, porque Longshot tiene una verja de hierro con el nombre. En la siguiente vuelta del camino verá dos postes de piedra con caballos alzados en dos patas. Ése es Los Sauces.

-Gracias.

El viejo aspiró humo, lo exhaló.

-¿Por casualidad usted no será alguien de la familia Chadwick, no?

-No. -Kelsey salió y dejó que la puerta se cerrara a sus espaldas. Cuando arrancó el auto, el viejo la seguía mirando fijo.

Es comprensible, pensó. Es una ciudad chica y yo soy una extraña. Pero de todos modos no le gustó que la miraran de ese modo.

Encontró la verja blanca y dobló a la izquierda para alejarse de la H ciudad. Las casas ya se encontraban más distanciadas y el terreno se iba ondulando hasta convertirse en colinas, todavía atrapado entre la niebla del invierno y el verdor de la primavera. Los caballos pastaban con las crines mecidas por el viento. Las yeguas, todavía cubiertas y por el pelo del invierno, comían mientras sus potrillos saltaban a su alrededor sobre patas finas como escarbadientes. Aquí y allá había un potrero arado para sembrar durante la primavera, cuadrados marrones que dividían los verdes.

Al llegar a Longshot, Kelsey disminuyó la velocidad. No era un camino, como ella supuso, sino otro haras. En la verja de hierro forjado estaba escrito el nombre y a través de ella alcanzó a ver un camino de piedra que subía hasta una casa de cedro y piedra; edificada en lo alto de una loma. Atractiva, pensó Kelsey. Imponente. Desde sus distintos niveles y terrazas se debían divisar paisajes espléndidos del campo.

El camino de entrada estaba flanqueado de olmos que parecían mucho más viejos que la casa en sí, que era moderna casi hasta la arrogancia y sin embargo se alzaba sobre la colina con orgullo territorial.

Kelsey permaneció allí sentada durante un rato. No porque estuviera interesada en la arquitectura ni en el paisaje, por imponentes que fuesen. Sabía que si seguía avanzando por ese camino, no retrocedería.

Decidió que Longshot, textualmente "Disparo Largo", era un punto desde el que el regreso era imposible. Parecía irónicamente apropiado. Cerró los ojos e hizo un esfuerzo por recuperar el equilibrio interior. Era algo que debía hacer con frialdad, con pragmatismo. Ésa no era una reunión en la que se arrojaría llorando en brazos de su madre largo tiempo perdida.

Había desconocidos que debían decidir si querían seguir siéndolo. No, se corrigió. Ella decidiría si quería seguir siendo una desconocida. Estaba allí para obtener respuestas, no amor. Ni siquiera razones.

Y no las obtendré, se recordó Kelsey, si no sigo adelante y hago las preguntas necesarias.

Nunca he sido cobarde. Puedo agregar eso a mi lista de vanidades, pensó, mientras volvía a poner el auto en marcha.

Pero las manos con las que aferraba el volante estaban frías cuando pasó entre los dos postes de piedra con sus caballos en dos patas y mientras avanzaba por el camino de grava hacia la casa de su madre

Durante el verano la casa estaría protegida por los tres sauces llorones de los que provenía su nombre. Pero en ese momento, en las ramas caídas apenas aparecía un toque del verde fresco de la primavera. A través de esas ramas Kelsey alcanzó a ver las blancas columnas dóricas que se alzaban en el amplio porche, las curvas fluidas de la casa de tres pisos, estilo plantación. Femenina, pensó Kelsey casi majestuosa. Y también graciosa e imponente como la época que retrataba.

Vio jardines que supuso que en pocas semanas más estallarían en colores. Imaginaba la escena, acentuada por el zumbido de las abejas el piar de los pájaros y tal vez con el soñado perfume de lilas o glicinas.

En un movimiento instintivo, levantó la vista hacia las ventanas del primer piso. ¿Cuál cuarto? Se preguntó. ¿Cuál cuarto habría sido la escena del crimen?

Cuando detuvo el auto, un estremecimiento le recorrió la columna vertebral. Aunque su primera intención fue dirigirse a la puerta de entrada y golpear, se descubrió caminando hacia el costado de la casa donde unos ventanales daban al patio.

Desde allí alcanzaba a ver parte de las demás edificaciones del harás. Prolijos tinglados, un granero, las caballerizas que parecían casi tan majestuosas como la casa misma. Un poco más lejos, donde se alzaban las colinas, vio caballos pastando y el brillo del sol sobre un curso de agua.

Y, de repente, otra escena cubrió lo que en ese momento veía. Las abejas zumbaban, los pájaros cantaban. El sol era caliente y brillante y percibía el perfume de rosas, tan fuerte y tan dulce. Alguien reía y la alzaba más y más alto, hasta que sentía la seguridad del lomo de un caballo debajo de ella.

Con una pequeña exclamación de alarma, Kelsey se llevó las manos a la boca. No recordaba ese lugar. No lo recordaba. Era todo fruto de su imaginación, nada más. De su imaginación y de sus nervios.

Pero hubiera podido jurar que escuchaba esa risa, salvaje libre y seductora.

Se envolvió el cuerpo con los brazos para calentarse y retrocedió un paso. Se dijo que necesitaba su saco. Lo único que necesitaba era buscar el saco que había

dejado en el auto. En ese momento desde el otro lado de la casa, aparecieron una mujer y un hombre que caminaban del brazo.

Era una pareja tan magnífica, que por un instante Kelsey creyó que también los estaba imaginando.

El hombre era alto, de poco más de un metro ochenta de estatura y con esa gracia fluida con la que nacen algunos seres humanos. Su pelo oscuro, despeinado por el viento, se rizaba como al descuido sobre el cuello de una camisa desteñida. Kelsey alcanzó a ver que sus ojos, profundos y vividamente azules, en un rostro lleno de ángulos y de sombras, se agrandaban de sorpresa.

-Naomi -dijo con un leve acento, aunque no tan lento como 1; para que arrastrara las palabras-. Tienes visitas.

Nada de lo que su padre le dijo la había preparado. Fue como si se mirara en el espejo de un tiempo futuro. Un espejo tan brillante que enceguecía los ojos. Kelsey podía haberse estado mirando. Y durante un instante de locura, temió que así fuera.

-¡Bueno! -Naomi aferró con fuerza el brazo de Gabe. Era una reacción instintiva y que no habría podido evitar-. No creí que tendría noticias tuyas tan pronto, y mucho menos que te vería.

Hacía años que había aprendido que las lágrimas eran inútiles, de modo que estudió a su hija con los ojos secos. -Íbamos a tomar el té. ¿No quieres que entremos?

-Yo tengo que irme dijo Gabe, pero Naomi se prendió de su brazo como si se tratara de su salvador o de un escudo.

-No es necesario -se oyó decir Kelsey como si su voz le llegara desde la distancia-. No me puedo quedar mucho tiempo.

-Entonces entremos. No desperdiciemos el poco tiempo que tienes.

Por los ventanales de la terraza, Naomi los condujo a una sala de estar tan hermosa y prolija como su dueña. En la chimenea ardía un fuego que ahuyentaba el frío de esa tarde de fines de invierno.

-Por favor, siéntate, ponte cómoda. Sólo demoraré un instante en pedir que nos traigan el té. —Naomi le dirigió una mirada rápida a Gabe y huyó.

Él era un hombre acostumbrado a las situaciones difíciles. Se sentó, sacó un cigarro y le sonrió a Kelsey

-Naomi está un poco aturullada.

Kelsey alzó una ceja. La mujer le había parecido tan compuesta como una estatua de hielo.

-¿Le parece?

-Yo diría que es comprensible. Su llegada la sobresaltó.

Encendió el cigarro y se preguntó si los nervios en carne viva, tan evidentes en la mirada de Kelsey, le permitirían sentarse. -Soy Gabe Slater, un vecino. Y usted es Kelsey.

-¿Cómo lo sabe?

Me habla como la reina a un campesino, pensó Gabe. Era un tono que por lo general desafiaría a un hombre, sobre todo a un hombre como Gabe Slater. Pero lo dejó pasar.

-Sé que Naomi tiene una hija llamada Kelsey y a quien hace un tiempo que no ve. Y usted es un poco joven para ser su hermana melliza. -Estiró las largas piernas y las cruzó a la altura de los tobillos. Ambos sabían que él debía dejar de mirarla fijo. Y Gabe no pensaba hacerlo.

Su escena de dignidad sería más creíble si se sentara y simulara relajarse.

-Prefiero estar parada. -Se acercó al fuego con la esperanza de desentumecerse.

Gabe se encogió de hombros y se acomodó en el sillón. Después de todo, eso no tenía nada que ver con él. A menos que esa muchacha atacara a Naomi. No porque Naomi fuera incapaz de defenderse. Jamás había conocido a una mujer más capaz y más flexible que Naomi. Sin embargo le tenía demasiado cariño para permitir que nadie, aunque fuera la hila, la hiriera.

Tampoco le importaba que Kelsey estuviera decidida a ignorarlo. Inhaló una bocanada de humo y disfrutó de lo que veía. Los hombros tiesos y la columna vertebral rígida no estropean el paisaje, pensó. Era un agradable contraste con las piernas largas y la pe o hermoso.

Se preguntó si sería fácil de asustar, y si se quedaría allí el tiempo suficiente para que él pudiera ponerla a prueba.

-Enseguida traerán el té. -Naomi volvió, ya más tranquila.

Miró a su hija y sonrió. -Esto debe ser muy incómodo para ti.

-No todos los días la madre de uno vuelve de la tumba. ¿Era necesario que yo te creyera muerta?

-En su momento, me pareció que sí. Estaba en una posición en la que mi primera prioridad era sobrevivir. -Se sentó prolija y digna en su traje de montar. -No quería que tuvieras que irme a visitar a la cárcel. Y aunque yo lo hubiera querido, tu padre jamás lo habría permitido. De manera que durante diez o quince años tenía que borrarle de tu vida.

Su sonrisa se opacó un tanto.

-¿Cómo habrían reaccionado los padres de tus amigas si les decías que tu madre estaba condenada a la cárcel por asesinato? Dudo que hubieras podido ser una chiquita popular. Ni feliz.

Naomi se interrumpió y miró hacia la puerta cuando apareció una mujer de uniforme gris y delantal blanco que entraba haciendo rodar la mesita con el té. .

-Aquí está Gertie. ¿Recuerdas a Kelsey, verdad Gertie?

-Sí señora -A la mujer se le llenaron los ojos de lágrimas. -La última vez que la vi no era más que un bebé. Iba a pedirle masitas.

Kelsey no hizo ningún comentario, no pudo decirle nada a esa desconocida con los ojos húmedos. Naomi apoyó una mano sobre la de Gertie y la apretó en un gesto afectuoso.

-Tendrás que preparar algunas la próxima vez que Kelsey venga a visitarnos. Gracias, Gertie. Yo serviré el té.

-Sí, señora. -La mujer empezó a salir, pero se detuvo al llegar a la puerta. -Se parece a usted, señorita Naomi. Es idéntica a usted -Si- contestó Naomi, mirando a su hija-. Es cierto.

-Yo no la recuerdo -dijo Kelsey en tono desafiante, acercándose a su madre-. Y tampoco te recuerdo a ti.

-Me parece lógico. ¿Con qué tomas el té? ¿Con azúcar, limón?

-¿Supone que ésta es una escena civilizada? -preguntó -Kelsey-. Madre e hija se reúnen ante una taza de té. ¿Crees que me puedo quedar aquí, bebiéndolo con toda tranquilidad?

-Si quieres que te diga la verdad, Kelsey no sé qué esperar. Sin duda tu enojo. Es lógico que estés enojada. Y también espero acusaciones, preguntas, resentimientos. -Con manos sorprendentemente firmes le pasó una taza de té a Gabe. -Para ser honesta dudo que haya algo que pudieras hacer o decir que no estuviera justificado.

-¿Por qué me escribiste?

Para tomar un momento y poder organizar sus pensamientos Naomi sirvió otra taza de té

-Por muchos motivos, algunos egoístas, otros no. Esperaba que tuvieras la necesaria curiosidad de querer conocerme. Siempre fuiste, una criatura curiosa y sé que en este momento de tu vida debes estar un poco desconcertada.

-¿Cómo sabes lo que sucede en mi vida?

Naomi alzó la mirada, una mirada indescifrable.

-Tu me creías muerta, Kelsey Yo te sabía viva. Te seguí la pista. Eso es algo que hasta pude hacer desde la cárcel.

La furia hizo adelantar a Kelsey Tuvo que luchar contra la necesidad de arrojar al piso la bandeja de té y las hermosas piezas de porcelana Sería satisfactorio, ¡Oh, qué satisfactorio! Pero también la haría quedar como una idiota. Eso fue lo único que le impidió hacerlo.

Mientras bebía su té, Gabe observaba esa lucha por no perder el control. Está muy tensa, decidió. Y es apasionada. Pero lo suficientemente inteligente como para mantener su lugar. Tal vez sea más parecida a su madre de lo que todos creemos, pensó.

-Me espiaste -acusó Kelsey mordiendo las palabras- ¿Cómo? ¿Contrataste detectives?

-Nada tan melodramático. Mientras pudo, mi padre te siguió la pista.

-Tu padre. -Kelsey se sentó-. Mi abuelo.

-Sí. Murió hace cinco años. Tu abuela murió un año después de tu nacimiento y yo era hija única. Te has salvado de tener una serie de tíos, de tías y de primos. Contestaré todas las preguntas que quieras hacerme, pero te agradecería que nos dieras un poco de tiempo a las dos antes de formarte una opinión acerca de mí.

Se le ocurrió una sola pregunta, una que le martillaba la mente. Así que la hizo enseguida, antes de arrepentirse.

-¿Mataste a ese hombre? ¿Asesinaste a Alee Bradley?

Naomi hizo una pausa, luego se llevó la taza a los labios Por sobre el borde, miró a Kelsey a los ojos. Después, con mano firme volvió a apoyar la taza sobre el platillo.

-Sí -contestó con sencillez-. Yo lo maté.

-Lo siento, Gabe. -Naomi estaba de pie junto a la ventana observando el auto de su hija que se alejaba. -Es realmente imperdonable que te haya hecho pasar tan mal rato.

-Conocí a tu hija, eso es todo.

Naomi lanzó una débil carcajada, y cerró los ojos con fuerza.

-Siempre la persona comprensiva, Gabe. -Se volvió y quedó parada en plena luz. No le molestaba que el sol destacara las arrugas que le rodeaban los ojos, que se le notara la edad. Había estado demasiado tiempo lejos del sol. Demasiado tiempo-. Tuve miedo Cuando la vi, me inundaron los recuerdos. Algunos esperados otros inesperados. Y no pude enfrentar sola la situación.

Gabe se puso de pie y se le acercó. Le apoyó las manos sobre los hombros, para distender sus músculos fuertes y tensionados.

-Si un hombre no se siente feliz de poder ayudar a una mujer hermosa, más le valdría estar muerto.

-Eres un buen amigo. -Llevó una mano hasta una de las de él y la apretó-. Una de las pocas personas con quien no necesito simular -Sus labios se curvaron en una sonrisa.

-Tal vez porque los dos hemos vivido lo mismo.

Gabe esbozó una rápida sonrisa.

-Nada mejor que la vida de la cárcel para crear lazos.

-Sí, nada mejor que compartir la experiencia de la cárcel Por supuesto que un corto encierro juvenil por un partido de póquer no se parece en nada a una condena por asesinato, pero...

-Ya empiezas a competir conmigo.

Naomi lanzó una carcajada.

-Es que nosotros, los Chadwick, somos muy competitivos -Se alejó de él y movió hacia la derecha un Horero lleno de narcisos tempranos. -¿Qué te pareció Kelsey Gabe?

-Es hermosa. Idéntica a ti.

-Yo creí que estaba preparada para eso. Mi padre me lo había dicho. Y además estaban las fotografías. Pero a pesar de todo me sorprendió mirarla y verme yo misma. Recuerdo a la criatura, ¡la recuerdo tan bien! Y ahora, al verla convertida en una mujer...

Meneó la cabeza, impaciente consigo misma. Los años pasaban. Nadie lo sabía mejor que ella. -Pero aparte de eso-. Miró por sobre el hombro. —¿Qué te pareció?

Gabe no estaba seguro de poder, o de querer, explicar precisamente lo que le parecía Kelsey. Él también había recibido el impacto y era un hombre que rara vez se sorprendía. Las mujeres hermosas habían entrado y salido de su vida, y él de las de ellas. Las apreciaba, las admiraba, las deseaba. Pero al ver a Kelsey Byden por primera vez, se le detuvo el corazón.

Ese era un detalle interesante que analizaría después, pero en ese momento Naomi esperaba. Y él sabía que su respuesta le interesaba.

-Estaba muy nerviosa, y furibunda. No tiene tanto control como tú.

-Ojalá nunca lo necesite —murmuró Naomi.

-Estaba enojada, pero es lo suficientemente inteligente y curiosa como para contener su furia hasta haber estudiado el terreno. Si se tratara de un caballo te diría que necesito verla actuar antes de juzgar si tiene corazón, resistencia o gracia. Pero la sangre se nota, Naomi. Tu hija tiene clase.

-Ella me quería. -Le temblaba la voz, pero Naomi no lo notó. Así como tampoco notó la primera lágrima que le corrió por la mejilla-. Es difícil explicarle a alguien que no ha tenido hijos, lo que se siente al recibir esa clase de amor tan completo e incondicional. Kelsey nos quería así a mí y a su padre. La carencia fue de Philip y mía. No nos quisimos lo suficiente como para mantener esa unidad. Así que yo la perdí.

Naomi se secó la lágrima con la punta de un dedo. La estudió como si se tratara de un espécimen extraño, recién descubierto. No había llorado desde el día del entierro de su padre.

-Nadie me volverá a querer así. -Apartó la lágrima con un gesto de la mano y la olvidó-. Creo que eso es algo que hasta hoy no había comprendido.

-Estás saltando las barreras con demasiada rapidez, Naomi. Y no es común en ti. Hoy sólo estuviste quince minutos con ella.

-¿Le viste la cara cuando le dije que había matado a Alee?

Cuando se volvió a mirar a Gabe sonreía, pero era una sonrisa dura, quebradiza como el vidrio. -Lo he visto en docenas de personas. Una expresión de horror civilizado. La gente decente no mata.

-La gente, decente o no hace lo que debe hacer con tal de poder sobrevivir. -Él tenía motivos para saberlo.

-Kelsey no lo creerá. Podrá parecerse físicamente a mí Gabe pero tiene los principios morales de su padre. Y no existe hombre más decente que el doctor Philip Byden.

-Ni más tonto, puesto que te dejó ir.

Ella volvió a reír, esa vez con mayor tranquilidad y lo besó en los labios.

-¿Dónde estabas hace veinticinco años? -Meneó la cabeza suspiró-. Jugando con tus bolitas.

-No recuerdo haber jugado con bolitas. Apostando con ellas tal vez. Y hablando de apuestas, dicen que mi caballo es una fija y que vencerá al tuyo en el Derby de mayo.

Ella alzó una ceja.

-¿Y cómo están las apuestas?

-Iguales.

-Bueno. Antes de irte, ¿por qué no me acompañas a ver a mi potranca preferida? Dentro de un par de años será un crack.

-¿Qué nombre le pusiste?

Los ojos de ella resplandecieron mientras abría el ventanal que daba a la terraza.

-Honor. El honor de Naomi.

Lo dijo con tanta frialdad, pensó Kelsey mientras hacía girar la llave en la cerradura de la puerta de su departamento. ¡Con tanta frialdad! Naomi admitió haber cometido un asesinato con tanta indiferencia como cualquier otra mujer podía haber admitido que se tema el pelo.

-¿Qué clase de mujer sería?

-¿Cómo pudo servir el té y conversar con indiferencia? ¿Cómo se pudo mostrar tan amable, tan controlada, tan horriblemente despreocupada? Kelsey se apoyó contra la puerta y se refregó las sienes para luchar contra el terrible dolor de cabeza. Era todo como una especie de sueño de locos: la casa grande y hermosa, el paisaje de enorme belleza, esa mujer que tenía su misma cara, el hombre dinámico. ¿El amante más reciente de Naomi? ¿Dormirían en el mismo cuarto donde había sido asesinado otro hombre? Él parece capaz de eso, pensó. Parecía capaz de cualquier cosa

Con un estremecimiento, Kelsey se alejó de la puerta y empezó a pasearse por el cuarto. ¿Por qué me habrá, escrito Naomi esa carta? Se preguntó No hubo una tormenta emotiva, ni fiesta de bienvenida, ni disculpas desesperadas por los años perdidos. Sólo una amable invitación a ¡tomar el té!. Y la tranquila admisión de culpa. ?

Así que Naomi Chadwick no es una hipócrita, se dijo Kelsey. Sólo una asesina.

Cuando sonó el teléfono, lo miró y comprobó que la luz del contestar automático titilaba. Kelsey se volvió e ignoró ambas cosas. Le quedaban dos horas antes de tener que entrar a trabajar en el museo, y hasta entonces no tenía necesidad ni ganas de hablar con nadie.

Lo único que tenía que hacer era convencerse de que la reaparición de su madre no tenía por qué cambiarle la vida. Podía seguir viviendo exactamente como hasta entonces: sus trabajos, sus clases, sus amigos. Se dejó caer en el sofá. ¿A quién trataba de engañar? Su trabajo no era más que un hobby sus clases una costumbre, y sus amigos. La mayoría los compartía con Wade y por lo tanto, como producto del divorcio, habían tomado partido por uno o el otro, o simplemente desaparecido en segundo plano para que el trauma de la separación no los alcanzara. Su vida era un verdadero lío. Ignoró el llamado a la puerta.

-¡Kelsey! -Hubo otro llamado impaciente-. ¡Abre la puerta o le pediré al encargado que la abra para poder entrar!

Resignada, Kelsey se levantó y obedeció.

-¡Abuela!

Después de presentar la mejilla para recibir el beso esperado, Milicent Byden entró al departamento. Estaba, como siempre, impecablemente vestida y peinada. Tenía el pelo teñido de castaño y peinado hacia atrás, dejando a la vista un rostro que, a primera vista más parecía el de una mujer de sesenta años que el de una de ochenta. Se mantenía delgada gracias a la dieta y el ejercicio. Su traje Chanel, talle 36, era celeste y lo acompañaba con guantes de cabritilla al tono que depositó sobre una mesa. Luego dejó el tapado de visón sobre una silla.

-Me desilusionas. Encerrarte enfurruñada como una criatura.

Mientras se sentaba y cruzaba las piernas, recorrió a su nieta con los ojos color almendra. -Tu padre está desesperado de preocupación por ti. Tanto él como yo te hemos llamado por lo menos media docena de veces en el día de hoy

-No estuve en casa. Y papá no tenía motivo para preocuparse.

-¿No? -Milicent golpeó una uña pintada contra el brazo del sillón-. Anoche entraste a su casa como una tromba, anunciando que esa mujer se había puesto en contacto contigo, después saliste corriendo y ahora te niegas a atender el teléfono.

-La mujer es mi madre, y tanto tú como él sabían que estaba viva. Eso provocó una escena emotiva, abuela, que comprendo que puedas considerar de mal gusto, pero que me pareció muy justificada.

-¡No me hables en ese tono! -Milicent se inclinó hacia delante-. Tu padre ha hecho todo lo que estaba en su poder para protegerte, para criarte como la gente, para proporcionarte un hogar decente y estable. Y lo atacas por haberlo hecho.

-¿Que lo ataco? -Kelsey levantó las manos, aún a sabiendas de que esa actitud iría en su contra- Lo enfrenté. Le exigí respuestas. Le exigí que me dijera la verdad.

-¿Y ahora que la sabes, estás satisfecha? -Milicent inclinó la cabeza- Hubiera sido mejor para ti, mejor para todos, que siguieras creyéndola muerta. Pero siempre fue egoísta, siempre se preocupó más por sí misma que por los demás.

Por motivos que no podría haber explicado, Kelsey empuñó la espada de la batalla.

-¿Y tú siempre la odiaste?

-Siempre reconocí lo que era. Philip estaba enceguecido por su belleza. Por lo que consideraba vivacidad y vitalidad. Y pagó muy caro su error.

-Yo me parezco a ella -dijo Kelsey con suavidad-. Eso explica que siempre me hayas mirado como si en cualquier momento fuera capaz de cometer algún crimen horrible... o por lo menos una imperdonable falta de etiqueta.

Milicent suspiró y se recostó contra el respaldo del sillón. No lo negaría, no veía motivo para negarlo.

-Por supuesto que me preocupaba pensar que podrías parecerte a ella. Tú eres una Byden, Kelsey, y casi siempre has sido un orgullo para la familia. Pero cada error que te he visto cometer, tenía estampado el sello de tu madre.

-Yo prefiero pensar que he cometido mis propios errores.

-Como éste del divorcio -dijo Milicent con cansancio-. Wade es de buena familia. Su abuelo materno es senador. Su padre es el dueño de una de las agencias de publicidad más respetadas y prestigiosas del este.

-Y Wade es un adúltero.

Milicent emitió un pequeño sonido de impaciencia e hizo un gesto con la mano. El anillo de brillantes que usaba en la mano izquierda brilló como si fuese de hielo.

-Por supuesto que le echas la culpa a él, en lugar de culparte tu misma o de culpar a la mujer que lo sedujo. -Al oírla, Kelsey sonrió, casi divertida.

-Es cierto. Lo culpo a él. Desde ayer, el divorcio es definitivo, abuela. Estás perdiendo el tiempo aquí.

-Y a ti te cabe el dudoso honor de ser la protagonista del segundo divorcio en la historia de la familia Byden. En el caso de tu padre, fue inevitable. Sin embargo tú has seguido con tu costumbre de toda la vida: reaccionar por impulsos. Pero ése es otro tema. Quiero saber qué piensas hacer con respecto a esa carta.

-¿No te parece que eso es algo que está entre mi madre y yo?

-Éste es un asunto de familia, Kelsey Tu padre y yo somos tu familia. —Volvió a tamborilear los dedos sobre el brazo del sillón mientras elegía con cuidado sus palabras y el tono con que las pronunciaría. -Philip es mi único hijo. Su felicidad y su bienestar siempre han sido para mí lo más importante en la vida. Tú eres su única hija-. Con verdadero afecto, extendió una mano y tomó la de Kelsey. -Sólo quiero lo mejor para ti.

Eso era indiscutible. Por difícil de comprender que fuese el código de comportamiento de su abuela, Kelsey se sabía querida por ella.

-Ya lo sé. No quiero discutir contigo, abuela.

-Yo tampoco quiero discutir contigo. —Satisfecha, palmeó la mano de su nieta. —Has sido una buena hija, Kelsey Nadie que los conozca a ti y a Philip dudaría del cariño que le tienes. Yo sé que no harías nada que pudiera herirlo. Creo que sería mejor que me dieras esa carta y que dejaras que me hiciera cargo del asunto. No tienes ninguna necesidad de ponerte en contacto con esa mujer, ni de dejarte envolver en todo este alboroto. —Ya me he puesto en contacto con ella. Esta mañana fui a verla.

-Tú... -La mano de Milicent se estremeció-. La viste. ¿Fuiste a verla sin consultar antes con nosotros?

-Tengo veintiséis años, abuela. Naomi Chadwick es mi madre y no tengo por qué consultar contigo o con nadie si debo o no encontrarme con ella. Lamento si no estás de acuerdo, pero hice lo que tenía que hacer.

-Lo que tenía ganas de hacer -la corrigió Milicent-. Sin detenerte a pensar en las consecuencias.

-Como quieras, pero esas consecuencias me afectarán a mí. Creo que tú y papá tendrán que admitir que lo que hice fue una reacción normal. Tal vez sea algo que te moleste, pero no comprendo por qué tiene que provocarte tanto enojo.

-No estoy enojada. -Pero lo estaba. Furiosa-. Estoy preocupada. No quiero que te dejes llevar por una reacción emotiva y tonta. Tú no la conoces, Kelsey. No tienes idea de lo inteligente ni de lo vengativa que es.

-Sé que quiso que se le acordara mi custodia.

-Quería herir a tu padre porque Philip empezaba a ver la verdad de lo que ella era.

-Tú fuiste el arma que Naomi esgrimió. Bebía, andaba con hombres y se jactaba de sus defectos porque estaba segura de que siempre ganaría. Y terminó asesinando a un hombre. Milicent respiró hondo. El solo hecho de pensar en Naomi la enfurecía. -Supongo que trató de convencerte de que fue en defensa propia. Que sólo trataba de proteger su honor. ¡Su honor!

Incapaz de permanecer sentada, Milicent se puso de pie.

-¡Ah, sí, ya lo creo que era inteligente, y hermosa! Si las pruebas en su contra no hubiesen sido tan definitivas, tal vez habría convencido al jurado de que la absolviera. Pero cuando una mujer recibe a un hombre en su dormitorio en plena noche, sólo cubierta por una bata de seda, no es fácil asegurar que se trató de un intento de violación.

-Violación -repitió Kelsey, pero lo dijo en un susurro de sorpresa y Milicent ni lo oyó.

-Por supuesto que algunos le creyeron. Algunos siempre creen en lo que dice esa clase de mujeres. -Con una expresión dura en los ojos, tomó los guantes de la mesa y empezó a golpearlos contra la palma de su mano-. Pero al final la condenaron. Entonces ella quedó fuera de la vida de Philip, y de la tuya. Hasta ahora. ¿Serás tan cabeza dura y tan egoísta como para permitirle volver a entrar? ¿Le causarás ese dolor a tu padre?

-No se trata de que tenga que elegir entre él o ella, abuela.

-De eso se trata, exactamente.

-Desde tu punto de vista, pero no desde el mío. ¿Sabes? Antes de que vinieras, no estaba segura de querer volverla a ver. Pero ahora sé que lo haré. Porque ella

no se defendió ante mí. No me pidió que eligiera. Así que volveré a verla y tomaré yo misma mi decisión.

-¿Aunque con eso hieras a tu familia?

-Desde mi punto de vista, soy la única que arriesga algo.

-Estás equivocada, Kelsey y cometes un error peligroso. Esa mujer corrompe. - Muy tesa, Milicent se puso los guantes, dedo por dedo-. Y si insistes en continuar con esa relación, ella hará todo lo posible por destruir los lazos que te unen a tu padre.

-Eso es algo que nadie podría hacer.

Milicent alzó la mirada que era dura como el acero.

-No conoces a Naomi Chadwick.

CAPÍTULO 3

-No, Kelsey no conocía a Naomi Chadwick. Pero la conocería.

Sus años de educación superior no habían sido malgastados. Si había algo que sabía hacer, era investigar un tema. Cualquier tema. Naomi no sería una excepción.

Durante las dos semanas siguientes dedicó la mayor parte de su tiempo libre a estudiar los microfilmes de la biblioteca pública. Ante todo se detuvo en la nota social en la que leyó el anuncio del compromiso de Naomi Ann Chadwick, de veintiún años, hija de Mathew y Louise Chadwick del haras Los Sauces, Bluemont, Virginia, con el profesor Philip James Byden, de treinta y cuatro años, hijo de Andrew y Milicent Byden, de Georgetown.

Pensaban casarse en el mes de junio.

Después Kelsey encontró el anuncio del casamiento. Le impactó ver a su padre tan joven, con aspecto tan feliz, con las manos entrelazadas con las de Naomi. Lucía un bouquet de pimpollos de rosas en la solapa. Kelsey se preguntó si habrían sido blancas, o tal vez de un amarillo suave.

A su lado, Naomi resplandecía. La reproducción grisácea de la fotografía del diario no lograba ocultar su brillo. Su rostro era de una juventud imposible, de una belleza emocionante; en sus labios había una sonrisa y sus ojos resplandecían como si estuvieran a punto de reír.

Era como si juntos fuesen capaces de enfrentar cualquier cosa.

No debería dolerle. Kelsey se dijo que era tonto que le doliera un divorcio que había tenido lugar sin que ella siquiera se enterara. Pero esos dos jóvenes la habían traído al mundo. Y ahora eran, uno para el otro, tan sólo un recuerdo doloroso.

Sacó fotocopias de lo que le interesaba, tomó notas del resto, como lo hubiera hecho para cualquier informe. Con una sensación divertida y de sorpresa, encontró el anuncio de su propio nacimiento.

Después de eso no había mucho más, aparte de la ocasional presencia de la pareja en algún baile de caridad. Por lo visto, durante el corto tiempo en que estuvieron casados, sus padres vivieron una existencia tranquila, lejos del brillo de la vida social de Washington.

Después encontró una referencia al juicio por la custodia, un artículo corto que supuso mereció espacio en el Washington Post debido a que su abuelo paterno ocupaba el cargo de subsecretario del Tesoro. Leyó los nombres —el suyo, el de Naomi, el de su padre— con una sensación de irrealidad. El Post no había desperdiciado demasiado espacio en una disputa doméstica.

Encontró algunos artículos sobre Los Sauces y las carreras. Uno de ellos mencionaba la tragedia de un potrillo prometedor que se había desmoronado durante el transcurso de una carrera y que debieron sacrificar de un tiro. Ese artículo mereció una sola fotografía: la del rostro hermoso y surcado de lágrimas de Naomi.

Después estaba el asesinato. A asuntos como ése se les concedía más espacio. En ese caso, hasta titulares prominentes.

UNA DISCUSIÓN ENTRE AMANTES TERMINA EN TRAGEDIA

LA PASTORAL VIRGINIA ES ESCENA DE UNA MUERTE VIOLENTA

Describían a su madre como la esposa separada de un profesor de Inglés de la Universidad de Georgetown e hija de un prominente criador de caballos de pura sangre. La víctima era descrita con cierta impertinencia como un “play boy” con conexiones en el mundo del turf.

La historia era bastante directa. Alec Bradley había sido baleado y muerto en un dormitorio del haras Los Sauces. El arma pertenecía a Naomi Chadwick Byden, quien había llamado personalmente a la policía. En el momento del tiroteo, ella y Bradley se encontraban solos en la casa. La policía investigaba el caso.

Los diarios de Virginia contenían informaciones más amplias. Naomi nunca negó haber disparado el tiro fatal. Por intermedio de su abogado, alegaba que Bradley la había tratado de violar y que recurrió al arma en un intento de autodefensa.

Se informaba que a Naomi y Bradley los unía una relación amistosa, y que, desde hacía semanas, se los veía juntos en actividades sociales. Y, por supuesto, se aclaraba que Naomi estaba inmersa en un difícil juicio de custodia por la tenencia de su hija de tres años de edad.

Una semana después del asesinato, el tema volvía a ocupar la primera plana.

MUJER DE VIRGINIA ARRESTADA POR ASESINATO

NUEVAS PRUEBAS INVALIDAN DECLARACIÓN DE AUTODEFENSA

Y eran pruebas condenatorias. A Kelsey se le heló la sangre en las venas al leer lo referente a una fotografía tomada por un detective contratado por los abogados

de su padre para obtener pruebas que lo ayudaran a ganar el juicio de custodia. En lugar de registrar una relación ilícita, el investigador había registrado un asesinato.

El detective declaró también en el juicio. Avanzando con obcecación de una página a otra, Kelsey siguió leyendo. Había testigos que declaraban bajo solemne juramento, que Naomi y Bradley se comportaban en público como amigos íntimos. Que Naomi tenía excelente puntería. Que le encantaban las fiestas, el champaña y la atención de los hombres. Que la noche del asesinato, ella y Bradley habían discutido por la atención que él le prestaba a otra mujer.

Entonces Charles Rooney subió al banco de los testigos y contó su historia. Había tomado docenas de fotografías de Naomi, en las carreras, en el haras, en acontecimientos sociales. Era un investigador privado con licencia en el estado de Virginia y sus informes de vigilancia estaban cuidadosamente documentados.

Esos informes mostraban a una mujer hermosa y temeraria, ansiosa por vivir una existencia agitada y decidida a romper los lazos de un matrimonio que la inhibía, con un hombre mayor. Una mujer que, durante la noche del asesinato, invitó a la víctima a su casa donde estaba sola y apenas cubierta por un *negligeé*.

Rooney no había llegado a oír el diálogo mantenido por la asesina y la víctima, pero sus fotografías y sus observaciones lo decían todo. La pareja se había abrazado y bebió cognac. Después parecían haber discutido y Naomi subió hasta el primer piso como una tromba. Bradley la siguió.

Ansioso por cumplir con su deber, Rooney trepó a un árbol y dirigió la lente de acercamiento de su cámara hacia la ventana del dormitorio. Allí continuó la discusión, que era cada vez más acalorada. Naomi le pegó una cachetada a Bradley, pero cuando él se volvió para irse, ella sacó un arma del cajón de la mesa de luz. La cámara captó la expresión de shock de Bradley y la de furia de Naomi en el momento de hacer el disparo.

Kelsey se quedó largo rato mirando la fotografía y el titular que la precedía y que gritaba: ¡CULPABLE! Con infinito cuidado, sacó más fotocopias. Luego reunió todo el material. Antes de que la lógica pudiera interferir con la emoción, encontró un teléfono público y marcó un número.

-Los Sauces

-Quiero hablar con Naomi Chadwick, por favor.

-¿De parte de quién?

-De Kelsey Byden.

Kelsey oyó un pequeño sonido estrangulado.

-La señorita Naomi está en las caballerizas. La llamaré por el intercomunicador.

Instantes después alguien levantó otro teléfono. Kelsey oyó la voz de Naomi, fría como un helado.

-¡Hola Kelsey! Me alegro oírte.

-Me gustaría volver a hablar contigo.

-Por supuesto. Cuando quieras.

-Ahora mismo. Demoraré una hora en llegar hasta allí. Y esta vez preferiría verte a solas.

-Muy bien. Aquí te esperaré.

Naomi cortó y se secó las manos húmedas en los Jeans.

-Viene mi hija, Moses.

-Eso fue lo que me imaginé. -Moses Whitetree, el cuidador del stud de Naomi, su empleado de confianza y amante desde hacía mucho tiempo, siguió estudiando los tiempos marcados por los caballos. Era una mezcla de judío e indio Chocktaw. El pelo canoso le caía en una larga trenza por la espalda. Alrededor del cuello llevaba una cadena de plata de la que colgaba una estrella de David.

Sabía todo lo que se podía saber acerca de caballos. Y con pocas excepciones, prefería a los caballos a la gente.

-¿Me hará preguntas?

-Sí.

-¿Cómo las contesto?

Él no levantó la mirada, no le hizo falta. Conocía todos los detalles del rostro de Naomi, todos sus gestos.

-Lo mejor sería decir la verdad.

-¡Como si hubiera ganado algo con decir la verdad!

-Ella es de tu misma sangre.

Para Moses todo es siempre tan simple, pensó Naomi con impaciencia.

-Es una mujer adulta. Espero que tenga su propia personalidad. No me aceptará sencillamente porque tenemos la misma sangre, Moses. Si lo hiciera, me desilusionaría.

Él hizo a un lado sus papeles y se puso de pie. Sólo pesaba unos kilos demás y medía unos centímetros de más, lo cual le impidió con su sueño juvenil de ser jockey. Era un poco más bajo que Naomi.

Ella le acarició con ternura la mejilla curtida por el viento. Era imposible irritarse con él. Moses era el hombre que la había esperado, que nunca la cuestionó, que siempre la quiso.

-Es lo que siempre me has dicho. Hasta que la volví a ver, no sabía que la necesitara tanto, Moses. No supe que me importaría tanto como me importa.

-Y tu habrías preferido que no te importara tanto.

-Si, No sabes hasta qué punto lo preferiría.

Eso era algo que él comprendía. Había pasado buena parte de su vida deseando no amar tanto a Naomi.

-Mi pueblo tiene un dicho.

-¿Qué pueblo?

Moses sonrió. Ambos sabían que inventaba la mitad de sus dichos y que modificaba la otra mitad para que sirvieran a sus propósitos.

-Sólo los tontos desperdician sus deseos. Deja que ella vea lo que eres. Con eso bastará.

-Moses. -Un peón vareador se asomó por la puerta y al ver a Naomi, se quitó el sombrero para saludarla-. Señorita. No me gusta la manera en que Serenity apoya una mano. Además me parece que la tiene un poco hinchada.

-Esta mañana corrió bien -contestó Moses, frunciendo el entrecejo. Se había levantado antes del amanecer para observar los primeros ejercicios de entrenamiento. Vamos a verla.

Moses tenía su oficina frente a las caballerizas. Estaba llena de cosas y allí muchas veces había olor a orina de caballo, pero él la prefería a la oficina bien ventilada que su predecesor utilizaba en el edificio blanqueado vecino al *paddock* del oeste.

Moses decía que el olor a caballos era para él una especie de perfume francés y que no quería instalarse en un lugar elegante que estuviera lejos de la acción.

En realidad, las caballerizas brillaban casi como la habitación de un hotel de lujo y por lo general había allí más actividad que en un hotel. El pasillo de cemento en declive que dividía las dos hileras de caballerizas, estaba immaculado. Los boxes individuales ostentaban una placa con el nombre del caballo que los ocupaba escrito en letras de oro. Era un remilgo introducido por el padre de Naomi y con el que ella continuó al hacerse cargo del stud.

Había olor a caballos, a linimentos, a heno, a granos y a cuero... un conjunto de olores que Naomi extrañó durante sus años de cárcel y que nunca dejó de apreciar. Para ella era el olor de la libertad.

A medida que Moses pasaba, los caballos asomaban las cabezas fuera de sus boxes. Él también tenía un olor que ellos reconocían.

Aunque caminara con rapidez por el pasillo, siempre tenía tiempo para una caricia, para murmurarles una palabra.

Los mozos de cuadra continuaban su trabajo. Tal vez movieran sus horquillas o sus almohazas con más entusiasmo cuando lo veían acercarse.

Iba a sacarla a pastorear cuando noté que apoyaba mal esa mano. -El vareador se detuvo frente al box de Serenity-. Entonces vi la hinchazón y pensé que a usted le gustaría examinarla.

Moses lanzó un gruñido y pasó una mano sobre el brillante pelo alazán. Estudió los ojos de la potranca, le olió el aliento murmurándole palabras cariñosas mientras bajaba la mano hasta su pecho y luego a la mano dolorida.

La tenía hinchada justo encima del menudillo y estaba un poco caliente. Cuando Moses la apretó, la potranca se echó atrás y lanzó un relincho de advertencia.

-Me parece que se debe haber golpeado.

-Esta mañana la montó Reno. -Naomi recordaba que el jockey había ido especialmente al haras para el entrenamiento-. Fíjese si todavía anda por acá.

-Sí, señorita. -El peón vareador se alejó.

-Esta mañana corrió como los dioses. -Naomi entrecerró los ojos y se agachó junto a Moses para estudiar la mano enferma de la yegua, que levantó y dobló con suavidad para comprobar si no había una lesión en el cuarto delantero-. Es como si se hubiera golpeado la mano con la pata trasera -murmuró. Había una decoloración, una señal que de la sangre se estaba coagulando bajo la piel. Es

posible que tenga el hueso afectado, pensó. Con un poco de suerte, no habrá fractura-. Debía correr la semana que viene en Saratoga.

-Tal vez todavía lo logre. -Contestó Moses. Pero no lo creía, no con esa mano-. Podemos reducir la hinchazón. Pero de todas maneras conviene llamar al veterinario. No estaría de más hacerle una radiografía.

-Yo me encargaré de eso. Y hablaré con Reno. -Se irguió y pasó un brazo alrededor del codo del animal. Los caballos eran una inversión, un negocio, pero eso no impedía que los amara-. Tiene el corazón de una campeona, Moses. No quiero enterarme de que no podrá volver a correr.

Menos de una hora después, Naomi observaba preocupada el tratamiento a que sometían a la yegua. Ya le habían hecho baños de agua fría en la mano golpeada. En ese momento Moses le hacía personalmente una friega con una mezcla de vinagre y agua fría. El veterinario preparaba una jeringa.

-¿Cuánto tiempo debemos esperar hasta volver a empezar a entrenarla, Matt?

-Un mes. Mejor aun, seis semanas. -Miró a Naomi. Matt Gunner, tenía un rostro agradable, ojos bondadosos-. El hueso está golpeado, Naomi, y hay tejidos afectados, pero no hay fractura. Manténganla dentro del box, sigan con los masajes y háganle hacer unos ejercicios livianos y andará bien.

-Corríamos fuerte -intervino Reno. El jockey estaba junto al box, observando el procedimiento. Se había cambiado la ropa de trabajo por uno de los trajes bien cortados que le gustaba usar Pero era ante todo un jockey. A él, lo mismo que a los demás, no había nada que le preocupara tanto como las delicadas patas de un pura sangre-. No noté ningún cambio en su andar

-Yo tampoco -acotó Naomi-. Reno dice que no tropezó Esta mañana presencié el entrenamiento, y si hubiera tropezado lo habría notado. Y esta yegua es tranquila- No es de las que pegan patadas en el box.

-Bueno, pero recibió un golpe bien fuerte -aseguró Matt- Si el vareador no hubiera estado tan atento, la cosa podría haber sido mucho peor. Esto le aliviará el dolor. Ahí vamos muchacha. Tranquila. -Clavó la aguja en la mano de Serenity encima del golpe. La yegua lanzó un bufido y volvió los ojos hacia arriba pero no se resistió-. Es fuerte y sana -dijo Matt- Volverá a correr. Moses, no hay nada que te pueda decir acerca de la forma de tratar esa mano que tu ya no sepas. Llámame si llegas a notar que se pone muy caliente. En caso contrario... -Empezó a salir, mirando por sobre el hombro de Naomi.

-Perdón. -Kelsey retrocedió aferrando su cartera y la carpeta con sus fotocopias y anotaciones-. Siento interrumpir. En la casa me dijeron que los encontraría aquí.

-¡Oh! —Confusa, Naomi se pasó una mano por el pelo. -Perdí la noción del tiempo. Acabamos de tener una pequeña crisis Matt te presento a mi hija, Kelsey. Kelsey Byden, Matt Gunner mi veterinario. Matt le tendió la mano en la que todavía sostenía la jeringa. Enseguida la retiró, sonrojándose.

-Perdón. ¡Hola!

A pesar de sus nervios, Kelsey no pudo menos que sonreír

-Mucho gusto.

-Y éste es Moses Whitetree -agregó Naomi-. Mi cuidador. Moses sólo asintió mientras seguía masajeando la mano de la yegua.

-Reno Sánchez, uno de los mejores jockeys del circuito.

-El mejor -corrigió él con un guiño-. Mucho gusto.

-Veo que estás muy ocupada -dijo Kelsey-. Puedo esperar.

-Ya no puedo hacer nada más. Gracias por haber venido tan rápido, Matt. Lamento haber interrumpido tu día, Reno.

-No hay problema. Tengo tiempo de sobra. -Volvió a mirar a Kelsey con no disimulada admiración-. Tendrá que venir al hipódromo, a verme correr.

-Me gustaría mucho.

-Más tarde volveré a ver a la yegua, Moses. ¿No quieres que vayamos a la casa, Kelsey? -Naomi hizo un gesto cuidadoso, muy cuidadoso para no tocar a su hija y la condujo hacia la salida de atrás.

-¿Tienes un caballo enfermo?

-Me temo que esté lastimada. Tendremos que borrarla de las carreras de las próximas semanas.

-¡Qué pena!

Kelsey miró hacia el paddock donde trabajaban a la soga a un potrillo de un año. Otro, montado, era conducido por un vareador hacia la pista lenta. Un mozo de cuadra bañaba a un alazán con una manguera. Otros caballos eran caminados en círculos amplios y repetidos.

-Se ve que hay mucha actividad -murmuró Kelsey, consciente de los ojos que se volvían a mirarla.

-Sí, la mayor parte del trabajo se hace durante la mañana, pero esta tarde cuando cierre el hipódromo volverá a haber mucha actividad. -¿Hay carreras hoy?

-Siempre hay carreras -contestó Naomi, distraída-. Pero en este momento hay muchas yeguas pariendo, y los partos casi siempre se producen en plena noche. -Sonrió.

-Las yeguas por lo general paren en la mitad de la noche.

-No sabía que tenías un stud con tanta actividad.

-En los últimos diez años hemos llegado a ser uno de los principales harás de pura sangres del país. Hemos tenido caballos participando en los últimos tres Derbys. Ganamos el St. Leger y el Belmont. Y la Copa de Criadores durante dos años seguidos. Una de nuestras yeguas ganó una medalla de oro en las últimas Olimpiadas. —Naomi se interrumpió con una carcajada. —No me dejes empezar a hablar. Soy peor que una abuela con la billetera llena de fotografías de sus nietos.

-No importa. Me interesa. -Mucho más de lo que creía, pensó Kelsey-. En realidad, cuando era chica, tomé clases de equitación. Supongo que casi todas pasamos por una etapa en la que los caballos nos enloquecían. Papá lo odiaba, pero... -Dejó la frase inconclusa cuando de repente comprendió por qué lo hacía tan infeliz que en ella se despertara esa tradicional obsesión juvenil por los caballos.

-¡Por supuesto! -contestó Naomi con una leve sonrisa-. Me parece muy comprensible. ¿Pero de todos modos aprendiste a montar?

-Sí, lo volví loco hasta que aceptó. -Se detuvo y miró a su madre, directamente a los ojos. Alcanzaba a ver las leves señales de envejecimiento que la vez anterior estaba demasiado nerviosa para notar. Pequeñas arrugas que le rodeaban los ojos. Otras, producidas por malos humores o preocupaciones, que le cruzaban la frente-. Debe haberle dolido verme, simplemente verme día tras día.

-No lo creo. A pesar de lo que Philip pueda haber llegado a sentir hacia mí, a ti siempre te adoró. -En ese momento apartó la mirada, porque le resultaba más fácil mirar las colinas. Un caballo relinchó, un sonido que para Naomi era más dulce que ninguna aria de ópera-. No te he preguntado por él. ¿Cómo está?

-Está bien. Ahora es presidente del departamento de inglés de la Universidad de Georgetown. Lo ha sido durante siete años.

-Es un hombre brillante. Y un buen hombre.

-Pero no lo suficientemente bueno para ti.

Naomi alzó una ceja.

-Querida Kelsey, yo nunca fui lo suficientemente buena para él. Pregúntaselo a cualquiera. -Naomi se echó para atrás el pelo y siguió caminando-. Me dijeron que se ha vuelto a casar.

-Si, cuando yo tenía dieciocho años. Son muy felices, tengo un hermanastro, Channing.

-¿Y le tienes cariño a él y a la mujer de tu padre?

-Mucho.

Naomi cruzó el mismo patio y entró a la casa por los mismo ventanales que la primera vez.

-¿Qué quieres tomar? ¿Café, té? ¿Un vaso de vino, quizás?

-No es necesario.

-Pero espero que aceptes algo. Por Gertie. Cuando supo que venías, preparó masas. Ya sé que no lo recuerdas, pero tu significabas mucho para ella.

Estoy atrapada, pensó Kelsey Atrapada por la buena educación y por compasión.

-Entonces té con masas. Gracias.

-Se lo iré a decir. Siéntate, por favor

Pero no se sentó. Le pareció lógico mirar más de cerca las cosas de su madre. A primera vista, la habitación era tranquila y elegante, un mundo aparte de la agitación y de las botas llenas de bosta de la zona de las caballerizas. El fuego ardía y los cortinados rosas estaban abiertos para que entrara el sol. Ese sol que brillaba sobre alrededor de una docena de hermosos caballos de cristal de distintos matices

La alfombra oriental que cubría el piso de madera clara encerada hacia juego con los colores de los cortinados y del sofá.

Nada ostentoso, nada discordante. Hasta que uno volvía a mirar. Las paredes estaban tapizadas en seda del mismo tono marfil que el sofá. Pero los cuadros, grandes y abstractos, eran verdaderas explosiones de color. Trabajos violentos, pensó Kelsey, llenos de pasión y de furia. Y con un estremecimiento vio que estaban firmados N.C.

¿Serán obra de Naomi? Se preguntó. Nadie le había dicho que su madre pintara. Y ésos no eran trabajos de un aficionado, decidió, sino obras de un artista capaz e inquietante.

Había otros detalles significativos. La talla de una mujer cuyo rostro de alabastro reflejaba un dolor inconmensurable, un corazón verde pálido con una rajadura en medio, un pequeño recipiente lleno de piedras de colores.

-Esas eran tuyas.

Con sensación de culpa, Kelsey dejó caer una piedra en el recipiente y se volvió. Gertie había entrado la mesa rodante con el té y la miraba sonriente.

-Siempre le gustaron las piedras bonitas. Yo se las guardé cuando... -Su sonrisa vaciló-. Cuando se fue.

-¡Ah! -¿Qué se suponía que debías contestar?- Quiere decir que hace mucho que trabaja aquí.

-He estado en Los Sauces desde chica. Mi madre era ama de llaves del señor Chadwick, y cuando ella se jubiló, yo tomé su lugar. Mamá se mudó a Florida. - Cambió de tema-. Hice masas de chocolate porque siempre fueron sus preferidas.

La mujer la miraba como si estuviera dispuesta a devorarla. Era difícil enfrentar el anhelo desesperado de sus ojos y peor aún el júbilo desesperado que latía bajo ese anhelo.

-Y lo siguen siendo —consiguió contestar Kelsey.

-Siéntase y sírvase. La señorita Naomi ha recibido un llamado telefónico, pero vendrá enseguida. -Con una expresión de felicidad intensa, Gertie le sirvió una taza de té y colocó las masas de chocolate a su alcance-. Siempre supe que volvería. Siempre lo supe. La señorita Naomi no lo creía. Era algo que la angustiaba todo el tiempo. Pero yo le dije: “Es su hija, ¿verdad? Estoy segura de que volverá a ver a su mamá”. Y aquí está.

-Sí. -Kelsey se obligó a sentarse y aceptó la taza de té-. Aquí estoy.

-¡Y tan adulta! -sin poder contenerse, Gertie pasó una mano por el pelo de Kelsey-. Ya es toda una mujer. -En su rostro arrugado apareció una expresión de intensa emoción y dejó caer la mano. Se volvió con rapidez y salió del cuarto.

-Lo siento -dijo Naomi, cuando entró, instantes después-.

-Éste es un momento muy emotivo para Gertie. Debes haberte puesto incómoda.

-Está bien, no te preocupes, -dijo Kelsey bebiendo un sorbo de té.

Naomi también se sirvió una taza y se sentó.

-No estaba segura de que volverías.

-Yo tampoco. No sé si habría vuelto, por lo menos tan pronto, si mi abuela no me lo hubiera prohibido.

-¡Ah, Milicent! -Tratando de relajarse, Naomi estiró sus largas piernas-. Siempre me detestó. Bueno -agregó, encogiéndose de hombros-, el sentimiento era mutuo. Dime, ¿has podido estar a la altura de sus enormes expectativas?

-No del todo. -Kelsey no pudo menos que sonreír. Pero se contuvo. Le pareció desleal hablar de su abuela.

-¡Ah, el honor familiar! -dijo Naomi, asintiendo-. Tienes toda la razón del mundo. No debería incitarte a criticar a Milicent. Además, es ridículo que sea yo la que está haciendo las preguntas.

-¿Cómo es posible que esto te resulte tan fácil? -Kelsey depositó su taza con brusquedad sobre el platillo- ¿Cómo puedes estar ahí sentada, tan tranquila?

-En la cárcel aprendí mucho con respecto a aceptar lo que a una le toca vivir. En este caso tú tienes las riendas, Kelsey Yo he tenido mucho tiempo para pensar en esto y antes de ponerme en contacto contigo, me prometí aceptar cualquier cosa que sucediera.

-¿Por qué esperaste tanto tiempo? Hace años que saliste de la cárcel.

-Con exactitud, doce años, ocho meses y diez días. Los ex convictos son más obsesivos que los ex fumadores y yo soy ambas cosas. -Volvió a sonreír-. Pero eso no responde a tu pregunta. El mismo día en que salí de la cárcel pensé en ponerme en contacto contigo. Hasta fui a tu colegio. Durante una semana estacioné el auto todos los días en la vereda de enfrente y desde allí te miré jugar en los recreos. Las vi, a ti y al resto de las chicas, observando a los chicos y simulando que no lo hacían. Una vez, hasta salí del auto y empecé a cruzar la calle. Y me pregunté si percibirías mi olor a cárcel. Yo todavía lo olía.

Naomi se sirvió una masa.

-Así que volví al auto y me alejé. Eras feliz, estabas segura, ignorabas que yo existía. Entonces enfermó mi padre. Los años pasaron, Kelsey. Cada vez que pensaba en la posibilidad de llamarte por teléfono, de escribirte o de volver a tu vida, me parecía mal.

-¿Y por qué lo hiciste ahora?

-Porque me pareció bien. Ya no eres tan feliz, ni estás tan segura y consideré que era hora de que supieras que existía. Tu matrimonio ha llegado a su fin, estás en un cruce de caminos. Tal vez creas que no puedo comprender lo que sientes, pero lo comprendo.

-Estás enterada de lo de Wade.

-Sí. Y de tu trabajo, de tu carrera académica. Por suerte heredaste la inteligencia de tu padre. Yo siempre fui una pésima alumna. Si no piensas comer las masas, mete algunas en la cartera, ¿quieres? Gertie no se dará cuenta.

Kelsey suspiró, tomó una masa y la mordió.

-No sé qué sentir con respecto a todo esto. No sé qué sentir con respecto a ti.

-La realidad pocas veces se parece a esas enormes y emotivas reuniones de Oprah -comentó Naomi-. La madre, largo tiempo perdida, se reúne con su hija. Todo se perdona. Yo no pido que se me perdone todo, Kelsey. Sólo espero que me des una oportunidad.

Kelsey tomó la carpeta que había colocado a su lado, sobre el sofá.

-He hecho algunas investigaciones. ¡Que diablos! Pensó Naomi, y se sirvió otra masa.

-Pensé que tal vez lo harías. ¿Los artículos del diario sobre el juicio?

-Entre otras cosas.

-Puedo conseguirte una transcripción de todo lo que se dijo en el juicio.

Kelsey manoseó la carpeta.

-¿Una transcripción?

-Si estuviera en tu lugar, me gustaría tener una. Se trata de un asunto público, Kelsey. Aunque tuviera algo que esconder, no podría hacerlo.

-La vez anterior, cuando estuve aquí, te pregunte si eras culpable y dijiste que sí.

-Me preguntaste si había matado a Alee, y dije que si.

-¿Por qué no me dijiste que habías alegado que fue en defensa propia?

-¿Qué diferencia hace? Me condenaron. Pagué mi deuda con la sociedad y de acuerdo al sistema, quedé rehabilitada.

-¿Entonces fue una mentira? ¿Decir que lo habías baleado para impedir que te violara fue una maniobra legal?

-Es lo que creyó el jurado.

-Te lo estoy preguntando a ti -replicó Kelsey enardecida-. Necesito un sencillo sí o no.

-Acabar con una vida no es tan sencillo, sean cuales fueran las circunstancias.

-¿Y cuáles fueron esas circunstancias? Le permitiste entrar en tu casa, en tu dormitorio.

-Le permití entrar en casa -contestó Naomi con tranquilidad-. Él se metió en mi dormitorio.

-Era tu amante.

-No, no lo era. -Con manos firmes, Naomi sirvió más té.

-Tal vez con el tiempo hubiera podido llegar a serlo. Pero no me había acostado con él. -Su mirada se encontró con la de su hija-. El jurado tampoco lo creyó. Me sentía atraída hacia él. Creí que era un tonto encantador, inofensivo y divertido.

-Discutiste con él por otra mujer.

-Soy celosa -contestó Naomi-. Se suponía que Alee estaba locamente enamorado de mí, lo cual significaba que yo podía flirtear con otros, pero él no. Y además discutimos porque ya empezaba a aburrirme y a enojarme. Decidí terminar nuestra relación. Alee no quería que termináramos. De modo que hicimos una escena, en público. Después tuvimos otra, en privado. Él estaba furioso y me llamó unas cuantas cosas desagradables, después intentó salir con la suya tratándome con rudeza. A mí no me gustó y le ordené que se fuera. Aunque luchaba por mantener la calma, al recordar esa noche le tembló la voz.

-Pero en lugar de irse, me siguió hasta el dormitorio, siguió insultándome y adoptó una actitud aún más ruda. Por lo visto había decidido demostrarme lo que me perdía, obligándome a acostarme con él. Yo estaba furiosa y tenía miedo. Luchamos y comprendí que estaba decidido a hacer exactamente lo que amenazaba con hacerme. Entonces conseguí apartarme y tomé el arma. Le disparé.

Sin pronunciar una palabra, Kelsey recorrió la carpeta y sacó la fotografía que publicaron los diarios. Cuando la tomó, sólo un rápido espasmo en la boca denunció el estado de ánimo de Naomi.

-No es muy halagadora para ninguno de los dos, ¿verdad? Pero comprende que ignorábamos que teníamos público.

-El no te está tocando. Tiene las manos en alto.

-Sí. Supongo que es necesario haber estado allí. -Le devolvió la fotografía-. No te estoy pidiendo que me creas, Kelsey ¿Por qué me vas a creer? Fueran cuales fuesen las circunstancias, yo no estoy limpia de culpa. Pero la he pagado. La sociedad me ha concedido otra oportunidad. Eso es todo lo que te pido a ti.

-¿Por qué dejaste que te creyera muerta? ¿Por qué lo permitiste?

-Porque tenía la sensación de estar muerta. Parte de mí lo estaba. Y, más allá de mis crímenes, te quería. No quería que crecieras sabiendo que estaba encerrada. No podría haber sobrevivido esos diez años pensando en eso. Y tenía necesidad de sobrevivir.

-Había otras preguntas, millares de preguntas que zumbaban como abejas dentro de la cabeza de Kelsey. Pero no creyó poder soportar las respuestas.

-Yo no te conozco -dijo por fin-. No sé si alguna vez podré sentir algo por ti.

-Tu padre debe haberte inculcado el sentido del deber. Y no me cabe duda de que Milicent también debe haberlo hecho. Yo voy a aprovechar ese sentido del deber para pedirte que vengas a quedarte aquí durante algunas semanas. Durante un mes.

La sorpresa dejó atónita a Kelsey.

-¿Quieres que viva aquí? —consiguió preguntar por fin.

-Que me hagas una larga visita. Te pido algunas semanas de tu vida, Kelsey, a cambio de toda una vida que yo perdí. -No quería suplicar, pero lo haría si no le quedaba más remedio-. Es egoísta de mi parte, y no demasiado justo, pero quiero tener esa oportunidad.

-Es demasiado pedir.

-Sí, lo es. Pero te lo pido de todas maneras. Soy tu madre. Eso es algo que no puedes evitar. Puedes decidir evitarme, si es lo que quieres, pero seguiré siendo tu madre. De esta manera tendremos tiempo para ver si algo nos une. Si no lo hay, te irás. Pero apuesto a que no lo harás. -Naomi se inclinó hacia delante-. ¿De qué estás hecha, Kelsey? ¿No eres bastante Chadwick como para aceptar una apuesta?

Kelsey adelantó la barbilla. Era un riesgo. Tal vez ella necesitara que se lo plantearan así, en lugar de rogárselo.

-No te prometo que me quedaré un mes, pero vendré. -Le sorprendió ver temblar los labios de Naomi antes de que se curvaran en una sonrisa fría y tranquila.

-Me alegro. Si no logro encantarte, por lo menos te encantará Los Sauces. Veremos cuánto aprendiste en esas clases de equitación. -A mí no me tiran con facilidad.

-A mí tampoco.

CAPÍTULO 4

La comida con la familia fue un asunto civilizado. Se sirvieron con dignidad una serie de platos exquisitos. Como cualquier última cena, pensó Kelsey. No quería considerar esa velada en casa de su padre como una obligación, o peor aún, como un juicio, pero sabía que eran ambas cosas.

Philip conversaba de temas intrascendentes, pero su sonrisa era tensa. Desde que Kelsey le anunció que iría a quedarse unos días en Los Sauces, prácticamente no pensaba más que en el pasado. De alguna manera le parecía una deslealtad hacia Candace eso de pensar tanto en su primera mujer, y pasar las noches inquieto e insomne presa de recuerdos de Naomi. Por más que se dijera todo el tiempo que su miedo era ilógico, tonto y hasta indulgente, no podía alejar el temor de estar por perder a esa hija que había luchado por conservar.

Que ya era una mujer. Sólo tenía que mirarla para reconocerlo. Sin embargo, sólo tenía que cerrar los ojos para recordar la niña que había sido y la culpa.

Milicent espero hasta que se sirviera el pollo asado. Por lo general le disgustaba tratar temas desagradables durante las comidas. Pero consideraba que, en ese caso, no le quedaba alternativa.

-Me dicen que te vas mañana.

-Sí. -Kelsey bebió un sorbo de agua. Observó la delgada rodaja de limón que flotaba y se hundía. -A primera hora.

-¿Y tu trabajo?

-Renuncie -Alzó la ceja en un gesto de desafío-. Era poco más que un trabajo de voluntaria. Tal vez cuando vuelva busque algo en la Smithsonian.

-Tal vez no te resulte fácil, con esa costumbre que tienes ir y venir.

-A lo mejor.

-La Sociedad Histórica siempre anda en busca de gente para contratar -dijo Candace-. Yo podría recomendarte.

-Gracias Candace. -Siempre tratando de resguardar la paz, pensó Kelsey-. Lo pensaré.

-Tal vez se te contagie la fiebre de las carreras -bromeó Channing guiñándole-. Y a lo mejor hasta llegas a comprarte un haras y entras en el circuito.

-Eso no sería aceptable ni prudente -contestó Milicent, mientras se secaba los labios con la servilleta-. Esas cosas pueden resultar románticas y excitantes a tu edad, Channing, pero Kelsey ya es bastante adulta y debe pensar las cosas con más seriedad.

-A mí me parece bárbaro eso de poder estar en las caballerizas y apostar en el hipódromo. -Se encogió de hombros y se dedicó a su comida-. Les aseguro que no me molestaría pasar unas cuantas semanas en el campo.

-Podrías ir a visitarme. Sería divertido.

-¿No puedes pensar en otra cosa? -preguntó Milicent depositando con fuerza el tenedor sobre el plato- ¿Divertido? ¿Tienes idea de lo que esto le está haciendo a tu padre?

-Mamá...

Pero con un gesto de la mano, Milicent impidió que Philip terminara la frase.

-Después de todo el dolor y la infelicidad que tuvimos que vivir, me parece increíble que esa mujer no tenga más que chasquear los dedos para que Kelsey salga corriendo a su encuentro.

-Ella no chasqueó los dedos. -Kelsey apretó los puños debajo de la mesa. Sería demasiado fácil hacer una escena, se dijo-. Me pidió que fuera y yo acepté. Lamento que esto te duela papá.

-Mi única preocupación eres tu, Kelsey.

-Me pregunto una cosa -empezó a decir Candace con la esperanza de tranquilizar a Milicent y salvar la velada-. ¿Es realmente necesario que te quedes en el haras? Después de todo no queda mas que a una hora de distancia. Podrías hacer las cosas con más lentitud, ir a pasar un fin de semana de vez en cuando, por ejemplo. —Miró a Philip para ver cómo reaccionaba, luego le sonrió a Kelsey. - Me parecería más sensato.

-Si fuera sensata, nunca habría ido a ese haras.

Ante el comentario de su abuela, Kelsey contuvo un suspiro y se echó atrás en su silla.

-No es como si hubiera firmado un contrato. Puedo volver en cualquier momento. Y además tengo ganas de ir. -Se dirigió a su padre-. Quiero averiguar quién es ella.

-Me parece natural -dijo Channing mientras masticaba un trozo de pollo-. Si yo hubiera descubierto que tenía una madre a quien creía muerta y que había estado

en la cárcel. Habría hecho lo mismo. ¿Le preguntaste cómo era estar en prisión? Me encantan esas películas de cárceles de mujeres.

-¡Channing! -exclamó Candace en un susurro horrorizado-. ¿Por qué tienes que ser tan grosero?

-Es sólo curiosidad -contestó él mientras abría una papa perfectamente hervida- Apuesto a que la comida era espantosa.

Encantada con él, Kelsey largó la carcajada.

-Te prometo que se lo preguntaré. ¡Dios mío! ¿Será posible que Channing y yo seamos los únicos que no vemos esto como un melodrama? Debería resultarles un alivio que no me haya traumatizado y que no corra a refugiarme en un sicoanalista, ni ahogue mi espanto en alcohol. En este caso, la que tiene que acomodarse a la situación soy yo, y lo estoy haciendo lo mejor posible.

-No piensas más que en ti misma —dijo Milicent.

-Si, es cierto. Pienso en mí misma. -Ya era bastante, decidió Kelsey, y apartó su silla de la mesa-. Tal vez te interese saber que no dijo más que cosas agradables de ti -le informó a su padre-. No tiene ninguna intención insidiosa de volverse en tu contra. -Se le acercó y se inclinó para besarle la mejilla-. Gracias por la comida, Candace. Tengo que volver a casa para terminar de empacar. Channing, si llegas a tener un fin de semana libre, llámame por teléfono. Buenas noches, abuela.

Salió presurosa. En cuanto cerró la puerta de calle a sus espaldas, respiró hondo. El aire tiene gusto a libertad, pensó. Y pensaba disfrutarla. A la mañana siguiente, Gertie salió a recibirla a la puerta.

-¡Llegó! -Antes de que Kelsey pudiera oponerse, tomó sus valijas-. La señorita Naomi está en las caballerizas. Como no sabíamos a qué hora vendría, me pidió que le avisara en cuanto llegara.

-No, no la moleste. Estoy segura de que debe estar ocupada. Déjeme llevar esas valijas. Son pesadas.

-Soy fuerte como un buey. -Gertie retrocedió, sin dejar de sonreír-. Le mostraré su cuarto.

A pesar de ser pequeña y delgada. Gertie subió la escalera cargando las valijas sin esfuerzo aparente, mientras seguía conversando.

-Tenemos todo preparado. Es agradable volver a tener algo que hacer. La señorita Naomi no da ningún trabajo. En realidad, ni siquiera me necesita.

-Estoy segura de que eso no es cierto.

-Si, claro, me necesita para que le haga compañía. Pero come como un pajarito y prácticamente se ocupa de todo antes de que yo llegue a hacerlo. -Gertie abrió la marcha por un amplio vestíbulo, cuyo piso estaba cubierto por una alfombra con un desteñido dibujo de rosas-. A veces invita gente, pero nunca tanto como antes. Antes siempre había invitados y fiestas.

Entró a un cuarto y depositó las dos valijas sobre una cama elegante.

El dormitorio estaba lleno de luz que entraba por una ventana doble que miraba a las colinas, y por las largas ventanas delgadas que daban a los jardines. Los colores suaves daban al cuarto un aire elegante y europeo.

-¡Es una belleza!. -Kelsey se acercó a una cómoda donde había un florero de cristal lleno de tulipanes-. Será como dormir en un jardín.

-Es su cuarto de la infancia. Claro que en esa época la decoración era distinta; todo en rosas y blancos... como un caramelo. -Al ver la expresión de sorpresa de Kelsey, Gertie se mordió los labios-. La señorita Naomi dijo que si éste no le gustaba, podía ocupar el cuarto que queda del otro lado del vestíbulo.

-Éste me parece perfecto. -Esperó unos instantes, preguntándose si tendría algún recuerdo sensorial. Pero lo único que sentía era curiosidad.

-El baño está aquí. -Ansiosa por servir, Gertie abrió una puerta-. Avíseme si necesita más toallas. O cualquier otra cosa, lo que sea. Yo iré a llamar a la señorita Naomi.

-No, no la llame. -Siguiendo un impulso, Kelsey se alejó de las valijas-. Iré yo a las caballerizas. Puedo desempacar después.

-Lo haré yo. No se preocupe por nada. Vaya a visitar las caballerizas y páselo bien. Después podrá almorzar. Le aconsejo que se abroche esa chaqueta. El aire está frío.

Kelsey contuvo una sonrisa.

-Está bien. Volveré a la hora de almorzar.

-Y que su madre la acompañe. Ella tiene que comer.

-Se lo diré. -Salió, dejando a Gertie feliz, abriendo las valijas.

Le resultaba tentadora la idea de recorrer la casa, de asomarse a las habitaciones y explorar los corredores. Pero eso podía esperar. Tal vez el día conservara el

frío de fines de invierno, pero había un sol glorioso. Y prometedor, deseó Kelsey al salir al aire libre.

No pensaba iniciar su estadía persiguiendo sombras. Tendría que hacerlo, por supuesto. Pero de todos modos le pareció que no tenía nada de malo disfrutar de un día de campo, con el aire cargado del perfume de las flores primaverales y del pasto recién nacido, el paisaje de las colinas, los caballos y el cielo. Por lo menos por el momento, podía considerar ese viaje como unas cortas vacaciones. Hasta que empezó a hacer las valijas, nos e dio cuenta de la falta que le hacía alejarse del encierro de su departamento, de su trabajo, de la rutina tediosa de aprender a ser nuevamente soltera.

Y aquí, pensó al percibir el primer olor a caballos, después de todo había algo más que aprender. No sabía absolutamente nada acerca del mundo de las carreras, nada de la gente que lo formaba y muy poco de los animales que lo componían.

De manera que estudiaría y lo averiguaría. Y por cierto que, cuando más descubriera, mejor comprendería a su madre.

Lo mismo que la vez anterior, había gran actividad en las caballerizas. Se bañaban o vareaban caballos, pasaban hombres y mujeres cargados de arneses, empujando carretillas. Kelsey soportó las miradas de soslayo y las expresiones de abierta curiosidad y entró.

En el primer box, un mozo de cuadra vendaba las patas de una yegua. Kelsey vaciló cuando el hombre la miró a los ojos. Los suyos estaban ocultos por la visera de la gorra y su cara increíblemente vieja, rajada como un cuero que ha quedado tirado con descuido al sol. —Perdón, estoy buscando a la señorita Chadwick.

-¿Creciste, verdad? -El hombre pasó una bola de tabaco de un lado de la boca al otro-. Me dijeron que venías. Y ahora, dulzura, no te orines.

Kelsey demoró un momento en comprender que ese último comentario no le estaba dirigido a ella, sino a la yegua.

-¿Le pasó algo? —preguntó-. Me refiero a la yegua.

-Una pequeña luxación. Es vieja, pero todavía le gusta correr. ¿Recuerdas esos tiempos, verdad muchacha? Ganó su primera y su última carrera, y muchas entre medio. Tiene veinticinco años. La última vez que tú la viste no era más que una potranquita. -Sonrió, mostrando las encías casi sin dientes-. Supongo que no nos

recuerdas, ni a ella ni a mí. Soy Boggs. Yo te subí a tu primer petiso. Pero debes haber olvidado cómo se monta, ¿no?.

-No. Sé montar. -Kelsey extendió una mano para acariciar la cara de la yegua-. ¿Cómo se llama?

-Queen Vanity Fair. Yo solo la llamo Queenie.

La yegua relinchó y clavó en Kelsey la mirada de sus suaves ojos marrones.

-Ya es demasiado vieja para correr. -murmuró Kelsey.

-Y para procrear. Queenie está jubilada, pero de vez en cuando se vuelve a sentir joven y se lanza a correr. Si yo entrara con una montura, ya verías como levanta las orejas.

-¿Entonces todavía se la puede montar?

-Si es el jinete apropiado, sí. Tu madre está en el tinglado de servicios, allá atrás, a la izquierda. Hoy es un día de grandes acontecimientos.

-¡Ah! Gracias...

-Boggs. Y bienvenida a casa. -Se volvió para pasar con infinita suavidad la mano nudosa y callosa sobre las patas de la yegua-. La próxima vez que vengas, te aconsejo que te pongas botas.

-Sí, claro -dijo Kelsey clavando la mirada en sus zapatos italianos de taco bajo-. Tiene razón.

Caminó por la caballeriza y se detuvo al llegar al box de Serenity. La yegua la recompensó con un bufido de bienvenida y una caricia del hocico.

Una vez afuera, no le hicieron falta las indicaciones de Boggs. La actividad que reinaba alrededor de un galpón a la izquierda, de todas maneras le habría llamado la atención.

Reconoció a Gabe y durante un instante se debatió pensando quién resultaba más magnífico, él o el pardillo alazán parado en dos patas a quien trataba de controlar. Estaba de pie junto a la cabeza del animal, con las botas bien plantadas en el piso, los músculos tensos, las riendas cortas, mientras el pardillo temblaba y relinchaba.

Con el pelo despeinado por el viento, Gabe echó atrás la cabeza y rió.

-¿Estás ansioso, verdad? No te culpo. No hay nada que haga hervir tanto la sangre como una hermosa hembra lista para el sexo. ¡Hola, Kelsey! -Siguió sosteniendo el pardillo, sin mirar a su alrededor. Había sentido su presencia.

Kelsey estuvo por creer que la había olido, lo mismo que el pardillo olía a la yegua-. Has llegado a tiempo para el principal acontecimiento. No eres tímida ni recatada, ¿verdad?

-No.

-Me alegro. Naomi está adentro, con la yegua. Longshot y Los Sauces están por procrear un campeón.

Kelsey miró al pardillo. Estaba rodeado de peones que ayudaban a Gabe a impedir que el animal se precipitara dentro del tinglado. Era magnífico, ya cubierto de sudor, los ojos fieros, los músculos tensos. —¿Van a dejar que se abalance sobre una pobre yegua que no sospecha lo que le está por suceder?

Gabe sonrió.

-Créame que ella nos estará agradecida.

-Va a aterrorizarse -contradijo Kelsey y entró al tinglado. Vio que su madre y Moses trataban de tranquilizar a la yegua que parecía tan ansiosa como el pardillo de culminar esa unión. También era alazana y tan majestuosa como su futuro consorte. A pesar de estar maneada y con el cogote protegido por una gruesa manta de cuero y arpillera, parecía orgullosa y valiente.

-Kelsey. -Sucia y cubierta de transpiración, Naomi se pasó una mano por la frente-. Se suponía que Gertie me avisaría cuando llegaras.

-Le dije que no te avisara, que yo vendría para acá. ¿Molesto?

-No... -Naomi miró a Moses con expresión de duda-. Pero las cosas se pondrán un poco frenéticas. Y gráficas.

-Sé algo sobre sexo -dijo Kelsey con sequedad.

-Quédese y aprenderá más -comentó Moses-. Está lista -le indicó a uno de los peones.

-No te acerques -le advirtió Naomi a su hija-. Esto no es tan sencillo como pasar una hora en el motel de la zona. -Kelsey percibía olor a sexo. Cuando Gabe y sus peones entraron con el pardillo, el aire se puso espeso de olor a sexo. Un sexo agudo, nervioso, elemental. La yegua relinchó, una expresión de protesta o de bienvenida, y el pardillo contestó con un sonido que apretó el estómago de Kelsey.

Se impartían ordenes; los movimientos eran rápidos. El pardillo dio un salto poderoso y montó a la yegua. Con los ojos muy grandes, Kelsey vio que Moses se acercaba e intervenía en los aspectos más técnicos del acoplamiento. Entonces

quedó sin aliento al comprender el motivo por el que la yegua tenía el cogote protegido. Sin él sin duda alguna el pardillo la hubiera mordido. La saltaba como enloquecido, con una necesidad frenética y de alguna manera humana.

La cubrió dominante, exigente. La yegua lo aceptaba poniendo los ojos en blanco en lo que Kelsey supuso debía ser una expresión de placer.

Sin darse cuenta se acercó, fascinada por ese apasionado frenesí del acoplamiento. Su propio corazón latía aceleradamente, sentía la sangre caliente. La fuerte oleada de la excitación sexual la hizo tambalear.

Se descubrió mirando a Gabe. Tenía la cara cubierta de sudor. Los músculos se le notaban a través de la camisa. Y la estaba mirando. Era impactante ver reflejada en esos ojos su propia primitiva e inesperada reacción. Se le pasó por la cabeza como un relámpago la visión de ser poseída como acababa de ser poseída la yegua, con fiereza, con violencia, con descuido.

Gabe sonrió. Un lento movimiento de los labios que era a la vez arrogante y encantador. Sonríe, pensó Kelsey, como si supiera exactamente lo que estoy pensando. Como si él hubiera querido que lo pensara.

-Increíble, ¿verdad? -preguntó Naomi, acercándosele. Era la tercera yegua que servían esa mañana y el esfuerzo le había dejado el cuerpo dolorido.

-¿Crees que...? -Kelsey se aclaró la garganta-. ¿Crees que a la yegua le duele?

-De ser así, dudo que lo note. -Del bolsillo trasero del pantalón, Naomi sacó un pañuelo para enjugarse el cuello húmedo-. Algunos pardillos son muy bondadosos y suaves con las yeguas. Parecen amantes tímidos o antiguos. - Sonrió al mirar los caballos jadeantes-. Pero en ese pardillo no hay ninguna timidez. Es una bestia. ¿Y qué mujer no desea a una bestia de vez en cuando? - Miró a Moses.

El intelecto, pensó Kelsey, sintiendo que se le aceleraba el pulso. Sería mejor, o por lo menos más cómodo, explorar la logística.

-¿Cómo eligen el pardillo que debe servir a cada yegua?

-Por las líneas de sangre, las características, las tendencias, hasta por el pelo. Trazamos cuadros genéticos. Después hay que cruzar los dedos y esperar. ¡Dios! Ya sé que es un cliché, ¡pero cómo me gustaría fumar un cigarrillo! Salgamos a tomar un poco de aire. Aquí ya casi hemos terminado.

Mientras salían, Naomi sacó del bolsillo una tira de goma de mascar.

-¿Quieres un poco?

-No, gracias.

-Es un pobre sustituto del tabaco. -Lanzó un suspiro al metérsela en la boca-. Pero de todos modos, casi todos los sustitutos son poca cosa. -Ladeó la cabeza y estudió a su hija-. Pareces cansada, Kelsey. ¿Pasaste una mala noche?

-Sí, bastante mala.

Naomi volvió a suspirar. En un tiempo su hija había sido muy abierta con ella, una verdadera charlatana, llena de noticias y de preguntas. Pero esos días, como tantos otros, ya eran cosa del pasado.

-Puedes decirme si prefieres que no lo pregunte, pero me gustaría saber si Philip estuvo en contra de esta visita.

-Creo que sería más exacto decir que le dolió que hubiera aceptado tu invitación.

-Comprendo. -Naomi miró el suelo y asintió-. Me gustaría poder hablar personalmente con él, para tranquilizarlo, pero supongo que sólo empeoraría la situación.

-Si, la empeorarías.

-Está bien. Se inquietará durante algunas semanas. -Cuando levantó la mirada, la expresión de sus ojos era dura. ¡Maldición! Eso era lo menos que merecía: un mes en medio de tantos años-. Sobrevivirá. Yo no puedo morir simplemente para darle el gusto a algunas personas. -Miró a Gabe que en ese momento sacaba al pardillo sudado del cobertizo. Entonces sonrió y su rostro volvió a suavizarse.

-Bueno, ¿crees que el servicio ha sido exitoso?

-Si no lo fuera, no es por falta de esfuerzo. -Palmeó el cogote del pardillo antes de entregarle las riendas a un peón-. Espero que sea el primer servicio exitoso entre nuestros haras, seguido por muchos otros. Bueno, Kelsey, ha tenido una interesante iniciación en la vida de un harás de pura sangre. Si se queda hasta principios del año que viene, verá los resultados de esta cita.

-Me parece una descripción muy inadecuada de lo que acaba de suceder allí adentro. La pobre yegua no tuvo muchas posibilidades de elección.

-Él tampoco las tuvo. -Sonriente, Gabe sacó un cigarro-. Esa atracción primitiva no permite elección. Moses me avisará si cree que es necesario repetir el procedimiento -dijo, dirigiéndose a Naomi-, pero tengo la corazonada de que no será necesario.

-Podría pedir el porcentaje de probabilidades, pero en este caso prefiero dejarme llevar por tu corazonada. Perdón un minuto. Quiero ver cómo está la yegua.

Kelsey miró hacia el lugar donde bañaban al pardillo. -¿No deberías estar tú allí, intercambiando mentiras y ofreciéndole una pitada de ese cigarro?

-En la escuela secundaria dejé de mentir con respecto a mi vida sexual. ¿La pongo nerviosa, Kelsey o es simplemente el ambiente general?

-Ni una cosa ni la otra. -Por supuesto que él le provocaba una reacción. Pero eso era problema suyo-. ¿Quiere decir que usted es el dueño de la granja vecina? ¿De Longshot?

-Así es.

-Admiré su casa desde el camino. Es bastante menos tradicional que las demás de la zona.

-Yo también lo soy. La casa muy digna, estilo Cape Cod que se erguía en lo alto de la colina cuando la propiedad pasó a mi poder, no me convenía. Así que la hice demoler. -Exhaló una bocanada de humo-. Debe venir a conocerla.

-Me gustaría, pero creo que antes me dedicaré a conocer Los Sauces.

-No encontrará un haras mejor en toda la costa Este. Con excepción del mío. -El bufido que resonó a sus espaldas lo obligó a volverse. Le sonrió a Moses-. Por supuesto que mi haras sería el mejor del país si consiguiera llevarme a Whitetree. Te pagaría el doble de lo que te paga ella, Moses.

-Guárdate tu dinero, muchacho. Cómprate otro traje. -Moses le entregó la yegua a un caballerizo para que la refrescara-. Los dueños de haras como tú... no llegan a nada.

-Eso fue lo que dijiste hace cinco años.

-Y es lo que digo ahora. Dame un cigarro.

-Eres un hombre duro, Whitetree. -Gabe le ofreció un cigarro.

-Sí. -Moses se metió el cigarro en el bolsillo para fumarlo después-. Ese caballerizo tuyo de la nariz rota tenía aliento a ginebra.

La sonrisa de Gabe desapareció; entrecerró los ojos.

-Ya me encargaré de eso.

-Dile a tu cuidador que se ocupe de eso -replicó Moses-. Es su trabajo.

-Los caballos son míos -lo corrigió Gabe-. Disculpenme. -Giró sobre sus talones y se encaminó al acoplado donde estaban cargando al pardillo.

-Ese tipo nunca aprenderá -murmuró Moses.

-Para Gabe no existen las jerarquías. -Al ver que su amigo enfrentaba al caballerizo, Naomi meneó la cabeza-. Debiste decírselo al cuidador, Moses.

-Y a Jamison no debería hacerle falta que yo le diga lo que sucede bajo sus narices.

-Bueno -dijo Kelsey, alzando una mano-. ¿Les importaría decirme qué es todo esto?

-Gabe está despidiendo a uno de sus caballerizos -explicó Naomi.

-¿Así nomás?

-Mientras uno trabaja, no debe beber -siseó Moses. En ese momento oyeron la voz airada del caballerizo. -Los dueños deberían mantenerse ajenos a lo que sucede en las caballerizas.

-¿Por qué? -preguntó Kelsey.

-Porque son dueños. -Moses meneó la cabeza y se alejó.

-Nunca hay un momento de aburrimiento. -Naomi tocó el brazo de Kelsey-. ¿Por qué no...? ¡Mierda!

-¿Qué? -Kelsey miró justo a tiempo para ver al mozo de cuadra en el momento que amagaba con trompear a Gabe. Y para ver que Gabe esquivaba los golpes una vez, dos veces, rápido como una sombra.

Gabe no intentó golpearlo, a pesar de que el instinto estaba allí, esa reacción típica de callejón que persistía debajo del hombre civilizado en que se había convertido. Pero pensó que el mozo de cuadra era lamentable y de la mitad de su tamaño. Y lo peor era que hizo falta que Moses se lo dijera para que se diera cuenta de que un borracho estaba a cargo de su pardillo.

-Ve a buscar tus cosas, Lipsky -repitió Gabe con helada tranquilidad, mientras el mozo de cuadra seguía mirándolo con los puños cerrados-. No quiero volver a verte en Longshot.

-¿Y quién es usted para decirme que no quiere verme más? -Lipsky se pasó una mano por la boca. No estaba borracho, todavía no. Sólo había bebido lo suficiente para sentirse un poco más alto y peligroso-. Sé más sobre caballos de lo que usted sabrá jamás. Usted se abrió paso hasta donde está por pura suerte, Slater. Gracias a la suerte y también haciendo trampa y todo el mundo lo sabe. Lo mismo que todo el mundo conocer a su viejo, un perdedor y borracho.

La furia que pintó en los ojos de Gabe hizo retroceder a los peones. Como en un acuerdo tácito, formaron un círculo silencioso. Presentían que había llegado el momento del espectáculo.

-¿Así que conoces a mi padre, no, Lipsky? No me sorprende me parecería bien que lo buscaras, que bebieran unas copas con él. Pero mientras tanto, ve a buscar tus cosas y cobra el sueldo que se te debe. Estás despedido.

-Me contrató Jamison. Hace diez años que trabajo en el haras de Cunningham, y seguiré allí cuando usted vuelva a su ruleta y a sus mesas de blackjack.

Por sobre la cabeza de Lipsky, Gabe alcanzó a ver que dos peones intercambiaban miradas. De modo que así viene la mano, pensó. Después jugaría con ellos, pero antes tenía que termina esa mano.

-Ya no hay ningún haras de Cunnihgham y tampoco hay lugar para ti en Longshot. Jamison puede haberte contratado, Lipsky pero tus cheques los firmo yo. Y yo no firmo cheques para borrachos. Si vuelvo a verte cerca de alguno de mis caballos, te Prometo que no será Jamison el que se encargue de ti.

Se volvió y miro directamente a Kelsey. Ella, lo mismo que los peones, observaba el espectáculo. Alcanzó a pensar que le alegraba que esa expresión de tranquilo desdén que brillaba en los ojos de Gabe no estuviera dirigida a ella, antes de notar el brillo del sol sobre el acero.

La advertencia se le quedó en la garganta, pero Gabe ya se volvía para enfrentar el cuchillo. La primera estocada, en lugar de clavársele en la espalda, le tajeó el brazo casi con delicadeza. Al ver y oler y oler sangre, los peones abandonaron con rapidez su actitud de mediano interés.

-¡No se acerquen! -ordenó Gabe, ignorando el dolor de su brazo. Mi error, pensó, consistió en no juzgar hasta dónde podía llevar el alcohol a ese hombre.

-¿Así que quieres luchar conmigo, Lipsky? -Gabe estaba tenso, preparado. Cuando uno no podía evitar una pelea, había que zambullirse en ella y confiar en su buena suerte-. Bueno, te hará falta el cuchillo. Así que ¡ataca!

El cuchillo tembló en manos de Lipsky Durante un instante no pudo recordar cómo había llegado hasta allí. Fue como si la empuñadura se le hubiera metido en la mano. Pero en ese momento estaba allí, y ya había sacado sangre. El orgullo incrementado por la ginebra no le permitía echarse atrás.

Se agazapó, amagó y empezó a girar en círculos.

-¡Tenemos que hacer algo! -El horror que Kelsey experimentaba le daba un gusto a óxido en la boca-. ¡Llama a la policía'

-¡No, la policía no! -Pálida como la cera. Naomi cerró las manos a los costados del cuerpo-. La policía, no.

-¡Pero hay que hacer algo, por amor de Dios! -Vio que el acero del cuchillo resplandecía y Lipsky volvió a embestir, errando por pocos centímetros el cuerpo de Gabe. Los únicos que se movían eran los protagonistas que ocupaban el centro del círculo, hasta que el pardillo encerrado en el acoplado empezó a patear, de nuevo excitado por el olor a sangre y a violencia.

Sin tiempo para pensar en lo que hacía, Kelsey se apoderó de la horquilla que estaba apoyada contra la pared de un galpón. No quería ni pensar en lo que las puntas de la horquilla le harían a la carne de Lipsky, así que la empuñó y empezó a correr hacia adelante, sólo para detenerse al ver que el cuchillo volvía a relampaguear. Y salió volando por el aire en el momento en que Lipsky caía pesadamente al piso.

Ella no había alcanzado a ver el golpe. Gabe ni siquiera pareció moverse Pero en ese momento estaba parado junto al peón mirándolo con frialdad, el rostro tan tranquilo como si estuviera tallado en piedra.

-Avísale a Jamison adonde estás. Él te mandará tus cosas y tu dinero -Con un movimiento que no pareció costarle nada, levantó a Lipsky por el cuello de la camisa. El olor a ginebra y a sangre le revolvió el estómago, y le trajo amargos recuerdos. -Y no dejes que te descubra otra vez por aquí, porque en ese caso olvidaré que me he convertido en un caballero y te partiré en dos.

Dejó caer al peón y se dirigió a sus hombres

-Bájenlo en el camino. Que se aleje de aquí haciendo dedo.

-Sí señor Slater. -Se pusieron en movimiento, impresionados como colegiales después de presenciar una pelea en el recreo. Arrastraron a Lipsky, lo obligaron a ponerse de pie y lo llevaron hasta el camión.

-Lo siento, Naomi. -Con un gesto de indiferencia, Gabe se alejó el pelo de los ojos-. Debí esperar hasta llegar a Longshot para despedirlo.

Naomi temblaba y eso era algo que le resultaba odioso.

-En ese caso me habría perdido el espectáculo. -Se obligó a sonreír y miró a Gabe. La sangre le corría por el brazo-. Ven a la casa. Te limpiaremos ese brazo.

-Este es mi pie para decir que no es más que un rasguño. -Se miró la herida, agradeciendo que no fuera mucho más que eso, por más que le doliera-. Pero sería un tonto si no permitiera que me atendieran dos mujeres hermosas. -En ese momento miró a Kelsey.

Ella seguía con la horquilla en la mano, los nudillos blancos de tanto apretar el mango. Tenía las mejillas arreboladas y el shock le nublaba los ojos.

-Creo que ya puede bajar eso. -Con suavidad, le quitó la horquilla de las manos-. Pero aprecio que haya tratado de defenderme. Kelsey juntó las rodillas para impedir que le siguieran temblando.

-¿Va a permitir que se vaya así, tan tranquilamente?

-¿Qué otra cosa puedo hacer?

-Por lo general a la gente se la arresta por intento de asesinato. -Miró a su madre y notó su sonrisa irónica-. ¿Es así como se manejan aquí las cosas?

-Tendrás que preguntárselo a Moses -contestó Naomi-. Él se encarga de los despidos en Los Sauces. -Sacó el pañuelo del bolsillo y enjugó la sangre que corría por el brazo de Gabe-. Lo lamento, pero no tengo enagua para desgarrar y vendarte.

-Yo también lo lamento.

-Sujeta el pañuelo sobre la herida y apriétalo con fuerza -instruyó ella-. En cuanto lleguemos a la casa te lo vendaremos.

Empezaron a caminar. Gabe mantuvo un paso lento hasta que Kelsey los alcanzó. Entonces la miró y sonrió.

-Bienvenida al hogar, Kelsey.

CAPÍTULO 5

Kelsey dejó la tarea de primeros auxilios en manos de su madre y las exclamaciones y los mimos en manos de Gertie. Ella habría votado por llevar a Gabe a la sala de primeros auxilios, pero nadie parecía demasiado interesado en su opinión.

Por lo visto, las heridas de arma blanca debían tomarse con filosofía y limpiarse en la cocina.

Una vez que terminaron de limpiar, desinfectar y vendar el brazo de Gabe, se sirvieron tazones de sopa de pollo y bizcochos calientes. Hablaron de caballos, de líneas de sangre, de carreras, de tiempos y de hipódromos. Como no era un mundo que Kelsey comprendiera, se sintió en libertad de observar y especular.

Todavía debía determinar que tipo de relación unía a Naomi con Gabriel Slater. Parecía íntima, cómoda. Fue él y no su anfitriona quien se puso de pie para volver a llenar las tazas de café. Se tocaban seguido, con naturalidad. Mano sobre otra mano, dedos que se apoyaban sobre un brazo. Kelsey se dijo que lo que fuesen uno para el otro no tenía importancia. Después de todo, hacía más de veinte años que su madre y su padre estaban divorciados. Naomi era libre de vivir cualquier relación que quisiera.

Y sin embargo, el asunto le molestaba en un nivel elemental.

Por cierto que parecían hechos el uno para el otro. Más allá de la conversación fácil que fluía entre ellos y del interés compartido por los caballos que los consumía a ambos, los dos tenían rasgos de violencia. Una violencia controlada, como puesta al hielo. Pero como Kelsey sabía con respecto a su madre y como acababa de ver en el caso de Gabe, era una violencia mortífera.

-Kelsey tal vez disfrutaría yendo al hipódromo a ver un entrenamiento -sugirió Gabe. Disfrutaba de su café, disfrutaba mirando a Kelsey. Casi le parecía percibir los pensamientos que daban vuelta dentro de la cabeza de la muchacha.

-¿Al hipódromo? -preguntó ella, interesada, a pesar de que acababan de interrumpir sus pensamientos-. Yo creí que ustedes entrenaban aquí a los caballos.

-Hacemos las dos cosas -explicó Naomi-. Pero usar la pista del hipódromo le da al caballo un impulso especial.

-Y a los apostadores una oportunidad de sopesar sus apuestas -acotó Gabe-. El hipódromo atrae a un grupo de gente ecléctica e interesante, sobre todo al amanecer, mucho antes de que llegue la hora de las carreras.

-Hablar del amanecer no es una exageración. -Naomi le sonrió a su hija-. Tal vez no te guste empezar tu día tan temprano.

-En realidad, me gustaría ver entrenar a los caballos.

-¿Mañana? -preguntó Gabe, alzando una ceja, casi como en un gesto de desafío.

-Perfecto.

-Nos encontraremos contigo allá. -Naomi miró su reloj-. Tengo que ir a las caballerizas. Debe haber llegado el herrero. -Al levantarse oprimió el hombro de Gabe-. Termina tu café, Kelsey hazle compañía a Gabe, ¿quieres? Él te explicará lo que debes esperar por la mañana. -Tomó una chaqueta y salió.

-No se queda quieta un momento -comentó Kelsey

-En este negocio, la primera parte del año es la más atareada. -Gabe se reclinó contra el respaldo del sillón, con la taza de café en la mano. Y decidió tutearla-. ¿Así que te tengo que explicar lo que verás mañana?

-Preferiría que fuera una sorpresa.

-Entonces dime algo. ¿Habrías usado esa horquilla?

Antes de contestar, ella lo pensó durante un instante.

-Creo que ninguno de los dos conocerá nunca la respuesta a esa pregunta.

-Apuesto a que yo sí. Te diré, querida, que fue todo un espectáculo. Valía la pena recibir un rasguño en el brazo con tal de verlo.

-Te va a quedar una cicatriz, Slater. Por suerte fue tu brazo y no tu bonito rostro.

-Él trató de apuñalarme por la espalda -le recordó Gabe-. No te agradecí que me hayas advertido.

-Ni siquiera alcancé a advertirte.

-¡Por supuesto que sí! Tu expresión fue lo mismo que un grito. -Metió la mano en un bolsillo y sacó un gastado mazo de barajas. Empezó a mezclarlas con aire indiferente-. ¿Juegas al póquer?

Confusa, ella frunció el entrecejo.

-Por regla general no juego, pero lo sé jugar.

-Si decides dedicarte a eso, nunca trates de engañar al contrario. Perderías hasta la camisa.

-¿A ti te ha sucedido? ¿Eso de perder la camisa?

-Tantas veces que prefiero no recordarlas. -Como por costumbre comenzó a dar dos manos, con las cartas abiertas

-¿Apostarías a esa dama?

Kelsey se encogió de hombros.

-Supongo que sí.

Gabe siguió jugueteando con los naipes.

-Después de un tiempo, si uno es inteligente, aprende a no arriesgar lo que no puede perder. Yo tengo bastantes camisas Tu reina sigue siendo la carta más alta.

-Así es. -Por algún motivo absurdo, Kelsey disfrutaba del juego. Cuando Gabe dio la tercera carta, su reina de espadas todavía ganaba. Y cuando dio la cuarta, también-. La mía sigue siendo la mas alta. ¿Lo que más te gusta es apostar a las carreras?

-No tengo un solo interés.

-¿Incluyendo a Naomi?

-Incluyendo a Naomi. -Dio vuelta la última carta y sonrió

-Un par de cincos –anunció-. Parece que ha caído tu reina.

Kelsey hizo un gesto muy parecido a un puchero.

-Es una pena haber perdido ante cartas tan patéticas.

-No hay cartas ganadoras que se puedan llamar patéticas -Le tomo la mano y le divirtió notar que se le ponían rígidos los dedos

-Una antigua tradición sureña, señora. -Se llevó la mano de Kelsey a los labios, sin dejar de observarla-. Estoy en deuda contigo por lo de Lipsky Tú eliges el pago.

Hacía mucho tiempo que ella no sentía que la sangre le corría con tanta fuerza por las venas. Y ya que no lo podía ignorar, debía luchar contra ello.

-¿No te parece que es de muy dudoso gusto que me hagas avances en la cocina?

¡Dios! Cómo le encantaba la forma que tenía esa muchacha de decir esas frasecitas decorosas y pronunciarlas con una voz tan ronca tan emotiva!

-Querida, esto no se parece en nada a un intento de seducción -Mantuvo con firmeza la mano de Kelsey en la suya y la volvió para que quedara con la palma hacia arriba-. Manos de dama –susurro-. Manos de persona acostumbrada a servir el té. Siempre he tenido debilidad por las manos delgadas, elegantes y suaves

Apretó los labios contra la palma de la mano de Kelsey mientras a ella el pulso le saltaba como un martillo bajo el dedo pulgar de Gabe.

-Eso fue un intento de seducción -dijo él cerrándole los dedos como para que conservara allí la marca de sus labios-. En lo que se refiere al gusto, el tuyo me viene bien. Es probable que te convenga recordarlo.

Le soltó la mano, recogió los naipes y se puso de pie.

-Te veré por la mañana. A menos que tengas segundas intenciones.

La dignidad, se recordó Kelsey, es tan importante como el orgullo.

-Mira, Slater, no tengo intención alguna que se refiere a ti.

-¡Por supuesto que las tienes!. -Se inclinó hasta que las caras de ambos estuvieron muy juntas-. Te advertí que nunca trataras de engañar a un jugador, Kelsey. Tu pierdes.

La dejó furiosa, frente a una taza de café frío. Es una maldita pena, pensó Gabe, que no pueda darme el lujo de algunas fantasías vespertinas. Pero tenía mucho trabajo que hacer.

En cuanto llegó a Longshot, Gabe fue en busca de Jamison El cuidador había sido empleado de Cunmgham. Pero cuando él se hizo cargo del harás, no le costó mucho convencerlo de que se quedara.

Porque Jamison siempre había sido más leal con los caballos que con sus dueños.

Era un hombre de vientre prominente a quien le gustaban la comida y la cerveza. A pesar de haber entrenado generaciones de caballos ganadores, sólo sus amigos más íntimos podían llegar a considerar que estaba a la altura de Moses Whitetree.

Había llegado de bebé y en brazos de su madre desde el condado de Kerry. Sus primeros recuerdos se relacionaban con el olor de los caballos que su padre atendía.

Jamison había vivido toda su existencia a la sombra de los pura sangre. En ese momento, a los sesenta y dos años, a veces soñaba con poder ser dueño de un pequeño haras y de un caballo campeón. Un caballo que le permitiera jubilarse con comodidad.

-Bueno, Gabe. -Hizo a un lado su cuaderno de anotaciones y se puso de pie al verlo entrar-. Embarqué a Honest Abe a Santa Anita y a Reliance a Pimlico –sonrió-. Pero me enteré de que tuviste un pequeño problema y supuse que querías verme antes de que me encaminara al hipódromo.

-¿Cuántas veces has Pescado a Lipsky bebiendo durante sus horas de trabajo?

Nunca hay que engañarse con respecto a individuos como Gabriel Slater, pensó Jamison. Conocía al muchacho desde hacía alrededor de veinte años y todavía no había logrado comprenderlo del todo.

-Dos veces le hice una advertencia y le dije que lo despediría si lo volvía a encontrar en esas condiciones. Tiene buena mano. Una debilidad por la ginebra, es cierto, pero hace más de diez años que trabaja aquí. -Miró el vendaje del brazo de Gabe y suspiró-. Juro por mi madre que nunca sospeché que te haría eso.

-Los borrachos son poco confiables, Jamie. Ya sabes lo que pienso con respecto a eso.

-Por supuesto que lo sé. -Jamison cruzó las manos sobre el vientre. Debería estar en el hipódromo y no allí, suavizando situaciones-. Y tal vez comprenda por qué no tienes ninguna tolerancia por esa debilidad. Pero los peones son asunto mío, ¿no es cierto? Y actué según mi criterio.

-Tu criterio fue equivocado.

-Sí, lo sé.

-Cualquiera que beba en horas de trabajo, desde ti hasta el último de los mozos de cuadra, se va. Nada de advertencias, Jamie Y sin excepciones.

Tal vez hubo un brillo de irritación en sus ojos, pero Jamison asintió.

-Tú tienes la sartén por el mango, Gabe.

Satisfecho, Gabe tomó el libro de anotaciones y lo estudió.

-A partir de este momento, pasaré más tiempo en la cuadra y en la pista –dijo-. No quiero que sientas que te estoy vigilando.

-El harás es tuyo -contestó Jamie con sequedad-. Y la pista también.

-Sí, lo son. Y hoy me resultó muy claro que los hombres no me consideran parte integrante de este operativo. La culpa es mía -Volvió a dejar el cuaderno sobre la mesa-. Los primeros dos años después de hacerme cargo de la granja, estuve ocupado con la construcción de la casa y abriéndome camino para poder entrar en el pequeño club de propietarios. Desde entonces he dejado casi todo el trabajo

diario en tus manos y he jugado al propietario. Ahora voy a empezar a trabajar. Eres mi cuidador, Jamie, y en lo que a los caballos se refiere, aceptaré los consejos que me des. Pero he vuelto a la pista. Y no pienso perder.

Esto es pasajero, pensó Jamison. Los propietarios pocas veces se preocupan durante mucho tiempo por el verdadero trabajo. Lo único que les interesa es su lugar en el paddock y la bolsa.

-Tú sabes manejarte tan bien como cualquier otro en una caballeriza.

-Hace mucho tiempo que no trabajo con una horquilla -Le cruzó por la mente la imagen de Kelsey blandiendo la horquilla como si se tratara de una espada. Miró el reloj de cuadrante grande que Jamison había asegurado a la pared de la oficina-. Podremos llegar a Pimlico a las tres. ¿A quién mandarías con la potranca?

-A Carstairs. Torky la montará, Lynette se encarga de la limpieza.

-Veremos qué clase de equipo forman esos tres.

Como la habían dejado para que se valiera por sí misma Kelsey se cambió los zapatos por un par de botas, y salió. No se encaminó a las caballerizas, consciente de que molestaría o que la mirarían como a un bicho raro. Así que se dirigió hacia las suaves colinas donde pastaban los caballos.

La paz tranquila e innegable era una bendición después del frenesí de esa mañana. Pero a pesar de todo, Kelsey tuvo que luchar contra una inquietud que la impulsaba a seguir caminando a no quedarse quieta hasta descubrir lo que había del otro lado de la siguiente colina.

¿Cómo era posible que hubiera caminado por allí de niña y que no recordara nada? Le resultaba frustrante pensar que los tres primeros años de su vida eran virtualmente un blanco. En la mayoría de los casos era algo que no tenía importancia, pero su vida había sido marcada durante esos primeros años. Quería recuperarlos decidir por sí misma lo que estaba bien y lo que estaba mal

Se detuvo junto a una verja blanca sobre la que se apoyó mientras un trío de yeguas iniciaba una carrera, con sus potrillos detrás. Otra yegua permanecía muy quieta, pastando, mientras el potrillo mamaba.

Esto es casi demasiado perfecto, pensó Kelsey Una tarjeta postal que era demasiado nítida, demasiado resplandeciente para ser realidad. Sin embargo se descubrió sonriéndole al potrillo admirando las patas de una delicadeza

imposible, la inclinación de la cabeza elegante. ¿Que haría, se preguntó, si yo trepara a la verja pasara al otro lado y tratara de acariciarlo?

-Son espectaculares, ¿verdad? -comentó Naomi, acercándose El viento le despeinaba el pelo que llevaba cortado hasta la altura del mentón, más por comodidad que por seguir la moda-. Nunca me canso de mirarlos. Primavera tras primavera, año tras año Es una rutina que me tranquiliza. Y cuya posibilidad al mismo tiempo me resulta excitante. Son una belleza. De alguna manera resultan sedantes. Cuesta imaginarlos corriendo en un hipódromo.

-Son atletas, criados para desarrollar velocidad. Mañana lo comprobarás por ti misma. -Naomi se alejó el pelo de la cara pero enseguida se impacientó, sacó una gorra del bolsillo de la chaqueta y se la puso-. Ese que está mamando tiene cinco días de vida.

-¿Cinco? -Sorprendida, Kelsey se volvió para estudiar con más detenimiento a la madre y su potrillo, que era delgado y saludable y que ya parecía conocer las costumbres del paddock-. ¡Parece imposible!

-Crecen con rapidez. Dentro de tres años estará listo. Todo empieza aquí, o más precisamente en el cobertizo de cría y luego se encamina hacia esa confusión final de la largada. Entonces correrá por la pista con un hombre montado sobre su lomo. Es algo maravilloso y que vale la pena ver.

-Pero no debe ser nada fácil -contestó Kelsey-. No puede ser fácil convertir algo tan delicado en un competidor.

-No. -Naomi sonrió. Su hija ya lo comprendía. Supuso que era algo que se debía llevar en la sangre-. Se logra a fuerza de trabajo, de dedicación y de muchas desilusiones. Pero vale la pena. Siempre vale la pena. -Inclinó la gorra para que le diera sombra a la cara-. Lamento haberte dejado tanto tiempo sola. Al herrero le gusta conversar. Era amigo de mi padre. En recuerdo de esos viejos lazos me hace el trabajo aquí, en lugar de hacerlo en el hipódromo.

-No te preocupes. No pretendo que me entretengas.

-¿Qué esperas?

-Nada. Todavía.

Naomi volvió a mirar a la yegua que amamantaba a su potrillo y deseó que fuese así de fácil volver a establecer lazos con su propia hija.

-¿Sigues enojada por lo de esta mañana?

-Enojada no es la palabra. -Kelsey se alejó de la verja para poder estudiar el perfil de su madre-. Te diría que me sorprendí. Todos se quedaron parados donde estaban y miraron.

-Menos tú. -Con una sonrisa, Naomi meneó la cabeza-. Creí que ibas a atravesar a ese borracho tonto con la horquilla. No sabes cuánto te envidio esa capacidad de reacción que dan la falta de miedo, o el exceso de honor. Yo quedé congelada. Tengo demasiado miedo y no me queda bastante honor. Hace mucho tiempo, tampoco habría vacilado.

Hizo un esfuerzo y se volvió a mirar a su hija.

-Debes estar preguntándote por qué no llamamos a la policía. Gabe lo hizo por mí. No sé si en su propio haras habría manejado el asunto de otra manera. Pero aquí... bueno tiene que haberse dado cuenta de lo que me hubiera costado tener que volver a hablar con la policía. Es algo que no quiero hacer nunca más. Nunca.

-No es asunto mío.

Naomi cerró los ojos. El sólo hecho de que ambas tuvieran que enfrentar la situación, implicaba que ahora también era asunto de Kelsey.

-Cuando vinieron a arrestarme, no tuve miedo. Era tan arrogante que estaba convencida de que terminaría siendo una heroína y que ellos harían el papel de tontos. No tuve miedo cuando me sentaron en el cuarto de interrogatorios, con sus paredes grises, su gran espejo y la silla dura, hecha para que uno tenga que retorcerse. -Volvió a abrir los ojos-. No me retorcí. Por lo menos al principio. Era una Chadwick. Pero el miedo se va colando dentro de uno, centímetro por centímetro. Entonces uno puede hacerlo retroceder. No borrarlo, sino obligarlo a retroceder. Antes de salir de ese cuarto horrible, con el espejo y las paredes grises, ya tenía miedo.

Respiró hondo para recordarse que ya estaba liberada de eso. Liberada, salvo por los recuerdos.

-Durante el juicio, con los titulares, y la gente que me miraba fijo, tuve miedo. Pero no quería demostrarlo. Me resultaba odioso que todo el mundo supiera que estaba aterrorizada. Después le ordenan a uno que se ponga de pie para escuchar el veredicto del jurado. El veredicto acerca de uno. Y entonces la situación es insoportable. Es como si te ahogaran y te impidieran respirar. Tal vez uno logre estar ahí parada, simulando tranquilidad, simulando confianza, porque sabe que la están observando. Que todas las miradas están clavadas en ti. Pero por dentro

uno se ha convertido en una gelatina. Y cuando dicen "culpable", es casi un anticlímax.

Volvió a respirar hondo.

-Así que, como verás, soy muy renuente a volver a hablar con la policía. - Durante algunos instantes no dijo nada, pero no esperaba respuesta-. ¿Sabes que cuando eras chiquita solíamos venir a este lugar? Yo te sentaba sobre la tranquera. Siempre te encantó visitar a los potrillos.

-Lo siento. -Y en realidad lo lamentaba profundamente-. Pero no lo recuerdo.

-No importa. ¿Ves a ese que está tomando sol? ¿El oscuro? Es un campeón. Lo supe en cuanto nació. Es posible que demuestre ser uno de los mejores caballos que salgan de Los Sauces.

Kelsey estudió al potrillo con más detenimiento. Sin duda era encantador, pero no alcanzó a ver nada que lo diferenciara de los demás.

-¿Cómo lo sabes?

-Está en los ojos. En los míos y en los suyos. Simplemente lo sabemos.

Se inclinó sobre la verja y miró las praderas en compañía de su hija. Y, durante un momento, se sintió casi feliz.

Esa noche, tarde, cuando la casa estaba en silencio y el viento hacía temblar las ventanas, Naomi le entregó su cuerpo a Moses. Le gustaba más que él acudiera a su cama. Tenía una mayor sensación de permanencia que cuando ella trepaba en silencio la escalera que llevaba a sus habitaciones, sobre el cobertizo del cuidador.

No porque no disfrutara de la excitación de hacerlo. La primera vez, la primera vez que estuvieron juntos, ella entró en el cuarto de Moses y lo descubrió en ropa interior, con un vaso de cerveza en la mano y estudiando unos papeles.

Recordó que no le resultó fácil seducirlo y pasó una mano sobre la piel firme de su pecho. Pero los ojos de Moses lo vendieron. La deseaba, como la había deseado siempre. Ella sólo demoró dieciséis años en darse cuenta de que también lo deseaba.

-Te quiero, Moses.

Siempre lo sacudía oírlo decirlo. Y supuso que siempre seguiría sacudiéndolo. Apoyó una mano sobre la de ella, sobre el corazón.

-Te quiero, Naomi. De otra manera, ¿crees que habrías logrado convencerme de que viniera, con tu hija del otro lado del vestíbulo?

Ella rió y volvió la cabeza para poder mordisquearle el cuello.

-Kelsey es una mujer adulta. No creo que se traumatizara aunque supiera que te tengo en mi cama. -Se volvió y se puso a horcajadas de él-. Y te tengo, Moses.

-Eso es algo difícil de discutir, puesto que la cabeza se me ha vaciado de sangre.

-Siguiendo una antigua costumbre le pasó las manos por el torso y tomó entre ellas el pecho de Naomi-. Estás cada día más hermosa, Naomi. Cada año.

-Lo dices porque con la edad tu vista empeora día a día.

-Veo perfectamente cuando te miro a ti.

Ella sintió que se derretía.

-¡Dios! Cuando te pones sentimental, me destruyes. Cuando miro a Kelsey me doy cuenta de lo que he cambiado. Y no sabes lo maravilloso que es verla, tenerla cerca, aunque sea por un tiempo. -Rió y sacudió la cabeza para apartarse el pelo de la cara-. Y todavía soy lo suficientemente vanidosa como para dejar de contemplarla, mirarme al espejo y ver cada maldita arruga que tengo en la cara.

-A mí, tus arrugas me vuelven loco.

-Pero antes, ser hermosa era muy importante para mí. Era una especie de misión... no un deber. Y después, durante muchos años no significó absolutamente nada. Hasta que apareciste tú. -Sonrió y se inclinó para besarlos en los labios-. ¡Y ahora vienes a decirme que te gustan las arrugas!

Moses le tomó la nuca con una mano y la atrajo hacia sí. Y mientras ella saboreaba el beso, la cambió de posición y le alzó las caderas para poder deslizarse profundamente en su interior. La observó arquear la espalda y le fascinó su quejido ronco. Entonces Moses estableció un ritmo lento, obligándola a seguirlo para que el placer fuese mayor para ambos.

Desde el vestíbulo, frente a la puerta de su cuarto, Kelsey oyó los sonidos ahogados del amor. El crujir del viejo colchón, los quejidos y susurros. Permaneció allí parada, con la taza de té que había bajado a prepararse en una mano, un libro en la otra, inmóvil.

Nunca había oído a su padre y a Candace durante la noche.

Supuso que ambos debían ser demasiado contenidos y educados para hacer un amor ruidoso. Pero no había nada contenido o educado en esos sonidos que surgían de la puerta cerrada del otro lado del vestíbulo.

Tampoco es educado que me quede aquí parada, escuchando se recordó. Entonces tomó el picaporte y volcó parte del té en su apuro por entrar a su dormitorio.

Mi madre, pensó, sacudida por docenas de emociones conflictivas. Y Gabe Slater supuso. Era mejor no analizar la emoción que conjuraba la presencia de ese hombre en el dormitorio de Naomi.

En cuanto tuvo su puerta bien cerrada, se apoyó contra ella.

Parte de su ser quería reír de lo absurdo de la situación. Una mujer adulta, escandalizada porque otra adulta, que por casualidad era su madre, tenía una vida sexual activa.

Pero en ese momento no le divertía la situación ni la reacción que esa situación le provocaba. Como no quería tener nada que ver con el asunto, hizo a un lado el libro y la taza de té. El jardín oscuro y dormido que se veía desde la ventana de su cuarto estaba teñido de plateado por la luz de la luna. Romántico, pensó, apoyando la frente contra el vidrio. Misterioso. Tan misterioso como era Los Sauces

No quería romance. No quería misterio. Por lo menos no quería quererlos. Estaba allí porque le resultaba importante enterarse cómo era esa madre que le había sido arrancada de la vida.

Se volvió y regresó a la cama. Pero no pudo dormirse hasta que oyó que la puerta del dormitorio de Naomi se abría y se cerraba y luego el ruido de pasos suaves que pasaban frente a su cuarto rumbo a la escalera.

CAPÍTULO 6

El hipódromo al amanecer. Era un ambiente distinto del que Kelsey esperaba. Para ella una carrera significaba más que velocidad. Significaba apuestas y apostadores, cigarrillos y trajes mal cortados, olor a cerveza y a sudor.

El irascible mozo de cuadra a quien Gabe había despedido el día anterior encajaba mejor en la imagen que se había forjado, que la imagen apacible y casi natural de los caballos al amanecer.

Cuando llegó con Naomi, el hipódromo estaba envuelto en un manto de niebla. Los caballos habían salido aún más temprano del criadero para ser descargados, ensillados y preparados para el entrenamiento. El ambiente era silencioso, casi sereno. Las voces se oían amortiguadas y las figuras aparecían y desaparecían en la niebla como duendes. Los hombres se acodaban alrededor de la pista, bebiendo café en vasos de papel.

-Ésos se encargan de cronometrar los tiempos -explicó Naomi-. Viven pendientes de la velocidad de los caballos. Algunos trabajan para el hipódromo, otros para revistas de hípica como el *Racing Form*. Se pasan horas aquí, tomándoles el tiempo a los caballos, estableciendo las marcas de cada uno. -Sonrió-. Persiguen la velocidad; supongo que es lo que hacemos todos. Me pareció que, para empezar, te gustaría conocer nuestro mundo desde este punto de vista.

-Es una maravilla. La niebla, los árboles que se alcanzan a divisar, las tribunas vacías... No es lo que me imaginé. -Se volvió hacia Naomi, aquella hermosa mujer rubia, de pantalones y chaqueta tejana, que era su madre-. Por lo visto nada es como lo imaginaba.

-La gente suele ver sólo un aspecto de las carreras. Apenas dos minutos alrededor de una pista ovalada, sin duda excitantes y a veces aterradores. Muchas veces un hombre o una mujer son juzgados de la misma manera, sólo por un aspecto o un acto. -NO había amargura en su voz, sólo aceptación-. Te llevaré a las caballerizas. Allí es donde está la verdadera acción.

Y los verdaderos personajes, descubrió Kelsey. Jockeys de edad avanzada que había fracasado en las carreras o se había excedido de peso se esmeraban por los cuarenta dólares que ganarían por ejercitar los caballos. Otros, apenas más que niños, con mirada ansiosa, daban vueltas por ahí, a la espera de una oportunidad. Se hablaba sobre caballos y se discutía acerca de estrategias. Un mozo de cuadra,

de gorra de tweed, vareaba con suavidad a un caballo incapacitado, diciéndole palabras tranquilizadoras.

No había excitación ni expectativas especiales. Kelsey se dio cuenta de que era sólo una cuestión de rutina, una rutina que se repetía día tras día mientras la mayoría de la gente dormía o bostezaba delante de la primera taza de café.

Vio a un hombre de traje azul celeste y botas brillantes, que conversaba con un individuo de mirada plácida que vestía un suéter gastado. De vez en cuando, el del traje enfatizaba sus palabras hundiendo un dedo regordete en el pecho del otro. Con cada movimiento que hacía, en su mano destellaba un anillo de brillantes en forma de herradura.

-Bill Cunningham -dijo Naomi, señalando con la cabeza al individuo que atraía la atención de su hija.

-¿Cunningham? -preguntó Kelsey frunciendo el entrecejo y tratando de recordar-. ¿No fue ese el nombre que mencionó el mozo de cuadra a quien Gabe despidió ayer?

-Antes, Longshot era propiedad de Cunningham. Bill lo heredó hace veinticinco años -explicó con profundo desdén-. Estaba haciendo todo lo posible para arruinar el criadero cuando lo perdió a manos de Gabe. Ahora tiene intereses en algunos caballos, y es dueño único de algunos ejemplares mediocres. Vive en Maryland. El cuidador de sus animales es Carmine, trabaja para Bill y para varios propietarios de caballos. En este momento Carmine escucha las instrucciones de Bill, y asiente a todo. Después Carmine hace lo que le viene en gana, porque sabe que Bill es un imbécil. ---¡Uf! - suspiró-. Nos ha visto. Desde ya te pido disculpas.

-¡Naomi! -Con pasos largos que destacaban sus hortera botas relucientes, Cunningham se acercó. Sus ojos brillaban cuando tomó la mano de Naomi-. Una hermosa imagen para una mañana sombría.

-Hola, Bill. -La vida había dado a Naomi una gran tolerancia hacia los tontos, así que le ofreció la mejilla-. Ya casi nunca te dejas ver en los entrenamientos.

-Tengo una nueva yegua. Ganó la carrera de Hialeah, y con autoridad. Le estaba explicando a Carmine cómo debe trabajarla hoy. NO quiero que rinda menos de lo que puede.

-Por supuesto -contestó Naomi con dulzura-. Bill, ésta es mi hija Kelsey.

-¿Hija? -Simuló sorpresa. Como todos los demás, estaba enterado de la existencia de Kelsey-. Hermana, querrás decir. Encantado, querida. -Tomó la mano de Kelsey y la estrechó vigorosamente-. Piensas seguir los pasos de tu madre, ¿verdad?

-Sólo he venido a mirar.

-Bueno, hay mucho que ver. Ya verás, para el anochecer estará cautivada y no querrá marcharse- agregó, guiñándole un ojo a Naomi-. Consúltame antes de hacer apuestas esta tarde, querida. Te enseñaré cómo se hace.

-Gracias.

-Nada es demasiado para la hijita de Naomi. Sabes, si no hubiera sido tímido tal vez ahora sería tu padre. Cuídate.

-¡Qué imbécil! -exclamó Naomi en voz baja mientras Bill se alejaba para seguir fastidiando a su entrenador-. Le gusta creer que alguna vez salimos juntos, pero lo más cerca que estuvimos fue cuando no pude evitar que me diera un beso pringoso.

-Me alegra que hayas tenido buen gusto. ¿Qué decía sobre su yegua?

-Al parecer fue a una carrera en la que los propietarios había puesto en venta a la yegua. Como el animal ganó con facilidad,, Bill pagó el precio que los propietarios querían. Y cree que durante el entrenamiento no se debe contener al animal. -Miró a Cunningham con ceño-. Es uno de esos tipos que paga primas al jockey por cada fustazo que le pega al caballo. Si a un caballo no lo castiga, Bill se siente defraudado.

-Me sorprende que hayas sido tan amable con él.

-Gajes del oficio. -Se encogió de hombros-. Además, conozco lo que es ser despreciado. Vamos, Moses ya debe de tener algún caballo preparado.

Cruzaron la zona del corral donde los jinetes encargados de ejercitar los caballos eran ayudados a montar. La montura era muy pequeña, apenas más que un trozo de cuero. Los chicos, como los llamaban, se erguían sobre los altos estribos mientras los cuidadores caminaban junto a ellos rumbo a la pista.

-Ése es uno de los nuestros -dijo Naomi, señalando un bayo que iba al trote-. Es *Virginia's Pride*. Si no resistes la tentación de apostar, te aconsejo que le confíes un para de dólares. Es un magnífico ejemplar y le gusta esta pista.

-¿Tú sueles apostar?

-Mmmm. -Naomi miraba a Moses, quien marchaba medio cuerpo detrás del bayo-. Nunca he rehusado una apuesta. Pero veámoslo correr.

Había otros caballos en la pista. La niebla se estaba disipando y los purasangre la cortaban como si fuesen balas, explotando a través de ella, deshaciéndola. Ante aquel espectáculo Kelsey no pudo menos que contener el aliento. Cuerpos enormes sobre patas muy delgadas que levantaban polvo, cogotes estirados y pequeños jinetes agazapados sobre el lomo. El corazón de Kelsey latía al compás de los cascos de los caballos.

-¡Allí! -exclamó, excitada-. ¡Aquél es tu caballo!

-Sí, ése es el nuestro. Hoy la pista está ligera, pero supongo que Moses le ha dicho al chico que lo mantenga por debajo de los dos minutos.

-¿Y cómo puede saberlo el jinete?

-Tienen un reloj en el cerebro. -La voz de Gabe resonó a sus espaldas. Aunque Kelsey se sobresaltó, no dejó de mirar a los caballos que corrían por la pista-. Parece bueno, Naomi.

-Estará aún mejor cuando llegue el momento del derbi. -Entrecerró los ojos-. Ése es el tuyo, ¿verdad?

-Doble o nada. -Gabe se inclinó sobre la barandilla para ver pasar a su caballo-. Él también estará mejor en mayo.

Kelsey no comprendió cómo era posible. En ese momento los dos caballos era magníficos y devoraban la pista. Parecían volar y sus delgadas patas se elevaban de la tierra como si fueran alas.

Podría haber permanecido allí durante horas observando a los caballos, vuelta tras vuelta a la pista. Sólo tardaban un minuto o dos en recorrerla tanto para los hombres que los cronometraban, como para los entrenadores que también tomaban el tiempo, pero para Kelsey era algo ajeno al tiempo.

- ¿Ya has elegido a tu favorito? -preguntó Gabe.

-No -contestó ella sin mirarlo. No quería verlo ni recordar lo oído la noche anterior, para no estropear su estado de ánimo-. No soy una gran jugadoras.

-Entonces supongo que no querrás apostar a que estarás en las ventanillas antes de que termine la tarde, ¿verdad?

Ella se encogió de hombros, peor no pudo resistirse y contestó:

-Bill Cunningham se ofreció a darme algunos datos.

-¿Cunningham? -Gabe lanzó una risotada-. Entonces espero que tengas los bolsillos bien provistos. -Se inclinó sobre la barandilla y consideró la posibilidad de encender un cigarrillo, pero comprendió que le impediría percibir el aroma de Kelsey. Era un perfume suave y sutil, uno de esos perfumes que se meten en los sentidos de un hombre y permanecen allí hasta mucho después de que la mujer se haya alejado.

-No hay mejor hora que la mañana -dijo Naomi protegiéndose los ojos con una mano mientras el sol salía por entre la nubes-. Uno tiene la pizarra limpia.

-Y posibilidades. -Gabe miró a Kelsey-. Todo es cuestión de posibilidades.

Después volvieron a las caballerizas. Los animales soltaban corros de vapor en el aire frío mientras los desensillaban y los hacían andar. Les revisaban las patas, en busca de esguinces, torceduras o lastimaduras. Un mozo de cuadra se agazapaba bajo el caballo a su cuidado, buscando alguna lastimadura. Un herrero de delantal de cuero y con una gastada caja de herramientas, clavaba una herradura.

-Parece un cuadro, ¿verdad? -dijo Gabe, como si acabara de leerle el pensamiento a Kelsey.

-Sí, es igual a un cuadro.

-Todo lo que ves aquí era igual hace cien años. Las patas de los purasangre pueden estropearse en cualquier momento, así que nos obsesionan. Fíjate en ese cuidador.

Ella se volvió y vio un caballo tirado del cabestro por su cuidador.

-Mira sus patas -dijo.

-Y no apartará de allí la mirada. -Señaló con la cabeza en otra dirección-. Ése también andaba por aquí hace cien años.

Un hombre con gorra seguía de cerca de Moses. Hablaba con rapidez y jadeaba para mantenerse a la par del cuidador.

-¿Quién es?

-El agente de un jockey. Van siempre por los criaderos tratando de convencer a todo el mundo de que representan al próximo Willie Shoemaker. -Con gesto indiferente, apartó un mechón de pelo de la cara de Naomi y se lo colocó detrás de la oreja-. ¿Queréis que traiga un poco de café?

-Perfecto. ¿Te apetece, Kelsey?

-Por supuesto. Gracias. ¿Puedo acercarme a mirar a tu caballo mientras lo vorean?

-Adelante.

Naomi se sentó sobre un cubo colocado boca abajo. El trabajo matinal estaba casi terminado. Ahora empezaba la espera. Ella había aprendido a esperar, y en ese momento lo hacía con un placer especial, mientras miraba a su hija caminar en círculos alrededor del cuidador del caballo. <<Debe de estar haciendo preguntas>>, supuso Naomi. Aquella chica siempre había estado llena de preguntas. Pero nunca se había mostrado distante, como es ese momento.

Esa mañana, por unos instantes, mientras permanecían de pie en medio de la niebla mirando correr a los primeros caballos, había sentido que algo se relajaba entre ellas. Después volvió la tensión. Una tensión sutil, porque su hija estaba llena de sutilezas y contradicciones.

Kelsey lanzó una carcajada. Era la primera vez que Naomi la oía reír así, con naturalidad y sin reservas.

-Se está divirtiendo -comentó Gabe mientras le entregaba una taza de café.

-Lo sé, y me alegra. Estaba pensando que tal vez no siempre habrá tanta tensión entre nosotras. -Bebió un sorbo del café, caliente y dulzón-. Tengo ganas de acariciarla, de abrazarla, aunque sea una sola vez Y no puedo. Tal vez me permitiera hacerlo, pero por compasión. Y para mí eso sería peor que el rechazo.

-Al menos está aquí. -Gabe le pasó con suavidad una mano por le pelo y la espalda-. No me parece la clase de chica que se quedaría en un lugar si no tuviera ganas de hacerlo.

-No pretendo que vuelva a quererme. Pero quiero que me permita quererla. -Se llevó una mano la hombro para cubrir la de Gabe.

Al volver caminando hacia ellos, Kelsey trató de ignorar la intimidad de la postura de ambos. <<Es asunto de ellos>>, se recordó. Mantuvo la sonrisa en los labios y recibió de Gabe su taza de café.

-Gracias. Acaban de darme los ganadores de las carreras de hoy.

-Jimmy siempre tiene algún ganador -dijo Naomi-. Y se equivoca tantas veces como acierta.

-Pero los de hoy son seguros.- Kelsey sonrió al levantar su taza-. Juró que nunca le daría a la hija de la señora Naomi nada que no fuese un ganador seguro. Se

supone que debo apostar a *Necromancer* en la quinta, porque la pista está lenta y como él es generoso, ganará con... una carcajada.- Arqueó una ceja-. ¿Lo he dicho bien?

-Nadie adivinaría que es tu primer día en el hipódromo -dijo Gabe.

-Aprendo rápido. -Miró alrededor y notó que la actividad era mucho menor-. ¿Y ahora qué sucederá?

-Esperaremos. -Naomi se puso de pie y se desperezó-. Ven, te compraré unas rosquillas para acompañar el café.

Por lo visto, esperar era una forma de vida en el hipódromo. A las diez de la mañana, la jornada había terminado para los caballos que no estaban anotados en ninguna carrera. Los empleados del hipódromo arreglaron la pista.

A mediodía, las tribunas empezaron a llenarse. En el restaurante, situado detrás de las tribunas, se servía el almuerzo a aquellos que en las carreras preferían estar lejos del bullicio de la multitud.

En las caballerizas volvían a preparar los caballos. Las patas hinchadas se metían dentro de cubos de hielo. Según la estrategia a seguir, mantenían nerviosos a algunos caballos, mientras tranquilizaban a otros como si fuesen bebés. Los jockeys se ponían camisas de seda con los colores del stud del caballo que iban a montar.

Ahora reinaba la expectativa y la excitación ausentes durante la mañana. Los caballos se movían nerviosos y corcoveaban, ansiosos por correr. Algunos se tranquilizaban cuando sus jockeys los montaban, otros piafaban y se estremecían.

Desde la zona del corral se encaminaban a la pista, en fila, algunos acompañados por mozos de cuadra y otros solos.

En ese momento las tribunas hervían, los asistentes novatos se mezclaban con los habituales. Todos con la esperanza de que ese día fuese su día. El desfile, el ritual fundamental de los muchos de una carrera, comenzó cuando los caballos entraron en la pista. A toque de clarín empezaron a andar en círculos, ubicados en orden de salida. Los que se preparaban a apostar estudiaban revista, caballos y jockeys, con la esperanza de elegir un ganador.

Si el caballo sudaba, tal vez estuviera nervioso. Una ventaja o una desventaja. Cada apostador tenía su propia opinión. Las manos vendadas podían significar un problema. ¡Ah! Y ese que mordisqueaba el freno, tal vez ese día estuviera de

mal humor. Y también era posible que fuese velos. Aquél tenía aspecto de ganador.

En la línea de llegada, apenas cinco minutos después de comenzar, el desfile se disolvió, como un multicolor confeti lanzado al aire.

A Kelsey no le importó. Había demasiado para ver. La pista no era lisa, sino ancha y roturada con surcos y baches, un kilómetro y medio circular de velocidad y sueños.

Allí, contra la barandilla, era con si ella alcanzara a oler esos sueños. Lo olía en los jockeys y en el público que colmaba las tribunas. Algunos olores eran frescos y fragantes; otros, rancios y secos por el polvo. Y allí de pie comprendió lo poderosa que era la droga del triunfo.

-Creo que aceptaré ese primer ganador que me dieron.

Naomi rió. Lo estaba esperando.

-Acompáñala, ¿quieres, Gabe? Nadie debería enfrentarse sola a su primera ventanilla de apuestas.

-No es necesario -dijo Kelsey cuando Gabe le cogió la mano-. Puedo arreglármelas sola.

-Eso es lo que todo el mundo cree. -Se encaminó hacia dentro, donde ya se formaban colas frente a las ventanillas-. Te daré una rápida lección sobre la manera de apostar a los caballos. ¿Cuánto quieres apostar?

Ella frunció el entrecejo.

-Cien.

-Entonces duplica la cifra. Sea cual fuere la cantidad que pienses jugar, duplícala. Luego considérala perdida. Y ahora ya tienes tu manera de jugar.

-Entiendo-. No lo comprendía, pero la tenía.

-Por lo general necesitará varias horas en un lugar tranquilo para estudiar el asunto, estudiando las carreras del día, para eliminar algunos caballos, y sustituirlos por otros en tu lista. Lo mejor es reducir el número de los elegidos a dos o tres. No tienes binoculares, ¿verdad?

-No, no pensé...

-No importa, te prestaré los míos. -La ubicó en una fila y le rodeó los hombros con un brazo en actitud amistosa. Ella no sonrió, aunque tenía ganas de hacerlo. Se limitó a escucharlo como un buen alumno escucha a un profesor veterano-.

Ahora bien, tienes que desear el apostar a cualquiera clase de combinación. Apuesta a ganador.

- Por supuesto.

-Bien. Una apuesta agresiva es un premio en sí misma. Apostar para pavonearse en cosa de perdedores. -Tuvo la satisfacción de ver que el hombre que lo precedía en la fila encogía los hombros-. ¿Estudiaste el cartel de la proporción de apuestas?

-No -contestó ella, con la sensación de ser una tonta.

-Tu caballo está cuatro a uno. Eso está bien. Apostar por los favoritos es para cobardes. Es una pena que me hayas dicho que no te gustaba apostar; de lo contrario no te hubiera permitido comer o beber antes de hacer tus apuestas.

-¿Qué?

-Nunca comas o bebas antes de elegir un ganador, Kelsey.

Ella entrecerró los ojos.

-¡Te lo estás inventando!

-No. Es el evangelio del buen apostador. -Sonrió-. Era broma. Apuesta porque es divertido. Cierra los ojos y elige un número. Los caballos no son máquinas y no nunca puede saber cómo se desempeñarán.

-Muchas gracias. -Divertida, se acercó a la ventanilla-. Diez dólares a *Necromancer*. -Le dirigió una rápida mirada a Gabe-. A ganador.

Sin dejar de rodearle los hombros con el brazo, Gabe sacó su billetero.

-Cincuenta al tres. Ganador.

Mientras cogía su boleto, Kelsey frunció el entrecejo.

-¿Cuál es el tres?

-No tengo la menos idea -dijo él, y se metió el boleto en el bolsillo.

-¿Has apostado a un número? ¿Sólo a un número?

-Una corazonada. ¿Apostamos a quién llega primero, tu ganador o mi corazonada?

-Otros diez -replicó ella.

-Conque no eras jugadora, ¿eh?

Volvieron a su sitio en la barandilla en el momento en que los caballos entraban a las gateras, especies de jaulas donde se los colocaba para la salida. Por tonto que resultara, a Kelsey le palpitaba el corazón y la manos se le habían humedecido. Al toque de campana, se inclinó hacia delante deslumbrada por el colorido de la escena.

Ya no se trataba de un entrenamiento en la niebla, sino de una multitud de animales poderosos que luchaban por el triunfo. A los pocos segundos ya corrían a toda velocidad, los primero por le flanco interior. El sonido era sobrecogedor, un trueno en el frente, un rugido detrás. Entonces llegaron a la curva.

-El número tres va delante - le susurró Gabe al oído.

-¿Cómo puedes saber qué ganará si la carrera acaba de comenzar? - replicó Kelsey.

Oía los gritos de los jockeys, gritos de amenaza o de aliento, mientras blandían las fustas. En la recta final, con la llegada a la vista, Kelsey había olvidado por completo su apuesta y era parte de la carrera misma, del espectáculo, el dramatismo de la velocidad. Vio a un caballo acercarse desde atrás, tenso y lanzado. Casi sin darse cuenta, empezó a alentarlos, fascinada por aquel relámpago de coraje y corazón.

El caballo superó al delantero por fuera y arribó a la llegada con medio cuerpo de ventaja.

-¡Oh! ¿Lo habéis visto? -Echó atrás la cabeza y rió-. ¡Ha sido algo precioso!

Gabe no había visto el final de la carrera, pero la había visto a ella. Con la excitación había desaparecido la máscara de amabilidad, revelando la pasión y la energía que había dentro de aquella mujer. Y él deseaba a esa mujer como nunca había deseado a otra.

Con los labios apretados, Naomi observó la expresión de Gabe.

-Tu caballo ha terminado quinto -le informó a Kelsey.

-¡No importa! -Kelsey respiró hondo. Todavía seguía sintiendo la fascinación-. Ha valido la pena. ¿Has visto cómo se adelantó? Como si hubiera salido de la nada.

-Era el tres -dijo Gabe y esperó a que ella lo mirara-. MI corazonada ha ganado.

-¿Ése era el número tres? - Kelsey se volvió hacia el círculo de los ganadores, vacilando entre el enfado del que Gabe hubiera triunfado y el júbilo de haber visto ganar al caballo-. Hoy es tu día de suerte.

-Tal vez sí.

-Bien. -Levantó la vista y lo miró-. ¿Cuál te gusta para la próxima carrera?

Por la tarde, Kelsey tomó una salchicha y un refresco. Sintió una inesperada oleada de satisfacción cuando *Virginia's Pride* ganó su carrera. Era obvio, pensó, hasta para su vista poco entrenada, que en la pista no había otro caballo que se le pudiera comparar.

Otra emoción, menos fácil de definir, la embargó cuando el caballo de Gabe resultó triunfador en su carrera.

Al atardecer las tribunas estaban cubiertas de boletos perdedores, colillas de cigarrillos e ilusiones frustradas.

-¿Me permitís invitaros a cenar?

Distraída, Naomi se abotonó la chaqueta. Ya estaba buscando a Moses con la mirada.

-Yo todavía debo estar aquí alrededor de una hora. -dijo-. ¿Por qué no llevas a Kelsey?

Instintivamente, Kelsey trató de zafarse.

-No me importa esperarte -dijo.

-Ve y diviértete -repuso su madre-. Te veré en casa dentro de un par de horas.

-De verdad, yo... - Pero Naomi ya se alejaba-. Te agradezco la invitación, Gabe, pero...

-Eres demasiado educada para rechazarla.- La tomó del brazo.

-No, no lo soy.

-Entonces tienes demasiada hambre. Una sola salchicha no puede producir tanta energía. Y de paso puedo ayudarte a contar tus ganancias.

-No creo que hagan falta muchos conocimientos de matemáticas para eso.

Pero de todos modos, tenía hambre, y permitió que él la guiara por la playa de estacionamiento hacia un Jaguar verde.

-Tienes un bonito coche.

-Es veloz.

Tenía razón, Kelsey se arrellanó en el asiento y disfrutó del trayecto en el crepúsculo. Le encantaba viajar a alta velocidad, con la capota bajada, la radio

bien fuerte. Wade le había aconsejado incontables veces que no sobrepasara la velocidad permitida. Un consejo sensato, pensó Kelsey en ese momento.

Pero Wade nunca entendió que, de vez en cuando, ella tenía que cortar las ataduras y hacer algo, cualquier cosa, hasta el fondo. Él le pedía moderación y ella aceptaba... siempre que pudiera. Un impulso repentino de gastar dinero, una multa por exceso de velocidad, una necesidad de último momento de volar a la Bahamas. Esos fulminantes cambios de humor habían sido la causa de la mayoría de discusiones domésticas.

Cosas sin importancia, había pensado siempre Kelsey.

Pero en ese momento comprendió que no era así. ¿Adónde la había llevado su impulsiva y sorpresiva visita a Atlanta? A la libertad, se dijo.

Cuando volvió a prestar atención al paisaje, se dio cuenta de que casi estaban en Bluemont.

-Creí que íbamos a comer a alguna parte.

-Es lo que haremos. ¿Te gusta el pescado?

-Sí. ¿Hay algún restaurante por aquí?

-Uno o dos. Pero comeremos en casa. Llamé hace un rato para avisar. ¿Te apetece pez espada a la parrilla?

-Magnífico. -Se irguió en el asiento, oyendo las alarmas que sonaban en su cabeza-. ¿Cómo sabías que aceptaría tu invitación a cenar?

-Fue una corazonada. -Dobló, cruzó las verjas del hierro y enfiló el camino de Longshot-. Si quieres, antes de comer puedes echarle un vistazo a la casa.

El jardinero había trabajado con esmero. Los parterres estaban removidos para que las plantas perennes pudieran volver a florecer. Unos cuantos valientes narcisos ya habían florecido y sus encantadoras cabezas amarillas parecían saludar.

Era extraño, pero no imaginaba que Gabe fuese un hombre a quien pudieran gustarle los narcisos o las flores en general.

La puerta de entrada estaba flanqueada por cristales biselados grabados con formas geométricas. Con la luz interior que resplandecía a través de ellos, brillaban como diamantes. Kelsey recordó que las camisas de los jockeys de Gabe también tenían dibujos parecidos a diamantes.

-¿Cómo elegiste los colores de tu criadero?

-Por una escalera de diamantes, del ocho al rey. –Abrió la puerta-. En una partida, contra toda probabilidad saqué el diez y la sota. La gente te informará que así pasé a ser dueño de este lugar. Ganando una partida de cartas.

-¿Y fue así?

-Más o menos.

Kelsey entro en un atrio de suelo de mosaicos, un amplio espacio abierto con grandes claraboyas. La balaustrada de cobre que rodeaba el primer piso seguía la forma suavemente redondeada de una escalera. Del techo colgaban enormes macetas de terracota de las que caían verdes follajes.

-Una entrada impresionante –dijo Kelsey.

-No me gusta sentirme encerrado. Te serviré una copa.

-De acuerdo. –Lo siguió al salón a través de una amplia arcada.

El salón se comunicaba con otra habitación por medio de otra habitación por medio de otra arcada. Las puertas cristaleras invitaban a entrar en la noche; las luces suaves la suavizaban.

Había un fuego encendido en la chimenea de piedra. Frente a ella, una mesa puesta para dos. Mantel blanco, velas, champán frío en un cubo.

-¿También tuviste la corazonada de que Naomi no nos acompañaría?

-Después de un día en el hipódromo, por lo general ella se reúne con Moses. –Abrió la botella-. ¿Tienes ganas de ver la casa o preferirías comer primero?

-Ya que estoy aquí, me gustaría conocer la casa. –Aceptó una copa de champán y notó que no había otra en el sitio de Gabe-. ¿No te unes a la celebración?

-Por supuesto, pero no bebo. Ven, empezaremos el recorrido por el piso de arriba.

La condujo al primer piso por la escalera curva. Kelsey contó cuatro dormitorios antes de que subieran otro corto tramo de escalera para llegar al dormitorio principal, que estaba concebido en dos niveles: tres escalones de mármol llevaban a la cama, que estaba por encima del resto del cuarto. Una chimenea de piedra calentaba los pies de la cama, y una claraboya en el techo invitaba a contemplar la luna.

Como el resto de la casa, era una mezcla de clásico y moderno. Sobre una mesa Chippendale había una escultura abstracta hecha de bronce y cobre. Sobre una alfombra persa, una mesa de madera de teca.

Vasos de Mesen junto a objetos de arte moderno. Varios cuadros atrajeron la atención de Kelsey, que reconoció que era trabajos del mismo artista que había pintado lo de la casa de su madre.

¡Cuánta pasión!, pensó mientras estudiaba las pinceladas frenéticas, la yuxtaposición violenta de colores primarios.

-No es un cuadro muy tranquilizador para un dormitorio.

-Me pareció que éste era el lugar ideal para colgarlo.

-N.C. –leyó Kelsey, y se quedó atónita-. ¿Es obra de Naomi...?

-Sí. ¿No sabías que pintaba?

-Vaya... Nadie me lo comentó. Tiene talento. Conozco a varios marchantes que querrían representarla.

-Ella no te agradecería que se los presentaras. Su arte es algo personal.

-Todo arte es personal. –Se volvió y se alejó de Gabe-. ¿Siempre ha pintado?

-No siempre. En algún momento debería preguntarle al respecto. Ella te dirá todo lo que quieras saber.

-Antes tendré que decidir qué es lo que quiero saber. –Recorrió la habitación mientras bebía el champán-. No sé cómo era la antigua casa tan digna estilo Cape Cod, pero dudo que pudiera compararse con ésta. –Se volvió a mirarlo-. ¿Escandalizaste a la gente de la zona al hacerla demoler?

-Espanté a todos lo que viven en treinta kilómetros a la redonda.

-Y al hacerlo te divertiste como nunca, ¿no es así?

-¡Por supuesto! ¿De qué sirve forjarse una reputación si uno no es capaz de vivir a su altura?

-¿Y qué reputación te has forjado?

-Terrible, querida, terrible e incorregible. Cualquiera te puede decir que estar conmigo a solas en mi dormitorio es el primer paso hacia la perdición.

-Hay un largo trecho entre el primer paso y la caída definitiva.

-No es tan largo como crees.

Ella se encogió de hombros y se acabó el champán de la copa.

-Cuéntame lo de esa partida de naipes.

-Te la contaré durante la cena. –Le tendió la mano-. Si seguimos en el dormitorio podría precipitar tu caída definitiva.

Intrigada, ella le dio la mano.

-No me pareces tan terrible, Gabe Slater.

-Acabo de empezar.

Una vez abajo, Gabe volvió a llenarle la copa. Un sirviente ya había dispuesto dos platos con tapa de plata, encendido las velas y puesto música. Se sentaron al compás de una pieza de Gershwin.

-Bien. ¿Cómo fue esa famosa partida de naipes? –preguntó, probó un bocado del pescado deliciosamente asado y cerró los ojos-. Es uno de los pescados mejor preparados que he comido.

-Se lo diré al cocinero. Bien, hace cinco años intervine en un maratón de partidas. Con grandes apuestas.

-¿Cerca de aquí?

-Cerca no. Aquí mismo. En la digna casa estilo Cape Cod.

Kelsey entrecerró los ojos.

-¿En este estado el juego no es ilegal?

-Puedes denunciarme si quieres. ¿Pero antes quieres oír la historia o no?

-Sí. De modo que participaste en una importante partida de póquer ilegal. ¿Y entonces qué?

-Cunningham tenía una racha de mala suerte. No sólo durante esa partida sino desde hacía meses. Sus caballos lo traían de cabeza. Hacía más de un año que no ganaba una carrera y él tenía deudas importantes. Supuso, como les pasa a todos los que están en mala racha, que lo único que necesitaba era ganar una apuesta grande.

-De ahí la partida de póquer.

-Así es. Yo tenía participación en un caballo que había estado corriendo bien. Así que me sentí pródigo. –Esbozó una sonrisa maliciosa-. Quería un criadero como éste, era algo que siempre había querido. De manera que empecé a jugar pensando que, si me acompañaba la suerte, tal vez ganaría lo bastante para comprar otro caballo. Para ir acercándome a la meta.

-Entiendo. Y, por lo visto, ganaste más que un caballo.

-No podía perder. Fue uno de esos momentos maravillosos en que la suerte te acompaña de manera constante. Si él tenía tres número iguales, yo tenía un full. Si él tenía escalera, yo tenía póquer. Pero los problemas de Cunningham comenzaron cuando no pudo dejar de apostar. Ya estaba alrededor de sesenta o sesenta y cinco abajo.

-¿Seiscientos o seiscientos cincuenta?

-Sesenta o sesenta y cinco mil, querida. Y no disponía de ellos en efectivo. De manera que huyó hacia adelante y siguió aumentando las apuestas.

-Y, por supuesto, tú hiciste lo posible por hacerlo recapacitar.

-Le dije que se estaba equivocando, pero él se negó a escucharme. -Gabe se encogió de hombros-. ¿Quién era yo para discutirsele? En ese momento sólo quedábamos cuatro. Hacía quince hora que jugábamos. Ésa sería la última partida. Abrimos con cinco mil, sin límite para las apuestas.

-¿Eso significaba cinco mil antes de empezar siquiera?

-Y más de ciento cincuenta mil cuando nos tocó el turno a Cunningham y a mí. Kelsey detuvo el tenedor que estaba por llevarse a la boca.

-¿Ciento cincuenta mil dólares en una sola partida?

-Cunningham creyó que tenía cartas ganadoras y seguía aumentando las apuestas. Yo fui el último y las subí en otros cincuenta mil. Creí que tal vez así lo salvaría de la ruina. Pero el subió otros cincuenta.

Kelsey alzó la copa y bebió un sorbo con lentitud. Le parecía estar allí, con la palma de las manos húmedas y la garganta reseca y con una pequeña fortuna apostada a una partida de cartas.

-Eso es un cuarto de millón de dólares.

Gabe sonrió.

-Eres una alumna aventajada. Yo le tenía lástima, peor no te voy a decir que no gocé del momento en que mostré mi escalera contra sus tres reyes. Como ya dije, Cunningham no tenía dinero en efectivo.-Gabe le sirvió más champán-. Sólo contaba con las propiedades. Así que hicimos un trato: Cunningham apostó el criadero y lo perdió.

-¿Y tú sencillamente lo recibiste con los brazos abiertos?

Gabe ladeó la cabeza y la observó.

-¿Qué habrías hecho tú?

-No lo sé –contestó Kelsey tras pensarlo un momento-. Pero no creo que hubiera sido capaz de arrojar a Cunningham de su propia casa.

-¿Aunque hubiera jugado con dinero que no tenía?

-Aun así.

-Eso quieres decir que ere débil. Hicimos un trato que nos satisfizo a los dos. Y por jugar contra todas las posibilidades, obtuve lo que había querido toda la vida.

-Es toda una historia. Supongo que habías conocido al infortunado Bill Cunningham en el hipódromo.

-No, por lo menos al principio. Yo era empleado suyo.

-¿Aquí? – Depositó el tenedor sobre el plato-. ¿Trabajabas aquí?

-Cuidaba caballos, limpiaba los boxes de estiércol, lustraba los arneses. Durante tres años fui uno de los muchachos de Cunningham. En ese tiempo tenía una caballeriza excelente. Por supuesto que los caballos siempre le importaron un pimiento; par él no era más que dinero. Y la gente que los cuidaba le importaba aún menos. Nuestros cuartos era como pequeñas celdas, estrechas y sucias. NO le parecía bien invertir un dólar en mejorarlos: lo consideraba innecesario.

-Por lo tanto no te importó quedarte con su casa.

-Pues no me hizo perder el sueño, si vamos a eso. Cuando dejé de trabajar aquí, estuve una temporada en Three Willows. Es un criadero decente. Chadwick poseía el don necesario para dirigirlo, igual que lo posee tu madre. Cuando me fui (en esa época tenía diecisiete años) supuse que algún día volvería con dinero suficiente para compra uno de eso criaderos.

-Y lo conseguiste.

-De alguna manera.

-¿Qué hiciste mientras estuviste fuera?

-Eso es otra historia.

-Ya. –Relajada, después de haber comido y bebido, apoyó el mentón en las manos-. Apuesto a que odiabas al vieja casa estilo Cape Cod.

-Sí, odiaba cada centímetro de esa casa.

Kelsey rió, se reclinó en la silla y tomó su copa.

-Creo que estás empezando a gustarme. Espero que no hayas inventado todo lo que me has contado.

-Descuida. ¿Quieres postre?

-¡No! No podría probar un bocado más. –Lanzó un quejido, se levantó y se alejó de la mesa para recorrer el cuarto-. Al ver esta casa por primera vez, me pareció arrogante. Creo que tenía razón. –Cerró un instante los ojos.

-¿Por qué?

-Olvídalo. –Meneo la cabeza y se acercó a los ventanales-. Debe ser maravilloso mirar por las ventanas y ver todas las cosas que te pertenecen.

-¿Y qué ves desde tus ventanas?

-Un restaurante, un pequeño centro comercial, una boutique y una panadería. Vivo casi al lado de una estación de metro y creí que me resultaría cómodo.

Él le apoyó las manos en los hombros y la hizo volverse.

-Pero no es así.

-No. –Su propio temblor la sorprendió cuando él le pasó la mano por el cuello.

-¿Entonces qué?

-Todavía no lo he decidido.

Gabe le tomó la cara entre las manos y hundió los dedos en su pelo.

-Yo sí.

La besó en los labios, al principio con suavidad, para que ella pudiera rechazarlo. Pero Kelsey no se movió, subyugada por el beso de Gabe y la repentina excitación que la asaltó.

En lugar de apartarse él echó los brazos al cuello mientras su boca se fundía con la de él.

Kelsey había olvidado que existían tantas sensaciones. O tal vez nunca lo había sabido. No había nada elegante ni discreto en ese abrazo salvaje, una explosión de sensaciones que se burlaba de la débil luz de las velas y el suave fondo musical.

Por su parte, el contacto con el cuerpo de Kelsey vació la mente de Gabe de todo pensamiento y sólo le quedó una sensación de sensualidad desnuda, su olor, su sabor, que se entremezclaban como una droga exótica. La excitación que le producía el apretarse contra su cuerpo, su propia respiración agitada y el deseo acuciante destruyeron todo vestigio del comportamiento cortés y educado que con tanto cuidado había cultivado, para dejar sólo al hombre que había debajo.

Necesitaba tocarla. Bajó las manos con avidez y ella arqueó el cuerpo entregándose a él. <<¡Date prisa! –quería gritarle-. No me dejes pensar, no permitas que tome conciencia de lo que estamos haciendo.>>

Entonces él le acarició la cara y le colocó el cabello detrás de las orejas. La idea de que , pocas horas antes, él le había hecho eso mismo a su madre centelleó en la cabeza de Kelsey. El horror y la vergüenza la asaltaron. Kelsey se apartó luchando por respirar.

-¡No sigas! –Retrocedió otro paso y tropezó. Él trató de sujetarla. -¡No me toques! –Todavía conservaba el sabor de Gabe, todavía lo deseaba-. ¿Cómo hemos podido hacer esto?

-Te deseo. –Tuvo que contenerse para no tomar por la fuerza lo que casi había sido suyo-. Y tú me deseas.

Aquella era la verdad pura y dura, y ella intentó defenderse.

-No soy una yegua a quien se maniat y se sirve. Y tampoco he venido aquí para que comprobaras si la hija se parece a la madre.

Para contenerse, Gabe se metió las manos en los bolsillos.

-Expícate.

-Por lo menos tengo la decencia de detener esto antes de que llegue más lejos. En cambio tú no tienes ninguna decencia. –Se arregló el pelo. La furia, unida a su sensación de culpa, convirtió su voz en un látigo-. Para ti no es más que otra partida, ¿verdad, Gabe? Atiborras a la hija de vino y comida, la convences de que se acueste contigo y después compruebas si es tan buena como la madre. ¿Has hecho tus apuestas?

Gabe tardó un momento en contestar. Cuando por fin lo hizo, ni su voz ni su rostro demostraron la furia que lo consumía.

-¿Sugieres que me acuesto con Naomi?

-Lo sé.

-Me halagas.

-Eres... ¿Qué clase de hombre eres?

-No tienes la menor idea, Kelsey. Dudo mucho que te hayas cruzado con alguien como yo en tu pequeño, agradable y cómodo mundo. –Se adelantó y le rodeó el cuello con una mano.

A pesar de lo tesa que ella se mantenía, le temblaba el cuerpo.

-¡Quítame las manos de encima!

-Te gusta que toque tu cuerpo –dijo él con tono lascivo. En este momento tienes miedo, estás excitada pero tienes miedo y te preguntas qué harías si yo te arrastrara al dormitorio. ¡Diablos! ¿Para qué tomarse tanto trabajo si aquí tenemos un suelo? –En sus ojos destellaba un fuego peligroso-. ¿Qué harías, Kelsey, si te poseyera aquí, ahora mismo?

El miedo le subió por la garganta y le ahogó la voz.

-¡Te he dicho que me quites las manos de encima!

Él alcanzó a leer terror en su rostro. Era tan claro como un grito, hasta cuando la soltó y Kelsey retrocedió. El terror no desapareció del todo, como tampoco desapareció el malestar que sentía Gabe.

-Me disculparé por eso. Pero sólo por eso. –La estudió unos instantes-. Eres muy rápida para juzgar, Kelsey. Pero ya que tienes una idea hecha, no perderemos tiempo hablando de realidades y de fantasías. Te llevaré a casa.

CAPÍTULO 7

Naomi se estaba poniendo la bata cuando oyó el portazo de la puerta de calle. Sorprendida, vaciló antes de salir al vestíbulo. <<¿Corresponde –se preguntó– que interrogué a Kelsey después de una salida?>> No tenía precedentes en que apoyarse. Si hubiera vivido con su hija durante sus años de adolescente, manteniendo con ella largas conversaciones nocturnas, discusiones y preocupaciones, si hubieran compartido las grandezas y miserias de la adolescencia, lo sabría.

Pero no tenía puntos de referencia, sólo podía guiarse por su instinto. Al oír los pasos de Kelsey, que subía corriendo la escalera, se decidió.

Abrió la puerta de su dormitorio, decidida a mantener una actitud afable. Nada de agobiarla con preguntas. Sólo un rápido <<¿Cómo te ha ido?>>. Pero al mirar a Kelsey cambió por completo de opinión.

-¿Qué ha ocurrido?- Se adelantó y cogió los brazos de su hija-. ¿Estás bien?

Todavía hirviendo de furia, Kelsey no se contuvo.

-¿Cómo es posible que hayas podido relacionarte con ese hombre, y mucho menos...? ¡Dios! Insististe en que pasara la velada con él.

-¿Te refieres a Gabe? –preguntó Naomi, apretando los brazos de su hija.

-Confíaba en Gabe, pero un pequeño miedo muy femenino se revolvió en su estómago-. ¿Qué te ha hecho?

-Me besó –repuso Kelsey, y se ruborizó al recordar todo lo sucedido entre ellos.

-¿Te besó? –repitió Naomi, entre aliviada y divertida-. ¿Y eso es tan malo?

-¿No te importa? –se apartó-. Te estoy diciendo que me besó, y yo le respondí. Estábamos muy excitados y la cosa no se habría detenido si yo no...

<<Te estás ahogando en un vaso de agua>>, pensó Naomi. Tal vez si no se podían tratar de madre a hija, podrían empezar a comprenderse de mujer a mujer.

-Ven, entra y siéntate.

-No quiero sentarme –contestó Kelsey, pero entró en el dormitorio tras Naomi.

-Pero yo sí. –Tratando de poner en orden sus pensamientos, Naomi se sentó en el taburete tapizado que había delante del tocador -. Kelsey, quizá todavía estás muy dolida por tu divorcio, pero lo cierto es que estás divorciada y eres libre para tener otras relaciones.

Kelsey dejó de pasearse nerviosamente por la habitación y se detuvo a mirarla con incredulidad.

-¿Que yo soy libre? ¡Pero si no se trata de mí sino de ti!

-¿De mí?

-¿Pero qué té pasa? –En ese momento su tono no sólo era furioso sino insultante. La ofendía que la mujer que compartía su misma sangre pudiera ser tan indiferente-. ¿No tienes orgullo?

-Suelen decirme que tengo un exceso de orgullo. Pero no sé qué tiene que ver mi orgullo con esto.

-Te estoy diciendo que tu amante intentó acostarse conmigo, ¿y me dices que no tiene que ver contigo?

Naomi se quedó de una pieza y durante unos instantes no pudo articular palabra.

-¿Mi amante?

-Dios sabe cómo puedes permitir que te toque –insistió Kelsey-. Hace años que lo conoces y debes saber cómo es. Tal vez sea atractivo y hasta encantador, pero no tiene escrúpulos, ni honor ni lealtad.

Los ojos de Naomi relampaguearon y endureció el mentón.

-¿De quién estás hablando?

-De Slater, por supuesto. –Kelsey tuvo que hacer un esfuerzo para no gritar-. De Gabriel Slater. ¿Cuántos amantes tienes?

-Sólo uno. –Naomi entrelazó las manos y respiró hondo-. Y tu crees que e Gabe. –Después de considerarlo un momento, sonrió. Luego, para estupefacción de Kelsey, rompió a reír-. Lo siento. Estoy segura de que a ti no te resulta gracioso. –En un acceso de risa, se sujetó el estómago -. Pero en realidad es maravilloso. No sabes lo halagada que me siento.

-Es lo mismo que dijo él –masculló Kelsey.

-¿En serio? –Naomi se enjugó las lágrimas de risa-. ¿Quiere decir que llegaste a preguntarle si se acostaba conmigo? ¡Por amor de Dios, Kelsey! Gabe tiene poco más de treinta años y yo estoy cerca de los cincuenta.

-¿Y qué diferencia hay?

La sonrisa de Naomi era cada vez más amplia.

-Ahora sí me siento halagada. ¿Será posible que creas que un tipo espléndido (y Dios sabes que es espléndido) y de sangre caliente como Gabe pueda interesarse por mí como mujer?

Kelsey estudió a Naomi tan desapasionadamente como lo permitía su estado de ánimo, repasando las facciones clásicas, el cuerpo delgado y elegante bajo la bata blanca.

-Pero qué excusas son esas...

Naomi meneó la cabeza, luchando por recuperar la compostura.

-Supones que Gabe y yo estamos involucrados en una aventura sexual. –Apretó los labios-. Me haces sentir muy joven.

-Antes de que te molestes en negarlo, quiero decir dos cosas. –Kelsey miró a su madre-. En primer lugar, no es asunto mío juzgar con quién te acuestas. Puedes tener veinte amantes y yo no tengo nada que ver con eso. En segundo lugar, anoche te oí. Aquí, con él.

-¡Ah! –Naomi suspiró-. Eso es incómodo.

-¿Incómodo? –le espetó Kelsey-. ¿Lo llamas incómodo?

Naomi se dio cuenta de que era necesario de que fuese muy clara y precisa, y levantó una mano.

-Analicemos en orden tus palabras. En primer lugar, a pesar de lo que creas o de lo que te hayan dicho, nunca he sido promiscua. Tan vez prefieras no creerlo, pero tu padre fue mi primer amante. Y no hubo nadie más hasta dos años después de que salí de la cárcel. Desde entonces, él ha sido mi único amante. –Se puso de pie y ambas se miraron.

-Si eso es verdad, es aún peor. ¿Cómo es posible que no te importe que él intente engañarte con tu propia hija?

-No existe hombre en el mundo que sea capaz de engañarme más de una vez –dijo Naomi con un todo que Kelsey no sólo creyó sin que comprendió-. No fue a Gabe a quien oíste aquí conmigo anoche, Kelsey. Era Moses.

Kelsey se quedó de una pieza. Era imposible ignorar la verdad cuando a uno se lo restriegan por la cara. Se dejó caer en silencio sobre una silla.

-¿Moses? ¿El cuidador de caballos?

-Sí, Moses. El cuidador. Mi amigo y mi amante.

-Pero Gabe siempre anda tocándote.

-Con excepción de Moses, Gabe es mi mejor amigo. Lamento que hayas malinterpretado la situación.

-¡Dios mío! –Kelsey cerró los ojos, avergonzada por todo lo que acababa de decir-. ¡Oh, Dios! ¡Con razón Gabe se enfadó tanto! ¡Si supieras las cosas que le dije!

Naomi pasó una mano por el cabello de su hija.

-¿Supongo que no te habrás molestado en preguntárselo?

-No.-Recordó sus estúpidas palabras-. No... estaba tan segura y tan avergonzada de que él me hubiera hecho olvidar mi lugar aunque fuera por un minuto. Yo nunca... con Wade siempre fue... No importa –agregó con rapidez -. Lo cierto es que reaccioné como una energúmena y le dije cosas muy desagradables.

-Estabas en una posición difícil. Lo llamaré y se lo explicaré.

-No, por la mañana iré a disculparme personalmente.

-Es desagradable, ¿verdad? Me refiero a tener que disculparse.

-Casi tan desagradable como haberse equivocado. –Siempre era difícil tragarse el orgullo-. Lo siento.

-En lo que a mí se refiere, no necesitabas disculparte. Has entrado en un mundo de desconocidos, Kelsey. Confiaste en tu instinto. Y tu actitud de esta noche revela que tienes sólidos principios éticos, un excelente sentido de lo correcto y lo incorrecto.

-Me estás inventando excusas.

-Soy tu madre –musitó Naomi-. Tal vez, con el tiempo, ambas nos acostumbraremos a eso. Ve a dormir un poco, y si mañana no quieres enfrentarte sola al león en su guarida, te acompañaré.

Pero fue sola. Era una cuestión de amor propio. Al principio pensó en ir en coche, pero llegaría demasiado pronto. A pesar de no haber dormido casi nada durante la noche, todavía no había encontrado las palabras ni el tono exacto que debía emplear.

Decidió aclarar tanto sus pensamientos como sus nervios haciendo el trayecto a caballo.

Encontró a Moses frotando con linimento el cogote de un caballo. Vaciló como una tonta. ¿Cómo debía dirigirse a él, ahora que sabía que era el amante de Naomi?

Por un momento se quedó inmóvil y lo observó. Tenía manos suaves, bronceadas por el sol, de palmas anchas. En la muñeca llevaba una pulsera de cobre. En su trenza había casi tanto gris como negro. Tenía una cara muy particular, aunque nadie lo habría llamado un buen mozo con esa nariz prominente y esa piel curtida por la intemperie. Su cuerpo era firme y delgado, sin la gracia musculosa de Gabe.

-Es difícil entender, ¿verdad? –dijo Moses con tono divertido. No fue necesario que se volviera a mirar a Kelsey para que ella supiera que esa diversión se le reflejaba en los ojos-. Una mujer hermosa como ella, rica y elegante y un mestizo como yo. –Dejó a un lado el linimento y tomó un recipiente con cereales-. No la culpo por estar sorprendida. Yo mismo nunca he conseguido reponerme de la sorpresa-

-¿Perdón?

-Naomi consideró que debía decirme que le había hablado sobre nosotros.

Sorprendida, Kelsey se pasó una mano por la cara. Estaba cada vez más incómoda.

-Señor Whitetree.

-Moses. Considerando la situación, prefiero que me llames Moses. ¡Vamos, muchacho! –Le acercó los cereales al caballo-. Prueba un poco. Un poco cada vez. Me enamoré de ella cuando entré a trabajar en este criadero. Entonces debía de tener unos dieciocho años. En toda mi vida nunca había visto a nadie como ella. Y no esperaba que me mirara dos veces. ¿Por qué iba a hacerlo?

Kelsey lo observaba atender al caballo y reparó en su bondad, su fuerza y su sencilla firmeza.

-Creo entender por qué lo hizo.- Entró en el box y se colocó a su lado-. ¿Qué le pasa a este caballo?

-*King Cole* tiene laringitis.

-¿Laringitis? ¿Los caballos tienen laringitis? Y usted ¿cómo lo sabe?

-¿Ve esto? – Moses le tomó la mano y la pasó por el cogote del caballo-. Se percibe la inflamación.

-Tiene razón –dijo, y acarició el cogote del animal con suavidad-. ¿Es grave

-Puede serlo. Si la laringitis es fuerte, les obstruye el paso del aire y el caballo se puede ahogar.

-¿Es decir que se puede morir? –Alarmada, apretó la mejilla contra el caballo-. Pero si no es más que un dolor de garganta.

-En usted. En un caballo es distinto. Pero está recuperándose, ¿no es cierto, muchacho? Todavía no puede comer; sólo algún cereal mojado o té de harina de linaza.

<<¿Le dan té a los caballos?>>, pensó Kelsey, sorprendida.

-¿No debería examinarlo el veterinario?

-No, a menos que empeore. Lo mantenemos caliente, le hacemos inhalaciones de eucalipto, le ponemos alcanfor en la lengua tres o cuatro veces por día. Y no tose, y ésa es una buena señal.

-¿Usted se encarga de curar muchas de las dolencias de los caballos?

-Sólo llamamos a Matt cuando nosotros no podemos curarlos.

-Yo creí que los cuidadores sólo entrenaban a los purasangre.

-El cuidador hace de todo. A veces uno tiene la sensación de que los caballos son lo de menos en todo este tinglado de las carreras y las apuestas. Si alguna vez pasara un día conmigo, se daría cuenta.

-Me gustaría hacerlo.

Moses sólo había hecho un comentario y no esperaba que ella lo tomara en serio. La miró con aire pensativo.

-Yo empiezo la jornada antes del amanecer.

-Lo sé. Y posiblemente no tenga ganas de que yo vaya tras sus pasos. Pero me estaba preguntando si, ya que estoy aquí, podría hacer algo útil. Sacar la bosta de los boxes o engrasar las monturas. No espero que me confíen un caballo, pero me aburre estar sin hacer nada.

<<Digna hija de su madre>>, pensó Moses. Bueno, ya se vería.

-Aquí siempre hay algo que hacer. ¿Cuándo quiere empezar?

-Esta tarde, o mañana. Esta mañana tengo algo que hacer. –Al recordarlos, se deprimió.

-Entonces venga cuando pueda.

-Se lo agradezco. ¿Podría prestarme algún caballo esta mañana? Sé montar.

-Es hija de Naomi. Eso significa que ha de saber montar y que no necesita pedir permiso para sacar un caballo.

-Prefiero pedirlo.

-Entonces ensillaremos a *Justice* – decidió Moses-. Le gustará.

A *Justice* le gustaba galopar. Hacía tres años que estaba retirado, pero nunca había aceptado su rango inferior de caballo de paseo. Muchas veces se lo utilizaba para acompañar a un purasangre a la pista para el desfile inicial, y *Justice* cumplía su deber con dignidad.

Moses le contó a Kelsey que *Justice* nunca había sido un campeón. Pero tampoco fue uno del montón y durante su carrera no le produjo pérdidas al criadero.

A ella no le habría importado que ese caballo hubiera perdido todas sus carreras, ya que la llevó casi volando a través de las colinas. *Justice* respondía a cada presión de las rodillas de Kelsey y pasaba del trote a un fluido galope, tan feliz como ella de tener ante sí la mañana y el campo.

Kelsey comprendió que ése era un placer que se había negado durante demasiado tiempo. Y que no se volvería a negar, por más que después le dolieran los músculos. Aun después de irse de Three Willows, encontraría la manera de darse el lujo que era montar. Tal vez renunciara por completo a su apartamento y se mudara a algún lugar fuera de la ciudad. Nada le impedía comprarse un terreno propio, aunque fuera pequeño, y un caballo. Por supuesto que tal vez tuviera que guardarlo en alguna caballeriza, pero eso era algo que se podía arreglar. Y se aprendía bastante de su contacto con Moses, tal vez hasta pudiera trabajar en un criadero.

Aspiró el aire fresco de aquella mañana de principios de primavera, el olor a hierba. Por el amor de Dios, ¿por qué había llegado a creer que debía estar encerrada hora tras hora en una oficina o una galería, cuando podía estar al aire libre, haciendo algo por puro placer?

Se echó el pelo hacia atrás y rió al cruzar un riachuelo y subir luego por una colina. Entonces detuvo al caballo al ver las edificaciones que se alzaban debajo.

Longshot. Se inclinó hacia delante, palmeó el cogote de *Justice* y estudió la situación. El paseo le había hecho mucho bien, pero no había logrado solucionar su problema esencial. Todavía no tenía idea acerca de cómo encarar a Gabe.

-Bueno, entonces improvisaremos – murmuró, y puse a *Justice* a un trote ligero.

Gabe la vio bajar por la colina. Permaneció donde estaba, junto al cercado, observando la respuesta de un potrillo que estaban ejercitando. No estaba más tranquilo que la noche anterior. Y, al verla acercarse, tan delgada, erguida y

dorada sobre aquel purasangre, comprendió que seguía deseándola como la noche anterior.

Volvió a dar una calada a su cigarro y exhaló el humo con aire perezoso. Y esperó.

Al desmontar y acercarse tirando de la brida del caballo, Kelsey se recordó que había pasado por trances peores. Pero las miserias pasadas nunca parecían tan terribles como las presentes.

-Montas bien –comentó Gabe-. Un caballo experimentado como éste requiere mano firme.

-Sí, por lo general soy firme. Si tienes unos minutos, me gustaría hablar contigo.

-Adelante.

<<¿Por qué supuse que me facilitaría las cosas?>>, se preguntó Kelsey volviendo a tragarse su orgullo.

-En privado, por favor.

-Muy bien. –Tomó las riendas de *Justice* y le hizo señas a un peón-. Refréscalos, Kip.

Kelsey apretó el paso para mantenerse a la par de Gabe.

-Tienes un criadero excelente. Parecido a Three Willows.

-¿Quieres hablar de negocios?

-No. –Abandonó su intento de conversación insustancial-. Comprendo que estás ocupado. Trataré de no robarte demasiado tiempo. –Después no volvió a hablar hasta que él abrió la puertaventana de la parte trasera de la casa.

Entraron en una especie de jardín tropical. Plantas exuberantes, verdes y llenas de pimpollos caían de macetas y se solazaban en el sol que entraba a raudales a través del techo de vidrio. En el centro había una pileta azulejada, ovalada y decorada con motivos geométricos.

-¡Qué belleza! –exclamó Kelsey pasando una mano por un hibisco rojo-. Anoche no llegamos hasta aquí.

-No me pareció apropiado continuar con el recorrido por la casa. –Se sentó en un mullido sillón tapizado con una tela de rayas-. Éste es un lugar privado.

Kelsey observó el humo de su cigarro que ascendía hacia los ventiladores de techo que giraban lentamente.

-He venido a disculparme. –Nada, absolutamente nada, podría haberle resultado más desagradable que pronunciar esas palabras.

Gabe se limitó a arquear una ceja.

-¿Por qué?

-Por mi comportamiento de anoche.

Como si lo estuviera considerando, Gabe apagó el cigarro en un cubo de plata lleno de arena.

-Anoche tuviste diversos comportamientos. ¿Puedes ser más concreta?

Ella no mordió el anzuelo.

-¡Eres odioso, Slater! ¡Frío, arrogante y odioso!

-¡Eso sí es pedir disculpas, muchacha!

-Ya me he disculpado. Sentía la necesidad de hacerlo y lo he hecho. Pero tú ni siquiera tienes la decencia de acepta mi disculpa-

-Como bien señalaste anoche, carezco de decencia. –Cruzó los tobillos con aire perezoso-. Supongo que este cambio repentino se debe a que hablaste con Naomi y ella te aclaró la situación.

-Podrías haberlo negado.

-¿Me habrías creído?

-No. –Repentinamente furiosa, se alejó de él-. Pero podrías haberlo negado. Es imposible que no comprendas lo que sentí al creer aquello y encontrarme...

-¿Qué?

-Abrazándote como una posesa -le espetó y se volvió a mirarlo-. No lo negaré. Me arrojé en tus brazos. No podía pensar. No estoy orgullosa de lo que hice, pero no disimularé que fue todo obra tuya. Yo tampoco soy de piedra y, maldita sea ¡no soy frígida!

Él no supo qué le sorprendió más, si su repentina vehemencia o sus ojos llenos de lágrimas.

-Soy la última persona en el mundo a quien debes tratar de convencer de eso. Pero ¿por qué demonios debes tratar de convencerte tú misma?

Ella luchó por contener las lágrimas.

-No se trata de eso –dijo-. Se trata de que cometí un error. Te dije cosas que no mereces y lo lamento.- Se pasó ambas manos por el pelo y luego las dejó caer.-

¡Dios, Gabe! Creí que habías estado en su habitación la noche anterior porque oí...

-¿Moses? –preguntó él, terminando su frase.

Ella cerró los ojos y suspiró.

-Creí que eras tú. Y la sola idea de que habías pasado de ella a mí, y que yo te lo había permitido... –Volvió a dejar la frase inconclusa-. Lo siento.

¡Estaba tan hermosa con el sol que resplandecía en su pelo y el arrepentimiento que le oscurecía los ojos! Gabe también estuvo a punto de suspirar.

-Sabes, realmente quería seguir furioso contigo. Supuse que sería fácil y desde luego más seguro.-Se levantó del sillón-. Pareces cansada, Kelsey.

-Pasé una mala noche.

-Yo también.- Trató de acariciarle la mejilla, pero ella retrocedió.

-No lo hagas. Me parece una idiotez decirlo, y una idiotez más grande saberlo, pero en este momento me siento muy vulnerable. Y, por lo visto, tú me desasosiegas.

Gabe sonrió.

-Te agradezco que hayas compartido eso conmigo, querida. Sin duda me ayudará a dormir mejor. <<No me toques, Gabe, porque podría volver a echarme en tus brazos. >>

Ella no pudo menos que sonreír.

-Algo así. ¿Por qué no empezamos de nuevo? –Le tendió la mano-. ¿Amigos?

Él le miró la mano y luego los ojos.

-No lo creo. –Se acercó sin dejar de mirarla.

-Escucha... –Casi sentía el calor que crecía en su interior-. No quiero involucrarme con nadie. Es un mal momento para mí. –Cautelosa, retrocedió un paso.

-Es una pena. En cambio, a mí el momento me parece perfecto.

-Te estoy diciendo que... –Volvió a retroceder y perdió el equilibrio. Antes de caer al agua, alcanzó a ver la sonrisa de Gabe.

El agua estaba agradablemente fresca, pero no por eso su impacto fue menos. Salió a la superficie y se apartó el pelo empapado de los ojos.

-¡Maldito capullo! –exclamó, furiosa.

-Yo no te empujé. Lo pensé pero no lo hice. –Le tendió una mano para ayudarla a salir.

Los ojos de Kelsey se iluminaron. Tomó la mano de Gabe y tiró, pero fue lo mismo que haber tirado de un árbol.

-No trates de engañar al contrario, Kelsey. –Con toda tranquilidad, le soltó la mano y ella volvió a hundirse.

Esa vez Kelsey lo tomó con calma, salió por sus propios medios y se sentó en el borde.

-Es una bonita piscina.

-No está mal. –Gabe se sentó a su lado-. Vuelve cuando quieras nadar.

-Tal vez lo haga.

-Es casi mejor en pleno invierno. No sabes el placer que supone estar en el agua y ver nevar.

-Apuesto a que sí. –Se retorció el pelo y luego, con malicia, le salpicó la cara con agua.

Él se limitó a cogerle la mano y apretar la palma mojada contra sus labios.

Ella se puso de pie, sintiendo que el corazón le daba un vuelco.

-Tengo que volver a Three Willows.

-Estás empapada.

-Fuera hace calor. –Resistió el deseo de retroceder cuando él se puso de pie-. Es un magnífico día de primavera.

Él se preguntó si Kelsey tendría idea de lo deseable que estaba, así, toda arrebolada y confusa.

-Te llevaré en coche.

-No. Prefiero volver a caballo. Casi había olvidado cuánto me gusta montar. Así que espero aprovecharlo mientras esté aquí y... – Se llevó una mano al pecho-. ¡Oh, Dios! Tengo que mantenerme lejos de ti.

-Ni tienes ninguna posibilidad de conseguirlo. –Enganchó un dedo en la cintura de los vaqueros de Kelsey y la acercó a sí-. Te deseo, Kelsey. Y tarde o temprano te tendré.

Ella se obligó a respirar profundamente y luego balbuceó.

-Yo no lo daría por hecho.

Gabe sonrió.

-Apuesta lo que quieras. –La soltó-. Es las caballerizas te conseguiré una chaqueta.

Se marchó lo más rápido posible. Diez minutos después galopaba hacia Three Willows. Antes de volverse, Gabe esperó hasta verla desaparecer tras la primera colina.

-¡Qué potrilla tan agradable!

El sonido de la voz fue como un cuchillo que se le hincó en el costado. Un ataque contra el que no podía defenderse. Pero él no perdía la compostura con facilidad. Cuando miró a su padre, la cara de Gabe era una máscara de indiferencia.

<<No ha cambiado mucho>>, se dijo. Rich Slater seguía teniendo estilo. Tal vez fuese un estilo parecido a de un vendedor pegajoso, pero aun así era un estilo. Era un hombre corpulento, de hombros anchos y brazos largos. Su traje le quedaba apenas un poco apretado en el tórax. Sus zapatos brillaban como espejos y el pelo, negro y reluciente, estaba prolijamente cortado bajo un elegante sombrero gris.

Siempre había sido un hombre impactante y había utilizado su apostura –los penetrantes ojos azules, la sonrisa rápida- para encantar a los desprevenidos. Habían transcurrido casi seis años desde la última vez que Gabe lo vio, pero él sabía las señales que debía buscar en su padre.

Sus arrugas eran tan profundas que ningún cuidado podría borrarlas. Los capilares rotos el brillo excesivo de los ojos. Rich Slater era exactamente el mismo de seis años antes, y de la mayor parte de su vida: un alcohólico.

-¿Qué coño quieres?

-Bueno, ¿te parece que ésa e manera de recibir a tu padre?

Rich lanzó una carcajada, como si Gabe le hubiera tendido una alfombra roja y lo hubiese recibido con los brazos abiertos. Bajo su aliento a menta se percibía el inconfundible olor a whisky.

Era una combinación que siempre había asqueado a Gabe.

-Te he preguntado qué quieres.

-Sólo he venido a ver cómo te iba, hijo.

Palmeó la espalda de Gabe antes de que éste pudiera alejarse. No se tambaleaba ni vacilaba. A Rich Slater siempre le había gustado decir que él podía más que la bebida.

Hasta la segunda botella. Y siempre había una segunda botella.

-Esta vez lo has logrado, Gabe. Has sacado el premio gordo. Para ti no habrá más tirada de dados en partidas de segunda en callejones malolientes, ¿verdad, hijo?

Gabe cogió a su padre del brazo y lo condujo a un lado.

-¿Cuánto necesitas?

Pese a que los ojos de Rich brillaron, simuló sentirse herido.

-Pero, Gabe, ¿un padre no puede venir a ver a su hijo sin que éste suponga que viene a pedirle dinero? Has de saber que a mí me va muy bien. Conseguí reunir un capital en el Oeste, apostando a las patas de los caballos, como tú. –Volvió a reír mientras calculaba lo que valía la propiedad y todo lo que lo rodeaba-. Pero no me gustaría echar raíces en un lugar, hijo. Ya me conoces, me gusta seguir andando.

Sacó un cigarrillo y un encendedor dorado en el que había hecho grabar sus iniciales.

-Bueno, ¿y qué me dices de esa rubia atractiva? Siempre has tenido estilo para las mujeres. –Guiñó un ojo-. Y ellas siempre te han ido detrás. Eres igual a tu padre.

De sólo pensar en esa posibilidad, a Gabe le hirvió la sangre.

-¿Cuánto quieres esta vez?

-Ya te he dicho que ni un centavo –repuso Rich mientras miraba el corral donde seguían ejercitando a un potrillo. Un hombre podía hacer fortuna con un par de caballos como ése. Una verdadera fortuna. No, él no quería ni un centavo. Quería mucho más.

-Ese es un caballo espléndido. Recuerdo que les prestabas más atención a los caballos que al juego mismo.

Y Gabe recordó que cada vez que lo hacía recibía como premio el golpe que su padre le propinaba con su manaza.

-No tengo tiempo de hablar contigo sobre mis caballos. Debo trabajar.

-Cuando un hombre posee lo que tú posees aquí, ya no tiene necesidad de trabajar. -<<Ni de sudar no de robar sumas insignificantes>>, pensó Rich con

amargura-. Pero no te haré perder tiempo, ¡por supuesto qué no! Sucede que pienso quedarme unos días por aquí, para ver viejos amigos. –Sonrió mientras exhalaba una bocanada de humo-. Y no me desagradaría pasar algunos días en esta casa elegante que tienes. Hacerte una buena visita.

-No te quiero en mi casa ni en mis tierras.

La sonrisa de Rich se borró.

-Ahora eres demasiado bueno para mí, ¿verdad? ¿Es eso? Te has emperifollado y no quieres que te recuerden de dónde vienes. Eres un gato callejero, Gabe. – Hundió un dedo en el pecho de su hijo-. Y siempre lo serás. Aunque vivas en una casa elegante y folles a mujeres elegantes. Todavía eres una bala perdida. Olvidas quién puso un techo sobre tu cabeza y comida en tu estómago.

-No he olvidado las veces que tuve que dormir en la calle o que pasé hambre porque tú te habías emborrachado y perdido todo el dinero que mi madre ganaba trabajando como una esclava.- No quería recordar. Odiaba que esos recuerdos lo persiguieran como su propia sombra-. Tampoco he olvidado las veces que tuve que escabullirme a escondidas de un cuarto inmundo en medio de la noche, porque no teníamos dinero para pagar el alquiler. Hay muchas cosas que no he olvidado. Mi madre murió en un hospital de caridad, escupiendo sangre. Eso tampoco lo he olvidado.

-Hice todo lo que pude por tu madre.

-Y una mierda. Bien, ¿cuánto me costará conseguir que desaparezcas?

-Necesito un lugar donde alojarme. –Se estaba dejando llevar por los nervios y en su voz había un tono casi implorante. Sin poder contenerse, sacó la petaca del bolsillo trasero del pantalón-. Sólo durante unos días.

-Aquí no. No quiero que ensucies este lugar.

-¡Dios todopoderoso! –Bebió un trago y luego otro-. Te lo diré sin rodeos: tengo problemas. Un pequeño malentendido sobre una partida en Chicago, ya sabes.

-Así que te cogieron haciendo trampa y ahora alguien te busca para romperte las costillas.

-¡Eres un bastardo cabrón! –Sin duda la petaca contenía whisky de la segunda botella, y Rich la consumía con rapidez-. No olvides que estás en deuda conmigo. Lo único que necesito es desaparecer durante unas semanas, hasta que el asunto se enfríe.

-Aquí no.

-¿Me echarás a la calle y dejarás que me maten?

-Sí.-Gabe observó a su padre con una fría sonrisa-. Pero te daré una oportunidad. Cinco mil deberían ayudarte a desaparecer y mantenerte lejos de aquí.

Rich miró alrededor: edificios bien mantenidos y caballos relucientes. Nunca estaba demasiado borracho para calcular lo que podía sacar.

-No es bastante.

-Tendrá que serlo. Quiero que te mantengas alejado de mi casa y mis caballos. Iré a hacerte el cheque.

Rich volvió a beber de la petaca mientras Gabe se alejaba. «No es bastante», pensó mientras el whisky aumentaba su amargura. Al muchacho le había tocado el gordo y lo único que él quería era una participación proporcional.

<<Y la conseguiré>>, se prometió. Le había dado una oportunidad a ese jodido hijo suyo. A partir de ese momento el juego sería distinto.

CAPÍTULO 8

Era una tontería estar nervioso. Pero Philip continuó mirando su reloj entre un sorbo y otro de vino blanco. Kelsey no se había retrasado, sino que él había llegado temprano.

Era aún más tonto creer posible que ella hubiera cambiado en algún sentido durante sus dos semanas de ausencia. Que de algún modo pudiera mirarlo de otra manera, o que lo encontrara culpable como se había sentido él cuando vio que llevaban a la cárcel a la mujer a quien en una época había amado.

No había podido hacer nada por evitarlo. Pero por más que se lo repetía, las palabras le resultaban vacías. La culpa lo había carcomido durante años, sólo aliviada por el cuidado y el amor que le había dado a su hija.

Pero aún en ese momento, veinte años después, seguía viendo la cara de Naomi y la expresión con que lo había mirado la última vez que se vieron.

El viaje en coche desde Washington hasta Alderton, Virginia Occidental, duraba seis horas. Seis horas para pasar de la vida pulcra y civilizada de la universidad a la realidad gris y amarga de una cárcel federal. Ambos eran lugares en lo que reinaba un orden estricto, ambos cerrados, cada uno con sus propias reglas y propósitos. Pero a uno lo movían la esperanza y la energía y al otro la desesperanza y el rencor.

Por más que se preparó, le chocó ver a Naomi, la arrogante y vital Naomi, detrás del cristal de seguridad. Los meses transcurridos entre su arresto y la sentencia habían dejado sus huellas. Su cuerpo había perdido aquella sutil redondez femenina, hasta el punto de que en el amplio uniforme de la cárcel se la veía anguloso y huesuda. En ella todo era gris: la ropa, los ojos, el rostro. Y Philip debió recurrir a toda su entereza para conseguir mirar aquellos ojos silenciosos y tranquilos.

-Naomi. -Se sentía tonto con su traje de calle, su corbata, su cuello almidonado-. Me ha sorprendido que quisieras verme.

-Necesitaba verte. Aquí uno aprende con rapidez a arreglárselas. -Hacía tres semanas que había comenzado a cumplir su sentencia y, para no perder la razón, ya había dejado de tachar los días en su calendario mental-. Te agradezco que hayas venido, Philip. Comprendo que en este momento debes enfrentar muchas reacciones adversas. Espero que no afecte a tu situación en la universidad.

-No te preocupes -contestó él con sencillez-. Supongo que tu abogado apelará.

-No abrigo muchas esperanzas. -Cruzó las manos con fuerza para no moverlas. Las esperanzas eran otro peso en su salud mental que ella trataba de evitar-. Te pedí que vinieras a causa de Kelsey.

Él no pudo contestar. Uno de sus mayores miedos era que ella le pidiera que llevara a Kelsey a verla, que hiciera entrar a su hija en aquel lugar sórdido y siniestro.

Tenía derecho a hacerlo. En el fondo de su corazón, Philip sabía que Naomi tenía pleno derecho a ver a su hija. Y también sabía que lucharía con uñas y dientes para lograr que Kelsey permaneciera apartada de ese horror.

-¿Cómo está?

-Está bien. Fue a pasar un par de días en casa de mi madre para que yo pudiera hacer este viaje.

-Milicent debe de estar encantada de tenerla en su casa. -No pudo evitar un tono de sarcasmo. El dolor volvía a instalarse en su corazón. Decidida a terminar lo que había empezado, Naomi se deshizo de ambos-. Supongo que todavía no le has explicado dónde estoy.

-No. Me pareció que Kelsey cree que has ido a visitar a alguien que vive lejos y que te quedarás allí una temporada.

-Ya. -El fantasma de una sonrisa asomó a sus labios-. Es verdad que estoy muy lejos, ¿no?

-Naomi, Kelsey no es más que una niña. -Por injusto que fuese, él se valdría del amor de Naomi por su hija-. Todavía no he encontrado la manera de decírselo. Pero con el tiempo espero...

-No te culpo -lo interrumpió Naomi. Se inclinó hacia delante y sus ojeras parecieron burlarse de él-. No te culpo -repitió-. No te culpo por nada de esté. ¿Que nos sucedió, Philip? No alcanzo a comprender en qué momento todo empezó a rodar mal. Lo he intentado. Creo que si pudiera encontrar un detalle, un momento, un acontecimiento, me resultaría fácil aceptar lo ocurrido después-. Cerró los ojos y esperó hasta estar segura de poder hablar sin que le temblara la voz-. No sé qué salió mal, pero alcanzo a recordar muchas cosas que iban bien. Sobre todo Kelsey. Pienso en ella todo el tiempo.

El peso sobrecogedor de la piedad ahogó a Philip.

-Ella pregunta por ti.

Naomi apartó la mirada y contempló aquella opaca sala de visitas. Cerca de ellos, alguien lloraba. Pero las lágrimas formaban parte de ese lugar como el aire. Naomi estudió a los guardias, las paredes, los cerrojos. En particular los cerrojos.

-No quiero que sepa que estoy aquí.

No era lo que Philip esperaba. Confundido, se debatió entre la gratitud y la protesta.

-Pero Naomi...

-Lo he pensado detenidamente, Philip. Ahora me sobra tiempo para pensar. No quiero que ella sepa que me han quitado todo y me han enjaulado. –Respiró hondo para tranquilizarse-. El escándalo no tardará en aplacarse y desaparecer. Ya hace casi un año que estoy fuera de nuestro círculo social. La memoria de la gente es corta. Cuando Kelsey empiece a ir al colegio, dudo que dé más que un murmullo, si es que lo hay, sobre lo sucedido en Virginia.

-Es posible, pero no soluciona el problema actual. No puedo decirle que simplemente has desaparecido, ni esperar que ella lo crea. Te quiere.

-Dile que he muerto.

-¡Por Dios, Naomi! ¡No puedo hacer eso!

-Por supuesto que puedes. –Con repentina intensidad, apretó una mano contra el cristal de seguridad-. Podrás hacerlo por su bien. Escúchame. ¿Quieres que Kelsey imagine a su madre en un lugar como éste? ¿Encerrada por asesinato?

-Por supuesto que no. A su edad no podemos pretender que lo comprenda y mucho menos que lo soporte, pero...

-Pero –repitió Naomi; la vida acababa de volver a sus ojos, apasionada y ardiente- dentro de unos años lo comprenderá y tendrá que vivir con eso. Lo único que puedo hacer por ella, Philip, es ahorrárselo. Piénsalo –insistió-, es posible que cuando yo salga ella tenga dieciocho años. Durante toda su vida me habrá imaginado aquí. ¿Crees que se sentirá obligada a venir a verme? Yo no quiero verla aquí. –Entonces brotaron las lágrimas, rompiendo el dique de su autodomínio-. ¡Ni siquiera puedo soportar la idea de que Kelsey venga y me vea en este lugar! ¿Qué crees que le haría? ¿Hasta qué punto la dañaría? NO estoy dispuesta a correr ese riesgo. Permite que la proteja de esto, Philip. ¡Dios mío! Permite que haga esto último por ella.

Philip estiró la mano y los dedos de ambos se encontraron con el cristal de por medio.

-¡No soporto verte aquí!

-¿Y crees que alguno de nosotros soportaría verla a ella sentada donde estás tú?

No, él no podría soportarlo.

-¿Pero decirle que has muerto...? No podemos predecir lo que eso podría provocarle. O cómo podríamos vivir nosotros con esa mentira.

-NO es una mentira tan grande. -Retiró la mano y se enjugó las lágrimas-. Una parte de mí ha muerto; el resto quiere sobrevivir desesperadamente. No creo que pudiera sobrevivir si ella supiera la verdad. Creer que he muerto la herirá, Philip. Llorará, pero tú estarás allí para consolarla. Dentro de unos años casi no me recordará en absoluto.

-¿Y podrás vivir con eso?

-Tendré que vivir con eso. No me pondré en contacto con ella ni interferiré de ninguna manera. No te pediré que vuelvas a visitarme, y si lo hicieras no te recibiré. Habré muerto para ella y para ti. -Ya casi se les acababa el tiempo-. Sé cuánto la quieres y la clase de hombre que eres. Le darás una vida feliz. No la arruines obligándola a enfrentarse con esto. ¡Por favor, prométemelo!

-¿Y cuando recuperes la libertad?

-Nos enfrentaremos a eso cuando suceda. Diez o quince años son mucho tiempo, Philip.

-Sí. -De sólo pensarlo se le formaba un nudo en el estómago. <<¿Qué le puede hacer esto a una niña?>>, pensó-. Está bien, Naomi. Lo haré por el bien de Kelsey.

-Gracias. -Se puso de pie.- Adiós, Philip.

-Naomi

Pero ella se dirigió hacia el guardia y la puerta se cerró tras ella. No había mirado atrás.

-¿Papá? -Kelsey apoyó una mano sobre el hombro de Philip y lo sacudió-. ¿En qué siglo estás?

Aturdido, Philip se puso de pie.

-No te vi entrar, cariño.

-No habrías visto entrar un tractor. -Lo besó en la mejilla, se echó atrás y volvió a besarlo lanzando una carcajada-. ¡No sabes cuánto me alegro de verte!

-Déjame mirarte. -¿Parecía más feliz?, se preguntó. ¿Más tranquila? El pensamiento le provocó preocupación.

-No es posible que haya cambiado en dos semanas.

-Sólo quiero que me digas si te sientes tan bien como parece.

-Me siento de maravilla.-Se dejó caer en una silla y esperó hasta que él se sentó frente a ella-. Supongo que se deba al aire del campo, al hecho de que otro cocine para uno y a los trabajos manuales.

-¿Trabajos?¿Trabajas en el criadero?

-Sólo en los aspectos menos importantes. -Le sonrió a la camarera-. Una copa de champán, por favor.

-Par mi nada más, gracias. -Philip volvió a mira a su hija-. ¿Estás celebrando algo?

-Hoy *Pride* ganó su carrera en Santa Anita. -Kelsey seguía arrebolada por la emoción-. Yo me encargo de limpiar su box cuando está en Three Willows, así que en parte me siento responsable de su triunfo. En mayo *Pride* ganará el derbi. - Guiñó un ojo-. Te lo aseguro.

Philip bebió un sorbo de vino, con la esperanza de que le abriera la garganta.

-No sabía que te gustaran tanto los caballos.

-¡Son maravillosos! -Tomó la copa que la camarera le sirvió y la levantó, en un brindis-. Por *Pride*, el caballo más maravilloso que he visto en mi vida. -Bebió-. Bueno, dime, ¿cómo están todos? Creí que Candance te acompañaría.

-Supongo que comprendió que quería estar a solas contigo durante un par de horas. Te manda cariños, por supuesto. Y Channing también. Tiene una nueva novia.

-No me sorprende. ¿Qué pasó con la estudiante de filosofía?

-Dice que lo aburrió de tanto hablar. A ésta la conoció en una fiesta. Diseña alhajas, viste suéteres negros y es vegetariana.

-Creo que no eso le durará un par de horas. Channing no puede aguantar mucho más sin comer una hamburguesa.

-Es lo que Candance espera. Le parece que Victoria (así se llama la chica) es inquietante.

-Vaya. -Kelsey abrió el menú y lo estudió-. En lo que a Candance se refiere, por ahora no esperes que considere que alguien se salga con su hijo no sea inquietante. Channing sigue siendo su bebé.

-Lo más difícil que deben afrontar unos padres es dejar vivir a sus hijos. Justamente por eso la mayoría de nosotros no lo hace. -Cubrió con la suya la mano de su hija-. Te he echado de menos.

-En realidad no fui a ninguna parte. ¡Ojalá no te preocuparas tanto!

-Es una vieja costumbre, Kelsey. -Le apretó la mano-. Te pedí que comieras conmigo por dos motivos. Uno de ellos te resultará desagradable, pero supongo que preferirás enterarte por mí.

Kelsey se puso rígida.

-Creí que habías dicho que todos estaban bien.

-Sí, pero se trata de Wade. Ha anunciado su compromiso. -Sintió que la mano de su hija se tensaba-. Por lo visto será una boda discreta que se realizará dentro de un mes o dos.

-Comprendo.-<<Es extraño que todavía haya tantas emociones en pugna en mi interior>>, pensó-. Bueno, no ha perdido el tiempo. -Suspiró con un siseo, enfadad con el tono agudo de su propia voz-. Fue una tontería de tu parte pensar que me enfadaría.

-Yo diría que es humano. Aunque haga mucho tiempo que estáis separados, acaban de concederos el divorcio.

-Eso no es más que un papel. Nuestro matrimonio terminó en Atlanta, hace más de dos años. -Tomó la copa y miró las burbujas del champán-. Pensaba portarme como una persona civilizada y desearle la mejor de las suertes-. Bebió un sorbo-. Espero que ella le convierta la vida en un infierno. Y ahora creo que probaré ese plato de pescado.

-¿Estarás bien?

-Estaré perfectamente. Estoy perfectamente. -Cerró el menú.

Después de que ambos pidieron la comida miró a su padre, sonriente.

-¿Tenías miedo de que hiciera una escena?

-Pensé que tal vez te haría falta un hombro para apoyarte y llorar.

-Siempre podré usar tu hombro, papá, pero ya he dejado de llorar por lo que está terminado. Tal vez sí trabajo en serio para ganarme la vida maduraré y cambiaré mi vida.

-Hace años que trabajas, Kelsey, desde que te graduaste en el instituto.

-Hace años que juego a trabajar. Ninguno de mis empleos me importó nunca.

-¿Y este sí te importa? ¿Te parece importante recoger cagarros de caballo? –El tono de su padre era de advertencia.

Kelsey eligió sus palabras con cuidado.

-Supongo que allí siento que formo parte de algo. No se trata simplemente de una carrera ni de un caballo. Existe una continuidad de la que todo el mundo forma parte. En parte es tediosa, en parte es veloz y siempre se repite. Pero todas las mañanas resulta nueva. No sé cómo explicarlo.

Él jamás lo entendería. En ese momento lo único que sabía era que hablaba como Naomi.

-Estoy seguro de que te resulta excitante, diferente.

-Lo es. Pero también es tranquilizador, y exigente. -<<Será mejor que lo diga de una vez>>, pensó y continuó hablando con rapidez-. Estoy pensando en la posibilidad de abandonar mi apartamento.

-¿Abandonar tu apartamento? ¿Y entonces qué? ¿Te mudaras a Three Willows?

-No necesariamente-. -<<¿Por qué le molesta tanto?>>, se preguntó. Después suspiró. Y ¿por qué le había molestado a ella enterarse de que Wade se volvía a casar?-. No hemos hablado de esa posibilidad, pero he estado pensando en vivir fuera de la ciudad. Me gusta ver árboles desde mis ventanas, papá. Ver tierras en lugar del edificio de enfrente. Y disfruto muchísimo de lo que estoy haciendo en este momento. Me gustaría seguir haciéndolo, comprobar si sirvo para ello.

-Naomi te está influenciando. Kelsey, no es posible que permitas que impulsos como éste te hagan cambiar de vida. Con tan poco tiempo no es posible que comprendas ese mundo.

-No digo que lo comprenda por completo, pero quiero llegar a comprenderlo.- Hizo una pausa mientras les sirvieron las ensaladas-. Y quiero comprenderla a ella. No puedes pretender que me aleje de mi madre antes de haberla comprendido.

-No te pido que te alejes de tu madre, pero sí que no saltes al vacío, quemando tus naves, sin medir todas las consecuencias. No se trata sólo de lo romántico que

resulta un caballo al amanecer, ni de ese último galope hasta llegar a la línea de llegada. También hay crueldad, fealdad, violencia...

-Y eso forma parte de mí tanto como el olor de los libros de la biblioteca universitaria.

-¡Hola! Eres Kelsey, ¿verdad? La hermosa hija de Naomi. –Bill Cunningham se inclinó sobre ella con una copa en una mano y el anillo de brillantes en forma de herradura reluciente en la otra-. Tu rostro es inconfundible.

<<Llega en el momento oportuno>>, pensó Kelsey, obligándose a sonreír.

-Hola, Bill. Papá, éste es Bill Cunningham, un conocido de Naomi. Bill, te presento a mi padre, Philip Byden.

-¡Maldita sea! ¡Vaya si han pasado años! –Bill le tendió la mano-. Creo que no te he vuelto a ver desde el día en que me quitaste a Naomi de las manos. Te dedicas a la enseñanza, ¿verdad?

-Sí. –Philip asintió con la frialdad que reservaba para los malos estudiantes-. Soy profesor de la Universidad de Georgetown.

-¡Suenas muy importante! –Bill sonrió y apoyó una mano en el hombro de Kelsey para oprimirlo en un gesto de confianza-. Aquí tienes una verdadera belleza, Phil. Es un placer verla en el hipódromo. Me enteré de que hoy ganó la carrera de Santa Anita el mejor potrillo de tres años de tu madre.

-Sí, estamos muy contentas.

-Pero las cosas serán distintas en Kentucky. No permitas que te convenzan de que apuestes tu sueldo al potro de Three Willows. Yo tengo al ganador. Dale un beso de mi parte a tu madre, querida. Debo volver al bar. Tenemos una pequeña reunión.

Mientras se alejaba, Kelsey empezó a comer su ensalada, al parecer muy interesada en el plato.

-¿Ésa es la clase de gente con quien quieres tratar?

-Papá, hablas como la abuela. <<Cuida la categoría, Kelsey. Nunca bajes de categoría.>> -Pero Philip no sonrió-. Ese hombre es un imbécil. Muy parecido a los idiotas pomposos con que me he topado en la universidad, en las agencias de publicidad y en las galerías de arte. Es imposible evitarlos.

-Yo recuerdo bien a ése –dijo Philip -. Corrían rumores de que les pagaba a los jockeys para que perdieran o para que empujaran a otro caballo contra el vallado.

Kelsey frunció el entrecejo y apartó el palto de ensalada.

-De manera que a pomposo y fanfarrón puedes agregar la palabra vil. Pero sigue siendo un imbécil y no es una persona cuya amistad piense cultivar.

-Pero se mueve en el mismo círculo que tu madre.

-Por carriles paralelos, quizás. En este momento hay muchas cosas que no sé acerca de ella, y en las que tal vez no confíe demasiado. Pero lo que sí sé es que Three Willows es más que un criadero de caballos para ella y los animales más que un negocio o un capital. Son su vida.

-Siempre lo han sido.

-Lo siento. –Sin saber qué hacer, Kelsey le tendió las manos a su padre-. Siento que ella te haya herido. Siento que lo que estoy haciendo te remueva esa herida. Te pido que confíes en mí, que creas que miraré la situación en su totalidad, que haré mis propias elecciones. Me hace falta tener una meta en la vida, papá, y tal vez la he encontrado.

Philip temía que así fuera y que, cuando la alcanzara, él no conseguiría reconocerla.

-Lo único que pido, Kelsey, es que te tomes más tiempo. No te comprometas con nada ni con nadie, sin haber tenido el tiempo necesario para pensarlo.

-Está bien –aceptó, y luego dijo-: Aún no me has preguntado por ella.

-Estaba tratando de llegar a eso –confesó Philip-. Quería que me contaras tus impresiones.

-Mamá parece muy joven. Tiene una energía increíble. La he visto empezar a trabajar al amanecer y no parar hasta después del anochecer.

-A Naomi le encantaba la vida social.

-Estoy hablando de trabajo –aclaró Kelsey-. Nunca hace vida social, por lo menos desde mi llegada. Si quieres que te diga la verdad, con tanto trabajo no creo que a nadie puedan quedarle fuerzas para asistir a una fiesta. Por lo general se acuesta antes de la diez. –Pensó que no cabía mencionar que Naomi no siempre dormía sola-. Posee un absoluto autodomínio y se la ve muy contenida.

-¿Naomi? ¿Autodomínio? ¿Contenida?

-Así es.-Hizo una pausa mientras le servían los entrantes-. Supongo que no siempre ha sido así, pero ésa es exactamente la manera en que la describiría hoy.

-¿Y qué sientes hacia ellas?

-No lo sé. Agradezco que no esté forzado el tema.

-Vuelves a sorprenderme. La paciencia no era una de sus virtudes.

-Supongo que la gente puede cambiar. Tal vez yo no la entienda, pero la admiro. Sabe lo que quiere y trabaja para lograrlo.

-¿Y qué es eso que quiere?

-No estoy segura- murmuró Kelsey -. Pero ella sí lo está.

Desde un extremo del bar, Cunningham observó a Kelsey y su padre conversando durante la comida. Una bonita escena, pensó. Pura dignidad y clase. Hizo tintinear un club de hielo dentro del vaso de whisky.

-Es muy bonita – dijo Rich Slater a su lado-. Y me resulta familiar. –Rió, y bebió con lentitud. No le convenía obnubilarse con alcohol en ese momento-. Supongo que cuando un hombre ha pasado cierta edad, encuentra algo familiar en todas las jovencitas hermosas.

-Es la hija de Naomi Chadwick.. Idéntica a la madre.

-¿Naomi Chadwick? –A Rich le destellaron los ojos. Después de todo, estaba allí para desenterrar recuerdo. Y para ganar algo con ellos-.Ésa es una hembra que un hombre no podría olvidar. Ahora es la vecina de mi hijo. ¡Qué pequeño es el mundo! –Saboreó otro sorbo de whisky y del bueno, ya que pagaba Cunningham-.¿Sabes? Creo haberla visto hace un par de semanas en casa de mi hijo. Si en algo conozco a Gabe, seguro que ha puesto sus ojos en ella.

-Fue cariñoso con la madre. Supongo que lo lógico es que ahora sea cariñoso con la hija – contestó Cunningham, y pensó que Gabe Slater no habría tenido oportunidad de ser cariñoso con ninguna de las dos si no hubiera sido por una desgraciada partida de cartas. De lo contrario las cosas habrían sido distintas. Pero aún había tiempo para que las cosas fuesen distintas-. Si juega bien sus cartas – continuó Cunningham-, podría quitar la valla que separa los dos criaderos.

Rich miró a Kelsey con renovado interés. Así que su hijo estaba ganando tiempo con la hija de la puta. Eso era algo que él podría usar.

-¿No te parece que sería magnífico? Una unión así los convertiría en propietarios del criadero más importante del estado, ¿no crees?

-Quizá.- Cunningham levantó un dedo para pedir otra ronda-.A mí no me haría gracia. Preferiría que esa relación no prosperara. –Cogió una almendra y se la llevó a la boca.<<Con indiferencia –se dijo-. Trata el asunto con indiferencia.>>

No convenía que Rich Slater supiera lo que podría ganar él cortando los lazos entre ambas propiedades-.Bien, con respecto a ese negocio el que hablábamos. Tal vez lograría eso a largo plazo.

Rich admiró el anillo de diamantes que llevaba Cunningham.

-¿Y ese beneficio extra reportaría alguna bonificación?

-Desde luego.

-Bien, veré qué podemos hacer al respecto. –Volvió a mirar a Kelsey-. Veremos lo que podemos hacer. Pero necesitareé eso viáticos para viajes, Billy, muchacho.

Cunningham sacó un sobre de un bolsillo. Con disimulo y por debajo del bar, lo depositó en las manos de Rich. La desagradable sensación de que ésa era una escena repetida, lo hizo mirar pro encima del hombro.

-Cuéntalo.

-No es necesario. Tu y yo nos conocemos hace mucho tiempo, Billy. Confío en ti.-En cuanto guardó el sobre, volvió a alzar el vaso-. Y debo decir que es un placer volver a hacer negocios contigo. Brindo por los viejos tiempos.

A la mañana siguiente, Kelsey se concentraba aprendiendo a ejercitar un caballo. La yegua de cinco años era paciente y sabía mucho más que ella sobre el procedimiento.

Al que entrenaban no era al caballo sino a Kelsey.

-Ponla al trote y hazla cambiar de dirección -dijo Moses. Había decidido que la chica tenía aptitudes. Quería aprender, así que aprendería-. Hará cualquier cosa que quieras. Si fuese un potrillo no sería tan condescendiente.

-Entonces deme un potrillo -respondió Kelsey haciendo restallar el látigo-. Sabré manejarlo.

-Ten paciencia. -Tal vez dentro de unas semanas le encomendaría un potrillo, siempre que ella siguiera estando allí. <<Tiene buenas manos -pensó-, reflejos rápidos y una buena voz.>>

-¿Cuánto tiempo lleva en esto? -preguntó Naomi.

-Unos treinta minutos.

Naomi apoyó una bota sobre la madera inferior de la valla.

-Tanto Kelsey como la yegua siguen pareciendo frescos.

-Tienen energía.

-Te agradezco que hayas conseguido tiempo para enseñarle, Moses.

-No es ningún sacrificio. Con excepción de que creo que tiene la mira puesta en mi empleo.

Naomi rió, pero de repente comprendió que Moses no bromeaba.

-¿De verdad crees que le interesa entrenar caballos?

-Cada vez que paso una hora con ella, termino sintiéndome una esponja a la que han estrujado hasta la última gota. Esa chica nunca deja de hacer preguntas. Hace unos días cometí el error de prestarle uno de mis libros de crianza. Cuando me lo devolvió, me hizo un interrogatorio que más parecía un examen.

-¿Y superaste el examen?

-Apenas. Hace años tú hiciste lo mismo. -Sonrió-. ¡Ah, las fantasías! Un hombre sin fantasías es un hombre sin alma. En lo que a ti se refería yo tenía un alma enorme.

-Y la sigues teniendo. Te lo demostraré más tarde. Aquí viene Matt.

-No sabía que había llamado al veterinario.

-No lo llamé. Dijo que pasaría por aquí para ver ese caso de pantorrilla dolorida.

Moses volvió a mirar a Kelsey. <<¡Ah, las fantasías!>>, volvió a pensar.

-Sí. Está bien.

Conteniendo la risa, Naomi saludó al veterinario.

-Bueno, Matt, ¿cuál es el diagnóstico?

-Todo bien. No creo que sea nada grave.

-Gracias por pasar por aquí -dijo Moses.

-Estuve en Longshot. Se lastimó uno de los potrillos.

-¿Algo serio? -preguntó Naomi.

-Pudo haberlos sido. Una punción pequeña, fácil de pasar por alto. Estaba muy infectada.-Mientras hablaba no dejaba de mirar a Kelsey con admiración-. Tuve que cortar. Es una pena. Jamison me dijo que el potrillo debía viajar mañana a Hialeah.

Naomi apoyó una mano en el brazo del veterinario.

-Gabe pensaba viajar con él. Ese caballo ha estado corriendo como un sueño.

-De momento los dos tendrán que quedarse en casa.

-Más tarde llamaré a Gabe para darle ánimos.

-Le aseguro que le hace falta. -Matt volvió a fijar su atención en Kelsey-. Por aquí todo el mundo parece saludable. -Sonrió cuando Kelsey lo saludó con la mano.

Moses le hizo señas a Kelsey de que se detuviera y ella se acercó a la valla con la yegua.

-¡Tiene un carácter tan dulce! - Apoyó la nariz contra el morro de la yegua-. Ojalá me hubiera dado un animal joven, Moses, para tener la sensación de estar logrando algo.

-Todos los viajes comienzan con un paso. Veremos cuántos caballos tendrás que ejercitar antes de iniciar tu viaje.

-Siempre trata de minar mi confianza -dijo ella, echándose atrás la gorra-. Bueno, Matt, ¿ésta es una visita profesional o social?

-Una mezcla de ambas. Tuve que pasar por Longshot.

-Ya. -Kelsey sacó la yegua del corral-. ¿Problemas?

-Una lesión.

-La última vez que lo vi correr, *Three Aces* parecía en plena forma. ¿Cuándo sucedió?

-Por el aspecto de la herida, hace tres o cuatro días.

-Hace tres días corrió en Charles Town. Ganó por un cuerpo. -Acarició a la yegua, frunciendo el entrecejo-. ¿Un rasguño?

-Justo encima del menudillo.

-¿Y cómo sucede eso?

-Quizá durante el transporte, contra algún borde filoso. No parece que haya sido una cosa deliberada.

-¿Quiere decir que alguien podría haber herido al potrillo para que no pudiera correr?

-Es poco probable -dijo Matt -. No es tan serio.

-¿Y cómo hay que tratarlo?

Kelsey escuchó con atención la explicación que Matt le dio sobre la necesidad de tener que abrir la herida y tratarla con antisépticos y sobre la diferencia entre punciones y desgarros.

-Ya lo ves -le dijo Moses a Naomi-. En cualquier momento empezará a devorar libros sobre veterinaria.- Entrecerró los ojos al mira hacia las caballerizas-. ¿Esperas a alguien?

-No. -Naomi apretó los labios y observó al joven que se acercaba. Delgado, de hombros angosto y apuesto. Bastante corriente, pensó. Pero las botas lo traicionaban: no podían haber costado menos de trescientos dólares.

-¿Alguien conoce a ese vaquero?

Kelsey se volvió con curiosidad y de inmediato lanzó un grito de alegría.

-¡Channing! -Corrió hacia él y el corazón de Matt palpitó al ver que le arrojaba los brazos al cuello-. ¿Qué haces aquí?

-Tenía ganas de conocer este lugar antes de seguir hasta Lauderdale. Vacaciones de primavera.

-¿Así que todavía no lo has superado?

-¿Preguntas si he superado a las chicas en bikini? Creo que no. ¡Mírate! Pareces un aviso de vida de campo. -Le pasó un brazo por los hombros y miró al trío que seguía junto a la valla-. ¡No me digas que ésa es tú madre!

-Sí. Ésa es Naomi. Ven, te la presentaré. Channing, te presento a Naomi Chadwick, a Moses Whitetree y a Matt Gunner. Éste es Channing Osborne, mi hermanastro.

-Bienvenido a Three Willows, -dijo Naomi tendiéndole la mano. Su expresión se convirtió en divertida y encantada cuando Channing se llevó la mano a los labios-. Kelsey me ha hablado mucho de ti.

-Espero que sólo le haya hablado de la parte buena. Este lugar es magnifico.

-Gracias. Espero que puedas quedarte un tiempo.

-Desde luego.- Incapaz de resistirse acarició el hocico de la yegua-. Voy a Florida, donde pasaré un par de semanas.

-Como Channing piensa estudiar medicina, considera que los cuerpos femeninos en bikini con, en parte, lecciones de anatomía.

Channing sonrió y acarició las orejas de la yegua.

-No olviden que la juventud termina muy rápido. ¿Interrumpo algo?

-No, absolutamente nada -aseguró Naomi -. Llegas a tiempo de almorzar. Matt, nos acompañaras, ¿verdad?

-¡Ojalá pudiera! Pero tengo que ir al criadero de Bartlett. Uno de los potrillos tiene cólicos.

-¡No me digas que eres veterinario! –intervino Channing-. Siempre me pareció una maravilla curar animales. Ellos no se pueden quejar como se quejan los humanos, ¿verdad? –agregó con rapidez al ver que Kelsey lo miraba sorprendida.

-Es cierto. Pero la gente no suele morder ni patear. Dejaré la invitación pendiente para otro momento, Naomi. Me alegro de haberte vuelto a ver, Kelsey. Encantado de conocerte, Channing.

-Te acompañaré. Kelsey, trae contigo a Channing cuando hayas terminado.

-Si en algo te conozco, debes estar muerto de hambre. ¿Quieres que hagamos ese recorrido después del almuerzo?

-Me parece bien.

-No sabía que te interesara la veterinaria.

Channing se encogió de hombros incómodo.

-Es una afición infantil.

-Recuerdo que siempre querías curar a los pájaros que se acercaban al jardín. Y también recuerdo al perro lleno de pulgas que trajiste a casa un día, el que cojeaba.

-Sí. –El muchacho sonrió, pero la sonrisa no llegó a sus ojos-. Mamá lo puso de patitas en la calle.

-Lo había olvidado. –Apoyó la cabeza contra el hombro de su hermanastro-. Tu madre tenía miedo de que volviera. Aquel perro era muy viejo.

-No era un purasangre –comentó Channing y se encogió de hombros -. Por culpa de sus alergias, mamá nunca pudo tolerar que hubiera animales en la casa. Además, como acabo de decir, fue una idea de adolescente.

<<¿Por qué nunca he percibido ese tono resignado en la voz de mi hermano?>>, se preguntó Kelsey. Tal vez siquiera lo hubiera escuchado.

-¿Quieres ser médico, Channing?

-Es la tradición familiar –contestó él-. Nunca pensé en ser otra cosa, aparte de las ganas de ser astronauta que tuve a los seis años. Pero los Osborne siempre han sido cirujanos.

-Candance no te obligaría a estudiar algo si supiera que no es lo que quieres.

-Channing rió y la miró.

-Kelsey, cuando te casaste habías cumplido dieciocho años y ya tenías un pie fuera de la casa. Mamá dirige las cosas. Lo hace con mucha sutileza, y lo hace bien. Pero tanto el profesor como yo no siempre hacemos lo que se nos dice.

-Estás enfadado con ella por algo. ¿De qué se trata?

¡Diablos! Se negó a darme los intereses de mi fondo fiduciario por que no quise matricularme para hacer un curso durante el verano. Quería trabajar, ¿sabes? Tomarle el gusto al verdadero mundo. Había conseguido empleo en una empresa constructora. Ya sabes, así podría usar casos y decir piropos vulgares a las secretarias que pasaban por allí a la hora del almuerzo. Lo único que quería era estar un par de meses lejos de los libros.

-Me parece bastante razonable. Tal vez si yo hablara con Candance en tu nombre...

-No, en este momento tampoco está demasiado contenta contigo. Todo este asunto... —dijo haciendo un gesto que comprendía la totalidad del criadero—. Considera que es una tensión para el profe. Y Milicent alimente esa pequeña neurosis.

Kelsey resopló.

-Así que estamos en el mismo barco. Dime, ¿estás realmente decidido a ir a Lauderdale a ver bikinis?

-Si piensas sugerirme que vuelva a casa, olvídalo.

-No. Iba a sugerirte que pasaras aquí las vacaciones de primavera. No creo que Naomi se oponga a que estés conmigo y los caballos.

-¿Has decidido jugar a la hermana mayor?

-Sí. ¿Té molesta?

-No. —Se inclinó y le besó la frente—. Gracias, Kelsey.

CAPÍTULO 9

El mozo de cuadra se llamaba Mick. Nacido y criado en Virginia, le gustaba fanfarronear con que había olvidado acerca de caballos más de lo que la gente por lo general aprendía. Tal vez fuese cierto. Sin duda a lo largo de sus cincuenta y tantos años en las pistas había participado en todos los aspectos del juego. En los primeros años pasó de caballerizo a peón. Muchas veces se vanagloriaba de haber montado los caballos del señor Cunningham durante el apogeo de éste.

Antes de los veinte años todavía estaba en condiciones de ser jockey. Y aunque nunca pasó de aprendiz, llegó a lucir los colores del stud. No le gustaba que la gente lo olvidara.

Durante un breve tiempo nada memorable, gracias a mentiras y exageraciones, consiguió el puesto de cuidador en un pequeño stud de Florida. Durante un año fue dueño de un caballo... al menos de un quince por ciento. Tal vez el caballo nunca hubiera estado a la altura de su potencial, demostrando que no era más que uno de esos purasangre que se cansan con rapidez y corren despacio. Pero Mick había sido propietario, y eso era lo importante.

Volvió al enterarse de que el criadero de Cunningham había cambiado de propietario. Su puesto de caballerizo le satisfizo, sobre todo porque Gabriel Slater tenía aspecto de ganador. Y siempre lo había tenido, desde que Mick lo recordaba.

Le gustaba que los peones lo trataran con deferencia. Tal vez a sus espaldas se burlaran de él porque usaba una gorra de un azul eléctrico y solía pavonearse. Pero lo hacían con afecto.

Su rostro delgado y surcado de arrugas era conocido en todos los hipódromos, desde Santa Anita hasta Pimlico. Y eso era justamente lo que Mick quería.

-La pista está pesada –comentó Boggs, mientras liaba un cigarro con meticulosidad.

Mick asintió. La lluvia de la mañana se había convertido en una llovizna incesante. *Double or Nothing*, el caballo de Slater, se lucía en la pista barrosa.

Transcurría ese tiempo tal lento que separaba el entrenamiento de la carrera en sí. Mick estaba sentado bajo un alero pensaba en los diez dólares que le quemaban el bolsillo. Tenía ganas de jugárselos al hocico de *Double* y verlos crecer. Sacó un arrugado paquete de Marlboro para fumar con Boggs.

Todo estaba en silencio. Los jockeys debían de estar en sus cuartos o tomando una sauna para quitarse algún kilo de más antes de la carrera. Los cuidadores debían de estar ocupados en sus cosas, y en el edificio del hipódromo los propietarios disfrutaban de la calidez y de un café caliente. Había poca actividad en las caballerizas, pero muy pronto todo volvería a cobrar vida.

-Es raro ver por aquí a la hija de la señorita Naomi –comentó Mick-. Hace un par de semanas llegó a caballo a Longshot y se fue empapada.

Boggs dio una calada y exhaló una bocanada de humo.

-Lo sé.

-Montaba un ruano. Y lo manejaba muy bien.

-Monta como su madre. De maravilla.

Permanecieron sentados, dos solterones recalcitrantes que fumaban en silencio. Transcurrieron cinco minutos antes de que Mick volviera a hablar.

-Ese día vino alguien más a las caballerizas.

-¿Sí? –Boggs no preguntaría quién. Era la manera que tenían de comunicarse.

-Hacía tiempo que no lo veía, pero lo reconocí enseguida. –Tiró la colilla a un charco y la miró apagarse-. No recordaba los lazos que había entre ambos hasta que los vi juntos. Y entonces caí en la cuenta. Recuerdo la época en que el señor Slater trabajaba como un mozo de cuadra del señor Cunningham.

-Sí, hace quince años. Después de eso pasó a Three Willows. Estuvo un tiempo allí.

-Un año o dos. Era trabajador y no se puede decir que fuese charlatán. Aun ahora nunca dice nada a menos que se suponga que debe decirlo. Siempre fue un solitario. –Soltó una breve risita-. Nunca pensé que terminaría trabajando para él.

-Llegó a ser alguien.

-No hay duda. Muchos no lo hubieran creído al verlo dar vueltas por ahí y jugando a las cartas. Suponían que no era más que otra rata de carretera. Pero yo sabía que no era así.

-A mí también siempre me gustó ese muchacho. –Boggs se frotó un brazo donde lo había mordido un potrillo-. Tenía un aspecto muy especial. Y lo sigue teniendo.

-Sí. Yo estaba allí el día en que Lipsky trató de acuchillarlo. En ese momento no dijo más de lo necesario.

Boggs escupió en el piso embarrado, como demostración de lo que pensaba acerca de Lipsky.

-Un hombre no tiene derecho a emborracharse si trabaja en un criadero.

-Ya. -Mick volvió a guardar silencio y pensó en encender otro cigarrillo-. El señor Slater no tolera a los borrachos. Yo había olvidado cómo bebía su padre hasta que volví a verlo hace unos días.

-¿Rich Slater? -preguntó Boggs con repentino interés-. ¿Está en Longshot?

-Eso es lo que te estoy diciendo. El día en que la hija de la señorita Naomi se fue a caballo empapada. Iba emperifollado como un vendedor de biblias. -Para disfrutar más de la historia, Mick decidió encender el segundo cigarrillo-. Conversaron un rato. No pude oír lo que dijo el señor Slater, y la cara del hijo estaba completamente inexpresiva. -Exhaló humo y volvió a inhalar, seguro del interés de su viejo amigo-. Pero a pesar de todo se alcanzaba a oír al viejo, que reía y fanfarroneaba sobre el dinero que tenía, asegurando que sólo estaba allí para ver cómo le iba a su hijo.

-Lo más probable es que le haya pedido un préstamo.

-Es lo que me figuro. No me gustó su manera de mirar la finca, como si estuviera sumando en una calculadora. Polly estaba ejercitando a un potrillo. Esa Polly tiene manos excelentes.

-Es cierto -corroboró Boggs, que no veía nada raro en la historia de Mick. Saludó a un mozo de cuadra que pasaba-. Una buena entrenadora de potrillos. Se me ocurre que en Three Willows, Moses debe estar preparando para eso a la señorita Kelsey. El viejo Chip ha vuelto a empezar a hablar de retirarse.

-No hace otra cosa. Es sólo una cortina de humo. Bueno - Mick decidió ir al grano-, el señor Slater se dirige a la casa. El señor Rich se queda por ahí vaciando su petaca. Una petaca brillante y de plata. Arrincona un rato a Jamison, para sonsacarle datos, supongo. Después vuelve el señor Slater, le entrega un cheque al viejo y lo saca a patadas. De una manera sutil, claro, pero de todos modos lo sacó a patadas.

-Ese Rich Slater nunca me gustó demasiado.

-A mí tampoco. Algunos dicen que las manzanas no caen de los árboles. Pero con esos dos, creo que ha de ser una larga historia. El señor Slater tiene clase. Y escucha cuando uno le dice algo. El otro día me preguntó qué opinaba sobre la punción en la pata de *Three Aces*.

-Ése es un buen caballo.

-¡Ya lo creo! Así que le dije que a mi no me parecía que fuera un accidente. Él sólo me miró y me lo agradeció con amabilidad. –Se puso de pie-. Voy a echarle una mirada a *Double*

-Creo que iré a buscar un poco de café.

Se separaron y Mick se encaminó hacia la caballeriza. La lluvia tamborileaba sobre los techos, ahogando el ruido de los caballos que se movían inquietos en sus boxes. Otro mozo de cuadra cubría a una yegua con una manta. Mick se detuvo un instante para estudiarla.

Decidió que era demasiado ancha de pecho. Posiblemente chapotearía con las patas delanteras. Eso no era problema para *Double*. Él tenía una buena alzada, era de un negro puro con cuartos delanteros bien formados y un cuerpo fuerte. Pero sobre todo *Double* tenía coraje.

Mick se dirigió al box. Le gustaba hablarle un poco a *Double* antes de una carrera. Y mirar los ojos del potrillo para saber si ese día convenía apostar por él.

-Bueno, muchacho, hemos pedido un poco de lluvia sólo para ti.- Mick abrió la puerta del box y frunció el entrecejo-. ¿Qué demonios estás haciendo aquí, Lipsky? No tienes nada que hacer cerca del caballo del señor Slater.

Lipsky permaneció en cuclillas mientras pasaba una mano por la pata de *Double*.

-Lo estaba estudiando. Pensaba apostar por él.

-Apuesta si quieres, pero vete de aquí.

-Ya me voy.- Lipsky alejó el cuerpo, pero los ojos de Mick estaban alerta.

-¿Qué coño quieres hacer con eso? –Con un rápido movimiento, Mick aferró el brazo de Lipsky. La navaja resplandeció, la hoja delgada y brillante en la débil luz -.¡Eres basura! ¿Ibas a hacerle un corte, verdad?

-No pensaba lastimarlo. –Lipsky miró la puerta del box. NO le quedaba mucho tiempo-. Sólo pensaba impedir que corriera hoy.- <<Y nunca más, después de que le haya cortado un tendón>>, pensó-. Slater se lo tiene merecido.

-Eres tú el que va a recibir su merecido – lo corrigió Mick-. Y nadie se mete con mis caballos- ¡Bastardo, también trataste de arruinar a *Three Aces*!

-No sé de qué estás hablando. Mira, fue una mala idea. Pero no he hecho nada malo. Puedes ver tú mismo que no lo he tocado.

-Por supuesto que lo miraré. Pero ahora iremos a ver qué opina el señor Slater con respecto a esto.

Lipsky retrocedió, asustado, pero el viejo lo aferró con mano de hierro.

-Tú no vas a entregarme...

-¡Desde luego que te voy a entregar! Te entregaré y si le has hecho una sola marca a este caballo, y Slater decide matarte, escupiré sobre tu tumba.

-¡Ni siquiera he tocado al maldito caballo!

Desesperado, Lipsky se revolvió y los dos hombres se enzarzaron en una feroz pelea. *Double* comenzó a moverse con nerviosismo en el box.

La navaja hendió el aire y, apartada por la mano de Mick, rasguñó el flanco del potrillo. Sorprendido por el dolor, *Double* se paró en dos patas. Mick maldijo, pero cuando la navaja se le clavó en el estómago enmudeció y abrió los ojos como platos.

-¡Dios! –Tan sorprendido como Mick, Lipsky extrajo la hoja y miró el charco de sangre que empezaba a formarse-. ¡Dios Santo, Mick! ¡No quería hacerte daño!

-¡Hijo de puta! –balbuceó Mick, y cayó hacia adelante en el momento en que el potrillo se alzaba en dos patas, asustado por el olor a sangre.

Uno de los cascos cayó sobre el cráneo de Mick. Tras un intenso relámpago de dolor, ya no volvió a sentir nada, aún cuando los cascos del aterrorizado caballo lo pisotearon.

Presa del pánico, Lipsky estuvo a punto de echar a correr, pero permaneció allí, en un rincón. <<No es culpa mía – se dijo-. Diablos, no soy un asesino.>> Jamás se le habría ocurrido amenazar con un cuchillo al viejo Mick, sobre todo considerando que estaba sobrio. <<Si Mick me hubiera escuchado, esto jamás habría sucedido.>> Se pasó el dorso de la mano por la boca y retrocedió hacia la puerta. Antes de salir del box, se metió la navaja ensangrentada en la caña de su bota. Después, inclinado, corrió hacia la lluvia.

Necesitaba beber algo.

-¡Qué maravilloso es esto! –dijo Channing, de pues en las tribunas y comiendo una salchicha-. Quiero decir –agregó con la boca llena-, ¿quién hubiera dicho que sería tan emocionante? Ha sido como ver los ensayos de una importante obra de Broadway.

Naomi sonrió, encantada con el muchacho. De haber podido elegir el hermanastro para su hija, habría elegido sin duda a Channing Osborne.

-Siento que no te hayamos podido proporcionar un tiempo más agradable.

-No importa; la tormenta aumenta el dramatismo del espectáculo. Los caballos que pasan como una exhalación en medio de la lluvia, los colores volando, el barro que salpica... –Sonrió y bebió unos tragos de Coca-Cola-. Me muero de ganas de que empiece.

-bueno, ya no falta mucho –contestó Kelsey -. En realidad han de estar preparando a los caballos para el desfile inicial. ¿Quieres ir a echar un vistazo?

-¡Por supuesto! Le agradezco que me deje participar de todo esto, Naomi.

-Y yo me alegro que nos hayas elegido a nosotros en lugar del sol, la playa y los bikinis.

-Esto es mucho mejor. –Y con un gesto que a ella le resultó encantador, le ofreció un brazo-. La semana que viene, cuando vuelva a casa, podré alardear de haber estado con dos mujeres fabulosas.

-¿Y qué hay de la chica vegetariana? –Preguntó Kelsey.

-¿Quién, Victoria? –La sonrisa de Channing fue rápida e indiferente-. Me plantó al descubrir que era un carnívoro irrecuperable.

-Lo cual demuestra que era muy poco perspicaz –decidió Naomi.

-Eso le dije. Soy una verdadera maravilla, ¿no es cierto, Kelsey?

Al mirar a su hermanastra notó que ella fijaba su atención en otra cosa. <<Bueno –pensó Channing mientras estudiaba a Gabe-. Hacía mucho tiempo que no vería esa expresión en los ojos de Kelsey.>>

-¿Le conoces? –preguntó.

-Mummmm. ¡Ah!-Distraída, Kelsey se ajustó la gorra-. Es sólo un vecino.

Gabe interrumpió la conversación que mantenía con Jamison para mirarlos acercarse. Aquella mujer era maravillosa y otra vez se la veía empapada. Dejó de mirarla para estudiar el tipo que le rodeaba los hombros con un brazo.

Demasiado joven para ser un competidor, decidió. Dudaba que tuviera edad suficiente para comprar una cerveza. Pero había un aire posesivo en la forma en que le rodeaba los hombros y en sus ojos notó una mezcla de curiosidad y advertencia.

<<Debe de ser el hermanastro>>, se dijo Gabe, y se acercó a recibirlos.

-¿Todavía no te has secado? –le preguntó a Kelsey y observó la fugaz expresión de enojo que asomaba a sus ojos.

-Slater, te presento a Channing Osborne, mi hermanastro. Éste es Gabriel Slater.

-Me alegra que hayas venido a visitar a tu hermana.

-Sí, claro.

A Gabe le divirtió que Channing le retuviera la mano más de lo necesario para un apretón.

-¿Cómo está la yegua, Naomi? Tuve la intención de dar una vuelta por ahí y verla personalmente.

-Está preñada. Y saludable. Ayer, cuando Matt pasó por casa me enteré de lo de *Three Aces*. ¿Cicatrizas bien la herida?

Los pensamientos de Gabe se ensombrecieron pero su rostro permaneció sereno.

-Sí, dentro de unas semanas volverá a estar en forma.

-Y hoy corre *Double or Nothing*, ¿verdad?

Gabe miró a Kelsey. Como quería tocarla y al mismo tiempo irritarla, le pasó un nudillo por la mejilla.

-Veo que llevas cuenta de la competencia, querida.

-Es natural. Tu potro corre hocico a hocico con el nuestro.

-¿Quieres que hagamos otra apuesta? Todavía me debes diez.

-Me parece bien. Para seguir el espíritu de la cuestión, ¿qué te parece si apostamos doble o nada?

-Hecho. ¿Quieres echarle un vistazo al ganador.

-Ya he visto a *Virginia's Pride*, gracias.

Gabe sonrió y le tomó la mano.

-Ven.

Mientras se la llevaba, Channing frunció el entrecejo.

-¿Hace mucho que él va detrás de ella?

-Estoy empezando a creer que sí. –Mientras los miraba alejarse, Naomi se restregó la nariz mojada-. ¿Te preocupa?

-Kelsey encajó muy mal lo del divorcio. No quiero que nadie se aproveche de ella. ¿Usted lo conoce?

-Lo conozco bastante –dijo Naomi, suspirando-. Más tarde te daré los detalles. Pero ahora me parece mejor que los acompañemos, para que dejes de preocuparte.

-Buena idea. –La miró mientras seguían conversando -. Usted es una buena persona, Naomi.

Sonriendo, ella le tomó una mano.

-Tú también, Channing.

-Ya sabes que quiero vencerte en la pista, Slater, pero lamento lo de *Three Aces*. Supongo que no hay nada que yo pueda hacer pero...

-Te han subyugado, ¿verdad?

-¿Quiénes?

-Los caballos.

-Y si así fuera, ¿qué?

-Te sienta bien, te suaviza. –Con deliberación comenzó a caminar más despacio. Quería estar un instante más a sola con ella antes de llegar al box-. ¿Cuándo piensas volver?

Ella decidió contestarle con una evasiva.

-He estado ocupada. Moses nos da un momento de respiro.

-¿Preferirías que yo fuera a verte?

-No. –Nerviosa, miró por encima del hombro. Naomi y Channing los seguían a corta distancia-. No –repitió-, y éste no es el lugar indicado para hablar del asunto.

-¿Crees que tu hermano se me arrojaría al cuello si tratara de besarte aquí mismo?

-¡Desde luego que no! –La compostura le fallaba-. Pero tal vez lo hiciera yo.

-Me estás tentando, Kelsey. –Se llevó la mano de ella a los labios-. Esta noche –murmuró-. Quiero verte esta noche.

-No estoy sola, Gabe. Channing está de visita.

-Esta noche –repitió él-. Vienes tú a casa o iré yo a la tuya. Tú decides. –Se detuvo junto al box, sin soltarle la mano-. ¡Hola, muchacho! Estás preparado para... –Se detuvo en seco al ver el hilo de sangre del animal todavía fresca, sobre el pelaje oscuro-. ¡Maldita sea!

Abrió la puerta del box de un tirón y vio el cuerpo tendido sobre la paja.

-¡No entres! –Sin mirar, extendió un brazo para impedir la entrada de Kelsey.

-¿Qué le ha sucedido? ¡El pobrecillo está sangrando! –Sin dejar de mirar al potro, se adelanto. Cuando Gabe n tuvo más remedio que tomar al cabestro para impedir que el caballo corcoveara, Kelsey vio el cuerpo tirado en la ensangrentada paja que cubría el suelo del box -. ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios, Gabe!

-¡Sujeta al caballo! –pidió Gabe y le entregó el cabestro.

-¿Qué ocurre? –Alarmada por la palidez de su hija, Naomi se adelantó-. Llamaré a una ambulancia –dijo cuando vio el cuerpo. Apoyó una mano sobre la de Kelsey -.¿Crees que podrás soportar esto?

Kelsey parpadeó, asintió y luego se aclaró la garganta.

-Sí, sí...- balbuceó-. Estoy bien...

-¡Oh, Dios! – Channing tragó con fuerza y luego se colocó entre Kelsey y Gabe que estaba inclinado sobre el cuerpo-. Soy sólo un estudiante –explicó-, pero tal vez...

Pero le bastó con una mirada para comprender que aunque hubiese sido un cirujano tan capaz y experto como su padre, ya era demasiado tarde.

Los charcos de sangre se coagulaban sobre la paja. La brutal herida de la parte posterior de la cabeza de Mick estaba llena de sangre. Parcialmente oculta por la paja había una gorra azul, también manchada de sangre.

-El caballo debe haberse vuelto loco –dijo Channing -. Vete de aquí, Kelsey. Aléjate de ese animal.

-Lo tengo bien sujeto. –Luchando por recuperar la serenidad, acarició el cuello del potro-. Tiembla. Está aterrorizado.

-¡Maldita sea! ¡Acaba de matar a este hombre!

-No, él no lo mató –masculló Gabe con dureza. Acababa de volver el cuerpo de Mick y todos vieron la profunda herida de arma blanca que le hendía el abdomen-. Pero alguien lo hizo.

Kelsey temblaba bajo la llovizna mientras bebía una taza de café.

-Debes irte de aquí –repitió Channing-. Deja que te lleve a Three Willows, o por lo menos al restaurante del hipódromo.

-No, estoy bien. Tengo que esperar. ¡Ese pobre hombre! – Miró las caballerizas. El lugar ya no le parecía lleno de energía ni de encanto. Era sencillamente un

lugar fangoso y deprimente. La gente se reunía en pequeños grupos, esperando -. Gabe ha estado mucho tiempo allí dentro con la policía.

-Él se sabe cuidar. -Miró a Naomi, sentada bajo un alero-. Tal vez deberías acercarte a tu madre. Parece muy deprimida.

Kelsey miró la entrada de las caballerizas. Quería estar allí dentro, escuchar lo que se decía, saber lo que se haría.

-Gabe y yo lo encontramos -dijo-. Creo que debería ayudar.

-Entonces ve a ayuda a Naomi.

Kelsey respiró hondo.

-Está bien. Tienes razón.- Pero le resultaban difícil acercarse a ella, enfrentar aquella mirada sin vida de su madre-. Toma -dijo, alcanzándole una taza de café-. Coñac sería mejor, pero no tengo.

-Gracias.-Naomi aceptó la taza y se obligó a beber. <<No tiene nada que ver conmigo>>, se recordó una vez más. La policía no se le acercaría, esa vez no se la llevarían-. ¡Pobre Mick!

-¿Lo conocías?

-Hace mucho tiempo que trabaja aquí.-Bebió otro sorbo de café. No, no la calentaba como la hubiera calentado un coñac, pero ayudaba-. Él y Boggs jugaban al gin-rummy una vez por semana, y cotilleaban como viejas. Mick sabía tanto sobre mis caballos como Boggs sobre los de Gabe. Era un hombre leal. -Suspiró-. Y era inofensivo. No comprendo quién pudo haberle hecho eso.

-La policía lo averiguará. -Tras un instante de vacilación, apoyó una mano sobre el hombro de Naomi-. ¿Quieres que te lleve a casa?

-No. -Naomi cubrió la mano de su hija con la suya. Ambas se dieron cuenta de que era la primera vez que se tocaban sin reservas-. No sabes cuánto lo siento, Kelsey.

Ésta es una experiencia terrible para ti.

-Para todos.

-Habría preferido ahorrártela. -Levantó la vista y su mirada se encontró con la de Kelsey-. En estas circunstancias no sirvo para mucho.

-Entonces tendré que servirte yo.-Kelsey entrelazó sus dedos con los de su madre. Los de Naomi estaban tensos y fríos-. Te irás a casa -dijo-. Tal vez la policía quiera hablar conmigo, de manera que Channing te llevará.

-No quiero dejarte sola aquí.

-No estoy sola. Están Gabe y Moses. Y Boggs. –Miró hacia el lugar donde el viejo permanecía bajo la lluvia, apesadumbrado-. No tiene sentido que te quedes si estás tan angustiada. Vete a casa, toma un baño caliente y acuéstate. Yo subiré a verte cuando llegué. –Se acercó y suavizó el tono-. Tampoco quiero que Channing esté aquí. El chico se sentirá útil si te lleva a casa.

Odiándose por su debilidad, Naomi se puso de pie.

-Está bien, me iré. De todos modos mi presencia en la escena de un crimen no hace más que crear rumores. Pero, por favor, no te quedes más de lo estrictamente necesario.

-No te preocupes.

Una vez a solas, Kelsey se preparó para esperar.

No tuvo que esperar demasiado.

De las caballerizas salió un oficial informado, escrutó a todos los presentes y luego clavó la mirada en ella.

-¿Señorita Byden? ¿Kelsey Byden?

-Sí.

-Al teniente le gustaría hablar con usted. Acompañeme.

-Está bien. –Ignoró las miradas de curiosidad y se dirigió dentro.

Allí ya estaba en marcha la rutina de la muerte. Acababan de tomar las últimas fotografías policiales y la cinta amarilla aislaba el extremo de las caballerizas.

Los ojos de Gabe refulgieron cuando la vio.

-Les he dicho que no había necesidad de interrogarla.

-Ustedes dos encontraron el cuerpo, señor Slater.

El teniente Rossi saludó a Kelsey con una inclinación de la cabeza. Era un veterano con veinte años de servicio, tenía un rostro curtido y apuesto y mirada perspicaz de policía. Su pelo, oscuro y abundante, con algunas canas, era sólo una de sus muchas vanidades. Su cuerpo era perfecto, alimentado con vitaminas, zumos de frutas, dieta baja en calorías y abundante ejercicio. Tal vez pasara la mayor parte de su vida en un escritorio, con un teléfono pegado al oído, pero eso no quería decir que tenía que convertirse en una ruina decrepita. La encantaba su trabajo y odiaba el crimen.

-Le agradezco que haya esperado, señorita Byden.

-Quiero cooperar.

-Bien. Podría empezar explicándome exactamente qué sucedió esta mañana. Usted estuvo aquí desde el amanecer.

-Así es. –Se lo contó todo, desde el momento en que descargaron los caballos hasta los ejercicios de entrenamiento-. Nos quedamos un rato en la pista. Era la primera vez que venía mi hermanastro y nos pareció que le gustaría ver la preparación de los caballos para las carreras.

-¿Y a qué hora estima que ocurrió todo.

-Cerca de mediodía. Las cosas son tranquilas entre las diez y las doce. Al volver aquí desde la pista, nos topamos con Gabe, que estaba hablando con su cuidador.

Kelsey miró más allá de Rossi y vio con horror la negra bolsa mortuoria que en ese momento sacaban del box en una camilla.

Gabe maldijo en voz baja y le obstruyó la visión.

-No es necesario que habrás esto ahora. Y menos aquí.

-No te preocupes. –Kelsey hizo un esfuerzo por contener sus náuseas-. Prefiero terminar de una vez con este asunto.

-Se lo agradezco –dijo Rossi-. ¿Así que se encontraron con el señor Slater fuera de las caballerizas?

-Sí. Conversamos durante unos minutos y bromeamos porque ambos teníamos un caballo que competía en la misma carrera. Yo entré con Gabe a mirar su potrillo. Mi madre y mi hermanastro nos seguían a unos pasos de distancia.

-¿Su madre?

-Sí. En realidad era su caballo el que debía correr contra el de Gabe. Ella es la propietaria de Three Willows. Naomi Chadwick.

-Chadwick. –El nombre le sonaba, Rossi hizo una anotación-. Así que entraron los cuatro.

-Sí, pero ellos venían un poco más tarde. No llegaron al box hasta que... hasta que habíamos entrado nosotros. Creo que Gabe y yo vimos la herida en el flanco izquierdo del potrillo al mismo tiempo. Él entró en el box y me detuvo, trató de impedirme la visión. Pero como estaba preocupada por el caballo, lo seguí. Vi sangre en el suelo y el cuerpo en el rincón. Entonces sostuve la cabeza del caballo porque empezaba a encabritarse y en ese momento nos alcanzaron

Channing y Naomi Ella fue a llamar una ambulancia y Channing entró en el box. Yo creí... supongo que al principio todos creímos que había sido obra del caballo. Has que Gabe volvió el cuerpo y vimos... –Nunca olvidaría aquella imagen-. Vimos que no había sido el caballo. Entonces Gabe le dijo a Channing que llamara a la policía.

-¿Y cuando usted y el señor Slater llegaron no había nadie cerca del box?

-No. Yo no vi a nadie. En la caballeriza había algunos mozos de cuadra, por supuesto, pero era demasiado temprano para empezar los preparativos.

-¿Conocía a la víctima, señorita Byden?

-No. Apenas hace unas semanas que estoy en Three Willows.

-¿No vive aquí?

-No; vivo en Maryland. Sólo he venido a pasar un mes.

-Entonces necesitaré la dirección de su domicilio, por si llegáramos a necesitarla.-Kelsey se la dio y el teniente la anotó en su libreta-. Le agradezco su tiempo, señorita Byden. Ahora me gustaría hablar con su madre y su hermanastro.

-Le pedí a Channing que llevara a mamá a casa. Estaba muy angustiada. –Sin darse cuenta, Kelsey se puso tensa-. De todos modos estuvieron conmigo toda la mañana. Ninguno de ellos pudo haber visto algo que yo no haya visto.

-Le sorprendería saber las cosas que una persona ve mientras a otra se le escapan. Gracias. –Se volvió hacia Gabe-. Según me informaron, un tal Boggs puede haber sido el último en ver con vida a la víctima. ¿Él también trabaja para usted?

-Trabaja en Three Willows.

-Boggs está fuera –le informó a Kelsey a Rossi-. Le diré que entre.

Salió, aliviada de alejarse de aquella voz sin inflexiones que le hacía preguntas y de aquellos ojos perspicaces y llenos de desconfianza. Boggs estaba de pie bajo la lluvia.

-El teniente Rossi quiere hablar con usted. –Le palmeó el hombro-. Lo siento mucho, Boggs.

-Estábamos conversando. Sentados allí y conversando. Esta noche íbamos a jugar a las cartas. –Las lágrimas le corrían por la cara junto con la lluvia-.

¿Quién pudo hacerle eso, señorita Kelsey? ¿Quién pudo haber matado al viejo Mick de esa manera tan vil?

-No lo sé, Boggs. Venga, lo acompañaré.- Le pasó un brazo por la cintura y lo condujo hacia las caballerizas.

-Él no tenía familia, señorita Kelsey. Tenía una hermana, pero hacía más de veinte años que no la veía. Yo tengo que ocuparme de sus cosas y cuidar que lo entierren como se merece.

-Yo me ocuparé de eso, Boggs – dijo Gabe, que salió y los interceptó antes de que entraran-. Tú dime lo que quieres y se hará.

Boggs asintió.

-Él lo admiraba mucho, señor Slater.

-Y yo a él. En cuanto puedas, ven a verme. Lo arreglaremos todo.

-Él se lo habría agradecido. –Cabizbajo, Boggs entró.

-El teniente dice que ya puedes irte. –Gabe tomó el brazo de Kelsey y la alejó de las caballerizas-. Te llevaré a tu casa.

-Debo esperar a Boggs. En este momento él no debería estar solo.

-Moses lo atenderá. Quiero que salgas de aquí, Kelsey. Que te alejes de todo esto.

-No puedo. Estoy en el asunto tanto como tú.

-Te equivocas. –Casi tuvo que arrastrarla hacia el coche-. El box es mío, el potro es mío y, ¡maldito sea! Mick era mi empleado.

-¡No te des tanta prisa! –Clavó los tacones en el lodo y consiguió detenerse. Gabe había mostrado fugaces gestos de furia en la caballeriza, pero en ese momento ardía y estaba a punto de estallar. Ahora sus ojos no eran los de un apostador, pensó ella. Tenían una expresión peligrosa.

-¡Saldrás de aquí ahora mismo! ¡Y te mantendrás al margen de todo esto!

Kelsey podría haber discutido. Y sin duda podría haberse revuelto contra la fuerza con que ella sostenía el brazo, pero esperó hasta llegar al coche de Gabe.

Entonces se volvió y le echó los brazos al cuello.

-No te hagas esto a ti mismo – murmuró.

Él se mantuvo rígido.

-No te culpes, Gabe.

-¿Y a quién voy a culpar? –Pero se relajó y se acercó a ella. Hundió la cara en el húmedo cabello de Kelsey -. ¡Dios! ¿A quién más quieres que culpe? Mick intentaba proteger a mi caballo.

-Eso no puedes saberlo.

-Pero lo sé. –La apartó de sí. Sus ojos estaban más tranquilos, pero lo que había detrás de aquel azul profundo y frío hizo temblar a Kelsey -. Cueste lo que cueste, voy a averiguar quién lo asesinó.

-La policía...

-La policía trabaja a su manera. Y yo a la mía.

CAPÍTULO 10

La muerte no podía interferir con la rutina del criadero de purasangres. No la muerte de un caballo ni la de un hombre. El amanecer todavía era la hora que señalaba el principio de los entrenamientos. Había carreras que correr, patas que vendar, animales que cepillar y atender. Tal vez las conversaciones que se mantenía en el corral y las caballerizas giraran en torno a la muerte del viejo Mick, pero el ritmo de trabajo no disminuía. No podía disminuir.

Había un potrillo con un eccema, una potranca de un año que todavía se resistía a que la montaran, y otro potrillo que iba a competir en su primera carrera. Los lamentos y los comentarios se hacían mientras se llenaban comederos y se ejercitaban caballos.

-Tal vez ahora que lo hemos enfriado usted quiera encargarse de vendar a *Pride*, señorita Kelsey.- Aunque tenía ojeras y la cara contraída, Boggs estaba trabajando. Ofreció las riendas a Kelsey-. Siempre parece más feliz cuando lo hace usted.

-Está bien, Boggs.- Cubrió la mano nudosa de él con la suya-. ¿Puedo hacer algo por usted?

La mirada del hombre pasó sobre ella y pareció enfocarse en la lejanía.

-No se puede hacer nada, señorita Kelsey. Sólo que no me parece justo, eso es todo. No me parece justo.

Ella no podía volverse y dejarlo allí.

-¿Le importaría acompañarme? Yo todavía me pongo nerviosa cuando tengo que atender al próximo ganador del derbi.

Ambos sabían que se trataba de una excusa, pero Boggs asintió y le siguió. Llovía de nuevo, con la misma llovizna persistente de la tarde anterior. A pesar de que eran casi las diez, la niebla aún no se levantaba. Dentro de la caballeriza, los peones estaban ocupados con la limpieza, de manera que había olor a bosta, paja y barro.

Al pasar por el box de *Queenie*, Kelsey se detuvo y le entregó a Boggs las riendas del potrillo.

-Sólo tardaré un minuto.

Sacó una zanahoria del bolsillo posterior del pantalón y se la ofreció a la yegua mientras le acariciaba las suaves orejas.

-Ahí tienes, cariño. No creíste que me olvidaría, ¿verdad? – La yegua mordisqueó la zanahoria y luego el hombro de Kelsey y curvó el cogote como respuesta a la caricia. A pesar de ser consciente del interés que demostraba Boggs por la escena, Kelsey completó lo que se había convertido en un rito diario, besando la mejilla de *Queenie*.

-Ya sé, he leído bastante sobre el exceso de cariño que las mujeres tienen por los caballos. –Después de una última palmada, se volvió hacia Boggs y el potrillo-. Tal vez esté exagerando, pero he visto a más de un mozo de cuadra acariciar a un caballo.

-Su abuelo quería mucho a esa yegua. –Boggs condujo a *Pride* a su box, donde Kelsey ya había retirado la paja de la noche anterior, reemplazándola por paja limpia para el día-.Le llevaba terrones de azúcar todos los días. Todos simulábamos no darnos cuenta.

-¿Cómo era mi abuelo, Boggs?

-Un bueno hombre, un hombre justo. Tenía genio y podía enfurecerse con la velocidad de un relámpago. –Mientras hablaba revisó el box con la mirada, notando que Kelsey ya se había encargado de poner agua limpia y pienso. Por lo general era un trabajo que le correspondía a él, pero lo compartían ahora que también compartían el cuidado del potrillo-. No toleraba la pereza, pero si uno cumplía con su trabajo, pagaba bien y puntualmente. Lo he visto permanecer toda la noche despierto con un caballo enfermo y despedir a un hombre por no haber cuidado a un animal como correspondía.

Kelsey se puso en cuclillas para recorrer con al mano las patas de *Pride* en busca de hinchazones o lastimaduras. Boggs ya había lavado sus vendas colgándolas a secar con las pinzas de ropa que siempre llevaba prendidas a los pantalones.

-No debe haber sido fácil trabajar para un hombre así. –Satisfecha, secó con paja la humedad que la lluvia había dejado en la piel del potrillo.

-No cuando uno no cumplía con el trabajo para el que lo habían contratado. –Miró cómo Kelsey cogía un cepillo-. Usted tiene el toque necesario, señorita Kelsey –comentó.

-Tengo la sensación de haber estado haciendo esto toda la vida. –Tranquilizó al potrillo con palabras y con sonidos mientras lo cepillaba. Como en el caso de muchos aristócratas, aquel potro era temperamental-. Esta mañana está un poco nervioso.

-Yo diría que está alerta. Ya está pensando en la carrera.

Kelsey siguió cepillando el lomo, la panza y las patas del potrillo.

-Me comentaron que ayer corrió bien. –Dejó el cepillo y tomó una raqueta-. Supongo que es una barbaridad seguir pensando en carrera y en marcas después de lo que sucedió ayer.

-No queda otra salida.

-¿Hacía mucho que eran ustedes amigos?

-Alrededor de cuarenta años. –Boggs sacó una lata de tabaco y cogió un puñado-. Cuando yo llegué, él ya hacía tiempo que estaba aquí.

-Yo nunca he perdido a un ser querido. –Después de decirlo, Kelsey pensó en Naomi, pero era imposible recordar el dolor que pudo haber sentido a los tres años-. No quiero decir que imagino lo que debe estar sintiendo, pero si quisiera unos días de licencia, Naomi se los concedería.

-Éste es el lugar del mundo donde más me gusta estar. Ese policía parecía competente. Averigua lo que le sucedió a Mick.

Kelsey cogió una esponja y limpió los ojos del potrillo. Le gustaba la forma en que el animal la miraba mientras ella lo atendía, su manera de reconocerla y la relación de confianza que había empezado a establecerse entre ellos.

-¿El teniente Rossi? A mí no me gustó. No sé por qué.

-Bueno, porque tiene sangre fría. Pero la sangre fría significa que pensará y seguirá pensando paso a paso hasta llegar a la solución.

Kelsey dejó la esponja y tomó el cepillo grueso. Recordó la expresión que había visto el día anterior en los ojos de Gabe. Decidió que era una necesidad de venganza, y ella comprendía demasiado bien ese sentimiento.

-¿Y eso será suficiente para usted, Boggs?

-Tendrá que serlo.

-¡Hola! ¡Estaba aquí! –Channing se apoyó contra la puerta del box. Observó un momento las manos seguras de su hermana, los músculos que se le fortalecían en los hombros-. Te mueves como si supieras lo que estás haciendo.

-Sé lo que estoy haciendo. –Y eso era algo que nunca dejaba de fascinarla-. Te eché en falta durante el desayuno.

-Me quedé dormido. – Esbozó una sonrisa encantadora-. Mi reloj corporal no está acostumbrado a desayunar a las cinco de la madrugada. Por cierto, Matt

acaba de pasar por aquí. Lo voy a acompañar a hacer un par de visitas profesionales. A caballerizas y otros lugares.

-Que te diviertas.

Él vaciló.

-¿Estás bien?

-¡Por supuesto que estoy bien!

-Volveré en un par de horas. ¡Ah! Moses dijo que si te veía te dijera que te necesita para que ejercites un caballo.

-¡Negrero! –murmuró Kelsey -. Iré e cuanto termine aquí.

No tenía tiempo para cavilar. La limpieza completa de un caballo le tomaba una hora a un mozo de cuadra experto, y a Kelsey un cuarto de hora más. Después llegaba la hora de la comida del mediodía. Había que mezclar avena, afrecho y nueces que antes había que pesarlo. Después se agregaba a la mezcla una cucharada de sal, un suplemento vitamínico y electrolitos. Y como *Pride* no solía tener demasiado apetito le agregaba melaza para endulzar la mezcla.

Más tarde le llevaba una manzana. No sólo para malcriarlo, pensaba Kelsey. Moses le había explicado que los caballos necesitaban que les agregaran cosas succulentas a la comida. A *Pride* le gustaban más las manzanas que las zanahorias. Y tenía debilidad por la variedad Granny Smith.

-Ahora estás listo –murmuró Kelsey al verlo comenzar a comer su almuerzo-. Y debes comerlo todo, ¿me oyes?

Él siguió masticando mientras la miraba.

-Te vamos a exigir mucho, cariño. Pero te gustará estar en el círculo de ganadores, cubierto por una manta de rosas rojas.

Pride lanzó un resoplido y Kelsey supuso que era el equivalente equino a un encogimiento de hombros. Ella emitió una risita y le hizo una última caricia.

-No me engañas, muchacho. Tú lo deseas tanto como yo.

Y salió del box para ocuparse del resto del trabajo de la jornada.

Dudaba que Moses tuviera intenciones sádicas cuando la hacía trabajar como una posesa durante toda la mañana, pero el resultado era el mismo. A las tres de la tarde le dolían los músculos, estaba cubierta de lodo y su cuerpo le pedía comido.

Después de limpiarse a fondo las botas, entró en la casa por la cocina y se dirigió a la nevera. Con un gritito de satisfacción, se abalanzó sobre una fuente de pollo frito.

Estaba en ello cuando entró Gertie.

-¡Señorita Kelsey! –Espantada a ver a su niñita recostada contra la mesa con unos tejanos perdidos, Gertie abrió la alacena en busca de un plato-. ¡Ésa no es forma de comer!

-Pero da buen resultado –comentó Kelsey con al boca llena-. Éste es el mejor pollo que he comido en mi vida.

-Siéntese a la mesa. Le serviré una comida como Dios manda.

-No, en serio.-A veces los buenos modales simplemente sobran. Kelsey volvió a morder un trozo de pollo-. Estoy demasiado sucia para sentarme en alguna parte, y demasiado hambrienta para lavarme primero. Mira, Gertie, he seguido tres cursos de cocina, pero sería incapaz de cocinar un pollo como éste.

Gertie se ruborizó, encantada, y le quitó importancia con un gesto de la mano.

-¡Por supuesto que podría! Ésa es una receta de mi madre. Algún día se la enseñaré. Y no se burle de mí. –Colorada como un tomate, le sirvió un vaso de leche-. Es igual a su hermano. ¡Se diría que ese chico no ha comido una buena comida casera en toda su vida!

-Ha estado aquí zalamereando, ¿no es cierto?

-Me gustan los chicos con buen apetito.

-Eso es algo que le sobra. -<<¿Y también me sobraré a mí?>>, pensó mientras se debatía ante la posibilidad de comer otro pedazo de pollo-. ¿Naomi está aquí?

-Ha tenido que salir.

-Ya- -<<Así que estamos solas>>, pensó Kelsey. Tal vez sería el momento de hacer algunas preguntas-. Me he estado preguntando sobre esa noche, Gertie. Sobre Alec Bradley.

Gertie frunció el entrecejo.

-Eso ya es pasado.

-Tú seguramente no estabas aquí –insistió Kelsey.

-No. –Gertie cogió un trapo y comenzó a limpiar la cocina ya inmaculada-. Y me ha maldecido por ello todos los días de mi vida. Allí estábamos, mamá y yo en el

cine y luego en una pizzería, mientras la señorita Naomi se enfrentaba sola con ese hombre.

-Que a ti n te gustaba.

-Hummm. –Con expresión de desdén, golpeó el trapo contra la cocina-. Esa un hombre sofisticado, demasiado sofisticado. La señorita Naomi no tenía nada que hacer con un hombre así.

-¿Y por qué crees que... salía con él?

-Supongo que tendría sus motivos. La señorita Naomi es muy cabezota Y supongo que estaba obcecada por su separación del señor Philip. Además estaba triste por haber perdido un caballo en el hipódromo. El animal se quebró una pata y tuvieron que pegarle un tiro. Eso a ella le costó mucho. Fue más o menos en esa época que empezó a ver a ese hombre.-El tono de desdén de Gertie era inequívoco. Siempre se había negado a llamar a Alec Bradley por su nombre-. Era buen mozo. Pero buen mozo y nada más –siguió-. Le diré cuál fue el crimen, señorita Kelsey: el crimen fue meter a esa criatura en la cárcel por haber hecho lo que no tuvo más remedio que hacer.

-¿Lo hizo para protegerse?

-Eso fue lo que dijo ella, y por tanto eso fue lo que ocurrió –dijo Gertie con absoluta convicción-. La señorita Naomi es incapaz de mentir. Si su padre o yo hubiéramos estado esa noche en la casa, eso no habría sucedido. Ese hombre nunca se habría atrevido a ponerle una mano encima. Y a ella no le habría hecho falta un arma.

Gertie suspiró, llevó la bayeta al fregadero y la enjuagó a conciencia.

-Me ponía nerviosa saber que ella guardaba el arma en el cajón de la mesilla de noche. Pero me alegro de que esa noche la hubiera tenido. Un hombre no tiene ningún derecho a forzar a una mujer. Ningún derecho.

-No –coincidió Kelsey -. Ningún derecho.

-¡Qué! ¿Naomi todavía tiene un arma en la mesilla de noche?

-Supongo que no es la misma, pero es parecida. Era de su padre. La ley dice que ahora ella no puede poseer un arma, pero de todos modos la tiene. Dice que le trae recuerdos.

-Y yo digo, ¿para qué le hace falta recordar esa época? Pero ella insiste en que hay cosa que uno nunca debe olvidar.

-Sí, supongo que tiene razón –dijo Kelsey hablando con lentitud. Pero no estaba segura de poder dormir en paz conociendo la existencia de ese arma.

-Tal vez no me corresponda decirlo, pero lo diré de todas maneras. –Gertie arrancó un trozo de papel de cocina para sonarse la nariz-. Usted era el sol y la luna para ella, señorita Kelsey. El hecho de que haya vuelto le ha cambiado la vida. No hay manera de recuperar lo que se ha perdido, de echarse atrás en lo que uno ya ha hecho, pero las viejas heridas todavía pueden cicatrizar. Y eso es lo que usted está haciendo.

<<¿Será así?>>, se preguntó Kelsey. Todavía estaba lejos de conocer con seguridad sus propias motivaciones y sentimientos.

-Para ella es una suerte tenerla a usted, Gertie- murmuró-. Es una suerte tener alguien que piense tanto en uno –Como no quería hacer sollozar a Gertie, agregó con tono más ligero-: Y muchísima más suerte si además ese alguien cocina tan bien como usted.

-¡Oh, vamos! –Gertie hizo un gesto con la mano y luego se la pasó por los ojos-. Yo hago una cocina sencilla, eso es todo. Y usted todavía no ha terminado ese último trozo de pollo. Tiene que cubrir sus huesos con un poco más de carne.

Justo es el momento en que Kelsey meneaba la cabeza, sonó el timbre de la puerta de la calle.

-Deja, Gertie, yo abriré. Porque si no me comeré todo lo que queda, con fuente incluida.

Cogió el vaso de leche. Pasó frente a un espejo y alzó los ojos al cielo. Tenía la cara cubierta de tierra. La gorra que se había secado al entrar en la casa no impidió que el pelo se le enredara. Mientras se pasaba por la cara la manga de la camisa manchada de bosta, rogó que la visita, fuese quien fuese, tuviera relación con los caballos.

Pero no fue así.

-¡Abuela! –La sorpresa de Kelsey se mezcló con mortificación al ver la expresión de disgusto que le producía a su abuela -. ¡Qué sorpresa!

-En el nombre de Dios, ¿qué has estado haciendo?

-Pues trabajando. –Kelsey vio fuera el immaculado Lincoln, con el estoico chofer al volante-. ¿Has salido a dar un paseo?

-He venido a hablar contigo. –Con el mentó muy erguido, Milicent entró en la casa con la misma dignidad que Kelsey imaginaba a los aristócratas franceses en

el momento de enfrentarse a la guillotina.-. Consideré que esto era demasiado importante para que lo conversáramos por teléfono. Créeme que no me resulta nada agradable entra en esta casa.

-Te creo. Pasa y siéntate, por favor. –Afortunadamente Naomi había salido. Eso era algo que Kelsey agradecía al destino-. ¿Puedo ofrecerte algo? ¿Café, té?

-No quiero absolutamente nada que provenga de esta casa –afirmó Milicent sentándose tan rígida que su vestido almidonado crujió, aunque ni aún así se arrugó. Se negó a satisfacer su curiosidad mirando la habitación y clavó la vista en su nieta-. ¿Es así como pasas tu tiempo? Estás tan sucia como un peón.

-Acabo de entrar. No sé si habrás notado que está lloviendo.

-¡No me hables en es tono! Es inexcusable que malgastes así tus talentos y tu educación. Y pero aún, que crees problemas familiares con tal de vivir tu pequeño drama.

-Abuela, ya hemos hablado de esto.- Depositó el vaso de leche sobre una mesita y se acercó a la chimenea para atizar el fuego. No sabía si a causa de la lluvia o por la visita, pero la habitación de repente le parecía gélida-. Soy plenamente consciente de tus sentimientos y tus opiniones. No puedo creer que hayas viajado hasta aquí para repetírmelos.

-Tus deseos y los míos raras veces han coincidido, Kelsey.

-Es verdad. –Con aire pensativo, Kelsey volvió a poner el atizado en su sitio y se volvió hacia su abuela-. Supongo que no hemos coincidido demasiado.

-Pero en este caso no puedo creer que actúes como lo estás haciendo. Esta mañana tu nombre sale en los periódicos. Y en relación con un asesinato cometido en el hipódromo.

<<¡Con qué rapidez viajan las noticias!>>, pensó Kelsey. Esa mañana, antes de que los periódicos llegaran a la casa, ella ya estaba en los establos.

-No lo sabía. De lo contrario, te aseguro que habría telefonado a papá para tranquilizarlo. Yo estuve allí, abuela. La víctima era un mozo de cuadra del criadero vecino. Mi participación en el hecho fue completamente accidental

-El problema, Kelsey, es que hayas estado allí, en un hipódromo, relacionándote con la clase de gente que atraen los hipódromos.

Kelsey ladeó la cabeza.

-Me atraen a mí.

-Te estas comportando como una niña majadera. –Milicent apretó los labios-. Espero más de ti. Espero que pienses en tu familia.

-¿Y qué tiene que ver con mi familia la muerte de ese pobre hombre?

-Tu nombre estaba ligado al de Naomi. Y su nombre, en conexión con un asesinato, remueve antiguos escándalos. No debería ser necesario que le explicara todo esto a una mujer de tu inteligencia, Kelsey, ¿quieres que tu padre sufra más a causa de esto?

-¡Por supuesto que no! ¿Por qué va a sufrir? Abuela, un anciano fue brutalmente asesinado. Por pura coincidencia yo estaba entre quienes lo encontraron. Como es natural, tuve que hacer una declaración ante la policía, pero todo termina ahí. Ni siquiera lo conocía. Y en lo que respecta a papá, él no tiene nada que ver con todo esto.

-Las manchas nunca se limpian del todo. Este mundo no es el nuestro, Kelsey. Se nos advirtió lo que deberíamos esperar, la clase de gente con la que te relacionarías. Ahora ha sucedido lo peor. Y como tu padre es demasiado débil para adoptar una postura firme, me toca hacerlo a mí. Insisto en que hagas las maletas y vuelvas hoy mismo a casa conmigo.

-¡Nada cambia bajo el sol! –Naomi estaba de pie en la puerta, pálida como el mármol. Su traje gris acentuaba la fragilidad de su cuerpo, pero cuando se adelantó se la veía tan elegante y poderosa como una de sus yeguas purasangre-. Creo que una vez te escuché decirle algo igual a Philip.

El rostro de Milicent se endureció.

-He venido a hablar con mi nieta. No me interesa hacerlo contigo.

-Pero ahora estás en mi casa, Milicent. –Naomi dejó el bolso y se sentó con elegancia-. Sin duda eres libre de decirle a Kelsey lo que quieras, pero no conseguirás que me vaya . Esos días son cosa del pasado.

-Veo que la cárcel no te enseñó mucho.

-¡Ah! Ni siquiera puedes imaginar todo lo que me enseñó.

En ese momento se sentía inundada por la frialdad, por una total falta de sentimientos. Eso la alegraba. Nunca había estado segura de la forma en que reaccionaría si volvía a tener que enfrentarse a Milicent.

-Eres la misma de siempre. Calculadora, taimada, carente de principios. Ahora quieres utilizar a la hija de Philip para satisfacer tus propios fines.

-Kelsey es una mujer con personalidad. Si cree que se la puede usar, quiere decir que no la conoces bien.

-¡Por supuesto que no se me puede usar! –exclamó Kelsey, interponiéndose entre ellas para decir lo que pensaba-. Y no quiero que ninguna de vosotras hable de mí. No soy un peón en la partida de ninguna de vosotras. He venido porque quería, y me quedaré hasta que decida irme. Tú no puedes ordenarme que haga el equipaje, abuela, como si fuese una niña o una sirvienta.

Milicent enrojeció de rabia.

-Puedo insistir en que hagas lo que te corresponde por el bien de la familia.

-Sólo puedes pedirme que piense en lo mejor para la familia. Y lo haré.

-La tienes dominada –dijo Milicent mientras se ponía de pie, mirando fijo a Naomi-. Has utilizado sus sentimientos y su comprensión para atraerla. ¿Le has hablado de tus amantes, Naomi, de tus borracheras crónica, de tu total desinterés por tu matrimonio, tu marido y tu hija? ¿Le has dicho que te propusiste arruinar a mi hijo, pero que sólo lograste destruirte a ti misma?

-¡Basta! –Kelsey retrocedió sin darse cuenta de que con ese gesto tomaba una decidida actitud de defensa de Naomi-. Las preguntas que yo tenga que hacer y las respuestas que reciba no te incumben a ti. Yo juzgaré por mí misma, abuela-

Milicent luchó por mantener el tipo. Su corazón le palpitaba excitadamente. Ella también tomaría sus propias decisiones.

-Si te quedas aquí, me obligarás a tomar medida. No me quedará otro remedio que modificar mi testamento y hacer lo que está en mi mano para revocar el fondo fiduciario que te legó tu abuelo.

En los ojos de Kelsey no apareció una sobra de miedo sino de pena.

-Abuela, ¿Crees que el dinero me importa tanto? ¿Me consideras tan mezquina?

-Considera las consecuencias, Kelsey. –Milicent tomó su bolso, convencida de que su amenaza haría entrar en razones a la chica.

-¡Oye, Kelsey! ¿A qué no sabes lo que...? –Channing se detuvo de una manera casi cómica a dos pasos de Milicent-. Abuela... ¿qué hacer tú aquí?

Enfurecida, Milicent se volvió hacia Naomi.

-¿Así que también lo tienes a él? ¡Primero la hija de Philip y luego al muchacho a quien él considera su hijo!

-Abuela, yo sólo...

-¡Cállate! –ordenó Milicent -. Ya pagaste una vez, Naomi. Y juro por Dios que volveras a pagar.

Cuando Milicent salió, Channing dejó caer los hombros.

-Una escena muy desagradable.

-Y una de las más pintorescas que puedas imagina. –Extenuada, Kelsey se pasó una mano por la cara-. Channing , supongo que has llamado a Candece y le has dicho que estabas aquí, ¿no es así?

-Sí, la llamé. –Se metió las manos en los bolsillos y volvió a sacarlas-.Pero sólo le dije que estaba bien instalado. Creí que así evitaría complicaciones. –Suspiró mientras Kelsey seguía mirándolo fijo-. Supongo que será mejor que telefonee y le explique todo antes de que empeores la situación

Kelsey meneó la cabeza mientras miraba a Channing subir la escalera.

-Channing tiene la costumbre de ocultar trozos importantes de información –dijo, y miró a su madre-. ¿Quieres una copa?

Naomi consiguió sonreír y se reclinó contra el almohadón del sillón.

-¿Por qué no? Dos dedos de whisky ayudarán a quitarme el sabor amargo de la boca.

-Lo intentaremos. –Kelsey se acercó al aparador y sirvió dos vasos-. Lamento lo sucedido.

-Yo también- El dinero puede no ser importante para ti, pero se trata de tu herencia. No quiero ser la causa de que la pierdas.

Kelsey pasó un dedo sobre uno de los caballos de cristal de Naomi.

-No sé si podrá bloquear mi fondo fiduciario. Y si pudiera hacer, buen, hasta el día de hoy no he malgastado precisamente los intereses. –Se encogió de hombros el entregó un vaso a Naomi-. Yo tampoco tengo ganas de perder lo que me dejó mi abuelo, pero demonios si he de permitir que ella me chatejee con dinero- ¡Salud! –dijo entrechocando su vaso con el de Naomi.

-¿Salud? –Sacudió la cabeza y se echó a reír a carcajadas. Cerró lo ojos e intentó relajarse-. ¡Dios mío, qué día!

Había pasado las últimas dos horas con sus abogados, estudiando la manera de conciliar a sus propios deseos con lo que su padre establecía en su testamento. <<Y ahora -pensó-, si Milicent consigue cumplir su amenaza de cortarle los víveres a Kelsey, tendré que hacer otras modificaciones.>>

Volvió a abrir los ojos y bebió un sorbo de whisky.

-Me sentí muy orgullosa por el modo en que defendiste tu libertad.

-Yo también me sentí orgullosa de ti. Cuando te vi en la puerta parecías fría y mortífera

-Milicent siempre me ha provocado eso. No todo lo que dijo fue mentira. Es cierto que cometí errores, Kelsey, errores muy graves.

Kelsey había girar el vaso entre sus mano.

-¿Querías a papá cuando te casaste con él?

-Sí. ¡Desde luego que sí! –Por un instante los ojos de Naomi se suavizaron-. ¡Era tan tímido y tan inteligente!; Y tan sensual!

Kelsey ahogó una carcajada.

-¿Papá, sensual?

-¡Aquellas chaquetas de tweed que usaba! ¡Aquella mirada soñadora y poética! ¡Aquella voz tranquila y paciente que recitaba a Byron! ¡Aquella bondad infinita!

-¿Y cuando dejaste de quererlo?

-No se trata de que haya dejado de quererlo. –Naomi dejó su vaso de whisky a medio beber-. Yo no era ni tan paciente ni tan buena. Y soñábamos con cosas distintas. Cuando las cosas se pusieron mal, no fui lo bastante inteligente para hacer concesiones. Ese fue uno de mis errores. Creí poder retenerlo demostrándolo que no lo necesitaba. Pero sólo conseguí abrí más la brecha que nos separaba, alejarme de él. Y perdí. Perdí a Philip y te perdí a ti. Perdí mi libertad. Pagué un precio muy elevado por mi orgullo.

Hizo una mueca cuando volvió a sonar el timbre.

-Por lo visto el día todavía no ha terminado.

-Yo abriré. –Y por segunda vez en el día, llegaba una persona no deseada-. Teniente Rossi...

-Lamento molestarla, señorita Byden. ¿Puedo hacerles algunas preguntas a usted y a su madre?

-Estamos en la sala- Pase. ¿Ha averiguado algo, teniente? – preguntó mientras lo guiaba hasta su madre.

-Seguimos investigando.

Sus ojos entrenado percibieron el tranquilo confort de la habitación y también los dos vasos de whisky y el vaso con un resto de leche. Al verlo entrar, Naomi se puso de pie. Como hombre, Rossi apreció su gracia; como policía, admiró su dominio.

-Teniente Rossi. -Le tendió la mano -. Siéntese, por favor ¿Puedo ofrecerle una taza de café?

-Se lo agradezco, señorita Chadwick, pero he llenado mi cuota del día. Sólo quiero hacerles algunas preguntas.

Naomi volvió a sentarse, muy erguida-.¿En qué puedo ayudarle?

-Usted conocía bastante bien a la víctima.

-Sí, conocía a Mick. -<<Responde con frases cortas, y no digas más de lo necesario>>, se recordó.

-Estaba empleado en Longshot desde hace varios años.

-Creo que eso es correcto.

-¿También trabajó para el dueño anterior del criadero, un tal Cunningham?

-Durante una época.

-Época que terminó cuando lo despidieron, hace alrededor de cinco años.

-Creo recordar que Bill Cunningham despidió a Mick porque lo consideraba demasiado viejo. En ese momento, mi cuidador le ofreció trabajo aquí, pero Mick decidió alejarse de la zona.

-Se me ha informado que trabajó en los hipódromos de Florida durante dos años.

-Creo que sí.

-¿Sabe si tenía enemigos?

-¿Mick? -La pregunta era tan absurda que Naomi bajó la guardia por unos instantes-. Todo el mundo quería al viejo Mick. Era una institución, una especie de monumento a lo mejor de las carreras. Trabajador, tozudo, de gran corazón... Nadie le tenía antipatía.

-Pero alguien lo asesinó. -Rossi esperó un instante, fascinado por el modo de encerrarse en sí misma que tenía Naomi -. El caballo resultó herido. Mick Gordon era el peón que atendía ese caballo. Mi informe dice que el caballo tenía una herida larga y superficial en el flanco. -Sacó el cuaderno como para comprobar los hechos-. Los informes preliminares indican que esa herida probablemente causada por la misma arma utilizada contra la víctima.

-Es evidente que alguien trataba de lastimar al potrillo y Mick trató de impedirlo –intervino Kelsey -. Moses me dijo que ese animal es tranquilo. Jamás habría pisoteado a Mick si no lo hubieran lastimado o asustado.

-Es posible. –Rossi tenía que esperar los resultado definitivos a la autopsia para saber si Mick había muerto por el cuchillo o por las patas del caballo. Se tratara de asesinato o de intento de asesinato, estaba decidido a resolver el caso-.Ese día el potrillo del señor Slater debía competir con el suyo, señorita Chadwick.

-Sí, habría competido con el mío de no haber sido necesario borrarlo de la carrera.

-Y su caballo ganó, ¿verdad?

Naomi lo miró sin pestañear.

-Por una cabeza, como solemos decir. Pagó tres a cinco.

-Usted y el señor Slater tienen un historial de competencias. Sobre todo en el último año y entre esos dos caballos. Él le ha ganado varias veces.

-*Double or Nothing* es un potrillo admirable, un verdadero campeón. Y mi *Virginia's Pride* también. Son increíblemente parejos.

-Yo no sé mucho sobre carreras –aclaró Rossi sonriendo-. Pero desde el punto de vista del simple aficionado, supongo que usted se beneficiaría... modificando esa situación.

-Ésa es una acusación injusta, teniente. –En un gesto de apoyo incondicional, Kelsey apoyó una mano en el hombro de su madre-. Absolutamente injusta.

-No es una acusación, señorita Byden, sino una observación. Muchas veces se hieren, drogan y hasta matan caballos para mejorar las posibilidades de un rival, ¿no es así, señorita Chadwick?

-En todos los ambientes hay personas y comportamientos inescrupulosos y criminales. –Hizo un esfuerzo por no temblar. Los ojos de los policías detectaban hasta el más mínimo temor-. Los que pertenecemos al mundo de las carreras solemos decir que sucede más a menudo en las exposiciones que el hipódromo.

-¡Three Willows no tiene ninguna necesidad de recurrir a tácticas como ésa! –intervino Kelsey con vehemencia-. Y ya le he dicho que mi madre estuvo toda la mañana conmigo Muchas personas nos vieron.

-Así es –convino Rossi-. Como conocedora del mundo de las carreras, señorita Chadwick, ¿no cree que un propietario o un cuidador interesado en mejorar sus

posibilidades contrataría a alguien para que hiciera el trabajo en lugar de arriesgarse a herir personalmente al caballo de su oponente?

-Sí, lo creo.

-¡No tienes por qué contestar esa clase de preguntas! -repuso Kelsey con indignación.

-Estoy seguro de que su madre conoce perfectamente sus derechos -dijo Rossi con frialdad-, y los procedimientos de una investigación por asesinato.

-Soy perfectamente consciente de ambas cosas, teniente. E igualmente consciente de que esos derechos no siempre protegen a los inocentes. -Esbozó una sonrisa de resignación-. Y tampoco a los culpables a medias. Me gustaría recordarle que mi potrillo no era el único competidor del señor Slater y que en los cincuenta años que lleva Three Willows funcionando nunca hemos sido citados por ninguna infracción. Pero estoy segura de que eso usted ya lo sabe. Así como yo sé que una ex convicta siempre sigue rodeada de una aureola de sospechas. ¿Quiere preguntarme algo más?

-Por el momento, no-<<¡Qué mujer!>>, pensó Rossi mientras guardaba su libreta. Iba a tener que dedicar tiempo suplementario para estudiar más a fondo su expediente-. Agradezco el tiempo que me han dispensado. Una cosa más, señorita Byden. Usted dijo que ayer se encontró con el señor Slater fuera de las caballerizas antes de que ambos entraran a mirar el potrillo.

-Sí, Gabe estaba conversando con su cuidador.

-Gracias. No se molesten en acompañarme, recuerdo la salida.

-¡Esto es un escándalo! -estalló Kelsey en cuanto la puerta se cerró -. ¿Cómo pudiste quedarte tranquilamente sentada y encajar su impertinencia? Prácticamente te acusó de haber contratado al asesino.

-Lo esperaba. Y no será el único que considerará esa posibilidad. Después de todo, una vez fui culpable.

-¡Pero maldita sea, no te cruces de brazos!

-No lo hago. Lo único que puedo hacer es simularlo. -Se puso de pie con cansancio. Necesitaba estar en una habitación silenciosa, tomar unas aspirinas y conciliar el sueño, la huida de los cobardes. Pero se detuvo y se atrevió a tomar el rostro de Kelsey entre sus manos-. Tú no consideras posible que yo haya tenido algo que ver con todo esto, ¿verdad?

-No -contestó su hija sin vacilar.

-Entonces estoy equivocada -murmuró Naomi-. Por lo visto me queda mucho más que la posibilidad de cruzarme de brazos. Ve a cabalgar un rato a caballo, Kelsey. El ejercicio disipará un poco tu furia.

Kelsey salió a cabalgar pero su furia no disminuyó. Se dirigió hacia Longshot por dos motivos. Al llegar, le entregó las riendas de *Justice* a un peón y se encaminó a la casa.

Demasiado ofuscada para llamar a la puerta principal, entró por el recinto de la piscina, pasando de la primavera a pleno verano, luego subió unos escalones y se encontró en una amplia habitación confortablemente amueblada.

En ese momento, al darse cuenta de que no sabía hacia dónde dirigirse, comprendió que se había metido sin derecho alguno en una casa ajena. La educación luchó con su instinto hasta que dobló a la izquierda y cruzó un pasillo. De ese modo creyó que llegaría a la puerta principal, saldría y tocaría el timbre. A menos, por supuesto, que en el trayecto que topara con Gabe.

La primer voz que escuchó no fue la de Gabe sino la de Boggs, que surgía de una puerta abierta.

-A él no le interesaría un funeral elegante, señor Slater. Nada de flores ni de música de órgano. Una vez, cuando estábamos conversando, me dijo que le gustaría que lo quemaran y que sus cenizas se desparramaran sobre la pista de práctica del criadero. Para seguir formando parte para siempre de este lugar. Supongo que debe resultarle un poco raro.

-Si eso era lo que quería, eso haremos.

-Me alegro. Yo tengo algunos ahorros. No sé cuánto costará hacer las cosas de esa manera, pero...

-Permite que haga esto por él, Boggs -interrumpió Gabe-. Si no fuera por Mick, no sé si hoy estaría donde estoy. Déjame ocuparme de todo.

-Ya sé que no es una cuestión de dinero, señor Slater. Tal vez no me corresponda decirlo, pero él estaba muy orgulloso de usted. Me dijo que la primera vez que lo vio esforzándose por ejercitar animales en el hipódromo, supo que llegaría a ser alguien... Lo echaré de menos.

-Yo también.

-Bueno, será mejor que regrese a mi trabajo. -Al volverse hacia la puerta se topó con Kelsey-. Señorita -murmuró sacándose la gorra y alejándose presuroso.

Avergonzada por haber escuchado una conversación tan privada, Kelsey se dispuso a disculparse.

Gabe estaba sentado ante un hermoso escritorio antiguo y a sus espaldas la luz entraba a raudales por un ventanal de medio punto. En todos los lugares donde no había cristales había libros. La biblioteca en dos niveles era sorprendente.

El dueño de la casa ocultaba la cara entre las manos.

El apuro de Kelsey se convirtió en compasión. Se adelantó, murmurando su nombre. Antes de que él atinara a levantar la cabeza, ya la había rodeado con sus brazos.

-No sabía que era alguien tan cercano a ti. Lo siento. ¡No sabes cuánto lo siento!

Hacía años que Gabe no sería dolor, desde la muerte de su madre. Y le sorprendió lo profundo que podía ser.

-Mick fue bueno conmigo. Yo tenía catorce años cuando se interesó por mí (no sé por qué) y convenció a Jaime de que me contratar. Y se ocupó de que aprendiera. ¡Maldita sea, Kelsey, tenía setenta años! ¡Debió haber muerto en su cama!

-Lo sé. -Se apartó-. Gabe, Rossi acaba de estar en casa.

-Es un hombre muy activo. -Gabe se mesó el cabello-. Hace menos de una hora que se fue de aquí.

-Creo que sospecha que Naomi está involucrada en el crimen. -Al ver que Gabe no respondía, se humedeció los labios-. Necesito saber si tú también lo crees.

Habiendo recuperado la compostura, él la observó.

-No, no lo creo. Y, por lo visto, tampoco tú. Rossi tiene un par de teorías. Una de ellas es que yo mismo arreglé el asunto. -Hizo una pequeña pausa-. *Double or Nothing* está asegurado por una suma muy importante.

-Sé que nunca harías daño a ese caballo. -Suspiró-. Ése es el otro motivo por el que ha venido. Cuando Rossi me interrogó, me di cuenta de que tenía esa idea. He venido a advertírtelo.

-Te lo agradezco. -Movié los hombros para aliviar su tensión. Kelsey, de pie y en ropa de trabajo, mirándolo con compasión, logró el resto-. Se te ve muy bien, querida.

-sí, el lodo favorece la imagen.

-En ti sí. –Le tomo la mano y acarició sus dedos-. ¿Por qué no te sientas un momento sobre mis rodillas?

Divertida, ella ladeó la cabeza.

-¿Tratas de seducirme, Slater?

Por toda respuesta él tiró de ella y la recibió en sus brazos cuando perdió el equilibrio.

-Sí. –Inhaló profundamente. El pelo de Kelsey tenía olor a lluvia y primavera-. Esto es exactamente lo que necesitaba. Quédate quieta, Kelsey. Créeme que provocarás serios problemas si te mueves.

-Yo no soy de las que se sientan en las rodillas de los hombres.

-Aprende. –Le mordió el lóbulo de la oreja y percibió que se estremecía-. ¿Sólo has venido a decírmelo de Rossi?

-sí, sólo a eso.

Él suspiró.

-Está bien. Pero tendré que encontrar la manera de obligarte a cambiar de actitud. Estás empezando a hacerme sufrir.

-Creo que eres demasiado duro para sufrir por tan poca cosa. –Apoyó la cabeza sobre el hombro de Gabe. Era demasiado cómodo, demasiado tentador-. Yo no estoy jugando.

-Lo lamento por mí. Porque cuando juego, gano.

CAPÍTULO 11

-¿Estás seguro de no querer que te venden los ojos? ¿Un último cigarrillo? – Kelsey pasó un brazo alrededor de la cintura de Channing.

Él se bajó las gafas de sol

-¡Eres increíble, Kelsey!

-Tengo la sensación de que te mando al pelotón de fusilamiento.

-Yo sé manejar a mamá. –Cogió el casco-. Y el Profe no es problema.

-¿Y la abuela?

Channing hizo una mueca y se puso el casco.

-Mira, hace años que esquivo a esas balas. Mientras mi brillante inteligencia me mantenga entre los quince primeros de mi clase, no pueden fastidiarme demasiado.

-La fiable coraza de las buenas notas. –Ella también la había usado-. ¿Y qué me dices de este verano?

-Mamá no tendrá más remedio que aceptar que en mi vida no sólo existen los libros.

-¡Ah, sin duda eres mi hermano! –Sonriente, Kelsey le golpeó el casco con un dedo.

-No sé si sabrás que Naomi me ha ofrecido trabajo en el criadero para este verano.

-¿Aquí?

-Channing Osborne, mozo de cuadra. Me gusta. Y me gusta Naomi. ¿Sabes? Vine aquí asegurarme que estuvieras bien. Tenía la imagen de que Naomi era una mujer realmente dura, que vivía con una copa en una mano y una pistola en la otra.

-Una imagen sembrada por Milicent la Magnífica.

-Y con el agregado de algunas semillas sembradas por mamá. Están tan unidas en la convicción de que no deberías estar aquí, como lo estuvieron de que debía casarte con ese imbécil de Wade.

Channing contempló la casa: los sauces llorones verdeaban, los narcisos y los jacintos lucían sus colores amarillos, azules y rosados.

-No se parece en nada a lo que nos describieron, ¿verdad?

-Te aseguro que no –murmuró Kelsey-. Me alegra que hayas venido, Channing. Me alegra que la hayas conocido.

-Mira, han sido las vacaciones de primavera más emocionantes de mi vida. –Se inclinó para despedirse con un beso-. Y volveré. Nos veremos en un par de meses.

-Yo... -Quería decirle que no podía garantizarle que la encontraría allí, pero él ya había puesto en marcha la motocicleta. Con un saludo final, salió a toda velocidad por el camino.

Abstraída en sus pensamientos, Kelsey volvió andando a la casa. <<¿He decidido quedarme?>>, se preguntó. El mes que Naomi le había pedido casi había terminado, pero ninguna de la dos hablaba de la posibilidad de que ella se fuera.

¿Y qué le esperaba allá en Maryland, en aquel pulcro apartamentito de Bethesda? La búsqueda de un empleo, comidas solitarias, el almuerzo ocasional con alguna amiga que se mostraría comprensiva con respecto a su divorcio y que enseguida mencionaría a algún primo, compañero de oficina, o viejo amigo que por casualidad también era soltero.

La idea era más que deprimente.

Allí, en cambio, tenía trabajo y un mundo al que ya amaba, un estilo de vida afín con su naturaleza, gente que la aceptaba por lo que era capaz de hacer.

Y estaba Gabe

No sabía qué sucedía con aquel hombre, pero sería más difícil tratar de averiguarlo si se iba.

Gabe la fascinaba. Sus estados de ánimo eran indescifrables un momento y prístinos al siguiente. Y a ella le gustaban sus sentido de humor, su fácil encanto y su igualmente fácil arrogancia.

Gabe la había conmovido en muchos sentidos. Su manera de sufrir por la muerte del viejo Mick, su modo de permanecer de pie con expresión solemne en la débil luz del amanecer, mientras Bogas recorría a caballo con lentitud la pista de práctica, diseminando las cenizas del anciano. Recordó que en ese momento Gabe le había cogido de la mano, como si supiera que ella entendía aquel ritual.

Esa clase de lealtad y de amor no se aprendían.

Sin embargo, Gabe podía llegar a ser duro, lo suficientemente despiadado para apostar y ganar una pequeña fortuna. Hasta eso la intrigaba, lo mismo que la

temeridad que lo había llevado a demoler la casa de otro hombre para edificar la propia.

Y después, por supuesto, estaba la atracción puramente instintiva, una atracción que nunca había sentido por otro hombre. Ni siquiera por su marido

-¿Kelsey? –Naomi se detuvo al pie de la escalera. <<Tiene una expresión muy severa>>, pensó-. ¿Ya echas de menos a Channing?

-No, estaba pensando en ... -Dejó la frase inconclusa y se apartó el pelo que le cubría los ojos-. En nada, en realidad. –Ordenó sus pensamientos y miró a Naomi: una mujer esbelta, fuerte y contenida-. Fuiste muy bondadosa al ofrecerle que trabajara en el criadero durante el verano.

-No creas que fue pura bondad. Channing es un chico fuerte y dispuesto y me gustaría tenerlo aquí. Esta casa ha estado vacía durante demasiado tiempo.

-Quiere ser veterinario.

-Eso me dijo.

-¿Te lo dijo? –Kelsey rió y meneó la cabeza-. A mí ni siquiera me lo mencionó. Siempre pensé que le encantaba la idea de ser cirujano. Igual que su padre.

-A veces es más fácil hablar de las secretas esperanzas con alguien que no esté demasiado cerca de uno. Channing te quiere y te admira. Tal vez temió desilusionarte.

-Yo jamás podría sentirme desilusionada de él. –Lanzó un suspiro de impaciencia-. Hace años que Candace habla de la necesidad de que su hijo continúe con la tradición de los Osborne. Pero creí que también era lo que él quería. ¿Por qué la gente trata de dirigir siempre la vida de sus hijos?

-Por el honor familiar. Una obligación terrorífica.

Kelsey abrió la boca pero volvió a cerrarla. El honor familiar. ¿No fue por eso que se había casado con Wade? ¿Cuántas veces le dijeron lo perfecto que era Wade para ella? Hasta que se lo creyó. Buena familia, buenas perspectivas, excelente posición social. Al fin al cabo, casarse era su deber, y casarse bien.

¡Dios! ¿Alguna vez había estado enamorada de Wade?

-Y si uno alcanza a estar a la altura de esas obligaciones –dijo Kelsey-, es el peor de los fracasos. Yo no quiero eso para Channing.

-Él hará lo que más le convenga. Fue lo que también hiciste tú

-Con el tiempo

-Podrás decir <<con el tiempo>> cuando tengas edad, Kelsey. –No sabía cómo decirlo; tal vez lo mejor fuera decirlo con indiferencia-. Voy a Hialeah a ver corre a Virginia's Pride. No quiero alejarme de él después de lo que sucedió en Charles Town.

-Entiendo. –Así que pese a todo Naomi nos quedaría a disfrutar de su última semana de estadía-. ¿Cuándo sales?

-Por la mañana. Pensé que tal vez te gustaría acompañarme.

-¿A Florida?

-Bueno, no estamos en vacaciones de primavera, pero creo que será todo un espectáculo.

Tan cautelosa como Naomi, Kelsey asintió

-Sí, me gustaría ver esa carrera.

-Bueno. ¿Y que te parece tomarte libre el resto del día?

Kelsey alzó las cejas. En tres semanas no había visto a Naomi tomarse más de una par de horas de descanso.

-¿Para qué?

-Pues para dedicar la tarde a hacer compras. ¿Dónde está el placer de viajar sin antes una no se compra ropa nueva?

Kelsey sonrió.

-Iré a buscar mi bolso.

En una destartalada habitación de motel al borde de la carretera 51, Lipsky bebía ginebra tibia. La nevera que había a poca distancia de la puerta de su cuarto no funcionaba. Pero no tenía importancia. Tibia o fría, la ginebra le gustaba igual.

-Te digo que tarde o temprano vendrán a buscarme.

-Es posible que tengas razón. Estuviste descuidado. –Rich se acomodó la corbata-. Los detalles son importantes, amigo.

-Yo sólo iba a encargarme del caballo. –Con la mano libre, Lipsky cogió su cigarrillo de un cenicero de vidrio repleto de colillas-. Lo suficiente para impedirle correr, eso es todo.

-Pero ése no era tu trabajo –le recordó Rich con una sonrisa amable-. Debías mantener los ojos y oídos alertas, ¿recuerdas? Sólo los ojos y los oído hasta que yo te diera otra orden.

-Tú no te quejaste cuando me encargué de su otro potrillo. –En los ojos inyectados de Lipsky apareció un fulgor de resentimiento-. Al contrario, me diste otros cien por lo que había hecho.

-Pero actuaste con pulcritud, Fred. Creo haberte dicho que no debías arriesgarte. Pero todo eso ya ha quedado atrás. –Extendió los brazos-. Y el potrillo favorito de Gabe no será ensillado por menos durante una semana.

Todo cabía dentro del plan, los caballos lesionados e incluso el asesinato. Esas cosas despertaban comentarios y excitaban a la prensa. Rich se sintió generoso y metió la mano en el bolsillo. Allí llevaba su sujetador de billetes, el gran signo del dólar que había comprado en Houston. Y nada le gustaba más que tenerlo rebosante de billetes.

Por lo general lo hinchaba con billetes de un dólar y luego colocaba uno de cincuenta en la parte superior. Pero en ese momento atravesaba una buena racha. El sujetador rebosaba de billetes de cien. Sacó uno y lo dejó sobre la mesa. Lipsky lo miró con una mezcla de avidez y remordimiento.

-Yo no le hubiera hecho daño. Nadie me hubiera convencido de que le hiciera algo al viejo Mick.

-Fue un accidente desgraciado. –Rich apoyó una mano sobre su hombro. Lipsky bebió más ginebra.

-Nunca maté a nadie. Tal vez haya tajeado a algunos, cuando se lo merecían. Pero hasta ahora nunca había matado a nadie. –Todavía le parecía ver el rostro de Mick, la sorpresa, el dolor, los ojos en blanco cuando el caballo se encabritó y lo coceó.

Y recordaba la sangre que surgía de la herida, la gorra de Mick teñida de rojo... Cogió la botella y bebió otro trago.

-No debió meter las narices allí.

-Una deducción excelente. –Rich se sirvió ginebra. Le resultaba odioso ver a un hombre beber solo, aunque fuera un ser tan desagradable y despreciable como Lipsky. Pero no sacó los cigarrillos ni el encendedor de oro-. Bien, ha llegado el momento de considerar el próximo paso.

-La policía vendrá por mí. Ese día mucha gente me vio en el hipódromo y cerca de las caballerizas.

-Tratabas de conseguir trabajo –le recordó Rich-. Una cosa perfectamente comprensible. Eres una cara familiar en el hipódromo, Fred. De no ser así los guardias no te habrían permitido entrar a las caballerizas.

-Sí, y tarde o temprano alguien recordará que estuve allí. Y después advertirán que no he vuelto por ahí. –Apagó el cigarrillo, desparramando colillas y ceniza sobre la mesa-. Y después recordarán que siempre llevo una navaja.

-Tus poderes de deducción son admirable. Mi consejo es que huyas, que te pierda en Florida, California o Kentucky. Tal vez en México. Al sur de la frontera también hay hipódromos.

-No pienso vivir en un país extranjero. Soy norteamericano.

-¡Ah, el patriotismo! –Rich brindó con su vaso de ginebra-. Eres un tipo lleno de recursos, Fred. De otro modo nunca te había empleado. Pero me temo que, dadas las circunstancias, nuestra relación debe terminar.

-Eso te costará más de cien dólares.

Rich siguió sonriendo, pero en sus ojos apareció una expresión gélida.

-Bueno, Fred, supongo que no pretenderás chantajearme, ¿verdad?

La desesperación hacía correr el sudor por la espalda de Lipsky. Él mismo alcanzaba a olerla.

-Yo no puedo afrontar solo todo esto, Rich. Estaba trabajando para ti. Tú tienes responsabilidad en esto.

-¿Es así como lo ves?

-Yo veo que me hacen falta diez mil. Para desaparecer y mantener la boca cerrada si me atrapan. Me parece que no es demasiado pedir, Rich.

Rich suspiró. Temía que llegara a eso.

-Comprendo tu postura, Fred. Te aseguro que la comprendo. Escucha deja que haga una llamada para ver qué puedo conseguir. –Volvió a palmear la espalda de Lipsky-. Pero quiero hacerla en privado. ¿Te importa?

-Sí, está bien. De todos modos tengo que mear. –Se puso de pie y se encaminó al lavabo dando tropezones.

Rich no cogió el teléfono. En su lugar de ello sacó un frasquito del bolsillo interior de su chaqueta. En realidad era una lástima pero no podía soportar la presión de Lipsky. Aun en caso de que le diera lo que pedía, lo más probable era

que cantara como un pajarito en cuanto la policía lo detuviera. <<Y lo detendrán>>, pensó Rich mientras agregaba el líquido a la ginebra de Lipsky.

-Eh, Fred, ya está todo arreglado. –Sonreía cuando Lipsky volvió con paso inseguro-. Mañana tendré el dinero que necesitas.

El alivio y la borrachera hicieron que Lipsky se derrumbara en un sillón.

-¿De verdad, Rich?

-Oye, hace mucho que somos amigos, ¿no es así? –Alzó su vaso-. Brindo por una vieja amistad.

-Si. –Con los ojos anegados en lágrimas de gratitud, Lipsky se llevó el vaso a los labios-. Sabía que podía contar contigo.

-Desde luego. –La sonrisa de Rich se endureció al ver que Lipsky se bebía su copa de un trago-. Ya lo creo que puedes contar conmigo, Fred.

Palmeras, toldos de rayas, un sol brillante y buganvillas trepadoras. Hombres de traje blanco y mujeres de vestidos veraniegos. El ambiente agregaba encanto al hipódromo. Pero Hialeah Park seguía siendo un lugar dedicado a las carreras.

En el cobertizo de recepción, los caballos arqueaban los cogotes, se encabritaba, olían el aire y se preparaban para competir. Gran parte de los sonidos y las imágenes era idéntica a los de Charles Town: vendedores que voceaban The Racing Form, apostadores que calculaban posibilidades. Pero la belleza del clima era diametralmente opuesta a la fría primavera de Virginia.

Kelsey se divirtió observando a una mujer de altos tacones que hacía andar a una potranca por la pista de preparación. Sus largos aretes de diamantes falsos resplandecían.

-Al ver eso es imposible que alguien llame tontos a los caballo.

Kelsey miró y se sorprendió de ver a Gabe a su lado.

-Gabe... ¿Qué quieres decir?

-¿Qué ves al mirarle la cara?

-¿Cuál? ¿La de la mujer o la de la potranca?

-La potranca.

Kelsey volvió a mirar a la potranca que andaba con la cabeza gacha detrás de la mujer risueña.

-Vergüenza.

-Exactamente. Ésa es la última adquisición de Cunningham.

-¿Quién? ¿La potranca o la mujer?

-Las dos.

Kelsey rió contenta de haber ido. Tal vez se sentía exultante porque aquello le ofrecía un atisbo de verano, o por el simple placer de constatar que formaba parte de un grupo. Pero se alegraba.

-Me enteré de que habías venido, pero no t vi en el entrenamiento de la mañana.

-Llegué hace apenas una hora –comentó Gabe-. ¿Qué te parece Miami?

-Bueno, esta mañana algunos mozos de cuadra contestaban diciendo que habían dormido mal. Resonaban cañonazos cerca de sus dormitorios. Y ayer, al recorrer la playa, descubrí que debo ser adulta, pues no me apeteció ponerme un par de patines. Aparte de eso –respiró hondo-, me encanta. Es un lugar maravilloso.

-De todos modos no es algo que tenga demasiada importancia. A los carreristas no les atrae el mundo exterior.

-Yo no diría tanto.

-Tú no eres carrerista. –La miró-. Por lo menos aún no.

Kelsey frunció el entrecejo, sin saber si acababa de recibir un cumplido o una burla. Observó a los caballos perdedores que volvían de correr la primera carrera. Sabía que los ganadores serían conducidos al <<box de los escupitajos>> donde se les tomarían muestras de orina y saliva para comprobar que no estaban dopados.

Pero en ese momento se compadecía a los perdedores, al verlos volver rengueando, cubiertos de sudor, las caras sucias. <<Si una potranca puede sentirse avergonzada si la conduce en público una especie de muñeca Barbie –se preguntó-, ¿hasta qué punto sufren los caballos el fracaso?>>.

-Es triste, ¿verdad? –murmuró-. Es como ver soldados que vuelven del frente. Tanto color y tanto espectáculo y en un par de minutos todo ha terminado.

-Yo no diría que son una par de minutos. Es una pena que te hayas perdido el derbi de Florida. Ése sí es un espectáculo. Hay acróbatas y hasta una carrera de camellos

-¿De camellos? ¿Hablas en serio?

-Nunca le he apostado a ninguno.

Se encaminaron hacia las caballerizas. Ya era casi hora de la segunda carrera y Pride participaba en la tercera. Kelsey quería ver a Reno antes de que Moses lo ayudara a montar. Había adquirido la cábala personal de agregar su último deseo de buena suerte antes de que el jockey saliera del corral montado.

-¿No vas a las taquillas? –preguntó Gabe.

-No. Ya he elegido mis ganadores. Pride en la tercera y Thee Ace en la quinta. – Se detuvo a comprarle una Pepsi a un vendedor ambulante negro-. Ahora ya tengo mi propio sistema.

Gabe aceptó la lata, bebió un trago y se la devolvió.

-¿Y como es eso?

-Puro sentimiento. Apuesto según lo que dicta el corazón.

-Tienes mucho que perder.

Ella se encogió de hombros.

-Apostar sin correr riesgos no es divertido.

-Tienes razón. Ven aquí. –Ya casi habían llegado al lugar donde ensillaban a Pride y había mucha gente.

-¡No hagas tonterías, Slater! –Pero él ya le había cogido la coleta con que ella se había recogido el cabello.

-Sólo voy a besarte. El riesgo será de los dos.

Kelsey creyó oír las risas de algunos mozos de cuadra antes de que le quedara la mente en blanco. Se había preguntado si aquel primer beso había sido una excepción. Una coincidencia.

Por lo visto no era sí.

La boca de Gabe tenía algo muy especial. Ella abría la suya para recibirlo con ansiedad, fascinada por la textura, el gusto, el calor. Esa boca se movía contra la suya, con lentitud excitante, como si tuvieran todo el tiempo del mundo. Lanzando un gemido, ella le metió las manos entre el pelo y lo sostuvo hasta que los ruidos del hipódromo se diluyeron en un sonido nebuloso.

<<La deseo>>, era lo único que él podía pensar. Había pasado una gran parte de su vida deseando: comida decente, una cama limpia, una existencia sin temores. Y a medida que crecía, sus deseos crecieron con él. Deseó mujeres, y poder, y el dinero que le aseguraría a ambos. Pero jamás había deseado nada, y menos a

nadie, como deseaba en ese momento a Kelsey. Habría apostado todo lo que poseía con tal de tener posibilidades de ganarla para sí.

-¿Cuánto más me harás esperar? –susurró contra los labios de ella.

-No lo sé... -Luchó por recuperar el aliento-. Aún no te conozco lo suficiente.

-¡Por supuesto que me conoces!

-Hace un par de meses ni siquiera sabía que existías. –Se apartó, sorprendida de que no le fallaran las piernas-. No soy... -Se arregló el cabello mientras a sus espaldas estallaba un aplauso-. Más tarde tendremos que hablar de esto... en privado.

-Está bien. –Le acarició el mentón-. De todos modos he logrado algo. Ya se corre la voz de que no estás disponible.

-¿Qué no estoy...? –Apretó los dientes-. ¿Pare eso fue el beso? ¿Una especie de declaración de posesión del macho?

-No. Fue para mí, cariño. Pero dio resultado. Mira alrededor de ti.

Ella le dio un puntapié a la lata de Pepsi que había dejado caer cuando él la besó.

-¡Idiota! –murmuró. Intentando recuperar el porte, se alejó y al poco se topó con su madre.

-Ha sido extraño –dijo Naomi, mientras Kelsey se ruborizaba-. Me refiero a veros ati yGabe. A menudo tengo la misma sensación cuando veo llevar a uno de mis caballos a la pista. Es como ver que tu hija sube al autobús del colegio, o recita en la obra de teatro de su clase. De repente te das cuenta de que tus hijos han crecido, y de que hay mucho que ignoras acerca de ellos.

-Él sólo lo hizo para fastidiarme.

A pesar de que seguía emocionada. Naomi sonrió.

-No, no lo creo. –Acarició la mejilla de Kelsey-. ¿Te sientes confundida?

-Si.

<<Pero no estás dispuesta a hablar del asunto>> pensó Naomi.

-¿Te gustaría que hablara con Gabe? No le agrada, pero me tiene bastante afecto y lo soportará.

-No. Yo manejaré el asunto. –Miró alrededor. Todavía la miraban algunas personas sonrientes-. ¿No está a punto de empezar una carrera? –preguntó con tono cortante-. A ustedes no se les paga para que se queden boquiabiertos.

Kelsey se encaminó al lugar donde ensillaban a Pride y Naomi sonrió.

En la pista, Pride corrió como un campeón. Tomó la salida con una expresión de fiereza en los ojos y Reno lo azuzó. En la primera curva luchaba por una posición y al llegar a la recta final, había tres cuerpos de distancia entre él y su perseguidor más cercano.

-¡Seguro que es el caballo de un millonario! –oyó Kelsey comentar a sus espaldas.

<<Lo parece –pensó-, pero el dinero no tiene nada que ver en su triunfo>>.

Gabe se reunió con ella en la tercera carrera, tan frío e indiferente como si acabaran de compartir un sándwich en lugar de un beso apasionado en público.

-Reno corrió con inteligencia.

-Él y Pride forman un buen equipo. El mejor equipo del circuito.

-Veremos –murmuró él-. No dejes de observar a Big Sheba, la yegua de Cunningham. Y dime lo que ves.

Con el entrecejo fruncido. Kelsey miró los caballos que entraban en la gatera de salidas. La potranca baya estaba nerviosa. Se encabritó, coceó con malhumor a un mozo de cuadra y lo derribó al suelo.

-Está tensa. No es extraño. –Miro a Three Ace. Él también estaba dando trabajo a los peones-. Tu potrillo tampoco está tranquilo.

-Sigue mirando.

Sonó la campana y la potranca de Cunningham tomó la delantera, las largas patas extendidas, levantando polvo a su paso. Kelsey entrecerró los ojos detrás de los binoculares. Al llegar a la primera curva, Big Sheba sudaba copiosamente.

-Es rápida, pero ¿por qué le da tanta prisa el jockey? –Hizo una mueca al ver que el hombre la fustigaba con fuerza.

-Está haciendo lo que se le ordenó

Al llegar a la mitad de la carrera, Big Sheba empezó a perder terreno, lo suficiente para que sus adversarios se le acercaran. Kelsey sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Big Sheba tenía gallardía pero le faltaba el aire. Y la estaban lastimando con la fusta.

Al llegar a la recta estaba medio cuerpo detrás del potrillo de Gabe, después un cuerpo. A fuerza de puro corazón mantuvo ese lugar por una cabeza cuando cruzaron la línea de llegada.

-¡Es imperdonable! –Furiosa, se volvió hacia Gabe-. ¡Tienes que haber un reglamento que lo prohíba!

-Tenemos muchos reglamentos, pero ninguno dice que no se debe llevar a un caballo más allá de sus posibilidades. Se rumorea que esa yegua tiene problemas pulmonares. Así que el imbécil de Cunningham le ordena al jockey que la fustigue desde la salida. Tiene tanta avidez de ganar el derbi que la matará con tal de conseguirlo.

-Creí que no era más que un tonto.

-No cabe duda de que es un tonto, pero ambicioso. Quiere ese galardón.

-¿Acaso no lo queremos todos?

-Si. La diferencia está en lo que estemos dispuestos a hacer para conseguirlo.

Gabe la dejó para acercarse al círculo de los ganadores. Kelsey le dio la espalda a la pista. De repente las carreras habían perdido gran parte de su encanto.

CAPÍTULO 12

Jack Moser dirigía un lugar limpio. Tal vez algunos de sus clientes alquilaran habitaciones por una hora, pero eso no era asunto suyo. Jack suponía que lo que sucedía detrás de las puertas cerradas de su motel, también sucedía detrás de las puertas cerradas del hotel Ritz. Sólo que en el Ritz los clientes pagaban más. En su motel no había chinches, no permitía que se hiciera ruido después de la medianoche y pagaba una cuota mensual para que sus huéspedes dispusieran de televisión por cable.

A veintinueve dólares por noche la habitación para una sola persona, no era un mal negocio. Los menores de dieciocho años no pagaban alojamiento.

A sus huéspedes les proporcionaba una barra de jabón junto con las necesarias toallas de baño y, para que estuvieran aún más cómodos, habían llegado a un arreglo con un restaurante cercano que despachaba comida después de las seis de la tarde y antes de la diez de la mañana.

Tal vez escondía parte de las ganancias y no hacía hincapié en que los huéspedes acreditaran su identidad, pero eso era asunto suyo. Las sábanas estaban limpias, los baños desinfectados y cada una de las habitaciones contaba con una cerradura segura.

Lo que más le gustaba era el verano. Cuando familias enteras veían el cartel en que ofrecía alojamiento. La mayoría bajaba de sus camionetas y caía enseguida en la cama. Por lo tanto él no tenía que preocuparse de que desgarraran las sábanas ni que mancharan las paredes de cerveza.

Hacía doce años que veía ir y venir gente y había aprendido algunas cosas acerca de ella. Sabía cuándo una pareja alquilaba, un cuarto para engañar a un marido o una mujer, cuándo una mujer se ocultaba de un tipo que quería darle paliza. Reconocía a los perdedores, a los que viajaban sin rumbo fijo, a los que huían.

Había clasificado al de la habitación 22 como un fugitivo.

<<No es asunto mío>>, se dijo Jack mientras le entregaba la llave de la habitación. El tipo acababa de pagar tres noches en efectivo y por adelantado. Así que ¿Qué importaba que tuviera olor a miedo, o que todo el tiempo mirara por encima del hombro, como si esperara que alguien lo apuñalara por la espalda?

Pagó sus setenta y siete dólares, más impuestos, y desde entonces desapareció. En eso estribaba el problema. El alquiler de la 22 había vencido y según Dottie, la camarera, la puerta seguía cerrada con llave y con el cartel de *NO MOLESTAR* colgado. Lo mismo que durante los tres días anteriores.

<<Bueno, no tendré más remedio que ir a ver qué ocurre>>, se dijo Jack mientras cruzaba el aparcamiento hacia la hilera de habitaciones idénticas con ventanas grises. El de la 22 tendría que pagarle otro día de alquileres o largarse. Jack Moser no daba crédito.

-Soy el encargado –dijo con voz tan cortante que sorprendió a Dottie, que se asomó por la puerta de la 27 donde había dejado su carrito de la limpieza.

-¡Lo más probable es que esté como una cuba! –exclamó ella.

Jack suspiró e irguió los hombros.

-Sigue con tu trabajo, Dottie, yo me encargaré de esto. –Volvió a llamar y no alcanzó a ver la mueca que ella le hizo-. Soy el encargado –repitió antes de encajar la llave en la cerradura.

Lo primero que lo sorprendió fue el hedor, e hizo una arcada. Pensó que el huésped de la 22 había pedido algo del restaurante que le produjo una violenta diarrea. Su segundo pensamiento fue que haría falta una maldita botella de lejía para tapar aquel olor.

Después no pensó absolutamente en nada. Vio la forma sentada ante la pequeña mesa desvencijada, los ojos muy abiertos y el cuerpo hinchado. Esa persona que había alquilado la 22, en tres días se había convertido en algo más horripilante que todo lo que Jack había visto en las películas de terror que pasaban a medianoche por la televisión.

Retrocedió dando tropezones, espantado por la imagen y el olor. Lanzó un grito ahogado y vomitó sobre sus zapatos. Pero eso no le impidió correr. Siguió corriendo aun después de que Dottie entró en la 22 y empezó a chillar.

Cuando Rossi estacionó frente al motel, el cadáver ya había sido metido en una bolsa. Estaba allí por un golpe de suerte. No solía ocuparse de todas las muertes sospechosas que entraban en Homicidios. Pero el nombre de Fred Lipsky le sonó. Era un nombre que figuraba en su lista, el de un individuo a quien no había logrado interrogar.

Y por los visto, en ese momento se le presentaba su oportunidad.

La médica forense, doctora Agnes Lorenzo, se disponía a marcharse. Rossi saludó con la cabeza a la mujer pequeña y esbelta, de pelo entrecano y ojos de cachorro.

-Lorenzo.

-Rosi. Creí que este caso era de Newman.

-Se relaciona con uno de los míos. ¿Qué tenemos? –Se prendió la placa en el bolsillo y pasó junto a la puerta.

El cierre de la bolsa ya estaba cerrado, todo listo para transportar el cadáver hasta el morgue. Todavía había un olor fétido en el aire, pero de todos modos no era un olor que afectara demasiado a Rossi. Recorrió la habitación con la mirada, tomando nota de la cama sin hacer, la bolsa con ropa arrojada en un rincón, el polvo dejado por el equipo de forenses. Una botella de ginebra casi vacía, un vaso y un cenicero repleto de colillas de Lucky Strike.

-No me preguntes por la causa de la muerte, Rossi –dijo la doctora Lorenzo-. Ocurrió entre cuarenta y ocho y sesenta horas atrás. No hay heridas ni huellas de lucha.

-¿Causa de la muerte?

Ella sabía que, de todos modos, se lo preguntaría, así que esbozó una sonrisa.

-Paro cardíaco, Rossi. Es lo que siempre sucede.

Él ignoraba la ironía y comenzó a imaginar la escena. Un hombre que bebía solo. ¿Furioso? ¿Culpable? ¿Temeroso? ¿Por qué tomaba un hombre una habitación barata de un motel para beber, si ya tenía otra habitación barata a cuarenta y cinco kilómetro de distancia?

Y si Lipsky huía, quería decir que tenía algo que ocultar.

Al ver que él tomaba bien su sarcasmo, la doctora Lorenzo decidió proporcionarle algunos datos.

-Tenía alrededor de trescientos dólares en el billetero, y una tarjeta de crédito ya vencida. En la bolsa encontramos un ejemplar del Racing Form de hace cuatro días, y en la bolsa izquierda llevaba una navaja.

Rossi se puso alerta como un perro de caza ante el olor de la presa.

-¿Qué clase de navaja?

-De doce centímetros de largo, hoja delgada y muy filosa.

El corazón de policía de Rossi comenzó a palpar. Los forenses debían tener la navaja y si había rastros de sangre, humana o de caballo...

-¿Quién lo encontró?

-El encargado. Se llama Moser. Tal vez todavía siga en la oficina, con la cabeza oculta entre las manos.

-No todo el mundo es tan duro como tú, Lorenzo.

-No hace falta que me lo recuerdes. –Volvió a salir, lamentando que el tráfico de la carretera 51 estropeará el aire de primavera. Había dejado un cuerpo en la morgue y ahora tenía que agregar otro a la lista. Todos los días son un picnic, pensó.

-Me hará falta una copia del informe de la autopsia.

-Estará dentro de dos días.

-Dentro de veinticuatro horas, Lorenzo. ¡Sé buena!

-En este trabajo uno no es bueno con nadie, Rossi. –Se volvió y montó en su coche.

-¡Oye! –Aferró la puerta antes de que ella llegara a cerrarla. Hacía tres años que conocía a Agnes Lorenzo. Esa mujer no cedía a demasiadas presiones, pero él había descubierto algunos de sus puntos débiles-. ¿Recuerdas a ese fiambre del que te encargaste la semana pasada? Gordon. Mick Gordon. Un viejo con una herida en el vientre.

Ella sacó un cigarrillo, una costumbre por la que ya no se molestaba en sentirse culpable.

-¿El del cráneo rajado y casi todos los órganos destrozados? Sí, lo recuerdo.

-Creo que este fiambre es el asesino.

La médica exhaló una bocanada de humo. No había visto la navaja de cerca. No hubo necesidad de que la examinara. Pero recordaba la herida de aquel viejo. Lorenzo tenía docenas de heridas archivadas en la cabeza y que nunca olvidaría.

Asintió.

-Es probable que el cuchillo coincida. Está bien, Rossi, trabajaré hasta quemarme las pestañas, pero no te prometo que alcanzaré a hacer todos los exámenes.

-Gracias. –Cerró la puerta de la habitación y se encaminó a la oficina de Jack Moser.

Gabe se enteró de la muerte de Lipsky diez minutos después de llegar de Florida. La prensa había encontrado un buen filón en Dottie, la camarera.

La noticia de que Lipsky había muerto en un motel corrió con rapidez desde el criadero hasta el hipódromo, desde los mozos de cuadra a los peones. La camarera que iba dos veces por semana a limpiar la casa de Gabe le llevó la noticia, junto con el periódico, y se los dio antes de que él alcanzara a arrojar sus maletas sobre la cama.

La furia de Gabe ardió como si le hubiesen acercado un mechero a un traje impregnado de gasolina. Trataba de controlarla cuando Rossi lo localizó.

-Me alegro de volverlo a ver, señor Slater.

-Teniente. –Gabe le enseñó el periódico que había bajado a la sala llena del sol-. Supongo que ha venido a informarme de esto.

-Usted gana. –Rossi se arrellanó en un sillón. –Fred Lipsky trabajó para usted hace pocas semanas.

-Sí, hasta que lo despedí, cosa que estoy seguro que ya sabrá. Era un alcohólico.

-Y él se opuso a su decisión.

- Así es. Sacó una navaja, yo lo derribé de un puñetazo y creí, equivocadamente, que ése sería el fin de asunto. –Se inclinó hacia delante, sin dejar de ejercer un absoluto control sobre sus expresiones-. Si hubiese sospechado que era capaz de usar esa navaja contra alguno de mis hombres o de mis caballos, le aseguro que no se habría ido por su propio pie.

-No conviene que le haga una declaración como ésa a un policía, señor Slater. La prensa todavía no se ha enterado, pero la navaja que estaba en posesión de Lipsky en el momento de su muerte, fue la que mató a Mick Gordon. Sin embargo, nadie logra ubicar a Lipsky en el momento y la escena del crimen. Pero ahora tenemos un arma y un motivo: venganza.

-¿Caso cerrado? –preguntó Gabe

-Me gusta que no queden cabos sueltos antes de cerrarlos. Éste todavía está lleno de ellos. ¿Conocía bien a Lipsky?

-No muy bien. Ya estaba aquí cuando me hice cargo del criadero.

-La frase hizo sonreír a Rossi.

-Me parece una curiosa manera de expresarlo.

-Cuando me hice cargo del criadero conservé a todos los peones que quisieron quedarse. No tenían la culpa de que Cunningham jugara tan mal al póquer.

Intrigado. Rossi golpeó su libreta con el lápiz.

-¿Quiere decir que esa historia es cierta? Me parecía un invento. ¿Vale la pena mencionar que una negociación como ésta no está precisamente dentro de la ley?

-No, no vale la pena –contestó Gabe

-Volveré a hablar con su cuidador y con el resto de los hombres. Me interesa saber si alguien que lo haya conocido bien cree que tenía tendencias suicidas.

-¿Quiere hacerme creer que Lipsky se suicidó? –Lo volvió a invadir la furia-. ¿Por qué? ¿Por una sensación de culpa? ¿Por remordimiento? ¡Eso es basura, teniente! Era tan probable que ese tipo se metiera un arma en la boca o se ahorcara como que bailara en un teatro de Broadway.

-Pero usted ha dicho que no lo conocía bien, señor Slater.

-No lo conocía bien a él, pero conozco a ese tipo de hombres. –Había sido criado por hombres parecidos a Lipsky-. Siempre culpan a los demás, nunca a sí mismos. Y no les interesa esa zambullidas final, porque siempre están planeando algún negocio sucio. Beben, hacen trampas y hablan de grandes cosas, pero no se suicidan.

-Una teoría interesante. –Y Rossi la compartía-. Pero Lipsky no se pegó un tiro en la boca ni se colgó. Bebió una copa de ginebra con algo que me dicen se llama acepromazina. ¿El nombre le resulta familiar?

Gabe contestó con un tono cuidadosamente controlado y sin inflexiones.

-Se utiliza para relajar a los caballos. Es un tranquilizante.

-Sí, eso me dijeron. Es extraño. Yo creía que cuando un caballo se lesionaba una pata le pegaban un tiro.

-El disparo indigna al público –explicó Gabe con sequedad-. Y no todas las quebraduras son incurables. Se pueden hacer muchas cosas para evitar matar al caballo. A veces puede volver a correr, otras llega a ser un semental. Pero cuando no se puede hacer nada, el veterinario le da una inyección. Se supone que el animal no sufre ningún dolor. Siempre me he preguntado cómo llegan a saber eso.

-No podrá confirmarlo con Lipsky. ¿Usted tiene ese remedio aquí?

-Como le dije, lo administran los veterinarios. Nadie mata a un caballo por simple capricho, teniente.

-Ya. Sería una gran pérdida financiera.

-Sí –contestó Gabe con frialdad-. ¿Alguna vez lo vio hacer?

-No

-El caballo trastabilla en la pista y cae. El jockey cae aterrorizado por lo sucedido. De todos partes surgen mozos de cuadra. No es necesario que el caballo sea de ellos. En ese momento es el caballo de todos. Entonces llaman al veterinario y cuando no queda alternativa, cuando no se puede alargar el asunto, el veterinario termina con la vida del animal... detrás de un biombo, para guardar cierta discreción.

-¿Alguna vez ha perdido un caballo de esa manera?

-Una vez, hace un año, durante en entrenamiento de la mañana. Ése es el momento más peligroso que la carrera misma. El jinete está relajado. Todo el mundo está relajado. –Todavía lo recordaba con claridad: el desamparo, la furia impotente.

<<Era una potranca preciosa, Cuando todo terminó, el mozo de cuadra que la cuidaba lloró como un niño. Y ese mozo de cuadra era Mick. –Gabe contuvo el impulso de cerrar las manos y convertirlas en puños-. De manera que si me está diciendo que alguien acabó con Lipsky como se acaba con la vida de un caballo que no tiene salida, le diré que lo liquidaron de una manera mejor de la que merecía.»

-¿Usted es rencoroso, señor Slater?

-Sí, teniente, lo soy. –Gabe lo miró sin vacilar-. Y si quiere saber si maté a Lipsky, he de contestarle que no. No estoy seguro de mi respuesta de haber sabido lo que me acaba de contar hoy y si yo lo hubiese encontrado antes que otro.

-Sabe, señor Slater, usted me cae bien.

-No me diga.

-Pues sí. –Rossi le dedicó una de sus raras sonrisas, una expresión que nunca resultaba natural en su rostro-. Algunas personas bailotean alrededor de las preguntas, otras andan a los tropezones, y otras sudan. Pero no es su caso. –Rossi se quitó una mota de polvo del pantalón-. Usted odiaba a ese hijo de puta y tal vez le hubiera dado muerte si se le hubiera presentado la oportunidad. Y no tiene

miedo de reconocerlo. Le diré que no sólo me cae bien sino que también le creo. –Se puso de pie-. Naturalmente, también podría estar usted engañándose y yo luego me entere que hizo una rápida visita a ese motel. Pero como siempre ando dando vueltas en círculos, eso no me preocupa. –Volvió a estudiar a Gabe en silencio-. Pero no lo creo. Si Lipsky lo hubiese visto por la mirilla de la puerta, se habría ocultado por el resto de sus días. Y ahora, ¿le importa que baje a hablar con sus hombres?

-No, no me importa. –Gabe permaneció inmóvil; Rossi conocía el camino. Cerró los ojos y se concentró en relajar una a una las vértebras de su columna vertebral. Le dio una hora a Rossi antes de bajar él mismo a las caballerizas, La atmósfera estaba cargada con esa mezcla de excitación y miedo que florece alrededor de la muerte. Cuando Gabe apareció, los hombres dejaron de conversar y de inmediato reanudaron sus tareas.

Encontró a Jamison hablando con Matt sobre el potrillo herido.

-La inflamación ha cedido –decía Matt-. Está cicatrizando bien. Tienen que seguir cambiándole los vendajes una vez por día y desinfectándolo con el mismo antiséptico.

-Le quedará una cicatriz.

Matt asintió mientras miraba el largo corte del flaco que ya empezaba a cicatrizar.

-Es muy probable.

-¡Que pena! –Jamison humedeció la herida con antiséptico-. ¡Un caballo tan espléndido con éste!

-Aumentará su prestigio –comento Gabe mientras se acercaba a tomar el cabestro del potrillo. El caballo le mordisqueó la mano, juguetón como un cachorro-. Cicatrices de guerra –murmuró Gabe-. No afectará su velocidad ni sus ambiciones. ¿Cuándo crees que podremos montarlo? –preguntó a Matt.

-Yo no me apresuraría. –Matt se apartó cuando el potrillo volvió la cabeza y trató de morderle el hombro-. Este siempre me pone a prueba. Te gustaría probarme, ¿verdad, amigo? –Le dio una amistosa palmada en el cuello mientras Gabe lo sostenía con el cabestro más corto-. Correrá para ti en Kentucky, Gabe . Si me gustara apostar, arriesgaría mi dinero a las patas de este caballo.

Gabe aceptó el diagnóstico de Matt, luego se volvió a su cuidador

-¿Jaime?

-Le he preparado una nueva agenda de entrenamiento. No sé que resultado dará.

-Entonces tendremos que conformarnos con eso. ¿Rossi habló contigo?

En los ojos de Jamison apareció una expresión sombría mientras completaba el vendaje del caballo.

-Sí, estuvo por aquí haciendo preguntas, Inquietó a todo el mundo. Peterson cree que fue una venganza de la mafia, Kip dice que debe haber sido una mujer, pero a Linette eso no le gustó nada. Los muchachos han estado discutiendo y tomando partido.

-¿Nadie cree que haya podido ser un suicidio?

Jamison miró a Gabe y salió del box

-Nadie que conociera a Lipsky.

-Pudo haber cogido un poco de acepromazina –le recordó Matt a Jamison-. Él sabía perfectamente el efecto que tendría. No cabe duda de que sabía que tarde o temprano la policía daría con él.

-Un tipo como Lipsky pudo haber desaparecido en cien hipódromos .dijo Jamison volviendo a mirar al potrillo. Lo estaba vendando como una compensación por la participación que había tenido en el asunto-. Debí haberlo despedido hace meses. En ese caso todo habría sido distinto y Mick seguiría con vida.

-Eso ya está hecho –contestó Gabe-. Pero este asunto no he terminado. La persona que le dio esa última copa a Lipsky forma parte de esto.

-Te repetiré lo que le dije a Rossi. –Matt se rascó la barbilla mientras iban saliendo-. Tuvo que ser alguien que tiene relación con caballos y que también tiene acceso a productos veterinarios. –Sonrió con desgana-. Aunque eso no reduce mucho la lista de sospechosos.

-Esa lista nos incluye a todos. –Gabe vio que el mentón de Matt se distendía.-. Y a varios cientos más. Gracias por haber pasado a ver el potrillo.

Matt tragó nervioso.

-Dentro de un par de días volveré a ver cómo anda. Y ahora... creo que pasaré por Three Willows.

-¡Ah!- Gabe lo miró, sacó un cigarro y lo encendió con aire indiferente-. ¿Tienen problemas allí?

-No, no. Es sólo que...

Gabe esbozó una amplia sonrisa. Su tensión desapareció.

-Es un placer mirarla, ¿verdad?

Matt se ruborizó (la maldición de tener un cutis tan blanco)

-Sí, no es ningún sacrificio. Channing me dijo que tal vez se quede un tiempo por aquí. –Había hecho lo posible por sonsacarle a Channing todos los detalles posibles pero, en los que a su hermana se refería, el muchacho era muy reservado o muy ignorante.

-Sí, creo que se quedará un tiempo. –Gabe pensaba asegurarse de eso-. Y puedes mirarla todo lo que quieras. –Pasó un brazo por los hombros de Matt y lo acompañó hasta su camioneta-. Ni siquiera un santo podría culparte por hacerlo. Pero cuidado con lo que tocas, doctor.

Mientras Matt buscaba una respuesta aguda, Gabe le abrió la puerta de la camioneta y dijo:

-Es mía.

-¿Tú...? –se interrumpió, rojo como un tomate-. No me había dado cuenta. Kelsey nunca... Yo nunca...

-De haber pensado que te habías dado cuenta, me habría visto obligado a darte una lección. –La sonrisa de Gabe amistosa, hasta comprensiva, pero la advertencia resultaba clara-. Cuando la veas, dale recuerdos de mi parte.

-Por supuesto. –Ansioso por alejarse de allí, Matt subió a la camioneta-. Pero, ¿sabes?, tal vez sea mejor que vuelva a casa. Tengo mucho trabajo atrasado.

-Entonces no te impediré que te dediques a él. –Gabe retrocedió sonriente, y observó cómo la camioneta se alejaba.

-Has asustado a ese muchacho –dijo Jamison, mientras se llevaba a la boca uno de sus caramelos preferidos.

-No hice más que ahorrarle problemas futuros.

-Puede ser. –Mientras observaba el polvo que levantaba las ruedas de la camioneta, Jamison saboreó el caramelo-. ¿Ella sabe que le has puesto tu marca?

Gabe exhaló una bocanada de humo mientras recordaba con cariño la reacción de Kelsey antes el beso que él le había dado en público.

-Es una mujer inteligente.

-Las mujeres inteligentes son las que más problemas traen a un hombre.

-Hace mucho tiempo que nadie me causa problemas. –Y ni siquiera se había dado cuenta de la falta que le hacía esa clase de problemas-. Tal vez vaya a visitarla para ver si puedo provocar algún problema. –Decidió que la distracción le haría bien y se volvió hacia su cuidador.

Hasta entonces había estado ocupado pensando en el potrillo y en Matt. En ese momento notó la fatiga y las ojeras de Jaime.

-Pareces agotado.

Desde el asesinato de Mick, Jamie no dormía bien y había perdido el apetito.

-Tengo muchas cosas en la cabeza.

-Pues ya puedes empezar a quitarte de la cabeza la idea de que tienes parte de responsabilidad en lo sucedido a Mick. –Cuando Jamison apartó la mirada, Gabe arrojó el cigarro al suelo y lo aplastó con el tacón. La expresión de los ojos de Jamison sólo aumentaba su propia sensación de culpa-. Está bien, admito que no fue una buena decisión haber permitido que siguiera trabajando en el criadero. Tampoco lo fue la mía al despedirlo delante de todos los demás. Si quieres creer que tu error fue el que causó todo, está bien. Pero no fue el dedo que apretó el gatillo.

-Cada vez que cierro los ojos veo a Mick –dijo Jamison en voz baja y tensa-. Imagino lo que debe haber quedado de él cuando Lipsky y el potrillo terminaron su obra. Nunca debió haber ocurrido, Gabe. –Lanzó su suspiro. Ese potrillo estará listo y es mi responsabilidad que lo esté. Pero cada vez que lo veo recuerdo el orgullo que sentía Mick de ser el encargado de él.

Gabe miró hacia las colinas. El derbi era más que una carrera y más que una meta. Era el Santo Grial que había buscado durante toda su vida.

Y hora, después de tantos esfuerzos y de cinco años de trabajo duro, lo tenía casi a su alcance. Tal vez cuando por fin lo alcanzara descubriría que estaba vacío, pero tenía que comprobarlo por sí mismo.

-Ese potrillo correrá, Jaime. Si tú no puedes trabajar con él, se lo pasaré a Duke. –Duke Boyd, el asistente del cuidador, era un tipo competente, ambos lo sabían. Pero le faltaba ese don tan especial que poseía Jamison desde su nacimiento-. De una y otra manera está listo para Churchill Downs.

-Cumpliré con mi trabajo –dijo Jamison, restregándose los ojos cansados.

-Necesito que pongas en ello tu corazón.

Jamison dejó caer las manos.

-Lo pondré, ¡maldita sea! Y mi alma también.

Se volvió y se encaminó hacia las caballerizas.

Kelsey sabía que no debía prendarse del caballo. Pero el intelecto no tenía nada que ver con la cuestión. Estaba tan fascinada con aquel nuevo potrillita de patas inseguras como lo estaba con los potrillos mayores... y a cambio de su afecto sólo había recibido una coz. Pero ella lo tomó con filosofía, se puso de pie con presteza y se sacudió la tierra de los pantalones.

Moses decidió comenzar a intensificar su entrenamiento. Le gustaba el estilo de Kelsey, la manera con que respondía ante los caballos. Y aún más importante, le gustaba la manera en que ellos el respondían.

Cuando la llevó al establo de los caballos de un año, se alegró de comprobar que tenía tanto nervio como ansiedad. Había consultado con el encargado de los potrillos de un año y entre los dos eligieron a una potranca en particular, una zaina audaz que debía pesar alrededor de 175 kilos.

La luz del amanecer era de un dorado caso líquido. Se derramaba sobre el pelo de la potranca, lo inflamaba. Fascinada, Kelsey permanecía de pie fuera del box. Creía no haber visto nada más hermoso en toda su vida.

-Tiene bríos –afirmó Moses mientras se esforzaba por tranquilizarla mientras un peón la ensillaba-. Y corazón. Por eso Naomi la bautizó Honor. El honor de Naomi.

Como si respondiera a su nombre, la potranca lo embistió suavemente. Moses le dio un tirón de las riendas y siguió hablando.

-Tú serás el primer peso que sienta sobre el lomo. No esperes un animal dulce y deseoso de agradar. Está acostumbrada a gozar de su libertad y es mucho más fuerte que tú. –Miró de reojo a Kelsey-. De manera que tienes que ser más inteligente que ella. –Pasó una mano por la potranca, desde el cogote hasta la cruz-. Y más bondadosa.

Ése era el motivo por el que había elegido a Kelsey. Nadie que no poseyera una gran bondad podía trabajar exitosamente con potrillos de un año.

La cuadra estaba en silencio. Mose hablaba tan quedamente que bien hubieran podido estar en una iglesia. Le chaquéó la lengua a la potranca, y después a Kelsey, indicándole que entrara y estableciera un primer contacto con el animal.

A Kelsey el corazón le latía con tanta fuerza que estaba segura de que espantaría a la potranca. Pero sus manos eran tan suaves y sus movimientos lentos. Hablaba

apenas en un susurro y observaba las orejas de Honor que se movían ante el sonido de su voz.

-¡Eres tan bonita! ¡Tan bonita, Honor! Estoy deseando montarte. Tú y yo seremos amigas.

La potranca bufó, reservándose su juicio. Echó atrás las orejas cuando Moses le pasó la rienda sobre la cabeza.

-Tranquila –murmuró Kelsey-. Nadie te va a hacer daño. Dentro de poco serás una reina. Apuesto a que esto te resulta extraño, ¿verdad? –Continuó tranquilizándola mientras Moses le ajustaba el arnés-. Deberías saber lo que es usar panties. Apuesto a que son más incómodos que esta pequeña montura.

El ambiente sufrió un cambio sutil. Se caldeó.

-Te pondré la mano para que montes –indicó Moses.- ¿Recuerdas todo lo que te he dicho?

-Sí. –Tuvo que respirar hondo para tranquilizarse-. Todavía no debo sentarme en la montura. Primero tiene que sentir el peso de mi cuerpo en los estribos.

-Eso es. Y recuerda que es una enseñanza. Le estás enseñando que está aquí para esto. Despacio. Y no pierdas de vista la puerta, por si tienes que salir con rapidez.

Esa posibilidad hizo que Kelsey volviera a respirar hondo. Cuando se ubicó sobre la montura, la potranca pegó un respingo de sorpresa y enfado. Kelsey percibió el movimiento agitado que se producía debajo de su cuerpo y se negó a permitir que varios cientos de kilos de caballo irritado la arrojaran al suelo. Siguió las instrucciones de Moses y sus propios instintos, pasando su peso a los estribos y la montura.

Honor se revolvió, gritó y trató de alcanzar a Moses con una coza. De manera instintiva, Kelsey se inclinó y le habló con suavidad y firmeza muy cerca de las orejas.

-No sigas haciendo eso. Supongo que no querrás que todos piensen que eres una niña majadera.

No fue mágico. La voz y el tono de Kelsey no tranquilizaron enseguida al animal, pero tras algunos desplantes arrogantes, la potranca por fin se aquietó.

-Creo que le gusto –anunció Kelsey

-Está pensando cómo derribarte.

-No –Kelsey sonrió a Moses-. Le gusto.

-Ya veremos. –Hizo que Kelsey se sentara lentamente sobre la montura-. Muy bien. Empecemos a trabajar.

Eso, como explicó Moses, era el parvulario. Kelsey sencillamente permanecería sentada sobre la montura mientras un peón hacía caminar a Honor por la pista de potrillos, rodeada de una alta valla que impedía cualquier distracción del animal.

Una vez la potranca se acostumbrara al peso de la jinete, el peón la soltaría. Y Kelsey la guiaría.

Aprenderían juntas.

-¿Cómo lo hizo? –preguntó Naomi cuando se reunió con Moses.

-Tal como esperabas. Tiene más que suficiente sangre de los Chadwick en el cuerpo. –Moses cubrió una mano de Naomi con la suya y la apretó con suavidad, en una de sus raras exteriorizaciones públicas de afecto-. Creí que bajarías a verlo tú misma.

-Estaba demasiado nerviosa. –Observó a Kelsey contener a la potranca con un leve movimiento de las riendas-. Hace un mes que está aquí, Moses. Y no habla de irse. –Naomi enganchó el pulgar en el bolsillo del tejano-. Con todo lo sucedido durante las dos últimas semanas, no hago más que esperar que haga las maletas y se vaya.

-No la estás observando bien, Naomi. –Sonrió al ver que Kelsey olvidaba las instrucciones del entrenamiento y se inclinaba para hundir la cabeza en la crin de la potranca-. Esa chica no piensa ir a ninguna parte.

Ante una señal de Moses, Kelsey se enderezó y se acercó con la potranca al paso.

-Es una belleza, ¿verdad?

-Sí que lo es. –El orgullo de Naomi era evidente. Acarició a la potrancay dejó que sus dedos rozaran los de su hija-. Juntas sois una maravilla.

-Es que me siento maravillosamente bien. –Cuando Moses le dio una zanahoria como premio a Honor, Kelsey extendió una mano-. ¿Yo no merezco una?

-Pues creo que sí –dijo él y le tendió una.

Ella la cogió y la mordió

-Ahora que ya no estoy asustada, puedo disfrutarlo. –Después de palmear el cogote de Honor, se esforzó por no mostrarse triunfante-. ¿Puedo volver a trabajar mañana con ella, Moses?

-Sí, mañana y pasado mañana. -contestó él-. A partir de este momento Honor es de tu responsabilidad.

-¿En serio? –Tuvo fuertes deseos de desmontar y besarlo-. No te fallaré.

-Si lo hicieras, retendría tu paga.

Kelsey volvió a sonreír.

-Yo no estoy a sueldo.

-Hace dos meses que figuras en plantilla. –Moses tuvo la satisfacción de ver la sorpresa de Kelsey-. El viernes recibirás tu primera paga.

-¡Pero no es necesario! Yo sólo....

-Si trabajas, cobras –repuso él con firmeza. -Después de todo era el encargado de ese sector del criadero-. Por supuesto, debes empezar desde abajo. Y así lo has hecho, ¿verdad, Naomi?

-Empecé siendo el chico de los recados –contestó ella con una sonrisa-. Mi padre insistió en que ganara cada centavo de mi sueldo, por escaso que fuera. La idea era que de esa forma lo apreciaría más. Y tenía razón

Kelsey lo pensó. Tal vez fuese lo mejor. Un arreglo casi comercial.

-¿Hasta qué punto era escaso tu sueldo?

-Kelsey posiblemente llegará a ganar alrededor de doscientos por semana –informó Moses.

Kelsey enarcó una ceja.

-¿Y cuándo me darán un aumento?

Naomi lanzó una carcajada y se acercó

-A tu abuelo le habrías gustado. –Con suavidad, pasó los dedos por el cogote de la potranca-. Y le gustas a Honor.

Kelsey le dedicó a Moses una sonrisa de suficiencia

-Te lo dije.

-Me he perdido veintitrés cumpleaños. –El tono lastimero de Naomi atrajo la atención de Kelsey, que la miró con sorpresa. –Veintitrés Navidades. Tengo mucho que recuperar. –Hizo un esfuerzo por serenarse y miró a su hija a los ojos-. Si no te importa me gustaría empezar a recuperarlo ahora mismo. ¿La aceptas?

-¿Aceptarla? –Kelsey la miró estupefacta-. ¿A Honor? ¿Quieres regalármela?

-Me gustaría que la aceptaras como un símbolo de mi afecto. No te implicará ninguna obligación. Comprendí que puede llegar a ser incómodo tener un caballo en un apartamento, pero puede permanecer aquí tanto tiempo como quieras. Si te parece bien, Moses puede entrenarla. Pero, si la aceptas, será tuya.

Emocionada hasta las lágrimas, Kelsey desmontó con lentitud. Tenía las palmas de las manos húmedas y sintió el cálido aliento de la potranca contra el cuello.

-Me encantaría aceptarla. Muchas gracias.

-Bien –dijo Naomi con un suspiro de satisfacción-. Debo volver a la casa. Tengo un almuerzo de trabajo.

Kelsey dio un paso, pero vaciló y se detuvo. Luego, de repente, entregó las riendas a Moses y corrió para alcanzar a su madre. Le puso una mano en el hombro e hizo algo que resultó más sencillo y natural de lo que imaginaba: la besó en la mejilla.

-Gracias –volvió a decir, pero el resto de sus palabras se ahogó en su garganta cuando Naomi le dio un fuerte abrazo.

<<¿De dónde ha surgido este cariño?>>, se preguntó Kelsey al percibir la intensidad del sentimiento de su madre. ¿Cómo era posible que hubiera estado siempre allí y que hasta ahora no lo hubiera demostrado?

-Lo siento –murmuró Naomi y se apartó con embarazo-. Haré que redacten los papeles de la transferencia. Ahora debo irme, se me hace tarde –agregó y se alejó.

Presa de emociones encontradas, Kelsey se sintió indefensa, deseando poder entender sus sentimientos y, más aún, llegar a entender a aquella mujer que le había dado la vida.

-No sé que hacer –le dijo a Moses cuando regresó a su lado.

-Lo estás haciendo muy bien. –Moses le devolvió las riendas-. Ahora ve a atender a tu yegua.

CAPÍTULO 13

Los días transcurrían con rapidez. Kelsey tenía un caballo propio, vivía un extraño romance con un hombre fascinante y frustrante a la vez, y la inundaba una renovada curiosidad con respecto a esa madre a quien empezaba a querer.

No creía que llegaría a querer a Naomi. Que la intrigaría, sin duda, tal vez hasta llegaría a respetarla. Pero era imposible vivir tan cerca de una mujer como Naomi y no tener emociones encontradas hacia ella.

No tenía mucho tiempo para pensar en el asunto. A medida que se acercaba a la carrera de Bluegrass, la puerta de acceso al importantísimo derbi, tanto Longshot como Three Willows eran colmenas de actividad.

Kelsey no estaba dispuesta a admitirlo, pero ya imaginaba a Honor cubierta por la manta de rosas del triunfador un par de derbis más adelante.

Y ese día daría un paso importante hacia esa meta.

En la pista de Three Willows se había instalado una puerta de salida, una gatera en la jerga turística. Aunque ya no había vestigios del invierno, el viento seguía siendo frío. Kelsey intentaba no transmitir sus nervios a la potranca. <<Los purasangre nacen para correr>>, se recordó. Lo que le esperaba no era más que una importante lección en su aprendizaje. No existía bastante sangre de campeón en ningún caballo que pudiera llevarlo hasta la línea de salida, si antes no aprendía a quedarse quieto en una jaula de acero y salir de ella a la carrera.

-Me han comentado que aquí tienes una futura campeona –dijo Gabe mientras pasaba una mano por el hocico de la potranca. Honor echó atrás las orejas y lo miró; luego, aprobando su olor y su contacto, volvió a levantarlas y se acercó un paso.

-Sé que es una futura campeona –aseguró Kelsey apoyando una mano de propietaria sobre el cabestro –Hace un par de días que no te veíamos por aquí.

-¿Me has echando de menos?

-No especialmente. –Kelsey agradecía no haber caído en esa costumbre tan común de montar guardia ansiosamente junto al teléfono. Por lo menos todavía no-. En estos días tenemos mucho trabajo.

-Nosotros tenemos a Double de nuevo en pleno entrenamiento.

Ella dejó de aparentar y le cogió la mano.

-¡Cuánto me alegro!

Gabe le besó el nudillo

-¿Recuerdas lo que prometiste hacer después de que él gane el derbi?

-Yo apuesto mi dinero a Pride. –Y También le apostaba su corazón-. Pero pensé en la posibilidad de apartar un poco para apostarle a Double.

-Lo haremos correr en Queensland. Jaime quiere que tenga una experiencia sólida antes de Bluegrass.

-¿Y tú piensas ir? –preguntó ella con aire indiferente.

-Iré allá donde vaya ese potrillo, incluyendo el círculo de ganadores de Churchill Downs. –Le acarició el pelo, casi como había acariciado a la potranca- ¿No quieres acompañarme?

Ella fingió comprobar los arneses de Honor

-Pienso reunirme con Naomi en el círculo de los ganadores.

El la volvió con un matiz de brusquedad.

-Vendrás a Keeneland, cariño. Estaremos un par de días más o menos solos. –Se acercó. Kelsey ya tenía aroma a caballo, que se mezclaba con su propia fragancia de primavera. –Me pregunto cuántas veces podría hacerte el amor en un viaje rápido fuera de la ciudad

Las piernas de Kelsey temblaron.

-¿Existe algún precedente?

-Tal vez. –Sin dejar de mirarla, se inclinó y la besó el labio inferior-. Tienes la boca más sensual...

-Deja en paz a esa chica. –Simulando enojo, Moses le dio un leve empujón-. ¿Qué piensas hacer, Kelsey, confraternizar con la competencia o hacer tu trabajo?

Ella alzó el mentón.

-Puedo hacer ambas cosas. –Se volvió hacia su caballo y Moses la ayudó a montar.

-¡Chica arrogante! –murmuró Gabe

-Confiada en sus posibilidades – lo corrigió ella. Y con todo, menos una sensación de confianza, dirigió a Honor hacia la gatera.

Las puertas estaban abiertas para que la potranca entrara en aquella especie de túnel. Honor sacudió la cabeza, tratando de negarse. Kelsey se dio cuenta de que estaba poniendo a prueba su dominio.

-Tranquila –murmuró-. La que mando soy yo. Supongo que no querrás avergonzarnos a las dos frente a las visitas, ¿verdad?

Apretando las rodillas contra los flacos del animal y sujetando con firmeza las riendas Kelsey la obligó a avanzar hasta detenerla delante de la puerta.

-No es tan terrible, ¿note parece? –murmuró-. Además, sólo estarás aquí unos minutos. Lo que realmente cuenta es lo que hagas cuando salgas.

Atravesaron con lentitud la gatera, salieron por el otro extremo y volvieron a repetir el proceso.

-Tiene buena mano -comentó Moses.

-Montada se parece mucho a Naomi. –Gabe se metió las manos en los bolsillos. Tal vez hubiera una mejor manera de pasar la mañana que quedarse mirando a Kelsey entrenar a la potranca. Pero no se le ocurría ninguna-. ¿Cómo van las cosas entre madre e hija?

-Lenta pero seguras. Yo diría que superaron la primera curva de la pista cuando Naomi le regaló la potranca.

-Tiene grandes esperanzas en ese animal.

-Tiene esperanzas aún más grandes en esa chica. –Después de analizar la conveniencia de hablarle en ese momento, Moses se decidió-. Ya sé que Kelsey tiene padre, pero él no está aquí en este momento. De modo que asumo la responsabilidad de decirte que vayas con pies de plomo. Kelsey no es de esas chicas a quienes se puede tener y después abandonar, y si la hieres le harías un daño irreparable a Naomi.

Gabe se ensimismó. Cuando volvió a hablar, en su tono no se reflejó el resentimiento que sentía, ni el mal humos. Sólo una leve curiosidad.

-Y tú crees que eso es lo que pienso hacer, ¿eh?

Moses sacó un cigarro del bolsillo de Gabe y lo metió en uno de los suyos.

-No me mires con esa expresión inescrutable porque conmigo no te dará resultado. Mi tribu ostentaba el trofeo de los inescrutables cuando tus antepasados seguían ocultos en cuevas y comían carne cruda. Y te advierto que no supongo nada. –Miró a Kelsey-. Sólo asegúrate de pensarlo bien. Nunca se

sabe si un revolcón en el heno herirá a alguien hasta que uno empieza a sacarse las briznas del pelo.

Gabe no pudo menos que sonreír.

-¿De qué tribu heredaste ese dicho? ¿De las inescrutable o de la perdida?

-Lo único que pido es que no la empujes ni la hagas cruzar la línea de llegada demasiado pronto. Esa chica tiene corazón. –Irritado consigo mismo por haber hablado tanto, Moses se acercó a Kelsey para darle consejos acerca de su trabajo

<<Sí, tiene corazón –concedió Gabe estudiándola mientras ella escuchaba los consejos de Moses-. Y sangre noble.>>

Muchos de sus conocidos estarían dispuestos a asegurar que él no tenía corazón, y nadie confundiría su sangre con sangre noble. Pero eso nunca lo había detenido, y no pensaba permitir que lo detuviera ahora.

Había cientos de mujeres dispuestas a pasar por alto eso defectos de su carácter. Muchas ya lo habían hecho. Y muchas más, pensó con frialdad, prescindirían del hecho de que tuviera a un borracho por padre, que hubiera pasado una temporada en la cárcel y que tuviera debilidad por apostar en contra de las probabilidades

Pero mientras Kelsey dirigía a la potranca hacia la gatera y la tranquilizaba dentro del túnel, decidió que él no quería cientos de mujeres. Quería a esa mujer.

Esperó, poniéndose unas gafas oscuras porque el sol estaba fuerte. La mañana trascurría y él necesitaba volver a sus caballos. Pero apeló a su paciencia y esperó hasta que Kelsey desmontó.

-Lo ha hecho bien –dijo Kelsey besando a la potranca antes de ofrecerle una zanahoria-. No tuvo miedo

-Quiero verte esta noche.

-¿Qué? –Volvió la cabeza y apoyó la mejilla contra la piel brillante de Honor.

-Me gustaría invitarte a salir esta noche. Ir a comer, al cine, dar un paseo en coche....Lo que prefieras. Una cita –agregó al ver que ella lo miraba con expresión especulativa-. Reconozco que contigo he prescindido de ese ritual.

-¿Una cita? –Kelsey lo consideró-. ¿Me recogerás, iremos a alguna parte, luego me traerás a casa y me acompañarás hasta la puerta?

-Eso es.

-Bueno, suena prometedor. –Ladeó la cabeza como considerando la idea-. Tengo que levantarme a las cinco, así que tendría que ser temprano. No me molestaría ir al cine, digamos a la función de la siete. Y tal vez después a comer una pizza.

Gabe se sorprendió. No era la clase de velada que creyó que ella elegiría. Tal vez hubiera llegado el momento de que se conocieran mejor.

-Una película al atardecer y una pizza. De acuerdo. Te recogeré a las seis. –Le levantó el mentón y la besó ligeramente. Luego se alejó.

-¡Oye, Slater! –llamó ella-. ¿Puedo elegir la película?

Gabe siguió caminado, pero la miró por encima del hombro.

-Siempre que no sea subtitulada.

-Es una cita formal, ¿no? –preguntó ella riendo-. ¿Qué clase de mujer crees que soy?

-La mía –repuso Gabe, y ella dejó de reír.

No había nada romántico en una pizzería atestada de adolescentes. Que era precisamente lo que Kelsey eligió. Quería evitar toda situación en que las cosas pudieran tomar un giro demasiado intenso. Además quería averiguar los motivos de Gabe Slater.

-¡Esto es perfecto! –Se sentaron en un reservado en cuya mesa había servilletas de papel con escenas de Italia impresas en verde y rojo-. Casi había olvidado que había vida más allá de los caballos de carrera.

-No sucede a todos. –Divertido al encontrarse comiendo con una mujer en un lugar donde las paredes estaban cubiertas de fotografías de pizzas. Gabe estiró las piernas-. Pero a ti te ha sucedido con particular rapidez y entusiasmo.

-Es uno de mis talentos o de mis defectos. Depende de cómo se mire. ¿Para qué hacer algo si no pones todo de ti? –Se inclinó y apoyó los pies en el borde de la silla que ocupaba él-. De ese modo, uno alcanza la gloria o se desmorona y se quema.

-¿Eso es lo que buscas, Kelsey? ¿Gloria?

Ella sonrió.

-La gloria y la satisfacción son cosas que siempre confundo. –Miró a la camarera y luego a Gabe-. Pide tú. Yo comeré cualquier cosa.

-Pero yo no. Tráiganos una pizza pequeña de...

-Grande –corrigió ella.

-Grande –asintió él-. Con beicon y champiñones y par de Pepsis

-Muy juvenil –comentó Kelsey cuando la camarera se alejó

-Me gusta saber lo que estoy comiendo. –Supongo que era una costumbre adquirida a lo largo de una vida de alimentarse recogiendo restos de comida-. Por cierto, ¿fuiste tú la que hace menos de dos horas acabó con una bolsa grande de rosetas de maíz?

Sin dejar de sonreír, ella jugueteó con la sencilla cadenilla de oro que llevaba al cuello.

-Las palomitas de maíz que uno come en el cine no cuentan. Es simplemente una parte de la función, lo mismo que la música de fondo de la película.

-¿Hubo música de fondo? No lo recuerdo

-Bueno, así que me consideras una chica superficial –dijo ella, encogiéndose de hombros-. Me gustan las películas de acción. Una vez hasta llegué a escribir un guión para un curso de cine que seguí. Había batallas, persecuciones en coche y tiros.

-¿Y qué hiciste con él?

Ella seguía con los pies el compás del tema de los Guns N'Roses que resonaba en el local.

-Obtuve un diez. Después decidí no venderlo porque si alguien lo compraba empezarían a cambiarlo y ya no sería mío. –La camarera les sirvió dos grandes vasos de plástico de Pepsi-. Además, no quería ser guionista.

-Entonces ¿qué querías ser?

-Muchas cosas. –Se encogió de hombros y luego se inclinó para coger el vaso-. Dependía de mi estado de ánimo. Y los cursos que seguía. –Su sonrisa fue fugaz y un poco irónica-. Soy una experta en eso de seguir cursos. Si quieres saber un poco acerca de todo, desde informática hasta diseño de interiores, pregúntame.

-Es comprensible. Te criaste con un profesor de universitario. –Levantó su vaso-. El conocimiento es sagrado.

-Supongo que sí. Pero, sobre todo, siempre creí que si probaba muchas cosas, tarde o temprano daría con que realmente me gusta.

-¿Y lo has encontrado?

-Sí. –Suspiró-. Mi familia no dudaría en asegurar que lo he dicho muchas veces, pero esto es distinto. Aunque también he dicho eso antes- añadió-. Pero lo es.

Nada de lo que hecho antes me ha producido la sensación de plenitud que me produce esto, la sensación de estar en el buen camino. La sensación de estar haciendo lo que está bien, lo que me surge una manera natural. Nada nunca me ha resultado tan real. Y dios sabe que jamás he trabajado tanto.

Para demostrarlo, le enseñó las manos. <<Se están encalleciendo>>, pensó. Y le gusta cree que, lo mismo que sus manos, ella también se estaba encalleciendo.

Gabe la miró fijo. Por un instante, a Kelsey le pareció atisbar secretos tras aquellos ojos, y apetitos que no se saciarían con una pizza.

-Tal vez.

-¿Siempre miras así a las mujeres? ¿Dándoles la sensación de estar a punto de mordisquearlas de pies a cabeza?

Gabe esbozó una sonrisa, lenta y natural, pero la expresión de sus ojos no cambió.

-Nadie me lo ha preguntado nunca. –Apoyó una mano sobre el tobillo de Kelsey que seguía apoyado a su lado, sobre la silla y empezó a acariciarlo-. Pero ahora que lo mencionas, tal vez fuese una manera interesante de terminar la velada.

La camarera les sirvió la pizza y un par de platos de plásticos.

-Buen provecho –dijo con tono monótono y se alejó

-¡Me encanta este ambiente! –Kelsey apoyó los pies en el suelo y se irguió-. Pero nos interrumpieron. Te estaba preguntando por tu criadero. ¿Encontraste allí lo que buscabas?

Gabe cogió un cuchillo de plástico para trocear la pizza, le sirvió una porción a ella y luego puso otra en su plato

-Me conviene.

-¿Por qué?

-¿Sabes, querida? Tal vez te hayas equivocado al dejar de escribir. Creo que tienes madera de periodista.

-Es imposible conocer las repuestas a menos que uno pregunte. –Mordió el trozo de pizza y suspiró con aire de aprobación-. Por lo menos con algunas personas. ¿No te gusta que te hagan preguntas, Slater?

Él obvió esa pregunta y volvió a la anterior.

-El criadero me conviene porque es mío.

-¿Así de simple?

-No. Así de complicado. Supongo que no querrás estropear nuestra cita con un resumen de la historia de mi vida, Kelsey. Es malo para el apetito.

-Tengo el estómago fuerte. –Se lamió la salsa que tenía en el pulgar-, Tu conoces la historia de mi vida, Gabe. Por lo menos algunos de sus altibajos. Y yo no puedo seguir adelante con una relación a menos que comprenda, aunque sea por encima, con quien me muevo. –Siguió comiendo, mientras él la miraba con el entrecejo fruncido-. No se trata de un ultimátum ni de una garantía. Es sólo un hecho. Me atraes y me gustas estar contigo, pero no te conozco.

Gabe sabía que, si lo conociera, era probable que sus sentimientos hacia él fuesen menos agradables. Era un riesgo. Bueno, no era la primera vez que corría un riesgo cuando el premio lo valía.

-Ante todo, deja que te diga algo acerca de ti. Eres hija única de un padre cariñoso. Tienes buenas conexiones, y siempre has estado protegida, y malcriada agregaría yo

Eso último le molestó un poco, pero no podía negarlo.

-Está bien. Es cierto que en mi infancia y en la adolescencia me dieron todo lo que quise. En lo emocional y en lo material. Supongo que en gran parte fue para compensar la falta de una madre. Pero yo ni siquiera noté esa falta.

-Una casa grande en un barrio residencial –continuó él- Buenos colegios, campamentos de verano y clases de ballet.

Si trataba de enfurecerla, empezaba a conseguirlo. Con frialdad, Kelsey se sirvió otro trozo de pizza.

-Has olvidado mencionar las clases de piano, de natación y de equitación –repuso con cinismo.

-Todo forma parte de la misma cosa. Bailes de graduación, una universidad elegante y, por supuesto, un casamiento elegante.

-No olvides el largo y tedioso divorcio. ¿A dónde quieres llegar, Slater?

-No tienes la menos idea de donde provengo, Kelsey. Te lo diré y seguirás sin comprenderlo. –Pero decidió decírselo para ver su reacción-. Tal vez a la noche me acostara sin demasiada hambre. A lo mejor esa vez había dinero suficiente para comprar comida, o quizá yo había podido robar algo y obtener bastante mendigando. Los chicos son unos excelentes mendigos y ladrones –agregó, mirándola a los ojos-. Los adultos les tienen lástima o ni siquiera los notan.

-Hay mucha gente que está en mala situación y tiene que pedir dinero –dijo ella-. No es nada de lo que haya que avergonzarse.

-Lo dices porque nunca has tenido que mendigar ni robar. –Removió el vaso. Haciendo sonar los cubos de hielo, luego lo depositó sobre la mesa-. A la noche lo más probable era que tratara de no oír las discusiones de la habitación de mis padres. O el llanto de mi madre. O a la vecina que se ganaba unos dólares acostándose con un desconocido. Cuando tenía suerte, despertaba en la misma cama en que me había dormido. Si no la tenía, mi madre me despertaba en plena noche y salíamos de allí subrepticamente antes de que nos echaran, porque mi padre había vuelto a perder el dinero del alquiler.

A Kelsey le pareció ver la escena que le estaba recreando, era oscura y tenía aristas filosas.

-¿Dónde creciste?

-En ninguna parte. Pudo haber sido en Chicago, en Reno o en Miami. En invierno íbamos al sur porque el clima es mejor y porque las carreras siguen más tiempo. Pude haber crecido en cualquier parte. Todo los lugares parecen iguales cuando uno está hundido y huyendo. Por supuesto que mi padre decía que simplemente nos manteníamos en movimiento, que él estaba trabajando en algo grande. Mamá limpiaba retretes para que no nos muriéramos de hambre y él le quitaba la paga y la perdía apostando a los caballos o a las cartas, o a la distancia que podía llegar a saltar un maldito saltamontes. No tenía importancia a qué apostaba, con tal de que pudiera reunir unos cuantos billetes y después jugárselos.

Hablaba desapasionadamente, apenas con un brillo de amargura en los ojos.

-Le gustaba hacer trampas. Por lo general era muy hábil, pero cuando no lo era tanto mi madre se las arreglaba para ganar lo suficiente para impedir que le rompieran los brazos. Lo quería. –Y ése era el más amargo recuerdo que debía tragar. –Muchas mujeres querían a Rich Slater

Siguió comiendo, como para demostrarse que todo eso ya no tenía importancia.

-Le gustaba lastimarlas. Algunas mujeres volvían para que les propinara otro puñetazo en la cara. Llevaban sus ojos amoratados y sus labios partidos como si fuesen insignias. Mi madre era una de ellas. Si yo intentaba detenerlo, nos pegaba brutales palizas a los dos. Mamá nunca me agradeció que interviniera, sólo me decía que era algo que yo no comprendía. Tenía razón –agregó-. Nunca lo comprendí

-Tiene que haber habido algún lugar al que podrías haber recurrido. Un refugio, la asistencia social, la policía...

Gabe simplemente miró su cutis perfecto, la educación que se notaba en sus maneras.

-Algunas personas se las barre a rincones muy sucios, Kelsey. Así funciona el sistema.

-No necesariamente. No debería ser así.

-Pero para eso uno tiene que buscar ayuda, suponer que la va a encontrar y tener la valentía de pedirla. Mi madre no hizo nada de eso. Mantuvo los ojos cerrados, sin esperar nada, sin pedir nada.

En ese momento lo sobrecogió el horror y la pena que traslucían los ojos de Kelsey.

-Pero no eras más que un niño... Alguien debió hacer algo.

-Yo no se lo habría agradecido. De pequeño me enseñaron a escupir cada vez que veía un policía, a considerar a los asistentes sociales como entrometidos cuyo trabajo consistía en impedir que uno hiciera lo que le venía en gana. Así que los evitaba. A veces iba al colegio; a veces no. Dios sabe que a él no le importaba y a mamá no le quedaban arrestos para obligarme. Así que iba a mi propio aire. A mi padre le gustaba que lo acompañara en sus salidas, a veces para regañarme, o para hacerme participar en una partida. Y si estaba allí, podía asegurarme de que quedara algún dinero cuando él ya no estaba demasiado borracho para que le importara.

-¿No pensaste en huir, en escapar de él?

-¡Por su puesto que lo pensé! Pero supuse que si me quedaba podría impedir que matara a golpes a mamá. Y lo conseguí, aunque no creo que nos haya hecho bien a ninguno. Mamá murió en un asilo de caridad. Neumonía. Yo estuve seis meses a su lado, gastando cada centavo que ganaba trabajando en el hipódromo. Luego me marché. Tenía trece años.

<<Y era alto para mi edad –recordó Gabe-. Astuto y experimentado.>>

-Papá se topó conmigo varias veces. El problema era que me gustaba los caballos, así que por lo general terminaba en algún hipódromo. Él también. Entonces me humillaba y daba unas buenas zurras. Por lo general me libraba de él pagándole.

-¿Pagándole?

-Si tenía una racha de suerte, guardaba un poco de dinero. Con un par de cientos me lo quitaba de encima; se iba a jugar o al bar más cercano. -<<Pero desde entonces el precio ha subido>>, pensó Gabe-. Cada vez que me libraba de él, empezaba de nuevo con una idea fija en la mente: algún día tendría un lugar que me perteneciera. Y él no me tocaría. Nadie podría tocarme...Veo que no estás comiendo.

-Lo siento. –Tendió una mano al otro lado de la mesa y cogió con fuerza la de él-. ¡De veras lo siento Gabe!

No era compasión lo que él buscaba. En ese momento comprendió que quería que ella se horrorizara, que quería que lo mirara con expresión de asco. En ese caso tendría una excusa para alejarse de ella y detener esa carrera hacia un futuro que no alcanzaba a imaginar.

-Pasé una temporada entre rejas por una partida de póquer. No fui lo suficientemente listo como para darme cuenta de que era una redada. –Esperó que ella hiciera algún comentario, pero Kelsey no lo hizo-. Yo era un pez pequeño, pero caí en la redada junto con los gordos. Cuando salí, era más sabio. Trabajé aquí y allá, pero prefería apostar. Trabajar en caballerizas era una buena manera de ganar un dólar, y los caballos me gustaban. Me mantuve limpio porque no me gustaba la cárcel. No bebía porque cada vez que me llevaba un vaso a la boca me parecía oler a mi padre. Y después empecé a tener una buena racha.

Se echó hacia atrás y encendió un cigarro.

-¿Ahora lo comprendes mejor?

¿Realmente creía Gabe que ella no percibía su enojo, su dolor? Tal vez la gente que pasaba junto a la mesa sólo veía a un hombre conversando con una amiga. Pero si lo miraban a los ojos, si realmente lo miraban, ¿como no iban a ver aquel sufrimiento frío y acerado? Kelsey volvió a apoyar una mano sobre la de él

-Tal vez no pueda comprender todo lo que ne has contado. Pero sé que es una pesadilla vivir con un alcohólico que...

-No es alcohólico –la corrigió Gabe con frialdad-. Hay una gran diferencia entre una alcohólico y un borracho empedernido, Kelsey. No hay programa capaz de modificar el hecho de que es un borracho vil que disfruta maltratando a las mujeres o a cualquiera más débil que él. Y no fue una pesadilla. Fue la vida. Mi vida.

Ella retiró la mano.

-Prefieres que no te comprenda.

Gabe volvió el cigarro y contempló el extremo encendido. No sabía que una comprensión sencilla y sin preguntas como la de Kelsey haría aflorar tantos recuerdos y sensaciones.

-Tienes razón. Preferiría que me miraras y aceptaras lo que ves. O que lo dejaras.

-los dos somos producto de nuestro entorno familiar y de nuestra educación, Gabe. Yo no pienso permitir que me importe alguien por las apariencias. Otra vez no. Y si me quieres, tendrás que aceptar que me importe.

Él apagó el cigarro.

-Eso suena como un ultimátum

-Lo es. –Apartó el plato y cogió su chaqueta-. El trayecto hasta casa es largo. Será mejor que nos pongamos en marcha.

Kelsey pensaría mucho en ese niño que tuvo que robar y estafar durante toda su infancia. Un chico que al acostarse por la noche oía a prostitutas y a borrachos en lugar de palabras afectuosas. Ignoraba cuánto de ese niño quedaba en el hombre. <<Más de lo que Gabe cree>>, pensó. Y estaba segura que más de lo que permitiría que nadie viera.

Gabe había tenido que construirse a sí mismo sus modales elegantes y mundanos, la magnífica casa sobre la colina, su caballeriza de campeones. ¿Cuántos en el mundo de las carreras conocerían sus orígenes como chico de la calle? Y si los conocían, ¿lo considerarían una divertida curiosidad?

Aunque no fuera lo que Gabe esperaba, ella comenzaba a comprenderlo. Y lo supiera él o no, empezaba a quererlo.

Era cerca de la una de la madrugada cuando Hill Cunningham se apresuró a atender a quien llamaba a la puerta de su casa. Se envolvió con un batín de seda. Al mirar por la mirilla se alegró de que Marla, su amante, estuviera profundamente dormida. Le gustaba creer que lo que la llevaba a dormir plácidamente en su gran cama de agua era su experiencia y su atractivo sexual. Pero lo más probable era que fuesen los somníferos que la chica tomaba como caramelos.

En todo caso, le alegraba poder recibir a solas a aquel tardío y no bienvenido visitante.

-Te dije que nunca vinieras a esta casa –siseó Cunningham, mientras se alisaba el poco pelo que conservaba en la cabeza. Después del derbi, se daría el lujo de comprarse una peluca.

-Tranquilo, Billy, muchacho, nadie me ha visto. –Rich estaba como una cuba. No trastabillaba, ni siquiera arrastraba las palabras, pero se le notaba el brillo de los ojos.- Y si alguien me vio....¡diablos! ¿Qué tiene de malo que un hombre visite a un viejo camarada de póquer? –Sonrió mientras calibraba con la mirada el elegante vestíbulo. El viejo Bill se había rehecho bastante bien, y sin duda le podría sacar unos cuantos billetes más-. ¿Qué tal si tomamos una copa?

-¿Estás loco? –A pesar de que en la casa no había nadie más que Marla, y ella estaba cargada de barbitúricos, Hill hablaba en susurros-. ¿Sabes que la policía ha estado aquí? Aquí –repitió, como si su casa fuese tan sacrosanta como una iglesia-. Querían husmear porque algún mozo de cuadra les dijo que yo había permitido que Lipsky recogiera boñiga durante un par de días.

-Te dije que eso era un error, pero no tiene importancia. Olvídalo. ¿Dónde está el bar, Bill? Estoy más seco que el maldito Sahara.

-No quiero que bebas en mi casa.

La sonrisa de Rich se ensanchó, pero en sus ojos refulgió un fondo de dureza.

-Bueno, no me parece bien que le hable así a un viejo socio, Bill. Sobre todo considerando que tengo que hacerte una nueva propuesta.

Cunningham se humedeció los labios.

-Ya tenemos un trato.

-Justamente de eso quiero hablar. Con una copa amistosa en la mano.

-Está bien, está bien. Pero que sea rápida. –Al pasar junto a la escalera miró hacia arriba, luego condujo a Rich al salón decorado con tonos dorados y azules-. Y no eleves la voz. Arriba tengo a una mujer.

-¡Menudo cachondo estás hecho! –exclamó Rich, hundiéndole un dedo en las costillas en un gesto amistoso-. ¿No tendrá alguna amiga? También en eso hace tiempo que ando seco.

-No. Y no quiero que sepa que nos conocemos ni que se entere de nada de esto. Tiene buen cuerpo pero no es inteligente.

-El mejor ejemplar de hembra. –Con un suspiro, Rich se dejó caer en un sillón tapizado con pana dorada-. No hay duda de que sabes vivir, viejo amigo. Siempre lo he dicho.

-Asegúrate de no ir diciéndolo ahora por ahí –repuso Cunningham mientras servía dos vasos de whisky de doce años. Era un desperdicio usarlo con Rich, pero le encantaba impresionar-. Se suponía que te encargarías de Lipsky.

-Es lo que hice. –Pagado de sí mismo, Rich removió el whisky en el vaso, lo olió y lo bebió de un solo trago-. ¿No te parece divertido que lo haya liquidado como se liquida a un caballo?

Cunningham cogió su vaso con mano temblorosa.

-No quiero saber nada de eso. Me refiero a antes. ¡Dios santo, Rich! Se suponía que nadie iba a morir. El viejo Mick era una especie de santo en los hipódromos.

-Una desgracia complicada –dijo Rich mientras se ponía de pie para servirse más whisky-. Y Lipsky sin duda pagó por lo que hizo. Pero lo que sucedió después aumenta mis honorarios, Bill. Te costará otros diez mil pavos.

-¿Te has vuelto loco? –Cunningham se puso de pie de un brinco, derramando un poco de whisky-. Hiciste eso por tu cuenta, Rich.

-Para proteger tu inversión. En cinco minutos los polis habrían logrado que el dedo de Lipsky me señalara. Y si se me señala a mí –agregó con afabilidad-, se te señala a ti. Así que suelta diez de los grandes, Billy. Es una tarifa justa.

Cunningham tragó saliva. El dinero que había ganado con Big Sheba era un milagro, pero por lo visto los milagros tenían un precio.

-Es lo mismo que si me pidieras diez millones. Estoy seco.

Era lo que Rich esperaba oír y estaba dispuesto a ser razonable.

-No te preocupes. Puedo esperar hasta después de mayo. ¿Qué son un par de semanas entre amigos? Bien... -Cruzó las piernas-. Se me ha ocurrido una idea, Billy. Una pequeña variación sobre el mismo tema que nos beneficiará a los dos. Tú quieres cobrar en Churchill Downs, y yo también. Pero también tengo un trabajo que hacer y un asunto pendiente con mi hijo.

-Me importan un bledo tus asuntos familiares, siempre que hagas bien el trabajo. –Pero la idea de vengarse de Gabe empezó a resultarle agradable-. Ese asunto con Lipsky estuvo a punto de arruinarlo todo.

-¡No te preocupes! –Con aire perezoso, Rich removió el vaso-. Lo tengo todo controlado con, como ya he dicho, una leve variación.

-¿Qué clase de variación?

-Bueno, veamos –Rich suspiró y bebió un sorbo de whisky-. Te lo diré. Y creo que apreciarás lo irónico del trato, Billy, muchacho. Estoy seguro de que lo apreciarás.

Más tarde, cuando Cunningham volvió a meterse en la cama, temblaba. <<No soy un hombre sediento de sangre –se dijo- No es por mi culpa que habido dos muertes. Una cuestión de azar, como dijo Rich.>>

Tal vez estuviera loco al hacer un trato con Rich Slater, pero estaba desesperado. Y el momento era tan perfecto que lo consideró una buena señal. El plan con la variación de Rich tenía una especie de odioso sentido.

<<¿Qué alternativa me queda?>>, se preguntó Cunningham. Si perdía en Chirchill Downs no habría más Marlas, ni más casa en el campo, ni más posibilidad de ser propietario de un caballo de carreras.

Creyó que Big Sheba era el as que tenía en la manga. Había invertido hasta el último centavo en esa potranca. Y resultó que la muy cabrona tenía poca capacidad pulmonar. Cerro los ojos con fuerza y se maldijo por haberlo apostado todo a un solo caballo.

Necesitaba ganar el derbi, sólo el derbi, para recuperarse. Después dedicaría la yagua a la cría. Podría vivir bien con el precio que obtuviera de sus potrillos. <<Ya se ha hecho antes>>, se dijo, repasando el plan de Rich. Y había salido ileso del asunto. <<Una carrera, una sola buena carrera>>, pensó.

Cunningham se apretó con Marla hasta que, como si fueran una canción de cuan, los ronquidos de la mujer lo arrullaron y le hicieron quedarse profundamente dormido.

CAPÍTULO 14

El trayecto entre la zona rural de Virginia hasta los suburbios de Maryland era más largo de lo que Kelsey recordaba. Tuvo mucho tiempo para pensar. No le cabía duda de que encontraría resistencia; a menos que las cosas hubieran cambiado en las últimas semanas, una resistencia formidable. Sin duda Candace debía haberse puesto en contacto con Milicent para avisarle del viaje de ella.

<<Es preferible que los enfrente a todos juntos –pensó-. Que los conmocione, los desilusione, los ultraje. Una descripción perfecta. –Esbozó una sonrisa burlona-. Candace se sentirá ultrajada. Y yo tengo la esperanza de sentirme feliz>>.

Cuando estacionó en el camino de entrada de la casa, su padre estaba en los parterres del jardín. Llevaba un suéter viejo, con parches en los codos, y estaba limpiando de maleza las azaleas a punto de florecer.

Lo primero que Kelsey sintió fue el amor que él le inspiraba y cruzo corriendo el césped para abrazarlo. Después permanecieron, arrodillados, admirando los pimpollos de azalea.

-Adoro esta casa –murmuró ella apoyando la cabeza contra el hombro de Philip-. He comprendido la suerte que tuve de crecer aquí. –Pensó en Gabe y acarició un capullo color salmón-. La suerte que tuve de tenerte a ti y de tener flores en el jardín. –Sonrió-. Y clases de baile.

-A los seis meses de empezar odiabas las clases de baile –le recordó él.

-Pero tuve suerte de tenerlas.

Él la estudió y le acarició el pelo que le caía sobre los hombros.

-¿Problemas, Kelsey?

-No, nada en particular.

-Hemos estado preocupados por ti. Ese último crimen...

-Lo sé –lo interrumpió ella-. Lo sucedido a esos dos hombres fue horrible. Ojalá pudiera decirte que no me afecta, pero me afecta. Pese a todo estoy bien.

Me alegra comprobarlo con mis propios ojos. Hablar por teléfono no es lo mismo. –Juntó sus herramientas de jardinería en un cesto-. Bueno, ahora estás en casa. Eso es lo único que importa. Entremos por la puerta de atrás, porque sino Candace me despellejará vivo por dejarle marcas en el parquet.

Mientras caminaban, Kelsey rodeó con un brazo la cintura de su padre.

-Veo el coche de abuela.

-Sí, Candace la llamó para avisarle que venías. Están dentro, organizando el baile de caridad de primavera en el club. –Le dirigió una sonrisa-. Creo que ahora su principal preocupación es encontrar un hombre conveniente que te acompañe a la fiesta.

Ella hizo una mueca y luego lo recordó.

-El baile de primavera. Es en mayo, ¿verdad?

-Sí. El primer sábado de mayo.

<<El día en que la primavera llega a Kentucky>>. Pensó ella. El mismo día año tras año. El día del derbi. Bien, faltar al baile constituiría otro pecado.

-Papá. –Antes de seguir hablando, esperó que él depositara el cesto de jardinería en el cuarto de herramientas, tan inmaculado como el resto de la casa-. Ese fin de semana no estaré en la ciudad.

-¿Qué no vas a estar...? –Cruzó la cocina para lavarse las manos-. ¡Kelsey, desde que tenías dieciséis años nunca has faltado a un baile de primavera!

-Sí, lo sé, pero tengo otro compromiso. Lo siento. –Sin pronunciar palabra, él se secó las manos con una toalla. <<La desilusión ya ha empezado>>, pensó Kelsey-. Tengo otros planes –explicó-. Y prefiero contártelos ahora.

-Está bien.

Tratando de serenarse, su padre la condujo al salón. Candace y Milicent estaban allí, conversando mientras tomaban pequeños canapés y té de jazmín en tazas de Drede. Kelsey pensó que si en ese momento estuviera en las caballerizas, estaría tomando un trozo de carne fría y una taza de café cargado.

Sus gustos, entre otras cosas, habían cambiado con mucha rapidez.

-¡Oh, Kelsey! –Sorprendida, Candace se puso de pie para besar a su hijastra en ambas mejillas.

Kelsey percibió la fragancia sutil de L'Air du Temps, entremezclada con el aroma del té y el perfume Chanel que solía usar su abuela.

<<Olores de salón>>, pensó Kelsey; ella se había acostumbrado demasiado a los de las caballerizas. Abrazó a Candace con vehemencia, casi como pidiendo perdón.

-Estás maravillosa. ¿Es un nuevo peinado?

Candace se palmeó los cortos rizos castaños.

-¿No crees que me da aspecto de ingenua? Juro que Princeton siempre logra convencerme de cualquier cosa.

-Me parece perfecto –aseguró Kelsey, recordando de repente que hacía semanas que no visitaba a Princeton ni a ningún otro peluquero-. Hola, abuela. –El saludo, lo mismo que el beso, fueron meramente formales-. A ti también se te ve muy bien.

-Veo que has aumentado de peso. –Milicent estudió a Kelsey por encima de su taza de té-. Te queda bien. Pero cuidado, a las mujeres de huesos pequeños la gordura no les favorece.

-Más que gordura, son músculos. –Sólo por irritarla, Kelsey flexionó sus bíceps-. Se forman de dar paladas de excremento y transportar heno. –Sonriente, se volvió hacia una Candace dubitativa-. Me apetecería una taza de té. No temas, me he lavado a conciencia después del trabajo de la mañana.

-¡Por supuesto! Siéntate, querida. Philip, no habrás traído el jardín contigo, ¿verdad?

-Ni una pizca de tierra –se defendió él, y acepto una taza de té y un pequeño sándwich. Esa noche, Channing no estaría solo en su habitual incursión a la nevera-. Este año las azaleas se han adelantado. Creo que nunca han estado más hermosas.

-Es lo que dices cada primavera. –Candace le palmeó la mano con afecto-. Somos los únicos de la manzana que no tiene jardinero y sin embargo no hay jardín que pueda competir con el nuestro. Lo que Philip hace con las plantas es realmente mágico.

Volvió su atención hacia Kelsey. <<Por lo menos ha tenido el suficiente sentido común como para vestirse de acuerdo con las circunstancias>>, pensó. Por un momento había temido que acentuara su tozudez llegando con un par de botas embarradas. Pero la chaqueta morada y los pantalones a tono le quedaban bien y eran de buen gusto.

-Candace y yo estábamos hablando de las decoraciones florales para el baile de primavera. Ambas estamos en la comisión organizadora. Tú tienes buen criterio para esas cosas, Kelsey. Te delegaremos ese trabajo.

-Os agradezco la confianza, pero debo excusarme. Me temo que no estaré aquí

-¿El día del baile? –Candace rió y sirvió más té-. ¡Por supuesto que estarás, querida! Es lo que se espera de ti. Comprendo que tal vez te sientas un poco

incomoda, recién divorciada y considerando que Wade asistirá con su novia, pero no debes permitir que eso te afecte. En realidad Milicent y yo estamos buscando solución a ese problema.

Kelsey estuvo por dar explicaciones, pero se contuvo.

-¿Ah, sí? ¿De eso hablabais?

-¡Por supuesto! –Toda entusiasmo, Candace agregó un terrón de azúcar a su taza de té-. Fue muy agradable que Channing te escoltara el año pasado. Pero no queremos que eso se convierta en una costumbre. De todos modos, la gente hará menos comentarios si tienes un acompañante más tradicional. –La perfecta anfitriona pasó una bandeja de sándwiches-. Por casualidad el hijo de June y Roger Millar se ha vuelto a mudar al barrio. Supongo que recordarás a Parker, Kelsey. Desde hace algunos años practica cirugía odontológica en Nueva Cork, y acaba de asociarse aun prestigioso consultorio de Washington. –Y agregó con una sonrisa-: Parker nunca se ha casado.

-Sí, lo recuerdo. –Excelente familia y estatus social: los colegios indicados, la profesión indicada, todo lo indicado. No debía de ser culpa suya que Kelsey lo considerara una réplica de Wade Monroe.

-Ya he hablado con los Milles. –Encantada con la maniobra, Milicent bebió un sorbo del fragante té-. Parker te escoltará. Está todo arreglado.

<<Normal>>, pensó Kelsey, sintió una furia creciente. ¡Era todo tan normal!

-Estoy segura de que los Millar han de estar encantados de tener de vuelta a Parker, y vosotros le transmitiréis mis excusas. Porque no estaré aquí para el baile. Esta semana viajo para Kentucky y no volveré hasta después del primer fin de semana de mayo

-¿A Kentucky? –Milicent dejó con fuerza su taza sobre el platillo-. ¡Por el amor de dios! ¿Qué tienes que hacer tú en Kentucky?

-Se corre el derbi. Aun dentro de tu círculo social, abuela, es un acontecimiento aceptable. Supongo que será tema de conversación en el baile de primavera después de que lo gane el potrillo de Three Willows. –Miró a su padre, con la esperanza de que la comprendiera -. Y quiero estar allí cuando eso suceda.

-¡Esto es intolerable! –repuso Milicent-. Los Byden son socios fundadores de ese club, y eso se remonta a tu bisabuelo. Siempre hemos asistido a ese baile.

-Los tiempos cambian. –Kelsey se esforzó para mantener la calma y hablar con serenidad-. Tengo un trabajo, una responsabilidad y una necesidad. NO estoy

dispuesta a desatender ninguna de esas cosas por asistir aun baile de primavera. Candace, te agradezco la preocupación, pero de todas manera no habría querido asistir con alguien que me acompañe por obligación. Además, tengo una relación con un hombre.

-¡Oh!-Candace parpadeó e hizo un esfuerzo por mostrarse feliz-. ¡Eso sí me parece una maravilla, querida! Debes traerlo para que los conozcamos.

-No lo creo. –Apretó con afabilidad la mano de Candace-. No es la clase de hombre que se siente cómodo en un club elegante.

-Supongo que será uno de tus mozos de cuadra –dijo Milicent con acidez.

-No. –Kelsey no pudo contenerse, y agrego-: Es un apostador.

-¡Eres idéntica a tu madre! –Muy tiesa, Milicent se puso de pie. –Te lo advertí –le dijo a Philip-. No quisiste escucharme con respecto a Naomi, y tampoco con respecto a tu hija. Ahora todos tenemos que pagar por eso –concluyó, y abandonó el salón muy envarada.

-¡Milicent! –Candace se puso de pie con rapidez y salió tras su suegra.

Kelsey depositó su taza de té sobre una mesa. Lamentó haber pronunciado esas palabras, no por Milicent sino por su padre.

-No hable con mucho tacto –dijo.

-En ti la honestidad siempre ha podido más que el tacto –repuso él con un tono de cansancio que aumentó la sensación de culpa de Kelsey.

-Te he decepcionado. Ojalá tuviera alguna manera de hacer lo que debo hacer, sin decepcionarte.

-Es una situación que no puedo satisfacer a todo el mundo. –Se puso de pie y se acercó a la ventana. Desde allí veía sus azaleas, eso pimpollos a punto de florecer. Las flores se abrirían paso a través de los capullos y surgirían a la libertad, ignorando la bien intencionada protección que la planta les ofrecía.

-Te has encariñado con Naomi –dijo Philip con suavidad-. No puedo decir que no lo esperaba. Sois muy parecidas, y no sólo en el aspecto físico. Una parte de mi ser, una parte de la que me avergüenzo, quisiera decirte que estás cometiendo un error, que tu lugar no está allí. Esa parte de mi ser no quiere ver lo feliz que te hace comprobar que tu lugar sí está allí.

-Tengo la sensación de haber encontrado mi camino. De no tener más necesidad de andar corriendo de aquí para allá en busca de algo más interesante, más importante. Eso era lo que estaba haciendo con mi vida. Y ambos lo sabemos.

-Estabas buscando, Kelsey. No tiene nada de vergonzoso.

-No me avergüenza, pero estoy cansada de vivir así. Soy capaz con los caballos, con el trabajo, con la gente de ese ambiente. No puedo volver a encerrarme a mi apartamento, en trabajos de escritorio, en fines de semana en un club. Me siento como si estuviera...

-¿Floreciendo? –En ese momento le dolía mirar las flores y se volvió para no verlas-. ¿Liberándote?

-Sí. No sabía lo insatisfecha que estaba.... En particular conmigo misma.

-Eso puedo entenderlo. –Candace acababa de regresar a la habitación. Tenía una expresión en el rostro, furia en los ojos-. Pero no es motivo para ser grosera. Tu padre, yo y tu abuela, sólo tratamos de ayudarte a superar un momento difícil de tu existencia.

-Yo creo –dijo Kelsey hablando con lentitud- que el problema estriba en que no es un momento tan difícil para mí como vosotros creéis.

-Entonces podrías pensar en los demás. En lo que siente Philip. En lo que pensarán los demás al ver tu actitud.

-Candace –dijo Philip-, esto no es necesario

-¿Te parece que no?

-Tal vez tengas razón, Candace. Me preocupa mucho lo que sienta papá. Lo lamento, pero no me importa nada lo que pueda pensar el resto de la gente. No quiero avergonzaros a vosotros –siguió-, y tampoco crear problemas familiares.

-Y sin embargo alentaste a Channing para que me engañara y se quedara en ese lugar.

<<Terreno resbaladizo>>, pensó Kelsey, y maldijo a Channing por permitir que su madre creyera eso.

-Sí, es cierto. Lo alenté para que se quedara

-Y ahora se la metido en la cabeza que quiere volver el verano, que trabajará allí. –Temblando de disgusto, Candace se aferró al respaldo de una silla-. Tal vez ella te haya envuelto y te aleje de nosotros, Kelsey, pero no permitiré que corrompa a Channing.

-¡Por dios! –Kelsey se mesó el pelo-. ¿De dónde sale todo esto? Ni siquiera conoces a esa mujer, pero la conviertes en una especie de vampiresa de películas de serie B que corrompe a adolescentes y destruye todo lo que toca. Te aseguro

que no le abrió las puertas de su casa a Channing para corromperlo ni por despecho hacia vosotros. Lo hizo por mí, y le ofreció ese trabajo porque él demostró interés por el criadero.

-En cualquier caso no lo toleraré. –A Candace la violenta mostrarse malhumorada, y le fastidiaba que la tozudez de Kelsey la obligara a ello-. ¡No permitiré que mi hijo vaya de hipódromos en hipódromos, y que se relacione con jugadores y con una asesina convicta!

Kelsey dejó caer las manos con abatimiento.

-Eso es algo que sólo os concierne a ti y a Channing.

-Sí, lo sé. Es muy cierto que no tengo derecho de decirte qué debes hacer con tu vida. –Le temblaban los labios. Había hecho todo lo posible por Kelsey, por llegar a ser su amiga, una guía en lugar de la típica madrastra, y por lo visto había fracasado-. Pero aunque lo hiciera, tú seguirás haciendo lo que te viene en gana. Como has hecho siempre.

Philip dio un paso al frente, tan perplejo como herido por el exabrupto.

-Candace, me parece que estás demasiado nerviosa. Sólo se trata de un baile en el club.

-Lo siento, Philip. –Pero su desagrado por la escena con Milicent la impulsó a seguir. Milicent era más que su suegra; era su amiga y su aliada-. No obstante, creo que en este caso debo decir lo que pienso. Es mucho más que un baile. En un asunto de lealtad, de correcto comportamiento. Esta situación no puede seguir. Ya has herido bastante a tu padre al preferir a Naomi en lugar de preferirlo a él.

-¿Es eso lo que crees? –Se volvió hacia su padre-. ¿Eso es lo que piensas? ¿No creéis que soy capaz de quereros a los dos? ¿O de aprender a aceptar y perdonar?

-No tienes nada que perdonarle a Philip –repuso con rapidez Candace-. Él hizo todo lo que correspondía.

-Hice lo que consideré lo mejor –murmuró Philip-. No puedo decir que esto sea fácil para mí, Kelsey, pero aun así sigo queriendo lo mejor para ti.

-Eso es exactamente lo que intento averiguar. Y si no lo mejor, por lo menos lo correcto. Pero al hacerlo, no quiero herirte a ti.

-Estoy segura de que no es eso lo que quieres –dijo Candace con desánimo. En realidad, nunca había comprendido a su hijastra. ¿Por qué iba a hacerlo en ese momento?-. El problema es el de siempre, Kelsey. Tú miras fijamente hacia

delante, hacia una meta y, con tal de alcanzarla, no te importa las consecuencias. Y lo peor es que cuando llegas a esa meta, muchas veces ya no te interesa.

Para Kelsey, ese análisis fue más doloroso que un latigazo.

-Lo cual me convierte en una persona fría y pusilánime. -Le temblaba la voz, por más que luchara por controlarla-. No es la primera vez que me lo dicen, y no es fácil rebatirlo.

-¡Eso no es cierto! -Philip la tomó por los hombros-. Y decididamente no es lo que quiso decir Candace. Eres tozuda, Kelsey. Y eso puede ser a la vez una virtud y un defecto.

Candace decidió cambiar de estrategia. Sabía por experiencia que nunca podría vencerlos unidos.

-Estamos preocupados por ti, Kelsey. Si te he criticado con dureza fue sólo por esa preocupación y por el hecho de que la situación resulta difícil para todos. La publicidad reciente ha despertado antiguos recuerdos. La gente empieza a hacer comentarios y eso coloca a tu padre en una situación delicada.

-Fueron asesinados dos hombres. -Ya más tranquila, Kelsey se sentó en un sofá-. Yo no tuve ningún control sobre eso, y tampoco puedo controlar los comentarios de la gente.

-Dos hombres fueron asesinados -repitió Philip-. ¿Y pretendes que no nos preocupemos?

-No. Sólo puedo decirles que no tuvo nada que ver conmigo ni con Three Willows. En todas partes hay violencia. El mundo de las carreras no es un antro de vicios y corrupción. Cuando uno se levanta al alba todas las mañanas, no hay tiempo ni energía para esas cosas. Sólo se trata de un trabajo. De un trabajo duro. A veces es tedioso, a veces excitante, pero para mí es siempre gratificante. No hay fiestas nocturnas con champán y mafiosos. ¡Diablos! Casi siempre estamos profundamente dormidos antes de la diez. He visto nacer potrillos y he visto a hombres adultos cantarle a un caballo enfermo para que duerma de noche. No es una película de Disney, pero tampoco una orgía pecaminosa.

Philip no hizo ningún comentario. Sabía que había perdido. En lugar de Kelsey, hubiera podido ser Naomi la que estaba allí, defendiendo un mundo que él nunca había comprendido y al que no podía pertenecer.

-Estoy segura de que ha de tener sus méritos -Candace trató de calmar los ánimos-. Yo misma he visto el derbi de Kentucky por televisión y no puedo

negar que los caballos son magníficos y el acontecimiento excitante. Si hasta recuerdo que hace unos años los Hanahans tenían capital invertido en un caballo ¿Te acuerdas, Philip? No se trata de que estemos condenando a toda la.... profesión –suponía que así debía llamarse-, pero nos preocupa la gente con quien te relacionas. Tú mismo has dicho que mantienes una relación con un apostador.

Kelsey resopló

-Lo dije para molestar a la abuela. Lo que debí decir es que me relaciono con el propietario de un criadero vecino. Lamento haber causado problemas. Y ahora me disculparé por adelantado, porque os causaré más. No pienso renovar el contrato de mi apartamento. De momento voy a vivir en Three Willows. Tal vez más adelante busque una casa propia, pero quiero seguir trabajando en el criadero.

Candace puso una mano sobre el brazo de Philip con gesto de apoyo y solidaridad.

-¿Sean cuales fueran las consecuencias?

-Haré todo lo posible por minimizarlas. Comprendo que no querréis visitarme allí, así que vendré lo más seguido que pueda. Estará un tiempo fuera de la ciudad, pero os llamaré. –Tomó su bolso y lo aferró con fuerza-. No quiero perderos.

-No puedes perdernos. Ésta siempre será tu casa –Y mientras Philip abrazaba a su hija, Candace los miró en silencio.

El camino de regreso se le hizo más largo. Un interludio durante el que Kelsey pasó de las lágrimas al malhumor. Cuando por fin llegó a Three Willows, su enfado persistía. Kelsey no quería dar lugar a escenas dolorosas con su madre así que decidió quedarse en el jardín un rato. No quería contarle a Naomi lo que habían dicho de ella y el mundo en que se movía.

En ese momento Gabe apareció en el jardín.

-Te he estado buscando.

-Hola. Creí que te habías ido.

Gabe se sentó a su lado en el estrecho banco de piedras.

-Me iré esta noche. –Quería volverla a ver. Un motivo bastante sencillo para hacerle cambiar de planes. Cogió la barbilla de Kelsey y la miró a los ojos. Había estado llorando-. ¿Qué pasa?

Ella meneó la cabeza y se apartó.

-¿Dedicas mucho tiempo al auto análisis? –preguntó ella.

-No, si puedo evitarlo.

-Cosa difícil de hacer cuando se te muestra claramente tus defectos. Como por ejemplo, los miras y te ves reflejado tú mismo.

Gabe le pasó un brazo alrededor de los hombros y le habló con tono bromista.

-Dime quién te ha tratado mal, chiquilla. Iré a darle su merecido.

Ella sonrió y se acurrucó contra él, pero al punto se apartó.

-No soy una buena persona, Gabe. Y casi nunca trato de serlo. Antes me sorprendía cada vez que alguien me decía que era una malcriada o cabezota. Y podía decirme: No es cierto. Sólo hago lo que me parece correcto.

Se puso de pie, inquieta, dejándolo sentado en el banco mientras ella se paseaba por el sendero de ladrillos que serpenteaba alrededor del parterre de flores

-Cuando Wade me dijo que era fría, egoísta, rígida, implacable y todas esas cosas, pensé que lo decía para justificar su adulterio. Yo no era lo suficientemente apasionada en la cama, de manera que había encontrado a otra que lo era. No era bastante comprensiva y no me interesaba en su carrera; todo eso lo encontraba en otra. Pero yo me negaba a reconocer que lo había encontrado acostado con otra. Sí era demasiado rígida para comprender sus necesidades físicas, bueno, ése era problema mío. Pero ¿quebrantar los votos matrimoniales? Bueno, el matrimonio ha terminado y no hay más que decir. Es cierto, soy rígida.

Giró sobre sus talones y lo miró, como desafiándolo a mostrarse en desacuerdo.

-Existe lo que estás bien y lo que está mal –dijo Kelsey-. Existen verdades y mentiras. Existe la ley y el crimen. Y existen los cinturones de seguridad.

Gabe asintió cauteloso.

-Tal vez yo olvidaba ponerme el mío. Uno está ocupado, tiene prisa y sólo va a viajar unos cientos de metros en el coche. ¿Por qué molestarse? Pero en cuanto el uso del cinturón se hizo obligatorio, Kelsey lo usó siempre, sin excepciones.

-Y supones que eso te convierte en una persona rígida.

-Antes de que fuera obligatorio, era igualmente estúpido no usar el cinturón de seguridad. La ley sólo confirmó lo que indicaba el sentido común. Yo podía ignorar el sentido común, pero no la ley. Bueno, a veces me saltaba las velocidades máximas –admitió-. Pero cada vez que sucedía yo le daba una

justificación. Si fui a Atlanta para tratar de solucionar mis problemas matrimoniales, si sabía que algo iba mal en mi matrimonio y estaba dispuesta a hacer el esfuerzo necesario para solucionarlo, ¿porqué no estuve dispuesta a perdonar lo que encontré allí? Porque él había hecho una promesa, un voto, y lo quebrantó. Violó la ley. Eso fue suficiente par mí.

Gabe se rascó el mentón.

-¿Me estás pidiendo que diga que hiciste mal en mandar al cuerno a ese cretino, Kelsey? No puedo, por dos motivos. Primero, porque estoy de acuerdo con tu razonamiento. Y segundo, porque te quiero para mí. Puedo decir que si se hubiera tratado de ti y de mí y te hubiera encontrado en la cama con otro tipo, él estaría muerto y tú lo lamentarías. ¿Eso te ayuda?

Ella cerró los ojos y se paso las manos por la cara.

-¿Cómo me metí en todo esto?

-Supongo que has tenido una mañana difícil. ¿Dónde estuviste?

-Fui a ver a mi padre. –De nuevo tuvo ganas de llorar, se sintió ridícula y tuvo que contener las lágrimas-. Quería decirle, cara a cara, que dejaré mi apartamento para instalarme a vivir aquí. Por lo menos de momento.

-Y él te lo puso difícil

-No, en realidad no. Él es el hombre más bueno del mundo. Y yo lo estoy hiriendo. –Las lágrimas afloraron. ¡Al diablo con ellas!-. No quiero herirlo ni hacerlo infeliz, pero sencillamente no puedo doblegarme para que todo el mundo se sienta bien.

Gabe no dijo nada. Se puso en pie y la abrazó. Nunca luchaba con palabras contra las lágrimas. Era mejor dejarlas fluir hasta que llegara el alivio.

-Esto es una tontería. –Buscó un pañuelo y acabó por aceptar el que Gabe le ofrecía-. Todo este asunto empezó por un baile imbécil, el derbi y el dentista.

-Sentémonos para que puedas explicármelo.

-Es una cuestión de tradición –dijo ella, dejándose caer en el banco-. Y de vivir de acuerdo a las expectativas familiares. No voy a decir que mi infancia haya sido desdichada, pero siempre había que estar a la altura del apellido Byde, sobre todo en lo que mi abuela se refiere.

Retorció el pañuelo y deseó poder hacer lo mismo con su furia y sus resentimientos y arrojarlos a la basura.

-Ella todavía está furiosa conmigo porque me divorcié de Wade, por haber mancillado el honor de la familia. No necesito decirte la ira que le provoca que yo esté aquí. –Se obligó a sonreír-. Siguiendo la mejor tradición melodramática, me ha desheredado.

-Bueno.... –Le tomó la mano y acarició sus dedos-. Siempre te queda la posibilidad de mudarte a vivir conmigo, y vivir como una princesa. Eso sería una lección para tu abuela.

-¡Dios! Si lo hiciera, expurgarían mi nombre del libro familiar.

Cuando Gabe se dio cuenta de que no lo había dicho totalmente en broma le soltó la mano.

-Así que eso sería imposible, ¿verdad? ¿Por qué no me explicas lo del baile, el derbi y el dentista?

-Parece el nombre de una mala obra de teatro. –En un esfuerzo por serenarse, se recogió el pelo y volvió a dejarlo caer sobre sus hombros-. Cuando fui a ver a papá, me encontré con mi abuela y Candace, mi madrastra, tomando el té con canapés y planeando los arreglos florales para el baile de primavera en el club. Al que suponían yo asistiría. Hasta habían arreglado con quién iría, considerando que desde mi separación de Wade no he salido con nadie. Habían...

-Un momento –dijo Gabe, levantando una mano-. Por una cuestión de interés personal, repite la última parte. Eso de no haber salido con nadie.

-Hace dos años que no salgo con nadie. En parte porque me parecía mal hasta que se hubiera decretado el divorcio, pero sobre todo porque no tenía ganas. El sexo nunca ha sido una fuerza determinante en mi vida.

Gabe volvió a tomarle la mano y se la besó

Te aseguro que lo arreglaremos.

-Sólo intento explicar lo que sucedió. –Trató de librar la mano, pero al no conseguirlo se rindió y la dejó donde estaba-. El dentista es el hijo de unos amigos y ha vuelto a instalarse en la ciudad. Reúne todos los requisitos que exige la familia Byde. Cosa que, por cierto, tú no logras.

-Es lo más agradable que me has dicho. Te propongo que vayamos a casa y lo celebremos.

-Me estás haciendo sentir mejor. Y no estaba dispuesta a sentirme mejor. –Sonriendo, apoyó la cabeza en el hombro de Gabe-. De todos modos, tuve que

decirle que no sólo no me interesaba salir con ese buen partido sino que además no asistiría al baile de primavera. Se celebra el primer sábado de mayo.

-¿El mismo día del derbi? Ahora todas las piezas encajan en su lugar.

-Sí, el derbi. Y eso desencadenó un trifulca. Una trifulca bastante civilizada al principio, pero mi abuela ya me estaba resultando pesada. Así que –lo miró de soslayo-, nada más que para molestarla, le dije que tenía una aventura con un jugador.

-Eso es un hándicap muy desagradable. –Le tomó la cara entre las manos y la besó con fuerza-. Pero me gusta.

-Pues a ellos no les gustó. Mi abuela se fue hecha un basilisco, papá quedó destrozado y Candace se puso furiosa. No es la primera vez que discutimos. Cuanto más tiempo permanezca aquí, más perturbaré a la familia. Y como soy demasiado rígida para ceder, no estoy dispuesta a buscar una componenda.

-A veces no hay posibilidad de componendas.

-La gente agradable siempre las encuentra.

<<Es una situación delicada>>, pensó Gabe, mientras contemplaba los geranios en sus macetas. Una situación familiar, y él tenía muy poca experiencia en asuntos de familia.

¿Alguna vez has pensado que tu familia tampoco busca componenda? –La vio volverse con lentitud hacia él-. Todo o nada. ¿En el fondo no es así como lo han planeado?

-No... no lo había pensado de esa manera.

-Porque al ser tan fría, rígida e inflexible automáticamente has cargado con toda la culpa. ¿Cómo es posible que te hagan sentir culpable, te amenacen con desheredarte y te digan cuán egoísta eres, y tú lo encajes todo bienamente?

Que ella recordara, nunca nadie la había apoyado contra su familia. Y menos que nadie Wade; siempre era ella la que provocaba las escenas. Lo raro era que nunca había pensado que ellos eran tan rígidos como ella.

-Estoy haciendo lo que quiero hacer, a pesar de...

-¿A pesar de qué? –preguntó Gabe. Tal vez nunca había tenido una familia que lo protegiera, pero tampoco una que lo agobiara con sensaciones de culpa y con obligaciones-. ¿A pesar de que algunas personas deberían ser más comprensivas? Si fueses al baile en compañía del dentista, ¿crees que establecerías alguna diferencia?

-No –contestó ella tras pensarlo unos instantes-. Sólo postergaría la escena siguiente.

-¿Te quedas aquí para mortificarlos?

-¡Por supuesto que no! –Echó atrás la cabeza, molesta por la sugerencia-. Por supuesto que no –repitió con tranquilidad-. Todo esto debe parecerte muy tonto. Tanto caos en nombre de la tradición y el decoro.

-Sólo supongo que hace demasiado tiempo que te castigas con respecto a lo que eres y a lo que quieres. ¿Te sientes mejor?

-Mucho mejor. –Lanzó un profundo suspiro de alivio-. Me alegro de que todavía no te hubieras ido, Slater.

-Quería verte antes de irme. –Le pasó los dedos por la nuca y la hizo estremecer. –Estas embarullando mi agenda, Kelsey.

-¿Ah, sí?

-Por la mañana, empiezo a pensar en ti antes de abrir los ojos. Creo que hay tres momentos en los que el hombre es más vulnerable. Cuando está borracho, cuando se pierde en el sexo y en el instante previo al despertar. No bebo y desde que te conocí no he mantenido relaciones sexuales con ninguna mujer. Pero me has sorprendido con ese otro momento en que tengo las defensas bajas.

Algunos hombres le habían dedicado poemas, pero nunca la habían conmovido tanto. Emocional, romántica y sexualmente. Ella había levantado los ojos para mirarlo cuando él habló, cautivada por su voz suave y seductora. Y ahora estaba atrapada. Ahora estaba indefensa.

-Me asustas. –No sabía que sentía eso, y menos que pensaba decirlo.

-Me alegro. Porque tú también me asustas...

Le tomó el rostro entre las manos y le apartó el pelo con lentitud, alargando el momento para que ambos lo recordaran: el canto de los pájaros, las flores de primavera, los colores del crepúsculo... Después la besó lenta y largamente, sellando su unión.

-Lo que me asusta es lo que siento en mi interior cuando te beso –musitó él, estrechándola entre sus brazos.

-A mí también –repuso ella-. Tal vez sea mejor que te vayas por unos días. Tenemos mucho en que pensar.

-Yo he dejado de pensar, Kelsey.

Ella suspiró y asintió.

Finalmente, se despidieron con otro beso y ella dijo:

-Buena suerte en Keeneland, cariño y gracias por tu apoyo. Lo necesitaba. Supongo que te necesitaba a ti.

CAPÍTULO 15

A Naomi le alegró la decisión de Kelsey de acompañarlos a Kentucky. Quería tenerla allí, la necesitaba, pero no se permitió dar por sentado que iría hasta que ella lo confirmó. Ya no daba nada por sentado.

El único desacuerdo surgió cuando Kelsey insistió en pagar sus gastos. Naomi estuvo malhumorada durante el tiempo que tardaron en hacer todos los preparativos, durante el vuelo y cuando se registraron en el hotel. Pero nada más demostrarlo le pidió a Kelsey que pasara a verla por su habitación.

-¡Esto es absurdo! –dijo mientras paseaba por el cuarto, ignorando la comida u la botella de vino que había pedido para mantener una conversación cordial con su hija-. Has venido con el criadero. Estás ayudando a Boggs con Pride. Tus gastos son de la empresa.

-Estoy aquí porque quiero –la corrigió Kelsey-, porque por nada del mundo me perdería el derbi. Y en lo que a Pride se refiere, Moses y su gente no me necesita.

-Pero yo sí –repuso Naomi sin poder contenerse-. ¿Te das cuenta lo que significa para mí tenerte aquí? ¿Qué quieras estar aquí? ¿Saber, después de tanto tiempo y de haber perdido tanto, que estarás a mi lado, no sólo cuando se inicie la carrera, sino a lo largo de todas las maravillosas tonterías que ocurren durante esos dos minutos finales? Me resulta más importante tenerte aquí desde ahora hasta el primer sábado de mayo, que ganar una docena de derbis. ¡Y tú ni siquiera me permites pagar tu factura del hotel!

Sorprendida, Kelsey observó a su madre, que seguía paseándose por la habitación. Nunca había visto a Naomi tan excitada, tan llena de emoción. Por fin estaba ante la mujer que reía en su fotografía de casamiento, que había flirteado con muchos hombres, que había matado a un hombre.

-Es que no me pareció bien... -empezó Kelsey, pero se interrumpió al ver que su madre giraba sobre sus talones y la enfrentaba.

-¿Por qué no te pareció bien? ¿Por qué no he sido una madre convencional? ¿Por qué estaba en la cárcel cuando debía enseñarte a atarte los cordones de los zapatos?

-Eso no es...

-No pretendo que me perdones todo eso –replicó Naomi-. No pretendo que lo olvides. No es necesario que me quieras, ni siquiera que pienses en mí con en tu madre. Pero creí que empezabas a considerar a Three Willows como tu casa.

Kelsey se preguntó si tenía sentido hacer tanto escándalo sólo porque ella había usado su propia tarjeta de crédito.

-Lo considero mi casa –dijo con cuidado, preparada para la siguiente explosión-. Pero no significa que quiera aprovecharme de eso, ni de ti.

Naomi se sentó y luchó contra su enojo.

-Si no quieres aceptar que yo pague el viaje, me gustaría que aceptaras que lo pague Three Willows, Tu relación con el criadero bien puede haberte costado una buena parte de tu herencia. Cosa que lamento profundamente.

-¿Así que quieres pagar mis gastos para no tener sensación de culpa? Está bien. – Al ver la furia reflejada en los ojos de Naomi, Kelsey alzó las manos-. Esto es una tontería. no me di cuenta que te había molestado tanto. Si te resulta tan importante, paga mis gastos. –Apartó su silla-. ¿Sabes? Siempre me he preguntado de dónde sacaba mi mal genio. Papá es plácido como un lago. Y a ti siempre te vi muy fría, muy controlada. Vale la pena haber perdido una batalla con tal de descubrir que mi temperamento ha sido heredado.

-Me alegro de haber podido ayudarte a desvelar uno de los pequeños misterios de la vida. –Después de encogerse de hombros, Naomi tomó una fresa de la cesta de frutas que había ordenado-. Pierda o gane, todas las batallas me dan hambre. ¿Quieres comer algo?

-Claro que sí. –Kelsey cogió una manzana-. Y también quiero decirte algo – agregó con un tono que logró que Naomi detuviera la mano con que sostenía una botella de vino-. Pienso en ti como en mi madre. De no ser así, no estaría aquí.

Entonces Naomi se inclinó y la besó en la mejilla. Luego hizo un esfuerzo para que no le temblara la mano y sirvió el vino.

-¡Por las mujeres de Three Willows! –brindó entrechocando su vaso con el de Kelsey-. Es un brindis que hace tiempo que tenía ganas de hacer.

Los días anteriores a la carrera de Bluegrass transcurrieron como en una nube. Kelsey conoció tanta gente que no logró recordar casi a nadie. Se levantaba al alba todos los días para presenciar los entrenamientos, preocupada, comparando a Pride con todos los demás potrillos y potrancas que corrían en medio de la niebla. Recorría las caballerizas estudiando a los jockeys, juzgando a los

cuidadores y acosando a Boggs para que le contara cualquier comentario, noticia o especulación que hubiera oído.

Cada vez que podía, también acosaba a Reno, le preguntaba qué pensaba, cuál sería su estrategia. Se preocupaba por él, por el potrillo y por la pista.

-Dime –le preguntó el jockey-, ¿quién va montar a ese caballo, tú o yo?

-Tú, pero...

-Pero habrías preferido hacerlo tú

Kelsey no tuvo más remedio que sonreír.

-Tal vez. –Acarició el cogote de Pride, sintiendo su calidez y su suavidad-. Supongo que sufro de fiebre trufística.

-La fiebre te está abrasando. –Reno metió los pulgares en los bolsillos de su traje. Lo esperaba una mujer y tenía muchas cosas en la mente

-Eso forma parte del asunto, ¿no es verdad? Los nervios, la ambición. –Sacó una manzana y se la ofreció a Pride-. El amor.

-Sí, es lo que nos engancha. –No tenía sentido que lo dijera que, tarde o temprano, otras cosas interferirían es esa inocencia. Los números, las probabilidades. <<Ya los descubrirá por sí misma>>, pensó mientras le daba una palmada amistosa en la espalda-. Mantén feliz a nuestro muchacho, chiquilla. Y recuérdale la existencia de ese otro potrillo que correrá en Kentucky. Para que no se duerma sobre sus laureles.

Reno le dedicó un guiño y se alejó.

-No tienes que preocuparte por ese otro potrillo –le dijo Kelsey a Pride-. No se puede comparar contigo.

Pride masticó la manzana, por lo visto, completamente de acuerdo.

Midnight, un potrillo de Kentucky, era el favorito de la gente del lugar. Había sido el ganador inesperado del derbi de Florida en el que venció a Pride y a Double por un pescuezo. Y ese pequeño caballo, de poca alzada, recibía la atención de la prensa nacional.

Y Kelsey no tuvo más remedio que admitir que era una belleza. Las líneas clásicas, el carácter imprevisible, el fuego de sus ojos. En la pista le ponían anteojeras para que no se asustara de las sombras y de cosas inexistentes. Pero corría, Kelsey lo había comprobado con sus propios ojos.

La potranca de Hill Cunningham también tenía sus seguidores. No era necesario admirar al dueño para admirar al caballo. Sheba tenía corazón y coraje y saldría de las gateras como un tornado. Pero el sonido de su difícil respiración después de un entrenamiento fuerte, helaba la sangre de Kelsey.

Había otros que demostraban tener corazón y agallas, entre ellos Double, el potrillo de Gabe. Pero Kelsey apostaba por Pride. Se dijo que no era sólo lealtad ni por amor, sino por el buen criterio que empezaba a tener para juzgar a los caballos, después del severo tutelaje de Moses. Ese potrillo era uno entre un millón. Como ella esta segura que también lo era su Honor.

El día de la carrera, Kelsey permaneció junto a su madre, ansiosa de que su confianza fuera justificada.

-Esta mañana me pareció que estaba espléndido.

Kelsey respiró hondo. Quería disfrutar del desfile inicial y del espectáculo, pero no podía dejar de hablar.

-Moses le indicó a Reno que lo contuviera un poco, porque lo quiere mantener nervioso. La pista es dura y rápida, como a él le gusta. Oí los comentarios de algunos de los que cronometraban los entrenamientos. Los sentimentales apoyan a Midnight, pero las preferencias de los que tienes la cabeza fría se dividen entre Pride y Double. –Se pasó la mano por la boca-. Pero Sudden Force podría ser el eslabón perdido. Me refiero al zaino de Arkansas. Esta mañana me pareció que estaba en buenas condiciones. Y no podemos descartar a la potranca de Cunningham. Tiene mucho corazón.

Divertida e impresionada, Naomi acarició el brazo de su hija.

-Te aconsejo que respires hondo. Dentro de unos minutos todo habrá terminado.

-Dispongo de tiempo justo para desearles suerte a mis dos señoras predilectas –dijo Gabe, y las besó a Ambas-. Parece que tanto mi potrillo como el vuestro están siete a cinco –comentó estudiando la cartelera de apuestas-. ¿Os parece que el ganador invite a comer a los demás?

-Siempre que el perdedor pague el champán –precisó Naomi con una sonrisa-. Me gusta que los hombres me paguen las bebidas.

-¡Bien dicho! –exclamó Kelsey, y de pronto contuvo el aliento: los caballos empezaban a ser conducidos a las gateras.

Desde el anonimato de las tribunas, Rich observaba a su hijo. Ese chico siempre había tenido buen gusto para las mujeres. Y una suerte endemoniada con ellas.

<<Igual que su padre>>, pensó Rich mientras palmeaba las nalgas de la rubia que había conocido la noche anterior.

-Mira bien el número tres –le murmuró-. Tengo un interés especial en ese caballo. Sonó la campana. Los caballos salieron como una exhalación y la mujer que acompañaba a Rich empezó a alentar a viva voz al número tres.

Los ojos entrecerrados de Rich estaban protegidos por gafas de vidrio espejados. El favorito local tomaba la delantera, seguido de cerca por el potrillo de Arkansas. Caballo y jinete no eran más que una mancha de color en movimiento, pero él nunca perdió de vista el número tres. La potranca de Cunningham corría con coraje, y en la primera curva ya estaba a un pescuezo del delantero. Pero Pride se destacaba del resto y devoraba distancias.

Rich asintió con lentitud y sonrió. Double empezó a avanzar por dentro. Hasta el ruido de los cascos era ahogado por los gritos de la multitud. En uno de esos momentos dignos de una fotografía, tres caballos corrieron cabeza con cabeza, moviendo las patas casi al unísono, los colores de los jockeys al viento.

Entonces Pride se adelantó una cabeza, un pescuezo, medio cuerpo. Cruzaron la línea de llegada con fracciones de segundos entre uno y otro, Pride, Double y Big Sheba: ganador, placé y tercera.

Rich echó la cabeza y lanzó una carcajada.

-¡Princesa, esto ha sido un batacazo!

Ella hizo un mohín mientras hacía girar la cerveza dentro del vaso.

-¡Pero el número tres no ganó!

Rich volvió a reír mientras acariciaba el boleto de mil dólares que había jugado al hocico de Pride.

-Eso es lo que crees, princesa. Los presentimientos del viejo Richie siempre aciertan

-¡Oh, dios! –Kelsey todavía se cubría la boca con una mano. Hacia el final de la carrera casi había cedido a la tentación de taparse los ojos-. ¡Lo he conseguido! ¡Ha ganado! –Rió de felicidad y arrojó los brazos al cuello de Naomi-. ¡Que alegría! ¡Éste es el preludio del derbi! ¡Lo presiento!

-Yo también. –Naomi la abrazó con fuerza, ignorando el repentino acoso de fotógrafos y periodistas-. Ven, acompáñame al círculo de los ganadores. Quiero que estés conmigo.

- ¡Te aseguro que no podrías mantenerme alejada! –Se volvió hacia Gabe. Para tratarse de alguien cuyo caballo acababa de perder por medio cuerpo, parecía muy feliz consigo mismo-. Tu potrillo hizo una excelente carrera.

-Es cierto, pero el vuestro corrió mejor. –Dio un leve tirón a la trenza de Kelsey que le caía por la espalda-. Esta vez. Bien, nos veremos a la hora de comer.

La victoria no significaba que nadie descuidara sus obligaciones. Permanecerían en Kentucky hasta después del derbi, pasando de Keeneland a Chirchill Downs.

El amanecer seguía significando entrenamientos, cronometrar tiempos, café solo y cuidadores que observaban desde la baranda de la pista.

Sólo que en ese caso se trataba del derbi. Los entrenamientos ya no era un asunto privado. Cuando los peones vareadores se levantaban de la cama, los fotógrafos ya estaban instalando sus equipos. La televisión, los diarios, las revistas, todos querían publicar reportajes, todos querían la entrevista perfecta, la fotografía perfecta.

Kelsey sabía cómo habría sido la de ella.

El suave amanecer, el momento de más magia para caballo y jinete, cuando la niebla empezaba a levantarse, sofocando los colores y los sonidos. Y a través de la niebla iba apareciendo la pista. Barriles llenos de agua caliente agregaban vapor. Los pájaros entonaban sus canciones matinales.

La primavera había llegado a Louisville, pero a esa hora todavía persistía un frío agradable y excitante. Un frío que arrancaba aún más vapor de los flacos de los caballos que volvían de galopar, tras deslizarse a través de la niebla con la misma magia de un Pegaso que se impulsa con los cascos y las alas. Aquellas criaturas de media tonelada de peso que se movían sobre estilizadas patas habían nacido para correr.

De los millares de purasangres que nacían cada año, sólo unos pocos elegidos andaban sobre esa pista en medio de la niebla del amanecer. Y sólo uno de ellos de erguiría victorioso el sábado, con una manta de rosas sobre el lomo resplandeciente.

Los mozos de cuadra, cargados de cubos y mantas, se movían entre los caballos, mientras el sol naciente despejaba el alba y convertía el rocío en una miríada de diminutos diamantes. Un gato maullaba, las botas crujían sobre el suelo. Y luego se oía el ruido de cascos sobre la tierra, misterioso e incorpóreo al principio, para luego crecer mientras la niebla gris se abría para dar paso a un potrillo.

Ésa era su fotografía, el recuerdo que Kelsey llevaría consigo, silencioso y reconfortante en medio del colorido y el espectáculo.

-¿Qué estás haciendo? –le preguntó Gabe, acercándose a ella

Kelsey no contestó y se limitó a cogerle la mano. Debió suponer que él entraría en escena, convirtiéndose en parte de aquella imagen maravillosa que siempre conservaría en el recuerdo.

-Estoy tomado una especie de fotografía mental. No quiero que todo esto se pierda entre las fiestas, el periodismo y el estrés.

-Te has levantado temprano, considerando que no debes haberte acostado antes de las dos.

-¿Quién puede dormir en este momento?

Por respuesta, Gabe señaló con un movimiento de la cabeza al caballerizo que dormitaba, recostado contra una pared, Kelsey rió y respiró hondo, adsorbiendo el olor a caballos, linimientos y boñiga.

-Todo esto es nuevo para mí. Me impresionaron muy favorablemente.

-Sí, te vi apoyada sobre la baranda. Y también tú me impresionaste muy favorablemente.

-No sé cómo tienes ánimos para flirtear con todo el mundo que lo está sucediendo. Esto es como el Mardi Gras de Nueva Orleans, el festival de Woodstock y las finales del Super Bowl, todo en uno. –Eché a caminar-. Desfiles, zeppelines de publicidad, celebraciones por doquier, una carrera de barcos a vapor... Nunca he visto nada parecido.

-He ganado cinco mil.

Kelsey suspiró.

-¡Dinero! ¿Quién fue lo suficientemente tonto como para apostar contra ti?

Gabe sonrió.

-Moses.

Ella se bajó al ala de la gorra.

-Bueno, con su diez por ciento de la bolsa de sábado puede permitírselo.

-Te estás poniendo socarrona, querida.

-Siempre lo he sido. Supongo que irás al museo para el sorteo de los puestos de salida, ¿no?

-No dejaría de asistir por nada del mundo. –Hacía cinco años que no se perdía ese sorteo. Su presencia o ausencia no modificarían el lugar que le tocaría a su potrillo, pero, diablos, se trataba de su potrillo-. Antes ofrecen un desayuno en el viejo corral. ¿Tienes hambre?

Kelsey gimió y se llevó una mano al estómago.

-Desde que llegué a Louisville no he hecho más que comer. Creo que me saltaré ese desayuno. Si tu... -se interrumpió al notar que Gabe no le prestaba atención. La atención de él estaba fija en algo que acababa de ver en las caballerizas-. ¿Ocurre algo?

-No...-Por un instante había creído ver a su padre. Ese modo tan familiar de moverse, ese traje tan fuera de lugar en medio de tejanos y camisas de algodón. Pero sólo fue una visión fugaz. Y sin duda Rich Slater no andaría paseándose por Churchill Downs al amanecer-. No es nada –repitió, tratando de sacudirse el escalofrío que eso le había provocado-. Si no quieres comer, al menos acompáñame.

No pensó más en el asunto. Antes de que terminara la mañana, Gabe estaba ocupado analizando con Jamison y el jockey la posición número tres que ocuparía su potrillo.

-Nos ha tocado correr al lado interior. –Kelsey estaba con Boggsen las caballerizas, mordisqueando una de las manzanas que tenía en los bolsillos-. Es una muestra de que Dios está con nosotros.

Boggs tomó una de las pinzas de ropa que llevaba sujeta a la pierna del pantalón y colgó una manta azul.

-Supongo que Dios ve el derbi, como todos los demás. Posiblemente hasta tenga su foto. –Pasó los dedos sobre la montura cuyos estribos había lustrado con sus propias manos-. Tal vez apueste al potrillo unos pavos.

-Tú nunca apuestas, ¿verdad?

-Así es. –Con el mismo cuidado colgó otra manta de la soga-. Desde abril del setenta y tres no he vuelta a apostar.

Le dirigió una mirada para comprobar si ella sabía que ese era el año en que su madre había matado a Alec Bradley. Al ver sólo un leve interés en los ojos de Kelsey, añadió:

-Ocurrió en Keeneland. Three Willows también tenía un candidato para ganar el derbi. Un potrillo espléndido. Yo quería a ese potrillo más de lo que jamás he

querido a una mujer. Se llamaba Sun Spot. Supongo que debí de haberme vuelto loco, porque le jugué toda mi paga. Salió de las gateras como un torbellino, como si alcanzara a ver la llegada. En la primera curva el potrillo que corría a su lado tropezó y chocó contra él. Spot cayó y al punto supe que no volvería a correr. Se destrozó una pata y no hubo más remedio que sacrificarlo. Tu madre le asestó el tiro de gracia. El potrillo era suyo y lo sacrificó llorando, pero entonces hizo lo que había que hacer. –Suspiró-. Así que desde entonces nunca he vuelto a apostar. Creo que trae mala suerte.

Kelsey rodeó a Boggs con un brazo y juntos examinaron las herramientas de su trabajo: las mantas puestas a secar, las vendas.

-Nada le sucederá a Pride.

Boggs asintió y aceptó la manzana que ella le ofrecía.

-Querer a un caballo es un error, señorita Kelsey. –Lustró la manzana sobre su camisa y se la devolvió-. De una u otra manera le rompen a uno el corazón.

Ella sonrió, arrojó la manzana al aire y volvió a recogerla.

-¿Ésta es para mí o para Pride, Boggs?

Una sonrisa desdentada iluminó el rostro del viejo.

-A él le encantan las manzanas.

-Entonces será mejor que vaya a dársela.

-Cuando ella iba a salir, Boggs se rascó el cuello y dijo:

-¿Sabes?. Hoy vi a alguien que hacía mucho que no veía. Alguien a quien conocí en esa primavera del setenta y tres.

-¿Ah, sí?

Para ganar tiempo, Boggs cogió la manzana, la apretó entre sus manos deformadas y la partió en dos trozos iguales.

-El padre de señor Slater.

-¿El padre de Gabe? ¿Lo has visto aquí?

-Me pareció que era él. Pero mis ojos yo no son los que eran y es raro que esté aquí. Recuerdo que andaba por allí el día fatídico de Spot. Organizó un buen alboroto, acusando a la señorita Naomi de haber planeado perder la carrera y el caballo. Desde luego estaba borracho, pero Rich Slater es persuasivo. Examinaron el potrillo en busca de rastro de dopaje.

Kelsey estaba de pie de espalda al sol, con la cara en sombras.

-¿Y qué encontraron?

-Nada. Los Chadwick no hacen trampa. Pero sí encontraron algo en el potrillo que lo golpeó. Anfetaminas.

-¿De quién era ese potrillo?

-De Cunningham. –Escupió-. Extraño, ¿verdad? Al principio todo señalaba a Cunningham, pero después resultó que el culpable era el jockey, Benny Morales, un jinete excelente. Antes de ahorcarse en el cuarto de monturas el señor Cunningham, dejó una nota confesando su culpa.

-¡Dios, que terrible!

-En las carreras haya cosas que huelen muy mal, señorita Kelsey. Rich Slater decía que los Chadwick habían pagado a Benny para que dopara a su caballo, para que lo descalificaran aunque ganara. Eso no era más que una mentira podrida, por supuesto, pero un hombre como Slater siempre tiene que culpar a alguien. La cuestión es que ese día casi todo el mundo perdió. Posiblemente no haya sido él a quien vi hoy, pero en todo caso convendría que usted se mantuviera lejos de él.

-Lo haré.

Rich Slater no tenía ninguna intención de encontrarse con nadie de Three Willows. Estaba allí como espectador, Y aunque hubiera sido mejor que ese sábado se mantuviera lejos de Louisville, quería tener un asiento de primera fila.

Estaba de parabienes: un fajo de billetes en el bolsillo, una mujer guapa cogida de un brazo y a punto de participar en una serie de fiestas. Por fin lo había logrado. Pero la mejor parte, la más sabrosa, sería ver a los que caerían mientras él ascendía.

Debía admitir que era una persona brillante, e incluso se había preocupado de no emborracharse hasta las cejas. No sólo saldaría una antigua deuda y bajaría de un plumazo al desagradecido de su hijo, sino, que al hacerlo, ganaría una pequeña fortuna.

Y en realidad, él no había hecho nada, Se había limitado a poner el instrumento indicado en las manos indicadas.

Esa zorra de Chadwick pagaría. Se acercó al bar de la habitación para servirse una copa. Su compañera de esa semana se había dormido, el cuerpo entre las sábanas arrugadas, tras una maratónica sesión de sexo. <<Has comprobado lo

que es un macho de verdad>>, le dijo mentalmente, observando su cuerpo inerte y exhausto.

Todavía podía agotar a la fulana más briosa.

Rich se volvió y se solazó ante el espejo. Su vanidad era tan ciega que no vio los michelines de la cintura. En cambio vio el cuerpo de un joven de treinta años, fuerte, firme y delgado. El cuerpo que había heredado su hijo, ese imbécil que había intentado conformarlo con un cheque de cinco mil dólares. <<No permitiste que tu padre pasara una noche bajo tu techo. Pero cuando esto termine yo seré dueño de tu techo y tú te irás a la puta calle>>. Bebió el whisky. Ese muchacho arrogante se creía mejor que nadie. Siempre había sido así. Pero en un par de días no se sentiría tan superior. En un par de días su suerte se habría acabado.

En realidad debía agradecer a las circunstancias, tanto pasadas como presentes, el haber ofrecido la gran oportunidad de su vida. Cunningham era la guinda extra. Por supuesto era un imbécil, pero los imbéciles eran los mejores pájaros para desplumar.

Y él desplumaría a Cunningham durante muchos años, y esa desagradable actividad suplementaria de chantaje le reportaría jugosas ganancias. Pero el premio mayor, ah, el premio mayor le llegaría justo antes de las seis de la tarde del sábado. Un trabajo que todo el mundo consideraría magistral.

Abrió otra botella y se sirvió otra copa. Se preguntó si Naomi Chadwick se acordaría de él. Si se acercaba y le tocaba aquel bonito trasero, ¿lo recordaría? Tuvo ganas de intentarlo, de acercársele y darle un pellizco mientras le guiñaba un ojo. No le gustaba la idea de que una mujer, cualquier mujer, pudiera olvidar a Rich Slater.

Él recordaba bien a esa calientapollas a quien le gustaba exhibirse en vestidos escotados o tejanos ajustados. Esa furcia que se meaba por el hipódromo como una potranca en celo, abriendo las piernas ante cualquier hombre a quien se le pusiera tiesa.

Rich la deseaba y mucho. Quería levantar esa falda llenas de volante y metérsela para demostrarle lo que era capaz de hacer un verdadero hombre. Pero cuando lo había intentado ello lo miró como si fuera una boñiga que acabara de pisar con la bota, y se rió de él. Se rió hasta que él tuvo ganas de hundirle su bonita cara de un puñetazo. Y tal vez lo habría hecho, pensó Rich, golpeándose la palma de la

mano con el puño. Tal vez lo habría hecho si en aquel momento no hubiese aparecido ese judío descastado.

-¿Algún problema, señorita Naomi?

-No, Moses, ningún problema. Sólo una rata del hipódromo. ¿Cómo está nuestro muchacho?

Y se alejó contoneando las caderas, para ir a arrullar a su maldito potrillo premiado. Y Rich no tuvo más remedio que volver a la cochambrosa habitación que había alquilado y hundirle la cara a golpes a su esposa pálida y poco agraciada.

La muy zorra consideraba que él no era suficiente bueno para ella. Ese día le costó su orgullo, pero después él se vengó apropiadamente arreglando la carrera. El resultado no había sido intencional, por supuesto. Nadie podía predecir que Morales perdería el control de su caballo y chocaría contra el de ella con tanta fuerza. Pero en definitiva había salido bien. Más que bien, por que él fue inteligente y utilizó las circunstancias contra la perra de Chadwick. Pero su venganza aún no había terminado.

Los diez años que ella pasó en la cárcel habían sido sólo el pago parcial. El resto de la deuda la pagaría este sábado.

Kelsey no asistió al desayuno del derbi que se ofrecía en la mansión del gobernador. No sólo no tenía apetito sino que quería quedarse en el hipódromo.

La primera carrera debía iniciarse exactamente a las once y media. Igual que los jockeys, los peones y los cuidadores, Kelsey estaba allí a las seis. La idea de volver al hotel a mediodía para dormir una siesta, le resultó imposible. Prefirió quedarse con Boggsy con otros del equipo y repartirse el pollo asado que habían comprado.

-¿Todavía por aquí? –Moses se dejó caer en el suelo a su lado y cogió un muslo del recipiente.

-¿Dónde más voy a estar? –Comía más por nervios que por hambre y bebía un refresco.

-Podrías estar en tu palco. El espectáculo ya es impresionante. Las tribunas están desbordantes.

-Estoy demasiado nerviosa. Además, allí algún periodista me meterían micrófono o una cámara en la cara.

-Aquí tampoco los evitarás. Tu madre los atrae. Podrías refugiarte en el Matt Win Room.

-Ya –contestó Kelsey lamiéndose los dedos-. Eso es para empresarios. Es lo mismo que sentarse en una sala de sesiones. No es un lugar para ver la carrera. ¿Cómo está Naomi?

-Tensa. No lo demuestra, pero lo está. Y en parte es porque tú estás aquí. Quiere que recibas con ella ese trofeo.

-Lo conseguiremos, ¿no es crees?

-No voy a tentar a los dioses diciendo que sí. –Miró el cielo, entrecerrando los ojos-. Buen día. Seco y despejado. Tendremos una pista rápida.

-Estuve allí a primera hora, mientras la preparaban. Es una belleza. Pensaba ver algunas de las primeras carreras, pero me ponía más nerviosa. –Tomó otro trozo de pollo-. ¿Has visto a Gabe?

-Está en el palco con Naomi. Pero ya vendrá a acosar a Jaime y a ver ensillar a su potrillo.

-Ayer hubo tanto que hacer que apenas lo vi. No sabía si decírselo, porque sé lo que siente, pero Boggs mencionó que creía haber visto al padre de Gabe.

-¿Cuándo? –pregunto Moses dando un respingo.

-Bueno, el jueves, a última hora de la mañana. Pero Boggs dijo que no estaba seguro. ¿Moses? –se puso de pie porque él ya lo había hecho y se encaminaba a la caballeriza.

-Ese hombre equivale a problemas. –Escupió al suelo-. Es hierba mala.

-¿Hierba mala? –Quería sonreír pero los labios no le respondían- ¡Venga, Moses!

-Algunas personas siempre provocan problemas y los transmiten. Rich Slater es una de ellas. –Se encaminó con rapidez al box de Pride para comprobar que estaba bien. Luego se obligó a relajarse. Los caballos percibían las emociones. Quería que Pride estuviera nervioso, acelerado, pero no atemorizado-. Si está en el hipódromo, no lo quiero cerca de este box.

-Los guardias no permitirán que entre ninguna persona no autorizada. Boggs ni siquiera estaba seguro de haberlo visto. Además, ¿qué problema podría causar?

-Ninguno. –Moses acarició el hocico del potrillo y le murmuró con suavidad-. Supongo que yo también estoy tenso. Slater es historia pasada. Una mala historia pero pasada.

-Boggs me contó lo de la carrera de Lexington, y el accidente de Sun Spot.

-Fue duro. En particular para ella. En ese momento Slater trató de jugárnosla, pero disparó contra persona equivocada. Benny Morales era un buen jockey. Ese año volvía a la profesión. Había estado un tiempo alejado a causa de problemas en la espalda. Cunningham le encargó que condujera a su potrillo. Nunca supe si Benny inyectó a ese potrillo porque tenía necesidad de dinero, o si lo hizo porque tenía necesidad de ganarle al potrillo de Chadwick.

<<En realidad ya no tiene importancia>>, pensó Moses. Había sucedido lo peor.

-Había estado trabajando en Three Willows cuando tuvo una mala caída en un entrenamiento. Pasó año y medio antes de que pudiera volver a ponerse de pie. El señor Chadwick le ofreció el cargo de cuidador asistente, pero Benny quería montar, demostrar los que valía. Así que Cunningham le ofreció su caballo.

-¿Era capaz?

-En realidad no lo sé. Tomaba muchos sedantes. Se esforzó en volver a estar en peso. No había mucha gente que pudiera emplearlo, así que Cunningham lo consiguió barato. Pero terminó costándole muy caro. Bueno –volvió a acariciar a Pride-, eso también es historia pasada. Y estamos frente a una nueva carrera. La carrera. Ya casi es hora de llevar a nuestro muchacho al coral.

El primer sábado de mayo, los caballos podían andar de las caballerizas al corral sólo una vez. Tres años antes, Pride retozaba feliz junto a su madre en una pradera, en uno de los primeros pasos de un sueño. Un año después galopaba por el campo, corría con sus compañeros o con su propia sombra. El entrenamiento, el desarrollo de músculos y de huesos, aprender la poesía y el poder del movimiento era algo exclusivo de los purasangre. Y luego llegó ansioso al cabestro, y en una madrugada sintió por primera vez el peso de un hombre sobre el lomo.

Un día lo llevaron a una gatera y lo obligaron a aceptar su confinamiento. Lo entrenaron en la pista de práctica. Aprendió a reconocer el olor de su mozo de cuadra, a sentir calor en las patas y peso en el lomo. Y finalmente aprendió a hacer aquello para lo que había nacido: correr.

Ahora, había hecho el trayecto hasta el derbi. Sería la única vez. No había una segunda oportunidad.

A las 17.06 estaba en el corral y Pride se encontraba listo para ser ensillado. Se comprobaban los tatuajes, el pelaje ya las marcas de los diecisiete participantes. Igual que en todas las demás carreras, pero ésta era muy diferente.

Sólo se había borrado un caballo. Nadie mencionaba al potrillo de California que esa mañana se había lesionado en el entrenamiento. Mala suerte.

En las habitaciones los jockeys, los jinetes se pesaban. Sesenta y tres kilos exactos, incluyendo la montura. Reno subió a la báscula, la miró y sonrió. Las horas pasadas en las saunas habían valido la pena. Instantes después, luciendo las camisas de colores resplandecientes, los jinetes se encaminaban al corral.

La espera ya casi había terminado.

En las tribunas, el público se movía inquieto, excitado, jubiloso.

El tablero de las apuestas titilaba y frente a las ventanillas se alineaban los apostadores.

Eran las 17,15. Los caballos estaban ensillados y los ponies acompañantes, son las colas trenzadas y flores en la crin. A pesar de las nubes blancas que flotaban en el cielo, el aire era denso. La tensión pesaba.

-No te preocupes por tomar la delantera –Le dijo Moses a Reno-. Deja que el potrillo de Arkansas se adelante hasta la primera curva. Pride corre bien en la recta.

-Lo enhebrará como si fuera una aguja –dijo Reno, asintiendo. Aunque hablaba con tono inexpresivo, sudaba bajo la camisa de seda.

-Y háblale, no lo olvides. Se matará corriendo si se lo pides.

Reno asintió, luchando por mantener en los labios la sonrisa de arrogancia. ¡Se jugaban tantas cosas en esos dos minutos de pura velocidad!

-¡Los jockeys a montar!

Ante el anuncio del juez del corral, Moses palmeó el hombro de Reno y luego lo ayudó a montar. En ese momento se internarían en el túnel, rumbo a la pista.

-¿Lista? –Naomi cogió la mano de Kelsey.

-Sí –Respiró hondo-. Sí, lo estoy.

-Yo también. –Después de dar dos pasos, Naomi meneó la cabeza-. Espera un minuto. –Con su elegante vestido rojo y su collar de perlas, cruzó el corral a la carrera. Alcanzó a Moses, le hecho los brazos al cuello y lo besó.

-¡Naomi! –exclamó él, y se apartó de ella ruborizado, presa de una mezcla de orgullo y timidez, como el chico a quien han pescado haciendo una travesura-. ¿Qué te pasa? Hay...

-¿Gente mirando? –completó ella la frase, Y volvió a besarlo-. ¡Al diablo con tu pruritos, Moses!

Todavía reía cuando volvió corriendo junto a Kelsey.

-Bueno, asunto terminado.

Divertida y extrañamente emocionada, Kelsey preguntó:

-¿Asunto terminado?

-Es una discusión que mantenemos desde hace años. Él no quiere que se conozca nuestra relación por que no le parece digna de una mujer de mi posición. –Se echó atrás el pelo. ¡Dios! Se sentía joven, libre e increíblemente feliz-. Es sólo un caso de lamentable orgullo masculino, por supuesto. El que tienen todos.

Kelsey lanzó una carcajada.

-¿Por qué no te casa con él?

-Porque nunca me lo ha pedido. Y supongo que yo tengo demasiado orgullo femenino para pedírselo. Y hablando de hombres. –Gabe se dirigía hacia ellas-. Antes de que él pueda oírme, he de decirte que es uno de los ejemplares más fabulosos que he conocido.

-Sí, tiene algo en sus ojos –afirmó Kelsey-. Y en la boca. Y en los pómulos. –Sonrió con picardía-. Y por supuesto también está ese trasero maravilloso.

-Lo he notado –contestó Naomi con una risita-. El hecho de que casi tengo edad suficiente para ser su madre, no significa que esté ciega.

-¡Señoras! –Gabe inclinó la cabeza. Cuando dos mujeres tenían esa mirada en los ojos, algo tramaban-. ¿Queréis compartir la broma conmigo?

Ellas se miraron y menearon la cabeza.

-Pues no.

Cada una se cogió de uno de los brazos de Gabe y los tres se encaminaron hacia el palco.

En medio de la tribuna, rodeado de sombreros, camisas de seda y vestidos elegantes, Rich bebía su tercer vaso de menta. El sitio que le había conseguido Cunningham no era nada del otro mundo, pero él tenía un par de binoculares de bolsillo. Con ellos observó a Gabe, que en ese momento escoltaba a las mujeres hacia el palco.

Son dos beldades, pensó. Naomi con su llamativo vestido rojo, la hija con su llamativo vestido azul y ambas cabezas rubias resplandecientes.

Se preguntó si el muchacho se habría acostado con ambas. Lo imaginó como un sándwich en medio de aquellas dos mujeres hermosas y sensuales. Seguro que follaban como dos conejas.

-Mira, querido, ¿no te parece bonitos con esas flores en la crin?

Cherri, que había durado toda la semana con él gracias a sus habilidades sexuales y a su alta tolerancia a la ginebra, le tiró del brazo. Rich miró lo que le señalaba.

-¡Por supuesto, querida! Son una verdadera delicia

Los caballos que participarían en la carrera daban la vuelta a la pista escoltados por ponies con flores en las crines y jinetes de librea. El potrillo de Arkansas piafaba y trataba de morder al caballo que lo precedía. El jinete del poni ayudó al jockey a tranquilizarlo.

Los caballos desfilaban en medio de los vítores de la multitud

-¡Esto es increíble! –dijo Kelsey-. Sencillamente increíble. –Meneó la cabeza cuando Gabe le preguntó si quería beber algo-. No podría tragar nada. Apenas consigo respirar. ¡Oh, Dios! ¡Los están metiendo en las gateras!

Todos estaban en sus respectivos puestos: los caballos, los jockeys, los asistentes. En la cabina, dos jueces observaban todo con los binoculares, esperando la salida. Un tercer permanecía dentro, frente a dos monitores de televisión. Había otros instalados en la línea de salida.

<<Empieza la carrera>>, anunciaron por los altavoces.

En el pasado el derbi se iniciaba con un latigazo. Ahora pulsaban un botón y resonaban las palabras que todo el mundo esperaba.

<<¡Salida!>>

El ruido de la multitud y el ruido de cascos sobre la pista. A Kelsey el corazón le dio un vuelco.

Tanto colorido y tanto sonidos podían empañarse en una vista deslumbrada y perderse a causa de un pulso acelerado. El grupo de caballos pasó por primera vez frente a las tribunas. El favorito, nacido en Kentucky, iba en cabeza.

Con los binoculares, Kelsey buscaba a Pride. Los colores de la camisa de Reno resplandecieron cuando él empezó a adelantarse hasta quedar hocico a hocico con el potrillo de Gabe. Entre ambos corría Big Sheba, la yegua de Cunningham.

-¡Se está adelantando! ¡Se está adelantando! –gritaba Kelsey. Su voz se perdía en un muro de sonidos. Naomi le hundía los dedos en el brazo.

Al llegar a media milla, en cuarenta y cinco segundos, Pride se adelantó a Midnight Hour, con Reno encorvado sobre el lomo.

Kelsey alcanzaba a ver volar la arena, las camisas de colores hinchadas por el viento, las fustas que caían, el poderío de aquellas patas largas y delgadas.

Midnight Hour se retrasó hasta quedar en cuarto lugar. A los tres cuartos, Pride tomó la delantera, un pescuezo, medio cuerpo, pero el potrillo de Longshot acertó distancias. Algunos comentarían que era una carrera entre dos caballos, con valiente yegua detrás, a dos cuerpos de distancia. El potrillo de Arkansas se separó del montón corriendo desde atrás, y la multitud enloqueció.

Entonces llegó la última recta, todo o nada.

Sucedió con rapidez, Pride tropezó y sus patas flexionaron como alambre. Reno soltó los estribos y salió impulsado hacia delante. Mientras caballos y jinetes luchaban por impedir la colisión, el potrillo intentó levantarse, pero no lo consiguió y se dejó caer sobre sus patas, quedando tendido.

Double or Nothing cruzó la línea de llegada en dos minutos, tres segundos y tres cuartos, mientras desde todas partes corrían peones a la pista para ayudar al campeón herido.

CAPÍTULO 16

Gabe entró en el círculo de ganadores sin experimentar la emoción de la victoria. Un trofeo de oro, una manta de rosas color sangre. Las cámaras enfocaban al ganador del derbi, al potrillo de Virginia con sus colores rojo y blanco manchados de tierra y sudor. El jockey se inclinó sobre el cuello de Double para recibir un ramo de rosas y, con expresión sombría, acarició a Double.

-Señor Slater –fue todo lo que pudo decir cuando Gabe le estrechó la mano-. ¡Dios mío, señor Slater!

Gabe sólo asintió.

-Has hecho una excelente carrera, Joey. Un récord del derbi.

Los ojos de Joey, enmarcados por la suciedad dejada por las gafas, no registraron ninguna alegría ante la noticia.

-¿Qué ha ocurrido con Reno y Pride?

-Todavía no lo sé. Disfruta de tu momento de triunfo, Joey. Tú y el potrillo os lo habéis ganado-. Gabe rodeó el cuello del potrillo con sus brazos, sin preocuparse del sudor que lo cubría-. Después pensaremos en los demás-. Se volvió hacia Jamison, para que el cuerpo de su cuidador impidiera que los fotógrafos lo enfocaran-. Tú estabas más cerca, Jaime. ¿Qué sucedió?

Con el rostro pálido de la emoción y los ojos nublados, Jamison miraba fijo el ramo de rosas que sostenía en la mano.

-Se derrumbó, Gabe. Ese potrillo maravilloso sencillamente se derrumbó-. Entonces levantó la vista con expresión desesperada-. Double habría vencido. – Su voz era una súplica-. Lo sé, lo presiento.

-Ahora ya no importa. –Pero Gabe apoyó una mano sobre el hombro de su cuidador. El gusto de la victoria tal vez fuera amargo, pero no lo podía negar.

Los guardias mantenían alejados a los periodistas y los aficionados. Kelsey alcanzaba a oír sus voces tras el biombo que los aislaba, alcanzaba a ver las sombras del otro lado. Había vítores, preguntas, reclamos. Pero todo eso formaba parte de otro mundo, de un mundo que estaba más allá del velo blanco y transparente que separaba la vida de la muerte. Allí sólo quedaban los sollozos ahogados de su madre.

-¡Moses! –Él abrazaba a Naomi, le acariciaba el pelo, la sostenía y compartía el dolor que ambos sentían-. ¡Oh, Moses! ¿Por qué?

-No debí haber apostado. –Con el rostro anegado en lágrimas, Boggs aferraba contra su pecho la montura de Prinde-. No debí apostar.

Con suavidad, Kelsey pasó la mano sobre el cuello de Pride. “Tan suave –pensó-, tan inmóvil...” Estaba cubierto de tierra, un legado de su esfuerzo. Habría que lavarlo y cepillarlo.

Lo acarició por última vez y luego se obligó a levantarse. Recogió las anteojeras cubiertas de tierra y las depositó con suavidad sobre la montura.

-Lleva sus cosas de vuelta a las caballerizas, Boggs.

-No está bien, señorita Kelsey.

-No, no está bien. –Tenía el corazón terriblemente dolorido por la crueldad de lo ocurrido-. Pero cuida de sus cosas, como siempre. Debemos alejar a mi madre de aquí.

-Alguien tiene que quedarse. Alguien tiene que encargarse de él.

-Yo me quedaré.

Con los ojos llenos de lágrimas, Boggs la miró y por fin asintió.

-Es lo que corresponde. –Se volvió y se alejó, como un paje que porta la espada y la armadura de su señor.

Kelsey se agachó, apelando a todo su control.

-Moses, ella te necesita. ¿Quieres llevarla de regreso al hotel?

-Hay mucho que hacer aquí, Kelsey.

-Yo me encargaré de todo lo que pueda. El resto tendrá que esperar. –Apoyó una mano sobre el brazo de Naomi y lo acarició para que no siguiera temblando-. Mamá. –Sólo Moses se dio cuenta de que era la primera vez que la llamaba así.- Ahora ve con Moses.

Destrozada por la culpa y el dolor, Naomi se tambaleó cuando Moses la ayudó a ponerse en pie.

Bajó la vista para mirar al potrillo. Virginia’s Pride, pensó. Su orgullo.

-No tenía más que tres años –murmuró-. Tal vez sea el máximo tiempo que yo logro mantener algo.

-¡No digas eso! –Aunque debía luchar contra sus propios demonios. Kelsey aferró la mano de su madre-. Ahí fuera hay mucha gente. Debes recuperar la entereza y ser fuerte.

-Sí... -Los ojos de Naomi parecían ciegos -. Tengo que ser fuerte...

Kelsey la acompañó hasta el otro lado del biombo e hizo una mueca cuando la asaltó el brusco bullicio de la multitud. Sabía que recordaría eso durante toda su vida: la emoción de la carrera, la conmoción de la caída, los vítores y los gritos de la multitud que de repente se convirtieron en un terrible silencio, la manera en que los mozos de cuadra corrieron hacia el fatídico lugar, y toda la confusión y los movimientos para sacar de la pista al caballo y al jinete.

¿Cuántas veces cerraría los ojos y volvería a ver las patas de Pride doblarse en un ángulo inconcebible? ¿O volvería a escuchar los sordos sollozos de su madre?

-¡Kelsey! -Gabe había corrido del círculo de los ganadores a las caballerizas, aferrándose a un débil hilo de esperanza. Pero ese hilo se cortó en cuanto vio la cara de Kelsey-. ¡Maldita sea! -La abrazó y la estrechó con fuerza contra su pecho-. ¿Han tenido que sacrificarlo?

Ella se permitió dejar un momento, sólo un momento, el rostro hundido contra el pecho de él.

-No, ya había muerto. Boggs fue el primero en llegar, pero ya todo había acabado.

-Lo siento. ¡Dios, cómo lo siento! ¿Y Reno?

Kelsey respiró hondo para tranquilizarse.

-Se lo llevaron al hospital. A los enfermeros no les pareció que fuera nada serio, pero estamos esperando noticias. -Se enderezó y secó las lágrimas que humedecían sus mejillas -. Ahora tengo que hacerme cargo del resto.

-Sola no.

Ella meneó la cabeza. No podría permitirse el lujo de la autocompasión, de lo contrario se derrumbaría.

-Tengo que hacerlo. Por mamá y por el potrillo. Te veré luego, en el hotel.

-No te dejaré aquí.

-Tengo a Boggs y al resto del equipo.

Comprendiendo que era inútil insistir, Gabe cedió.

-Bien. Me apartaré de tu camino. Si llegas a necesitar algo, Jamie estará por aquí.

-Gracias, Gabe.

Era una pesadilla. Cuando Kelsey volvió al hotel, cerca de la medianoche, sus emociones eran como una herida abierta. Sabía que las autoridades del hipódromo ya habían hablado con su madre y con Moses y les habían dicho que no había sido una jugarreta del destino ni la mala suerte de Boggs. Había sido un crimen.

A Pride le habían inyectado una dosis letal de anfetaminas. Una droga que le disparó el corazón, y que, mientras galopaba valientemente por curvas y rectas, produjo adrenalina y se diseminó por su sistema nervioso hasta que el corazón dejó de latir.

Ahora, Three Willows y todos los involucrados tendrían que enfrentarse a una investigación en toda regla: ¿habían drogado al caballo con una dosis equivocada y habían creído que, de alguna manera, en la saliva de Pride no se descubriría la droga?

¡O algún otro, un rival, había inyectado al caballo para aumentar las posibilidades del propio! Alguien que tenía tanta necesidad de ganar que estaba dispuesto a matar al potrillo y arriesgar la vida de quien lo montaba.

Kelsey vaciló ante la puerta de la suite de su madre. ¿Qué más podía hacer allí? Naomi tenía a Moses para que la consolara y la tranquilizara.

Se dirigió hacia su habitación, pero no pudo entrar. Más allá de la fatiga, había una energía que la obligaba a mantenerse en movimiento. Impulsada por esa energía, recorrió el pasillo y llamó a la puerta de Gabe.

Él no la esperaba, sobre todo después de que Kelsey lo hubiera despedido. Y menos después de enterarse de la causa de la muerte de Pride. Pero allí estaba ella, con mirada sombría y semblante pálido y traslúcido. De modo que retrocedió y la dejó entrar.

-¿Te has enterado?

-Sí, lo sé. Siéntate antes de que te desmorones, Kelsey.

-No puedo. Creo que si me siento no podré volver a moverme. Alguien lo mató, Gabe. A eso se reduce todo. Alguien tenía necesidad de eliminar a Pride de la carrera y lo asesinó.

Gabe se dirigió al bar y cogió una botella de coñac.

-Y el ganador fue mi potrillo.

-Sí. Lamento no haberte felicitado, pero... -De pronto, al ver la expresión de Gabe, enmudeció-. ¿Crees que he venido a acusarte?

A pesar de la cólera que sentía, Gabe sirvió con mano segura una ración de coñac.

-Me parecería lógico.

-¡Al diablo con eso! ¡Y al diablo contigo si me consideras tan mezquina!

-¿Que yo te considero mezquina? –Lanzó una carcajada breve y dura-. Lo que yo piense de ti y acerca de ti, Kelsey, no tiene nada que ver. El hecho es que tu caballo ha muerto y que el mío me proporcionó un millón de dólares en sólo dos minutos. Es un motivo bastante bueno para un crimen, y no serás la única que lo piense.

Ella rechazó con brusquedad la copa que Gabe le ofrecía y un poco de coñac se derramó sobre la alfombra.

-Te has olvidado de un ingrediente, Slater. Aparte de los hechos, cuenta el carácter de las personas.

-Es cierto. –Depositó sobre una mesita la copa que ella había rechazado y bebió con lentitud el vaso de agua que se había servido-. Bueno, el mío es bastante negro.

-Permite que te diga algo acerca de ti mismo, Gabriel Slater, hombre duro. Tienes debilidad por los caballos. Te fascinan tanto y vives tan dedicado a ellos como una chica de doce años que sueña con el Corcel Negro. –Echó atrás la cabeza, satisfecha al ver el impacto que sus palabras causaban en Gabe.

-¿Qué dices?

-Los quieres con toda tu alma. ¿Creíste que no nos enteraríamos de que trataste de comprar la potranca de Cunningham porque te preocupaba que la maltratara y la adiestraran mal?

Gabe volvió a ponerse la coraza, pero ella había logrado atisbar lo que había detrás y no cedió.

-¿Crees que tus peones no les comentan a los nuestros que juegas con los potrillos como si fueran cachorros y que pasas las noches levantado cuando tienes un caballo enfermo? Eres un ingenuo, Slater.

-Son mi inversión.

-Di más bien que son tu amor. Y una cosa más –añadió mientras le hundía un dedo en el pecho-: no me gusta que me digas lo que crees que debo pensar. Querías ganar esa carrera tanto como yo, y arreglar un resultado no es ganar. Considerando que te has pasado la vida jugando con probabilidades, eso es algo

que deberías saber. Así que si piensas seguir compadeciéndote cuando deberías estar compadeciéndome a mí, me iré y dejaré que lo hagas en paz.

-Espera. –La cogió del brazo, impidiendo que se marchara-. Tienes un genio muy rápido, querida. –Dejó su vaso sobre la mesa y se llevó la mano al corazón-. Y una puntería infalible. Tú ganas, ¿de acuerdo? Y ahora, ¿podemos sentarnos?

-Tú puedes sentarte. Yo necesito caminar para quitarme los nervios de encima.

Sin saber si se sentía enfadado o divertido por la definición exacta que acababa de hacer Kelsey de él, Gabe se dejó caer sobre el brazo de un sillón.

-Lo siento, Kelsey. Sé que las palabras no sirven de mucho, pero lo siento de veras.

-En este momento intento no pensar en lo mal que me siento. Me preocupa Naomi.

-Ella luchará y se sobrepondrá.

-Supongo que todos lucharemos. –Se acercó a la mesa, cogió la copa y bebió un sorbo de coñac-. Cuando me dijeron lo de la droga fue terrible. Era como volver a perderlo. Están examinando todas las bolsas de residuos y agujas hipodérmicas. Pero aun si encontraran algo, ¿de qué serviría? Pride está muerto.

-Si la Comisión de Carreras encontrara la aguja que lo mató, esa aguja podría conducirlos hasta el asesino.

Ella meneó la cabeza.

-No, no lo creo. No puedo creer que el asesino haya sido tan descuidado como para arrojar la aguja a una bolsa de residuos, y de haberlo hecho, dejar huellas digitales o cualquier otra prueba incriminatoria-. Cuando descubra quién fue (y lo descubriré) quiero hacerlo sufrir. –Volvió a tomar la copa y observó el líquido ámbar-. Literalmente, ese potrillo corrió hasta destrozarse el corazón. –Se estremeció. –Reno sólo se dislocó un hombro y se rompió la clavícula. Gracias a Dios.

-Joey me dijo que volverá a montar dentro de unas semanas, Kelsey.

“¡Basta de compadecerte! –se ordenó ella-. Piensa en el futuro.”

-Tal vez para la carrera de Preakness. Tú conoces a nuestro potrillo High Water. Podría correr una carrera decente.

-¡Muy bien! –exclamó Gabe-. Ya vuelves a ser la Kelsey de siempre.

Ella sonrió.

-Tendremos que trabajar mucho... Hoy vi cómo se llevaban a Pride y me dolió. Nunca había perdido a un ser querido. No supuse que el primero sería un caballo, pero lo quería.

-Lo sé.

-Tú también lo querías. –Se acercó a Gabe y le acarició una mejilla-. Lamento haber estado tan fría cuando te ofreciste a quedarte y acompañarme. Si te hubieras quedado me habría derrumbado, y sabía que sola podría arreglármelas.

-Supuse que no querías tenerme cerca porque eso te recordaría que había ganado la carrera.

-Me alegra que hayas ganado. Fue lo único bueno del día. De haber podido, me habría gustado verte entrar en el círculo de los ganadores. Me habría encantado estar allí cuando te entregaron el trofeo. –Sonrió y se metió una mano en el bolsillo-. ¡Dios, lo había olvidado! Mira. –Le enseñó dos boletos. En uno apostaba a Pride, en el otro a Double-. Aposté por los dos.

Gabe miró los boletos, tan emocionado como ante una declaración de amor.

-Y la misma cantidad a los dos.

-Supongo que quería a los dos por igual.

Gabe la miró. Los colores con que el enojo le tenía las mejillas habían desaparecido, dejándole el rostro tan delicado como un cristal. La mano que sostenía en la suya ahora estaba áspera por el trabajo manual, pero seguía siendo larga, fina y elegante. Todavía llevaba el vestido de seda azul y los zapatos de tacón alto que se había puesto para la carrera. Le acarició un mechón de pelo que escapaba de la trenza. Era del color del trigo cuando lo ilumina el sol del atardecer.

El contacto de la mano de Gabe y el súbito silencio le aceleró el pulso. Se recordó que estaba cansada y abatida. Había pasado horas enfrentando a los periodistas y rehuyéndoles. Contestando preguntas, rechazando rumores de lo que prometía ser el principio de un frenesí alimentado por la prensa. Sin embargo, se sentía llena de renovadas energías.

-Es tarde. Debería irme... Debo ver cómo está Naomi.

-Ella tiene a Moses.

-A pesar de todo quiero saber cómo está.

Gabe sonrió y sus ojos no se apartaron de ella.

-A pesar de todo –repitió.

-Ha sido un largo día.

-El más largo. La clase de día que despierta toda clase de emociones. ¿Sabes qué excitante resulta ver tus sentimientos reflejados en tu cara? –Se le acercó, pero sin tocarla-. Nervios, necesidades, dudas... impulsos.

¿Cómo no se iban a reflejar en su rostro si la recorrían como vientos de tormenta?

-No soy buena para esto, Gabe. Conviene que lo sepas desde el principio.

-¿Que no eres buena para qué?

-Para... -Chocó contra un sillón, lanzó una maldición y lo rodeó-. Para todo eso de la seducción... Además, en este momento...

-No podría haber un momento peor –convino él. Podía retroceder y dejarla ir. Sufriría, pero podía hacerlo-. Tendrás que decirme que no me deseas. Y ahora mismo. Tendrás que decir sí o no, Kelsey. Ahora.

-Es lo que trato de hacer, pero no me dejas. –Intentó zafarse cuando él apoyó las manos contra la pared, una a cada lado de su cabeza.

-Te parece arriesgado y no has calculado las posibilidades. –Su temeridad, tan familiar y antigua, lo recorría como un motor en marcha. Perdiera o ganara, lo dejaría funcionar-. Las apuestas son altas y siempre es más fácil abstenerse. ¿Es eso lo que quieres? ¿Estar a salvo?

Casi sin darse cuenta de lo que hacía, ella meneó la cabeza con lentitud. Y como su mirada ni por un instante se apartó de la de él, alcanzó a ver en sus ojos una llamarada de triunfo.

-¡Al diablo con las posibilidades! –La atrajo hacia sí-. ¡Apostemos!

Kelsey dejó de lado todo reparo y cautela. En ese momento quería exactamente lo que él le daba, una boca ávida, manos inquietas. Fuesen cuales fuesen los riesgos, ya estaba perdida en el juego.

Jadeó, sorprendida, cuando él la empujó contra la pared y comenzó a quitarle la chaqueta. No esperaba tanta vehemencia en él, ni en sí misma. Pero sus dedos ya se ocupaban en abrirle la camisa con ansia, presa de la excitación.

Ella estrechó a Gabe con los músculos tensos y lo besó con avidez. No quería palabras suaves ni manos timoratas. Algo hacía erupción en su interior y tenía necesidad de que se sucediera rápido, que fuera ardiente. “Tómame.” Era el

único pensamiento que latía en su mente y en su sangre. Cuando la boca de Gabe trazó una línea de fuego a lo largo de su cabello y su hombro, oyó su propia respiración, ronca, jadeante y extraña.

Fue ese jadeo lo que eliminó el poco control que le quedaba. Con un sonido que fue casi un gruñido, Gabe le tomó las manos y se las alzó por encima de la cabeza. Ella temblaba pero sus ojos refulgían de pasión y desafío. Con las muñecas de Kelsey sujetas por sus manos, Gabe le rasgó la camisa. Ella se estremeció, pero su mirada no vaciló.

El sostén de seda apenas le cubría los pechos. Gabe le observó el rostro mientras le recorría la pierna con una mano hasta encontrar la parte superior de las medias y luego las bragas. Y notó que los ojos de ella se nublaban cuando con los dedos le separó los húmedos labios vaginales y a continuación la penetró con dureza.

Ella gritó, sorprendida, sintiéndose súbitamente invadida hasta las entrañas por aquel miembro ardiente y poderoso. Las sensaciones la ahogaban, la hacían tambalear y ver reflejos cegadores mientras retenía en su interior la virilidad de Gabe y recibía sus frenéticas embestidas. Sacudió la cabeza mientras su cuerpo estallaba en un clímax arrebatador.

Su alivio fue como un géiser que hervía desde las profundidades, imposible de detener. Pero cuando Kelsey se sintió consumida, agotada y vacía, Gabe volvió a excitarla. Con manos despiadadas y rudas, le tironeó la falda. Apoyó la boca ansiosa sobre los pechos, hasta que ella se sintió nuevamente presa del deseo. El sabor de su piel era exótico, salado de transpiración y suave como el agua. Alcanzaba a oír sus jadeos sedientos y veloces, los quejidos que se ahogaban en su garganta mientras el corazón le latía con desesperación.

Kelsey sintió un placer instintivo cuando hundió las uñas en la espalda de Gabe, y también lo sintió en su propio cuerpo tenso, estremecido, palpitante bajo las ávidas caricias de él. Y Gabe volvió a penetrarla profundamente, mientras con las manos le sujetaba las caderas. Dos gemidos idénticos temblaron en el aire cuando Gabe le levantó las piernas para embestirla con frenesí desbocado. Ambos se besaron con ardor, sofocando los jadeos mientras cabalgaban hacia un final acalorado y sudoroso.

Exhausta, apoyó la cabeza sobre el hombro de Gabe. Su cuerpo estaba agotado y flácido. Si no hubiese estado apretada entre el cuerpo de Gabe y la pared, se habría derrumbado sobre el suelo, como si no tuviera huesos.

-¿Quién ganó? –logró preguntar.

Con el poco aliento que le quedaba, él logró reír.

-Ha sido un claro empate... ¡Dios mío! ¡Eres increíble!

Kelsey ni siquiera tuvo fuerzas para ponerlo en duda. A medida que se le empezaba a aclarar la mente, se dio cuenta de que acababa de hacer el amor de una manera violenta y frenética, de pie, y que las ropas de ambos se habían convertido casi en jirones.

-Nunca me había sucedido algo parecido...

-Me alegro. –Gabe comprendió que no podían pasar el resto de la noche apoyados contra la pared, por lo que se apartó y la sostuvo.

-No quiero decir que... -Se interrumpió y notó vagamente que todavía tenía puesta una sandalia de tacón. Se la quitó de un puntapié-. Quiero decir que nunca. Cuando estaba casada, simplemente... es decir. Bueno, no importa.

-No te detengas –dijo él mientras la acompañaba al dormitorio-. Me encantan las comparaciones. Cuando son a mi favor.

-Es la única que puedo hacer. Aparte de Wade... no hubo nadie más aparte de Wade.

Él se detuvo en el momento en que iba a depositarla sobre la cama.

-¿Antes que él no hubo nadie?

“Ése es mi problema en la cama –pensó Kelsey-. Hablo demasiado.”

-Pues... no.

Gabe se irguió y volvió a besarla. Tal vez fuese una antigua fantasía machista eso de querer ser el único, pero decidió olvidar a Wade y disfrutar de aquella mujer maravillosa. La depositó sobre la cama y dijo:

-Tu ex no era sólo un capullo. Además era un imbécil.

- Creo que tendrás que prestarme una bata o algo, para que pueda volver a mi habitación –dijo ella para cambiar de tema.

Gabe sonrió, subió a la cama y la cubrió con su cuerpo.

-Hablo en serio, Gabe. No puedo recorrer el pasillo sólo cubierta con esto. – Sintió los jirones de camisa que se arrugaban entre los cuerpos de ambos-. O lo que queda de esto –se corrigió.

-Te queda muy bien. –Levantó una mano y cogió uno de sus pechos-. Pero esta vez creo que te sacaré lo poco que queda.

-¿Esta vez? –Su corazón se aceleró cuando, con gesto perezoso, él pasó el pulgar por un pezón-. Yo no podría... Y tú tampoco.

Gabe arqueó una ceja mientras apoyaba la boca sobre la de ella

-¿Quieres apostar?

Kelsey habría perdido. Varias veces. Cuando el alba empezó a colarse por la ventana, estaba tendida sobre él, con el cuerpo todavía tembloroso por el último orgasmo, la mente demasiado entumecida para poder dormir.

-Tengo que irme. He de ir al hipódromo.

-Necesitas dormir y luego te hará falta comer –repuso él-. Después iremos al hipódromo.

-¿Podemos pedir café? –Empezaba a arrastrar las palabras porque el cansancio la doblegaba.

-Por supuesto. Dentro de un rato. –Le acarició el pelo y la espalda, no con intención de excitarla sino de adormecerla-. Ahora debes desconectar, cariño.

-¿Qué hora es?

Gabe miró el reloj y mintió con descaro.

-Las cuatro –dijo, aunque ya pasaban de las seis.

-Está bien dormiré un par de horas. –Se sintió caer en un túnel de oscuridad, ligera como una pluma-. Sólo un rato.

Gabe la acomodó con suavidad, le apartó el pelo de la cara y la cubrió con las sábanas. Todavía estaba pálida y sus ojeras parecían ribetes de mármol. Gabe la observó por unos minutos dormir, y supo que la amaba.

Incómodo con esa sensación, retrocedió, alejándose de ella y de la cama. Se recordó que el sexo, por bueno que fuera, estaba muy lejos de ser amor.

La había deseado y ahora la tenía, pero eso no significaba que tuviera que saber con exactitud que sucedería después. Kelsey necesitaba un amigo tanto como un amante. Y dado que él pensaba ser ambas cosas, lo mejor sería que empezara por ser su amigo.

Tomó una ducha y cuando salió del baño ella aún no se había movido. Se dirigió a la sala y cogió el bolso de Kelsey. Un billetero, un paquete de Kleenex y una libreta de direcciones. La llave de su habitación estaba en un compartimiento del bolso, junto con un lápiz labial, un frasquito de perfume –que olió con fruición – y un billete de veinte dólares.

Deslizó la llave dentro de su bolsillo y la dejó dormir.

Se encaminó a la habitación de Naomi. Moses abrió la puerta a la primera llamada. Parecía extenuado, pero le tendió la mano con una sonrisa.

-No tuve oportunidad de felicitarte. Tu potrillo ha hecho una carrera estupenda.

-Tenía un maravilloso competidor. Y no era así como yo quería ganar.

-Ya. -Moses lo hizo pasar y le dio una palmada en la espalda-. Es un momento difícil para todos, Gabe. Y ahora que sabemos algo con respecto a cómo sucedió, resulta todavía más difícil.

-¿Supongo que no hay más noticias?

-La investigación sigue su curso. Y Three Willows iniciará su propia investigación. -En su rostro curtido, los ojos eran duros como el ónix-. Lo único que sé es que alguien quería que ese caballo muriera. ¡Un maldito cabrón!

-No tienes más que decir su puedo ayudar en algo, o cualquiera de Longshot. Necesitamos las respuestas tanto como vosotros. -Gabe miró la puerta del dormitorio que en ese momento se abría.

Apareció Naomi. De haber sido un boxeador, Gabe habría dicho que estaba lista para subir al ring. Había desaparecido toda su fragilidad del día anterior y llevaba un vestido rojo oscuro, lo más parecido a un vestido de luto que tenía, y en su rostro, había una expresión sombría y decidida. Reaccionó como Gabe suponía.

-Me alegra que hayas venido. -Se acercó, le puso las manos sobre los hombros y apoyó la cara contra la de él-. Esto es duro para los dos. -Retrocedió, pero sin apartar las manos de los hombros de Gabe-. También van a hablar mucho de ti. Quiero que formemos un frente unido.

-Yo también.

-Lo sucedido me resulta odioso. Odioso para mí, por ti y por el turf. Pero lo superaremos. Acabo de anunciar una conferencia de prensa. Me gustaría que estuvieras allí.

-¿Dónde y cuándo?

Naomi sonrió y le acarició la mejilla.

- A mediodía, en el hipódromo. Creo que es importante que la hagamos allí. Tras la autopsia llevaremos a Pride a casa. -Hizo una pausa y respiró hondo-. Debemos estar preparados para recibir mucha atención de la prensa durante las

próximas semanas. Y con la carrera de Preakness habrá aún más especulaciones. –Sus ojos se endurecieron-. Conviene que ganes esa carrera, Gabe.

-Eso pienso hacer.

Ella asintió.

-Le daré a Kelsey otra hora antes de llamarla –dijo Naomi-. Ayer debió sufrir mucho. Debe estar exhausta.

-Sin duda. –Los nervios que recorrieron la espalda de Gabe le parecieron ridículos. Metió las manos en los bolsillos y manoseó la llave de la habitación de Kelsey-. Kelsey pasó la noche conmigo. Ahora duerme. Voy a sacar algo de ropa de su habitación y después me aseguraré que coma algo.

El silencio se prolongó. Cinco minutos. Diez. Finalmente Naomi emitió un suspiro.

-Me alegra que hayas estado con ella –dijo-. Me alegra que seas tú.

-Pero tal vez no te alegre tanto saber que seguiré siendo yo.

Ella arqueó una ceja.

-¿Estás hablando de matrimonio, Gabe? –Rió por primera vez en horas-. ¡Ah, te has puesto pálido! ¡La típica reacción masculina! –Le palmeó el brazo mientras él seguía mirándola fijo-. Será mejor que te vayas, querido, antes de que empiece a hacerte preguntas comprometedoras. Si pudiera tener a Kelsey aquí a las once, podríamos ir todos juntos al hipódromo. Ah, y llévale el traje azul oscuro, con la camisa color coral.

Naomi lo empujó hacia la puerta, la cerró tras él y se apoyó contra ella.

-¡Oh, Moses, qué día más horroroso! Y ahora por un instante, me he sentido muy bien. ¿Crees que Kelsey sabe que Gabe está enamorado de ella?

Lo único que Kelsey sabía era que estaba furiosa con él. No solo la había dejado dormir demasiado sino que se había ido... con su llave. Estaba prisionera en el cuarto de Gabe, sin una sola prenda decente.

Tomó una ducha fría que no consiguió calmarla y se cubrió con la bata del hotel que colgaba detrás de la puerta del baño. Con el pelo envuelto en una toalla empezó a pasearse por la habitación a la sala.

Barajó la posibilidad de llamar a la suite de Naomi, pero le dio vergüenza tener que explicar que estaba prácticamente desnuda y encerrada en la suite de Gabe.

Cuando oyó abrirse la puerta, se encaminó hacia allí, furibunda.

-Me gustaría saber que coño te crees para... ¡Oh!

Ella y el camarero se miraron, igualmente confusos.

-Lo siento, señorita. El señor me dijo que debía entrar y poner la mesa del desayuno en silencio, porque usted dormía.

-Está bien. Ya estoy levantada. –Cruzó las manos y reunió toda la dignidad posible-. ¿Y dónde está el señor?

-No lo sé, señorita. Sólo he seguido sus instrucciones. ¿Prefiere que vuelva más tarde?

-No. –No pensaba permitir que ese café saliera de la suite-. Está bien. Lamento haberlo sobresaltado.

Mientras el hombre disponía el desayuno, Kelsey se preguntó si recoger la ropa diseminada por el suelo o pretender ignorarla. Optó por esto último, firmó el recibo y agregó una considerable propina que esperaba hiciera temblar a Gabe.

-Gracias, señorita. Que disfrute de su desayuno.

Cuando Gabe entró, ella se estaba sirviendo la primera taza de café.

-Hola.

-¡Cerdo! –Bebió el café de un solo trago a pesar de que estaba demasiado caliente-. ¿Dónde está mi llave?

-Aquí. –La sacó del bolsillo y dejó la ropa sobre un sillón-. Creo que está todo. Eres una viajera organizada. Cosméticos, cepillo de dientes. A porosito, tienes una ropa interior muy sensual. Supuse que esa cosita azul oscura iría bien con el traje del mismo color. –Le mostró un body y sonrió-. ¿Quieres ponértelo?

Ella se lo arrebató de las manos.

-¡Has estado husmeando en mis cosas!

-Fui en busca de ropa. Y el vestido lo sugirió tu madre.

-Mi... -Kelsey apretó los dientes y pidió que el cielo le diera paciencia-. ¿Fuiste a verla?

-Está muy bien. Preparada para iniciar el contraataque. Anunció una conferencia de prensa para el mediodía en el hipódromo. ¿Qué tal está el café? –Se sirvió una taza-. Tenemos que reunirnos con ella a las once en su suite, para salir juntos. Ella sugirió el vestido, pero no los accesorios que debían acompañarlo. Así que elegí lo que más me gustó.

¿Te dijo qué ropa debías traerme? –Kelsey respiró hondo y luego suspiró con lentitud-. Lo cual significa que le dijiste que estaba aquí.

Gabe se sentó y destapó una fuente de plata que contenía jamón con huevos.

-En efecto. –La miró-. ¿Hay algún problema?

-No, pero... No. –Se dio por vencida y se llevó una mano a la sien-. La cabeza me da vueltas.

-Siéntate y come, así te sentirás mejor. –Cuando ella lo hizo, le tomó la mano y la apretó con firmeza-. Estamos juntos en esto. ¿Lo sabes?

Kelsey miró las manos unidas de ambos. Gabe no sólo se refería a la conferencia de prensa, y ambos lo sabían. “Otro riesgo”, pensó, pero levantó la vista y lo miró.

-Sí, lo sé.

CAPÍTULO 17

-Nunca me dijiste que ibas a matar a ese caballo. –Cunningham se secó la frente sudorosa.

Tenía la sensación de que últimamente se pasaba los días transpirando. Frente a la cámara, con una amplia sonrisa en los labios; en las fiestas de celebración, donde la gente le palmeaba la espalda y lo invitaba con bebidas; en la cama, mirando el techo y evocando una y otra vez el tramo final del derbi. Quería ganar, pero agradeció poder llegar segundo. Sin embargo, el coste fue mayor del que jamás pensó pagar.

-Nunca lo dijiste –repitió, mientras el sudor le corría por la espalda-. Dijiste que lo harías descalificar, para que Sheba tuviera posibilidades de llegar segunda.

-Tú quisiste que yo me encargara de los detalles –le recordó Rich. Ahora bebía el mejor whisky de Kentucky y disfrutaba de una magnífica vista de la ciudad desde una elegante suite de hotel. Podía pagarlo. Ahora podía pagar muchas cosas-. Y conseguiste lo que querías. Tu yegua llegó segunda en el derbi. Y nadie te llamará imbécil, ¿verdad? Nadie se burlará de ti a tus espaldas.

-Se suponía que sólo te encargarías de que descalificaran a ese potrillo.

-Y eso hice –contestó Rich, sonriente-. Un gran momento. Los Chadwick pierden, se sospecha de ellos, y el arrogante de mi hijo y tú salís en olor de multitud. –Cogió una almendra de un recipiente-. Y ahora seamos francos, Billy. A ti no te importaría atizar a Gabe por la espalda, ¿verdad? Después de todo, hace cinco años él te quitó el criadero de tu familia y buena parte de tu dignidad.

-No me importaría bajarle los humos, pero...

-Los dos sabemos que tu potrancia no tenía la menor posibilidad de ganar esa carrera –continuó Rich-. Con los potrillos de Three Willows y el de Longshot en carrera, con un poco de suerte habría llegado tercera, tal vez cuarta o quinta. Y eso no era bastante, ¿no es cierto?

“No con el agujero que yo mismo me he cavado”, pensó Cunningham.

-No, pero...

-No –repitió Rich mientras cogía otra almendra con una expresión tan sincera como la de cualquier vendedor de coches usados-. Te hacía falta una oportunidad y yo te la proporcioné. Si vamos a eso, no esperaba tanto de tu yegua, pero la pobre corrió a fuerza de puro corazón. Te dará hijos campeones –agregó con un

guiño-. Y eso es lo que importa, ¿verdad? Ganarás un montón de dinero si la haces servir por buenos sementales.

Era verdad, pero Cunningham no las tenía todas consigo.

-Si esto se llegara a saber, Rich, me arruinaría.

-¿Cómo se va a saber? ¿Crees que yo se lo diría a alguien? –Volvió a sonreír-. Supongo que no le habrás comentado nada a esa cosita bonita que tienes en la cama, ¿no? Algunos hombres no pueden mantener la boca cerrada entre sábana y sábana.

-No. –Cunningham se pasó la mano por la boca-. No le he dicho nada –Aunque de haber hablado, ella no le habría prestado la menor atención. Marla estaba más interesada en gastar dinero que en averiguar su prodecencia-. Pero la gente está haciendo preguntas. Y la prensa me acosa.

-¡Por supuesto que te acosan! –exclamó Rich-. Lo único que tienes que hacer es menear la cabeza, poner cara de besugo y aprovechar la publicidad gratuita que te ofrecen. Siempre puedes agregar que conoces bien a Naomi Chadwick y a Gabriel Slater, y que no crees que alguno de ellos pueda cometer un acto tan vil. Te agradecería que en esa frase no olvides mencionar a Gabe.

Cunningham se lamió los labios y se inclinó.

-¿Cómo lo haces, Rich?

-Bueno, Billy, muchacho, ese es mi secretito. Y cuanto menos sepas al respecto, mejor. Tú no eres más que un tipo afortunado que eligió una yegua, la compró y el animal llegó segundo en el derbi.

-Dentro de dos semanas se corre la carrera de Preakness.

Rich sonrió.

-Eso es codicia, amigo. Y además es peligroso. Te consta que es peligroso volver a hacer correr a esa yegua.

-Tiene posibilidades. –Había olvidado la sensación de culpa y sus temores, así como los hombres que habían muerto y el doloroso espectáculo de aquel potrillo derrumbándose en la pista-. Necesito que ella triunfe.

-No puede ser. –Con una risita, Rich lo apuntó con el índice-. Aunque la inscribieras y ella no se derrumbara en plena carrera, esa parte de la Triple Corona tiene que ser limpia. De otro modo podrían sospechar de ti, Billy, muchacho. Y quién sabe... si te miran a ti, podrían mirarme a mí. Y si eso sucediera... bueno, dejaríamos de ser amigos.

-Hay mucho dinero en juego.

-¿Quieres más dinero? Apuéstale al potrillo de Longshot. Conozco a mi hijo. Hará todo lo posible por ganar; para reivindicarse. –La sonrisa de Rich era amarga. Vertió más whisky sobre el hielo del vaso-. Siempre ha querido ganar limpiamente. Yo le enseñé todas las tretas que conocía, pero él se consideraba mejor que yo, ¿sabes? Demasiado bueno para recurrir a ciertas cosas. –Entrecerró los ojos para beber-. Ya veremos quién sale mejor parado esta vez. Ya lo veremos.

No tenía sentido insistir, sobre todo cuando Rich se servía whisky con tanta prodigalidad.

-¿Qué se supone que debo hacer?

-Bórrala de Pimplico, Billy. Di que se lesionó en un entrenamiento y que no quieres arriesgarla. Hazlo con cara de decepción, y luego llévala a pastar hasta que llegue el momento de buscarle un amante.

-Tienes razón. –Dolía, pero Cunningham renunció a su codicia-. Es mejor no arriesgarse. La haré servir la primavera que viene. –Sonrió-. Dentro de unos años, tal vez hasta pueda hacer un trato con tu hijo, Rich, para que la sirva el potrillo que ganó el derbi.

-¡Así se habla! –Se inclinó y palmeó a Cunningham en la rodilla.- Creo que merezco una pequeña bonificación, Billy.

-¿Una bonificación? Hicimos un trato y yo he cumplido mi parte.

-Nadie lo discute. Pero mira, Billy, entre la bolsa y lo que apostaste, has ganado una montaña de dinero. Calculo que entre trescientos y cuatrocientos mil dólares. –Su sonrisa se hizo más amplia al notar que Cunningham empezaba nuevamente a transpirar-. Y cuando la hagas parir, los potrillos que te dé, digamos, en los siguientes diez años, te permitirán vivir como un rey. Y sin mí no lo habrías logrado, ¿verdad?

-Te he pagado...

-No cabe duda de que me pagaste, pero calculemos los costes. Yo tuve que pagarle a Lipsky.

-Ésa fue idea tuya. Yo no tuve nada que ver.

-Soy una especie de subcontratista, Billy –explicó Rich con aire paciente. –Todo lo que hago te beneficia. No debes olvidarlo. Bueno, Lipsky acabó con ese viejo caballerizo, y yo acabé con Lipsky. Y no entremos en detalles sobre el resto de la

gente que figura en mi lista de pagos, pero existen gastos necesarios, y debo pasártelos. Hay dos hombres muertos y un caballo muerto y lo único que los separa de ti soy yo. Así que para ti debe ser muy importante mantenerme contento. Debo valer por lo menos otros cien mil.

-Cien mil... ¡Qué dices, Rich! ¿Te has vuelto loco? Yo corro con todos los gastos. ¿Sabes cuánto cuesta mantener un purasangre? Y además están los gastos de inscripción en las carreras.

-No te pongas avaro conmigo, Billy, muchacho. –La sonrisa de Rich era todo menos amistosa. Apoyó una mano en la rodilla de Bill y la apretó. Lo mismo que pensaba apretar durante largo tiempo su billetero-. Cien mil es una bicoca, te lo aseguro. Te doy una semana para que piensen cómo arreglarlo en tus libros. Debes traérmelos el día antes de que corra la carrera de Preakness. En efectivo. – Se echó atrás, muy ufano-. Estoy pensando en apostar al potrillo de mi hijo. Lazos familiares, ¿sabes?

Lanzó una carcajada mientras vertía más whisky en su vaso.

Sus lazos familiares le habían provocado un terrible dolor de cabeza a Kelsey. Suponía que el viaje a Potomac sería difícil, pero fue mucho peor. Su padre estaba furioso, más furioso de lo que Kelsey lo había visto jamás. En realidad no tenía importancia que la destinataria de su malhumor no fuera ella. Como Candace le señaló con frialdad, ella era la causante del problema.

Milicent había cumplido su promesa. No pudo impedir que se cumplieran los términos del testamento de su marido, pero modificó el suyo. En términos victorianos y melodramáticos, Kelsey ya no era su nieta.

Con el motor del coche todavía en marcha en el sendero de entrada a Three Willows, Kelsey apoyó la cabeza dolorida sobre el volante. Había sido una escena espantosa. La furia gélida de Milicent al hacer el anuncio, la conmoción que ese anuncio le provocó a su padre y luego su cólera. Y Candace, ya preparada, que lanzaba pequeños dardos de culpa contra Kelsey.

Lanzando un quejido de dolor, Kelsey apagó el motor y se enderezó. No creyó que le dolería tanto. Hacía tiempo que ella y Milicent no se llevaban bien que supuso que se sentiría aliviada.

Pero no se sentía aliviada, sino herida. Bajó del coche con fatiga, pensando en tomar un par de aspirinas para el dolor de cabeza.

Oyó música, una canción de los Rolling Stones. Kelsey siguió el sonido hasta un lado de la casa.

Un trapo manchado cubría el suelo del patio. Sobre una mesa, un casete rugía rock and roll. Frente a un caballete, con el pelo recogido en una coleta y con una camisa de hombre que le caía hasta las rodillas, Naomi esgrimía un pincel.

Podría estar empuñando una espada, pensó Kelsey. Estaba enfrascada en un duelo con la tela en la que ya se perfilaban forma y color. Su rostro, de perfil, parecía tallado en piedra y los ojos destellaban.

Parecía una batalla íntima, y Kelsey empezó a retroceder. Pero de repente Naomi volvió la cabeza y la miró.

-Lo siento –dijo Kelsey, pero la música ahogó sus palabras. Naomi apagó el casete-. No quería interrumpirte.

-No te preocupes. –La pasión desapareció con rapidez de sus ojos, como si al dejar de mirar la tela recuperara la calma-. Estoy teniendo una rabieta personal. –Dejó el pincel y tomó un trapo para limpiarse las manos-. Hace mucho que no pintaba.

-Me parece una maravilla –dijo Kelsey mientras se acercaba para estudiar los violentos trazos de color y las pinceladas todavía húmedas-. ¡Muy original!

-¿Estás angustiada?

-¡Maldita sea! –exclamó Kelsey hundiendo las manos en los bolsillos-. Empiezo a creer que tengo una marca sobre la frente que irradia mis sentimientos.

-Tienes una cara muy expresiva. –“Y en cierta época yo también la tenía”, recordó Naomi-. Deduzco que la reunión de familia no anduvo bien.

-Los dejé plantados. He provocado un altercado entre papá y la abuela. Un serio altercado. Y creo que también entre él y Candace.

-¿Por quedarte a vivir aquí?

-Por ser quien soy. –Tomó la taza de café que Naomi había abandonado y bebió-. Milicent no sólo me ha eliminado de su testamento, sino que me ha borrado de su mente y su corazón. En lo que a ella se refiere, he dejado de existir.

-¡Oh, Kelsey, lo siento! –Naomi apoyó una mano sobre su brazo-. Estoy segura de que no lo dice en serio.

Kelsey dejó la taza sobre la mesa.

-¿Lo estás?

La comprensión y la preocupación de Naomi, de repente se convirtieron en furia.

-¡Por supuesto que lo dice en serio! Es típico de ella. Lamento haberte causado esta clase de problemas.

-¡Los he causado yo! –exclamó Kelsey-. Esto es algo que me concierne. Ha llegado la hora de que todo el mundo empiece a comprender que soy capaz de pensar, actuar y sentir por mí misma. Si no quisiera estar aquí, no lo estaría. No estoy aquí por despecho hacia ellos o para complacerte a ti. Estoy aquí porque quiero.

Naomi respiró hondo.

-Tienes razón. Toda la razón del mundo.

-Si quisiera estar en otra parte, estaría en otra parte. Pero me niego a ser amenazada, sobornada y culpabilizada para que renuncie a algo que para mí es importante. Mi familia me resulta importante, pero también Three Willows, y tú.

-Entiendo –dijo Naomi tomando la taza con manos temblorosas-. Gracias.

Kelsey contuvo el impulso de soltarle un puntapié a un tiesto de geranios.

-No es cuestión de gratitud. Eres mi madre y me importas. Admiro lo que has sido capaz de hacer con tu vida. Tal vez no me gusten todos los años que estuvimos separadas, pero me gusta lo que eres. Y no estoy dispuesta a volver a simular que no existes, tan sólo por darle gusto a Milicent.

Para no desfallecer de emoción, Naomi tuvo que cogerse al borde de la mesa.

-No puedes imaginarte lo que significa oír a una hija adulta decir que le gusta lo que una es. ¡Te quiero tanto Kelsey!

El enojo de Kelsey desapareció.

-Lo sé.

-No sabía cómo serías cuando volviera a verte. Todo mi amor lo deposité en aquella niña que perdí. Después viniste y me diste una oportunidad. Y me fascina la mujer que eres. Me enorgullezco de ti. Aunque te fueras mañana y no volvieras nunca, me habrías dado más de lo que nunca esperé.

-Pero no voy a ir a ninguna parte. –Dejándose llevar por su corazón, dio un paso al frente y abrió los brazos-. Estoy exactamente donde quiero estar. –Estrechó a su madre entre los brazos.

Cerrando los ojos, Naomi disfrutó de aquel momento maravilloso.

-Prometo que trataré de reparar lo que estás sufriendo –dijo-. Encontraré la manera de suavizar el corazón de tu abuela.

-Ni hablar. No quiero que te preocupes por eso. –Ya más tranquila, se echó atrás-. Más bien podrías estar furiosa conmigo. Te aseguro que yo lo estoy. Furiosa y dolida. ¡Qué ella llegue a creer que me interesa su dinero! Que lo use y que use mis sentimientos para presionarme. Que trate de controlarme con dinero.

-Controlar es algo esencial para Milicent. Siempre lo ha sido.

- No pudo anular la renta vitalicia que me dejó mi abuelo. Apuesto a que eso la indignó. No tener poder para revocarla. ¡Y papá estaba tan angustiado! Hasta le gritó. Jamás lo había oído alzarle la voz.

-¡Claro que se la alzado! –exclamó Naomi con sombría satisfacción-. Te aseguro que me alegra que te haya defendido.

-¡Ojalá también yo pudiera decir que me alegro! Fue horrible verlos pelear así y ver la brecha que este asunto ha abierto entre papá y Candace. Me duele saber que la responsable soy yo. Mi abuela es tan intransigente, tan poco dispuesta a considerar el punto de vista de los demás... -“¿Y antes no se decía lo mismo de mí?”, pensó Kelsey, y se estremeció.

-Tiene dos opciones –dijo Naomi-. Aprender a ser comprensiva y tolerante o morir sola y abandonada.

- -Quiero creer que harán las paces –murmuró Kelsey-. Tengo que creerlo. Pero supongo que, después de lo de hoy, mi abuela y yo no volveremos a estar en buenas relaciones. ¡Hasta llegó a utilizar a Pride en mi contra! Dijo que lo más probable era que tú hubieras conseguido que uno de tus amigos rufianes (fueron sus palabras exactas) drogara al caballo. Porque, después de todo, si ya habías matado a un hombre... -Kelsey vaciló.

-...no me iba a detener ante la posibilidad de matar a un caballo –concluyó Naomi-. Sí, es una conclusión aguda.

-Lo siento. –Disgustada consigo misma, se masajeó las sienes doloridas-. Estoy muy tensa.

-No importa. Estoy segura de que no ha sido la única en pensarlo. Uno de los motivos por los que estoy aquí, desahogándome –señaló la tela -, es que se rumorea que yo arreglé la muerte de Pride para cobrar el seguro.

Kelsey dejó caer las manos y las cerró en puños.

-¡Nadie que te conozca puede llegar a creer eso!

-Por desgracia no es una práctica poco habitual. En este mundo también hay mucha maldad. El rumor ya desaparecerá. –Volvió a coger el pincel y lo

contempló-. Con el tiempo, la simple aritmética los convencerá de lo contrario. Aunque Pride estaba asegurado en una suma muy alta, tenía más valor vivo, en la pista y como semental, que muerto. Pero este asunto remueve viejos recuerdos. –Ya más tranquila, retomó la pintura. –En la cárcel, esta era mi terapia. Más aún, era una manera de sobrevivir, de canalizar emociones. Allí dentro uno no quiere llamar la atención con enojo, dolor o miedo. Sobre todo no hay que demostrar miedo.

–¿Quieres hablarme de eso? –preguntó Kelsey en voz baja-. ¿Cómo era la cárcel? Por unos instantes Naomi siguió pintando en silencio. Hacía mucho que esperaba que su hija se lo preguntara. Nunca dudó que la pregunta llegaría. La necesidad de encontrar respuestas y soluciones era una faceta tan visible de Kelsey como el color de sus ojos.

Así que pintaría otro cuadro, con palabras en lugar de pinceles.

–Te desnudaban –musitó, recordándose que todo eso había terminado-. No sólo te quitan la ropa, aunque ésa sea una de las primeras humillaciones. Te quitan todo. La ropa, la libertad, los derechos, las esperanzas. Sólo te queda lo que ellos te dan. La rutina tediosa. Te dicen a qué hora debes levantarte, cuándo comer y cuándo acostarte. No importa lo que sientas, o lo que quieras.

Kelsey se puso de pie y se acercó. En ese momento cantaban los pájaros, celebrando la primavera. El aire estaba lleno del aroma de las flores y de olor a pintura.

–Comes lo que te dan –prosiguió Naomi-, y después de un tiempo te acostumbras. Olvidas lo que es comer en un restaurante, o despertar en medio de la noche y poder bajar a la cocina. –Suspiró-. Es más fácil si uno olvida. Si retienes demasiados recuerdos del mundo exterior, puedes volverte loca. Sabes que todo eso ya no te pertenece. Has visto las montañas, las flores, los árboles, las estaciones; todo cambia. Pero todo eso está fuera, y no tiene nada que ver contigo. Ya no puedes ser quien eras. Y aunque necesitas compañía, no te acercas a nadie. Porque dentro de la cárcel la gente no es fiable.

Cambió el pincel y empezó a pintar con energía.

–Algunas mujeres llevaban calendarios, pero yo no. No quería pensar en los días que se convertían en semanas, las semanas que se convertían en meses, los meses que se convertían en años. ¿Cómo iba a pensarlo? Algunas tenían fotografías de su familia, de sus hijos, y les gustaba hablar de ellos. O de lo que harían cuando

salieran. Yo no. No podía hacerlo. Me resultaba más sencillo fijar toda mi atención en la rutina.

-Pero estabas sola –murmuró Kelsey-. Debes de haberte sentido muy sola.

-Ése fue el peor castigo. La soledad y la falta de intimidad. Lo peor no eran los barrotes. Se cree que eso es lo más terrible, los barrotes que te encierran. Pero no es así.

Respiró hondo y se obligó a continuar.

-Si tenía tiempo libre, leía o veía la televisión. Las revistas de modas eran un entretenimiento, pero a los dos años dejé de hojearlas. Era demasiado duro ver cómo cambiaba todo, aunque fuera algo tan frívolo como la moda.

-¿Recibías visitas?

-Mi padre y Moses. Nada de lo que yo dijera los convencía de que no debían ir. Dios sabe que quería verlos, aunque sufriera cuando se iban. Vi envejecer a mi padre, supongo que eso fue lo peor, ver el paso de los años en su rostro. Ése era mi calendario, la cara de mi padre. “El último año fue el peor. Existía la posibilidad de que me concedieran la libertad condicional. Lo duro fue saber que la libertad estaba al alcance de mi mano... y sin embargo tener miedo a dejar ese mundo en el que había vivido tantos años. ¿Cómo iba a saber qué hacer y cómo hacerlo? En los últimos meses, los días se arrastraban y tenía demasiado tiempo para pensar, para recuperar la esperanza, para sufrir. Entonces permitían que una se pusiera ropa normal. Mi padre me llevó un vestido nuevo. Gris a rayas, muy estilo abogado. Las manos me temblaban tanto que no conseguía abotonarme la pechera. Cuando salí, el sol me hizo doler los ojos. Y no porque nos mantuvieran encerradas. Era una prisión decente, a cargo de gente decente... por lo menos la mayor parte del tiempo. Pero ese día el sol era distinto; más fuerte, más brillante. Me cegó. Y después vi demasiado.

Volvió a cambiar el pincel, sin apartar la mirada de la tela.

-¿De verdad quieres oír el resto?

-Sigue –murmuró Kelsey.

-Vi a mi padre, lo débil y viejo que estaba. El blanco y resplandeciente Cadillac en que me llevó de vuelta a casa. Sé que me habló y que yo le hablé, pero no recuerdo una sola palabra de lo que dijimos. Sólo que todo parecía moverse con más rapidez y que las calles estaban atiborradas de coches. Y tenía miedo: miedo de que me encerraran de nuevo y miedo de que no me encerraran de nuevo. Nos

detuvimos y comimos en un restaurante. Servilletas de lino, vino, flores sobre la mesa. Papá tuvo que pedir por mí, como si yo fuera una niña. No recordaba lo que me gustaba. Y me eché a llorar. Y él también. Así que nos quedamos sentados y sollozando sobre aquel mantel de hilo blanco porque yo no recordaba lo que era estar sentada en un restaurante y pedir una comida.

“Dormí el resto del trayecto, extenuada por la libertad. Desperté cuando papá doblaba la entrada de Three Willows. Me di cuenta de que los árboles habían crecido. Los que yo misma había plantado, ya eran adultos y florecían año tras año sin mí. La sala tenía pintura nueva, encima de una mesa había un pequeño florero que no estaba allí antes. Todos los cambios pequeños me aterrorizaban.

“Durante muchos días no fui a las caballerizas, hasta que Moses prácticamente me obligó a ir. Había un potrillo al que había ayudado a nacer. En ese momento era un caballo de mucha alzada, un semental. Nuevas herramientas, nuevos hombres. Después de eso, me quedé encerrada en casa durante una semana. Dormía con la luz encendida y con la puerta abierta. Al principio no toleraba que cerraran la puerta de mi habitación, pero poco a poco me fui reponiendo. Tuve que volver a aprender a conducir. Estaba aterrorizada, pero lo hice. La primera vez que salí sola fue hasta tu colegio. Y vi que la chiquilla que había dejado atrás se había convertido en una jovencita que aprendía a flirtear con los chicos. Me obligué a aceptar que habías aprendido a vivir sin mí. Y traté de volver a empezar.

Naomi dejó el pincel y retrocedió.

-Está terminado –dijo.

Kelsey no estaba tan segura. Tal vez el cuadro estuviera terminado, pero no la emoción que ocultaba. Y, en lo que a ella se refería, la historia tampoco estaba terminada. No se trataba de limpiar el nombre de Naomi. Un hombre había sido asesinado, y una mujer había pagado por ello. Pero quería que las piezas del rompecabezas estuvieran en su sitio.

A pesar de todo le sorprendió encontrar en la guía el nombre del Charles Rooney. El investigador privado cuyo testimonio tanto peso había tenido contra Naomi, en ese momento todavía tenía una oficina en Alexandría, Virginia. El discreto aviso de las páginas amarillas declaraba que los Servicios de Investigación Rooney se encargaban de casos criminales, de familia y de custodia. La primera consulta era gratis.

“Tal vez me aprovecharé de eso”, pensó Kelsey.

-Señorita Kelsey. –Cuando Gertie entró en la cocina, Kelsey cerró de golpe la guía telefónica.

-Me has asustado.

-Lo siento. Ha venido de nuevo ese policía. –Su rostro expresaba enfado-. Dice que tiene que hacerles unas preguntas más.

-Yo lo atenderé. Naomi está en las caballerizas. No es necesario que la molestemos.

-¿Quiere que prepare café?

Kelsey vaciló un instante.

-No, Gertie. Que se vaya cuanto antes.

-Sí, cuanto antes mejor –murmuró Gertie.

Rossi se puso de pie al ver entrar a Kelsey en la sala. No dejó de admirar lo bien que le sentaban los téjanos, aunque había quedado igualmente impresionado con el aspecto elegante y pulcro que ella y su madre tenían durante la conferencia de prensa.

-Señorita Byden, le agradezco que me reciba.

-Tengo un poco de prisa, teniente, pero espero que haya noticias para nosotros.

-Ojalá las hubiera. –Lo único que tenía eran frustraciones. Ningún rastro en la habitación del hotel de Lipsky, ningún testigo-. Quiero ofrecerle mis condolencias por la pérdida que sufrieron en el derbi. No soy aficionado a los caballos, pero hasta los policías vemos esa carrera. Fue terrible.

-Sí, lo fue. Mi madre está deshecha.

-Parecía muy entera en la conferencia de prensa.

Kelsey asintió con frialdad, se sentó e invitó con un gesto al teniente para que hiciera lo propio.

-¿Qué esperaba, que hiciera una escena en público?

-En realidad, no. Pero me resultó interesante ver a Slater con ustedes.

-Somos vecinos, teniente. Y amigos. Gabe también es propietario de un criadero. Y el hecho de que su potrillo ganara en circunstancias tan trágicas ha sido muy difícil para todos. Le pedimos que aceptara nuestro apoyo y él nos dio el suyo.

-Le ruego me perdone, señorita Byden, pero por lo que he visto en los diarios, usted y el señor Slater son más que amigos.

Los genes de la familia Byden afloraron a la superficie y Kelsey irguió la cabeza con arrogancia.

-¿Y bien, teniente?

-Pues que lo veo muy natural: los dos son atractivos y tienen intereses en común.

-Ella no mordió el anzuelo, pero él no esperaba que lo hiciera-. Tenía esperanzas de que me proporcionara detalles acerca de lo sucedido en Churchill Downs.

-Creí que no le interesaban los caballos, teniente.

-El asesinato me interesa, aunque sea el asesinato de un caballo. –Esperó un instante-. Sobre todo si se relaciona con él un caso de homicidio que quiero resolver.

-¿Cree que lo que le sucedió a Pride tiene relación con el asesinato del viejo Mick? ¿Cómo? Lipsky ha muerto.

-Exactamente. Y por lo que me han dicho, no es fácil entrar en las instalaciones de un derbi.

-No, no lo es. Las medidas de seguridad son estrictas. Tenemos guardias. –Frunció el entrecejo-. Pero Lipsky quería perjudicar al potrillo de Gabe, no al nuestro. Y yo tenía la impresión de que consideraban que la muerte de Lipsky había sido un suicidio. ¿Usted cree que fue un asesinato?

-Es un asunto sobre el que no hay acuerdo –fue todo lo que dijo el teniente-. Me gustaría atar todos los cabos sueltos. ¿Puede decirme quienes tuvieron acceso al potrillo antes de la carrera?

-Por supuesto. Mi madre, Moses, Boggs, Reno. –Aspiró profundo-. El funcionario que verifica la identificación, los peones en la verja de entrada. El acompañante, el que lo acompañó a caballo hasta la pista, que fue Carl Tripper. El resto de los integrantes del equipo. –Menciono los nombres de éstos.

-¿Los guardias?

-Bueno, sí, por supuesto.

-¿Alguien más?

Kelsey meneó la cabeza pero su mente trabajaba a toda velocidad.

-Habría que ser muy hábil para burlar las medidas de seguridad el día del derbi, teniente. Los caballos están estrechamente vigilados.

-Es difícil saber cuándo le fue administrada la droga al caballo.

-Eso forma parte del problema. –Respiró hondo para tranquilizarse. Todavía le costaba hablar del asunto-. Pride tenía rastros de digital y de epinefrina en la sangre. Eso lo mató porque aceleró en exceso su corazón. Estaba nervioso, pero solía estarlo antes de una carrera. Moses los mantiene en ese estado de ánimo.

-¿Por qué?

-Algunos caballos corren mejor cuando están nerviosos. Otros necesitan que se los calme y tranquilice. Pride corría mejor cuando estaba nervioso.

-¿Y eso cómo se consigue?

-En gran parte lo pone el caballo mismo. Ellos saben cuándo van a correr. No se les da tanta comida, se los entrena de otra manera. Hay un clima especial. Y a veces se los refrena en el entrenamiento, cuando están deseando correr.

-¿Pero no se les administra ningún producto químico?

Kelsey se puso muy seria.

-Nada de drogas, teniente. Nosotros no administramos a nuestros caballos nada que no esté aprobado y que no sea necesario para su salud. Lo que alguien le inyectó a Pride aumentó su ritmo cardíaco, su adrenalina. La carrera, el esfuerzo de correr a gran velocidad durante más de un kilómetro y medio, lo mató.

Era precisamente lo que indicaba la autopsia del potrillo, que había leído el teniente.

-¿El jockey no debió percatarse de que algo iba mal?

Kelsey apretó la mandíbula. No permitiría que nadie le echara la culpa a Reno, sobre todo después de lo que el pobre había pasado. Ella misma había comprobado lo que sufrió y lo que seguía sufriendo.

-Pride corrió porque había nacido para eso, y para eso se lo entrenó desde que era pequeño. No vaciló. No se le resistió a Reno. Sólo hay que mirar el vídeo de la carrera para comprobar que el potrillo estaba poniendo todo de sí para ganar. Y que se mató intentándolo. Reno tuvo suerte de no matarse también.

Rossi estudió su bloc. Había visto varias veces la grabación de la carrera, pasando el vídeo en cámara lenta y cuadro a cuadro. Por fin asintió.

-Estoy de acuerdo con eso. Si hubiera corrido en el medio de la pista en lugar de hacerlo por fuera, no creo que Reno se hubiera salvado de que lo pisotearan los demás caballos. Por la forma en que cayó, creí que se había roto el cuello.

-Yo también. Pero a pesar de todo, tendrá que guardar cama por lo menos durante un mes.

-Bueno, creo que por ahora es suficiente. Hablaré con algunos de los hombres cuyos nombres usted ha mencionado, para comprobar la perspectiva que tienen del asunto.

-Le agradezco su interés, teniente. Pero a menos que sea de vital importancia, le agradecería que no interrogara a mi madre.

-Era su caballo, señorita Byden.

-Usted me entiende. –Se puso de pie, lista para defender a Naomi-. Usted conoce los antecedentes y sabe lo difícil que le resulta a mi madre soportar interrogatorios policiales.

-Sólo unas preguntas...

-Para ella es lo mismo. Teniente, mi madre está sufriendo. Puede preguntarme a mí todo lo que quiera, o puede apelar a la Comisión de Carreras.

-No puedo prometerle nada, pero de momento no la molestaré.

-Gracias. –Se volvió para acompañarlo a la puerta-. Teniente, usted intervino en el caso de mi madre, ¿verdad?

-No, en esa época todavía estaba en la academia de policía. Verde como una lechuga.

-Me gustaría saber quién estuvo a cargo del caso.

-Debe de haber sido el capitán Tipton. Jim Tipton, que por cierto ya está retirado. Yo estuve a sus órdenes mientras fue teniente, y luego, cuando le ascendieron a capitán. Un excelente policía.

-Estoy segura de que lo era. Gracias, teniente.

-Gracias a usted, señorita Byden. –Rossi caminó hasta el coche, pensativo. “Kelsey Byden tiene una idea en la cabeza –pensó -. No estaría mal que también yo hurgara un poco en el pasado.”

CAPÍTULO 18

-¿Por qué tengo la sensación de que en el único lugar en que conseguiré acostarme contigo será en un hotel?

-Mmmm. –Kelsey hizo girar el ramo de flores, parte del centro de mesa de la fiesta de Preasknees, que Gabe había robado para ella-. Supongo que estos días han sido un poco frenéticos. Y tú has estado ocupado... concediendo entrevistas.

-Mañana concederé más entrevistas.

-Magnifico. Eres un hombre lleno de confianza en sí mismo. –Cruzaron el vestíbulo en dirección a los ascensores-. Han instalado a Double en el box cuarenta. ¿Eres supersticioso, Slater?

-¿Cómo no podría serlo? –Entró en el ascensor y ella detrás.

Se estaban besando antes de que las puertas terminaran de cerrarse.

-El botón –consiguió decir Kelsey mientras estrujaba las flores en su prisa por meter la mano bajo la camisa de Gabe-. Te has olvidado de oprimir el botón.

Después de tantear y maldecir, Gabe logró encontrar el botón correcto.

-No creí que alguna vez llegaría el momento de estar a solas contigo. Dos semanas es mucho tiempo, Kelsey.

-Lo sé. –Lanzó una risita jadeante cuando Gabe le mordisqueó el cuello-. Naomi no necesitaba. Y con el asunto de la investigación y el esfuerzo por tener al potrillo preparado para mañana, no ha habido tiempo para nada. Yo también estaba deseando estar a solas contigo.

Las puertas se abrieron y Kelsey retrocedió. Su vestido de fiesta tenía un hombro más que caído. Volvió a colocarlo en su lugar, sorprendida de haber perdido el control en un ascensor y agradecida de que el vestíbulo de ese piso estuviera desierto.

-No sabes si sentirte contenta o avergonzada.

Ella se arregló el pelo.

-No sigas tratando de leerme los pensamientos –repuso mientras impedía que las puertas de ascensor volvieran a cerrarse.

-¿Tú habitación o la mía?

“Es tan simple como eso”, comprendió ella. Toda la velada los dos habían esperado la oportunidad para continuar lo que iniciaron en Kentucky.

-En la mía –decidió ella-. Esta vez prefiero que seas tú el que despierte por la mañana sin ropa decente que ponerse.

-¿Significa que me la harás jirones?

Mientras introducía la llave en la cerradura, Kelsey buscó una respuesta ingeniosa. En ese momento empezó a sonar el teléfono.

-¡No olvides esa frase! –le pidió a Gabe mientras corría a responder-. ¿Sí? –Arrojó las llaves sobre una mesita, se quitó un aro y pasó el auricular a esa oreja. Pero los dedos se le inmovilizaron en el momento en que se cerraban sobre el otro aro de zafiros-. ¿Wade? ¿Cómo supiste que estaba aquí? –Con cuidado, se quitó el otro aro y lo depositó sobre la mesa-. Comprendo. No sabía que seguías en contacto con Candace... Por supuesto. Eso es acogedor, ¿verdad?... Sí, fue un sarcasmo.

Miró a Gabe fugazmente. Sin una palabra él se acercó al minibar, descorchó una botella de Chardonnay y le sirvió una copa.

-Wade, supongo que no habrás llamado a las –consultó su reloj –once y cuarto de la noche para hablar de cosas intrascendentes, y te advierto que no tengo la menor intención de hablar contigo de mi madre. Así que si eso es todo...

Se sentía muy desdichada cuando aceptó la copa que él ofrecía Gabe. Por supuesto que eso no era todo. Con Wade siempre había algo más.

-¿Qué? ¿Quieres que te dé mi bendición?... No, no pienso ser amable y hasta aquí llega mi capacidad de ser cortés y civilizada. –Pensó en la posibilidad de tragarse el veneno, pero lo dejó fluir mientras en su oído resonaba la voz (¡Oh, tan razonable!) de Wade-. ¿Y la novia feliz está enterada de tu costumbre de acostarte con tus socias durante los viajes de negocios?... Bueno, soy excelente cuando se trata de conservar el rencor... ¡So imbécil egoísta! ¿Cómo te atreves a llamarme en la víspera del día de tu casamiento para aquietar tu conciencia?... ¿Cómo?... No, no te perdono. Me niego a compartir contigo la culpa... Así es, Wade. Sigo siendo tan intransigente e implacable como siempre, pero he dejado de desearte una muerte lenta y dolorosa. Ahora lo único que espero es que te atropelle un camión. Si quieres que te absuelvan, busca un sacerdote.

Colgó el auricular con tanta fuerza que la campanilla del teléfono sonó.

-Bueno –dijo Gabe-, no te has andado con medias tintas. –Brindó con una lata de Coca-Cola-. ¿Tiene la costumbre de telefonearte?

-Más o menos cada dos meses.- Le dio un puntapié a la mesa. Luego se quitó los zapatos y los arrojó al otro extremo de la habitación-. Para conversar. ¿No te parece increíble? No podemos ser marido y mujer, ¿pero por qué no ser amigos? Te diré por qué. Porque a mí nadie me engaña. Nadie.

-No lo olvidaré. –Gabe la observó preguntándose si convendría dejar que se tranquilizara un poco o si sería preferible llevársela enseguida a la cama para ayudarla a liberar sus tensiones.

-Se casa mañana. Le pareció que debía decírmelo personalmente para que no me enterara por terceros, así que llamó a Candace. Ellos siguen perteneciendo al mismo club, ¿sabes? –Bebió un trago de vino y se dio cuenta de que ni siquiera sentía el sabor-. Candace le dijo donde estaba. Se lo dijo como si él tuviera derecho a saberlo. ¡Como si me importara algo que Wade se case!

-¿No te importa? –preguntó Gabe, extendiendo una mano para tomar el vaso que ella había dejado sobre la mesa y que corría el riesgo de volcarse sobre la alfombra.

-Y un cuerno. –Necesitaba arrojar algo, cualquier cosa, y se conformó con la guía telefónica que proporcionaba el hotel-. Me molesta que me llame en el momento más inesperado y que me haga sentir, aunque sea por un instante, que fue por mi culpa que estaba con otra mujer. Cada vez que lo hace retrocedo en el tiempo y recuerdo lo perfecto que se suponía nuestro matrimonio. Una agradable pareja joven, ambos de buena familia, que formalizaban un casamiento elegante, dos semanas de romántica luna de miel en el Caribe, la encantadora casita en Georgetown. Los amigos apropiados, los clubes apropiados, las fiestas apropiadas. Y me resulta odioso mirar hacia atrás y comprender que nunca lo quise.

Se le quebró la voz y se llevó las manos a las sienes.

-Ni siquiera estaba enamorada. ¿Cómo pude casarme con él, Gabe? ¿Cómo pude, si no sentía por él ni la centésima parte de lo que siento por ti?

Los ojos de Gabe resplandecieron, luego los entrecerró y la miró.

-Ten cuidado, Kelsey. Yo no engaño, pero eso no quiere decir que sea justo. Me importa un bledo que estés desquiciada. Si dices demasiado te tomaré la palabra.

-Ni siquiera sé que estoy diciendo. –Dejó caer las manos, desconcertada, temblorosa-. Sólo sé que ahora, al oírle la voz, me di cuenta de que me casé con él porque todo el mundo dijo que era el hombre apropiado para mí. Y porque parecía lo normal, lo que debía hacer. Yo quería que mi matrimonio fuera un éxito. Intenté que lo fuera. Pero ¿cómo iba a serlo? Wade jamás me hizo sentir lo que me haces sentir tú. –Bajó la voz hasta convertirla en un susurro-. Nadie me ha hecho sentir nunca lo que me haces sentir tú.

Gabe dejó la lata de refresco sobre la mesa y de repente se dio cuenta de que la tenía tan apretada que la había abollado con los dedos.

-Todo el mundo te dirá que no te convengo.

-No me importa.

-Odio los clubes de campo. Y no pienso llevarte a bailes de primavera.

-O te pido que lo hagas.

-El día menos pensado podría tener la necesidad de apostar todo lo que tengo a una sola bola de ruleta.

Kelsey relajó las manos que tenía apretadas en puños. Le parecía estar viéndolo hacerlo.

-Creo que la rueda de la ruleta ya está girando, Slater. Tal vez no seas tan jugador como para arriesgarlo todo.

-Tú no sabes lo que sientes por mí. –Movido por la emoción, la aferró con tanta fuerza que prácticamente la levantó en vilo-. Estás tratando de averiguarlo, por amor de Dios. Si me parece oír los pensamientos que te dan vueltas en la cabeza. Pero aún no lo sabes.

-Te deseo. –El corazón le palpitaba-. Nunca he deseado a nadie como te deseo a ti.

-Te obligaré a desearme más. Y una vez te tengo, Kelsey, no podrás deshacerte de mí. Si fueras inteligente, analizarías con cuidado en lo que te metes y desistirías.

Ella comenzó a menear la cabeza, pero él la tomó entre sus brazos.

-Demasiado tarde.

-Para ti también –murmuró ella y cambió de posición para besarle el cuello-. No pienso huir, Gabe. Estoy decidida a correr tras de ti.

Y sabía lo que podía esperar: calor, velocidad, frenesí. Quería sentir la urgencia a sabiendas de que él podía calmarla, luego volver a excitarla hasta que todo su cuerpo palpitara como una herida. Y gozaba sabiendo que él sentía lo mismo, esa necesidad ardorosa, el pánico, la emoción que cada uno provocaba en el otro desde el momento en que se tocaban.

Se dejaron caer sobre la cama y, jadeantes, tantearon y bregaron con botones y cierres hasta que la ropa de ambos quedó diseminada por el piso como hojas caídas. Iban en busca de la carne, del contacto físico y el olor que preludiaba el más básico de los deseos.

Gabe pasó las manos por el cuerpo de Kelsey, por los pechos firmes y sedosos, por las caderas y el torso. En la oscuridad podía sentir cada centímetro de su piel, cada curva, cada músculo. Como un ciego en busca de textura y de forma, exploró aquel cuerpo que ya conocía.

Kelsey era todo lo que había querido en la vida, todo lo que había luchado por obtener. A lo que había apostado por conseguir. Y se estremecía debajo de él, lista, ansiosa. Enteramente suya.

Cuando invirtieron sus posiciones, ella se sentó a horcajadas encima de él. Con un movimiento fluido, le aprisionó el miembro dentro de sus paredes cálidas y húmedas y se arqueó hacía atrás para que la penetrara por completo. Buscó con las manos las de Gabe, las aferró y así, con los dedos firmemente entrelazados, se mecía hacia la cima del placer.

El último pensamiento de Gabe fue que era demasiado tarde. Sin duda era demasiado tarde para ambos.

La mañana amaneció triste. Grandes nubes oscurecían el cielo, el aire era pesado y todo parecía gris. De vez en cuando caía un gélido chaparrón. Hombre y máquinas trabajaban en la pista, alisándola. Pimlico secaba bien y sus mozos de cuadra la atendían con tanto cuidado y ternura como puede dispensar un hombre a un caballo querido.

La lluvia no desanimó a la prensa ni al público. Cuando llegó la hora de la primera carrera, las tribunas estaban repletas. Paraguas de brillantes colores flotaban como globos, la gente comía langosta y bebía cerveza mientras observaba los acontecimientos en monitores de televisión.

La lluvia decidió a Kelsey a ponerse tejanos y botas en lugar del vestido de hilo que pensaba llevar. Podría quedarse en las caballerizas o colocar flores en la crin

alzada de Justice y decorarlo para su solemne tarea de conducir a Hihg Water hasta la pista.

Además, para ella, no había nada como un día lluvioso para que uno se detuviera a pensar.

Seis meses antes, ignoraba que Naomi existiera. No había echado más que una mirada pasajera al mundo del que ahora formaba parte. Vivía a la deriva, acosada por un fracaso matrimonial y por lo que consideraba el fracaso de su propia sexualidad. Su trabajo la divertía, casi la satisfacía, pero pese a todo pensaba en la posibilidad de cambiarlo por otro. Siempre había otro trabajo, otro camino que tomar, otro viaje que proyectar. Le gustaba creer que todos esos movimientos inquietos los hacía para llenar vacíos cuya existencia no quería reconocer. Vacíos que sin duda no comprendía.

Consideró si estaría haciendo lo mismo en ese momento, utilizando a Naomi, el criadero, y hasta a Gabe para llenar esos vacíos de su vida. ¿La rutina la aburriría, como vaticinaba su familia, y la llevaría a buscar nuevos rumbos? ¿O podía confiar en los sentimientos que nacían en su interior? La creciente unión con su madre, una sencilla y hasta silenciosa evolución del recelo y la sospecha hacia el afecto y el respeto. ¿Por qué no aceptar que había encontrado –y que quizá comenzaba a ganarse –un lugar dentro del criadero?

¿Y con respecto a Gabe? ¿Podría relajarse y disfrutar de lo que sucedía entre ellos? No se le ocurrió dudarlo la noche anterior, cuando se tumbaron sobre la cama. Tampoco tuvo dudas al amanecer, cuando se volvió perezosamente hacia él y comenzaron a hacer el amor de una manera lánguida.

Tal vez todo se debiera a ese inflexible sentido de los valores, a su propia y firme concepción del bien y el mal. ¿Cómo podía permitir que Naomi se apoyara en ella, si no sabía cuánto tiempo se quedaría? ¿Cómo aceptar un amante y solazarse en el sexo cuando ninguno de los dos había musitado siquiera la palabra amor?

Tal vez su personalidad fuera demasiado rígida. Si no podía gozar del momento sin cuestionarse cada motivo, ¿eso qué indicaba con respecto a su manera de ser? ¿No estaría secretamente resentida al saber que su marido se volvía a casar, que quizás en ese mismo momento, cuando ella trenzaba flores en la crin del potrillo, ya había formulado por segunda vez los votos matrimoniales?

Se dijo que había llegado la hora de dejar todo eso a un lado. La hora de mirar hacia delante. Ya no estaba a la deriva. Tenía un propósito... y preguntas que

requerían respuestas. Las enfrentaría con lógica, partiendo de unas raíces de veinte años de antigüedad. Se prometió que el lunes siguiente, a primera hora de la mañana, llamaría a Charles Rooney.

La lluvia había vuelto a para cuando se encaminaron hacia las cuadras. Tibios rayos de sol se abrían paso entre las nubes y caían sobre tejados chorreantes. Las canaletas resonaban y convertían la tierra en barro.

Kelsey miró a Boggs. Parecía más viejo y débil que dos semanas atrás. Sabía que había sido nombrado caballerizo de High Water, en parte por su capacidad y en parte para cicatrizar sus heridas.

-Esta lluvia es providencial –dijo Kelsey con la esperanza de reanimar al anciano-. A High Water le gustan las pistas barroas. –Y recordó que a Double también.

-Es un buen potrillo –contestó Boggs, palmeando distraídamente el cogote del animal-. Equilibrado y bondadoso. Es posible que hoy nos sorprenda a todos.

-Lo último que supe fue que estaba cinco a uno.

Boggs se encogió de hombros. Nunca había dado mucha importancia a las apuestas.

-Este año no ha corrido mucho, así que nadie sabe qué es capaz de hacer. Sin embargo, por lo general ha terminado en la delantera. Se esforzará si se lo piden.

Pero no era Pride. Boggs no tenía necesidad de decirlo, pues Kelsey lo entendió.

-Entonces se lo pediré –dijo Kelsey acercándose al potrillo. Lo tomó del cabestro para mirarlo a los ojos. Le pareció que eran ojos de sabio y, como acababa de decir Boggs, bondadosos-. Correrás, ¿verdad, muchacho? Correrás lo más rápido que puedas. Es todo lo que te pedimos.

-¿No le vas a pedir que gane? –preguntó Naomi apoyando una mano en el hombro de Kelsey, un gesto que todavía las emocionaba a ambas.

-No. A veces ganar no es tan importante como intentarlo. –Vio a Reno, de pie a un lado, con el brazo en cabestrillo, el semblante pálido y demacrado-. Enseguida me reuniré contigo en el palco.

Kelsey se acercó a Reno y le cogió la mano libre.

-Tenía esperanzas de verte.

-Me resultó imposible no venir. –Hubiera preferido no estar aquí, pero lo último que quería era tener que quedarme a un lado y mirar-. Pensé en quedarme en casa

y ver la carrera por televisión. Pero de repente me encontré en el coche, encaminándome hacia aquí.

-Pronto volveremos a verte montar, Reno.

Un rictus cruzó la cara del jockey. Apartó la vista para no mirarla a ella, ni a los caballos, ni a la pista.

-No sé si me animaré. Ese potrillo merecía mejor suerte.

-Y tú también –contestó ella en voz baja.

-Me he pasado buena parte de mi vida soñando con ganar el derbi. Uno puede montar docenas de caballos y cruzar docenas de líneas de llegada, pero derbi sólo hay uno. Y eso se acabó para mí.

-El año que viene se correrá otro derbi –le recordó ella-. Siempre hay otro derbi.

-No sé si quiero otra oportunidad. –Se puso tenso al ver a alguien detrás de Kelsey-. Te deseo buena suerte –dijo mientras se alejaba presuroso.

El teniente Rossi vio el repentino alejamiento del jockey y lo archivó en su memoria. A pesar de la frialdad que había en la expresión de Kelsey, se acercó.

-¡Menudo tiempo para una carrera!

-Hasta hace un momento parecía que aclaraba.

Él la miró sonriente.

-Tenía la esperanza de que me diera algún ganador.

-No es probable que yo le dé un ganador, teniente –dijo y echó a caminar resignada ante el hecho de que él la acompañara-. Usted parece que lo es. Un policía.

-Una ocupación cualquiera. No pretendo saber mucho sobre caballos, señorita Byden, pero me parece que el de ustedes tiene poca alzada.

-Así es. Pero no creo que haya venido para hablar sobre caballos.

-Se equivoca. Los caballos están en el centro de este asunto. –Le ofreció su bolsa de cacahuets y cuando ella rehusó cogió un puñado-. He estado haciendo algunas investigaciones. Hay muchas maneras de matar a un caballo, señorita Byden. Algunas bastante desagradables.

-Lo sé.

“Y demasiado bien”, pensó. Matt se lo había contado cuando ella lo acosó a preguntas. Le habló de la electrocución: meter un caballo en el agua y luego

matarlo con cables conectados a baterías. Un asesinato cruel e inteligente, que a veces no se descubría. A menos que un veterinario notara quemaduras en los ollares. Y peor aún era sofocarlos con pelotas de ping pong metidas en la nariz. Al caballo le resultaba imposible expelerlas y le provocaban una muerte lenta y horrible.

-El potrillo de Three Willows que corrió en el derbi no fue simplemente asesinado –continuó Rossi-, sino que lo hicieron delante de miles de espectadores. Estoy convencido de que cuando alguien corre un riesgo particularmente innecesario, es porque está ansioso por demostrar algo. ¿Quién puede querer desacreditar a su madre en público, señorita Byden?

-No tengo la menor idea. –Pero de repente se detuvo a pensar. Lo que acababa de decir el teniente cambiaba el papel de culpable que intentaban adjudicarle a Naomi y la convertía en víctima-. ¿Usted cree que se trata de eso?

-Es una posibilidad que vale la pena indagar. Ella tenía asegurado el potrillo, y por una suma importante. Pero en Three Willows no hay problemas económicos y, a la larga el potrillo habría generado una ganancia mucho mayor. Su madre parece una empresaria sensata. Por otra parte, está Slater.

-Él no tuvo nada que ver con el asunto.

-Ésa es una respuesta dictada por los sentimientos. –Y precisamente la que él esperaba-. Prescindiendo por un momento de los sentimientos, él fue quien salió ganando. Uno siempre debe analizar quién se beneficia con un asesinato, señorita Byden. Con cualquier clase de asesinato. El problema es que lo sucedido cubre a Slater y su éxito en el derbi con un manto de dudas. De manera que me pregunto: ¿valía la pena? Slater tenía excelentes posibilidades de ganar, de modo que ¿valía la pena ganar a costa de una maniobra tan obvia? Slater no parece un individuo obvio.

-¿Ésa no es una conclusión emotiva, teniente?

-Es una observación, señorita Byden. Él no fue el único que se benefició. También se beneficiaron el cuidador y el jockey. Ambos recibieron una parte del pastel. Y además debemos tener en cuenta a cualquiera que haya hecho una apuesta importante.

Kelsey emitió una breve carcajada mientras miraba la multitud.

-Eso sin duda reduce el número de sospechosos –bromeó.

-Más de lo que usted cree. –Él también miró a la multitud, divertido-. Si el asunto se enlaza con mis dos homicidios, reduce considerablemente el número de sospechosos. ¿En quién confiaba tanto Lipscky (o a quién temía lo suficiente) para permitir que se acercara y lo matara? ¿Alguien con quien trabajaba, o para quien trabajaba? Había mucho más que dos caballos en la carrera, señorita Byden, y en el derbi se jugaba mucho más que un manto de rosas.

Ella se detuvo y se volvió a mirarlo.

-¿Por qué me dice todo esto?

-Porque usted es nueva en este ambiente. Es posible que vea mucho más de lo que la gente cree. –Se detuvo para coger otro cacahuete-. Y usted está involucrada. La relación que mantiene con su madre no hace feliz a todo el mundo.

“Así que ha estado husmeando en mi vida personal”, pensó Kelsey. Debió haberlo sospechado.

-Ése es un asunto de familia, teniente, y no tiene nada que ver con los asesinatos.

-Podría enumerarle las estadísticas que indican que los asuntos de familia conducen al asesinato con más frecuencia que cualquier otro factor. Lo único que le pido es que mantenga los ojos bien abiertos.

-Ya lo hago, teniente. –Se detuvo para que no la siguiera a los boxes. No tenía sentido angustiar a Naomi instantes antes de la carrera-. Y ahora, si no le importa, debo reunirme con mi madre.

-¡Buena suerte! –le deseó Rossi mientras cogía otro cacahuete. Tuvo la sensación de que Kelsey Byden sería más dura que un cacahuete.

Kelsey entró en el box justo en el momento en que los caballos se encaminaban a la puerta.

-Creí que no llegarías a tiempo.

-Me encontré con un conocido –murmuró Kelsey y miró a su madre y luego a Gabe. “Es típico de él estar aquí, a nuestro lado cuando es su momento de gloria”, pensó. Le tomó de la mano y se la apretó-. Buena suerte, Slater.

-Todavía me debes la apuesta de la primera vez.

-Entonces te aclaro que esta vez apuesto por Double or Nothing. Es un ganador.- Estudió la pista a través de los binoculares-. Tu caballo ganará por dos cuerpos. La pista está embarrada, pero estoy segura de que la recorrerá en un minuto cincuenta y ocho. Nuestro potrillo llegará tercero en dos minutos doce.

Gabe enarcó las cejas.

-Es una apuesta difícil de rechazar. Porque no se puede perder.

Sonó la campana de salida. Double y su jinete tomaron la delantera desde el principio. Kelsey pensó que era como si ambos supieran que tenían algo que demostrar. Ése era un campeón que se separaba del resto en un santiamén, sin necesidad de que lo azuzaran con la fusta. Al llegar a la primera curva ganaba por medio cuerpo mientras el potrillo de Arkansas y el ruano de Kentucky luchaban por el segundo puesto.

Kelsey volvió a perderse en la grandiosidad del espectáculo. Alentó a los caballos sin apartar los binoculares de sus ojos, y logró no volver a ver, como temía, la imagen de Pride en el momento en que caía fatídicamente. Sólo había esos atletas salpicados de barro, jinetes y caballos, que corrían por la pista.

De desató otra llovizna que impedía ver con claridad y empapaba la ropa.

Double ya estaba a un cuerpo de distancia y seguía avanzando, el rojo de sus colores convertido en marrón, el jinete balanceándose como un juguete sobre los estribos. Kelsey rió ante la gloria de lo que veía. De pronto, como una flecha, High Water se adelantó por fuera, Kelsey contuvo el aliento ante su repentina aparición. Ganaba terreno y sus cascos despedían fango. “Lucha por el honor”, se dijo Kelsey aturdida.

En la recta, Double aumentó la distancia que lo separaba del pelotón. La multitud coreaba su nombre, un sonido que cubría todo lo demás. Después comenzaron a alentar a High Water, el cinco a uno que se ubicaba en el tercer puesto y que seguía ganando distancia en esos sobrecogedores tramos finales.

-¡Por Dios, míralo! ¡Por Dios, mamá, míralo!

-Es lo que hago. –Las lágrimas corrían mezcladas con gotas de lluvia por las mejillas de Naomi. Tomó a Kelsey por la cintura cuando terminaron quinto, séptimo y segundo. Acababa de ganar Double, pero High Water le había quitado el segundo puesto al potrillo de Arkansas.

-¡Lo ha conseguido! –Kelsey dejó caer los binoculares-. ¡Ese potrillo adorable logró hacerlo! –Abrazó a Naomi, festejando con risas la victoria-. ¡Nadie lo creía! ¡Ni siquiera nosotros lo creíamos! –Giró sobre sí misma y se arrojó en brazos de Gabe-. ¡Felicidades! ¿En qué tiempo lo hizo?

Gabe alzó el cronómetro y la miró divertido cuando ella se lo arrebató de las manos. Un minuto cincuenta y siete y cuatro segundos. Kelsey volvió a reír; las gotas de lluvia le caían del pelo a la cara.

-¡Gabriel Slater, acabas de ganar la segunda joya de la Triple Corona! ¿Ahora qué harás? Estoy segura de que no irás a Disneylandia, ¿verdad?

-Iré a Belmont –contestó Gabe mientras la levantaba en vilo y la hacía girar en el aire. Luego la besó-. Los dos iremos a Belmont.

Dentro de las instalaciones del hipódromo, Rich Slater brindó en dirección a la imagen de su hijo y Kelsey que aparecía en el monitor. Después bebió whisky añejo que tenía en el vaso. “Una pareja encantadora”, pensó. Sí, formaban una pareja encantadora, lo mismo que habría sido la de él y Naomi si ella no lo hubiera rechazado.

Pero había otros asuntos que contemplar. Otros asuntos que celebrar.

Había apostado a Double diez mil de los cien que le había soplado a Cunningham y estaba satisfecho con la ganancia.

Por el momento.

-Espero que no te importe –dijo Kelsey mientras descorchaba la botella de champán con un alegre pop. Ya había bebido un par de copas en la suite de su madre, pero la noche era joven aún-. Pienso terminarme la botella. Y te advierto que me emborracharé.

Gabe estaba sentado, con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos. Había estado fantaseando con una ducha larga y caliente para dos. Pero podía esperar. Sería interesante comprobar cuántas inhibiciones podía dejar Kelsey por el camino después de beber una botella de Dom.

-El hecho de que yo no beba no quiere decir que no disfrute viéndote beber a ti.

-Cosa que haré. –Se volvió a llenar la copa y miró las burbujas que se amontonaban en el borde de la copa-. ¿Sabes? En realidad nunca me he emborrachado. A veces he estado cerca, pero siempre me contuve. –Bebió un trago y movió la mano-. Buena educación. Una no puede permitirse dar el numerito en el club... las habladurías de la gente son implacables. –Esta vez levantó la botella y la agitó en el aire-. Los Byden no podemos suscitar comentarios ni rumores.

-¿Y qué pueden suscitar?

-Respeto, admiración y, sobre todo, discreción. –Cerró un ojo para enfocar la visión y se sirvió más champán-. ¡Al diablo con todo! ¡Que hablen! ¡Hemos ganado! ¿No te parece increíble?

-Sí. –Le sonrió, Kelsey iba descalza y el pelo se le había secado en una gloriosa maraña dorada.

-¡Si supieras lo deprimido que estaba todo el mundo antes de la carrera! Hacíamos esfuerzos por no estarlo, pero era muy difícil. Vi a Reno en el corral y me destrozó el corazón. –Volvió a beber, suspiró y decidió que le gustaba la manera en que el champán hacía girar la habitación. Copa en mano hizo dos lentos giros en redondo para acentuarla.

-Hazlo de nuevo. –Quería volver a tener el placer de observar la forma en que el pelo de Kelsey se levantaba y volvía a caer.

Con una risita achispada, ella lo complació.

-Como verás, algunas lecciones me sirvieron para algo. También me enseñaron disciplina mental y física. Ignoro si lo sabes, pero puedes partir ladrillos sobre este cuerpo.

-Estoy seguro de poder encontrar cosas más importantes que hacer con tu cuerpo. Ella volvió a reír, pero sabía que lo que acababa de decir Gabe era cierto. Que lo haría.

-Estábamos hablando de la carrera. Espero que haya hecho sentir mejor a Reno. La felicidad de Naomi y de Moses era evidente. ¡Hasta Boggs que se culpa por haberlo apostado a Pride! Pero eso no tuvo nada que ver con el asunto. La gente vive buscando la manera de ligar una cosa con la otra. Como Rossi.

-Rossi?

-Mmmm. –Volvió a llenarse la copa y luego, con aire distraído, empezó a desabotonarse la camisa. Cada trago que bebía la acaloraba más-. Estaba en el hipódromo. Hablé con él; más bien él habló conmigo. Es como si estuviera allí cada vez que uno se da la vuelta, observando, desarrollando sus teorías. ¿Quién puede querer perjudicar a Naomi o desacreditarla ante la gente?

Gabe la miró con atención. Kelsey tenía la camisa abierta, dejando al descubierto la primera dulce curva de sus pechos. Pero él quería concentrarse en sus palabras.

-¿Eso cree?

- ¿Quién sabe? –Se encogió de hombros con indiferencia-. En realidad, no creo que diga lo que piensa. Sólo dice cosas para sembrarlas en nuestra mente y

volvernos locos. Pero al menos no parece considerar que Naomi sea una especie de asesina de caballos. –Le sonrió con aire conspirador-. Y todavía te cuenta entre los sospechosos, Slater.

-Nunca lo he puesto en duda.

-Pero sólo sospechoso a medias –aclaró ella-. No le pareces obvio.- Rió.

-Todo un cumplido, considerando de quién viene. –Decidí que después de todo podía concentrarse en el cuerpo de Kelsey-. Te quedan un par de botones, cariño.

-Ya estoy llegando a ellos. Hasta ahora nunca me he desnudado delante de un hombre.

-Estoy encantado de ser el primero.

Kelsey lanzó una risita, entrecerró los ojos y comenzó a bajarse el cierre del tejanos.

-Me irritó verlo allí. Me refiero a Rossi. Me hizo recordar lo sucedido en el derbi. Fue como si volviera a ver a los caballos saliendo de entre la niebla después del entrenamiento de la mañana. Los olores, los sonidos, los nervios. Boggs colgando los arneses de Pride y hablándome de la última vez que apostó. Comentándome que le había parecido ver a tu padre en el hipódromo.

-¿Qué? –La sangre que el desaliñado striptease de Kelsey empezaba a hacer hervir se congeló como si fuese un río de hielo-. ¿Qué has dicho sobre mi padre?

-Boggs creyó verlo en Churchill Downs. Consideraba que era un signo de mala suerte, pero supongo que no debía estado allí, porque en ese caso te habría avisado.

-Kelsey. –Gabe se puso en pie y le quitó la copa de las manos-. ¿Qué dijo Boggs sobre mi padre?

-No mucho. –Soltó un largo suspiro. La cabeza le giraba. Una sensación espléndida, pero la mirada de Gabe era tan intensa que se abría paso entre su niebla mental-. Sólo que le parecía haberlo visto por las caballerizas.

Gabe la retuvo por los brazos.

-¿Cuándo? –preguntó.

-En algún momento de esa mañana... Pero no estaba seguro. Dijo que sólo le vio un instante y que sus ojos ya no eran tan buenos como antes. –Sacudió la cabeza, en un vano intento de aclararla-. ¿Qué importa eso?

-Nada –mintió Gabe. Podía tener toda la importancia del mundo para aclarar el caso-. Sólo tenía curiosidad.

-El pasado tiene una manera especial de apretarnos la garganta –Alzó una mano para acariciarle la cara-. No deberíamos permitirselo. Tenemos el presente.

-Sí, lo tenemos. –“Eso puede esperar”, se dijo Gabe. Lo más probable era que no se tratara de nada importante, pero se encargaría del asunto en cuanto volviera a casa-. Veamos. –Le tomó la barbilla y estudió su rostro arrebolado y sus ojos parpadeantes-. Cariño, por la mañana tendrás un dolor de cabeza de espanto.

-Pues entonces... -le echó los brazos al cuello, dio un saltito y él envolvió la cintura con las piernas –será mejor que hagamos que valga la pena, ¿no crees?

-Lo creo. Propongo que vayamos a la ducha. –Inclinó la cabeza para mordisquearle el hombro desnudo-. Te enseñaré un par de cosas.

CAPÍTULO 19

Pensó en la posibilidad de decírselo a Gabe. Sin duda no era una cuestión de dependencia que le contara sus intenciones al hombre con quien estaba unida. Tampoco sería una debilidad pedirle que la acompañara, que le prestara un poco de apoyo moral en el momento en que ella se enfrentara al pasado.

Pero no se lo había dicho. Porque, dejando de lado las consideraciones intelectuales, la hacía sentir dependiente, débil. Y, después de todo, era su problema.

En todo caso, Gabe no disponía de tiempo libre. No todos los años era un competidor por la Triple Corona que ya tenía dos joyas en su poder. Tenía su tiempo libre ocupado con los periodistas, la mente llena de tensiones y de proyectos, y los días dedicados al entrenamiento preparatorio para la carrera de Belmont.

Kelsey no quería distraerlo, apartarlo de su meta. Una meta que, como ella empezaba a comprender, para él significaba mucho más que el dinero y el prestigio que traía consigo. Para Gabe, la Triple Corona sería la prueba de que había hecho algo no sólo por sí mismo sino que lo había hecho extraordinariamente bien.

Además, no quería que él le echara en cara su propio consejo. No era inteligente permitir que el pasado lo ahogara a uno.

Pero Kelsey no podía desprenderse por completo del pasado. Cuanto más conocía a Naomi y más cariño le tenía, más le costaba creer que su madre hubiera podido matar a un hombre a sangre fría. O para el caso, en un acceso de furia. No cabía duda: Naomi había apretado el gatillo, y acabado con una vida. No sólo lo admitía ella misma, no sólo la había condenado un jurado, sino que había habido un testigo.

Kelsey decidió que no podría dejar en paz el pasado hasta hablar con Charles Ronney.

Disfrutó del trayecto. Por más tráfico que hubiera en la autopista, era difícil no apreciar las verdes praderas y las plantas florecidas de la primavera. Había bajado la capota del coche y la radio emitía música de Chopin. Decidió que era lo mejor para no pensar en lo que estaba por hacer.

No había mentido del todo al darle a la secretaria de Ronney el nombre de “Kelsey Monroe” cuando concertó la entrevista. Era sencillamente una precaución, una manera de que Ronney no la relacionara enseguida con Naomi. “Una manera de torcer mis rígidos códigos morales”, pensó. Siempre le habían divertido esas personas, a las que desdeñaba, que consideraban que las mentiras piadosas eran aceptables, o convenientes. Y allí estaba ella, utilizando esa misma soga resbaladiza para trepar hasta sus propios fines. “Evalúalo después”, se dijo.

Tampoco había sido completamente veraz al presentar la excusa de que quería tomarse la tarde libre. Alegó entrevistas y compras, y sabía que Naomi creía que iba a reunirse con su familia. Y permitió que lo creyera.

Cualquiera que fuese el resultado de esa tarde, Kelsey no pensaba contárselo a su madre. Por primera vez desde la muerte de Pride, Naomi volvía a parecer relajada. Nadie esperaba que High Water repitiera su proeza en los casi dos kilómetros y medio de la pista de Belmont. Pero la victoria anterior se había logrado y en ese momento podían disfrutar de las recompensas.

Y ella podía robarle algunas horas de trabajo para sumergirse en el sombrío pasado.

Ya había trazado la ruta que seguiría al llegar y cruzar la ciudad. Aunque no conocía Alexandria, encontró con bastante facilidad el edificio que buscaba y ocupó una plaza vacía en el aparcamiento de subsuelo.

En ese momento se puso nerviosa y las palmas de las manos se le humedecieron. Se tomó su tiempo, puso el freno de mano lentamente, cerró con llave la puerta y guardó las llaves en la cartera.

“¿Qué puede ser peor que saber que tu madre ha matado a un hombre?”, se preguntó. Lo que dijera Charles Rooney no la sorprendería demasiado. Sólo se trataba de que, de alguna manera, ella quería atar cabos sueltos y que todo quedara ordenado en su mente. Entonces, por fin, podría aceptar a la mujer en la que se había convertido Naomi y dejar de pensar en la mujer que había sido.

El ascensor la llevó hasta el quinto piso, donde el suelo estaba cubierto por gruesas alfombras. Puertas de vidrio y mamparas de cristal con nombres impresos. Dentro, gente que trabajaba delante de ordenadores y teléfonos.

Aquello le provocó un estremecimiento. ¿Cómo sería estar en exhibición durante las horas de trabajo ante cualquiera que pasara por el pasillo? ¿Cómo se sentiría una, atrapada detrás de esos cristales, cuando en el exterior florecía la primavera? Meneó la cabeza, impresionada por sus propios pensamientos. No hacía

demasiado tiempo, ella misma estaba encerrada y tan en exhibición como los objetos que hacía admirar a los turistas que visitaba los museos. ¡Hasta qué extremos unos pocos meses habían cambiado sus puntos de vista y sus deseos!

El Servicio de Investigaciones Rooney ocupaba un extremo de la planta. No era, como ella suponía, una oficina pequeña y tampoco reinaba allí el clima poco agradable con que las películas y la televisión presentaban a las agencias de detectives.

“Aquí no hay gato encerrado”, pensó Kelsey mientras entraba en un ambiente con música ambiental y fragancia de gardenias que emanaba de los múltiples pimpollos que cubrían los tiestos colocados a cada lado de los sofás. Sobre las paredes se veían reproducciones de Monet y delante del sofá, una mesita estilo Reina Ana, cubierta de ejemplares de Southern Homes.

La mujer sentada ante el escritorio circular colocado en el centro de la habitación, era tan pulcra como el ambiente. Levantó la vista de su ordenador y dirigió a Kelsey una sonrisa profesional pero inusualmente cálida.

-Buenas tarde.

-Tengo cita con el señor Rooney.

-¿La señorita Monroe? Sí, ha llegado con unos minutos de adelanto. Si quiere tomar asiento, veré si el señor Rooney puede recibirla enseguida.

Kelsey se sentó cerca de las gardenias, cogió una revista y durante los diez minutos siguientes simuló estudiar la decoración de una mansión de las afueras de Raleigh. Pero los nervios y la conciencia la aguijoneaban constantemente.

No debía haber ido. Y sin duda no debió dar un nombre que ya no usaba ni quería. No tenía derecho a meterse en los asuntos de Naomi. Debería ponerse de pie y decirle a la eficiente recepcionista que se había equivocado.

Sin duda no sería la única mujer que caía presa del pánico en la sala de espera de un investigador privado. Y aunque lo fuera, ¿qué importaba?

Debería estar en las caballerizas, trabajando con Honor en lugar de estar allí sentada aspirando fragancia de gardenias y mirando la fotografía de un salón barroco.

Pero no se levantó hasta que la recepcionista la llamó y se ofreció a acompañarla hasta el despacho de jefe.

El pasillo interior tenía varias puertas. Kelsey notó que allí no había cristales. Lo que pudiera suceder dentro de esos cuartos era privado. La discreción debía de

ser esencial en ese negocio. Y si lo era, ¿cómo esperaba que Charles Rooney le dijera algo, aunque hubiesen transcurrido veintitrés años? “Porque tengo derecho a saberlo”, se dijo y cuadró los hombros. Porque era la hija de Naomi Chadwick.

-Señor Rooney, la señorita Monroe –anunció la recepcionista, abriendo una hoja de la doble puerta de cedro y haciendo pasar a Kelsey.

Era un despacho sencillo, amueblado más como un despacho familiar que como profesional: peces enormes de ojos vidriosos en exhibición en las paredes y modelos de barcos alineados en una serie de estantes. El hombre que se puso de pie para recibirla podía haber sido el tío favorito de cualquier jovencito. Un poco barrigón, un poco calvo, de cara redonda y hombros estrechos. Tenía la corbata algo torcida, como si se la hubiera tironeado.

Hablaba con voz baja y amistosa, sin duda para tranquilizar al cliente nervioso.

-Lamento haberla hecho esperar, señorita Monroe. ¿Le apetece una taza de café? –preguntó-. Siempre tengo café preparado para mantener las ideas claras. – Señaló la cafetera colocada sobre la mesa.

-No, gracias, pero tómelo usted. –Kelsey se obligó a sentarse y aprovechó el tiempo que él le dio al servirse el café para estudiar a Rooney y el ambiente en el que trabajaba.

Un hombre corriente en un lugar corriente, pensó. ¿Cómo era posible que hubiese tenido una influencia tan devastadora sobre tantas vidas?

-Muy bien, señorita Monroe, me dijo que necesitaba ayuda en un caso de custodia. –Se sentó y comenzó a revolver distraídamente el café. Ante él, un bloc de papel esperaba sus anotaciones-. ¿Está usted divorciada?

-Sí.

-¿Y en niño? ¿En este momento quién tiene la custodia?

Kelsey respiró hondo. Había llegado la hora de la verdad.

-El niño soy yo, señor Rooney. –Aferró el bolso y lo miró a los ojos-. Monroe es mi apellido de casada. Ya no lo uso, he vuelto a mi apellido de soltera. Soy Kelsey Byden.

Advirtió que él recordaba. Su mano vaciló y el pausado revolver el café se detuvo. Las pupilas de Rooney se agrandaron.

-Entiendo. Es comprensible que usted supiera que recordaría ese apellido y ese caso. Por supuesto que lo recuerdo. Usted es notablemente parecida a su madre. Debí reconocerla.

-No pensé en eso. Supongo que en esa época debe de haberla visto varias veces, ya que la vigilaba.

A Rooney no se le escapó la leve recriminación que revelaba la voz de Kelsey.

-Es parte de mi trabajo.

-Ese trabajo tomó un giro inesperado. ¿Fue contratado por mi padre, señor Rooney?

-Señorita Byden (Kelsey, me resulta difícil no pensar en usted como Kelsey), los juicios de custodia nunca son agradables. Por suerte usted era lo suficientemente pequeña para que no la involucraran en los aspectos más desagradables del asunto. A mí me contrataron, como supongo que sabe, para que verificara el... estilo de vida de su madre, y fortalecer así la demanda de custodia completa que hacía su padre.

-¿Y qué descubrió con respecto al estilo de vida de mi madre?

-Eso es algo que no puedo revelar.

-Gran parte del asunto es del dominio público, señor Rooney. No puedo creer que después de tanto tiempo siga atado por el secreto profesional. –Con la esperanza de conmoverlo, se inclinó hacia delante y permitió que parte de su emoción se reflejara en la voz-. Necesito saberlo. Ya no soy una niña a la que se debe proteger de la dureza de la vida. Debe comprender que tengo derecho a saber exactamente qué sucedió.

“¿Cómo era posible que haya mirado esta cara sin darme cuenta de quién era? –pensó Rooney-. ¿Cómo he mirado estos ojos sin imaginar que era la hija de Naomi?”

-Comprendo, pero lo que puedo decirle es muy poco.

-Usted la siguió. Le tomó fotografías, hizo anotaciones, redactó informes. Usted la conoció, señor Rooney. Y conoció a Alec Bradley.

-¿Dice que los conocí? –repuso él inclinando la cabeza-. Nunca cambié una sola palabra con Naomi Chadwick no con Alec Bradley.

Ella no estaba dispuesta a darse por vencida con argumentos técnicos tan poco convincentes.

-Los vio juntos. En fiestas, en el hipódromo, en el club. Los vio juntos esa noche, cuando él fue a su casa. Técnicamente hablando, cuando sacó las fotografías que la incriminaron, usted no era más que un intruso.

Rooney no lo había olvidado. No había olvidado un solo detalle del caso.

-Acepto que me arriesgué y permití que mi celo profesional fuese más fuerte que mi obediencia a la ley. –Esbozó una pequeña sonrisa mientras los recuerdos giraban en su mente-. Con la tecnología actual, podría haber logrado los mismos resultados sin que se me pudiera acusar de intruso. –Hizo una pausa para beber un sorbo de café.

-Usted se formó una opinión de mi madre. Supongo que parte de su trabajo es mantener cierta objetividad, pero seguramente se forma una opinión de la persona a quien está vigilando.

Rooney volvió a revolver el café.

-Ocurrió hace más de veinte años.

-Pero usted recuerda, señor Rooney. Es imposible que la haya olvidado, que haya olvidado nada de lo que sucedió.

-Era una mujer hermosa –dijo él con lentitud-. Una mujer vibrante que se metió en problemas.

-Con Alec Bradley.

Enfadado consigo mismo, Rooney dejó a un lado la cucharilla y marchó el secante des escritorio.

-Sí, en efecto, con Alec Bradley. En el conocimiento público del que usted habla, Naomi Chadwick fue arrestada y condenada por el asesinato de ese hombre.

-Y su fotografía del asesinato ayudó a condenarla.

-Así fue. –Recordaba vívidamente el momento en que trepó al árbol, con la cámara colgando que golpeaba contra el tronco y con un corazón latiendo desaforadamente-. Se podría decir que estuve en el lugar preciso y en el momento preciso.

-Ella lo llamó defensa propia. Alegó que Alec Bradley la amenazó, que intentó violarla.

-Recuerdo su defensa, señorita Kelsey. Pero las evidencias no la apoyaron.

-¡Pero en ese momento usted estaba allí! Debe haber notado que ella tenía miedo, si él parecía amenazador...

Rooney cruzó las manos sobre el escritorio, como el hombre que está por recitar un discurso bien ensayado.

-La vi dejarlo entrar en la casa. Bebieron juntos una copa. Discutieron. No sé y no pude aclarar lo que decían. Después subieron.

-Ella subió –le corrigió Kelsey-. Él la siguió.

-Sí hasta donde pude ver. Decidí correr el riesgo y trepé al árbol convencido de que se dirigían al dormitorio de ella.

-¿Por qué él había estado allí antes? –preguntó Kelsey.

-No, por lo menos yo no lo había visto. Pero ésa era la tercera noche que entraba a la casa y la primera en que el resto de los moradores estaban ausentes.

Rooney mantenía las manos entrelazadas y la miraba a los ojos.

-Pasaron unos minutos. Ya estaba por bajar del árbol, pero en ese momento entraron en el dormitorio. Ella entró primero. Por lo visto seguían discutiendo.

Recordó el rostro de Naomi Chadwick, la manera en que llenó el visor con su belleza, enojo y desdén. Y sí, recordó también que en ese rostro había miedo.

-Durante unos instantes ella me dio la espalda. –Se aclaró la garganta-. Después giró sobre sus talones. Cuando volví a verla de frente empuñaba un arma. Alcanzaba a verlos a ambos, enmarcados en la ventana. Él alzó las manos y retrocedió. Ella disparó.

Un escalofrío recorrió a Kelsey.

-¿Y entonces?

-Entonces, Kelsey, me quedé paralizado. No me enorgullezco de ello, pero era joven. Nunca había visto... me quedé paralizado –repitió-. La vi acercarse a donde él había caído e inclinarse. Y la vi dirigirse al teléfono. Entonces bajé de allí y me metí en mi coche hasta que oí las sirenas.

-¿Usted no llamó a la policía?

-No, no enseguida. Fue una tontería. Pudo haberme costado la licencia. Pero luego me presenté a la policía, les entregue la película e hice mi declaración-. De repente soltó las manos, que le dolían de tanto apretarlas-. Cumplí con mi trabajo.

-Y lo único que vio fue a una mujer hermosa y vibrante que se metió en problemas con un hombre y que le disparó.

-Ojalá pudiera decirle otra cosa. Su madre cumplió la condena. Es un asunto cerrado.

-Para mí no. –Kelsey se puso de pie-. ¿Qué tal si yo lo contratara, señor Rooney? Ahora mismo. Quiero que retroceda veintitrés años y que vuelva a estudiar el caso.-Quiero saber todo lo que se pueda saber sobre Alec Bradley.

El temor recorrió a Rooney y lo puso tenso.

-Deje el asunto en paz, señorita Kelsey. Removiendo viejas heridas no podrá solucionar nada, y tampoco cambiar nada. ¿Cree que su madre le agradecerá que la obligue a revivir todo eso?

-Tal vez no. Pero estoy decidida a retroceder, paso a paso, hasta comprenderlo todo. ¿Me ayudará?

Él la estudió y vio a otra mujer. Una mujer pálida y sentada con dignidad y compostura en una atestada sala de juzgado. Compostura, recordó, con excepción de los ojos. Aquellos ojos desesperados.

-No, no la ayudaré. Le pido que reconsidere las consecuencias de todo esto.

-Ya lo he pensado a fondo, señor Rooney. Y sigo llegando a una misma conclusión: mi madre decía la verdad. Y estoy decidida a demostrarlo, con o sin ayuda. Gracias por su tiempo.

Él permaneció sentado mucho tiempo después de que Kelsey cerrara la puerta a sus espaldas, mucho después de conseguir que dejaran de temblarle las manos. Cuando consiguió tranquilizarse, cogió el teléfono y marcó un número.

Desde allí, Kelsey se encaminó a la universidad. La larga espera frente al despacho lleno de gente de su padre logró sosegarla un poco. Le resultaba un bálsamo estar rodeada de libros, de los olores y sonidos académicos. Supuso que era eso lo que siempre la obligaba a volver. En ese mundo, aprender era la primera meta. Y todas las preguntas encontraban respuesta.

Entró Philip con los dedos sucios de tiza.

-¡Kelsey! ¡Qué maravillosa manera de alegrarme el día! Hubiera venido antes, pero mi clase se prolongó un poco.

-No me importó esperar. Tenía la esperanza de que tuvieras unos minutos libres.

-Tengo libre la próxima hora. –Que reservaba para preparar la última clase, pero eso puede esperar-. Y cuando termine, si tú no tienes nada que hacer, podría invitarte a cenar en un restaurante.

-Esta noche no, gracias. Todavía tengo que ir a otra parte. Papá necesito hablar contigo.

-No quiero que te preocupes por lo de tu abuela. Yo me encargaré de eso.

-No, eso no me preocupa. No tiene importancia.

-¡Por supuesto que tiene importancia! –La tomó por los hombros y le acarició los brazos-. No toleraré esa clase de actitudes, ni toleraré que use su herencia en tu contra. –Volvió a encenderse y comenzó a pasearse por el estrecho perímetro de su despacho, como lo haría si estuviera preparando una tesis-. Tu abuela es una mujer admirable, Kelsey. Y formidable también. Los asuntos familiares la ciegan y tiende a exacerbarse.

-No es necesario que me lo expliques, o que la excuses. Yo lo sé y, a su manera, ella me quiere. Lo que pasa es que sus maneras no siempre han sido fáciles. –“Nunca fueron fáciles”, se corrigió Kelsey-. También sé que no está acostumbrada a que la contradigan. Pero esta vez tendrá que aceptar lo que estoy haciendo con mi vida o no aceptarlo. Pero no dejaré que eso me influya.

Philip permaneció un momento en silencio y levantó del escritorio un pisapapeles de cristal.

-No me gusta que estés en malas relaciones con ella.

-A mí tampoco.

-Si fuésemos a verla juntos...

-Ni hablar.

Philip suspiró, se quitó las gafas y empezó a limpiarlas, más por costumbre que porque fuera necesario.

-Kelsey, ella ya no es joven. Es tu abuela.

“¡Ah! –pensó Kelsey-. ¡Los argumentos que esgrimen los seres queridos!”

-Lo siento, pero en este caso no puedo ceder. Sé que estás en medio, y eso es algo que también lamento. Ella no puede tener lo que quiere, papá. Y si vamos a eso, yo nunca he sido lo que ella quería.

-Kelsey...

-Soy la hija de Naomi y eso siempre le ha molestado. Espero que con el tiempo llegue a comprender que también soy hija tuya.

Con cuidado, Philip plegó las gafas y las colocó sobre el escritorio repleto de cosas, junto a un gastado ejemplar de El Rey Lear.

-Ella te quiere, Kelsey. Sólo lucha contra las circunstancias.

-Las circunstancias soy yo –repuso ella en voz baja-. Yo soy el motivo, la razón, la niña que dos personas quisieron seguir teniendo después de haber dejado de quererse. Eso no se puede pasar por alto.

-¡Es ridículo que te culpes!

-No me culpo. Ésa es una palabra equivocada. Pero en cambio siento cierta sensación de responsabilidad. Sí, eso sí –agregó al ver que él meneaba la cabeza-. Responsabilidad ante ti y ante ella. Por eso estoy aquí. Necesito que me digas qué sucedió.

Repentinamente cansado, Philip se sentó frotándose la frente.

-Ya hemos hablado de eso, Kelsey.

-Me hiciste una síntesis, un esbozo. Te enamoraste de alguien, te casaste a pesar de la desaprobación de tu familia, tuviste una hija con ella, y en algún momento las cosas empezaron a andar mal.

Se acercó a su padre, a quien no quería herir, pero necesitaba llegar a la verdad.

-No te pido que me expliques todo eso. Pero conocías a la mujer con quien te casaste, y sentías algo por ella. Si estabas decidido a disputarle la tenencia de tu hija, a llegar hasta la justicia, a contratar abogados y detectives, debió existir una razón. Un motivo fuerte. Y quiero saber qué fue.

-Te quería a ti –contestó él con sencillez-. Quería tenerte conmigo. Tal vez haya sido egoísta y no del todo razonable. Tú eras lo mejor de nosotros dos. No me parecía que el ambiente en que se movía tu madre fuera adecuado para ti.

“¿Habré estado equivocado? –se preguntó-. ¿Me habré equivocado?” ¡Cuántas veces se había repetido esa misma pregunta, aún después de que se borró el recuerdo de todo lo sucedido!

-Tu abuela y yo lo hablamos en detalle –continuó Philip-. Mamá se oponía con violencia a la posibilidad de que la custodia la tuviera Naomi. Por fin, coincidí con ella. No fue una decisión fácil, pero la tomé de buena fe. En parte fue por egoísmo, no lo puedo negar.

Miró a su hija, a la mujer, y recordó a la niña.

-No quise renunciar a ti, convertirme en un padre de fines de semana que, con el tiempo, sería reemplazado por el siguiente hombre que entrara en la vida de Naomi. Y la manera en que ella vivió durante unos meses, después de nuestra separación, parecía un desafío deliberado. Sus abogados debían de haberle aconsejado que se comportara con discreción y ella hizo justamente lo contrario.

Naomi cortejaba a la prensa, promovía las habladurías. Yo detestaba la idea de contratar un detective, pero era necesario documentar su manera de vivir. Dejé el asunto en manos de los abogados.

-¿No contrataste directamente a Rooney?

-No. ¿Cómo te enteraste de su nombre?

-Vengo de su despacho.

-¡Por el amor de Dios! –Le tomó la mano-. ¿Para qué todo esto? ¿Qué esperas ganar?

-Respuestas. En particular una respuesta. –Aferró la mano de su padre-. Te lo preguntaré: ¿crees que Naomi asesinó a Alec Bradley?

-No hay ninguna duda de que...

-De que ella lo mató –dijo Kelsey, terminando la frase-. Pero ¿crees que lo asesinó? La mujer que conociste, la mujer a quien amaste, ¿era capaz de cometer asesinato?

Philip vaciló, mientras sentía en la mano la presión de la de su hija.

-No lo sé –dijo al fin-. De todo corazón te aseguro que me gustaría saberlo.

La última entrevista que Kelsey mantuvo ese día fue con los abogados de su madre. Allí no enteró de mucho más, pues se topó con el muro imposible de derribar del secreto profesional. Abandonó el lujoso bufete poco satisfecha pero decidida.

“Siempre queda otro camino –se recordó-. Todo problema tiene una solución. Lo único que uno necesita son los factores, la fórmula y la paciencia necesaria para llegar hasta el fin. Es una pena que siempre haya destacado más en filosofía y en arte que en matemáticas y en ciencia.”

Si estaba descorazonada se debía al cansancio. Tuvo que admitir que estaba demasiado fatigada para enfrentarse a Naomi e inventar mentiras acerca de lo que había hecho esa tarde.

Así que en lugar de llegar a Three Willows se dirigió a Longshot.

Si Gabe no estaba en su casa iría a Three Willows, inventaría una excusa –un dolor de cabeza tal vez –y se refugiaría en su habitación.

“¿Otra mentira piadosa, Kelsey?” se preguntó, sombría. Si seguía así, no sólo las diría con habilidad, sino que le parecerían lo más normal del mundo.

Se encaminó a la casa, pero en lugar de pulsar el timbre, se sentó en los escalones de entrada, contemplando el atardecer. “Habrá otra hora o dos de sol”, pensó. Se preguntó si el pájaro que cantaba frente a la ventana de su dormitorio tendría una compañera. Siempre empezaba a cantar al atardecer, era un sonido dulce, lleno de deseo.

En el jardín de Longshot, las flores crecían en abundancia, llenando el ambiente de colores y perfumes. Prímulas, margaritas, enrejados que muy pronto estarían cubiertos de alverjillas. Los arbustos de lilas estaban llenos de capullos y de perfume, y sus pétalos teñían la hierba de un rojo profundo. Un lugar tan silencioso, un lugar tan hermoso para un hombre tan enérgico y apasionado...

Oyó abrirse una puerta a sus espaldas, y luego los pasos de Gabe. En un movimiento tan natural como las flores que crecían junto a la galería, ella se recostó contra él cuando Gabe se sentó a saludo y la abrazó.

-Vi tu coche.

-¿Quién plantó las flores?

-Yo. Es mi jardín

-A mi padre le encanta la jardinería. En Georgetown yo tenía un hermoso jardincito casero. Así pues, seguí un curso de horticultura y de diseño de parques. Cuando terminé con el jardín, era todo un espectáculo, pero nunca logré que fuera tan hermoso ni tan íntimo como el de mi padre. Hay cosas que no se aprenden en los libros.

-Yo planto lo que me gusta.

-Si yo tuviera que volverlo a hacer, lo haría así.

-He estado pensando en hacer un jardín de rocas, allá –señaló un costado de la colina-. ¿Quieres que lo hagamos juntos?

Ella sonrió y hundió la cara en su cuello, donde la piel era cálida y acogedora.

-Enseguida recurriría a la biblioteca. No podría evitarlo.

-Y entonces discutiríamos sobre la lógica y los caprichos. –Le puso un dedo bajo la barbilla y la obligó a mirarla-. ¿Qué te preocupa, Kelsey?

Ella comprendió que se lo podía decir. ¡Por supuesto que podía! No había nada que no pudiera decirle.

-Hoy he iniciado algo y sé que no voy a detenerme. Todo el mundo me ha dicho que debo dejar en paz ese asunto, pero no puedo. No quiero. –Respiró hondo y se echó atrás-. ¿Tú crees que mi madre asesinó a Alec Bradley?

-No.

Ella parpadeó y meneó la cabeza.

-¿Así de sencillo? ¿Sin vacilar? ¿Sin salvedades no condiciones?

-Me lo has preguntado y he contestado. –Se inclinó para arrancar una fresias y se las entregó-. ¿No te parece que lo más importante es lo que uno cree?

Ella volvió a manear la cabeza y luego la apoyó entre sus manos.

-¿Puedes decir que no, simplemente que no, cuando en esa época ni siquiera la conocías?

-Bueno, no diría tanto.

Ella volvió la cabeza para mirarlo.

-¿Qué significa eso?

-Había oído hablar de ella. La había visto. –Inclinó la cabeza y jugueteó con el cabello de Kelsey-. Hacía tiempo que yo era una rata de hipódromo, Kelsey. Recuerdo haberla visto en Charles Town, en Laurel, aquí y allá.

-Pero eras un chico.

-No en el sentido en que lo dices. Pero es verdad, no la conocía, no podía formarme una opinión sólida. Pero ahora la conozco.

-¿Y?

Gabe comprendió que ella necesitaba una respuesta concreta. Siempre las necesitaría. Y él ignoraba si sería capaz de dárselas.

-Mira, me he ganado la vida leyendo a la gente. Caras, entonaciones, gestos. Los apostadores, policías y psiquiatras tenemos eso en común; de lo contrario no duraríamos mucho tiempo. Naomi apresto el gatillo, pero no cometió el asesinato.

Con los ojos cerrados, Kelsey volvió a apoyarse contra él. Las flores que Gabe acababa de darle despedían un perfume delicado.

-Es lo que creo, Gabe. Parte de mi ser teme que lo crea simplemente porque no quiero aceptar que mi madre pudo haber cometido el crimen por el que la

condenaron. Pero eso no disminuye mi fe. Hoy fui a ver al detective. Al que testificó en contra de mamá.

Gabe volvió a hablar en tono tranquilo y relajado. Pero ella se preguntó cómo había dejado de percibir tantas veces la férrea determinación que había bajo su voz.

-¿No se te ocurrió pedirme que te acompañara?

-Sí. Pero preferí hacerlo sola. –Se encogió de hombros-. No logré demasiado. Rooney no me dijo nada que ya no supiera. Intenté contratarlo, pero se negó a ayudarme a investigar a fondo a Alec Bradley.

-¿Qué quieres saber?

-Cualquier cosa. Todo. Mi madre sólo es parte de esto. –Se apartó de Gabe-. ¿Qué clase de hombre era él? ¿De dónde vino? ¿Qué quería? Naomi dice que trató de abusar de ella, de violarla. ¿Qué desencadenó esa actitud?

-¿Se lo has preguntado a tu madre?

-No quiero hacerlo a menos que sea necesario. Se encerraría en sí misma, Gabe. Me diría lo que sabe, pero quizá llevaría a un punto muerto lo que hubiéramos podido averiguar. No quiero arriesgarme a eso.

-Ella no era la única que lo conocía.

Era algo que Kelsey ya había considerado, y rechazado.

-No puedo empezar a hacer preguntas en los hipódromos, sonsacando a los propietarios de los caballos o a su personal. Lo que pudieran decirme valdría menos que los comentarios que desataría.

-¿Qué alternativa te queda?

-Tengo el nombre del oficial que investigó el caso. Está retirado y vive en Reston.

-Has estado haciendo tus deberes.

-Siempre he sido una buena alumna. Pienso ir a verlo.

Gabe le cogió la mano y la puso de pie.

-Iremos a verlo.

Ella sonrió.

-De acuerdo.

CAPÍTULO 20

-Hace tiempo que no nos veíamos, Roscoe –dijo Tipton mientras estrechaba la mano de Rossi-. ¿Ya ocupas mi viejo puesto?

-A eso intento llegar, capitán.

-Bueno, siéntate y daremos cuenta de estas cervezas. –Tipton se instaló en la hamaca del porche-. ¿Cómo está tu mujer?

Rossi aceptó la lata de cerveza que Tipton le ofrecía y la abrió.

-¿Cuál de ellas?

-¡Ah, sí! Lo olvidé. Has dado el mal paso dos veces. –Con una risita Tipton entrecrocó su lata contra la de Rossi y bebió-. El divorcio es casi parte de nuestro trabajo. Yo tuve suerte.

-¿Cómo está la señora Tipton?

-Mejor que nunca. –Su voz denotó un sencillo tono de afecto-. Dos semanas después de mi retiro, ella consiguió un trabajo. –Tipton meneó la cabeza divertido-. Dice que es para entretenerse, ahora que los chicos han crecido. ¡Diablos! Los dos sabemos que es para no matarme a golpes. De modo que tengo mi taller y disfruto de mi hobby mientras ella vende zapatos. –Sonrió y volvió a beber-. Tuve suerte, Roscoe. No todas las mujeres son capaces de vivir con un policía, esté en servicio activo o retirado.

-Hábleme del asunto. –Dos esposas y dos divorcios en doce años le habían enseñado a Rossi demasiado bien esa lección-. A usted se le ve muy bien, capitán.

Era cierto, en sus tres años de jubilado Tipton había aumentado un poco de peso, y esos kilos habían conseguido borrar las arrugas que su trabajo le había tallado en la cara. Parecía relajado y en paz, vestido con tejanos y una camisa de trabajo. Una gorra cubría lo que conservaba de pelo, una mezcla de rojizo y gris.

-Mucha gente no se acostumbra a estar jubilado –agregó Tipton-. Los hace sentir viejos. En cambio a mí me encanta. Tengo mi taller... yo mismo hice esta, ¿sabes?

-¿En serio? –Rossi examinó la tambaleante silla-hamaca. El hecho de que Tipton la hubiera pintado de azul fuerte no disminuía que se inclinaba peligrosamente hacia la izquierda-. Debe de ser gratificante.

-Lo es. Y además ahora tengo tres nietos. Y tiempo para disfrutarlos. Este otoño, mi mujer y yo pensamos hacer un crucero.

-Por lo visto es feliz, capitán.

-Tienes toda la razón. Una jubilación larga y tranquila es el premio que un hombre recibe por un trabajo bien realizado.

-Nadie puede discutir que su trabajo estuvo bien hecho. –Rossi bebió un sorbo de cerveza-. Supongo que no debe prestar demasiada atención a los casos actuales. Pero tal vez haya leído algo sobre el caso en que estoy trabajando.

-De vez en cuando leo los titulares. –La verdad era que los devoraba, ansioso por enterarse de todo lo que se refiriera a crímenes y asesinatos.

-El mozo de cuadra que fue asesinado en marzo en Charles Town...

-Apuñalado. Y encima pisoteado por un caballo. Pero tú ya cerraste el caso. –Tipton hizo memoria-. Fue otro mozo de cuadra, ¿verdad? Lipsky. Y se suicidó.

-Ese caso sigue abierto. –Rossi se echó atrás y observó un trío de pájaros que revoloteaban alrededor de un comedero sin duda hecho por el dueño de la casa. Debajo, un gato de rayas amarillas los contemplaba en actitud paciente.

-Ninguna nota, ninguna predisposición hacia el suicidio. Y el método es absurdo. Le haré una síntesis del asunto.

Le explicó, con tanta precisión como si se tratara de un informe escrito, los acontecimientos sucedidos desde que Lipsky fue despedido hasta su muerte.

-Es el retrato de un hombre de genio rápido, un hombre violento, que sabe manejarse con caballos. No se trata de un hombre que tiene amigos, ni que triunfa en la profesión que ha elegido. Un hombre que ha tenido algunos encontronazos con la ley.

-Acabas de pintarme a un hombre que huiría, pero que no se serviría una copa de ginebra y veneno para caballos. –Tipton lo pensó por unos instantes-. Pero es probable que haya podido conseguir el veneno.

-Pudo conseguirlo él, y también algún otro. Andaba detrás del caballo de Slater. Es posible que fuese un asunto personal. Lo despidieron, así que trataba de vengarse. El viejo lo descubre, Lipsky se deja llevar por el pánico, y en ese momento comprende que tiene un muerto sobre los hombros. ¿Por qué no huyó, capitán? ¿Por qué se instala en un motel a menos de una hora de distancia de Charles Town?

-Porque espera a alguien. Alguien que le indicará lo que debe hacer.

-Y alguien le sirvió una copa envenenada. No había huellas dactilares en la botella de ginebra. La habían limpiado.

Ese detalle hizo sonreír a Tipton. Pequeños errores. Observó a su gato, que esperaba que uno de los pájaros cometiera uno, y lo comprendió.

-Y tú tienes un caso abierto de homicidio. ¿Le has dado un buen repaso a ese Slater?

-Sí, ya lo creo. Un hombre interesante. Con muchas facetas. Estuvo una temporada en la cárcel.

-¿Motivo?

-Juego ilegal. De haber sucedido un par de meses antes, en lugar de terminar en la cárcel habría terminado en un reformatorio. –Rossi tamborileó distraído los dedos sobre el brazo del sillón-. Desde entonces no ha vuelto a tener problemas. Prácticamente se crió en la calle. Su madre murió cuando era pequeño. El padre tuvo algunos arrestos: fraude, falsificación, cheques sin fondos y, sobre todo, estafas. Hace unos años también maltrató físicamente a una chica en Taos. Pero nada importante. Slater se metió en problemas cuando tenía catorce años, y cumplió condena. Después mantuvo las manos limpias. No digo que no podría haber matado a Lipsky, pero lo habría hecho de una manera más directa.

-¿A quien más tienes?

-A nadie que encaje en el asunto. ¿Vio el derbi por televisión, capitán?

-Roscoe, para mí solo hay un deporte y es el béisbol. –Se ladeó la gorra-. Pero oí decir algo acerca de un caballo que se rompió una pata.

-El caballo estaba drogado, capitán. Una sobredosis. Y el potrillo de Slater ganó la carrera.

-Bien. –Tipton bebió su último trago de cerveza-. No sigas dando vueltas. ¿Adónde quieres llegar, Roscoe?

-No estoy seguro, pero es una gran vuelta. Se remonta a veintitrés años atrás. Naomi Chadwick, capitán. ¿Qué me puede decir de ella?

-Es gracioso. –Tipton colocó la lata vacía bajo su pie y la aplastó-. Pero ésta es la segunda vez que oigo pronunciar ese nombre en el día de hoy. Esta mañana me llamó la hija. –Miró su reloj-. Llegará en cualquier momento.

-¿Viene Kelsey Byden?

-Quiere hablarme sobre su madre. –Tipton se echó atrás en la silla-hamaca, disfrutando de sus crujidos-. Eso sí me hace retroceder en el tiempo.

-Deberías haberte quedado en el criadero –murmuró Kelsey-. Apenas falta una semana para Belmont.

-Jamie puede manejar las cosas por mí. –Gabe sonrió mientras giraba el volante-. En realidad lo prefiere así.

-Me parece mal haberte alejado de tu trabajo en este momento. Podría haber venido sola.

-Kelsey. –Con tono paciente, Gabe le tomó la mano y la besó-. Cierra la boca.

-No puedo. Estoy demasiado nerviosa. Vamos a ver al hombre que arrestó a mi madre, la interrogó y la encarceló. Y voy a pedirle que me ayude a probar que cometió un error. Y le mentí a Naomi, otra vez. Le dije que salíamos a dar un paseo.

-Estamos dando un paseo en coche.

-No se trata de eso –repuso ella, impaciente-. Los estoy engañando, a ella y a Moses. Estoy engañando a todo el mundo. ¿Y para qué? Para satisfacer mi estúpida necesidad de saber que no desciendo de una asesina.

-¿De eso se trata?

-No... -Se paso una mano por los ojos-. No lo sé. En parte. La herencia es algo temible. –Hizo una mueca-. No quiero decir que la herencia es el único factor que incide en la formación de caracteres. El medio ambiente... -Vencida, dejó la frase inconclusa.

-En los dos casos yo salgo perdiendo –murmuró él-. Me preguntaba cuándo te darías cuenta.

-No estoy haciendo eso. No es lo que he hecho. –Se maldijo-. No sé qué estoy haciendo, pero no tiene nada que ver contigo ni con lo que siento por ti.

-Analicemos el asunto. –Fue una apuesta tonta suponer que ese momento no llegaría. Sí debía perder, pensaba hacerlo a lo grande-. Tienes dudas acerca de ti misma a causa de tu historia familiar. No me interrumpas –dijo al ver que ella pensaba hacerlo-. Mostremos nuestras cartas. También dudas de mí a causa de mis antecedentes familiares.

Gabe conducía a toda velocidad, para relajar la tensión.

-No es verdad, Gabe. De haber tenido dudas no habría podido acostarme contigo.

-Sí, por supuesto que hubieras podido. En el calor del momento es fácil ignorar la lógica y las dudas. Y nos llevamos bien en la cama. Nos llevamos más que bien en la cama. Pero, tarde o temprano, vuelve a intervenir la lógica. Yo tengo mala sangre, Kelsey, y no tiene sentido que pretendamos ignorarlo.

Gabe mantenía la vista fija en el camino, aunque percibía que ella lo estudiaba.

-Uno siempre lleva consigo su procedencia. Se puede limpiar, adornar, pero siempre sigue allí, debajo. Yo he visto y hecho cosas que sacudirían tus principios morales. No hago trampas ni me emborracho, pero eso es más o menos lo único que puedo decir que no he hecho. La verdad es que quería lo que Cunningham tenía y encontré la manera de conseguirlo. Quería llevarte a ti a la cama, y hubiera hecho cualquier cosa por conseguirlo.

-Comprendo. –En ese momento Kelsey miraba hacia delante. La velocidad no la asustaba, pero Gabe sí-. ¿No es más que sexo?

Durante unos instantes él no contestó. Ambos siguieron mirando el camino serpenteante.

-No. Ojalá sólo fuera eso.

Ella cerró los ojos y lanzó un suspiro tembloroso.

-Detenté en el arcén –murmuró. Al ver que él la ignoraba, se irguió en el asiento-. ¡Detenté en el arcén, maldita sea!

Los neumáticos chirriaron cuando él pisó el freno y salieron al arcén despidiendo grava a su paso.

-Si crees que permitiré que te bajes de aquí estas chiflada. Te llevaré a Reston o a tu casa.

-No tengo intención de bajar del coche.

-Me alegro. Será mejor que comprendas que no dejaré que te vayas, no de aquí ni de ninguna parte. Ya te di la posibilidad de huir.

Kelsey nunca lo había visto tan agrio.

No, no me la diste.

Él la obligó a volverse.

-Será la única oportunidad que tendrás. ¡Al infierno con tus conceptos del bien y del mal, Kelsey, y con tu educación de clubes de campo y de todo lo que se interponga en mi camino! ¡No te alejarás de mí sin que luche por conservarte!

Kelsey empezó a perder la paciencia.

-De acuerdo. Si vas a adoptar conmigo esa insultante actitud de hombre de las cavernas, me parece ridículo decirte que estoy enamorada de ti.

Gabe dejó caer las manos. Por un instante todos sus músculos quedaron flácidos. Kelsey lo miraba, malhumorada, preparada para la pelea. Pero él ya había quedado fuera de combate.

-No sabes lo que dices.

Ella lo abofeteó y ambos jadearon, sorprendidos.

- ¡No toleraré esto! –Le apartó las manos a golpes-. ¡No voy a tolerar esa actitud! ¡Estoy harta de que la gente a quien quiero suponga que no sé lo que busco ni lo que soy! Lo sé muy bien. Y aunque en este momento me maldiga por ello, estoy enamorada de ti. ¡Y ahora pon en marcha este jodido coche y terminemos con el asunto!

Él no podría haber conducido ni un triciclo.

-Dame un minuto.

Ella lanzó un bufido y se cruzó de brazos.

-Está bien. Tómate tu tiempo. Me dará la posibilidad de planear distintas maneras de hacerte sufrir.

-Ven aquí.

Ella le soltó un puñetazo cuando intentó abrazarla.

-¡No me toques!

-Está bien. Solo supuso que te estaría tocando cuando te dijera que te amo.

No demasiado apaciguada, pero pensativa, ella volvió apenas la cabeza.

-¿Hace mucho que lo supones?

-Un tiempo. Creí que se me pasaría, lo mismo que un virus. –Levantó ambas manos al ver que ella se volvía como una saeta-. ¿Vas a volver a pegarme?

-Tal vez. –¡Maldita sea si iba a reír, por más que los ojos de Gabe la tentaran!-. ¿Un virus?

-Sí. Sólo que había olvidado algo acerca de los virus: no se van. Se ocultan en algún rincón de tu cuerpo y vuelven a aparecer en cuanto tienes las defensas bajas. –Le tomó una mano y se la llevó a los labios-. He tratado de acostumbrarme a este virus.

-¿Y lo has conseguido?

-Un poco. –Bajó la cabeza hacia la de ella-. ¡Santo Dios qué mal momento! Deberíamos estar en casa y solos.

-No importa. –Inclinó la cabeza para que sus labios rozaran los de él-. Cuando lleguemos nos resarciremos. ¿Cómo es posible que todo sea tan complicado y que lo nuestro esté tan bien?

-Es cuestión de suerte. –Se echó atrás y la miró a los ojos-. Y lograremos que siga así.

-Por ahora con esto basta. –Acarició la mejilla de Gabe-. Es más que suficiente.

Los primero que Tipton notó cuando la pareja bajó del elegante coche importado fue que eran amantes. El hombre sólo tenía una mano apoyada sobre el hombro de la mujer, que no hizo más que mirarlo y sonreír. Pero Tipton lo percibió.

Lo segundo que notó fue que la mujer era idéntica a Naomi. O por lo menos a la Naomi que él había puesto entre rejas. Existían sutiles diferencias y no dejó de percibirlas. La boca de la hija era más suave y generosa. Los pómulos eran menos prominentes y más fluida la manera de caminar. El paso de Naomi era enérgico y nervioso; unos andares que atraían la mirada de todos los hombres a un kilómetro a la redonda.

Tipton se alegraba de que Kelsey Byden le hubiese telefonado antes de ir. Habría sido toda una sorpresa levantar la vista y verla caminar por el sendero de entrada de su casa, como el fantasma de una mujer a quien nunca olvidaría.

-Capitán Tipton –dijo Kelsey con una breve sonrisa-. Teniente Rossi –agregó, sorprendida-, no esperaba encontrarlo aquí.

-El mundo es un pañuelo, señorita Kelsey. –Le divertía irritarla y se sirvió otra cerveza. Después de todo no estaba de servicio-. Me encargaré de hacer las presentaciones. Kelsey Byden y Gabriel Slater; mi ex jefe, el capitán James Tipton.

-A Roscoe siempre le han gustado las formalidades. –Tipton sonrió cuando Kelsey alzó una ceja al oír el sobrenombre de Rossi-. Tomen asiento. ¿Les apetece una cerveza?

-El señor Slater no bebe –informó Rossi.

-Ya. Creo que mi mujer ha preparado té frío. ¿Por qué no entras y traes un par de vasos para nuestros invitados, Roscoe?

-Gracias. –Maliciosamente feliz de colocar a Rossi en la obligación de servirlos, Kelsey se sentó en el escalón superior-. Le agradezco que nos haya recibido, capitán.

-No hay problema. Lo que me sobra es tiempo. ¿Cómo está su madre?

-Muy bien. ¿Quiere decir que la recuerda?

-Es improbable que alguien pueda olvidarla. –Pero cambió de táctica, porque prefería tantear el terreno-. Roscoe me dice que debo felicitarlo, señor Slater. Tengo entendido que es propietario de un caballo que aspira a la Triple Corona. De todas formas, yo no sé mucho sobre ese asunto. Mi deporte es el béisbol.

Gabe sabía como responder.

-Este año apuesto por los Byrds. Tienen un equipo sólido.

-Así es. –Tipton se golpeó la rodilla-. ¡Por Dios que es verdad! ¿Los vieron jugar anoche? ¡Malditos canadienses!

Gabe sonrió y sacó un cigarro.

-Alcancé a ver los últimos minutos del partido. –Le ofreció un cigarro a Tipton y se lo encendió-. La última carrera le sacó cincuenta dólares del bolsillo al asistente de mi cuidador y los puso en el mío.

Tipton exhaló una bocanada de humo.

-Yo no suelo apostar.

Gabe acercó la llama del encendedor a su cigarro y miró a Tipton.

-Pero yo sí. –Expelió el humo y asintió al ver a Rossi que se acercaba con dos vasos de té-. Gracias.

-Roscoe es un fanático del fútbol. Aunque quise convertirlo en un hombre que amara el único verdadero deporte, nunca conseguí educarlo.

-Estoy empezando a interesarme en el deporte de los reyes –dijo Rossi mientras se instalaba en una silla-. Tengo los ojos puestos en el Belmont, señor Slater.

-Lo mismo que muchos de nosotros.

-Bueno, la señorita no ha venido hasta aquí para hablar de deportes. –Tipton le dedicó a Kelsey una sonrisa amistosa-. Usted ha venido para hablar de asesinatos.

-¿Qué puede decirme sobre Alec Bradley, capitán?

Tipton apretó los labios. Aquella chica acababa de sorprenderlo. Estaba seguro de que centraría toda su atención en la madre. Intrigado, retrocedió en el tiempo.

-Alec Bradley, de treinta y cuatro años, antes habitaba en el Palm Beach. Había estado casado con una mujer quince años mayor que él. Cuando se divorciaron, ella le compensó con una jugosa suma de dinero. Por lo visto, cuando conoció a su madre ya casi lo había despilfarrado todo.

-¿A qué se dedicaba?

-A fascinar a las damas. –Tipton se encogió de hombros-. A exprimir a sus amigos. A apostar a las carreras cuando podía. Era dueño de su propio esmoquin. –Hizo una pausa para beber más cerveza-. Lo llevaba puesto cuando lo mataron.

-A usted no le gustaba –dijo Kelsey.

Para tener tiempo de ordenar sus pensamientos, Tipton hizo tres anillos de humo.

-Lo conocí cuando estaba muerto, pero no, no me gustaba. Por los resultados de la investigación, no era la clase de hombre a quien invitaría a comer a mi casa. Había convertido la conquista de mujeres (de mujeres ricas y casadas) en una profesión. Ellas le compensaban con dinero y regalos y lo presentaban a amigas igualmente ricas e inquietas. Si no le pagaban bastante, Bradley recurría al chantaje. En mis tiempos se los llamaba gigoloes. No sé como los llaman ahora.

-Mierda –precisó Gabe con tono apacible y recibió una sonrisa de aprobación del capitán.

“Slater tiene buen gusto –decidió Tipton-. En cigarros y en mujeres”.

-Eso los define bastante bien. Ese hombre tenía una manera especial de lograrlo. Modales elegantes, buena educación, antecedentes familiares que se remontaban a un noble británico pagado de sí mismo. Y Bradley usaba sus artimañas con mujeres casadas, mujeres que no podían darse el lujo de afrontar un escándalo.

-Mi madre estaba separada, capitán.

-Y en pleno juicio por la custodia de su hija. Si quería ganarlo, no podía darse el lujo de que su relación con Bradley se ventilara.

-Pero ella lo veía en público.

-En un sentido social –convino Tipton.- No parecía molestarle que la gente supusiera que eran amantes. Nadie podía probarlo. –Echó la ceniza del cigarro dentro de la lata vacía de cerveza-. Corrían rumores de que Bradley aspiraba ese caro polvo blanco por la nariz. Nadie pudo probarlo tampoco, hasta que murió.

-Drogas –dijo Kelsey, poniéndose pálida-. Mi madre no dijo nada acerca de drogas. Y no leí nada al respecto en los artículos que publicaron los diarios.

-No había drogas en Three Willows. –Tipton suspiró. Los ojos de Kelsey, tan parecidos a los de su madre, lo hacían retroceder en el tiempo-. El lugar estaba limpio. Su madre estaba limpia. Cuando murió, Bradley tenía una mezcla de alcohol y cocaína en la sangre.

-Si es así, no sería extraño que se hubiese puesto violento, tal como afirmó mi madre.

-No había señales de lucha. La puntilla del camisón de su madre estaba rasgada. –Se llevó una mano al pecho-. Por lo demás tenía un par de magulladuras. Nada que no hubiera podido hacerse ella misma.

-Si se los hizo ella misma, ¿por qué no derribó la mesa y rompió un par de lámparas?

“Una chica inteligente”, pensó Tipton.

-Es exactamente lo que me pregunté y le pregunté a ella.

-¿Y qué contestó?

-La primera vez estábamos sentados abajo. Todavía seguían tomando fotografías en el dormitorio. Ella se había puesto una bata sobre el camisón. –“Como si tuviera frío”, recordó Tipton. Y temblaba bajo la tela abrigada-. Cuando se lo pregunté, respondió sin vacilar: “Tal vez no se me ocurrió”. –El capitán sonrió y meneó la cabeza-. Estaba furiosa conmigo. Ésa fue la clase de respuestas que me dio hasta que los abogados la hicieron callar. La segunda vez que se lo pregunté fue en la sala de interrogatorios. Ella fumaba un cigarro tras otro; prácticamente se los comía. Cuando volví a preguntárselo contestó que ojalá lo hubiera hecho, porque en ese caso alguien la habría creído.

Apartó a un lado su cerveza y suspiró.

-¿Y sabe qué, señorita Byden? El asunto es que (como le decía a Roscoe poco antes de que llegaran) el asunto es que yo la creí.

Kelsey enderezó las piernas, que se le habían quedado dormidas y estaban insensibles, y se obligó a ponerse en pie.

-¿Usted la creyó? ¿Creyó que decía la verdad pero aun así la envió a la cárcel?

-La creí –admitió Tipton entrecerrando los ojos. Ojos de policía-. Pero las evidencias estaban en su contra. Pasé muchas noches sin dormir, buscando algo que pudiera hacer contrapeso en la balanza. Pero lo único que tenía era mi

sensación interior. Hice mi trabajo, señorita Byden. La arresté y la llevé a comisaría. Luego presenté las pruebas en el juicio. Era lo que tenía que hacer.

-¿Y su conciencia lo deja dormir? –preguntó Kelsey, con los puños cerrados a los costados del cuerpo-. Usted sabía que ella estaba diciendo la verdad.

-Lo creía – la corrigió Tipton-. No es lo mismo que saberlo.

-Bueno, Roscoe, con esto he retrocedido algunos años. –Tipton observó el Jaguar que se alejaba por el sendero de entrada a su casa-. ¿Cuántas veces has visto ojos realmente grises? Sin ningún toque de verde, ni de azul. Puro humo. No se olvidan ojos así.

-Naomi Chadwick lo fascinó, capitán. Pero eso no quiere decir que lo que declaraba fuera verdad.

-Sí, es cierto que me fascinó. Yo era un hombre casado y feliz, y nunca le fui infiel a mi mujer. Pero no podía dejar de pensar en Naomi Chadwick. ¿La creí porque se metió en mi libido? –Suspiró, se encogió de hombros y aplastó su segunda lata de cerveza-. No lo sabía, Nunca he estado seguro. El fiscal del distrito me presionaba para que hiciera un arresto. Él quería ese juicio. Y las pruebas estaban allí, así que cumplí con mi deber.

Rossi observó su segunda cerveza.

-¿Qué impresión le causó Charles Rooney?

-¿El investigador privado? En esa época tenía muchos nombres elegantes en su lista de clientes. La mayoría, casos de divorcio. Le apreté las clavijas y él insistió en su historia. Tenía las fotografías, tenía sus informes y los abogados de los Byden lo apoyaron.

-Fue testigo de un asesinato y no lo denunció.

-Lo apretamos en ese sentido. Insistió en decir que estaba conmocionado. Un tipo va a tomar fotografías de un acto sexual y se topa con un asesinato. Alegó que todavía estaba sentado en su coche cuando llegó la policía. Declaró con precisión la hora del crimen.

-Y después tardó tres días en entregar las fotografías.

Tipton alzó sus pobladas cejas.

-¿Hasta qué punto piensas desenterrar este asunto, Roscoe?

- Todo lo que sea necesario. –Dejó la lata de cerveza sobre el suelo del porche, entre sus pies, y se inclinó con las manos en las rodillas-. Hace veintitrés

años, usted tuvo un caballo muerto en una carrera, drogas, un suicidio y un asesinato. Ahora tenemos un asesinato, una muerte dudosa con aspecto de suicidio, un caballo muerto en una carrera y drogas. ¿Cree que el péndulo se balancea así, capitán? ¿O es necesario que alguien lo empuje?

-Eres un buen policía, Roscoe. ¿Cuántos jugadores se balancean en la hamaca?

-Eso tenemos que averiguarlo. Tal vez usted pueda abandonar un poco su taller y echarme una mano en la investigación.

La sonrisa de Tipton fue lenta.

-Quizá pueda incluirlo en mi agenda.

-Esperaba que dijera eso. El jockey que se colgó, Benedict Morales. Tal vez usted pueda describírmelo.

Kelsey se irguió en el asiento cuando Gabe entró en Longshot.

-Debería volver a casa, Gabe. En este momento no soy buena compañía.

-Ni lo pienses. –Apagó el motor-. Y me parece preferible que explotes aquí en lugar de hacerlo en Three Willows, donde tendrías que explicarle todo a Naomi.

-¡Es que estoy furiosa! –Bajó del coche y dio un portazo-. La creyó pero la mandó a la cárcel.

-Los policías no te mandan a la cárcel, cariño. Eso lo hacen los jurados. Lo sé por experiencia.

-El asunto es que mi madre estuvo diez años tras las rejas.

-El asunto –dijo Gabe tomándola del brazo y llevándola hacia la casa –es que esa parte del asunto está terminada. Ya no puedes modificarla. ¿Qué estás dispuesta a arriesgar al volver atrás el reloj para demostrar que fue un error?

Ella lo miró, sorprendida.

- ¿A arriesgar? ¿Qué te pasa? El riesgo no cuenta... ¡no tiene importancia! Lo que le ha sucedido a mi madre fue injusto. Hay que poner las cosas en su lugar.

-¿Negro o blanco?

A Kelsey se le formó un nudo en el estómago.

- ¿Y si fuera así?

-Entonces sería así –dijo él con sencillez-. Pero no pases por alto las zonas grises, Kelsey. Si sigues adelante con esto, no todo encajará perfectamente.

Ella retrocedió y notó que la distancia que los separaba era mucho mayor que ese simple movimiento.

-¿Quieres que me detenga?

-Quiero que estés preparada.

-¿Para qué?

Con toda deliberación, él acortó la distancia y la cogió por los hombros tensos.

No todas las personas a quienes quieres son perfectas. Y no todas las personas que te importan te agradecerán que desempolves dos décadas de tierra.

Ella se encogió de hombros, irritada, e hizo un intento infructuoso de liberarse de las manos de Gabe.

-Tengo plena conciencia de que Naomi no es ni ha sido una santa. No espero la perfección, Slater, ni la busco. Pero quiero la verdad.

-De acuerdo, siempre que cuando la encuentres puedas manejarla. Y no vale la pena que trates de librarte de mí –dijo sonriente-. La primera verdad que tendrás que tragar es que te han dado malas cartas. Tú y yo vamos a jugar esta partida.

-No trato de librarme de ti. Sólo necesito decidir qué debo hacer ahora.

-En eso puedo ayudarte. –La acercó a su cuerpo y la recorrió la espalda con las manos-. Te vas a relajar y vas a nadar un rato.

-No tengo bañador.

-Cariño, eso es algo que ya preveía. –La estaba besando de aquella manera que le impedía pensar-. Después trataré de convencerte de que me demuestres algunas de las dotes culinarias de las que tanto te jactas.

Relajarse parecía una idea excelente. Con un pequeño ronroneo de placer, ella volvió la cabeza para ofrecerle el cuello.

-¿Quieres que cocine algo para ti?

-Exactamente. Y después quiero llevarte arriba y seducirte.

-¿Qué crees que estás haciendo ahora?

-Esto no es más que un ensayo. Mañana, cuando estés serena y tengas la mente clara, volveremos a pensar en este asunto.

-Me parece muy sensato.

Gabe volvió a besarla en la boca. Sabía que no era del todo justo mantener en secreto algunas ideas. Pero quería aliviar la tensión de Kelsey y celebrar el hecho

de que se hubieran encontrado. Durante una noche no quería que ninguno de los dos pensara en otra cosa.

-Bien, seamos sensatos. –Deslizó las manos por los brazos de Kelsey hasta entrelazarlos-. Te amo.

El corazón de Kelsey le dio un vuelco.

-¿Cómo esperas que discuta eso?

CAPITULO 21

En la rosácea luz del amanecer, Moses observó a las yeguas que llevaban a sus crías a beber. Conocía tanto como ellas la ley del más fuerte. *Big Bess* siempre iba delante, moviendo la cola con arrogancia. Después seguía *Carmine*, la alazana tozuda, seguida de *Trueheart* y así sucesivamente hasta llegar a la tímida *Sunny*.

Los potrillos retozaban alrededor de ellas, vivarachos y seguros. “Los pobres no saben –pensó Moses- que en pocas semanas los separaremos de sus madres para que den el paso siguiente hacia sus respectivos destinos.”

Algunos serían entrenados para correr en el hipódromo, otros se venderían en subastas de potrillos. Tal vez alguno de ellos demostrara otras cualidades y sería entrenado para caballo de salto o para exposiciones. A Moses no le gustaban demasiado las exposiciones de caballos. Desde su punto de vista eran tan superficiales como los desfiles de modas. Algunos serían castrados, otros se conservarían como reproductores.

Y uno, tal vez uno, mostraría la madera del verdadero campeón. “Siempre habrá otro derbi –se dijo Moses-. Siempre queda otra posibilidad de ganarlo.”

Tal vez fuera aquel alazán, el que inclinaba la cabeza desafiante. A causa de eso, Naomi le había puesto el nombre de *Arrogance*. Tenía la clase y las líneas de sangre necesarias pero el tiempo demostraría si poseía el corazón de un campeón.

Moses se sentía decaído. Había puesto demasiadas esperanzas en el derbi. Debió ser más prudente. Sus ancestros maternos y paternos le advertían que no había que poner a prueba a los dioses. Y sin embargo él los había puesto a prueba, depositando todas sus esperanzas, todo su corazón en una carrera de dos minutos.

Y el coste había sido terrible.

-Son una belleza, ¿verdad? –murmuró Kelsey a sus espaldas-. Cuesta creer que dentro de un año ya se los podrá ensillar.

Moses metió las manos en los bolsillos y no apartó la mirada de los potrillos

-Así que has decidido venir.

-Siento el retraso.

-Si, hoy llegas un poco tarde. Ayer te tomaste medio día y anteayer el día entero

-Tuve cosas que hacer

-Cosas.-Se volvió a mirarla, dispuesto a volcar en ella parte de sus frustraciones. Y la muchacha lo merecía-. Para los que trabajan aquí hay una única cosa prioritaria, y son los caballos.

Empezó a caminar hacia las caballerizas, con Kelsey tras él con sensación de culpa.

-De verdad que lo siento, Moses. Fue inevitable....

De repente él se detuvo y se volvió hacia ella.

-Escucha, chiquilla, ésta no es una de tus salas de juegos. Aquí no hay recreos. Hay que trabajar de sol a sol todos los días. De lo contrario tu trabajo tiene que hacerlo algún otro. Ésa no es mi manera de llevar las cosas. Dime, ¿qué estabas haciendo ayer, cuando debías estar con tu caballo y recibir las órdenes del cuidador de potrillos?

-Estaba...-Kelsey se mordió la lengua.-Era un asunto personal.

-Puedes hacerte arreglar el pelo y hacerte la manicura en tu tiempo libre, pero yo no pienso perder el mío. Tienes boxes que limpiar.

-Pero...necesito trabajar con *Honor*.

-A ella ya la están entrenando. Cuando termine puedes refrescarla. Y ahora coge una pala.

Con esas palabras se alejó y entró en su oficina. Los peones y mozos de cuadra que se habían detenido a escuchar reanudaron su trabajo. A todo el mundo le gustaba presenciar una reprimenda en público, pero a nadie le gustaba que lo descubrieran presenciándola.

-Bueno, has sido aceptada. -Naomi se acercó a Kelsey y le pasó una mano por la espalda para consolarla-. Moses no te habría hablado así si no te considerara una integrante del equipo.

-Podría haberme abofeteado en privado-murmuró Kelsey-.Y, maldita sea, no me estaba haciendo arreglar el pelo. Mira estas manos -agregó extendiendo los dedos de uñas cortas, sin pintar-.¿Te parece que me han hecho la manicura en los últimos tiempos? No estoy aquí para jugar. Sólo porque necesité tomarme unas horas libres...-Se interrumpió y volvió a maldecir-. Era importante para mí.

-A veces hasta llegamos a olvidar que en el mundo suceden cosas distintas a las que están sucediendo aquí. No tienes ninguna obligación de trabajar. De hecho, la mayoría de los propietarios no se involucra tanto con el trabajo diario de un criadero. Si prefieres...

-¿Me consideras incapaz de hacerlo? –dijo Kelsey, enrojeciendo-. ¿No me consideras capaz de llegar hasta el final?

-No estoy diciendo eso, Kelsey.

-¿De veras? Siempre he pasado de un trabajo a otro, de un interés a otro. ¿Por qué va a creer alguien que esto significa para mí más que escribir un aviso publicitario o que explicarle el arte impresionista a un grupo de turistas? Si me di por vencida en todo lo demás, ¿por qué no voy a hacerlo ahora? –Se apartó el pelo-. Pues porque todo esto es diferente.

Giró sobre sus talones y se encaminó hacia las caballerizas.

Naomi suspiró. Comprendió que la mejor manera de olvidar los problemas propios era que dos personas a quines uno quería le arrojaran los suyos encima. Decidió que a Kelsey le haría bien trabajar un rato con la horquilla para que se le pasara parte de la furia. De modo que empezó por Moses.

Lo encontró sentado frente a su escritorio, ladrándole al representante de Reno

-No, no pienso contratarlo para Belmont. Todavía no está listo y Corelli montó muy bien a *High Water* en Preakness. Conoce al potrillo y merece montarlo.

Colgó el auricular con fuerza, interrumpiendo a su interlocutor.

-No pienso permitir que un jockey con un hombro no del todo sano monte a ese potrillo.

-Estoy de acuerdo. –Dispuesta a aplacarlo, se sentó en el borde del escritorio-. Y Reno también ha de estarlo. El sabe que todavía no está listo. –Con un gesto que esperaba provocara una tregua, cubrió la mano de Moses con la suya-. ¿No crees que has estado un poco rudo con Kelsey?

Moses se ensimismó y retiró la mano.

-¿Ha venido como propietaria o como madre?

-Estoy aquí, Moses –contestó Naomi sin más-. Ya sé que últimamente Kelsey se ha tomado un poco de tiempo libre. Y también sé que algo la preocupa. Lo mismo que sé –añadió e voz baja- que algo te preocupa a ti.

-No cambies de tema, Naomi. –Se alejó del escritorio-. Está trabajando bastante menos. Tal vez se le haya pasado el entusiasmo.

Ella lo observó y comprendió que Moses no sólo estaba enojado, sino preocupado.

-Tal vez haya tenido que atar algunos caos sueltos. No debemos olvidar que en los últimos tiempos ha tenido que afrontar muchos cambios en su vida. Hasta ahora creí que estabas satisfecho y hasta impresionado por su manera de trabajar.

-Hasta ahora –convino él-. Durante los últimos días no he estado satisfecho ni impresionado. Hacía falta que alguien le diera una sacudida, y yo lo he hecho. Tal vez hayas olvidado que ésa es una de las cosas que yo hago aquí. Si quieres que la trate de otra manera...

-No he dicho eso –contestó Naomi con enojo-. Pero te conozco, Moses. Nunca sacudes a alguien de esa manera en público, por un par de faltas. De manera que, ¿quién es el que ha decidido tratarla de otra manera?

Él se volvió y quedaron frente a frente, separados por el escritorio.

-Desde mi punto de vista, esa chica lo ha recibido todo durante la vida entera. Es malcriada y atolondrada, y está acostumbrada a ir y venir como le viene en gana.

-Igual que yo, antes.

Moses asintió en señal de aceptación.

-En parte. Pero tú terminaste lo que habías empezado, Naomi.

-Tal vez ésta sea la primera vez que haya encontrado algo que le valga la pena terminar.

-Y tal vez esté empezando a aburrirse y en cualquier momento haga sus maletas. ¿Crees que no sé lo que te pasará si ahora ella decide darte la espalda?

Naomi se envolvió el cuerpo con los brazos.

-Fuiste tú el que me dijo que Kelsey nunca haría eso.

-Quizá me equivoqué. Tal vez lo dijo porque me hacía feliz verte sonreír de nuevo. Todo parecía encaminarse en la dirección correcta. Pero... –Disgustado, se dejó caer en la silla y se pasó las manos por la cara-. ¡Maldita sea! Se me cruzó en el camino en un mal momento.

-¿Qué té pasa, Moses? –preguntó Naomi volviendo a tenderle la mano. Esta vez él la aferró.

-Los dioses se ríen, Naomi. Sobre todo cuando uno olvida que pueden presentarse en cualquier momento y arrancarle a uno lo que más quiere. A mí no es la primera vez que se me rompe el corazón.- Levantó la cabeza, volvió a mirarla y esbozó una leve sonrisa-. Tú fuiste la primera que lo hizo. Pero ha pasado mucho tiempo. Había olvidado cuánto duele.

-¿Pride? – murmuró ella-. Permitiste que yo fuera la que se lamentara por lo que pasó.

Él se miró las manos con tristeza.

-Me descuidé, Naomi. Estaban tan lanzado por la posibilidad de ganar, que me descuidé un minuto. Costó demasiado.

-Está bien que te lamente, Moses, pero no es posible que te culpes.

-Ése era mi caballo, Naomi. –La miró-. Tal vez tu nombre figure en los papeles, pero el caballo era mío. Y lo perdí. No estaba en el lugar indicado en el momento indicado. No presentí lo que debí sentir. Aún ahora repaso ese día. Lo repaso, lo repaso y lo repaso y no consigo verlo. Y tuvo que ser delante de mis narices. – Golpeó el escritorio con el puño-. ¡Delante de mis malditas narices!

Naomi sabía que sólo había una manera de manejarlo cuando estaba de un talante como aquél.

-Está bien, Whitetree, fue toda culpa tuya. Tú estabas a cargo... Té pago para que entenes mis caballos, para que los conozcas, para que los comprendas y para que los guíes, desde su nacimiento hasta su muerte. También té pago para que dirijas a los peones, para que los contrates y los despidas y para que decidas qué equipo trabaja con qué caballo y para qué carrera. Se ve que también te he estado pagando para que adivines el futuro – inclinó la cabeza-. Considerando que ése es el caso, no sé si despedirte o si darte un aumento de sueldo.

-Hablabas en serio, Naomi.

-Yo también.-Se puso de pie, rodeó el escritorio y le masajeó los hombros tensos.-Quiero saber qué sucedió, Moses. Quiero saber quién lo hizo y quiero que los culpables lo paguen caro. Pero lo que no quiero, y no puedo soportar, es que tú, alguien a quien amo y de quien dependo, se desmorone. Faltan menos de once meses para el primer sábado de mayo.

-Si –resopló él-. Supongo que debería disculparme ante tu hija.

-Déjalo así. No le hará mal.

Moses volvió a sonreír.

-¡Dios! Y tiene tus ojos. No me lamento demasiado por cosas que no he hecho, Naomi. En realidad puedo contar las importantes con los dedos de una mano. Nunca he hecho un peregrinaje a Israel, nunca he seguido los pasos de mis antepasados maternos y paternos. Y nunca he tenido un hijo contigo.

Naomi dejó de masajearle los hombros y Moses levantó las manos y aferró las de ella.

-Lo siento.

-No. –Ella bajó la cabeza para que su mejilla descansara sobre el cabello de Moses-. No lo sientas. Pero ¿por qué tan pocas veces se nos presentan segundas oportunidades en las cosas importantes, Moses?

Rich pensaba lo mismo. Las segundas oportunidades eran tan raras como dientes de gallina. Sólo los hombres afortunados gozaban de segundas oportunidades. Rich Slater era un hombre afortunado.

Apostó mil dólares y regresó al bar. Los juegos de naipes eran juegos de imbéciles, pero él estaba de buena racha.

Debía quedarse con los caballos, pensó. ¡Al infierno con las cartas! Ahora sus bebés eran los caballos.

Pidió otro whisky y luego sacó un cigarro de cinco dólares. El encendedor que se prendió debajo del cigarro lo hizo alzar las cejas. Rich prendió el cigarro y se volvió para sonreírle con afabilidad a su hijo.

-¡Bueno! ¡Cómo en los viejos tiempos! Sírvale a mi hijo otro de lo mismo –le ordenó al barman.

Gabe sólo alzó un dedo.

-Café solo.

-¡Mi-er-da! –Rich estiró la palabra para que sonara como de tres sílabas-. No seas tonto, muchacho. Yo invito.

-Café –repitió Gabe y estudió a su padre. Conocía las señales: mejillas arreboladas, ojos brillantes, amplia sonrisa. Rich Slater no sólo estaba bastante borracho, sino que también tenía los bolsillos llenos.

-Creí que tenías problemas y que no podías salir de Chicago.

-Lo he arreglado. No te preocupes por mí, Gabe. Todo el mundo conoce a Rich Slater y saben que soy legal.

-¿Ah, sí? –Gabe alzó una ceja -. Yo creí que el problema se te había creado por dar cartas de la parte de abajo del mazo.

“¿Será eso lo que le dije al muchacho?”, se preguntó Rich, e hizo un esfuerzo por recordar. Bueno, no tenía importancia.

-Sólo una diferencia de opinión, nada más. Pero lo he arreglado. Ésta es mi carrera –agregó, señalando el monitor-. Número tres –murmuró-. Sí, el número tres.

Gabe miró la pantalla en el momento en que se abrían las puertas de las gateras.

-Me han comentado que has vuelto a apostar en los hipódromos.

-¡Vamos, chiquillo! ¡Corre por fuera! ¿Dónde oíste eso?

-Aquí y allá. Alguien te vio en Churchill Downs el día del derbi.

Rich siguió contemplando la carrera, mientras urgía a su caballo con pequeños movimientos del cuerpo. Pero su mente trabajaba con rapidez, tratando de abrirse paso con cuidado por el campo minado que Gabe le había preparado.

-¡La tiene! ¡La tiene! ¿Vamos? ¡Ja! ¡Menudo cabrón, vaya si sé elegir ganadores!

-Satisfecho de que el primer caballo al que había apostado resultara ganador, pidió otra ronda-. ¡Tengo intuición, Gabe! ¡Siempre la he tenido!

-¿Qué clase de intuición tuviste el mes pasado en Kentucky?

-¿Kentucky? –La sonrisa de Rich era cada vez más amplia-. Hace seis años o más que no voy a Kentucky. Aunque, a decir verdad, nunca debí alejarme de los caballos.

-Yo mismo te vi allí la mañana de la carrera.

Rich no mostró ninguna reacción y miró a su hijo a los ojos.

-No lo creo, muchacho. Tengo unas bonitas habitaciones en las afueras de Baltimore, cerca de toda la acción que me hace falta. Pimlico, Laurel, Charles Town. Tal vez estés pensando en Pimlico. Allí por supuesto que estuve. –Le guiño el ojo-. Y le aposté unos dólares a tu potrillo ganador. Tal vez ahora que estoy de buena racha haga un viaje a Belmont. Crees que podrás ganar la Triple Corona, ¿no es verdad, Gabe? Si lo haces organizaremos una celebración por todo lo alto.

-En el derbi hubo problemas.

-Lo sé. Quedé de una pieza en mi habitación viendo la carrera por televisión. Es una pena ver morir a un caballo de esa manera. –Meneó la cabeza apesadumbrado-. ¡Una maldita pena! Pero a ti no te afectó ¿verdad?

-Alguien hizo que ese caballo cayera.

Con los labios fruncidos alrededor del cigarro, Rich asintió.

-Si, también me enteré de eso. Un asunto muy desagradable. Pero Dios sabe que a veces sucede. –Tomó dos cacahuets y se los llevó a la boca. Gabe notó que llevaba un anillo de pequeños diamantes que formaban el signo del dólar.

-Bueno, ya no sucede tanto como antes –añadió Rich-. Hoy en día es difícil inyectar drogas a un caballo sin ser descubierto.- Exhaló una bocanada de humo, divertido de poderle seguir la corriente a Gabe -. Pero en los tiempos en que tu abuelo y yo solíamos apostar a los burros, se cometían muchos abusos. En esa época no había tantos análisis ni tantas malditas reglas para los caballos y los jockeys pero eso fue hace cuarenta años o más –Suspiró con melancolía- Es una pena que nunca hayas llegado a conocer a tu abuelito, Gabe.

-Es una pena que le hayan pegado un tiro en la cabeza por.. Una diferencia de opinión.

-Es cierto dijo Rich sin el menor sarcasmo. Había querido a su padre-. Es lo que siempre he tratado de enseñarte, hijo: a veces hacer trampa forma parte del juego. Es cuestión de habilidad y de esperar el momento oportuno.

-Y a veces es cuestión de asesinato. Un caballo, un hombre. Para algunas personas no hay mucha diferencia entre uno y otro.

-Hay caballos que me han agradado más que muchos hombres.

-Recuerdo otra carrera, en Lexington. Yo era pequeño. –Gabe tomó su taza de café y miró a su padre por sobre el borde-. Pero recuerdo que estabas muy nervioso. No hacía tanto calor. Te hablo de la carrera de Bluegrass, en plena primavera. Pero tú transpirabas muchísimo. Me hiciste recorrer las tribunas en busca de monedas caídas, casi como un mendigo. Ese día también cayó un caballo.

-Suele suceder. –Se volvió hacia el televisor. A pesar del aire acondicionado, tenía la nuca húmeda-. En mis tiempos ocurría con frecuencia.

-Esa vez también fue un caballo de los Chadwick.

-¿En serio? Bueno, menuda y jodida suerte. ¡Oiga! ¿No ve que estoy seco? –preguntó al barman.

-A causa de ese asunto se ahorcó un jockey. Recuerdo que después de esa carrera no nos quedamos mucho por allí. Sólo unos días. Eso también me pareció raro, porque teníamos la habitación pagada.

-Siempre he sido de culo inquieto, a lo sabes.

-Después de eso estuviste cargado de dinero, pero no te duró mucho. Nunca te dura, pero cuando nos fuimos llevabas un grueso fajo de billetes.

-Ese día debí de haberle apostado a algún ganador.

-Y ahora estás cargado de dinero también, ¿verdad? Traje nuevo, reloj de oro, anillo de brillantes. –Tomó la mano de Rich- Uñas manicuradas.

-¿Adónde quieres llegar, muchacho?

Gabe se inclinó hacia él. Habló en voz baja, controlada y gélida:

-Será mejor para ti que no confirme que estabas en Kentucky el primer sábado de mayo.

-¡No me amenes, Gabe!

-Si. Te amenazo.

Con una mezcla de miedo y furia, Rich cogió el vaso de whisky que acababan de servirle.

-Tienes que dejar eso en paz, eso es lo que debes hacer, dejar las cosas como están y pensar en ese caballo que harás correr la semana que viene. Piensa en eso y en esa bonita potranquita rubia con quien follas.

Con la rapidez del rayo, Gabe aferró el nudo de la nueva corbata gris que se había puesto su padre. El barman se acercó con presteza.

-Aquí no queremos problemas.

-No hay ningún problema. –contestó Rich, sonriéndole a Gabe -. Sólo una pequeña discusión familiar. Ésa es una potranca de primera clase, hijo. Sangre azul. Apuesto un purasangre a que es muy apasionada. Tal vez sea hora de que conozca al bueno y viejo de tu padre.

Gabe tenía el puño tan cerrado que le dolía la mano. Tenía una irreprimible necesidad de pegar un puñetazo. Pero por repugnante que fuera, no podía olvidar que ese hombre era su padre.

-No te acerques a ella –masculló.

-¿Por qué si lo hago...?

-Te mataré.

-Los dos sabemos que no tienes agallas para eso. Pero te propongo un trato: no te metas en mis asuntos, yo no me meteré en los tuyos. –Cuando Gabe lo soltó, Rich se alisó la corbata-. En caso contrario es posible que mantenga una larga

conversación con tu hermosa señorita. Apuesto a que tendríamos mucho de que hablar.

-No te acerques a lo que es mío. –Gabe sacó un billete y lo dejó sobre la barra, junto al café que apenas había tocado-. No te acerques a lo que es mío –repitió, amenazador.

-¡Ah, los chicos! –dijo Rich sonriéndole al barman cuando Gabe se alejó-. Nunca aprenden a respetar a sus mayores. –Levantó el vaso y trató de ignorar que le temblaba la mano-. A veces no queda más remedio que enseñárselo por las malas –murmuró.

Se volvió hacia el televisor y esperó que apareciera el caballo al que había apostado.

Ya casi anocheecía cuando Kelsey salió por última vez de las caballerizas. Había trabajado doce horas, acarreando bosta y paja, lavando suelos de cemento, lustrando aperos. Le dolían todos los músculos del cuerpo y lo único que quería era tomar un baño caliente y meterse en la cama.

-¿Quieres una cerveza? – le preguntó Moses, que estaba sentado sobre una caja con dos latas en la mano. La estaba esperando.

-No –contestó ella, meneando la cabeza con una frialdad similar a la de la cerveza-. Gracias.

-Kelsey – insistió él, levantando una lata-. No pude encontrar mi pipa de la paz.

A regañadientes, ella cedió y aceptó la cerveza. Habría preferido beber un litro de agua, pero de todos modos la cerveza le quitó el regusto a tierra y sudor.

Moses entrecerró los ojos al ver la magulladura que la chica tenía en un brazo.

-¿Qué te ha ocurrido? ¿*Pacer* te dio un mordisco?

-Sí. ¿Y qué?

No podrás seguir mucho tiempo enfadada conmigo. Soy demasiado encantador.

Kelsey volvió a beber.

-No, no lo eres.

-Con tu madre da resultado – gruñó él -. Escucha, creo que faltaste a tus deberes y te lo dije. Ahora te estoy diciendo que hiciste un buen trabajo. Y no sólo hoy. Casi siempre.

-¿Casi siempre?

-Así es. Aprendes con rapidez y no cometes dos veces el mismo error, pero todavía necesitas que alguien te vigile. Tienes un problema temperamental, pero aquí, entre tu madre y los caballos, estamos acostumbrados a eso.

-Mi... –Lo miró asombrada -.¿Mi madre?

-Cuando le conviene es más terca que una mula. Aunque ahora ya no se enfurece tanto como de joven, cosa que a veces lamento. –Se miró las botas-. Si, lo lamento. No es que la hayan doblegado, pero la han cambiado. Supongo que deben de haberla endurecido, así que aprendió a dominarse. Hoy te atacué más por ella que por tu manera de trabajar.

-No entiendo

-Si ahora decidieras marcharte la matarías. A ella no le gustaría saber que te lo estoy diciendo, pero igual te lo digo. No hay nada en este mundo que me importe más que Naomi. Y no quiero volver a verla herida.

-No pienso irme. No estoy tratando de hierla. Tal vez sería demasiado que te pidiera que me creyeras. Pero ojala lo hicieras. Ojalá pudieras.

-Sabes, creo que cualquiera capaz de purgar a un caballo y no correr a buscar refugio, merece que le crean. Te veré por la mañana.

-Por supuesto. –Empezó a alejarse y le dijo por encima del hombro-: hace una bonita noche.

-Sí.

-A las mujeres nos gusta caminar a la luz de la luna

-Lo he oído decir.

-Y dentro de un par de horas la luna resplandecerá.

Satisfecha, Kelsey continuó su camino hacia la casa. Decidió que había cumplido con su deber, en todo sentido. Pero pensaba pedirle a Gertie que le sirviera cualquier cosa, lo que hubiera en la cocina. Después aliviaría sus dolores musculares con un largo baño.

Una hora después dormitaba entre burbujas y sales de baño. Su mundo volvía a ser tranquilo. Estaba bostezando, cuando se abrió la puerta.

-¡Gabe! –Turbada, se irguió haciendo que la espuma se acercara peligrosamente al borde de la bañera-. ¿Qué estás haciendo aquí?

-Gertie me dijo que te encontraría aquí arriba.- Enganchó los pulgares en el cinturón y disfrutó del espectáculo-. Venía a buscarte para llevarte a casa. Pero creo que no estás convenientemente vestida para el viaje.

-Muchas veces me baño desnuda. Es una vieja costumbre.

-¿Quieres que te enjabone la espalda y cualquier otro lugar de difícil acceso?

-No te preocupes, me las arreglaré – Se apartó el pelo de los ojos y contuvo el impulso de cubrirse el pecho con los brazos -.¿Por qué no esperas abajo hasta que haya terminado de bañarme?

Él lo consideró un instante, pero enseguida meneó la cabeza y empezó a desabrocharse la camisa.

-No, prefiero esperar en la bañera.

-¡Ni lo pienses! ¡Por amor de Dios, estamos en casa de mí madre!

Naomi no está.

-No se trata de eso.- Se apresuró a apartarse el flequillo de los ojos-. No te quites la camisa, Slater. Gertie está abajo –siseó.

-Pues tendrá que quedarse abajo. No hay lugar para los tres en la bañera. –Arrojó lejos la camisa y se sentó para sacarse los zapatos.

-Lo digo en serio. No me parece apropiado.

-Te necesito, Kelsey

La protesta de ella se convirtió en un suspiro. En ese momento notó la tensión de los hombros de Gabe. Era como si la liberara en oleadas.

-¡Maldición! – murmuró-. Pero cierra la puerta con llave.

-Ya lo he hecho.

Sus téjanos se unieron a los de ella sobre el suelo, y enseguida se metió en la bañera por detrás de Kelsey. Le rodeó la cintura con los brazos. Hundió la cara en su pelo.

-¡Dios! –Se solazó en su perfume, en su textura, mientras luchaba contra la furia que hervía en su interior desde la confrontación con su padre.

Tenía necesidad de tranquilizarse. Aunque fuera por una hora, Kelsey podría conseguirlo. Podía obtener cualquier cosa de él.

-Por favor, Gabe, dime qué pasa.

-Sssh. –Deslizó las manos sobre la curva resbaladiza de sus pechos, le acarició los pezones con los dedos mojados-. Sólo quiero que me dejes tocarte. Sólo quiero tocarte.

Gabe nunca se había mostrado tan tierno, tan paciente, tan cuidadoso. Con Kelsey apoyada contra él, sólo hizo lo que había dicho que necesitaba. Sólo la acarició. Deslizó los dedos a lo largo de sus muslos y le recorrió las pantorrillas. Luego volvió a subirlos y los introdujo en su entrepierna, haciendo que el calor la derritiera.

Kelsey se estremeció y trató de volverse para quedar de frente a él, pero Gabe se lo impidió.

-Todavía no – dijo mientras le pasaba los labios por los hombros mojados y la nuca, donde se rizaban mechones de cabello.

Así que ella se rindió completamente y dejó que él la penetrara con dedos expertos. El agua se desbordó y las burbujas se disolvieron. Cada vez que tenía un orgasmo, que su cuerpo se estremecía, se tensaba, temblaba y estallaba, estaba segura de que sería el último. Y sin embargo, con lentitud y sabiduría, en silencio, Gabe encendió un nuevo fuego.

Kelsey sólo podía flotar en sus sensaciones, dejarse llevar, sorda a sus propios quejidos roncros. Cuando por fin él la volvió, dejando que el agua se derramara sobre el suelo de cerámica, ella se hundió en las nubes de vapor y pasión encendida que despedía la bañera.

CAPITULO 22

Aquel caballo no iba a ganar. Rich se sirvió un vaso del whisky de Cunningham. Después de todo, un hombre debía aficionarse a una sola clase de bebida alcohólica. O a una sola clase de mujer. O a una sola clase de juego.

“Es algo que el muchacho nunca ha entendido”, pensó mientras terminaba un whisky doble y se servía otro. Nunca había podido enseñarle nada a ese pequeño bastardo. Bueno, pero había llegado el momento de hacerlo. Y lo haría.

Ese año Gabe no ganaría la Triple Corona, por cierto que no. Él se encargaría de eso. Estaba allí para hacer un trabajo y además le reportaba el beneficio de una pequeña venganza personal.

Se arrellanó en un sillón de Cunningham y apoyó los mocasines nuevos sobre una banqueta. Y sonrió. Ésa era la vida que le gustaba, ser el señor de la mansión. Una casa espléndida en el campo, un par de coches nuevos en el garaje, una mujer ávida en la cama.

Y lo tendría. Una vez atara el último cabo suelto, se llevaría sus ganancias a Las Vegas. Allí lo conocían. Si, señor, en esa ciudad conocían al bueno del viejo Richie Slater. Llegaría a ser un magnate, con un ático en el Caesar's Park y una rubia despampanante cogida de su brazo.

Y cuando se cansara de estar allí se compraría una casa. Para el caso, tal vez en Nevada mismo. Una de esas casas elegantes con cactus y palmeras y una enorme piscina en el jardín. Entonces, cuando se hartara o se le vaciara el billetero, volvería a mudarse a otra parte.

Se quedó allí, soñando con ruletas que siempre giraban al ritmo de sus deseos y con cartas que caían como ángeles en sus manos

-¿Qué coño estás haciendo? –Enrojecido y sin aliento, Cunningham lo miraba desde la puerta. Pero en lugar de hablar con tono de autoridad, que era lo que se proponía, su voz sonó como un graznido.

-¡Hola, Billy, muchacho! ¿Has acabado de hablar con tus socios? Se corre la voz de que vas a sindicar a esa potranca por un millón de dólares.

-Eso es asunto mío.- El trato estaba casi concluido y se prometió que nada interferiría. Tenía que pagar un préstamo y la fecha del vencimiento ya estaba cerca-. Ya recibiste tu dinero, Slater. Tú y yo hemos terminado.

Rich apretó los labios y contempló el whisky que le quedaba en el vaso.

-Bueno, eso es muy poco amistoso, Billy.

-¿Qué estás haciendo en mi casa?

-¿No puedo visitar a un viejo amigo? –Sonrió con picardía-. Esa bonita mujer que te calienta la cama se mostró muy amable cuando me dejó pasar. Dijo que iba de compras a Neiman Marcus.

-Marla –aclaró Cunningham con la mayor dignidad posible – es mi esposa.

-¡Coño! –Después de golpearse una rodilla, Rich se sirvió otro whisky-. Te has encadenado a un par de tetas fabulosas, he de reconocerlo. Bueno, felicidades, Billy. Eres más tonto de lo que yo creía.

“Si no soy un tonto en este momento –pensó Cunningham-, lo fui al hacer un trato con Rich Slater.” Pero en ese momento y en adelante todo lo que hiciera sería legal. El trato de sindicatura que Cunningham acababa de sellar con un apretón de manos en las caballerizas, era por una cifra fabulosa. De manera que había llegado la hora de cortar viejos lazos. Todos los viejos lazos.

-He de pedirte que te vayas, Rich. Tú y yo estamos en paz y no me parece prudente que nos vean juntos.

-Aquí no hay nadie más que tú y yo. –Rich le hizo un guiño y volvió a arrellanarse en el sillón. Sabía lo que estaba pensando Cunningham. ¡Por supuesto que lo sabía! Billy suponía que ya no necesitaba al viejo Rich-. Bueno, no te preocupes. No he venido a pedirte más dinero. Puedes tranquilizarte en ese sentido.

Eso apaciguó un poco a Cunningham.

-Entonces, ¿a qué has venido?

-Nada más que a pedirte un favor. Sólo un favor entre viejos amigos y antiguos socios. Hay un caballo del que es necesario encargarse, Bill. –Alzó el vaso y contempló los rayos del sol que entraban por la ventana y se reflejaban en el cristal facetado.

-No quiero tener nada que ver con eso.

-Lo que quieras y lo que debes hacer son dos cosas distintas. –Apartó la vista del vaso para fijarla en Cunningham-. Voy a quitar de en medio al potrillo de mi hijo, Billy, muchacho, y tú me ayudarás.

-¡Estás loco! –Estremeciéndose, Cunningham se enjugó la frente-. Estás completamente loco, Rich, y yo no quiero tener nada que ver con eso.

-Hablemos del asunto – propuso Rich, sonriente.

Las maletas de Kelsey estaban preparadas y se alineaban con las de Gabe junto a la puerta del dormitorio. Saldrían rumbo a Nueva York a las siete de la mañana. “Dentro de seis horas “, pensó mientras miraba la claraboya situada sobre la cama.

Suspiró y se acurrucó contra Gabe. Como de costumbre, la impactó, la sorprendió encontrarlo allí. Cálido, sólido. Suyo. Ese cuerpo. Le pasó los dedos por el pecho. Largo, firme e incansable. Y esa cara que la cautivaba cada vez que lo miraba.

Y eso no era más que la corteza exterior.

“Una corteza fabulosa”, pensó, mientras le pasaba los dedos por la barbilla. Pero lo que había en su interior era igualmente impresionante. La fuerza, la bondad, el coraje. Gabe ya había vencido una y otra vez al destino. Se sobrepuso a una infancia miserable y supo labrar su futuro.

En ese momento, un caballo que tenía el mismo coraje y la misma fuerza que su dueño dormía en el lugar de honor de las caballerizas. Juntos harían historia.

-No hay caso –murmuró ella, mordisqueando el cuello de Gabe.

-¿Hmm? –De forma distendida, le acarició la espalda. Ya hacía rato que disfrutaba de las perezosas caricias de Kelsey.

-No puedo dormir. Estoy demasiado tensa.

-Bueno, entonces diviértete –dijo Gabe, siempre dispuesto a darle satisfacción. Rodó sobre sí mismo para que ella quedara encima de él.

Kelsey lanzó una risita, pero se apartó.

-No me refiero a eso.- Se arrodilló y lo miró, disfrutando de su larga silueta-. No, no pensaba hacerlo de nuevo. –Se inclinó y lo besó-. Pero cuando vuelva lo retomaremos.

Gabe trató de retenerla, pero ella ya se levantaba.

-¿Cuándo vuelvas de dónde?

-Necesito caminar un rato. Quiero ir a ver a *Double*.

Se puso los téjanos sobre las piernas y las caderas desnudas y a Gabe se le hizo agua la boca.

-Cariño, es la una de la madrugada.

-Lo sé – Sacó la cabeza por el cuello de un amplio polo – En poco más de ocho horas estaremos en Belmont. Así que ¿cómo voy a poder dormir? –Se recogió el pelo y se puso un par de botas.

Él podría haber intentado dormir, pero le parecía absurdo.

-Te acompañaré.

-Está bien. ¡Alcánzame! –Salió corriendo de la habitación y bajó por la escalera a toda prisa.

Era una noche de junio perfecta. Cálida, con un poco de brisa y llena de estrellas. Oyó el graznido de una lechuza, aspiró la fragancia de rosas y de jazmines. La luz de la luna bañaba los edificios, rodeándolos de un aura intemporal, de cuento de hadas.

“Tal vez esto sea un cuento de hadas”, pensó. Su felicidad personal perduraría para siempre. Por cierto, lo que la llevó hasta allí había sido la tragedia, pero esa tragedia le abrió una puerta hacia el futuro. Y los cuentos de hadas estaban salpicados de tragedias. Huérfanos y princesas encantadas, traiciones y sacrificios, intentos malvados y amores perdidos.

Pero el bien siempre triunfaba. Tal vez fuera por eso que le gustaba la analogía. Si ése era su cuento de hadas, triunfaría la verdad. No se daría por vencida y seguiría buscando la verdad.

Volvería a ver al capitán Tipton y a Charles Rooney. Hablaría con Gertie y Moses, y también con Naomi. Con todos los que tuvieran incluso el papel más pequeño en los acontecimientos que condujeron a la muerte de Alec Bradley. Convencería a Naomi de que permitiera que sus abogados hablaran con libertad.

Pero de momento, durante la semana siguiente, sólo debía pensar en Belmont. Y ella formaba parte de esa aventura. Emitió una tenue carcajada y levantó los ojos al cielo. Tenía un lugar en la grandeza, en la dureza, en el sudor y la seducción de la hora más importante de las carreras.

“Dentro de una semana –se prometió – veré a Gabe y a su maravilloso potrillo recibiendo la última joya de la corona”.

Un gato cruzó el sendero como una bala gris e hizo dar un respingo a Kelsey. Con una risita, se masajeó el cuello, como para distenderse.

La puerta de las caballerizas se abrió con un leve crujido. Primero percibió los familiares olores que le llegaban en la oscuridad. Caballo, cuero, linimentos, excrementos. En lugar de encender las luces y molestar a los que dormían, se

adelantó tanteando las paredes hasta encontrar una linterna. El haz de luz abrió un estrecho círculo en la oscuridad.

Desde el segundo box, dos ojos resplandecieron como si fueran los de un duende. Kelsey se quedó sin aliento y el haz tembló. “Otro detalle del cuento de hadas”, pensó, y se alegró de que Gabe no estuviera con ella y no la hubiera visto sobresaltarse a causa de un par de gatos.

Sonrió al ver el catre colocado junto a la puerta del box de *Double*. Sistema de seguridad aparte, un guerrero como éste merecía una guardia personal. Se prometió que no molestaría al mozo de cuadra. Sólo se asomaría al box y los dejaría dormir a ambos, potrillo y caballerizo.

Pero notó que el catre estaba vacío. Alarmada, iluminó el interior del box: *Double* estaba completamente despierto y mirándola fijo.

-Lo siento, muchacho. Creo que estoy nerviosa. ¿Tu amigo ha salido a fumar o a hacer sus necesidades? ¿Estás preparado? –Rió y se apoyó en la puerta del box.

No sólo no estaba cerrada, sino abierta unos centímetros.

-¡Oh, dios! –Un movimiento a sus espaldas la hizo girar sobre los talones, con la linterna aferrada como si fuera un arma. Las sienes le palpitaron mientras movía el haz de luz en zigzag y maldijo a los gatos que cazaban de noche.

Pero un gato, por inteligente y rápido que fuera, no podía haber abierto la puerta del box. El único pensamiento claro de Kelsey fue que debía proteger a *Dobule*. Abrió la puerta del todo y avanzó hacia el potrillo, pero cuando pretendía iluminar con la linterna los rincones del box, un ruido estalló en sus oídos

Tuvo conciencia de un relámpago de dolor, del relincho alarmado del potrillo. Y de nada más.

Mientras la figura salía corriendo del box, jadeante y presa del pánico, el potrillo se encabritó y sus cascos letales bailotearon alrededor del cuerpo inerte de Kelsey.

A mitad de camino entre la casa y las caballerizas, Gabe balanceaba dos tazas de té. Supuso que estarían levantados casi toda la noche, pero a esa hora le pareció mejor la bebida preferida de Kelsey que una taza de café. Sobre todo si lograba que ella volviera a la cama y canalizara sus energías de una manera más íntima.

“De todos modos, no hemos perdido mucho tiempo durmiendo”, pensó. Por lo menos desde que él se había metido con ella en la bañera. Cosa que hizo para convencerla de que se mudara a vivir con él durante unos días. Con descaro,

utilizó la carrera como motivo: le hacía falta apoyo moral. “Y dio resultado??, recordó mientras bebía un sorbo de té. Pensaba seguir trabajando para que la situación siguiera así, hasta que llegara a ser permanente. Pero suponía que una mujer todavía herida por un divorcio reciente necesitaba un poco de tiempo para reponerse antes de volver a casarse.

Lo que más le sorprendía era que no había hecho falta que nadie le inculcara esa idea. Apareció de repente, ya madura en su mente. Nunca había pensado demasiado en los lazos tradicionales de matrimonio, esposa y familia. Con una infancia como la suya, la idea era absurda y hasta detestable. Pero no con Kelsey. Con ella Gabe quería la promesa, el futuro, la posibilidad.

Juntos compartían todo eso. Paseó la mirada por los edificios, las colinas, los cercos. Juntos harían todo eso y más. Y tal vez mientras lo hacían, se ayudarían mutuamente a olvidar el pasado.

El relincho agudo y agitado de un potrillo rompió el silencio. Gabe dejó caer las dos tazas y corrió. Con el nombre de Kelsey en los labios, abrió la puerta de la caballeriza y encendió las luces. Un pánico helado le recorrió la columna mientras avanzaba por el pasillo que separaba las dos hileras de boxes.

La encontró tumbada sobre la paja, boca abajo. El potrillo se había refugiado en la parte de atrás del box, con los ojos muy abiertos, y piafaba. Gabe sintió que el mundo se acababa y que la cabeza se le vaciaba de sangre.

Se movió con la velocidad del rayo y la protegió con su cuerpo mientras la levantaba. Recibió una coz en el hombro, pero ni siquiera la sintió. Kelsey tenía el semblante pálido y el cuerpo laxo. Gabe ignoró el encabritamiento del caballo y la acostó sobre el catre. Le temblaban los dedos cuando los apoyó en su cuello para buscarle el pulso.

-¡Por favor, cariño! ¡Por favor!

Encontró un aleteo de vida. Mantuvo los dedos allí apretados, como si temiera que, si los apartaba, ese palpitar se detendría, y hundió la cara en el pelo de Kelsey.

Sólo sentía pánico y alivio, pánico y alivio, un péndulo brillante y borracho que se balanceaba en su interior. Permaneció como estaba, con los dedos en la garganta de Kelsey, la cara hundida en su pelo, acunándola con un brazo.

-Gabe. ¡Por Dios, Gabe!

La voz atemorizada de su cuidador lo hizo erguirse. Levantó la cabeza y observó los movimientos de Jamison mientras entraba en el box para tranquilizar al potrillo.

-Tranquilo, muchacho. Tranquilo. –Jamison bajó la cabeza del animal y usó el tono de voz y las manos para calmarlo-. Quédate quieto.- Pero los ojos del cuidador traslucían cualquier cosa menos tranquilidad cuando miró a Gabe-. ¿Qué sucedió? ¿Dónde está Kip? Se suponía que debía dormir junto al box.

-No sé dónde demonios está, pero ve a buscarlo. Encuéntralos a él y al maldito sereno. –Gabe hizo un esfuerzo para serenarse y pasó las manos por el cuerpo de Kelsey, en busca de algún hueso roto. Localizó un chichón en la parte de atrás de su cabeza. Apoyó allí los dedos, suaves como un beso, mientras miraba a Jamison echando chispas por los ojos -. Llama un médico y a la policía. ¡Date prisa!

-Está inconsciente –dijo Jamison, mientras seguía acariciando al porillo tembloroso-. ¿Es grave?

-No lo sé. ¡Llama, maldita sea!

Repentinamente, Kelsey se movió y lanzó un gemido.

-¿Kelsey?– tuvo que hacer un esfuerzo para no levantarla -. Tranquila, cariño, todo irá bien.

-Gabe ...-Abrió los ojos, pero todo le daba vueltas y sentía náuseas. ¡Dios! –Volvió a cerrarlos, luchando por respirar con normalidad.

-No trates de moverte todavía.

-No, no lo intento. –Se concentró en inspirar y exhalar el aire. Cuando le pareció que había dominado la respiración, volvió a abrir con cautela los ojos. Esa vez alcanzó a ver con claridad la cara de Gabe, que tenía una expresión angustiada. Entonces recordó-. ¡El potrillo! ¡Había alguien con el potrillo!

-Está bien, *Double* está bien.-Gabe lanzó una maldición al ver que ella hacía una mueca de dolor-. Ahora voy a llevarte a la casa. Te recuperarás.

-Había alguien aquí dentro... El mozo de cuadra no estaba... La puerta del box estaba abierta, pero no pude ver quién era...¿Le han hecho daño?

-No, *Double* está perfectamente. –Gabe miró a Jamison, que en ese momento cerraba la puerta del box-. Haz esas llamadas, Jaime. Quiero que venga el teniente Rossi. Y también Gunner. Encárgate de que examine al potrillo.

-No me parece que *Double* tenga nada –empezó Jamison, pero enseguida asintió. Tenía los ojos tensos e inyectados en sangre-. Lo haré venir, Gabe. Llévala a casa y haz todo lo que puedas por ella. Esta noche me quedará yo con el potrillo.

-Quiero que lo cuiden dos hombres. –Gabe levantó a Kelsey con tanto cuidado como si levantara un delicado cristal-. No quiero que en ningún momento haya menos de dos. ¿Lo has entendido?

-Muy bien.

-Y encuentra a Kip. Quiero hablar con él

-Está bien. –Con el corazón apesadumbrado, Jamison observó a Gabe que se llevaba a Kelsey. Luego se volvió hacia el potrillo, se restregó los ojos cansados y fue a hacer las llamadas.

-Te aseguro que estoy bien –dijo Kelsey, pero mantuvo los ojos cerrados durante el trayecto hasta la casa-. No es más que una jaqueca.

-Cállate –dijo Gabe, luchando por controlar su voz-. Debes descansar.

Endureció la mandíbula cuando pisó los restos de las tazas de té. Si no se hubiera entretenido en preparar aquel maldito té...Si hubiera estado con ella...

-¿Estas seguro de que *Doble* está bien? No pude verlo.

-¿Quieres dejar de preocuparte por ese maldito caballo? .La frase surgió de sus labios como una explosión y abrió las compuertas-. ¿Crees que en este momento me importa un bledo ese caballo? ¡Si te hubiera lastimado lo habría matado con mis propias manos!

-Gabe....

-¡Cierra la boca, maldita sea! –Con la cara convertida en una máscara de furia, abrió la puerta de la casa.

Ella apretó los dientes porque los gritos de Gabe le producían mareos.

-No hay necesidad de gritar. Tienes derecho a estar enfadado, pero....

- ¿Enfadado?-La acostó en el sofá de la sala. Temblaba tanto que no se atrevió a llevarla arriba-. ¿Crees que estoy enfadado? Pues si, estoy enfadado.

Estrelló el puño contra la pared, dejando surgir parte de las emociones que hervían en su interior. Kelsey calló lo que pensaba decir. Miró la marca en la pared y los nudillos lastimados de Gabe.

-Supongo que estoy enfadado porque te encontré inconsciente en un box con un caballo presa del pánico que podría haberte pisoteado hasta matarte.

Kelsey no había pensado en eso y la posibilidad le revolvió el estómago. Empezó a temblar.

-No, Gabe, no...

-Estaba enfadado porque por un minuto, el minuto más largo de mi vida, creí que estabas muerta.

Las lágrimas de Kelsey empezaron a fluir y se convirtieron en llanto.

-¡Dios! -De repente Gabe se pasó las manos por la cara, pero eso no lo ayudó. Entonces se acercó a Kelsey y la apoyó sobre sus rodillas-. Dios, Kelsey. Me volví loco.- La besó con suavidad y secó sus mejillas con los labios-. Lo siento. Iré a traerte un poco de hielo.

-No, no te vayas. Por favor, quédate conmigo

-Está bien. Déjame ver si tienes alguna otra herida.

-No es más que la cabeza. Debe de haber estado detrás de mí. Fue una imbecilidad entrar corriendo, pero no pensé. Primero vi que el catre estaba vacío y luego que la puerta del box estaba abierta. Y en lo único que pensé fue en lo que había sucedido antes. En lo que le sucedió a *Pride*.

-La próxima vez piensa en lo que me sucedería a mí. -Le levantó la cara-. No podría soportar perderte.

Ella le tomó la mano y le besó los nudillos magullados.

-Creo que un poco de hielo nos haría bien a los dos.

-Sí.

Pero se quedaron donde estaban hasta que Rossi llamó a la puerta. Una hora después Gabe volvía de las caballerizas, esta vez acompañado por Rossi.

-Usted tiene un fallo en su seguridad, señor Slater.

-Eso ya lo sé.- Un fallo lo suficientemente grande para que alguien se deslizara hasta las caballerizas mientras el sereno hacía su ronda fuera.

-Pudo haber entrado alguien de afuera. Alguien que conociera su organización. Usted tiene muchas tierras, existen muchas maneras de entrar y de salir.

Rossi clavó la vista en la oscuridad. Eso era algo que no le envidiaba a Gabe. Prefería mil veces su pulcro apartamento, la claustrofobia y la comodidad de la ciudad.

-Pero yo prefiero la manera más fácil: mirar hacia dentro.

Gabe también estaba analizando a la gente de dentro, a todos los peones que conservó al hacerse cargo del criadero y que anteriormente trabajaban para Cunningham, a todos los hombres y mujeres a quines había contratado o despedido en los últimos cinco años.

-Usted ya tiene la lista de todo mi personal. Haga con ella lo que tenga que hacer

-Es lo que me propongo.

-He hecho los arreglos necesarios para que haya dos hombres todo el tiempo con el potrillo. Me gustaría ser uno de ellos, pero no estoy dispuesto a apartarme de Kelsey más tiempo del estrictamente necesario.

Me parece comprensible.- Rossi hizo una pausa. Era una noche hermosa, es decir, lo que quedaba de la noche. Ya que estaba allí, bien podía disfrutar de la brisa-. La señorita Byden ha encajado esto bastante bien, diría que mejor de lo que su caballerizo ha encajado el golpe que recibió.

-Tal vez ella sea más cabeza dura.- Habían encontrado a Kip quejándose y recobrando el conocimiento en el box contiguo al de *Double* – No tuvimos problemas en enviar a Kip al hospital.

-Pero ella se pondrá bien. –Rossi miró con curiosidad el trozo de porcelana que acababa de pisar.

-Llevaba un par de tazas de té a las caballerizas en el momento en que oí el relincho del caballo. Supongo que las dejé caer.

-Mmmm. Como le dije, creo que ella se recuperará. Pero veo que usted tiene problemas en el hombro derecho.

En un movimiento instintivo, Gabe enderezó el hombro.

-No es nada. Recibí una coz del potrillo.- “Si no hubiera sido mi hombro, podría haber golpeado a Kelsey en la cara o en la cabeza.” De sólo pensarlo se le formó un nudo en el estómago-. Usted me ha investigado, ¿verdad, Rossi?

-Es el procedimiento habitual.

-Entonces supongo que sabrá algo acerca de mi padre.

-Lo suficiente para saber que no ganaría el premio al mejor padre del año.

-Está en la ciudad desde hace varias semanas.- Gabe habló con un tono sin inflexiones. Era como si estuviera hablando del tiempo-. Diría que yo fui una de las primeras personas a quienes visitó. Me lo quité de encima dándole un poco de

dinero, pero no tanto como él esperaba. Eso suele ponerlo de mal humor. Él conoce muy bien los hipódromos y las caballerizas.

-¿Cree que su padre sería capaz de vengarse de usted de esta manera?

-Me odia –contestó Gabe con sencillez-. Me perjudicaría de cualquier manera que pudiera, sobre todo si con eso obtuviera alguna ganancia. Me pareció verlo en Churchill Downs durante la semana del derbi. También lo vio uno de los peones de Three Willows. Pero lo encontré en Laurel hace un par de días y negó haber estado en Churchill Downs. –Gabe metió la mano en el bolsillo en busca de un cigarro que no tenía-. Está mintiendo.

Rossi comprendió el gesto de Gabe y sacó un paquete de cigarrillos para ofrecerle uno.

-Lo investigaré.

-Hágalo, teniente.- Los ojos de Gabe destellaron a la luz de la llama del fósforo-. Y mientras lo haga, no olvide esto: existen muchas posibilidades de que conociera a Lipsky. Rich Slater es un hombre a quien le gusta hacer trampas. De esa manera l resulta más divertido ganar... y ha estado ganando. Despilfarra dinero a manos llenas.

-Veré si puedo averiguar cómo lo obtuvo.

-Cuando yo era pequeño hubo otra carrera. Un caballo de este criadero corría contra uno de Three Willows. –Gabe dio una calada y exhaló el humo antes de seguir hablando-. El potrillo de Three Willows tropezó y se quebró una pata. Hubo que sacrificarlo. Después de esa carrera, mi padre también disponía de mucho dinero.

-¿Se refiere a Lexington en la primavera del setenta y tres?

Gabe miró a Rossi por entre una nube de humo

-Si, me refiero a esa carrera.

-Me extraña que no lo haya mencionado antes.

-Porque antes no hirió a Kelsey.

-Perdón –dijo Matt Ganner acercándose a ellos-. El potrillo está perfectamente bien, Gabe.

-Me alegro. Te agradezco que hayas venido.

-Descuida –contestó Matt, y miró hacia la casa-. ¿Y Kelsey?

-Está descansando. El médico aconsejó que la lleváramos al hospital, pero ella se negó.

-Cuando esté en condiciones de recibir visitas, me gustaría verla.

-Por supuesto. –Se despidió del veterinario y se volvió hacia Rossi-. Será mejor que lo encuentre antes de que lo encuentre yo.

-Usted no tiene pruebas de que su padre esté involucrado en todo esto.

Gabe arrojó la colilla al suelo y la aplastó.

-No necesito pruebas.

Kelsey lo oyó subir los escalones de la entrada y se sentó con movimientos lentos. Las pastillas que le había dado el médico le habían aliviado el dolor, pero no quería correr riesgos.

-¿Cómo está *Double*? –preguntó en cuanto vio a Gabe.

-Matt cree que bien –Él había tirado la comida nocturna del potrillo, reemplazándola por otra.

Kelsey suspiró, aliviada.

-¡Gracias a Dios! Estaba pensando en todas las posibilidades.

-Se supone que deberías estar descansando. –Se sentó en el borde de la cama, con cuidado de que el colchón no se moviera-. De nuevo tienes ojeras. –Las recorrió con suavidad con el pulgar-. ¿Por qué siempre te encuentro tan sensual y deseable?

-Es tu machismo. A los machos les encantan las mujeres vulnerables –Sonrió-. Ven a acostarte. Tal vez podamos dormir un par de horas antes de partir.

-Quiero que te quedes aquí, Kelsey. Bueno, no exactamente aquí sino en Three Willows. No estás en condiciones de hacer ese viaje y sería más seguro y prudente que te quedaras con Gertie. Rossi puede dejar a un par de hombres para que te custodien.

-Gabe.- Le tomó la cara entre las manos, le besó los labios con suavidad y contestó:- ¡Ni hablar!

-Escúchame...

-Podría escucharte –contestó ella-. Y tú podrías escucharme a mí, y seguiríamos así hasta el amanecer. Y seguiría decidida a ir. Entonces ¿no te parece mejor que simulemos que ya hemos discutido el asunto?

-Tu actitud es egoísta-. Se levantó y empezó a desvestirse-. No quieres perderte la carrera, así que no te importa que yo no pueda concentrarme en mi trabajo ni disfrutarlo.

Con lentitud, ella se pasó la lengua por los dientes.

Ése es un buen argumento. Y por lo general la culpa da resultado conmigo, pero no esta vez. Igual te preocuparás, esté o no yo allí. Y pienso estar allí contigo, Gabe. Siempre.

-¡Maldita terca!

-Eso tampoco dará resultado. Despotricar contra el otro aceptable en una buena pelea. Yo podría contestarte que eres un capullo sobreprotector, pero no lo haré porque soy una dama. Así que ...-Se interrumpió y jadeó-. ¡Dios santo! ¿Qué te ha pasado en la espalda?

Gabe torció la cabeza, pero sólo alcanzó a ver una parte del enorme moratón que le cubría el hombro y parte de la espalda.

-Recibí una coz.

-¿Cuándo? No lo tenías antes de...-Se interrumpió al comprender cuándo y cómo le había sucedido-. Ahora si te llamaré capullo. ¿Qué clase de heroísmo estúpido es ese?. El médico acaba de irse. Podría haberte examinado

-No es una cuestión de heroísmo ni de nada por el estilo. Estaba distraído. – Movié el hombro con cautela. El dolor no era muy fuerte pero el hombro le palpitaba-. Sólo tengo que recibir una friega con un poco de linimento.

-¡Tonto!

El se dispuso a replicar, pero de repente suspiró, vencido.

-Yo también te quiero. –Se metió en la cama y la acunó entre sus brazos.

-¿Qué estás haciendo? –preguntó ella.

-Tratando de dormir. Se supone que debo observarte cada dos horas. Y de todos modos no nos queda mucho tiempo.

-El linimento.

-Más tarde. Ahora sólo quiero abrazarte.

Kelsey sonrió y le apartó un mechón de la frente.

-Gabe –dijo-, iré contigo.

-Ya lo sé. Duérmete.

CAPITULO 23

Nadie le permitía trabajar. Durante sus dos primeros días en Nueva York, hasta le impidieron ir al hipódromo. Todos, desde Gabe hasta el último de los peones, se preocupaban por ella. Era como si su única victoria fuera haber logrado hacer el viaje.

Sola y con demasiado tiempo para sí, decidió que le quedaban dos opciones: enloquecer en silencio o considerar su forzada inactividad como unas cortas vacaciones.

Lo de las vacaciones le pareció más saludable.

Empezó a utilizar las facilidades que ofrecía el hotel. Nadaba todas las mañanas para mantenerse en forma. Se dedicó a hacer compras y, en general, luchó contra el aburrimiento.

La ayudó el que Gabe hubiera decidido ofrecer una fiesta en el salón del hotel, la noche antes de la carrera. Eso le permitió ocuparse de los preparativos, hablar de decoración con el florista y de detalles con el gerente del hotel. Gabe había dejado todo en sus manos.

Nada podía haberla alegrado tanto. Pasaba horas con el gerente del hotel, con el conserje y con el chef, conversando sobre los preparativos. Como Gabe no había puesto límite a sus gastos, decidió que no había nada que no se pudiera hacer y se dedicó a convencer de ello a los empleados.

-Habría sido más inteligente darte una horquilla para que te dedicaras a limpiar boxes toda la semana- bromeó Gabe mientras bebía una taza de café, observando a Kelsey enfrascada en el estudio del menú definitivo-. Te habría resultado más descansado.

-No me vengas con ésas. Todo esto fue idea tuya.

-Sí, creí que ofrecer una fiesta sería una buena idea –Se colocó detrás de ella para masajearle los hombros, mientras Kelsey seguía ensimismada en sus papeles-. Un poco de comida y bebida y un poco de música. Pero no creí que estaría detrás de una superproducción hollywoodiense. –Entrecerró los ojos-. ¿Cuántas botellas de champán has pedido?

-¡Vete! –dijo ella, pero movió los hombros encantada con las caricias de Gabe-. De todos modos tú no las beberás. Me diste carta blanca, Slater, y la estoy

utilizando. Lo único que tienes que hacer es ponerte el esmoquin a las ocho. Y ahora ve a hablar con los periodistas.

-¡Estoy harto de periodistas!

-Estás simplemente celoso porque en la portada de *Sports Illustrated* publicaron la fotografía de *Double* en lugar de la tuya.

-Pero en cambio aparecí en la de *People* –le recordó mientras le mordisqueaba la oreja-. Este es un lugar espléndido –murmuró mientras continuaba por el lóbulo -. Podría ponerme borde y no asistir a la entrevista.

Los estremecimientos distrajeron a Kelsey, y Gabe aprovechó para desabrocharse los dos primeros botones de la camisa antes de que ella se liberara.

-¡No sigas! Tengo un compromiso dentro de quince minutos.

-Trabajaré con rapidez.

-Hablo en serio.-Sin aliento, se levantó de la silla-. Tengo que ir a la peluquería.

Gabe sonrió. En ese momento un mechón sobresalía de la gorra de Kelsey.

-Tu pelo me gusta tal como es.

-Mantente alejado, Slater. Tengo el resto del día comprometido, minuto a minuto, y no dispongo de tiempo para que me persigas alrededor del escritorio..

-Modifica tu agenda.

-Tal vez esto para ti no sea más que una fiesta.- Por ridículo que fuera, se situó detrás del escritorio. Pero organizarla me ha mantenido cuerda durante toda la semana. He hecho en ella una inversión emocional.

-Yo también. –Apoyó ambas manos sobre el escritorio.- Ven aquí.

-¡Ni lo pienses!.

-Tengo algo para ti.

-¡Por favor!.- Si hubiera podido dejar de mirarlo habría levantado los ojos al techo.

El se irguió y alzó una ceja.

-Un regalo. –Sacó del bolsillo una cajita revestida de terciopelo-. ¿Y bien?

-¿Un regalo? –A pesar de su curiosidad, lo miró con recelo-. ¿Es una de tus tretas?

-Ábrelo. Iba a entregártelo después de la carrera, pero me pareció que nos daría más suerte que lo tuvieras antes.

Kelsey rodeó el escritorio para recibir el regalo, luego acercó la boca a la de él para besarlo.

-Gracias.

-Todavía no lo has abierto.

-Pero desde ya te agradezco el detalle.

Cuando abrió la cajita no pudo menos de contener el aliento. El caballo resplandecía sobre el terciopelo negro, tallado en pleno galope, magnífico. El prendedor era de jade color rubí, tan maravillosamente tallado que cuando Kelsey le puso la yema del dedo creyó palpar los músculos del animal cuyo ojo de diamante brillaba triunfal.

-Es una belleza....Es perfecto –Lo miró-. Y tu también.

-Eso debía decir yo. –Le rodeó la cintura y la acercó a sí-. De nada –murmuró besándola en la boca.

Naturalmente, se le hizo tarde. Kelsey entró en la peluquería murmurando excusas y disculpándose. Cuando la sesión de manicura empezó, ella no hacía más que mirar la hora.

-Querida, ¿no preferiría que le pusiera uñas postizas?

-No, me las rompería enseguida-. Tenía el pelo envuelto en enormes rulos, la cara cubierta por una crema verde pálido que le convencieron que se dejara poner, y el tiempo se le escapaba de las manos-. Aunque estén cortas, dale forma y póngales un poco de brillo.

-¿No quiere algo más llamativo?

Kelsey miró las uñas largas y pintadas de rojo oscuro de la chica.

-No, prefiero algo sutil.

La mujer meneó la cabeza y metió la mano de Kelsey en un recipiente de agua tibia.

-Usted es Kelsey, ¿verdad? –preguntó sonriente la mujer de la silla vecina-. Soy Janet Gardner. Del criadero Overlook de Kentucky.

-¡Ah, sí, señora Gardner!- Kelsey decidió no decir que no la había reconocido porque tenía la cabellera pelirroja cubierta con una brillante crema azul y la cara

totalmente revocada con un estridente maquillaje rosado-. Es un placer volverla a ver.

-Dicen que esto es lo mismo que un *lifting* sin escalpelo.- Janet rió mientras se golpeaba la máscara rosada con un dedo-. Ya lo veremos. ¿Y la suya?

-Dicen que es relajante. Por lo visto me notaron tensa.

-¿Y quién no se pone tensa antes del Belmont? Cuando volvamos a casa, mi Hank y yo pensamos dormir durante dos semanas. Nos lo hemos prometido.

En ese momento Kelsey recordó a Hank, un hombre con quien había bailado la noche anterior. Tenía las mejillas tostadas por el sol, bigote fino y voz sonora y modulada. Además, se había empeñado en enseñarle a bailar el tango.

-Salude de mi parte a su marido. Es un gran bailarín.

-¡Ah, sí! ¡Mi Hank es así! –cloquéo Janet-. Todas las mujeres se mueren por dar una vuelta a la pista con él. Le gusta decir que me casé con él por sus pies.

A petición de la chica que la atendía, Janet se sacó un enorme anillo de esmeraldas.

-Hoy vi a su madre en el hipódromo. Cuesta creer que hemos estado dando vueltas por los hipódromos desde...Bueno, eso sería lo mismo que declarar nuestra edad.

-Así que hace mucho que conoce a Naomi.

-Desde que me casé con el mundo de las carreras de caballos. Por supuesto que ella nació en este ambiente. –Mucho más interesada en los chismes que en la revista de modas, que había estado hojeando, Janet la dejó a un lado. Tenía los ojos brillantes de curiosidad-. Y usted también.

-Tardíamente.

-Yo diría más bien que volvió al hipódromo tardíamente. Recuerdo haberla visto allí cuando todavía llevaba pañales.

-¿En serio?

-¡Oh, sí! Naomi estaba más orgullosa de usted que de una pared tapizada de premios. Solíamos llamarla “la purasangre” de Naomi. Pero supongo que eso es algo que usted no recordará.

La purasangre de Naomi. La idea le agradaba y la entristecía al mismo tiempo.

-No, no lo recuerdo.

-En dos oportunidades también me encontré con su padre. ¡Pobre, siempre parecía tan perdido! ¿Era bibliotecario?

-Mi padre es el presidente del departamento de literatura inglesa de la Universidad de Georgetown.

-¡Claro! –balbuceó Janet, sin percibir la frialdad de Kelsey. Introdujo los dedos en el recipiente de agua tibia que le presentó su manicura-. Sabía que tenía algo que ver con libros. Naomi lo adoraba. A todos nos pareció una lástima que las cosas empezaran a ir mal entre ellos. Pero sucede con frecuencia ¿no es verdad?

-Según las estadísticas, sí.

-Hank y yo somos afortunados. En septiembre cumpliremos veintiocho años de casados.

-Felicidades.-Como no tenía manera de escapar, Kelsey trató de cambiar de tema-. ¿Tienen hijos?

-Tres. Dos varones y una chica. Ahora nuestra Dee-Dee ya está casada y tiene dos hijitas. –De haber tenido una mano libre sin duda habría cogido el bolso para mostrarle las fotos familiares- Mis hijos me dicen que todavía están buscando esposa. Por supuesto que el menor apenas tiene veinte años. Estudia ingeniería estructural. Le advierto que no tengo la menor idea de qué es eso.

Siguió hablando de sus hijos durante un rato, hasta que Kelsey se adaptó al ritmo y pudo relajarse.

-Pero existe algo especial entre madre e hija, ¿no lo cree? –opinó Janet, volviendo al principio-. Es decir, aún después de tantos años de separación, a usted y Naomi se las ve muy bien juntas. Y en realidad transcurrió tanto tiempo que algunas personas olvidaron que ella tenía una hija, si es que alguna vez lo supieron.

Janet levantó una mano y estudió el barniz color malva.

-Si, querida, me gusta mucho. –Cuando volvió a fijar su atención en Kelsey, su voz adquirió un tono confidencial-. Espero que no se ofenderá si le digo que todos los que conocimos a Naomi y nos enteramos de la situación en que estaba, deseamos que tuviera un final feliz. Quiero decir que la sola idea de quitarle su hija a una madre parece de lo más antinatural.

Consciente de lo interesadas en el tema que se encontraban las chicas que las atendían, Kelsey consiguió contestar con frialdad.

-Estoy segura de que Naomi les está muy agradecida.

-Pero no ganó nada con eso. Lamento decir que durante ese tiempo de prueba, ella fue su peor enemigo. Siempre pensé que lo que la hizo actuar con tanta temeridad fue el enojo que sentía hacia su marido. Y en esa época el escenario social era un poco más... duro. Pero a pesar de todo, ¡Alec Bradley! –Lanzó una risita-. Naomi debió de saber que no debía flirtear con un hombre así. ¡Oh! – Janet parpadeó como si acabara de recordar el final que tuvo ese flirteo-. ¡Oh, lo lamento, querida! Éste debe de ser un tema incómodo para usted.

La idea de que una muerte y diez años en la cárcel pudiera considerarse un “tema incómodo”, en circunstancias diferentes podría haber divertido a Kelsey.

-¿Usted conoció a Alec Bradley?

-¡Oh, claro que sí! En esa época todos lo conocíamos, aunque fuera de nombre. Era buen mozo, como diría hoy mi Dee-Dee. Alto, de cabello castaño, apuesto, con una sonrisa capaz de derretir a cualquier mujer. Y además él lo sabía. Créame que lo sabía y lo utilizaba. Hasta llegó a revolotear un poco alrededor de mí... pero Hank puso fin a eso- Lanzó una risita de adolescente-. Confieso que aunque conocía la fama de Alec, me halagó bastante que se fijara en mí.

-¿Qué fama tenía?

- Bueno, querida... –Se inclinó hacia Kelsey con complicidad-. Su familia apenas lo reconocía como pariente. Tal vez ellos habían sufrido algunos reveses financieros, pero seguían teniendo sangre azul. Y además estaba el escándalo de su primera mujer. –Se acercó aún más a Kelsey, adoptando un aire de cotilleo-. No sé si sabrá que le gustaban las mujeres mayores; mayores y ricas. Todo el mundo sabía que cuando se divorciaron, su primera mujer le concedió una suma muy generosa para mantenerle la boca cerrada. Aunque eso no le sirvió de nada porque todo el mundo sabía que él había estado...sirviendo a las potrancas, diríamos.

-¿Así que era un donjuán?

-¡Ah! ¡El rey de los donjuanes! Y se comentaba que cobraba por sus servicios.

-Él...¿las mujeres le pagaban para que se acostara con ellas?

Janet lanzó otra risita nerviosa. Sin duda prefería los eufemismos.

-No sé si era una cosa tan directa, pero todo el mundo sabía que podía comprarlo. Como acompañante. Aún en el mundo de las carreras, hay muchas mujeres solteras. Mujeres que nunca se han casado, o divorciadas que entre un marido y otro podían alquilar a Alec para llenar el vacío. Un acompañante apuesto para

una fiesta, para ir al hipódromo Como ya le dije, era encantador. Y tenía tendencia a apostar grandes sumas de dinero. Y las apostaba mal.

Cuando sonrió, se le rajó la máscara facial y pequeñas escamas rosadas cayeron sobre su bata de peluquería, como si fuese caspa de color.

-Pero nadie creyó que entre su madre y Alec hubiera un asunto de dinero. Una mujer como Naomi podía tener a cualquier hombre que quisiera. Y todavía puede. Alec parecía muy entusiasmado con ella, aunque eso no le impidió seguir flirteando con otras. Naomi no estaba dispuesta a tolerar esa clase de tonterías. Tuvieron una discusión muy acalorada y ella lo mandó al infierno.

Esa vez la incomodidad de Janet fue genuina

-Es decir.... quiero decir que...

-¿Esa noche usted estaba allí? –A Kelsey no le interesaban las evasivas ni un repentino ataque de conciencia, así que insistió-. ¿La noche en que él murió?

-Sí, estuve en el club. –Janet se humedeció los labios, algo desconcertada por la pregunta tan directa de Kelsey. –Hank y yo estábamos en Virginia, en viaje de negocios. En el club de campo había una fiesta a la que asistía una serie de personas relacionadas con el mundo de las carreras. Bueno, parece que me han terminado las uñas. –Levantó las manos-. Y hablando de fiestas, estoy segura de que la de esta noche será una maravilla. Ese joven tan buen mozo que la ofrece nos tiene a todas muy admiradas.

-¿Discutieron?. –Kelsey ignoró la exclamación de protesta que lanzó la manicura cuando ella levantó una mano y aferró el brazo de Janet-. ¿Esa noche discutieron?

-Sí, querida... –Arrepentida de que su afición por los cotilleos la hubiese metido en esa situación, Janet habló con tono bondadoso-. Después varios de nosotros fuimos interrogados a causa de... las dificultades. Discutieron en voz alta y Naomi le dijo, sin rodeos, que la relación de ambos había terminado. Una palabra llevó a otra. Naomi le arrojó a la cara el contenido de su copa de champán y salió. Fue la última vez que la vi en mucho tiempo.

En medio de aquella máscara payasesca, los ojos de Janet se suavizaron.

-Yo le tenía cariño a Naomi. Y todavía se lo tengo. Ese hombre no valía nada, querida. En realidad no valió un segundo del tiempo de Naomi. Creo que el verdadero crimen de ella fue no comprenderlo hasta que fue demasiado tarde.

Durante el resto de la tarde Kelsey luchó por mantener aquella conversación en un segundo plano de su mente.. Pero ansiaba analizarla, estudiar cada frase y cada palabra. Establecía una diferencia. De alguna manera el hecho de que Alec Bradley se ofreciese en alquiler modificaba las cosas.

Pero a pesar de que este dato alteraba el rompecabezas cuyas piezas deseaba colocar en su lugar, en ese momento había demasiadas interferencias que le impedían concentrarse.

Fuera cual fuese su estado de ánimo, no pensaba estropearle el momento a Gabe, ni la felicidad de su madre. Se vistió temprano y dejó a Gabe una nota en la cama en la que le pedía que se reuniera con ella en el salón del hotel a las ocho en punto.

Quería ocuparse de los detalles finales, para sorpresa de la empresa de catering, el florista y el personal del hotel. Todo debía ser perfecto. Finalmente, cuando Kelsey se situó en el centro del salón, comprobó que lo era.

Predominaban el rojo y el blanco, los colores de Longshot. Para honrar las tres joyas de la Triple Corona, las mesas estaban adornadas con elegantes tiestos llenos de claveles, rosas y margaritas. Contra la pared se alineaba una serie de mozos de traje de etiqueta que esperaban ser inspeccionados, mientras los empleados de la empresa de catering terminaban de colmar tres grandes mesas con manjares y delicias.

Pero el quebradero de cabeza más grande para Kelsey había sido la organización de las mesas de juego. Se pondrían en venta dólares de gran tamaño para apostar con ellos y todos los beneficios se destinarían a obras de caridad, pero los detalles habían hecho recorrer la ciudad a Kelsey durante varios días a causa de la burocracia. Pero por fin Naomi había conseguido superar todos los obstáculos.

En ese momento, Kelsey contempló las mesas de ruleta, las de *blackjack* y las de dados, sabiendo que estaba por ofrecerle a Gabe la fiesta del año. Una fiesta que, además, le calzaría como un guante de seda.

Mientras los músicos de la orquesta afinaban los instrumentos, se acercó a una mesa de ruleta e hizo girar la rueda.

-Apuesto al rojo.

Kelsey soltó una carcajada, se volvió y vio a Gabe.

-Has sido puntual.

-Estás maravillosa. –No se le acercó, todavía no. Sólo quería mirarla. Llevaba un resplandeciente vestido blanco que le caía desde el pecho hasta los tobillos. A la altura del corazón llevaba el prendedor que él acababa de regalarle. El cabello era un conjunto de rizos sostenido por clips brillantes y que le caían en cascada sobre los hombros desnudos. En las orejas se había puesto aros largos de diamantes y rubíes-. Eres realmente increíble.

-Son tus colores. –Le tendió las manos-. ¿Qué te parece todo?

-Te aseguro que me sorprendes –Siguió manteniéndola a distancia mientras recorría el salón con la mirada-. ¿Qué has hecho?

-¿Aparte de enloquecer a todos los comerciantes y funcionarios en setenta kilómetros a la redonda? Te he regalado un casino por una noche, Slater.

-¿Y las ganancias?

-En Washington D.C. hay un asilo para mujeres y chicos maltratados.

Los ojos de Gabe se ensombrecieron y bajó la mirada para clavarla en las manos unidas de ambos.

-Me fascinas, Kelsey.

-Te amo, Gabe.

Conmovido, él se llevó la mano de ella a los labios.

-¿Qué apuesta de ruleta te trajo hasta mí?

-La más afortunada de tu vida. –Bajó la mirada y sonrió al ver dónde se había detenido la bola plateada. Rojo –murmuró-. Ganas de nuevo. Sabes, Gabe, esto no es sólo por ti.

-¿No?

-Pues no. –Se acercó y deslizó los brazos alrededor de su cuello-. Quiero verte trabajar aquí esta noche. Tengo la sensación de que me excitará mucho.

Y lo hizo. Horas después, cuando el salón estaba atestado de gente, las mesas del buffet casi vacías y la pista de baile llena de parejas, Kelsey se acercó a Gabe y estudió su técnica.

Ella creía entender de *blackjack*. Un sencillo juego de cartas y lógica en el que uno trataba de acercarse todo lo posible al veintiuno. Si uno se pasaba, perdía. Pero Kelsey no lograba entender el motivo por el que Gabe ganó en una mano en que se plantó en un escaso dieciséis y en la siguiente cuando se plantó con diecisiete.

-No son más que números –le dijo él- Sólo números, querida.

Eso era exactamente lo que ella creía, hasta que lo vio jugar.

-No es posible que puedas recordar todos los números y las combinaciones.

Gabe sólo sonrió, golpeó con suavidad sus cartas y le sirvieron un cuatro para completar veintiuno con los diecisiete que ya tenía.

-Aquí tienes –dijo, acercándole un montón de fichas blancas y rojas -. Juega tú un rato.

-Está bien, jugaré. –Ocupó una silla vacía y levantó la mirada cuando Naomi se sentó a su lado.

Acabo de perder una fortuna a la ruleta. Le daré exactamente diez minutos a este juego antes de insistir en que Moses me saque a bailar. –Se acomodó el pelo dorado detrás de las orejas, luego cruzó las piernas-. ¡Menuda fiesta!

-Tu hija es sorprendente –contestó Gabe.

-Ya lo sé –Naomi frunció el entrecejo al estudiar sus cartas- una –dijo y luego suspiró-. Han acabado conmigo.

-Todo por una buena causa. Perder debería enternecerte. –Kelsey se mordió los labios mientras contemplaba su ocho y su cinco-. Está bien, una más...¡Otro ocho! ¡He ganado! –Reía mientras recogía sus fichas, cuando notó los ojos entrecerrados de Naomi-. Bueno, ganar también entenece. Baila con mi madre, Gabe, mientras yo veo cuánto de tu dinero logro perder.

-¿Cómo voy a rechazar un ofrecimiento así? –Le tendió una mano a Naomi-. Esta noche estás maravillosa –le dijo cuando empezaron a bailar.

-¿Cómo lo sabes? No has hecho más que mirar a Kelsey.

Por unos instantes Gabe no contestó.

-No tengo respuesta para eso.

Ella apartó la cabeza y lo estudió.

-Me habrías desilusionado si la tuvieras. Me gusta observar en su cara lo que ella siente por ti. Y sé lo que sientes por ella porque pierdes el compás de la música. En una forma muy extraña los dos encajáis muy bien.

-Pero tú estás preocupada.

No por lo que hay entre vosotros, sino por todo lo demás. –Miró la mesa donde jugaba Kelsey-. Ya sé que ella trata de ignorar lo sucedido la otra noche, pero yo estoy aterrorizada.

La expresión de Gabe era engañosamente fría.

-Nunca debió haber sucedido. Yo debí estar con ella.

-No, nunca debió suceder –convino Naomi, que seguía mirando a su hija – creo que en tanto este asunto se solucione debería volver a vivir en Three Willows... o mejor aún en la casa de su padre.

Gabe había pensado lo mismo, pero oírlo no le facilitaba la decisión.

-Aún en el caso de que ella aceptara hacerlo, no sabemos cuánto tardará todo esto en solucionarse.

-¿Todo esto?

-Gabe se maldijo. Otro paso en falso. Por lo que Naomi sabía, sólo existía el problema de los caballos.

-Me refiero a quién pudo burlar mis medidas de seguridad y qué se proponía hacer. Por otra parte, tal vez el asunto termine mañana, después de la carrera.

-Eso espero. No podría soportar que le sucediera nada, Gabe. Odio pensar que haya sido tocada por la sordidez que Milicent siempre atribuyó a la gente que se dedica a los caballos de carrera. –Sacudió la cabeza y le brillaron los ojos-. Pero no es así en todos los casos. Nosotros no somos así. Pero cuando sucede, es lo único que la gente recuerda.

-¿Te preocupa la opinión de Milicent?

-¡Diablos, no! –Recuperó su expresión desafiante-. Pero no estoy dispuesta a permitir que tenga razón. Y tampoco permitiré que vuelva a manchar mi honor. Así que quiero que esto termine de una vez. Por Kelsey, por ti y por mí.

Cuando Kelsey despertó, la habitación estaba fresca y oscura. Se desperezó mientras recordaba escenas de la noche anterior. Color, luces, voces, música, el girar de la ruleta, la caída de los dados. Había perdido la mitad de las ganancias conseguidas por Gabe jugando a las cartas, pero él duplicó esa suma jugando a los dados.

Sin embargo, lo que más recordaba era el aspecto de Gabe: fascinante y cautivador en su ropa de etiqueta, con sus ojos azules clavados en el girar de la ruleta, en la caída de las cartas. Y que luego, de repente, se clavaba en ella y le quitaba el aliento.

Cuando por fin estuvieron solos, cuando dejaron atrás la noche, el ruido y la multitud, Gabe la tendió en la cama. Y la acarició sabiamente, despertando deseos cada vez más apremiantes. Le había hecho ciertas cosas que Kelsey jamás supuso que permitiría y mucho menos que pediría....

Y en ese momento, al despertar, sentía su cuerpo suave y tierno, magullado y amado. Con los ojos cerrados, tanteó las sábanas con una mano, buscándolo. Todavía adormilada, se obligó a sentarse y de pronto comprobó que estaba sola.

Se levantó, todavía medio dormida y, mientras se ataba el cinturón de la bata, se dirigió a la sala de la suite.

Hizo una mueca cuando la cegó la luz que entraba por los ventanales. Se protegió los ojos y apoyó una mano en el picaporte.

-¡Dios! ¿Qué hora será?

-Poco más de las diez. –Naomi se sirvió una taza de café en una taza de la bandeja que el camarero había llevado-. Te has levantado justo a tiempo, Kelsey. Acaba de llegar el desayuno.

-¿Desayuno? ¿Las diez? –Apartó la mano con que se cubría los ojos-. ¿Dónde está Gabe?

-En el hipódromo, desde el amanecer.

-Pero... –Ya del todo despierta, dejó caer la mano-. ¡Maldito embustero! Me prometió que esta mañana, sobre todo esta mañana, no se iría sin mí.

-Mmm. –Naomi sirvió una taza de café para su hija-. Según él, cuando trató de despertarte le dijiste que se largara y te dejara en paz.

-¡No es verdad! –Bebió un sorbo de café-. ¿Lo habré dicho? Lo más probable es que sea un invento de Gabe.

-Posiblemente prefirió que descansaras un poco.

-Gabe es mi amante, no mi niñera –repuso, y al punto se ruborizó. Por inusual que fuera la relación entre ellas, Naomi seguía siendo su madre. Se aclaró la garganta y se sentó-. ¿Qué estás haciendo aquí? Supuse que estarías en el hipódromo.

-Para nosotros no es una carrera importante. Dos kilómetros.- Se encogió de hombros mientras untaba de mermelada una tostada-. Sólo queremos que *High Water* mantenga su lugar en el ranking. Y supongo que es posible que tengamos suerte, considerando que el potrillo de Arkansas se accidentó.

-¿Se accidentó? ¿Qué sucedió?

-Quedó cojo en el entrenamiento de ayer. Un esguince en una pata. Había olvidado contártelo.

-Casi ofendida, Kelsey mordió un trozo de beicon.

-Me siento la convidada de piedra. Una persona que ha quedado fuera y mira por la ventana mientras el resto de invitados comen el pastel.

-Lo siento, querida. Tendrás que soportar que estemos todos preocupados por ti y queramos protegerte. Cuando pienso en lo que podía haberte sucedido... – Suspiró y untó otra tostada-. Está bien, no hablaremos de eso. Conozco muy bien esa expresión por haberla visto muchas veces en el espejo.

-No iba a pedirte que te callaras –repuso Kelsey sonriente-. Sólo pedirte que no te preocuparas.

-Es lo normal, hasta para una madre tardía como yo. Así que termina tu desayuno. He recibido instrucciones de encargarme de que lo hagas.

-¡Gabe otra vez!

-Supongo que sabes que está enamorado de ti.

-Sí, lo sé.

-¿Sabes que lo has hechizado?

Kelsey sonrió.

-¿Lo crees?

Naomi soltó una carcajada.

-¿No es emocionante y aterradorizante que un hombre sienta eso por ti?

-Sí. Y es doblemente emocionante y aterradorizante cuando tú sientes lo mismo por él. Ya sé que puede parecer precipitado que haya iniciado una relación tan estrecha poco tiempo después de mi divorcio, pero...

-Kelsey, no sólo no estoy en condiciones de criticarte, sino que debo señalar que hace dos años que tú y tu marido estáis separados.

-Ya, pero... –Kelsey meneó la cabeza-. Yo misma pienso que no está bien pero siento que lo está.- Jugueteeó con la comida, con la esperanza de no haber elegido un mal momento-. Cuando te separaste de papá, ¿todavía lo amabas? Lo siento – La miró-. Ayer alguien me dijo algo que me hizo pensar. Si prefieres no contestar, te comprenderé.

-Ya te dije una vez que trataría de contestar todas tus preguntas.- Pero ésa era difícil. Se clavaba en una vieja herida de su corazón, una herida casi olvidada-. Sí, todavía lo amaba. Lo quise durante mucho tiempo, cuando ya era ridículo que lo siguiera amando. Y justamente porque lo quería, estaba furiosa con él y conmigo misma, y decidida a demostrar que no tenía importancia.

-¿Fue por eso que...?

-¿Qué me sumergí en una vida licenciosa? –preguntó Naomi-. ¿Qué disfruté avivando los chismes acerca de mí y de otros hombres? ¿Qué provoqué pequeños escándalos? Sí, por lo menos en parte. No estaba dispuesta a admitir mi fracaso. Y como sin duda lo conseguí, él fue alejándose más y más, hasta que lo que yo más quería en el mundo se convirtió en un imposible.

-¿Querías recuperarlo?

-Desesperadamente. Era tan vanidosa que creí poder conservarlo según mis condiciones.

-¿Y Alec Bradley? –Notó que Naomi se retraía y se obligó a proseguir-. ¿Fue uno de los que usaste para hacer sufrir a papá?

Naomi dejó la taza de café.

-Fue una especie de manotón de ahogado. Un hombre con un pedigrí tan refinado como el de Philip, pero con bastante mala fama.

Kelsey sintió un nudo en el estómago. Tenía que saber, y para saber, era necesario que preguntara.

-¿Lo contrataste?

La expresión de incomodidad de Naomi desapareció.

-¿Contratarlo? –repitió, sin comprender.

-He oído comentar que él... alquilaba algunas de sus habilidades. –Bebió un sorbo de café-. Por decirlo de alguna manera.

La última reacción que Kelsey esperaba de su madre era la risa. Pero fue lo que recibió: una gran carcajada.

-¡Vaya idea! ¿Cómo se te ocurre? Lo último que quería de Alec era que me sirviera de semental.- De repente se puso seria.

-Lo siento, fue una pregunta tonta. No quise dar a entender eso. Pensaba más en exhibiciones públicas que en privadas.

-No, no lo contraté. Aunque un par de veces le presté dinero. Él siempre estaba entre un negocio y otro, ¿sabes? –agregó con sequedad-. Siempre en algún problema financiero. Tal vez sea vanidosa, pero creo recordar que Alec me cortejó. Y no voy a decirte que lo evadí –admitió mientras cogía una manzana -. Quería que me prestaran atención. Lo necesitaba y Alec era encantador. Era capaz de hacerte sentir que eras la única persona en el mundo. Sin duda yo tenía plena conciencia de su fama, y supongo que eso aumentaba su encanto. El hecho de que estuviera conmigo, cortejándome, tratando de conquistarme porque no lo podía evitar, fortaleció mi autoestima. Finalmente, no quiso o no pudo aceptar que o no quería ser conquistada. Y eso fue lo que lo mató.

-Pero la violación no es sólo una cuestión de sexo.

-Es cierto. –En determinado momento había pensado que lo era, porque le resultaba más fácil-. Quería herirme. Humillarme. En realidad, nunca he podido comprender por qué estaba tan desesperado esa noche. En sus ojos no había pasión ni lujuria. Creo que habría podido luchar contra la pasión y la lujuria y salir vencedora. Pero fue la expresión desesperada de sus ojos lo que me hizo coger el arma.- Naomi se estremeció y respiró hondo-. Eso es algo que había olvidado.

-Lamento haberlo removido.- Kelsey se dijo que pensaría en todo eso más tarde y cubrió con las suyas la mano de Naomi-. Olvídalo. Las dos debemos olvidarlo. Hoy es un día para mirar hacia el futuro. ¿Por qué no vienes a ver el vestido que me compré para la carrera? Si no me lo pongo pronto, nos perderemos la salida.

CAPITULO 24

Reno se había puesto un traje gris pizarra y corbata marrón. Sus suaves botas italianas brillaban como espejos. La mujer delgada que llevaba del brazo era una cabeza más alta que él y mantenía la cara permanentemente vuelta hacia las cámaras.

Él sabía que era patético, el hombre bajo que demuestra su masculinidad saliendo con una mujer alta y llamativa. Por debajo de sus alardes, de sus rápidas y arrogantes respuestas acerca de su siguiente temporada, Reno era un remolino de nervios y desdicha.

Observó a los jockeys que se encaminaban al corral y supo lo que cada uno de ellos sentía y pensaba: la concentración, los pequeños juegos mentales para mantener el nivel de adrenalina.

Sólo uno de ellos sería el ganador, pero otros podrían demostrar su capacidad. Algunos regresarían el próximo año. Otros se desdibujarían: aumentarían de peso, perderían interés, sufrirían una caída. Los grandes permanecerían en el circuito, se harían ricos, evitando o sobreponiéndose a huesos rotos y malas caídas. Los de nivel intermedio se moverían de un hipódromo a otro, siguiendo a cuidadores, atormentando a representantes, desapareciendo para tal vez volver a reaparecer como mozos de cuadra, o como cuidadores o entrenadores en algún criadero de baja categoría.

Pero en ese momento eso no se notaba. En ese momento eran guerreros, soldados, actores, los ojos tensos y entrecerrados detrás de las gafas de plástico, los cuerpos delgados y esbeltos bajo las camisas de seda, los pies enfundados en finas botas de cuero. Tenían los cascos puestos bajo las gorras de tela, el número del caballo marcado en un cartón y sujeto al brazo con una liga.

Algunos se habrían levantado al alba para inspeccionar y preparar ellos mismos sus caballos. Otros habrían dormido hasta tarde y su relación con el caballo no sería más que fría y profesional. El miedo a la báscula los habría mantenido a casi todos lejos de las comidas, o los habría inducido a tomar otra sauna.

Ahora ya los habían pesado y estaban listos. Reno los miró con envidia y desesperanza.

Él debería ser el que estuviera escuchando las instrucciones finales del cuidador. Debería ser él el depositario de las alabanzas, la admiración y las esperanzas de

los propietarios. Debiera haber sido él quien corriera por la pista con la fusta entre los dientes.

El peor de sus temores era no poder volver nunca al círculo de los elegidos. Se obligó a adelantarse, con la sonrisa rápida y jactanciosa en los labios.

-Señorita Naomi.

-Hola, Reno. –Naomi tendió la mano para cogerle el brazo sano-. Se te ve muy bien.

-Preferiría estar vistiendo sus colores.

-Pronto volverás a llevarlos. –Miró a la mujer a quien él había dejado conversando con los periodistas-. Una chica muy bonita. Me resulta familiar.

-Tal vez la haya visto en un par de *spot* publicitarios de champú y de dentífricos. Está tratando de abrirse camino en el cine. –Se encogió de hombros como quitándole importancia y miró al potrillo-. Éste correrá para usted, señorita Naomi.

-Sí, lo sé.

-¡Justo el hombre a quien quería ver! –dijo en ese momento Kelsey, adelantándose-. Dime, ¿tendrás tiempo en las próximas dos semanas de ocuparte de mi potranca? *Honor* necesita un jinete que le saque el mayor rendimiento.

A Reno se le revolvió el estómago de amargura.

-Por supuesto, lo haré. Lo que me sobra es tiempo. Voy a desearle suerte a Joey.

-¿He dicho algo malo? –preguntó Kelsey al ver que se alejaba presuroso.

-No lo sé –Naomi miró a Moses. –Supongo que ha de estar tenso, lo mismo que todos.

-Ya. Bien, iré a desearle buena suerte a Gabe. Nos veremos en el palco.

-Quiero que hagas historia para mí, Joey –pidió Gabe, mientras estrechaba la mano del jockey.

Joey flexionó los dedos e hizo crujir los nudillos.

-Eso pienso hacer, señor Slater.

-Sofrévalo, como te indiqué –agregó Jamison-. No quiero que se ponga en cabeza hasta llegar a la recta. No estamos buscando un récord. Queremos ganar.

-Double y yo podríamos hacer las dos cosas.- Sonrió y saludó cuando Reno se le unió-. Consigue un asiento en primera fila, compañero. Y te aconsejo que tengas una botella de champán en el hielo.

-Descuida, lo haré. –Reno no dejó de sonreír mientras saludaba con una inclinación de la cabeza a Gabe-. Buena suerte, señor Slater. Tiene un caballo entre un millón.- La mano que tenía en el bolsillo se le llenó de transpiración-. Alguna vez me gustaría tener oportunidades de montarlo.

-Hablaemos del asunto cuando estés totalmente recuperado.

-Un hombre se malcría montando la clase de caballo que yo he montado durante los últimos dos años –Miró a Jamison-. Es así, ¿verdad, Jaime? Nos malcriamos.

-Es posible, Reno. –Jamison sostenía el cabestro de *Double*

-Hace dos años gané el Belmont par ustedes, ¿recuerdan? Todo el mundo dijo que yo era un aprendiz de jockey y el potrillo un campeón. Pero la verdad fue que era mi día, mi caballo y mi carrera. –Dentro del bolsillo abría y cerraba los dedos húmedos-. Pero la gente se olvida pronto. Olvida todas las carreras, todos los éxitos. Lo que recuerdan es el derbi. El que nos pone en el candelero siempre es el derbi.

Le temblaba la mano cuando la sacó del bolsillo y acarició el cogote del potrillo.

-Bueno, tú te has ganado participar en el derbi y mucho más –le dijo al potrillo. Lanzó una carcajada forzada-. Ganes o pierdas no olvidarán este Belmont. Así que gánalo.

-¡Los jinetes, a montar!

Ante la orden, Reno retrocedió. Estaba pálido y sudoroso. Se volvió con rapidez y se alejó. Al verlo pasar, Kelsey lo cogió del brazo.

-Reno, ¿qué ocurre?

-Lo siento –fue todo lo que él dijo antes de alejarse del corral.

-¡Estos jockeys! –exclamó Jamison, meneando la cabeza-. Son muy temperamentales.

-Parecía enfermo –murmuró Kelsey, pero no había tiempo para preocuparse, ni siquiera para pensar- “Después de la carrera lo buscaré e intentaré ayudarlo”, se prometió. Pero ése era el momento de Gabe. Y ella no estaba dispuesta a permitir que nada lo estropeará.

-A pesar de que esta mañana te marchaste sin mí, voy a desearte buena suerte.

-Habría hecho falta una grúa para sacarte de la cama al amanecer. –Además esa mañana quería estar solo por si veía a su padre, pero no vio ni rastros de él. Ya más relajado, Gabe observó a Kelsey. Iba tocada con un sombrero de paja blanco. El corto vestido rojo estaba cubierto en parte por una chaqueta blanca. Sobre el pecho, lucía el broche que él le había regalado-. Ahora que veo lo que hicieron por ti unas horas de sueño, me alegro de no haber tenido una grúa a mano.

-Una manera muy inteligente de escurrir el bulto, Slater.

-Gajes el oficio. –Le tomó el brazo y lo colocó bajo el suyo-. Veo que llevas mis colores.

-Hoy son los únicos que vale la pena lucir. – Mientas se encaminaba al palco de Gabe, ella se llevó una mano al corazón-. ¿Cómo es posible que no estés nervioso?

-Los nervios no ayudan en nada.

-Díselo a mi estómago –contestó ella mientras metía la mano en la cartera para sacar los binoculares-. Estoy empezando a creer que este triunfo me interesa más que a ti.

-Te aseguro que no es así.

Mantuvo una mano sobre la de Kelsey mientras los caballos eran conducidos a las gateras..

Las taquillas de las apuestas ya estaban cerradas. El cielo se veía azul celeste, típico del verano. La pista ovalada, aquellos dos kilómetros meticulosamente cuidados, ese día era rápida. La multitud que abarrotaba las tribunas estaba de pie, gritando y vitoreando.

Resultaba fácil olvidar lo grandioso que era todo. Para aquellos que lo veían por televisión, sin duda sería un espectáculo pequeño e íntimo, en lugar del abigarrado mundo que era.

Y gracias a la suerte, la ambición y su propio empuje, se había convertido en el mundo de Gabe. En ese momento, todo el trabajo, las desilusiones, los triunfos y las esperanzas, se resumían en esa única carrera. En ese único caballo.

Mientras miraba a *Double* entrar en la gatera, Gabe recordó la noche en que nació el potrillo. El resollar de la yegua, el silbido del viento que golpeaba las paredes del establo. La nieve y la cellisca, la espera interminable mientras la yegua se esforzaba por dar a luz. Y luego las frágiles patas que se liberaban en

medio de un charco de sangre. Y el relincho de la yegua, casi humano, que anunciaba la última etapa del nacimiento. Aquella criatura pequeña y húmeda permanecía tendida sobre la paja sucia, respirando por vez primera el aire que, desde el vientre de *Bold Courage*, había conducido a *Double or Nothing* hasta las gateras de Belmont Park, Long Island.

-Adoro a ese caballo. –No supo que había hablado en voz alta hasta que sintió que Kelsey le apretaba la mano.

-Ya lo sé.

Las gateras se abrieron con un chirrido metálico. De inmediato, la multitud jadeó al ver que *Double or Nothing* daba un giro a la derecha desde su posición número seis, desequilibrando a su jinete. Ese movimiento desastroso lo colocó detrás de un muro de caballos, mientras su jockey intentaba no perder el equilibrio. Todas las instrucciones de Jamison acerca de la manera de ganar la carrera se convirtieron en inútiles en un abrir y cerrar de ojos. A partir de ese momento, la única meta de Joey era que *Double or Nothing* volviera a entrar en carrera.

En menos de un segundo tuvo que decidir si correr en medio del pelotón o rodearlo. Jinete y caballo tomaron juntos la decisión y se abrieron en un movimiento que –según los resultados- sería considerado valiente o tonto. Como si supiera lo que había que hacer, el potrillo se lanzó al galope. Devoró la distancia a una velocidad salvaje y cuando pasaron por primera vez la línea de llegada iba a un cuerpo detrás del líder y avanzando.

Desde su palco, Gabe lo seguía con los binoculares. Sólo miraba un caballo. La carrera en sí había quedado casi olvidada, a la sombra de un relámpago de admiración. Allí había mucho más que belleza. Había coraje. Ganara o perdiera, él nunca lo olvidaría.

Recorrieron tres cuartos de kilómetro en cuarenta y seis segundos, con *Double* y el líder separándose cada vez más del pelotón. El público rugía, frenéticamente, pero Gabe sólo escuchaba la voz de Kelsey a su lado, alentando a caballo y jinete en voz baja. Bien podían haber estado los dos solos, de la mano, mirando correr a un único caballo.

Al llegar a la última curva, *Double* luchó por adelantarse mientras enfilaban la recta final. Era allí, al final de esos exigentes dos kilómetros, que el Belmont ponía a prueba el valor de los participantes. El potrillo criado en Kentucky avanzaba desde atrás, acercándose a los líderes como una flecha.

Aquel potrillo nacido una ventosa noche de invierno iba impulsado con más fuerza que la fusta que caía sobre sus ancas. Con corazón y honor cruzó como un relámpago la línea de llegada a dos cuerpos de distancia del segundo para ganar el Belmont y la Triple Corona.

Por un instante Gabe no reaccionó. Las emociones que bullían en su interior eran demasiadas para separar en ellas sólo la emoción de la victoria. Aquél era su caballo, que ahora avanzaba al paso con su jinete apoyado en los estribos. Aquel era su sueño, cubierto de sudor, polvo y gloria. Sucediera lo que sucediese, nadie podría quitarles, ni a él ni a su espectacular potrillo, aquel momento deslumbrante.

-¡Que maravilla de caballo! –murmuró Gabe con voz ronca. Aturdido, miró a Kelsey y notó que tenía las mejillas anegadas en lágrimas-. ¡Qué maravilla de caballo! –repitió.

-Sí, es maravilloso. –Sollozando de felicidad, Kelsey le echó los brazos al cuello a Gabe-. ¡Felicidades, Slater! ¡Lo has conseguido!

-¡Oh, Dios! –No existía autodomínio capaz de impedir que una sonrisa le iluminara la cara-. ¡Lo hemos logrado! –La levantó en vilo y la hizo girar, ignorando las cámaras. Kelsey todavía reía cuando Gabe la besó tiernamente en los labios.

En su habitación, a cientos de kilómetros de distancia, Rich miraba fijamente la pantalla del televisor. No había ido a Nueva York. Con lo que esperaba que sucediera, le pareció más seguro no estar presente.

Meneó la cabeza cuando las cámaras ofrecieron una toma del potrillo y luego enfocaron a su propietario.

-Disfrútalo mientras puedas, muchacho –masculló mientras brindaba con un whisky de doce años. Una sonrisa le torció los labios al ver el beso con que su hijo y Kelsey celebraban el triunfo y mientras el locutor señalaba que Gabriel Slater y Kelsey Byden eran rivales muy amistosos.

Rich se reclinó en el sofá y esperó a que se produjera el caos. Debían llevar al potrillo al lugar donde le tomarían muestras de saliva, como se hacía después de cada carrera. Y entonces Gabe no sonreiría tanto. “Es aún mejor así –decidió– arrebatarse el premio después de que lo haya ganado”

Todo había funcionado a la perfección gracias a la bonita hija de Naomi. Si ella no hubiera ido a las caballerizas esa noche, interrumpiendo lo que se iba a hacer al potrillo, éste nunca habría corrido aquella carrera.

Pero corrió y ganó. Y faltaban pocos instantes para que se hiciera el sorprendente anuncio de que *Dobule or Nothing* tenía droga en el cuerpo. Gabe no sólo perdería, sino que tendría que afrontar el escándalo, la burla y la vergüenza.

Mientras se preparaba para su victoria, Rich se sirvió más whisky. La mano le tembló y derramó un poco al oír el anuncio oficial.

Nueve. Cinco. Dos.

En medio del impacto que acababa de recibir no atendió los anuncios sobre ganancias y apuestas. Miraba boquiabierto la pantalla, en la que aparecían caballo y jinete, ambos cubiertos de claveles blancos. Vio a Gabe, con una mano en el hombro de Kelsey en gesto posesivo. Después felicitó al jockey, y se inclinó como el vaquero sentimental de un *western* de serie B para besar el cuello sudado del potrillo.

Rich arrojó el vaso contra la pantalla y ambos se hicieron añicos. El aire apestaba a whisky cuando se levantó de la silla, furioso, y empezó a patear y a golpear el televisor hasta que los nudillos se le enrojecieron; después lo levantó y lo arrojó al suelo. Su único deseo era destruir el aparato que le enviaba esas imágenes.

Cuando por fin se detuvo, jadeante y agotado, el aire apestaba no sólo a whisky, sino también a chamuscado y al penetrante sudor de Rich. Le sangraban los nudillos y respiraba jadeante. Tropezó con una silla caída y enderezó la botella de whisky, gran parte de cuyo contenido se había esparcido sobre la alfombra, pero todavía quedaba bastante para quitarle el sabor a bilis de la garganta y aclararle la mente.

“Caerán cabezas”, se prometió. Y ya que era evidente que no podía confiar en nadie para que llevara a cabo una tarea sencilla, él mismo tendría que encargarse de hacerlo.

Durante la semana siguiente a la victoria de *Doble* no hubo tiempo para pensar. En Three Willows la rutina debía continuar, a pesar de la celebridad de su vecino. La temporada de carreras no terminaba en Belmont, y el cuidado y entrenamiento de los caballos no permitía que nadie se cruzara de brazos.

Y Kelsey tenía sus propias ambiciones, entre las cuales figuraba llegar a tener su propia campeona. Con *Honor* le habían proporcionado la oportunidad de hacerlo y no pensaba desperdiciarla.

Tampoco había olvidado su meta de colocar en su lugar las piezas del rompecabezas del pasado. Charles Rooney podía no recibir ni contestar sus llamadas, pero ella estaba decidida a vencerlo por cansancio. Ya llegaría el día en

que aceptaría volver a hablar con ella. También volvería a visitar al capitán Tipton. Y, si era necesario, recurriría a su padre y le pediría que reviviera, día a día, esos meses de su vida, hasta que todo quedara en claro.

Lo que en ese momento empezaba a vislumbrar Kelsey era la imagen de una mujer que había amado a su marido. Una mujer que sin duda había cometido errores, errores de orgullo, de vanidad y tozudez al tratar de forzarle demasiado. Pero por más que lo intentara con calma y frialdad, Kelsey todavía no había encontrado una pieza del rompecabezas que convirtiera a esa joven tozuda y temeraria en una asesina.

-¡Hola, hermana!

-¡Channing! –exclamó Kelsey, y corrió a besarlo esponja en mano-. No he tenido un minuto para decirte cuánto me alegra que estés aquí.

-A pesar de mi dolor de espaldas, sólo hace un par de horas que he llegado. –Ya tenía la camisa empapada de sudor-. Moses me puso a trabajar con tanta rapidez que tengo la sensación de no haberme ido nunca.

-No creí que volvieras. –Kelsey lavó con la esponja la cara de la potranca-. Ya estamos a mediados de junio.

-Me tomó mucho tiempo decidirme.

-¿Candace sigue estando en contra de tu estadía en Three Willows?

-Podría decirse que no se siente muy satisfecha conmigo. Tuvimos una batalla terrible.

-Lo siento.

-No te preocupes, fue positivo. Salieron a relucir muchas cosas que nos estaban amargando, o por lo menos a mí. Ella quería que yo continuara la tradición familiar. Eso ha sido una constante en movida. Mi deber era convertirme en un brillante cirujano, igual que mi padre, igual que su padre y así sucesivamente. Era lo que mamá esperaba. Y yo permití que lo esperara.

-¿Y no es eso lo que quieres?

-Pienso estudiar veterinaria. –La miró esperando una protesta o, aún peor, una carcajada indulgente. Pero en lugar de eso, Kelsey se adelantó y le besó en las mejillas.

-Me alegro.

- ¿De verdad?

- Podría soltarte una perorata acerca de lo imposible y frustrante que es tratar de vivir a la altura de las expectativas ajenas, sobre todo si se trata de las de la familia. En los últimos meses he tenido una interesante experiencia al respecto. Pero supongo que ya lo sabes. Ella cederá, Channing. Te quiere y, por encima de todo, sólo desea lo mejor para ti.

-Tal vez. –Movi6 la paja con el pie-. Me result6 odioso tener que pelear con ella. Y a6n m6s odioso saber que si el profesor no me hubiese apoyado habr6a claudicado.

-¿Pap6 te apoy6?

-Fue como la carga de la Brigada Ligera... –Sonri6-. Tu padre se limit6 a hablar con ese tono lento y paciente, tan suyo. Nunca lo hab6a visto oponerse a mama de esa manera. Creo que lo que la hizo ceder fue la sorpresa de que 6l me apoyara contra ella.

-Es que pap6 tambi6n te quiere. –Se mordisque6 el labio y continu6 con su trabajo-. ¿Hay problemas entre ellos, Channing?

-Est6n un poco tensos. Pero sin m6 all6, tendr6n el tiempo y la intimidad necesaria para solucionarlo. De todos modos, mam6 te culpa m6s a ti que al profesor.

Kelsey hizo una mueca.

-Supongo que deber6a tratar de arreglar las cosas con tu madre.

-Mam6 no es rencorosa. Por lo menos no guarda rencor durante mucho tiempo. Hemos sacudido su sentido del orden, eso es todo. Y tardar6 un tiempo en acostumbrarse.

-Perd6n. –Reno estaba de pie junto al box.

-¡Hola, Reno! –salud6 Kelsey-. ¿Recuerdas a Cheng, mi hermano?

-¡Por supuesto! ¿C6mo est6s?

-Bien. ¿C6mo va tu hombro?

En un movimiento instintivo, Reno lo hizo rotar.

-Mejorando. En dos semanas estar6 en condiciones de volver a montar. Tengo algunas ofertas para el circuito europeo de esta temporada.

-Si, Moses me lo coment6 –dijo Kelsey-. Dentro de unas semanas vamos a enviar a *High Water* a Europa. Espero que seas t6 quien lo monte.

-Tal vez. 6sa es *Honor*, ¿verdad?

-¡Si, por supuesto! ¿Qué te parece?

-Os dejo seguir hablando de caballos –interrumpió Channing-. Si Moses llega a verme charlando me rebajará el sueldo. Me alegro de verte, Reno.

-Ya nos veremos, Channing. –Entró en el box y se acuclilló. En un purasangre, lo primero eran las patas. Sin hacer ningún comentario, rodeó a la yegua, le pasó las manos por el pecho, los flancos, la cruz y por fin le examinó los ojos y los dientes.

-Es preciosa –dijo-. Tiene un cuerpo fantástico, mucha cavidad para el corazón. ¿La han metido en la gatera?

-Sí. Ahí no tiene problemas. –La potranca le pasó el hocico por el brazo y Kelsey sacó una zanahoria del bolsillo y se la ofreció-. Es suave, pero hay fuego en su interior. Moses cree que el año que viene deberíamos ponerla a prueba en un par de carreras. ¿Te interesa?

-Es una belleza –contestó Reno experimentando idénticos sentimientos de esperanza y desesperanza-. ¿Por qué quieres que yo la monte?

-Para empezar, porque te he visto montar y sé que no piensas en el caballo sólo durante la carrera. Asistes a los entrenamientos, vienes a las caballerizas, tratas el asunto como si fuera una sociedad entre tú y el caballo. –Vaciló mientras acariciaba a la potranca-. Sé que querías a *Pride*, Reno. Se notaba lo que sentías por él y lo que pensabas de él. Ése es el tipo de jockey que quiero para *Honor*.

Reno apartó la mirada, conteniendo el llanto. Las palabras de Kelsey le llegaban muy hondo.

-Si, yo quise a ese caballo –dijo con voz temblorosa-. *Pride* habría hecho cualquier cosa por mí. Se destrozó el corazón por mí.

-No puedes culparte por lo sucedido, Reno.

-Yo no lo habría lastimado. ¿Cómo íbamos a saber que la carrera lo mataría? –Miró a Kelsey sin verla-. ¿Cómo íbamos a saberlo?

No podías saberlo –contestó ella con suavidad -. Pero tarde o temprano sabremos quién quiso lastimarlo.

Abatido, Reno suspiró profundamente.

-Si, tarde o temprano. –Retrocedió un paso-. Ésta es una excelente potranca.

-¿La montarás?

Reno le dirigió una mirada de tanta desesperanza, que Kelsey intentó consolarlo, pero él emitió un sonido gutural y se marchó.

CAPITULO 25

-Te aseguro, Gabe, que me destrozó el corazón.

Kelsey tomó el vaso de vino con ambas manos y extendió las piernas a lo largo del cómodo sofá. Era una tarde preciosa, las ventanas estaban abiertas de par en par para que entrara la brisa perfumada. Pero ella todavía veía la cara de Reno, su expresión de absoluta desesperanza en el box de *Honor*.

-Necesita volver a montar.

Gabe estaba tendido en el mismo sofá, fumando un cigarro y con los pies apoyados sobre el regazo de Kelsey. No era que no comprendiera la situación de Reno sino que estaba sencillamente extenuado. ¿Quién hubiera dicho que la publicidad, las entrevistas, las reuniones y las llamadas telefónicas serían más agotadoras que cavar una zanja?

En ese momento hubiera preferido mil veces empuñar una pala y tener la espalda sudada, a tener que vérselas con cifras y con el futuro que le pintaban los abogados, los contables y los corredores de bolsa.

Esa misma tarde había tenido que rechazar un ofrecimiento por los derechos de la historia de su vida y la de *Double* para un especial de televisión.

-No sé –prosiguió Kelsey mientras los pensamientos de Gabe vagaban-, yo pensaba lo mismo, que sólo le hacía falta volver a correr otra carrera. Hasta que... –Apoyó la cabeza contra un cojín. Gabe había puesto música de Mozart, pese a que él prefería el rock o los blues-. ¿Sabes? No fue simplemente por altruismo que le pedí que montara a *Honor*. Quiero el mejor jinete para ella, y además pensé que le haría bien a Reno. Pero en lugar de ayudarlo empeoré las cosas.

-Eso no puede saberlo.

-Tú no le viste la cara. No imaginas cuánto me dolió perder a *Pride*. Así que imagina lo que ha sido para Reno. Y él se culpa, Gabe, porque lo montaba cuando *Pride* se derrumbó. –Movié la copa de vino-. Estoy pensando en pedirle a Naomi que trate de convencerlo de que se ponga en manos de un analista. ¿Crees que...? –Gabe tenía los ojos cerrados-. ¿Te estoy aburriendo?

-Lo siento. –Abrió un ojo-. Estaba vagando con el pensamiento.

-Se te ve cansado. –Cambió de posición y empezó a masajearle los pies-. Estás agotado, lo noté en cuanto entré. Debería estarte preguntando cómo te fue en tus reuniones en lugar de endilgarte mis preocupaciones.

-Con tal de que me sigas masajando los pies, puedes endilgarme todo lo que quieras.

Ella emitió una risita y depositó la copa sobre una mesa para masajearlo con las dos manos.

-Bueno, ¿qué tal fueron las reuniones? ¿Deberíamos estar celebrando un nuevo récord de sindicatura?

No –dijo mientras descubría con sorpresa varias zonas erógenas que desconocía tener en la planta del pie-. No pienso sindicarme a *Double*.

-¿No? –Dejo de masajearlo-. ¡Pero, Gabe, las últimas cifras que mencionaste eran astronómicas!

-No quiero compartirlo. –Volvió a abrir los ojos y la miró-. Escuché todos los consejos, los ofrecimientos, estudié los números y decidí seguir mi propio criterio. Cuando algo es mío, es mío.

-Ésa es una decisión emotiva y muy poco práctica.

-¿Eso crees?

Ella meneó la cabeza.

-Bueno, aquí se acaban mis esperanzas de comprar algunas acciones de un ganador de la Triple Corona.

-Eso depende. –Recurrió a toda su fuerza de voluntad para mantener los músculos relajados y un tono de voz ligero-. Puedes ser propietaria del cincuenta por ciento del potrillo.

Kelsey alzó las cejas y apretó el pie de Gabe.

-Creo que eso es más de lo que puedo permitirme –dijo.

-Mucha gente te diría que tienes razón, que no podrías permitirte pagar el precio.

Kelsey se puso seria y se enfurruñó un poco.

-Creo que yo misma soy el mejor juez de lo que puedo o no puedo permitirme. Está bien. ¿Cuáles son las condiciones?

-Sólo es una. –Gabe la miró con ojos brillantes-. Lo único que tienes que hacer es casarte conmigo.

Reno se dirigió a las caballerizas que en otro tiempo habían sido de Cunningham. Nadie lo detuvo. Todos los guardias y los mozos de cuadra lo conocían. Les dijo que debía encontrarse con Jamison, y le creyeron.

Tenía necesidad de volver a ver caballos, olerlos, tocarlos. Hasta pensó en la posibilidad de ir a ver a Jamison, y sincerarse con él. Pero ¿qué conseguiría?. Nada se podía cambiar, nada se podía arreglar.

Durante la última semana había dedicado mucho tiempo a tratar de borrar su sentimiento de culpa. Pero por fin había comprendido que todo volvía a él. Él había empuñado la jeringa e inyectado el veneno en un caballo hermoso y valiente. El modo en que el letal instrumento había llegado a sus manos no tenía importancia. Ahora lo comprendía. Ahora lo aceptaba. Había asesinado algo que amaba y, al hacerlo, se había destruido a sí mismo.

-De tal padre, tal hijo. Reno se recostó contra una yegua apacible y sollozó. "Corre por mi sangre –pensó-. Lo recibí en crianza" Las excusas que había utilizado no eran más que humo y espejos. ¿Realmente creyó que trataba de vengar al padre a quien nunca había conocido?. Ésa fue el arma que usaron contra él, lo mismo que él usó la aguja en el caballo... Era débil, lo mismo que su padre. Y estaba maldito, como lo había estado su padre.

De manera que sólo le quedaba una cosa por hacer.

Acabaría como había acabado su padre. Completaría el círculo iniciado por un hombre a quien sólo había conocido por fotografías y por recortes de prensa. El hombre cuyo fantasma había honrado por encima de su propia dignidad.

Como en un sueño, Reno abandonó las caballerizas y el tranquilizante olor a caballos y se encaminó al cuarto de arneses. El cuarto de arneses que en un tiempo había sido de Cunningham.

Transcurrieron diez segundos antes de que Kelsey recuperara el habla. Supuso que era una propuesta típica de un hombre como Gabe: desafiante, a quemarropa y arriesgada. Con deliberación apartó el pie de Gabe de su regazo y tomó la copa de vino.

- ¿Quieres decir que si me caso contigo seré dueña de la mitad de *Double*?
- Así es. –Esperaba, o por lo menos deseaba, una reacción distinta-. La mitad de Longshot y de todo lo relacionado con el criadero.

Ella bebió un sorbo de vino mientras lo estudiaba.

- ¿Y también la mitad de ti, Slater?

A expresión de paciencia divertida de la voz y los ojos de Kelsey lo irritó. Bajó las piernas del sofá y se puso de pie.

-Yo no soy Wade, Kelsey. Si nos metemos en esto cada uno recibe la totalidad del otro. Ésta no será una buena partida que hay que aprovechar lo mejor posible o echarse atrás.

-Comprendo. Una vez que acepte, no hay marcha atrás.

-Exactamente. Y ya que te he dicho lo que hay en juego, te enseñaré mis cartas. Te deseo. Ésa es mi carta más alta, te costará mucho superarla. Tal vez pienses que las posibilidades no son buenas. Ya te hirieron una vez y no quieres que vuelva a suceder. Pero éste es un juego distinto, con jugadores distintos, y considero que lo que se juega es mucho más.

Ella mantenía la mirada fija en el vino. “Y él dijo que yo era incapaz de engañar al adversario de

Juego”, pensó con orgullo. Pero, a pesar de todo, sabía que no debía permitir que él le viera los ojos hasta que estuviera preparada.

-¿Crees que me asustaría casarme, que me asustaría un compromiso completo porque una vez fracasé? Eso es insultante. Casi tan insultante como esta propuesta imbécil que me haces.

-¿Necesitas flores, luz de velas y una anillo? –Pensaba dárselos-. No pienso darte nada que te haya dado él.

Entonces Kelsey levantó la mirada, con el enojo suficiente para enmascarar lo que había en su corazón.

-¿A quién le preocupa el pasado, Slater? –Dejó la copa sobre la mesa y se puso de pie-. ¿Por qué no me arrastras simplemente a... Las Vegas? ¿No crees que sería un escenario perfecto? Podríamos pronunciar nuestros “si, quiero” delante de una mesa de juego.

Él asintió con ceño.

-Muy bien, si eso es lo que quieres.

-Lo que quiero es una pregunta sencilla y directa a la que pueda dar una respuesta sencilla y directa. De manera que puedes hacerla o puedes irte al infierno.

Gabe entrecerró los ojos y la estudió, pero por una vez no logró descifrar su expresión. “¿Cómo podría descifrarla si, por una vez en la vida, quien tiene todas las cartas en la mano es el contrario?”, pensó.

-¿Quieres casarte conmigo?

-Sí –contestó ella sin vacilar-. Por supuesto.

Él la miró y soltó el aliento que no sabía que había retenido.

-¿Así de sencillo?

-Así de sencillo –convino ella-. Entonces, ¿quién recoge las fichas?

Gabe esbozó una lenta sonrisa.

-Me parece que éste es el momento indicado para empezar a dividir las ganancias. –Se acercó, le pasó las manos por el pelo y la atrajo hacia sí-. Te amo, Kelsey.

-Creo que sí me amas, pues de lo contrario no habrías encarado esto de un modo tan chapucero.

-¿Chapucero? ¡Qué diablos! –La besó con fuerza-. Pero te tengo, ¿no es verdad?

-Sí. –Kelsey rió y le arrojó los brazos al cuello-. Sí, me tienes.

Gabe la levantó en vilo.

- ¿Y qué me dices de ese viaje a Las Vegas?

- No me apetece.

-¿No has considerado las posibilidades que ofrece? –En ese momento no tenía más que una meta en la mente, y se encaminó a las escaleras-. Es rápido, conveniente y divertido. Podríamos pasar nuestra noche de bodas en una enorme cama de agua en forma de corazón bajo un techo de espejo.

-Por fascinante que sea, prefiero renunciar a ello. ¿Por qué no...?

Un estruendo en la parte trasera de la casa hizo que Gabe, alarmado, la depositara en el piso.

-Quédate aquí –ordenó.

Pero antes de que él alcanzara a salir, entró uno de los mozos de cuadra, pálido y con los ojos como platos.

-¡Señor Slater! ¡Por Dios, señor Slater! ¡Tiene que venir! Es Reno. Creo que está muerto.

No había duda de que lo estaba. Aunque alguien había tenido el valor y la compasión de cortar la soga de la que colgaba desde una viga del techo, no cabía duda que estaba muerto.

Kelsey no podía apartar la mirada de aquel cuerpo flácido, vestido con ropa de montar y camisa de seda con los colores del criadero, del horrible ángulo de la cabeza con sus magulladuras lívidas alrededor del cuello.

-Llaman a la policía –ordenó Gabe. Casi con rudeza, apartó a Kelsey-. Sal de aquí. Vete a casa.

-No; me quedo. Estoy bien. Me quedaré contigo.

Gabe no tenía tiempo para discutir.

-¡Espera fuera, maldita sea! –exclamó al ver que ella permanecía a su lado con tozudez.- ¡He dicho que esperes fuera!

Kelsey sacudió la cabeza con obstinación. Pero apartó la vista de Reno y miró a Jamison. Él tenía los ojos vidriosos, sin duda el suicidio de Reno lo había conmocionado. Kelsey se le acercó y lo condujo con suavidad hasta una silla.

-Siéntese, Jaime.

-Yo lo encontré...-dijo como en trance-. Alguien me dijo que andaba por aquí y que me buscaba. No sé por qué entré en este lugar... pero entré. Y lo encontré. Igual que lo encontré la última vez.

- ¿La última vez?

-Benny. Igual que Benny. ¡Oh, Dios! –Ocultó la cara entre las manos-. ¡Oh, Dios mío! ¿Cuándo terminará esto?

- Aquí hay una nota, señor Slater –dijo un peón joven-. No la he tocado –agregó-. Siempre dicen que nada debe tocarse.

- Es verdad. Ve a esperar a la policía, ¿quieres?

-Sí, señor Slater. –Vaciló-. Cortamos la soga para bajarlo –musitó con nerviosismo-. Tal vez no debimos hacerlo, pero no podíamos dejarlo así... Teníamos que bajarlo.

-Habéis hecho lo correcto –dijo Gabe, apoyando una mano sobre el hombro del muchacho-. Y ahora espera fuera.

Ya temiendo lo que iba a encontrar, Gabe se acercó donde se encontraba la nota. Estaba manuscrita y Gabe leyó: “Lo siento, ésta es la decisión de los cobardes, pero es lo único que se me ocurre hacer. Nunca volveré a montar un caballo. Maté al mejor potrillo que he montado en mi vida. Dios es testigo de que ignoraba que la dosis fuera letal. Se suponía que sólo lo descalificaría. Y así saldaría una cuenta. Nunca creí que mi padre fuese culpable. Hasta ahora. Lo que

él hizo, también lo hice yo. No hay modo de luchar contra la maldición de la sangre''. Gabe se volvió hacia su cuidador.

-¿Lo sabías, Jaime?

Las lágrimas caían sobre las manos de Jaime cuando contestó:

-Sí, lo sabía. Sabía que Reno era el hijo de Benny Morales. Que Dios se apiade de él.

Una vez salieron a la luz, las piezas encajaban a la perfección. Benny Morales, deshonorado y desesperado, se había colgado dejando atrás a una joven viuda embarazada. Ella se marchó a Virginia y se instaló en Kansas, aislándose y aislando a su hijo del escándalo y la tragedia.

Cuando Reno tenía cinco años, la madre volvió a casarse. Reno adoptó el apellido del padrastro, pero nunca dejó de soñar con su verdadero padre. De Benny heredó su corta estatura, sus manos ágiles y su amor por los caballos. Así que siguió los pasos de su progenitor, pasando de peón vareador a aprendiz de jockey.

Obsesionado con el recuerdo de su padre, se trasladó a Virginia. Sólo le confió su secreto a Jamison, el mejor amigo de su padre. Y Jamison nunca lo reveló.

-Conservaba carpetas llenas de recortes de su padre. –Dos días después del suicidio, Rossi comentó con Gabe algunos detalles-. Era casi una biblioteca. Varias estaban dedicadas a las acusaciones que se hicieron contra su padre, a la investigación y al suicidio. La madre y el padrastro llegaron hoy de Kansas para recoger el cadáver. Por teléfono ella me dijo que su hijo tenía una obsesión enfermiza con el padre. Reno lo consideraba un héroe, y creía que había sido un chivo expiatorio y estaba decidido a vengar las acusaciones que se hicieron contra él.

-Drogando al potrillo de los Chadwick –musitó Gabe-. Descalificándolo del derbi.

-Morales montaba un caballo de los Chadwick cuando sufrió la caída que lo mantuvo un año alejado de los hipódromos. –A Rossi no le hacía falta consultar sus notas, pero lo hizo por costumbre-. Cuando el caballo *Sun Spot* debió ser sacrificado en Keeneland, Mathew Chadwick fue uno de los que más despotricó contra Benny Morales. Después de todo, por culpa de las manipulaciones había perdido una importante inversión.

-La maldición de la sangre –dijo Gabe, apretando los dientes-. Todavía no sabemos de dónde sacó Reno la droga. Supongo que se la inyectó al caballo entre el momento en que lo pesaron y antes de que lo llevaran a las gateras. Posiblemente mientras estaban en el túnel. Pero ¿cómo consiguió la droga y por intermedio de quién?

-No me parece que sea demasiado difícil para un hombre en su posición, señor Slater. Reno rondaba por los hipódromos desde la adolescencia. Debe de haber conocido a la gente decente y a la que no lo es.

-Pero si él mismo hubiera conseguido la droga, no habría confundido la dosis. Reno no pensaba matar al caballo, teniente. Eso me parece evidente

-Cometió un error.

-O lo engañaron. ¿Ha investigado a mi padre?

-Éste es un asunto de familia, ¿verdad?. No lo he hecho –agregó al ver que Gabe permanecía en silencio-. Se marchó del motel sin dejar una nueva dirección. El único motivo que tengo para seguir esa pista es lo que le dice a usted el instinto. Estoy confiando en él, señor Slater. Si su padre se deja ver por algún hipódromo de la zona, lo detendremos para interrogarlo.

- -Aparecerá. Es demasiado vanidoso para reconocer que ha perdido.

No había creído que su padre fuera culpable. Kelsey estaba de pie ante la ventana del dormitorio, después de ducharse, y contemplaba las colinas. Reno no había creído en la culpabilidad de su padre y por eso dedicó gran parte de su vida a perseguir ese fantasma. Quería reivindicarlo, vengarlo. Y al fin había descubierto algo acerca de ese hombre cuya sangre corría por sus venas y acerca de sí mismo, pero no pudo seguir viviendo con lo que sabía.

Siempre era un riesgo abrir las puertas del pasado. Ella alentaba a Gabe para que se sacudiera el peso de su herencia y que fuera quien era. Sin embargo, a ella le resultaba imposible hacerlo.

¿No estaría arriesgando todo lo que había construido con Naomi durante los últimos meses al querer abrir esa puerta y descubrir el secreto que guardaba? Y cuando la abriera, cuando descubriera lo que se ocultaba en medio del polvo, ¿podría vivir con ese conocimiento?

“Olvídalo”, se ordenó. ¿Por qué tratar de abrir una puerta que todo el mundo prefería ver cerrada? Tenía toda la vida por delante. Una vida con Gabe y llena

de buenos augurios. Lo único que debía hacer era darle la espalda al pasado y aceptar el presente.

-¿Señorita Kelsey?

-¿Sí, Gertie? –contestó Kelsey sin volverse.

-Llaman por teléfono de la oficina del señor Lingstrom. Quería hablar con la señorita Naomi, pero ya que ella no está pidió para hablar con usted.

-Está bien, Gertie.

Contestó la llamada en el despacho de su madre. Escuchó, consiguió hacer los comentarios apropiados y, cuando terminó la conversación, colgó el auricular con cuidado. Todavía estaba sentada ante el escritorio cuando entró Naomi.

-¡Dios me ampare de esos almuerzos donde una no hace más que perder el tiempo! No sé por qué me siento obligada a ir. Lo único agradable fue que, después del almuerzo, entré en una pequeña boutique, cerca del restaurante. Vi un vestido perfecto para un casamiento sencillo, al aire libre. Están dispuestos a reservarlos por veinticuatro horas sí tú...

Se interrumpió bruscamente al ver que Kelsey la miraba fijamente, con las manos enlazadas con fuerza sobre el escritorio.

-¿Qué pasa? –preguntó Naomi- ¿Se trata de Reno? ¿Han averiguado algo más?

-No, no se trata de Reno. –Observó que el alivio iluminaba la cara de su madre-. Acaba de llamar tu abogado.

-¿Ah, sí? –Los nervios hicieron que Naomi se llevara una mano al prendedor y jugueteara con él.

-Quería informarte que los documentos que le encargaste que redactara ya están listos para la firma. –Hizo una pausa-. Los documentos por los que transfieres el cincuenta por ciento de Three Willows a mi nombre.

-Me parece bien.

-¿Por qué vas a hacer eso?

-Es algo acerca de lo que tu abuelo y yo hablamos antes de su muerte. Siempre fue mi intención hacerlo, Kelsey, y la de él. Sólo la estoy legalizando.

-¿Sin consultarme a mí?

-No quería que creyeras que era una obligación –explicó Naomi eligiendo las palabras-. Ni de mi parte ni de la tuya. Ha habido muchas cosas que no he podido darte. Esto es algo que puedo darte. Papá dejó el cuándo y el cómo en mis

manos, pero en el fondo esto es algo que recibirás de él. He considerado que éste es el momento apropiado y la manera apropiada. No se trata de una soga para atarte a este lugar, Kelsey. Ni para atarte a mí.

-Ya deberías saber que estoy atada a Three Willows y a ti. Apostaste a que lo estaría cuando me invitaste a pasar un mes aquí.

-Si, es cierto. No podía adivinar y ni siquiera esperar que llegarías a sentir algo hacia mí. Pero estaba segura de que lo sentirías por Three Willows.

- Ambas cosas son más o menos lo mismo.

En los labios de Naomi se dibujó la sombra de una sonrisa.

-Eso me han dicho

-Es muy difícil amar y respetar a Three Willows, sin amarte y respetarte a ti. –Se puso de pie y le tendió las manos por encima del escritorio-. Yo no he podido separarlos y no sé por qué voy a hacerlo.

-No todo el mundo me habría dado una oportunidad –dijo Naomi, tomando las manos de su hija.

“No todo el mundo te la ha dado “, pensó Kelsey, pero ella se arriesgaría y trataría de dársela.

Eran casi las cinco cuando detuvo el coche en el camino de entrada de Tipton, detrás de la polvorienta motocicleta del capitán. El perro del vecino empezó a corretear a lo largo del cerco que separaba ambos jardines, como para advertirle que el suyo era terreno inviolable. Una mujer se asomó al balcón y gritó al animal que se callara; luego miró a Kelsey.

-¿Busca a Jim?

-Sí. ¿Está en la casa?

-En su taller –dijo, señalando el lugar con la cabeza-. ¿No oye el ruido?

Ahora que el perro sólo gruñía, Kelsey alcanzaba a oír el ruido. Se dejó guiar por el gemido de una sierra eléctrica y llegó al jardín trasero. Allí encontró un pequeño cobertizo casero.

Kelsey llamó a la puerta que colgaba torcida de sus goznes. En cuanto la tocó, la puerta se abrió de par en par y golpeó contra el interior del cobertizo.

Tipton se encontraba frente a un banco de carpintero, con anteojos de seguridad y protectores de oídos puestos, la gorra colocada con la visera hacia atrás.

Cortaba una madera y hacía volar aserrín. Kelsey consideró que sería más seguro para ambos si esperaba que la sierra enmudeciera.

-¡Has caído, hijo de puta! –murmuró Tipton cuando la madera cayó al piso, cortada.

-¿Capitán Tipton?

Tipton se volvió con el aspecto del monstruo de una película de horror, los ojos cubiertos por anteojos de plástico ámbar, protectores de oídos gris oscuro y camisa manchada de rojo.

-¡Oh, Dios, está sangrando! –exclamó Kelsey.

-¿Sangrando? –Alarmado, Tipton se revisó los dedos para asegurarse de que estuvieran todos en su sitio, mientras Kelsey se acercaba presurosa-. ¡Ah, se refiere a esto! –agregó sonriendo-. Es mermelada de fresa. A mi esposa no le gusta que trabaje con la ropa buena.

Kelsey se apoyó contra el banco de carpintero, suspiró y juró por lo bajo.

- Se ha asustado, ¿eh? –Todavía riendo se quitó los anteojos protectores-. ¿Quiere sentarse?

- No, gracias, estoy bien.

-Mire, estoy haciendo unos estantes –explicó mientras levantaba una pesada tabla-. Mi esposa y yo tenemos un pequeño acuerdo: yo construyo estantes y ella los llena de chucherías. Nos entretiene a los dos.

-¡Me alegro! ¿Podría dedicarme unos minutos?

-Veré si logro introducirla en mi agenda. ¿Limonada? –Sin esperar respuesta tomó una jarra y llenó dos vasos de plástico-. Me enteré de que han tenido algunos problemas.

-Es una coincidencia muy extraña que la vida de Reno fuese tan idéntica a la de su padre. Y también su muerte.

-El mundo está lleno de extrañas coincidencias, señorita Byden.

Pero ésa le desagradaba a Kelsey. Había comprobado los antecedentes de Benny Morales y reunido todos los detalles pocas horas antes del suicidio de Reno. Veinticuatro horas más tarde, pensó, y los acontecimientos podrían haber tomado un giro muy diferente.

-Sin embargo eso soluciona uno de sus problemas: ahora sabe quién mató a su caballo.

-Reno no quiso matarlo, estoy segura. –Bebió un poco de limonada y la encontró amarga-. Alguien se sirvió de él, capitán. En el mundo ocurre muchas veces. Hay personas que usan a otras.

-He de admitirlo.

-Mi madre utilizaba a Alec Bradley para dar celos a mi padre y demostrar su independencia, hasta provocar comentarios. Pero me pregunto en qué sentido la usó Alec Bradley a ella.

‘‘Esta chica es inteligente y meticulosa’’, pensó Tipton. Tomó un trozo de lija y empezó a pasarla sobre un tablón de madera.

-Su madre es una mujer muy hermosa.

-No se trata de sexo, capitán. La violación no es un asunto de sexo.

El capitán resolló.

-Tal vez no. Sólo tuvimos la palabra de su madre acerca del intento de violación.

-Yo la creo. Y usted también la creyó. ¿Alguna vez se preguntó (suponiendo que ella haya dicho la verdad) por qué eligió Alec Bradley esa noche determinada para agredirla? Hacía semanas que se veían. Mi madre no es la clase de mujer que seguiría viendo a un hombre que se hubiera valido de ella. O que amenazara con valerse de ella.

Tipton continuó lijando la madera. Estaba haciéndole una mecedora a su nieta, para el día de su cumpleaños, en septiembre.

-Si es que ella decía la verdad, señorita Byden. Bradley había estado bebiendo. Discutieron en público. Ella le dijo que se fuera y le arrojó una copa de champán a la cara. Todo eso puede impulsar a un hombre a asumir actitudes equivocadas. –Sopló el aserrín-. Pero como ya le dije, no había pruebas que apoyaran lo que ella decía.

-Tenía el camisón roto y estaba magullada. –Al ver que Tipton se encogía de hombros, Kelsey lanzó una exclamación de impaciencia-. Está bien. Pudo habérselos infligido ella misma, pero si creemos que no lo hizo cómo podemos demostrarlo. Usted sin duda comprobó los antecedentes de Bradle. Si había otra mujer, alguien a quien él hubiera agredido o de quien se hubiera valido, eso pesaría a favor de Naomi, ¿verdad?

-Nunca pude encontrar ninguna. La mayoría de violaciones no se denuncia. Sobre todo las de la clase a la que usted se refiere.

Era algo que a Tipton no le agradaba nada. La violación de una amiga convertía ese acto malvado en algo demasiado amistoso.

-Y hace veinte años la gente tenía una actitud distinta. Bradley tenía mala fama, pero no de hombre violento. Tenía grandes deudas –continuó, casi como hablando para sí mismo-. Por la época en que empezó a ver a su madre saldó algunas de ellas, alrededor de veinte mil dólares. Pero necesitaba por lo menos otro tanto para salir a flote.

-De manera que necesitaba dinero. Y mi madre lo tenía.

-Nunca le pidió más de un par de miles –Tipton colocó la madera a un lado-. Eso es lo que declaró su madre. Él nunca le pidió grandes sumas, y eso siempre me pareció extraño. Porque su costumbre era exprimir a las mujeres.

-Tal vez estuviera esperando el momento. O...que algún otro le pagara.

-Fue una de las hipótesis que barajamos. –Tipton sacó una chocolatina del bolsillo, la partió en dos y le ofreció la mitad a Kelsey-. Pero nunca pudimos comprobarla. Siempre me pregunté dónde habría conseguido esos veinte mil. Pudo haberlos ganado en las carreras, pero se comentaba que perdía tanto como ganaba y que casi siempre era calderilla. Sin embargo él hablaba de grandes sumas. –Tipton se llevó un trozo de chocolate a la boca-. Les dijo a varias personas que tenía un negocio entre manos. Pero por lo que pude averiguar no fueron más que faroles.

-Pero de haber sido así, debía relacionarse con mi madre. –Kelsey comenzó a pasearse por el taller mientras pensaba-. Ella acababa de terminar con él, de decirle que ya no había nada entre ellos. De manera que él fue presa del pánico y trató de violarla. Si mamá lo abandonaba, se acababa el negocio de Bradley. Necesitaba dinero. Mucha gente sabía que necesitaba dinero. Pero ¿quién pudo utilizarlo para perjudicar a mi madre?

Cuando se le ocurrió la respuesta, enmudeció. Estrujó con fuerza el vaso de plástico.

-Ése es el problema que se presenta cuando volvemos una piedra –dijo Tipton en tono paternal-. Casi nunca es agradable lo que se encuentra debajo. Yo nunca conseguí relacionar a su padre con Alec Bradley, y le aseguro que lo intenté. Conseguí una orden para investigar las cuentas del banco de su padre, tratando de encontrar esos veinte mil dólares. Pero estaba completamente limpio. También hice intervenir su teléfono. No hubo llamadas ni a Alec Bradley, desde la casa de su padre en Potomac, ni desde su oficina en la universidad.

-Papá nunca habría sido capaz de hacer una cosa así –replicó Kelsey, pero tenía los labios entumecidos-. Papá jamás habría hecho eso.

-A juzgar por las apariencias, creo que tiene razón. Pero eso vuelve a inculpar a su madre.

-Tiene que haber otra respuesta –afirmó Kelsey-. Sé que hay otra respuesta

-Usted quiere otra respuesta –dijo Tipton con suavidad-. Tal vez la encuentre y tal vez no le guste. –Suspiró y le quitó el vaso aplastado de la mano-. Yo sólo tenía un vínculo entre Philip Byden y lo que sucedió aquella noche en Three Willows. Y ese vínculo era Charles Rooney.

CAPÍTULO 26

Era evidente que algo iba mal. Kelsey había llegado después del anochecer diciendo que quería estar con él. Gabe quería creer en un motivo tan simple como ése. Pero la expresión de Kelsey era distante, su sonrisa demasiado tensa. Su excitación, siempre una alegría para él, era frenética. Se lanzó al sexo con un abandono salvaje que no alcanza a ocultar la desesperación. Como si se estuviera purgando, pero Gabe cuando ella finalmente se quedó inmóvil a su lado. El cuerpo de él había respondido y se encontraron y se unieron en el lazo más primario, pero en ese momento, mientras el silencio se extendía entre ellos, Gabe comprendió que ninguno había quedado satisfecho.

-Ahora estas lista?- le pregunto

Ella volvió la cabeza, buscando un lugar más fresco en las sábanas cálidas.

-Lista?-

-Para decirme que te está corroyendo.

-Qué puede estar corroyendo?- preguntó Kelsey con tono cansino-. Un hombre a quien conocía y apreciaba se suicidó hace unos días.

-El problema no es Reno. Eres tú.

Kelsey se colocó de espaldas y clavó la mirada en la oscura claraboya, “esta noche no hay luna”, pensó. Las nubes desdibujaban la claraboya como si se tratara de humo.

-Reno quería a su padre-dijo-. Ni siquiera lo conoció, pero lo quería. Creía en él. Todo lo que Reno hacía se relacionaba con ese amor. Y esa fe ciega, incondicional.-Suspiró. Y cuando comprendió que sus sentimientos estaban fuera de lugar, que por lo menos su fe estaba fuera de lugar, no pudo seguir viviendo.

Se movió inquieta y el roce de su piel contra las sábanas sonó como un susurro en la oscuridad.

-Habría sido mejor que cerrara los ojos, ¿verdad?-preguntó-. Habría sido mejor para él y para todos que dejara en paz el pasado. ¿Qué se demuestra, Gabe, que se resuelve mirando atrás?

-Depende de lo fuerte que sea tu necesidad de hacerlo, y de lo que encuentres.-Le acarició el pelo y dejó que se deslizara entre los dedos.-Se trata de ti, ¿verdad, Kelsey? ¿De ti y de Naomi?

-Ella lo considera un asunto cerrado.¿Por qué no puedo hacer yo lo mismo? No se puede hacer retroceder las agujas del reloj, no puedo devolverle los años perdidos. Los años que perdimos las dos. Ella mató a Alec Bradley y yo debería aceptarlo. No debería importarme tanto el motivo que la impulsó.

Kelsey levantó las rodillas y las rodeó con sus brazos en un gesto de autodefensa que conmovió a Gabe.

-Entonces deja el asunto en paz.

-Dejarlo en paz.....-repitió ella-.Sería lo sensato. Después de todo ya ha pagado los errores que pudo haber cometido. En esa época yo no la conocía, o no recuerdo haberla conocido. ¿Por qué creo que puedo retroceder y llegar al fondo de la verdad?¿O qué debo hacerlo? Ella es feliz. Papá es feliz. Ninguno de los dos me agradecería que yo hurgue en el asunto. No tengo derecho a abrir viejas heridas solo para satisfacer mi ridícula necesidad de verdad y justicia.-Cerró los ojos con fuerza y apoyo la cara contra las rodillas-.Verdad y justicia no siempre son la misma cosa.

- Deberían serlo. Uno de tus rasgos de carácter más admirables es que quieres que lo sea.-Le pasó una mano por los hombros, percibió la tensión y comenzó a masajearla-.¿Qué provocó todo esto, Kelsey?

Ella respiró hondo para tranquilizarse y le contó su visita a Tipton. Gabe no la interrumpió y trató de sofocar el enfado que le producía que hubiera ido sin él.

- Y ahora te preocupa la posibilidad de que, de alguna manera, tu padre haya estado involucrado.

-No puede ser.-De repente alzó la cabeza y en sus ojos refulgió una expresión de desafío y también una suplica de comprensión-.No es posible, Gabe. Tu no lo conoces.

- No, no lo conozco.-Furioso consigo mismo, Gabe se volvió para coger un cigarro en la mesilla de noche-.Nos hemos saltado ese pequeño detalle.

Kelsey se pasó una mano por el cabello, de alguna manera había logrado herirlo.

- ¡Todo ha sucedido con demasiada rapidez! Las cosas entre tu y yo se han desencadenado con la velocidad del rayo. Y mi situación familiar es terreno peligroso. Pero eso no significa que haya querido mantenerte alejado de ellos porque tu no eres lo suficientemente bueno para mí.

- Olvídalo-repuso él con sequedad. Prendió el encendedor y frunció el entrecejo-.Olvídale- repitió en voz más baja-. No se trata de eso. Y tampoco es lo que me enfada. Hoy yo te hubiera acompañado. Debí estar contigo.

- Fue un impulso.- Pensó que era la verdad a medias-.Tal vez quería ir sola. Tal vez lo necesitaba. No quiero que me protejan, Gabe. He sido protegida toda la vida, sin siquiera saberlo. No puedo seguir viviendo en una campana de cristal.

- Hay una diferencia entre ser protegida y ser apoyada. Yo necesito que te apoyes en mí, Kelsey. Y también apoyarme en ti.

Tras unos instantes de silencio, ella le cogió la mano.

- ¿Es necesario que tengas razón?

- Lo prefiero así.- Se llevó los dedos de ellas a los labios-, ¿Qué quieres hacer?

- Olvidar el asunto. Dejarlo en paz y volver a empezar desde aquí, pero no puedo. Necesito saber. Y cuando lo sepa, debo aprender a vivir con lo que averigüe.- Midió su mano contra la de él, luego enlazó los dedos con los de Gabe-. Mañana a la tarde, iré a ver a Rooney, ¿Me acompañarás?

“Más mentiras”, pensó Kelsey. De las piadosas.

- Te encantará el vestido- dijo Naomi tendiéndole una tarjeta color lavanda-. Atrás he anotado el nombre de la dependienta que me atendió. Y allí mismo hacen todos los arreglos necesarios.

- Me parece maravilloso.

- Si ese vestido no te gusta, estoy segura de que encontrarás otra cosa. Es una tienda maravillosa. Por cierto, también hablé con el encargado del restaurante del club. Preparan comidas para fiestas. Ya sé que quieres que sea una boda sencilla, pero tiene que haber comida. El preparará un par de menús para que elijas el que te guste. Y.....- Tomó otra lista-. Gabe tiene un jardín maravilloso y es habilidoso con las plantas, pero te harán falta algunas plantas en tiestos para adornar el patio. Una vez decididas los colores, las pediremos.

- Me parece maravilloso.

- ¡Escúcheme, por favor!- Riéndose de sí misma, Naomi guardó las listas en el cajón de su escritorio-. He caído de cabeza en la trampa de-la-madre-de- la-novia. Te aseguro que yo misma me indigno.

Kelsey se obligó a sonreír y trató de que la sonrisa se le reflejara en los ojos.

- Te lo agradezco, mamá. A pesar de que será una boda pequeña, informal y que se realizará en casa, hay mil detalles que atender.
- Detalles que eres perfectamente capaz de manejar por ti misma- dijo Naomi-. Sé que ya has vivido una boda por todo lo alto, y que quieres que ésta sea distinta.
- Sí, es cierto.- Kelsey hizo girar la tarjeta de la boutique en una mano y luego se la metió en el bolsillo-. Aquella boda la orquestó Candace. Yo casi no tuve nada que hacer, aparte de estar allí.- Al comprender lo que acababa de sugerir, suspiró-. Hablo como una desagradecida, pero no lo soy. Candace estuvo maravillosa.
- Sin embargo, te gustaría encargarte personalmente de esta boda.
- Digamos que me gustaría poder opinar al respecto. Pero no me molesta delegar responsabilidades.
- Nunca creí llegar a tener esta oportunidad. ¡ Preparar el casamiento de mi hija!- Con gesto decidido, reunió todas las listas y las sujetó con un pisapapeles-. Te pido que me frenes si se me va la mano.....- Apoyó la cadera contra el borde del escritorio-. Con respecto al vestido, prometo que si no me gusta no diré una sola palabra. Pero te encantará. Ya ahora te aconsejo que te vayas antes de que te fastidie pidiéndote que me dejes acompañarte en lugar de que lo haga Gabe.
- Iremos juntas a comprar tu vestido- prometió Kelsey, que se sentía cada vez más culpable-. Tal vez durante el fin de semana.
- Me gustaría.- Naomi enlazó un brazo con el de su hija y la acompañó hasta la puerta-. Me dará la posibilidad de preguntarte acerca de si prefieres fotografías o cámaras de video. Pero ahora ve y diviértete.

Kelsey murmuró algo y salió en el instante en que llegaba el coche de Gabe.

- Antes de nada tenemos que detenernos en una boutique- dijo Kelsey en cuanto se instaló en el asiento del viajero. Sacó del bolsillo la tarjeta que le había dado Naomi.

Gabe enarcó una ceja.

- ¿Vamos de compras?
- Para tranquilizar mi conciencia.

Pero no dio resultado, a pesar de que Naomi tenía toda la razón del mundo con respecto al vestido, o tal vez por eso mismo.

En cualquier otra circunstancia aquel vestido le habría levantado el ánimo. La seda rosa pálido, el largo elegante, la línea sencilla. Era una belleza y la dependienta le aseguró que debía haber sido creado pensando en Kelsey. Y además tenía el sombrero perfecto para acompañarlo: un sombrero pequeño y ligero con velo, perfecto para una boda sencilla al aire libre.

Y los zapatos, por supuesto. Le prepararían un par de zapatos clásicos de raso. ¿Y qué flores iba a llevar en el ramo? Las novias tenían derecho a llevar flores blancas. ¿Quería llevarse consigo el vestido y el sombrero o prefería que se lo enviaran?

Kelsey se los llevó y durante la transacción se movió como en un sueño. Todo era tan extraño y tan sencillo.

- No me lo mostraste cuando te lo probabas. Se quejó Gabe mientras iban de regreso al coche.

- Lo siento- contestó ella, distraída, pero de pronto se detuvo y se llevó las manos a las mejillas arreboladas.. ¡Dios! ¿Es verdad que acabo de comprar un vestido de novia?

- Al parecer así es- dijo Gabe. La tomó por los hombros y la obligó a mirarlo-. ¿Estás arrepentida?

- ¡ No! No con respecto a ti y a nosotros. Pero todo se precipita demasiado. Acabo de comprarme mi traje de novia y un sombrero. ¡Un sombrero! Y todavía mi siquiera se lo he dicho a mi familia.

- Puedes arreglarlo hoy mismo. Si es lo que quieres- dijo Gabe mientras metía las cajas en el maletero del coche.

- Está bien.- Asintió y abrió la portezuela. Gabe le hizo un guiño de complicidad.

- ¿Qué te parece si probamos esto para que nos dé suerte?- Deslizó en su dedo un anillo, un diamante cuadrado engarzado en una banda de oro y rodeado de pequeños rubíes-. Mis colores, y en adelante nuestros colores. Esto convierte el compromiso en algo oficial.

A Kelsey se le llenaron los ojos de lágrimas. Podían estar de pie en un aparcamiento, a pleno sol, pero para ella el momento era tan romántico como en un crucero a la luz de la luna.

- Es una belleza, Gabe, pero no hacía falta.

- Pues a mí me hacía falta.

Desde el otro extremo del aparcamiento, Rich contempló la romántica escena. Bebió un trago de su petaca. “¡Qué pareja estupenda forman!”, se dijo con amargura. Su hijo y la hija de aquella zorra.

Por la culpa de Gabe él tenía que volver a huir. Ahora no habría ningún viaje triunfal a Las Vegas. La policía estaba haciendo preguntas. Rich había conseguido que Cunningham se lo dijera cuando consiguió sacarle otros dos mil.

“Que pregunten”, pensó mientras ponía en marcha su coche en el momento en que el Jaguar de Gabe arrancaba. El no estaría por allí para contestarles. No, señor, en cuanto se ocupara de un pequeño negocio, Rich Slater iba a coger la autopista en dirección a México.

Salió del aparcamiento sin perder de vista el Jaguar.

-Tendremos que ser insistentes- le dijo Kelsey a Gabe mientras avanzaban en medio del tráfico de Alexandra-. Rooney se negó a atenderme por teléfono.

- Entonces seremos insistentes.

-¿Crees que estoy perdiendo el tiempo?

- Lo importante es lo que creas tú. Si quieres hablar con él, hablaremos con él.

Ella se removió inquieta en el asiento, deseando que Gabe se diera prisa y deseando, a la vez, que el trayecto durara indefinidamente.

- Supongo que quiero saber hasta que punto estuvo involucrado mi padre en la investigación de Rooney, si papá conocía a Alec Bradley o había oído hablar de él. Eso es algo que tengo que aclarar. No cambiaré lo que sucedió aquella noche, pero tengo que saberlo.

- Podrías preguntárselo a tu padre.

- Tarde o temprano tendré que hacerlo, pero por ahora.....-De repente se irguió en el asiento y se inclinó hacia delante mientras Gabe entraba en el aparcamiento ubicado en el sótano del edificio de Rooney.

- ¿Qué pasa?

- Ese coche, el que acaba de salir.

Gabe alcanzó a mirarlo por el espejo retrovisor a tiempo de ver el automóvil que salía a la calle.

- ¿El Lincoln negro?

- Es el coche de mi abuela.- Kelsey se frotó los brazos, que tenía halados-. Y su chofer iba al volante.

- Hay muchas oficinas en este edificio, Kelsey.

- Y la vida está llena de coincidencias.- Meneó la cabeza y clavó la vista al frente cuando Gabe estacionó en una plaza vacía-. No lo creo. Vino a ver a Rooney, y voy a averiguar por qué.

Cuando se encaminaban hacia el ascensor, Gabe la cogió del brazo. Kelsey vibraba de nervios y malhumor.

- Si entras de tan mal talante te lo pondrás en contra.

- ¡Me importa un bledo!- replicó ella y pulsó el botón del piso de la oficina de Rooney.

Entró como una tromba a la lujosa oficina y encaró a la recepcionista.

-Somos Kelsey Byden y Gabriel Slater y queremos ver al señor Rooney.

La mujer les dirigió su sonrisa más profesional.

- ¿Tienen una cita con el señor Rooney?

- No.

- Lo siento, señorita Byden, el señor Rooney.....

- No lo sienta- repuso Kelsey apoyándose sobre el escritorio de la recepcionista en una actitud que borró la sonrisa de la mujer-. Sólo dígame que estamos aquí. Y que no nos iremos sin verlo. Y convendría que también le dijera que acabo de ver salir de aquí a mi abuela, la señora Milicent Byden.

Ésa fue la llave que les abrió todas las puertas. A los diez minutos los hicieron pasar al despacho de Rooney. Esta vez él no se puso de pie, sino que los recibió con una seca inclinación de cabeza.

-Me encuentran en un mal momento. Lamento no poder dedicarles más de cinco minutos.

-Habríamos venido en un momento más conveniente, señor Rooney, si usted hubiera atendido alguna de mis llamadas telefónicas.

-Señorita Byden- dijo Rooney intentando mostrarse paciente. Cruzó las manos sobre el escritorio, pero su actitud era la de un mendigo-. Traté de ahorrarnos tiempo a ambos. No puedo ayudarlos.

-¿Por qué estuvo allí esa noche, señor Rooney? Verá, ésa es una pregunta que me hago constantemente. Tal vez sea porque todo sucedió hace tanto tiempo y lo veo desde un punto de vista distinto al de los que estaban involucrados en el asunto

en el calor del momento. Pero ¿por qué esa noche? ¿Porqué esa noche entre todas las noches?

-Fue una vigilancia de rutina. Usted también podría preguntarse por qué su madre eligió precisamente esa noche para disparar contra Alec Bradley.

-Conozco la respuesta a esa pregunta- contestó Kelsey sin perder la compostura- ¿Usted la conoce? ¿Qué fue exactamente lo que vio?

-Ése es un hecho establecido.- Se puso en pie en actitud de despedirlos-. Lo siento, pero no puedo ayudarla.

-¿Hasta dónde le dijo mi padre que llegara? ¿Aprobó su decisión de allanar la propiedad de mi madre y espiar por la ventana?

-Se me paga para que juzgue por mí mismo.

-Durante las semanas en que los vigiló, debe haber llegado a conocer muy bien a mi madre y a Alec Bradley. ¿Alguna vez lo siguió a él? ¿Comprobó con quién se encontraba, con quién hablaba, quién pudo haberle pagado?

Rooney se atragantó y la boca se le secó

-Fui contratado para vigilar a su madre.

-Pero Bradley formaba parte de su investigación. ¿Hasta qué punto lo conocía mi padre?

Rooney endureció la mandíbula.

-Hasta donde sé, no se conocían.

Kelsey apenas alzó una ceja.

-¿No tenía interés por el hombre con quien supuestamente su mujer vivía una aventura?

-La mujer de quien se había separado, no lo olvide. Y no, en ese momento a Philip Byden sólo le interesaba una cosa: su hija.

-Pero cuando usted le pasaba sus informes.....

-Yo informaba a sus abogados. No puedo saber si su padre leía o no las copias que ellos les enviaban. No quería involucrarse.- Rooney esbozó una leve sonrisa- Le parecía que contratar a un investigador era una actitud indigna.

-Pero lo contrató a usted.

- Tal vez consideró que el fin justificaba los medios. Bien. Tengo otra cita. Tendrán que excusarme.

- ¿Por qué vino a verlo hoy mi abuela?
- Eso es confidencial.
- ¿Es cliente suya?
- No puedo ayudarla- repitió Rooney, espaciando las palabras. Pero miró brevemente a Gabe y enseguida apartó la vista.

Una vez a solas, Rooney permaneció sentado detrás del escritorio, tratando de serenarse. Metió la mano en un bolsillo y sacó un comprimido que no lograría aplacar su acidez estomacal.

¿Cómo era posible que todo volviera así? ¡Después de tantos años! Había cumplido con la ley. Durante veintitrés años cumplió estrictamente la ley. ¿Cómo era posible que una sola noche, tantos años antes, le saltara encima como un tigre?

Se sobresaltó al oír el timbre del intercomunicador y luego se maldijo. No ganaría nada con permitir que los nervios lo dominaran. Contestó la llamada.

-Señor Rooney, hay un caballero que desea verlo. No ha concertado una entrevista, pero dice que es un viejo amigo suyo. Se llama Rich.

- No conozco a ningún...- Se le volvió a secar la boca y se le humedecieron las palmas. Por un momento frenético, miró alrededor en busca de la salida de emergencia. Pero comprendió que no la había. Lo habían pescado igual que al pez espada de ojos de vidrio que adornaba la pared de su despacho.

- Hágalo entrar y, por favor, no me pase ninguna llamada.
- Muy bien, señor.

Rich entró en el despacho con una sonrisa radiante.

- ¡Tanto tiempos in vernos, viejo amigo!
- ¿Qué quieres?

Rich se sentó y apoyó los pies sobre el escritorio.

- Has aumentado un poco de peso, Charlie. Pero te queda bien. Antes parecías un espantapájaros. ¿Por qué no invitas a un viejo amigo a una copa?
- ¿Qué quieres?- repitió Rooney.
- Bien, puedes empezar diciéndome lo que querían de ti mi hijo y esa muchacha tan bonita.- Rich sacó un cigarrillo-. Trabajaremos de ahí en adelante.

- No me siento mucho mejor- reconoció Kelsey al subir al coche-. ¿Se supone que debe alegrarme saber que mi padre contrató a ese hombre para mantenerse distante y mancillar su dignidad? ¿O debo sentirme aliviada porque no tuvo nada que ver con Rooney ni con Alec Bradley?

- Tal vez deberías dedicar un poco de tiempo a preguntarte a qué se debían los nervios de Rooney.

- ¿Nervios? Me pareció frío, distante y furioso, pero no nervioso.

- Tenía las manos entrelazadas para impedir que le temblaran.- Gabe hizo retroceder el coche para salir del aparcamiento subterráneo-. En la oficina el aire acondicionado funcionaba a todo vapor, pero él transpiraba. Tenía los dientes tan apretados que los labios le temblaban. Trató de escurrir el bulto con una serie de evasivas.- Gabe pagó al empleado y salió a la calle-. Pero hubo pequeños detalles que lo traicionaron.

- ¿Todo eso lo aprendiste en el juego?

- Algo aterroriza a ese hombre, te lo aseguro.

- Entonces tenemos que averiguar de que se trata.- Suspiró-. Para en una cabina telefónica, Gabe. Creo que ha llegado el momento de reunir a la familia.

Milicent aceptó la copa de jerez que le ofrecía su hijo y, como se sentía magnánima, le palmeó la mano.

-Por fin ha recuperado el sentido común. No pongas esa cara de preocupación, Philip. Estoy dispuesta a olvidar estos últimos meses. Después de todo, es una Byden.- Se recostó contra el respaldo del sillón, suspiró y bebió un sorbo de jerez.-La sangre tira.

- Espero que haya traído consigo a Channing- dijo Candace mientras se acercaba a la ventana y separaba las cortinas para ver la calle-. No veo por qué debe permanecer allí si Kelsey vuelve a casa.

- Channing está haciendo lo que le corresponde.- Philip apoyó una mano sobre el hombro de su mujer.

Por un instante Candace tuvo ganas de sacudírsela de encima, pero no podía soportar que hubiera más palabras duras entre ellos.

- Quiero que mi hijo sea feliz, Philip. Y tú lo sabes.

- Por supuesto que lo sé.

- Ese muchacho también recuperará el sentido común- aseguró Milicent-. No es más que un desafío juvenil, y una actitud sentimental. ¿Veterinario? No, os aseguro que le pasará.- Le quitó importancia al sueño de Channing con un movimiento de su aristocrática mano-. Cuando Philip era joven hubo una época (¿lo recuerda, querido?) en que quería ser jugador de béisbol. ¡Nada menos!

- Lo recuerdo- contestó él. En aquel entonces tenía dieciséis años y, a pesar de su aspecto juvenil, su brazo era duro como una roca. Por cierto que ese sueño abortó apenas él lo enunció. Un Byden no practicaba deportes como un profesional. Los Byden *eran* profesionales.

- Channing atenderá a razones, lo mismo que lo hizo Philip. Tu error, querida Candace, fue no hacer valer tu autoridad.

- Channing es mayor de edad- repuso Candace muy tiesa.

- Una madre es siempre una madre,. Milicent sonrió confiada al oír el timbre de la puerta-. ¡Ah! Ésa debe ser la hija pródiga. Ante todo deja que ella se disculpe, Philip. Así se sentirá mejor. Después haremos servir la comida.

Pero Kelsey no parecía nada arrepentida cuando entró en el salón acompañada de Gabe. No le sonrió a su padre no se acercó a besarlo. Tratando de suavizar las cosas, abrazó a Candace antes de volverse hacia su abuela.

-Gracias por recibirme.- Se inclinó y besó la mejilla empolvada de Milicent-. Abuela, papá, Candace, éste es Gabriel Slater. Gabe, te presento a Milicent, Candace y Philip Byden.

-Mucho gusto- contestó Philip tendiéndole la mano.

-No quiero ser grosera- dijo Milicent mirando a Gabe con frialdad-, pero creí que íbamos a tratar un asunto familiar.

-Así es. Un asunto viejo y uno nuevo. Supongo que debo empezar por el nuevo. Bien, Gabe y yo vamos a casarnos.

Hubo un silencio de sorpresa del que Philip fue el primero en recuperarse.

-Bueno, es toda....una sorpresa. Una sorpresa feliz.

-Una verdadera bomba-acotó Candace-. Muy propia de ti, Kelsey.- Pero se suavizó al pensar en la emoción de la boda-. Ahora supongo que el jerez no bastará. Tendremos que beber champán.

-¡Esto es inaceptable!- exclamó Milicent-. ¡Me niego a aceptar este comportamiento insultante en mi propia casa!

-Mamá....- comenzó Philip.

-Esta es mi casa- repitió Millicent-. ¿Qué significa esta charada de pésimo gusto?- preguntó, dirigiéndose a Kelsey-. ¿Un alarde de cinismo? ¿Un golpe bajo dirigido contra mí? ¿Te atreves a traer a este hombre a mi casa y amenazar con hacerlo entrar en la familia?

Aún conociendo a Millicent, Kelsey quedó impresionada por su reacción.

-No se trata de un golpe bajo, ni de insultos ni amenazas. Es un hecho. Nos casaremos dentro de unas semanas, en la casa de Gabe, en Virginia. Me gustaría que todos vosotros asistierais.

- ¡Por supuesto que asistiremos!- aseguró Candace, dispuesta a limar asperezas-. Comprende que estemos un poco aturridos por este anuncio tan repentino, pero por nada del mundo faltaríamos a la ceremonia. Espero que me permitas ayudarte con los preparativos.

- ¡Basta!- Millicent dejó la copa con tanta fuerza sobre una mesa que el frágil pie se rompió. El jerez que contenía se derramó sobre la alfombra-. ¡Decididamente no habrá tal casamiento! Por lo visto, Kelsey, te has dejado conquistar por una cara atractiva. Eso es una tontería, pero no es irrevocable-. Hizo un esfuerzo por respirar con tranquilidad y recuperar el control-. Como no ha habido un anuncio público, no habrá necesidad de tomar medidas especiales. Y usted- agregó, señalando a Gabe- podría evitarse una situación embarazosa yéndose ahora mismo.

- No lo creo-contestó él, sin perder la calma-. Prefiero afrontar esa situación embarazosa.

- ¡Nos iremos los dos!- Temblando de furia, Kelsey cogió la mano de Gabe-. Venir fue un error. Lo que le tenga que decir a mi abuela, se lo diré en otro momento. No debí haberte traído y te pido disculpas por el mal rato que estás pasando.

- Tranquila.- Gabe se llevó la mano de Kelsey a los labios y la besó-. Déjala terminar.

- Yo también te pido disculpas- dijo Philip, interponiéndose entre su madre y ellos-. No hay duda de que esto ha sido una sorpresa. Tal vez sería mejor que dejásemos para más tarde la discusión del asunto.

- ¡No consientas a esa chica!- Milicent se puso de pie y se dirigió al lustroso escritorio Chippendale-. Ya lo has hecho durante demasiado tiempo. Es hora de que aprenda a afrontar los hechos.

- Ya los he afrontado- contestó Kelsey-. Y desde hace bastante tiempo.

- Entonces afronta éstos- dijo Milicent sacando una carpeta del cajón del escritorio-. He reunido suficiente información sobre usted, señor Slater. Jugado profesional, ex convicto, hijo de un borracho itinerante sin medios de vida conocidos y especialista en arruinar mujeres. Un vagabundo que vivió en la calle y luego estuvo preso por juego ilegal.

Mantuvo la carpeta aferrada con fuerza en la mano mientras fulminaba a Gabe con una mirada fría y condenatoria.

-Tal vez haya desarrollado cierto gusto por las cosas refinadas y haya corregido algunas de ellas, pero eso no cambia lo que realmente es.

-No, no lo cambia-convino Gabe-. Y el hecho de haber nacido con esas cosas refinadas tampoco cambia lo que es usted.

Ella golpeó el escritorio con la carpeta.

-¡Salga de mi casa inmediatamente!

-Espera- Kelsey apretó el brazo de Gabe con un gesto convulsivo-. ¡Cómo te has atrevido a hacer averiguaciones sobre la vida personal de Gabe! ¡Y sobre la mía!

-Haré todo lo que sea necesario con tal de proteger el apellido Byden. Y tú, a pesar de ese repentino cariño que tienes por esa mujer, eres una Byden.

-Esa mujer es mi madre. ¿También la investigaste a ella?- repuso Kelsey-. ¿Trataste de desenterrar desagradables secretos para arrojárselos a papá a la cara e impedir que se casara con ella?

-Por desgracia, fue una de las pocas veces en su vida que tu padre no me escuchó.

Aquella escena había sido demasiado parecida a la actual, recordó Milicent. Philip había llegado a gritarle y darle un ultimátum: o aceptaba a esa mujer o perdía a su único hijo.

-No, no me escuchó- repitió-. Y los resultados están a la vista.

-Sí, yo soy uno de esos resultados- repuso Kelsey-. ¿Era eso lo que hacía esta tarde en la oficina de Rooney?

Milicent se cogió del escritorio.

-No sé de qué estás hablando.

-Te vi. Has vuelto a contratarlo, ¿verdad? Para espiar a Gabe y husmear en su pasado.

-Recopilar información que te hiciera recuperar el sentido común fue un mal necesario- se defendió Milicent.

-Pues has tirado tu dinero. A mí no me dices nada nuevo. Ya lo sabía todo.

-Entonces te pareces más a tu madre de lo que imaginaba. Mereces todo lo que te suceda.

-Tienes razón.- Kelsey se volvió hacia su padre-. ¿Dejaste de amarla, papá? ¿O permitiste que te alejaran de ella?

-Kelsey- contestó Philip con voz ronca, sin saber qué contestar-, lo que sucedió en aquel momento, simplemente sucedió. Pero me disculpo de todo corazón por lo que acaba de suceder.- Miró a Gabe, rígido y avergonzado-. Me disculpo ante los dos.

-¿Te disculpas?- espetó Milicent-. Te he dicho la clase de hombre que es, la clase de hombre a quien tu hija utiliza para humillar a esta familia, ¡y tú te disculpas!

-Sí.- Philip miró a su madre con los ojos llenos de tristeza-. Me disculpo por ti, porque has usado el apellido familiar como un látigo. Un apellido que siempre te ha importado más que la felicidad de quienes lo llevan.

Pálida como un cadáver, Milicent se aferró con mayor firmeza del borde del escritorio.

-¡No admito que mi propio hijo me hable así en mi propia casa!- Miro a Kelsey con ojos relampagueantes-. Ella esta en la raíz de todo esto. Naomi es la causa de todo esto.

Kelsey asintió con lentitud.

-Tal vez sí. Lo siento. No volveré. Vámonos a casa, Gabe.

-¡Kelsey!- Enrojecida, Candace corrió tras ellos y los alcanzo en la puerta-. ¡Por favor, no culpes a tu padre!

-Trato de no culparlo.

-De haberlo sabido, Philip jamás habría permitido que esto sucediera. YA sabes que clase de hombre es.

Kelsey miro a los ojos angustiados de Candace.

-Sí lo sé. Siempre pensé en lo bien que os llevabais tu y papá. Como os complementabais.- Se inclino y la beso en la mejilla-. Pero hasta ahora no sabia hasta que punto lo querías. Debí imaginarlo. Dile que lo llamare mas tarde, ¿de acuerdo?

-Si, se lo diré. Kelsey- esbozo una tímida sonrisa-, os deseo lo mejor a los dos.

CAPÍTULO 27

-¡Menuda familia! No hay duda de que son bastante especiales.

-Está bien, Gabe.- Una vez que él estacionó el coche en el camino de entrada de Three Willows, Kelsey bajó y cerró la portezuela con cuidado-. No me parece que sea momento de ponerse irónico.

-No; lo digo en serio. Te dejé protestar durante la mitad del viaje de vuelta y hervir de furia durante la otra mitad. Creo que eso ya es bastante.

Pero ella estaba lejos de haber terminado.

-No se trata sólo de mí. En realidad no tuvo nada que ver conmigo. Te atacaron a ti.

-¡Diablos!- Con un movimiento suave, Gabe le pasó un brazo por los hombros-. Me han acusado de cosas peores. Ella no sacó a relucir el escándalo de Reno, ni el asunto del negocio de El Paso.

-No se trata de eso.- De repente quedó inmóvil-.¿ Qué escándalo?

-¡Ah! He conseguido hacerte reaccionar.- Le apretó el hombro en un gesto casi fraternal-. De todos modos, tu padre y tu madrastra me gustaron. Son dos de tres.

Sorprendida Kelsey lo miró.

-Ni siquiera estás enfadado. Ni siquiera te enfada lo que ella hizo. Gabe, contrató a un detective para que metiera la nariz en tu vida, para que abriera un expediente como si fueses un delincuente.

-¿Y qué logró, Kelsey? Nada. Ya conocías la peor parte de mi vida, y hasta en eso me defendiste. Significa que haber puesto mis cartas sobre la mesa fue la mejor jugada de mi vida.

-Eso no la excusa a ella.

-Pero le quita toda importancia. Mira, tal vez yo la entienda un poco porque nunca tuve un apellido familiar que proteger.

Kelsey se detuvo en seco

-¿La estás defendiendo?

-No; pero creo que hizo una jugada equivocada. Y que en definitiva le costó mucho más a ella que a mí

-Tal vez necesite más tiempo para tener un criterio tan amplio como el tuyo. Baja mi vestido del coche, ¿quieres? Por lo menos podemos hacer feliz a Naomi cuando se lo muestre.

-¿Qué te parece si os invito a las dos a comer fuera?- Frotó el anillo de Kelsey con su pulgar. Le gustaba verlo allí-. Para celebrarlo.

-Iré a decírselo

Kelsey entró presurosa en la casa y sacudió la cabeza, como para quitarse de encima las experiencias desagradables de ese día. Ya había subido buena parte de la escalera cuando Naomi la llamó.

-¡Hola , mamá!- Con la mano sobre la barandilla, Kelsey volvió a bajar-. Tenías razón con respecto al vestido. Gabe lo está bajando del coche y después nos llevará a comer fuera. ¿No crees que deberíamos tratar de sacar a Moses de las caballerizas?

Naomi la miraba desde el vestíbulo, con las manos entrelazadas.

-Tenemos que hablar. Quizá será mejor que nos sentemos.

-¿Qué pasa?¡Oh, Dios! No me digas que se trata de un caballo! *Justice* estaba un poco jadeante, pero lo mediqué como me indicó Moses.

- -No se trata de un caballo, Kelsey. Ven a sentarte.

Era de nuevo la desconocida, aquella mujer fría y controlada que un día la invitó a tomar el té. Kelsey la siguió sorprendida.

-¿Estás enfadada conmigo por algo?

-No, no creo que"enfadada" sea la palabra apropiada.- Miró a Gabe, que en ese momento entraba-, Será mejor que hablemos de esto en privado.

-No, no hay nada que o puedas decirme delante de Cabe.

-Está bien.- Naomi se acercó a la ventana necesitaba todo su autocontrol, toda esa auto confianza que le permitió sobrevivir a la cárcel-. Tuviste una llamada mientras no estabas. Gertie recibió el mensaje y lo dejó sobre el escritorio de tu habitación. Yo entre allí hace unos minutos en busca de la lista de invitados que estaba haciendo.- Se volvió con rostro inexpresivo-. Me disculpo por haber leído tu mensaje. No fue intencional. Estaba allí y lo vi por casualidad.

-¿Por qué no me dices simplemente quién me llamó?

-Charles Rooney. El mensaje decía que era urgente. Quiere que te comuniques con él lo antes posible.

-Entonces le llamaré

-¡Por favor!- dijo Naomi, alzando una mano-.No sé qué puede ser tan urgente después de veinte años. ¿Has ido a verlo?

-Sí, dos veces

-¿Para qué, Kelsey? ¿No he contestado yo todas tus preguntas?

-Sí, las has contestado. Ése es uno de los motivos por los que fui a verlo. Porque contestaste mis preguntas.

-¿Y tú?- preguntó Naomi, volviéndose hacia Gabe con enojo-. ¿La has alentado en esto?

-No era una cuestión de alentarla, pero la comprendo.

-¿Cómo puedes comprender?- preguntó Naomi con amargura-. ¿Cómo es posible que alguno de vosotros pueda comprender? No os imagináis lo que sentó al ver ese nombre en la nota. He dedicado más de diez años a tratar de olvidar y después me obligué a recordarlo, a revivirlo. Supuse que era una forma de pago para recuperar a mi hija. ¿Os parece que no basta?

-No fui a ver a Rooney para herirte. Lamento si te dolió. Fui porque quería ayudar, porque esperaba encontrar algo que cambiara las cosas.

-Ya no es posible cambiarlas.

-Si esa noche él hubiera visto algo que no le dijo a la policía.....Si no reveló algún dato.....

Estupefacta, Naomi se dejó caer sobre el sillón.

-¿Realmente has creído que podías encontrar algo que limpiara mi nombre?¿De eso se trata, Kelsey?¿De un tardío lavado de los trapos sucios de la familia?- Naomi lanzó una débil carcajada y se restregó los ojos-. ¡Dios!¿Qué importaría a esta altura de las cosas? No puedes devolverme un solo segundo del tiempo que perdí. No puedes borrar un solo susurro, una burla, una mirada de soslayo. Ya está hecho- agregó, dejando caer las manos-. Está tan muerto y enterrado como Alec Bradley.

-No para mí. Hice lo que consideré que debía hacer. Y si Rooney me llamó, debe tener un motivo. Hoy no quiso hablar conmigo. Estaba nervioso, tal vez hasta atemorizado.

-Deja el asunto en paz

-No puedo.-Se adelantó y tomó la fría mano de Naomi entre las suyas-.Hay más. Lo que les sucedió a *Pride* y Reno se parece tanto a lo que pasó hace años con tu caballo y Benny Morales. ES como un eco terrible que ha tardado años en alcanzarnos. Y que todavía no se ha detenido. Hasta la policía cree que existe una conexión.

-¿La policía?-El poco color que quedaba en las mejillas de Naomi desapareció-. ¿Has hablado con la policía?

Kelsey soltó las manos de su madre y retrocedió

-He ido a ver al capitán Tipton

-¿Tipton?- No pudo evitar un estremecimiento-. ¡Oh, Dios!

-Tipton te creyó.- Kelsey vio que Naomi levantaba la cabeza-. Me dijo que te creía.

-¡Miente!- Se puso de pie, temblando-. Tú no estuviste allí, en aquel horrendo cuarto de interrogatorios mientras me repetían una y otra vez las preguntas. Nadie me creyó, y Tipton menos que nadie. Si lo hubiera hecho, ¿por qué me envió a la cárcel?

-No pudo probarlo. Las fotografías.....

-Volvemos a Rooney- interrumpió Naomi-. ¿Realmente crees que puedes cambiar el pasado?¿Encontrar una prueba que pasaron por alto y que demuestre que yo defendí mi honor?- El dolor de su corazón se reflejaba en su voz-. Pues no podrás. Aunque quieras ayudarme, no podrás hacerlo. Porque yo no podría sobrevivir si tuviera que pasar de nuevo por todo eso. Te aseguro que no sobreviviría.....

Salió de la habitación y subió corriendo las escaleras. Instantes después oyeron un portazo

-¡Menudo enredo!- exclamó Kelsey, dejándose caer en un sillón-. ¡Qué enredo he organizado!

-No es cierto. Has revuelto las cosas, y tal vez hacía falta que las revolvieran.

-Habíamos llegado muy lejos. Ella y yo habíamos llegado muy lejos, Gabe. Y yo lo he arruinado todo.

-¿Lo crees?

-No lo sé.- Alzó las manos y luego las dejó caer-. Empecé diciéndome que lo hacía por mi misma. Porque tenía derecho a saber la verdad. Pero en algún

momento cambié de opinión y me convencí de que lo estaba haciendo por ella. No obstante, creo que mi primera impresión fue la correcta. Quise limpiar el asunto. Despejarlo. Si yo la creo, todo el mundo debería creerla.

-Eso no te convierte en una villana, Kelsey.- Dime qué quieres hacer.

Kelsey respiró hondo y exhaló el aire.

-Voy a llamar a Charles Rooney. Tengo que llegar hasta el final

Se encontraron en un bar. No era un tugurio con olor a ginebra que podía haber dado ambiente a un encuentro furtivo, sino un lugar lleno de plantas en el que se reunían profesionales de cuello blanco. A pesar del ambiente acogedor, Rooney había puesto en juego toda su capacidad y sus artimañas para asegurarse de que no lo seguía.

Al verlos entrar, terminó su primer gintonic. Estaba vencido y lo sabía. Desde que Rich Slater salió de su oficina, dedicó horas enteras a hacer planes para desaparecer. Sabía como hacerlo, tenía los contactos necesarios y a partir de ese momento, también el motivo

-Señor Rooney.

-Tomen asiento. Les recomiendo el vino de la casa.

-Muy bien- dijo Kelsey

-Café- ordenó Gabe. Se dirigió a Rooney-, Usted dijo que era urgente.

-Así es.- Golpeó su vaso con el dedo par indicar que quería que le sirvieran otro. A la mañana siguiente, pensaba estar en Río-. Me temo que cuando telefoneé estaba un poco nervioso. Fue un día de visitas inesperadas en la oficina. La última fue desagradable. Hace más de veinticinco años que soy investigador y he tenido muchos casos interesantes. Y jamás he disparado un arma.- Golpeó dos veces la mesa-. Disfruto de mi trabajo, siempre lo he hecho. No es fácil conseguir la clientela apropiada. La gente apropiada no suele involucrarse con personas de mi profesión. Nos contratan con el mismo disgusto con que contratan a un exterminador de ratas. Quieren obtener resultados, por supuesto, pero pocas veces quieren enterarse de los métodos que utilizamos. Algunos, unos pocos, prefieren tomar cartas en el asunto.

Hizo una pausa cuando la camarera sirvió las bebidas.

-Todo eso me parece fascinante- comentó Gabe-,pero no urgente.

-Milicent Byden-dijo Rooney y observó que los labios de Kelsey se endurecían- es una mujer acostumbrada a dirigir a su servicio doméstico, a dar órdenes, a asegurarse de que uno ha cumplido sus instrucciones.

-Sabemos que ella lo contrató par investigar a Gabe-. Kelsey bebió un trago de vino para quitarse el regusto de la boca-. Espero que le haya pedido un adelanto importante, señor Rooney. Créame que no está nada satisfecha con los resultados de su investigación.

-Usted se lo arrojó a la cara, ¿verdad?- Lanzó una risita y bebió un sorbo de su vaso-. Tal vez exista cierta justicia en este mundo. La primera vez que me contrató se mostró satisfecha con los resultados. Más que satisfecha.

-¿La primera vez?

-Fue su abuela quien me contrató para el juicio por custodia.

-Me dijeron que lo contrataron los abogados de mi padre.

-Fueron los abogados de su abuela, señorita Kelsey. Debe recordar que también eran los abogados de ella. Y así fue como ella quiso que figurara en mi contrato.

Sacó la rodaja de limón del borde del vaso y la exprimió dentro de la bebida.

-Ya había trabajado para algunos conocidos suyos. Divorcios. Debe haber considerado que hice un buen trabajo, un trabajo discreto. Y que yo era el personaje indicado: ambicioso, suficientemente joven para que me impresionara lo que ella era (lo que era su marido) y la cifra del cheque que me dio.

Se encogió de hombros y metió la mano en el recipiente de galletas saladas.

-No creo que la persona que la persona que haya pagado sus honorarios tenga mucha importancia- dijo Kelsey.

-¡Ah, pero la tuvo! No llegué a conocer a su padre. Lo vi en el juicio pero nunca hablamos. Así lo quería su abuela. Y tenía habilidad para conseguir que las cosas se hicieran a su modo. Quería que su madre saliera definitivamente de la vida de su hijo y de la suya propia. Y forjó un plan muy simple para lograrlo. Mi trabajo consistía en seguir a Naomi, tomar fotografías y redactar informes. Eso fue lo único que me encargó Milicent Byden. Pero yo soy un buen investigador, señorita Byden, aún en esa época era bueno, y descubrí más de lo que me pidieron.

-¿Más?- Kelsey sintió que la puerta se abría un poco y tuvo miedo de lo que encontraría del otro lado.

-Es fácil sobornar a algunas personas en los hipódromos. Unos de mis informantes tenía acceso a Bradley. Sabía que había apostado fuertes sumas y que se las debía a gente peligrosa. Bradley no sabía guardar secretos y habló demasiado acerca del importante trabajo que estaba haciendo. Lo único que se le pedía era que estuviera el mayor tiempo posible junto a una mujer hermosa, y con eso se arreglarían las finanzas. Bradley y mi informante se hicieron amigos. No se movían dentro del mismo círculo, pero estaba cortados por el mismo patrón. Bradley hablaba mucho y mi informante le sonsacó más, y luego me pasó la información, a cambio de una suma de dinero.

-Está dando muchas vueltas Rooney- dijo Gabe.

-Entonces lo diré de una manera sencilla.- Se aflojó la corbata- El juicio de custodia empezaba a favorecer a Naomi. Al tribunal lo le gusta separar a un niño de su madre. Tal vez a ella le gustaran las fiestas y los hombres, pero no asistía a fiestas ni iba con hombres cuando tenía consigo a su hija. Tenía dinero suficiente y había bastante gente para atestiguar que era una buena madre, una madre devota. De manera que la familia Byden necesitaba algo que inclinara la balanza a su favor. Y Milicent lo encontró en Alec Bradley.

-¿Mi? – a Kelsey le tembló la voz-. ¿Mi abuela conocía a Alec Bradley ?

-Sí, lo conocía, y también a los padres de Bradley. Conocía su carácter y sus costumbres. Lo contrató para que sedujera a su madre. Para llevarla a una situación comprometida, la clase de situación que la hiciera parecer cualquier cosa menos una mujer decente.

Kelsey aferró la mano de Gabe.

-¿Está diciendo que mi abuela le pagó a Alec Bradley? ¿Qué le pagó para que....?
¿Por qué debo creerle?

-Crea lo que quiera.- A Rooney le importaba poco. Sólo estaba, metafóricamente hablando, limpiando su escritorio antes de desaparecer-, Usted me vino a ver en busca de respuestas, señorita Byden. No me culpe si no le agradan. Su abuela le dio veinte mil dólares a Bradley. En efectivo.

Kelsey lanzó una exclamación: la cifra coincidía con lo que ella ya sabía.

-El problema fue que Naomi no estaba dispuesta a participar en ese juego. No en el sentido en que Bradley y su abuela querían. Pero tal como se presentaba el juicio de custodia, su abuela necesitaba acción, de manera que encontró otro ingrediente para agregar al cóctel. Hubo algunos problemas en el hipódromo, un

caballo muerto y un jockey muerto. La publicidad de esos hechos favoreció a los Chadwick.

Gabe alzó una mano.

-¿Está diciendo que esas cosas tuvieron relación con el juicio de custodia?

-Todo se relaciona. Bradley necesitaba dinero, pero la señora Byden mantenía cerrado el talonario hasta que él produjera resultados. De manera que Bradley y su amigo del hipódromo hicieron un pequeño pacto. Cuando hubo que sacrificar al caballo, Bradley recibió un poco de dinero, pero no una suma que estuviera a la altura de sus necesidades, sobre todo cuando eso inclinó las simpatías hacia Naomi. Entonces Milicent le dio un plazo.

Rooney estudió lo que quedaba de su bebida, y pensó en pedir otra, pero a dos horas de su vuelo decidió que le convenía mantener la cabeza despejada.

-Me ordenó que estuviera lista la cámara y mucha película, y que me situara frente a la casa. Fui primero al club y presencié la escena de celos que simuló Bradley.

-¿Qué simuló?

-Es más fácil descubrir la falsedad cuando uno no está involucrado. Además, mi informante me había advertido que ésa sería la noche. Bradley quería enfurecer a su madre. No creo que esperara que ella cortara toda relación entre ambos. En asuntos de mujeres era muy vanidoso. Su madre salió del club y yo la seguí. No había nadie más en la casa, hasta que llegó Bradley. Yo debía tomar fotografías que inclinaran la balanza a favor de los Byden.

-¿Esas instrucciones se las dio mi abuela?- dijo Kelsey con una voz sin inflexión.

Así es. Al principio me pareció prometedor que ella le abriera la puerta en camión y que lo dejara entrara. Bebieron otra copa y él trató de seducirla con su encanto. A través de la ventana tomé una fotografía de ellos besándose, pero a continuación Naomi empezó a luchar por liberarse de él. Ese no era mi trabajo. Empezaron a discutir. Cuando ella gritaba bastante fuerte, a través de la ventana alcanzaba a oír parte de lo que decía. Le ordenaba que se fuera y le decía que habían terminado. El la aferró y forcejearon.

Rooney levantó la vista para mirar a Kelsey.

-Por un instante pensé en la posibilidad de entrar y separarlos. Su madre tenía problemas, y no cabía duda sobre qué clase de problemas eran. Pero no entré. Tenía que cumplir con mi trabajo. De todos modos, ella consiguió liberarse.

Estaba furiosa, más furiosa que asustada. Le grito y se acerco al teléfono, pero él se le echo encima. Creo que ella no tuvo dudas acerca de lo que le esperaban y echo a correr.

Rooney hizo una pausa y se paso una mano por los labios.

-Bradley sabía que yo estaba allí. Ese hijo de puta sabía que yo estaba allí Miró por la ventana y señaló con el dedo. Me indicaba que terminaría ese asunto en el piso de arriba. De modo que hice lo que me habían indicado: trepe a un árbol. El corazón me latía con tanta fuerza que estaba aturdido. No me permití pensar. Era un trabajo, un trabajo importante y que me reportaría muchos otros.

-Usted sabía que el iba a violarla- consiguió decir Kelsey-. ¡Lo sabía! Y no hizo nada.

-Así es- concedió Rooney, terminando su copa.-Naomi entro corriendo al dormitorio. En ese momento estaba asustada y furiosa. El camisón transparente que llevaba se le deslizo de un hombro, donde se había rasgado. Bradley entró detrás de ella y sonrió con lascivia. Por la manera en que los enmarcaba la ventana, uno frente al otro, mirándose fijamente, ella con el camisón desgarrado y el con la camisa desabrochada, la escena resultaba sensual. No sé lo que el le decía, pero ella negaba con la cabeza y retrocedía. Bradley bajo las manos como dispuesto a desabrocharse los pantalones. Ella le pegó una bofetada.- Rooney se humedeció los labios-. Lo fotografié. El le contesto con otra bofetada. Eso no lo registre.

Tuvo que volver a detenerse. No se había dado cuenta hasta que punto lo afectaría recordar paso a paso lo sucedido aquella noche. En ese momento se había sentido pequeño y asustado. Ahora solo se sentía pequeño.

-Ella echo a correr. Durante un instante quedo fuera de mi visión. Bradley alzo las manos. Seguía sonriendo con lascivia. Entonces volví a ver a su madre, y vi el arma. En ese momento empecé a tomar fotografías, una detrás de otra. Estaba aterrorizado. Seguí tomando fotografías hasta después que ella disparo, cuando ya no había nada que ver.

-Fue en defensa propia.-Kelsey apretó la mano de Gabe-, Tal como mama dijo.

-Si, fue en defensa propia. Tal vez ella podría haberlo mantenido a distancia una vez que tuvo el arma, pero estaba asustada. Se sentía atrapada. Si se hubieran conocido todos los hechos, ni siquiera creo que la hubieran acusado de homicidio imprevisto. Estoy absolutamente seguro de que jamás la habrían condenado.

-Pero los hechos no se conocieron.

-No. Me dirigí directamente a Milicent Byden. Lo hice sin pensar, fui a su casa en medio de la noche y ella misma me sirvió un coñac y me pidió que me sentara. Después escucho lo que tenía que decirle. Desde principio a fin. Me dijo que todo había sido para mejor. Y me ordeno que dejara pasara un par de días antes de acudir a la policía.

-¡Lo sabia!-susurro Kelsey. ¡Ella lo sabia todo!

-Lo orquesto perfectamente. Si durante esos dos días aun no habían arrestado a Naomi, yo debía llevar las fotografías a la policía y hacer mi declaración. Debía decir solo lo que vi, nada mas que lo que vi, no lo que suponía o interpretaba. Entonces su abuela me explico lo que yo había visto: una mujer vestida de una manera provocativa, que recibía a su amante en su casa. Tomaban una copa y se entregaban a escarceos amorosos. Después discutían. La mujer estaba celosa, eso era evidente después de la escena en el club. Ella subía al dormitorio y el amante la seguía, tal vez para disculparse, o para seducirla. Y en un acceso de furia, la mujer sacaba un arma y lo asesinaba. Esa noche Milicent me dio otros cinco mil en efectivo y prometió que me recomendaría a sus amigos.

Muy pálida, Kelsey se levanto de la mesa. Con una mano apretada contra el estómago, corrió hacia el baño.

Gabe la miro, mientras apretaba los puños.

-Usted es un personaje repulsivo, Rooney. Por unos miles de dólares y algunos nombres importantes en su lista de clientes fue testigo de un intento de violación y luego se encargo de que encarcelaran a la victima.

-Eso no es todo- aclaro Rooney-. Esperaremos a que vuelva Kelsey.

-Dígame, ¿por qué decidió contarnos todo esto ahora? Hace unas horas no tenia nada que decir.

-Las cosas se están complicando. Y no me gusta que me estrujen desde ambos lados.- Rooney se encogió de hombros-. Cuando esto se sepa, y creo que se sabrá, mi reputación se irá al carajo. Tengo la sensación de que debo jubilarme anticipadamente. Y será mejor que lo haga con la pizarra limpia.

-Me pregunto si llevarlo fuera y matarlo a golpes- dijo Gabe con una voz engañosamente indiferente-, o si dejar que siga viviendo con esto sobre su conciencia.

Rooney tomo su vaso y bebió el ultimo sorbo con lentitud.

-Todos hacemos nuestras elecciones, Slater. Usted es jugador. Cuando sabe que las cartas están marcadas, ¿vale la pena seguir jugando?

-Hay algunos juegos en los que uno sencillamente no participa.- Se puso de pie al ver aproximarse a Kelsey.

-Ya estoy bien. Lo siento.-Todavía tenía la piel pálida alrededor de los labios, pero aferró con fuerza la mano de Gabe.

Él miro a Rooney.

-Cuéntenos el resto.

-Esto no le va a gustar. Milicent Byden no me contrato solo para investigarlo, señor Slater. Eso ocurrió después. Me contrato hace meses, justo después de que Kelsey se puso en contacto con Naomi Chadwick.

Kelsey apretó los labios y rogó que el estomago se le apaciguara.

-No comprendo- dijo. Pero creía comprenderlo y la aterrizaba.

-Para decirlo claramente- dijo Rooney-, ella no quería que usted siguiera allí. No quería arriesgarse a que usted y Naomi se llevaran bien.

-¿Y como pensaba impedirlo?

-Bueno, como no había nada con que ensuciar a Naomi desde que había salido de la cárcel, Milicent decidió utilizar el pasado. Después de la muerte de Alec Bradley, yo le entregue todas las carpetas de mi archivo. En ellas había muchos detalles. No solo sobre Naomi. Como verán soy muy meticuloso. Tenia informes sobre Bradley y su amigo de hipódromo. La carrera que había sido arreglada, mis sospechas respecto a la posibilidad de que Cunningham estuviera involucrado. Cuando su abuela la amenazo, Kelsey, y usted no volvió al redil, utilizo toda esa información.

-¿Cómo?- preguntó Kelsey, preparándose para oír lo peor-. Será mejor que me diga como lo hizo.

-Me hizo buscar al viejo amigo de Bradley y lo trajo de regreso a la zona con la promesa de un trabajo. No me dijo en que consistía ese trabajo, pero no me costo deducirlo. Sobre todo con una historia que se repetía. Una carrera arreglada, un potrillo muerto. Naomi y usted rodeados de comentarios y sospechas.- Señalo a Gabe-. Milicent no lo quería cerca de ninguno de los miembros de su familia. Se suponía que Kelsey debía comprobar lo desagradable que era el ambiente del turf, la falta de escrúpulos que reinaba allí. Y se suponía que volvería corriendo a casa.

-Pero no lo hice.- Las lagrimas ardían en los ojos de Kelsey, pero se negaba a dejarlas brotar. En ese momento no. Todavía no-. ¿Me esta diciendo que era ella quien esta detrás de todo esto? ¿Detrás de la muerte de Pride ¿ ¿Y, por el amor de Dios, también tras la muerte de Mick?

-Ni siquiera una mujer como Milicent puede controlar a un hombre carente de todo escrúpulo. Podría decirse que su contratado se le escapo de las manos. Después de la muerte de ese peón, Milicent se puso furiosa. La tomo conmigo, como si hubiera sido yo quien lo hubiese apuñalado.- Meneo la cabeza al recordarlo-. En cambio, lo del caballo fue lo que ella quería. Una serie de crímenes y un escándalo para darle una lección a su nieta.

- -Fue todo por mi causa- murmuro Kelsey, con la mano laxa en la de Gabe. Todo por mí.....

-Usted es la ultima representante del apellido Byden-señalo Rooney-. Ella pone mucho énfasis en eso. Y odia a Naomi con una pasión fría que no se diluye con el tiempo. Si pudiera volver a arruinarla, lo haría con tal de seguir controlándola a usted. Le presto a Cunningham dinero suficiente para compara a esa yegua, Sheba, y más que suficiente para mantenerlo bajo su férula y obligarlo a trabajar con el hombre que llevaba a cabo sus designios. Aunque no le gustaba asociarse con gente de esa calaña- agrego-, el fin justifica los medios.

-No creo conocer a mi abuela-dijo Kelsey con lentitud-. Me cuesta reconocerla. ¿Cómo es posible que haya arruinado tantas vidas?

-Que haya controlado tantas vidas- corrigió Rooney-, Su abuela nunca considero que todo eso fuese mas que un necesario control. Y yo le seguí la corriente.- se paso una mano por los ojos-. La primera vez era joven y ambicioso, pero esta vez me sentí atrapado. Y, ¡diablos!, no era mas que un trabajo. Pero mi ultimo visitante del día cambio la situación.- Estudio a Gabe durante largos instantes-, Tal vez me este haciendo viejo, Dios sabe que estoy cansado. Así que cuando se presento e intento hacer un nuevo trato, decidí cortar por lo sano. Y me gusta pensar que me ha llegado el momento del retiro.

Rooney los miro, entrecerrando los ojos.

-¿Quieren saber como se las arreglo Benny Morales para acabar con el potrillo de los Chadwick?¿Cómo alguien estuvo a punto de hacerle lo mismo al suyo, Slater? Analice su propia organización y piense en su padre. Si- agrego con una leve sonrisa-, Rich Slater le sonsaco muchos secretos a Alec Bradley. Y se sintió mas que feliz de poder usarlos y repetir la historia cuando Milicent Byden volvió

a llamarlo. Venganza y control, venganza y dinero. Los motivos de ella y de él. Ciertamente una combinación endiablada.

CAPÍTULO 28

- Para ¿quieres?

A menos de un kilómetro de Longshot, Gabe se detuvo en el arcén.

- ¿Te sientes mal de nuevo?

- No.- Lo estaba, pero no en el sentido en que él lo preguntaba-. Sólo necesito caminar un rato. ¿Vamos?-. Sin esperar respuesta, Kelsey bajó del coche.

Era una noche perfecta. La proverbial noche de mediados de verano en el campo, con el cielo lleno de estrellas y con luna. Ni siquiera había una nube que la estropeará. El aire estaba perfumado por la madre selva que iba cubriendo una valla. En la alta hierba que crecía más allá de la valla croaban las ranas. Y mientras caminaba, el arcén húmedo se hundía bajo los pies de Kelsey.

- ¡Es demasiado!- murmuró-. Es demasiado para poderlo aceptar y comprender. ¿Cómo se lo puedo decir, Gabe?-. Se volvió y le tendió las manos, como si esperara una solución-. ¿Cómo le voy a decir a mi madre que todo fue planeado para mantenerla alejada de mí?

- Ante todo- dijo Gabe, colocándole un mechón de pelo detrás de la oreja-, deja de culparte.

- No me estoy culpando.- Se detuvo, se volvió y se apoyó contra la valla para mirar las colimas oscuras-. Pero me enfurece que me hayan usado como rehén. Mi abuela ni siquiera pensaba en mí como en una niña. Eso está claro. No como una niña y sin duda tampoco como una persona. Sucesión, eso es lo que fui- agregó con amargura-. Lo único que soy para ella. La última de las Byden.

Gabe fue a hablar para ofrecerle consuelo, pero se detuvo. A veces era mejor guardar silencio y escuchar.

-Creo- continuo Kelsey- que trató de quererme, que lo intentó y que hubo épocas en que lo logró. Pero el odio que le profesaba a mi madre y tal vez (por lo menos eso espero) la culpa con que tuvo que vivir por lo que había hecho, lo hicieron casi imposible. Quiso que yo fuese un crédito para el apellido familiar. Educada en los mejores colegios, con conocimientos de arte, música y otros entretenimientos aceptables. Mis amigos debían pertenecer a las mejores familias; tal vez por eso nunca tuve amigos realmente íntimos. Y cada pequeña rebelión, cada resplandor de mi propia personalidad o de mis necesidades, eran como un recordatorio de la mujer a la que había arruinado.

Kelsey arrancó un poco de madreselva y comenzó a deshojar lentamente las pequeñas flores blancas.

- Cuando cumplí doce años, quiso inscribirme como interna en un colegio inglés, pero papá se negó. Fue una de las pocas veces que los vi discutir. Mi abuela afirmaba que yo necesitaba disciplina, que me guiaran. Papá contestaba que necesitaba infancia.

Lanzó un suspiro y aplastó los pétalos de madreselva entre los dedos, perfumando el aire.

-¿Se habrá dado cuenta de que también estaba usando a papá como rehén? ¿Hasta qué punto fue responsable de arruinar el matrimonio de mis padres? Pero eso es lo menos graves- murmuró dejando caer los pétalos-. Ahora debo encontrar la manera de decirle a mamá por qué, cómo y quién. Y también a mi padre. Él tiene derecho a saber todo lo que ella hizo en esa época, y todo lo que ha hecho ahora.

Entonces se volvió hacia Gabe y hundió la cara en su pecho, agradecida de que él estuviera allí para abrazarla.

-¡Qué patético! ¡Tantas vida perdidas o arruinadas! ¡Y pensar que todo se reduce a un erróneo sentido del orgullo familiar!

- Y a algunos otros pecados- masculó Gabe en voz baja, pensando en su padre-. Envidia, avaricia, lujuria. Siempre he creído más en la suerte que en el destino, pero no fue sólo la suerte la que cerró este círculo.-La apartó para verle la cara-. Tú y yo, Kelsey, siempre hemos formado parte del asunto, desde el principio.

- Y tal vez no habríamos llegado hasta el fin si no nos hubiéramos encontrado. Ahora lo buscarás, ¿verdad? Me refiero a tu padre.

- Tengo que encontrarlo

- Podrías dejarlo en manos de Rossi.- De repente se aferró a él-. Gabe, él quiere perjudicarte. Si fue a la oficina de Rooney en cuanto nosotros salimos de allí, es probable que nos haya seguido. Está buscando el modo de vengarse de ti.

- Pero yo lo encontraré primero a él. Ése es mi círculo, Kelsey. Necesito cerrarlo.

- ¿Y si fuéramos a la policía.....?

- ¿Por qué crees que todavía no los hemos llamado?

Ella apartó la mirada. Gabe vio con claridad su corazón y sus temores.

- Está bien. Lo primero que debo hacer es hablar con Naomi, y tú debes encontrar a tu padre. Después pondremos fin a todo esto. Será mejor que me lleves a casa.

Cuando llegaron a *Three Willows* ella rechazó el ofrecimiento de Gabe de acompañarla. Quería hablar a solas con Naomi. Él esperó hasta que Kelsey hubo entrado y se apagó la luz del porche.

Gabe debía enfrentar sus propios demonios, y su padre no era el primero de ellos. Una vez dentro, Kelsey miró la escalera. Era muy tarde. Sin duda Naomi debía estar en la cama. "Espera hasta mañana- se dijo-. Este asunto ya ha esperado tanto que no importa una noche más". Pero esos era cobardía. Lanzó un suspiro y se encaminó a la cocina. Antes de nada se prepararía una taza de té. Eso le daría tiempo de pensar lo que diría.

- ¿Gertie?- Kelsey se sorprendió al ver que la anciana estaba levantada, cargando el lavavajillas.

- ¡Ah, señorita Kelsey! Me ha asustado- exclamó Gertie, llevándose una mano al pecho.

- Es más de medianoche. No deberías trabajar a estas horas.

- Sólo estaba poniendo los platos en el lavavajillas. Esta noche dieron una película de Bette Davies por televisión, *La Extraña Pasajera*. Comí un poco de tarta de limón y lloré un rato.- Suspiró feliz, al pensarlo-. Hoy en día ya no hacen películas como ésta, señorita Kelsey.

- No; es cierto.- Kelsey se esforzó por mantener una conversación intrascendente mientras encendía la cocina y llenaba el agua de la tetera-. ¿Todos están durmiendo?

- ¿Quiere preparar un té? Déjeme prepararlo.- Como si defendiera su territorio, Gertie la obligó a apartarse y puso la tetera al fuego-. Channing salió con Matt Gunner. Uno de los caballos de los Williams está muy enfermo. No saben si sobrevivirá hasta la mañana.

- ¡Oh, lo siento!

- Bueno, en verdad, es una pena- contestó Gertie-. Pero debo decir que Channing estaba muy excitado ante la posibilidad de pasarse la mitad de la noche en una caballeriza. Le dije que dejaría la puerta de la cocina sin llave para que pudiera entrar, y que en la nevera hay un buen plato de pollo frito.

- Sin duda mi hermano debe sentirse en el séptimo cielo.

- Es una alegría tenerlo en la casa.
- Sí, para mí también. Me harán falta dos tazas, Gertie. Quiero subirle una a mi madre.
- ¡Ah! Pero elle duerme, señorita. Parecía tan cansada y angustiada que hace una hora la obligué a tomar un somnífero.
- ¿Un somnífero?
- Dijo que yo exageraba, pero no me pareció que se encontrara bien. La vi pálida y desmejorada. Lo que le hacía falta era una buena noche de sueño, y se lo dije. Pensaba ir a ver cómo estaba antes de acostarme.
- Yo lo haré- dijo Kelsey, mientras miraba la tetera con una mezcla de resignación y alivio-. Entonces prepara una sola taza, Gertie. Y gracias. Hablaré con ella por la mañana.
- Mañana ya estará bien. Sólo era exceso de cansancio.- Gertie colocó la tetera sobre la bandeja sobre la que agregó una taza y un platillo-. Hace mucho tiempo que no se la veía tan feliz como durante estos últimos tiempos. Y eso es obra suya. Más allá de todo lo que suceda, una madre siempre se preocupa por sus hijos.
- Bueno, ahora estoy aquí.
- Ya lo sé, querida. No se quede levantada hasta muy tarde.
- No te preocupes. Buenas noches, Gertie.

Kelsey subió la bandeja y la dejó en su dormitorio antes de ir a ver a su madre. A la luz de la luna que entraba por la ventana, comprobó que Naomi dormía profundamente.

“Así pues, tendrá que ser por la mañana”, pensó, y se encaminó a su cuarto para esperar el amencer.

Gabe no se molestó en detener el coche delante de la casa, sino que siguió hasta las caballerizas. Vio luz en el cuarto de los arneses y subió con aire sombrío. Entró sin llamar.

Jamison estaba sentado ante el escritorio cubierto de pilas de papeles y tenía una copa de coñac a su lado. Levantó la mirada y parpadeó.

- ¡Gabe! ¿Qué te trae por aquí tan tarde?
- Yo podría preguntarte lo mismo.

- Bueno- con una sonrisa cansina, Jamison señaló el montón de papeles-. Siempre falta hacer algo. Es más fácil concentrarse de noche, cuando hay silencio. Allí hay café instantáneo- agregó-, Puedes prepararlo en el infiernillo eléctrico.

- No

A la luz amarilla de la lámpara de escritorio, Gabe estudió a su cuidador y amigo. Los últimos meses de tensión y de preocupaciones habían dejado huellas en él. Sus ojeras parecían moratones y las arrugas que le rodeaban la boca eran profundas.

No era la cara del hombre que había entrenado al ganador de la Triple Corona

- Cuando trabajaba aquí me quedaba mucho tiempo en las caballerizas, ¿verdad, Jamie? Siempre andaba detrás de ti o de Mick.

- Es cierto- contestó Jamie, relajando los hombros, que se le habían puesto tensos bajo la mirada escrutadora de Gabe-. O nos convencías de que jugáramos una partida de póquer contigo y nos quitabas la paga de una semana.

- Recuerdo que Cunningham nunca te daba mucha paz. Si tenías un ganador quería que le dieras dos. Siempre en busca de una carrera más importante, de una bolsa más importante. Recuerdo que siempre decía que en Three Willows Moses sabía entrenar campeones. Y que si tú no lo lograbas, encontraría quien lo hiciera.

- Era difícil trabajar para él. Yo le entrené buenos caballos y le hice ganar muchas carreras. Con *Try Again*, allá por los años ochenta, le proporcioné el premio al Mejor Caballo del Año. Pero nunca pude conformarlo.

- Querías ganar un derbi. Y nunca lo lograste. Ni siquiera cuando los Chadwick perdieron a aquel potrillo en Keeneland, allá por.....¿cuándo fue? En el setenta y tres, y el caballo de Cunningham era el favorito.- Gabe hablaba con tono frío, tranquilo-. Recuerdo que ese potrillo entró tercero. Un decepcionante tercer puesto. Eso debe haberte resultado muy duro después de todo lo que hiciste para verlo cruzar en la cabeza la línea de llegada.

El recuerdo hizo que Jamie esbozara una mueca.

- Llegar tercero en un derbi no es ninguna deshonra. Aquel día el potrillo no corrió bien y se quedó atrás en la recta final. En esa época las cosas eran duras, muy duras.- Bebió un sorbo de coñac-. Después de que Benny se colgó.

- Tú y Benny estabais muy unidos.

- Éramos buenos amigos.
- Sí. Buenos amigos.- Gabe volvió una silla y sentó a horcajadas-. ¿Hasta qué punto estuviste implicado en el asunto, Jamie, entonces y ahora?
- ¿Adónde quieres llegar?
- Tú y Benny erais amigos íntimos. ¿Lo convenciste de que arreglara esa carrera, o simplemente le seguiste la corriente? Te diré lo que creo- continuo sin esperar respuesta-: creo que le pediste que te ayudara, que le diera un poco de margen al potrillo. Cunningham te exigía que obtuvieras ese margen. Tal vez te haya propuesto un porcentaje mayor de la bolsa, o sólo te haya presionado hasta hacerte ceder. Y cuando lo hiciste, arrastraste contigo a Benny Morales.

Los ojos de Gabe no se apartaron de la cara de Jamison.

- Ganar un derbi, Jamie- siguió-. Algo que siempre has querido y que, hasta ahora, nunca has conseguido.
- Estás diciendo tonterías, Gabe. Hace demasiado tiempo que me conoces
- Es cierto, Jamie. Te conozco hace tanto tiempo que sé que no ocurre absolutamente nada en las caballerizas sin que tú participes. No te relacioné con lo que sucedió esta vez con el potrillo de Three Willows, ni con lo que casi sucedió con el mío. Grave error- agregó y vio que Jamison bajaba la mirada-. Nunca te creí capaz de matar un caballo con tal de ganar una carrera. Cualquier carrera.

Gabe sacó un cigarro y lo estudió, mientras Jamison permanecía en silencio.

- Eso fue lo que me cegó, Jamie, hasta la muerte de Reno. Él no sabía que la dosis era mortal. Tú tampoco. Al asegurarte de que *Pride* quedara eliminado, sólo le estabas dando un margen a mi potrillo, ¿verdad? ¿Fue así como te lo planteó mi padre?
- Yo quería el lugar que me corresponde- susurró Jamison-. Un hombre merece un lugar propio después de tantos años de cuidar los de los demás. Cualquier otro año, ese potrillo habría ganado el derbi de punta a punta. ¿Por qué iba a tener Moses uno que estuviera a la misma altura? ¿Por qué?
- Lo siento.- Gabe encendió el cigarro.
- Tú querías ganar, Gabe. No lo niegues.
- Sí, claro que quería ganar. No lo niego.
- ¿Y me vas a decir que, de haberlo sabido, no habrías hecho la vista gorda?

Gabe levantó la mirada con la rapidez del rayo. En sus ojos no había pena, y estaban muy lejos de expresar dolor.

- Si eso era lo que pensabas, ¿por qué me ocultaste lo que planeabais?
- Porque eras una carta insegura. Así me lo planteó Rich. Eras una carta insegura y no se podía confiar en ti. ¡Piensa cómo corrió ese potrillo, Gabe!- dijo con tono desesperado-. ¡Piénsalo! Ganó la Triple Corona y nada pudo detenerlo.
- ¿A costa de qué? No sólo de un caballo muerto, Jamie. También fueron Mick y Reno.

A Jamie se le llenaron los ojos de lágrimas.

- Eso no fue obra mía. ¡Por Dios, Gabe, no es posible que creas que fue obra mía! Lipsky actuó por su cuenta. Yo no siquiera me enteré hasta después. Cuando ya era demasiado tarde.

Se le quebró la voz. Durante unos instantes sólo se oyó el sonido de su respiración jadeante. Hizo un esfuerzo por recuperar la compostura.

- Rich quería llevar a cabo algo que te hiciera pensar, pero no lo dijo hasta después. Yo no sabía que iba a tratar de perjudicar a *Double*, Gabe. Dios es mi testigo. Debía ser el potrillo de Three Willows, un escándalo, una descalificación.- Se estremeció y esperó que Gabe hablara, pero en el silencio que siguió se acercó cada vez más al abismo-. Tienes que comprender que lo planearon Rich y Cunningham, Gabe.

- Es verdad. Tengo que comprenderlo.
- La descalificación no era bastante para Rich. El dinero que le pagaron para arreglarlo todo no era bastante. Es codicioso, eso lo sabes. Nos utilizó para matar a ese potrillo. Yo sufrí cuando lo vi caer, cuando supe lo que nos había hecho hacer. Y Reno.- Ocultó la cara entre las manos-. Yo quería a ese muchacho. Después le dije que no era culpa suya, pero no me escuchó. El responsable de todo lo que paso es Rich. Y después, vuelve a aparecer por aquí y cambia las reglas.

- ¿Cómo?

Jamison dejó caer las manos y se pasó el dorso de una por la boca. Volvió a tomar la copa de coñac y bebió, como si se tratara de un remedio.

- No quería que tú ganaras la Triple Corona, Gabe. Lo carcomía pensar que lo conseguirías. Me dijo que se trataba de un trabajo, de una apuesta que había hecho. Pero lo que buscaba era dinero. ¿No comprendes que me tenía en sus

manos? Nos tenía a los dos en sus manos, a mí y a Reno. Pero tienes que creerme cuando te aseguro que yo no estaba dispuesto a perjudicar a *Double*. Esta vez yo mismo conseguí la droga, sólo la dosis suficiente para que lo eliminaran.

Gabe entrecerró los ojos.

-Aquella noche, cuando Kelsey entró en las caballerizas, fuiste tú el que la golpeó, ¿verdad?

-No le hice demasiado daño, pero tenía que salir antes de que me viera. Ante todo saqué del paso a Kip. Sólo le provoqué un dolor de cabeza. Y después ella entró y no me dejó terminar. Así que.....

-Podría hacerte pedazos sólo por eso, Jamie.- Con la rapidez del rayo, Gabe estiró un brazo y rodeó el cuello de Jamie-. Sólo por eso- repitió mientras lo apretaba.

-Me dejé llevar por el pánico, Gabe.- Aterrorizado, Jamison trató de apartar la mano de Gabe, que parecía de hierro-. ¡Dios! ¿No comprendes que estaba a punto de volverme loco?

-Comprendo muchas cosas- le espetó Gabe soltándolo.

Jamison respiró hondo y su rostro recuperó el color.

-Él me tenía atrapado, ¿no lo comprendes? Le dije a Rich que no lo haría, pero me contestó que si no lo hacía lo pagaríamos caro. Así que lo intenté, aunque me rompió el corazón, lo intenté. Pero no dio resultados. Se suponía que no debía hacerlo ese día en Belmont, pero no pudo. ¡Dios, Gabe! Se colgó. No tiene sentido morir por un caballo.

-¿Y te parece que vale la pena matar por un caballo?

-Te he dicho que yo no.....

-Convéncete tú mismo de eso- repuso Gabe-. Convéncete de que fuiste una víctima, Jamie. Que te usaron. Que lo que les sucedió a Benny Morales, a Mick, a Reno y al mismo Lipsky fue sólo cuestión de mala suerte. Y luego veremos si puedes vivir con eso.- Se puso de pie y apartó la silla de un puntapié.

-Hice lo que tenía que hacer. Lo enfrenté. Esta misma noche lo enfrenté.

Gabe alzó la cabeza y lo miró.

-¿De qué estás hablando?

-Rich estuvo aquí hace una hora. Borracho como una cuba, y tan despreciable como siempre. Hablaba como un loco. Decía que iba a matar a los caballos e incendiar las caballerizas. Sólo Dios sabe lo que hubiera hecho si yo no lo hubiera apaciguado.

Gabe se volvió y empezó a bajar la escalera mientras Jamie le seguía dando explicaciones a voz en cuello. Encendió las luces de las caballerizas y contuvo el pánico mientras revisaba los boxes uno a uno.

-Te he dicho que no lo dejé entrar en las caballerizas- repitió Jamison-. Le dije que se fuera a dormir la mona, que habíamos terminado, que después de lo de Reno no pensaba seguir haciendo sus trabajitos sucios.

Gabe se detuvo frente a la puerta del box de *Double*. El potrillo se adelantó y le mordisqueó la mano.

-Estás acabado, Jamie. Haz las maletas y vete esta misma noche.

-Un hombre tiene derecho a un lugar propio. Deberías saberlo.

-Sí, lo sé. Pero el tuyo ya no está aquí.

En menos de veinte minutos, Gabe había despertado a tres mozos de cuadra a quienes puso de guardia en las caballerizas. Hasta que encontrara a su padre, habría guardia durante las veinticuatro horas del día. “Volverá”, pensó Gabe mientras se encaminaba a la casa. Aquella nefasta combinación de codicia y odio lo haría volver. Rich Slater sólo se conformaría con la total infelicidad de su hijo. Debía destruir lo que fuera más importante para Gabe, lo más querido.

Pero esta vez sería distinto. Esta vez....La sangre abandonó el rostro de Gabe cuando sus propias palabras le resonaron en la cabeza. “Lo más querido”

Kelsey.

Gertie se puso la nueva crema cosmética que había comprado a través de un canal de ventas por televisión, un placer pecaminoso que a veces se permitía. La joven vendedora afirmaba en la pequeña pantalla que aplicarse esa crema casi equivalía a volver a nacer.

Gertie no esperaba milagros, tan sólo un alivio temporal de las arrugas que parecían florecer en su cara con creciente regularidad.

“¡Vanidad!” pensó divertida mientras se miraba en el espejo. Una tonta vanidad para una mujer que hacía más de medio siglo que había venido al mundo. Pero al mirarse más de cerca le pareció distinguir una nueva suavidad alrededor de los ojos, donde las patas de gallo eran más profundas.

Satisfecha con el nuevo ritual nocturno, se puso de pie para sacarse la bata. Sonrió al oír el crujido que indicaba que acababan de abrir la puerta de la cocina.

“Ese chico sin duda saqueará la nevera y dejará la cocina perdida”, pensó. Los chicos de la edad de Channing nunca se cuidaban de no desparramar migas. Quizá fuera mejor que ella misma le preparara un plato u un vaso de leche en lugar del refresco que siempre bebía.

-Ya te he oído- dijo abriendo la puerta de su dormitorio, que daba a la cocina-. No es necesario que te muevas de puntillas. Siéntate y yo.....-Se interrumpió, frunciendo el entrecejo. A la luz de la lámpara que había dejado encendida para Channing, la cocina estaba silenciosa, impoluta y desierta-. Los oídos me están engañando- dijo en voz alta-. Tal vez en la televisión también vendan algo para eso.

Empezó a volverse cuando de pronto un relámpago de dolor estalló en su cabeza. Gertie lanzó un grito ahogado y cayó al suelo.

Rich la miró sonriente. “He cazado a esta bruja en su propia madriguera”, pensó mientras acariciaba el palo con que la había golpeado. Dio un paso y trastabilló. “Serénate”, se dijo, y metió la mano en el bolsillo en busca de la petaca. Cuando obre su lengua sólo cayeron unas gotas de whisky, lanzó una maldición. Volvió a meter la petaca en el bolsillo y pasó por encima del cuerpo inconsciente de Gertie. Por aquí debe haber alguna bebida alcohólica- pensó-. Y de la mejor calidad. Una vez hubiera recargado sus baterías, cazaría a la bonita paloma de Gabe.

En el piso de arriba, Kelsey bebía otra taza de té mientras se paseaba por su habitación. Estaba deseando que volviera Channing. Por lo menos entonces tendría con quien conversar. ¿Y quién mejor que él para comprender su horrible conflicto de lealtades familiares? Ni siquiera Gabe, a pesar de todo lo que la apoyaba, compartía sus mismos recuerdos, los mismos afectos y frustraciones. Y cuando un problema era auténtico, Channing era una verdadera roca.

Por la mañana, y para eso faltaban pocas horas, le contaría a Naomi todo lo que sabía. Y al contar esa historia, Kelsey sabía que estaría liberando a una mujer a quien quería y condenando a otra que también quería. Porque a pesar de toda la amargura y la desilusión que sentía, todavía quería a su abuela.

“Milicent *la Magnífica*”, pensó, cerrando los ojos.

¿Cómo iba a sobrevivir, no sólo a las consecuencias legales, sino también al escándalo? ¿Y cómo lograría ella misma sobrevivir sabiendo que iba a enviar a la cárcel a su propia abuela?

Dio un respingo al oír el sonido de un objeto de vidrio que se hacía añicos en la planta baja. “Channing”, pensó, depositando la taza sobre una mesa. No había duda de que estaba allí abajo, moviéndose en la oscuridad en un pueril intento de no despertar al resto de la casa.

Kelsey salió de su habitación y bajó la escalera para ir a su encuentro.

-¡Channing, pedazo de tonto! ¿Qué has roto? No quisiera estar en tu pellejo si fue uno de los caballos de cristal de Naomi.

Al llegar a la base de la escalera se detuvo y escuchó. Reinaba un silencio tan completo que le corrió un escalofrío por los brazos. “Tranquila”, de ordenó, frotándoselos para calentarlos.

-¡Vamos Channing! No tengo tiempo par jueguecitos. Necesito hablar contigo.

Encendió la luz del vestíbulo.

-Sé que estás ahí. Tu gracioso andar, idéntico al de un gato, siempre te traiciona. Es importante, Channing.

Ya enfadada, entró al salón. A la luz de la luna alcanzó a ver el reflejo de trozos de cristal sobre la alfombra.

-¡Maldición! ¡Fue uno de los caballos! Te felicito -agregó, y se arrodilló para recoger los pedazos.

En ese momento Rich encendió la luz y miró sonriente a Kelsey.

-¿Crees que se pueden unir los pedazos de lo que se ha roto?-dijo, y lanzó una carcajada.

CAPÍTULO 29

Kelsey soltó un grito de dolor y sorpresa cuando, al cerrar la mano sobre un trozo de cristal, se hirió y la palma empezó a sangrarle.

-¡Cuidado preciosa!- dijo Rich, acercándosele-. Puedes cortarte la mano en lonchas.- Se inclinó para ver la herida y luego le ofreció un pañuelo con gesto galante-. No pretendía asustarte, pero me pareció que era hora de que habláramos. Sobre todo considerando que casi todas las noches calientas la cama de mi hijo.

-¡Usted es el padre de Gabe!- exclamó Kelsey poniéndose de pie, pero Rich estiró una mano y la sujetó por el brazo.

-Tenemos un parecido asombroso, ¿verdad? Las señoras siempre dicen que mi hijo y yo formamos una espléndida pareja.- Le recorrió la cara con ojos brillantes por el alcohol y la lascivia.- Bueno, de cerca eres aún más bonita, muñeca. No me cuesta imaginar por qué mi hijo te sigue como un perrito faldero. No, no me cuesta nada. Ten.- Le metió el pañuelo en la mano ensangrentada-. Envuélvetela.

Ella obedeció maquinalmente.

-Si busca a Gabe....- Se interrumpió y evaluó con rapidez la situación-. Está arriba- agregó-. Subiré a decirle que está aquí.

-Lo único que nunca he tolerado a las mujeres es la mentira.- Con un brusco movimiento la arrojó a un sillón-. Será mejor que lo sepas desde ahora.- Se inclinó sobre el sillón, atrapándola entre sus brazos-. En este momento Gabe no está arriba, ¿no es cierto? Hace un rato lo vi llegar en su acoche elegante y dejarte aquí. No comprendo por qué se le ha ocurrido volver a su casa y a una cama fría cuando tiene a una muñeca como tú. Pero siempre me costó enseñarle las cosas a ese muchacho.

Le palmeó la mejilla y se sintió poderoso al ver que ella se echaba atrás, tratando de esquivarlo.

-Pero esto ha resultado muy acogedor. Tú y yo solos, conociéndonos....Pero ¿qué es esto? – Lanzó una risita, le tomó la muñeca y la obligó a levantar la mano-. ¿Mi hijo piensa convertirte en una mujer honesta, ricura? Bueno, desde luego eres mejor que las putas con que iba antes. Y no lo digo por ofenderte.

-Descuide- contestó Kelsey, decidida a seguirle el juego-. No me ofende. Gabe y yo nos casaremos en agosto. Espero que usted asista a la ceremonia.

Lanzó una exclamación cuando Rich le dio una bofetada. Pero la expresión agradable del padre de Gabe permaneció inalterable.

-¿Qué te he dicho sobre las mentiras? Lo que a ti y a mi hijo os gustaría sería que yo me cayera muerto aquí mismo, ¿no es así?

Kelsey parpadeó

-Yo a usted no lo conozco- dijo. Pero lo conocía bastante como para temerle y el temblor de sus manos la traicionó.

-¡Claro que me conoces! Apuesto a que mi querido hijo te ha contado muchas cosas sobre mí. Y tu mamá también.- Al pensar en Naomi su sonrisa se hizo amarga-. Ella tiene mucho que decir acerca del bueno del viejo Rich Slater.

Kelsey apoyó la barbilla contra el pecho par impedir que temblara.

-Lo siento. Ella nunca le ha mencionado.

La sonrisa de Slater se torció.

- Siempre fue una perra. Y tú te pareces a ella.

-En algunas cosas....Me está lastimando, señor Slater.

-Rich, preciosa, o mejor aún: papaíto, ya que vas a formar parte de la familia.- La sola idea le hizo reír hasta que los ojos se le llenaron de lágrimas-. Una gran familia feliz. Apuesto a que la vieja bruja está furiosa. ¿Te he dicho que conozco a tu abuela? La conozco muy bien. Debe de estar echando espuma por la boca de sólo pensar que su nieta se va a casar con mi hijo. Ella odiaba a tu madre, ¿sabes? La odiaba a muerte.

-Ya lo sé.

-¿Sabes lo qué pienso?- Pellizcó la mejilla de Kelsey con tanta fuerza que la hizo hacer una mueca de dolor-. Creo que deberías preparar una copa para ambos. Entonces sí podremos conocernos.

-De acuerdo.- Al ver que él retrocedía, Kelsey se levantó del sillón. Miró la puerta del patio y la puerta que llevaba al vestíbulo. Si conseguía salir de la habitación escaparía de las garras de aquel hombre.

-No, querida. Ni lo intentes.- Le pellizcó el brazo brutalmente-. Estoy seguro de que no quieres intentarlo.

-En ese mueble hay coñac Napoleón.

-Bueno, eso me parece fantástico.- Mantuvo la mano sobre el brazo de Kelsey y la arrastró hasta el mueble-. Sirve un par de copas. Beberemos los dos.

“Él ya está borracho”, pensó Kelsey, frenética. Si le servía una ración generosa tal vez lograra escapar de sus garras.

-Gabe me dijo que usted ha viajado mucho.

-He estado aquí y allá.

-A mí me encanta viajar.- Sonrió y le entregó una copa-. ¡Salud!- agregó, entrechocando su copa con la de él.

-Tienes una frialdad envidiable- dijo Rich bebiendo el coñac de un trago y lanzando un suspiro de satisfacción-. Ésa era una de las cosas que me gustaban de tu madre. Naomi era como un gran vaso de agua fría, pero nunca me dejó probar ni un sorbo. Permitiría que los demás bebieran grandes tragos, pero al viejo Rich no le permitió probar ni una gota. Tal vez ahora me lo permitirá. Apuesto a que consigo hacerla cambiar de idea. ¿Está arriba?

-Mamá no está en casa.- Antes de acabar de pronunciar la frase, Kelsey trastabilló a causa de la bofetada que recibió.

-¡Zorra embustera!- Con una sonrisa, Rich bebió más coñac-. Zorra embustera y fría, como tu madre. Tal vez prefieras que en lugar de probarla a ella te pruebe a ti.- Rió a carcajadas de la expresión de terror de Kelsey-. No, no, no estaría bien que me metiera donde ya ha estado mi hijo. Además prefiero una mujer.....más madura. Naomi ha estado un par de veces en la pista, ¿no es verdad? Bueno, si tu abuela me hubiera contratado a mí en lugar de al tonto de Bradley, las cosas habrían sido distintas. ¿Por qué no vamos a preguntarle a Naomi si ahora le gustaría follar con Rich?

-¡No se acerque a mi madre!- La cabeza le daba vueltas, pero consiguió ponerse en pie. La visión se le nublaba, porque el golpe le había afectado un ojo-. Si la toca, lo mataré.

-Sí, eres como tu madre. Matáis a un hombre por tratar de hacer algo perfectamente natural.

-Sabemos todo lo que usted hizo.- Mareada, se apoyó contra el mueble. “Sólo necesito un minuto para que remita el dolor de cabeza y recuperar la fuerza de las piernas”, pensó-. Gabe no está aquí porque fue en busca de la policía. Llegaran en cualquier momento.

Kelsey retrocedió y estuvo a punto de caer cuando él volvió a alzar la mano.

-Dime la verdad, preciosa, si quieres conservar esa bonita cara.

-Es la verdad. Esta noche nos encontramos con Charles Rooney. Él nos llamó después que usted estuvo en su oficina. Nos lo contó todo.- Tratando de ganar tiempo empezó a enumerar los detalles. Por la expresión de Rich, se dio cuenta de que la creía, y también se dio cuenta de que aquel hombre podía hacer algo mucho peor que darle una bofetada-. Si se queda aquí lo encontrarán- continuó-, y lo encarcelarán. Igual que usted hizo encarcelar a mi madre. Es posible que todavía consiga huir. Si se da prisa tal vez no lo alcancen.

-No tiene nada en mi contra. Absolutamente nada.- Tomó la copa de Kelsey y bebió su contenido-. No son más que faroles. Y te has olvidado de abuelita.

-No, no la olvido. Encerraron a mi madre con mentiras. Será fácil encerrarlo a usted con la verdad.

-Él es muy capaz de traicionarme.- Enfurecido, Rich arrojó la copa contra la chimenea y la hizo añicos-. Mi propia carne y mi propia sangre volviéndose en mi contra. Tendremos que hacer que se arrepienta de eso. Que se arrepienta mucho.

Se abalanzó hacia Kelsey. El pánico y la juventud permitieron que ella lo esquivara y Rich apenas consiguió aferrar la manga de su camisa. Cuando la tela se desgarró, Kelsey corrió hacia la puerta.

Él la alcanzó y la derribó propinándole un doloroso golpe. Jadeando y sollozando, la muchacha empezó a soltar puntapiés a ciegas. Le pegó uno en el hombro y otro en pleno pecho mientras se arrastraba desesperada, centímetro a centímetro, por la alfombra.

Estaba convencida de que Rich la iba a matar. Que la golpearía y la estrangularía con sus grandes manos. Y que cuando terminara con ella, atacaría a Naomi.

Gritó agudamente cuando Rich le echó la cabeza hacia atrás, aferrándola por el pelo. Hubo un relámpago de luz en sus ojos, como cometas disparados por un dolor horrible. En ese momento, de haber podido recuperar la voz, habría suplicado, pero le costaba respirar.

-Te he cogido, ¿verdad? ¡Te he cogido! ¡ Y tú te creías una puta tan lista!

Kelsey clavó los dedos en la alfombra, estiró la mano, luego la cerró sobre un trozo de cristal. Enloquecida de terror y dolor, atacó a Rich.

Entonces fue él quien gritó y retrocedió con la sangre manando de su mejilla, donde lo había herido la pata de cristal de un purasangre.

Entre sollozos, Kelsey se puso de pie y huyó de la habitación, cojeando y a tropezones, seguida por las maldiciones de Rich.

Cayó al pie de la escalera mientras luchaba por recuperar el resuello, por sofocar su miedo para poder pensar. Cuando gritó, para advertir a su madre, de su boca solo surgió un débil aullido. Empezó a arrastrarse escaleras arriba, sintiendo la sangre y el miedo en la boca, y al llegar a la parte superior consiguió ponerse de pie justo en el momento en que oyó que Rich la seguía.

-¡No!- gritó arrojándolo un jarrón lleno de lilas. El ruido del golpe y un gruñido de dolor le proporcionaron unos instantes preciosos para tratar de abrir la puerta del dormitorio de su madre.

-¡Mamá! ¡ Oh, por Dios, mamá!- Tras un esfuerzo supremo, abrió la puerta violentamente, entró y cerró de un portazo-. ¡ Levántate, mamá!- Lloraba mientras con dedos entumecidos por el miedo intentaba echar la llave-. ¡Por el amor de Dios, levántate!

Se precipitó hacia la cama y tironeó a Naomi de los hombros, temblorosa y suplicante.

-¿Qué....? – Aturdida por el somnífero, Naomi apartó la mano de su hija-. ¿Qué pasa?

-¡Despierta! ¡Tenemos que huir! ¡Él está aquí!

-¿Quién está aquí?- preguntó Naomi, parpadeando y con los ojos pesados de sueño-. ¿Kelsey? ¿Qué ocurre?

-¡Nos matará! ¡Levántate de una vez, maldita sea!- Volvió a gritar cuando Rich arremetió contra la puerta-. ¡ No va a aguantar! ¡Dios mío, no aguantará! ¿Todavía tienes el arma?

Murmuró una plegaria mientras abría el cajón de la mesilla de noche. Allí estaba, el cromado resplandeciendo a la luz de la luna.

-¿Qué haces?- Adormilada y mareada, Naomi consiguió volverse en la cama-. ¡Dios santo, Kelsey! ¿Qué haces? ¿Quién está del otro lado de la puerta?

Pero en ese momento la madera se rajó y Kelsey miró fijo la puerta. Sostenía el arma con ambas manos, intentando que no se le escurriera entre los dedos temblorosos.

Rich entró como una tromba, con la mejilla ensangrentada. Y sólo vio a Naomi arrodillada sobre la cama, con el camisón transparente deslizándose de su

hombro. Saltó hacia delante, enseñando los dientes. Kelsey sintió que el arma retrocedía como un ser viviente, haciéndolo vibrar los hombros.

Nunca oyó el disparo.

-¿Alec?- El somnífero embotaba la mente de Naomi, mezclando escenas del pasado y el presente.

-No es Alec.- Kelsey oyó su propia voz como si viniera de muy lejos-. Es el padre de Gabe. Acabo de matar al padre de Gabe.

-¿Slater?- Como en un sueño, Naomi se levantó y, lo mismo que muchos años atrás, se inclinó sobre el cadáver de un hombre. Antes de volver a enderezarse, en un movimiento mecánico, le tomó el pulso-. ¿Rich Slater?- Confusa, se pasó la mano por los ojos-. ¡Por el amor de Dios! ¿Qué está pasando aquí?

-Lo he matado- balbuceó Kelsey dejando caer el brazo, con el arma todavía colgando de su mano.

Naomi miró el rostro de su hija y reconoció la conmoción, la incredulidad y el miedo. Obligó a sus piernas temblorosas a moverse.

-Siéntate, Kelsey. Eso es, siéntate.- Con suavidad la ayudó a sentarse en el borde la cama. Ya nada importaba, sólo Kelsey.

-Dame el arma.....Así, muy bien.- La dejó a un lado-. Ahora inclina la cabeza entre las piernas y respira hondo.

-¡ No puedo! No puedo respirar.

-Sí, claro que puedes. Respira lento y hondo. Así, querida.- Mientras Kelsey trataba de hacerlo, Naomi le explicó su plan-: Ahora te diré lo que vamos a hacer y quiero que me escuches con atención y que hagas exactamente lo que te diga. ¿De acuerdo?

-Quería matarnos, a ti y a mí. Nos habría matado a las dos. Pero yo lo maté a él. No recuerdo haber apretado el gatillo, pero debo haberlo hecho.- Los dientes empezaron a castañearle-. Yo le disparé.

-No. Yo le disparé. Mírame, Kelsey.- Levantó con suavidad el rostro aterrorizado de su hija-. ¡Oh, Dios!- Se estremeció y hundió las uñas en las palmas para soportarlo-. Escúchame, cariño. Rich entró por la fuerza y...- acarició el corte que Kelsey tenía en la mejilla-, y te hizo daño. Así que yo cogí el arma y le disparé.

-No, no ocurrió así. Yo no podía despertarte.

-No, no querida. Desperté en cuanto entraste. Recuérдалo. Tú venías huyendo de él. Entonces Rich derribó la puerta y yo le disparé. Ahora voy a llamar a la policía y eso es exactamente lo que les diremos.

-Yo no...- Kelsey se llevó una mano a la cabeza, mareada-. Yo no....- Se volvió y gritó de angustia al oír pasos apresurados que subían la escalera.

-¡Santo Dios!- Gabe miró fugazmente a su padre y clavó la mirada en las dos mujeres abrazadas en la cama-. ¡Kelsey!- Corrió a su lado, se arrodilló y le tomó las manos heridas-. ¡Te ha herido! ¡Mira tu cara!- Se puso de pie con una mirada mortífera-, Lo mataré con mis propias manos.

-Ya lo he hecho- dijo Naomi con tranquilidad-. Vete de aquí, Gabe. Sácala de esta habitación. Voy a llamar a la policía.

-Estoy bien- insistió Kelsey, pero cuando intentó ponerse de pie se desmayó.

-Necesitas acostarte- dijo Gabe- cogiéndola en brazos-. Yo te cuidaré.- Miró a Naomi-. Me encargaré de ella.

-Haza que se quede en su habitación hasta que yo haya terminado con esto- dijo Naomi, tomando el teléfono.

-Él estaba allí...- murmuró Kelsey, estremeciéndose, mientras Gabe la llevaba a su dormitorio y la acostaba en la cama-. Estaba allí...Forzó la entrada a la casa.

-Tranquilízate.

Quería abrazarla y quería destrozar algo o a alguien hasta convertirlo en polvo. Pero en lugar de ello la cubrió con la colcha. El impacto de lo ocurrido la hacía temblar y sus pupilas era dos puntos diminutos. Y su rostro.....Gabe cerró los puños con impotencia. No podía pensar, en ese momento no podía permitirse pensar que su propio padre la había hecho eso.

Se dirigió al baño con rapidez, humedeció una toalla y llenó un vaso de agua.

-Aquí tienes, cariño.- Le levantó con suavidad la cabeza y le acercó el vaso a los labios.- Bebe agua.

-Estaba abajo- dijo Kelsey aferrando al colcha-. No era Channing como yo creía. El caballito de cristal estaba hecho añicos y él estaba allí....No hacía nada más que sonreír...Me abofeteaba y sonreía.

Gabe apretó con tanta fuerza la toalla húmeda que los nudillos se le pusieron blancos.

-Ya no te hará más daño.- Con dedos tan temblorosos como los de ella, le enjugó la sangre-. Aférrate a mí, Kelsey. Ya nadie te volverá a lastimar.

-No conseguí engañarlo.....- Se arrimó a él temblorosa. Tenía frío, mucho frío, y Gabe le daba calor-. Lo intenté pero estaba muy asustada y furiosa. Y él se dio cuenta, y volvió a pegarme.- Apoyó la cara contra el cuello de Gabe-. ¡Tiene manos grades!

“Y le gustaba utilizarlas para maltratar a las mujeres”, pensó Gabe, sombrío.

-Yo lo habría matado con mis propias manos por haberte tocado.

-No se trataba de mí.....- De repente se sentía terriblemente cansada-. Se trataba de ti, quería herirte a ti.....

-Lo sé.- Volvió a apoyarle la cabeza sobre las almohadas-. Ahora todo ha terminado.

Por un instante ella cerró los ojos. A medida que le iba pasando la conmoción, el dolor era más fuerte. Sentía el cuerpo destrozado.

-Regresaste.....- Buscó a tientas la mano de Gabe y la encontró.

-Sí.- Miró las manos unidas de ambos-. Tuve un presentimiento, pero llegué demasiado tarde.

Kelsey abrió los ojos con expresión de pánico.

-¡Naomi!

-Está bien. Si hubieras estado sola.....- De sólo pensarlo sintió una punzada en el estómago-. Kelsey, te voy a dejar en paz. Ahora mismo.

-¿En paz?- Levantó una mano para tocarse la cara palpitante. La pesada niebla que la envolvía se iba disipando y ya distinguía a Gabe con claridad. La tensión endurecía su rostro y la emoción empañaba sus ojos-. Oh, Gabe...- le pasó una mano por la cara para tranquilizarlo-. No digas tonterías. Ya estoy bien.

-Te golpeó y te agredió.- Apartó la mano que Kelsey aferraba y se puso de pie-. Era mi padre. No importa que me haya pasado la vida tratando de borrar toda huella de él. Llevo su sangre y siempre la llevaré. Yo no tengo lugar en tu vida, Kelsey. El mayor favor que te puedo hacer es salir de ella.

Con esfuerzo, Kelsey se sentó en la cama. En ese momento le dolían todos los huesos.

-¿Te he pedido algún maldito favor?- repuso y en ese momento las sirenas rompieron el silencio de la noche y resonaron en su cabeza dolorida-. Si quieres

hacerme un favor, consígueme un par de aspirinas y guárdate tus ridículos gestos grandiosos.

Gabe sonrió.

-Estoy tratando de comportarme con nobleza.

-Bueno, no sirves para eso. Y no me gusta la gente noble. Me gustas tú.- Se apartó el pelo y lo miró-. ¿Crees que podrás escapar mientras yo estoy caída? Teníamos un trato, Slater, y no dejarás de cumplirlo.

-Nunca dejo de cumplir un trato.- Se volvió a sentar en el borde de la cama y apoyó las manos en los hombros de Kelsey-. Éste ha sido mi último intento de nobleza. De todos modos no sirvo para héroe. Debí matarlo yo, Kelsey.

Ella volvió a tomarle al mano.

-No te tortures. No podías saber que estaría aquí. Y a pesar de todo, regresaste.- Frunció el entrecejo-. ¿Por qué lo hiciste?

-Ahora no tiene importancia. Pero debí ser yo y no Naomi quien lo matara.

Kelsey volvió a palidecer.

-No fuiste tú- dijo con lentitud-, y tampoco fue Naomi. Fui yo quien mató a tu padre, Gabe.

Naomi bebió con lentitud la copa de coñac. Estaba sentada en la cocina. Las luces eran muy intensas y le hacían doler los ojos. Le temblaban las manos.

Pero ella podía encargarse del asunto. En lo único que podía pensar era en su hija, que estaba arriba, herida y aterrorizada. Y Gertie, la dulce Gertie, se encontraba en una ambulancia, rumbo al hospital.

-Debe de haber entrado por aquí- dijo-. Golpeó a Gertie y Ella se recuperará, ¿verdad?- Durante un instante le temblaron los labios-. ¡Gertie es tan pequeña y tan inofensiva!

-Los enfermeros dijeron que estaba lúcida, señorita Chadwick- respondió Rossi en voz baja. Naomi tenía todo el aspecto de poder desplomarse en cualquier momento-. Sabremos cómo está en cuanto haya llegado al hospital.

-Moses debió haberla acompañado. Debí obligarlo a acompañarla.

-Él no quiere dejarla a usted sola. Ya bastante nos cuesta tenerlo fuera. Pro favor, dígame lo que sucedió.

Naomi respiró hondo y comenzó a hablar.

-Entró en la casa. Yo estaba arriba, durmiendo. Me despertó un ruido. Antes de poder levantarme, Kelsey entró corriendo en mi dormitorio. Estaba aterrorizada, histérica. Su cara.... me di cuenta de que le había pegado.

Se llevó una mano a la boca. Mientras sucedía todo eso, ella dormía. Dormía mientras aquel hombre golpeaba a su hija.

-Después oí golpes en la puerta del dormitorio, como si alguien se estuviera arrojando sobre ella. Saqué el arma del cajón de la mesilla de noche y, cuando él entró, le disparé-

Rossi la observó levantar la copa con ambas manos para que no le temblaran mientras bebía.

-¿Usted estaba en la cama cuando le disparó, señorita Chawick?

-Sí....no.- Dejó la copa sobre la mesa. Debía ser cuidadosa, muy cuidadosa-. Estaba frente a la ventana. Me había levantado. Todo sucedió con mucha rapidez.

-¿Dice que la despertó un ruido y que su hija entró corriendo antes de que usted pudiera levantarse y averiguar lo que sucedía?

-Sí.- ¿Por qué repetían siempre lo que ella decía? Recordó que también lo habían hecho antes. No importaba lo que dijera, nunca importaba.

-¿Ha estado en el salón desde que llamó a la policía, señorita Chadwick?

-No.- Apretón los labios. Sin duda se trataba de un treta-. No bajé. Permanecí arriba hasta que ustedes llegaron.

-El salón está devastado. Sangre, muebles rotos, cristales.....Yo diría que son daños que no se hace en pocos minutos. Así que hubo tiempo más que suficiente para que una persona se levantara y averiguara lo que sucedía.

-Yo estaba.....asustada.- ¿No debería decirle que había tomado un somnífero?-. Me quedé en mi habitación porque estaba asustada.

-¿Con un teléfono a su lado y un arma en la mesilla de noche?

Naomi lo miró a los ojos.

-Entró a la fuerza en mi dormitorio- repitió-. Y yo le disparé.

-No es cierto- dijo Kelsey, entrando en la cocina. Aunque agradecía el apoyo del brazo de Gabe, se apartó de él-. Mamá no mató a nadie.

-No deberías estar aquí.- Presa del pánico, Naomi se levantó de la silla-. Llévatela arriba, Gabe. Está conmocionada.- Desesperada, apoyó una mano sobre el brazo de Rossi-. Usted mismo puede comprobar que está conmocionada. ¡Mire

lo que le hizo ese bastardo! ¡Mire lo que le hizo a mi hija! Está en estado de shock. Ella no sabe lo que sucedió.

-¡No sigas!- exclamó Kelsey, acercándose a la mesa. A la luz brillante, sus heridas y magulladuras destacaban sobre la piel blanca-. No permitiré que hagas esto. No es necesario. Y no está bien.

-¿Por qué no se sienta, señorita Byden- invitó Rossi-, y me cuenta qué sucedió?

-¡No!- Naomi rodeó la mesa y cogió a Kelsey del brazo-. Escúchame, Kelsey, estás confundida. Gabe te llevará al hospital y yo me haré cargo de esto.

-No- dijo ella meneando la cabeza y abrazando a su madre-. No, mama.

-No permitiré que pases por esto.¡ No lo permitiré!- Temblando, estrechó a su hija con fuerza-. Tú no sabes cómo es. No importa lo que digas no lo que realmente sucedió. Te llevarán de todas maneras, Kelsey. ¡Por favor, escúchame!

-Claro que importa- murmuró Kelsey-. Esto no es como antes.

“Pero lo es- pensó Naomi-. Por supuesto que lo es”

-Mis huellas digitales están en el arma.- Con el rostro duro como la piedra, Naomi se volvió hacia Rossi-. El arma estaba en mi habitación. Rich Slater fue herido de muerte en mi habitación. Eso debería bastarles.

-Siéntate, Naomi- dijo Gabe con suavidad.

-¡Dijiste que la cuidarías!- le reprochó Naomi volviéndose hacia él-. Vamos, oblígala a subir a su habitación.

-Señorita Chadwick- dijo Rossi mirándola a los ojos-, hay una prueba muy sencilla que demostrará si fue usted o su hija la que disparó el arma.

-¡Me importan un bledo sus pruebas! ¡Usted no meterá a mi hija en una celda!

-Creo que en eso estamos de acuerdo. Por favor, siéntese- agregó Rossi.

-Vamos- dijo Kelsey rodeando con un brazo los hombros de su madre-. Te prometo que no hay por qué preocuparse.

-¿Le apetece una copa de coñac, señorita Byden?- preguntó Rossi cuando todos se sentaron.

Kelsey miró la copa y se estremeció.

-No. Ha dejado de gustarme.- Respiró hondo-. Oí romperse un objeto de vidrio en la planta baja- empezó.

CAPÍTULO 30

Las gotas de rocío resplandecían sobre la hierba. Desde su silla en el patio, Kelsey las miraba a sabiendas de que en poco rato más el sol las evaporaría.

En las cuadras se atendía a los caballos, se limpiaban los boxes y se llenaban los comederos. A ella todavía el cuerpo le dolía lo suficiente para impedir que se lamentara de que le hubieran prohibido trabajar durante una semana.

Cuando la puerta se abrió a sus espaldas, volvió la cabeza y sonrió a su madre.

-¿Cómo está Gertie?

-Mucho mejor. Ya refunfuña.- Naomi lanzó un suspiro, se sentó y estiró las piernas. Pensó en servirse un café de la cafetera que había sobre la mesa, pero no lo hizo. Tenía demasiada pereza-. Estoy intentando convencerla de que se quede un par de días en la cama. Si se levanta, empezaré a preocuparme.

-Pobre Gertie.

-En este momento está devorando las ofertas del canal de ventas. ¿Cómo te sientes?

-Muy bien, hasta que me miro en el espejo.- Sonrió. En los últimos dos días algunos moratones se habían borrado, pero aparecieron otros-. Hasta ese momento todo me parece un sueño. No sé si será una etapa. Sé que maté a un hombre, pero de alguna manera no alcanzo a sentir el horro de lo que hice.

-No lo intentes. Hiciste lo que tenías que hacer para protegerte. Y para protegerme.- Naomi levantó la cara hacia el sol-. Yo ni siquiera recuerdo a Rich Slater. Supongo que debo haberlo visto de vez en cuando en los hipódromos. Tal vez hasta le haya hablado, pero en realidad no lo recuerdo. No hago más que pensar que debería recordarlo, que su cara debería estar vívida en mi mente. ¿Cómo es posible que no recuerde a un hombre que tuvo tanto que ver con la forma en que se desarrolló mi vida?

-Es que él nunca te importó. Y lo sabía. Eso fue, en parte, lo que le dio tanta furia. Y buscó la manera de hacértelo pagar, al mismo tiempo que ganaba dinero.- Le acercó un plato con *croissants*.

-*Sun Spot*- murmuró Naomi-. ¡Dios, cómo quería a ese caballo! Sí, no hay duda de que Rich Slater me hizo pagar mi indiferencia.

-Mi abuela utilizó a Alec Bradley para eso y para muchas otras cosas. Y a Cunningham.

-Bill.- Naomi meneó la cabeza-. Ese hombre es más tonto de lo que yo creía. ¿Y qué ganó, Kelsey, entonces y ahora?

-Antes no pagó por lo que hizo, pero ahora lo pagará. La policía y la Comisión de Carreras se encargarán de que Cunningham pague por los que les hizo a *Pride* y a *Sun Spot*.

-¡Hace tantos años que ocurrió! Nadie relacionará una cosa con la otra.

-Tal vez si hubiera terminado allí, y también las mentiras y las tristezas, si Gabe no hubiera vuelto.- Sonrió mientras Naomi cortaba en dos un *croissant*-. Si Gabe no se hubiera convertido en el hombre que es.

-Y si tú no te hubieras enamorado de él. Eso es algo que hace menos penoso todo lo sucedido.¿Cuándo pienso en lo que podía haber pasado.....!

-Pero no ocurrió. Rich Slater pagó por lo que hizo y el caso está cerrado. Defensa propia.

-Supongo que fue una tontería que le mintiera a la policía.- Dejó a un lado el trozo de *croissant*-. No me creyeron. Que ironía, ¿verdad? Una vez dije la verdad y otra vez mentí, y ninguna de las dos dio el resultado que yo esperaba.

-Tratabas de protegerme.- Kelsey consideró que había llegado la hora de decirlo y rogó que ella entendiera el verdadero significado de sus palabras-. Cuando yo era apenas una niña también trataste de protegerme. Te equivocase ambas veces, y ambas veces tuviste razón.

-No resulta fácil de entender.

-He tardado mucho en comprender que no siempre la respuesta en una sola.- Apretó los labios antes de seguir hablando-. Te agradezco lo que estás haciendo por Millicent. ¡No, por favor, no te pongas tensa! Te lo agradezco, aunque en el fondo de mi corazón no pueda resolverlo, aunque sea una mentira. Te lo agradezco.

-¿Y qué importa ahora, Kelsey?¿Qué ganaría si saliera a la luz toda la historia y destruyera lo que le queda de vida?- Los pájaros cantaban dulcemente-. Nada me devolvería esos años perdidos ni cambiaría lo que les sucedió a Mick, *Pride* y Reno.

-Ella es responsable de todo eso- dijo Kelsey con una mezcla de vergüenza y amargura-. Aunque no haya tendido intención de que alguien muriera, es responsable.¿Así que contrató a otras personas para que hicieran lo necesario

para proteger el apellido familiar? ¿Y ahora que apellido le queda?- preguntó Kelsey-. ¿Qué honor?

-Tendrá que vivir con esa carga. Y no lo hago por ella.

-Lo sé

Naomi alzó una ceja.

-Además, no es una actitud completamente generosa. No quiero volver a revivir lo sucedido con la prensa y la policía. Y me has hecho el regalo de creer en mí, hasta el punto de quedarte en Three Willows.

-No fui la única que creyó en ti. Y si se contara la historia, todo el mundo sabría lo que sucedió con Alec Bradley, con *Pride* y con el resto.

-“*Todo el mundo*” me importa muy poco.- Naomi decidió que después de todo se serviría un café.- Anoche lo hablé con Moses y los dos estamos de acuerdo.- Sonrió y agregó crema al café-. Cuando una mujer tiene a un hombre que permanece a su lado en los peores momentos, el resto es fácil.- Oyó llegar aun coche-. Ése ha de ser Gabe.

-Espero que lo sea. Se suponía que durante el desayuno hablaríamos sobre el menú que se servirá durante la recepción.

-Entonces será mejor que os deje a solas.

-No; quédate . Así podrás ver lo que ya he decidido y darme un margen de confianza.- Kelsey se inclinó y tomó la mano de su madre-. Te quiero mamá.

Naomi se emocionó.

-Lo sé.

Kelsey se levantó para recibir a Gabe. Se sorprendió al ver que con él llegaba su padre.

-¡Papá! ¿Tú aquí?

-¡Oh, Kelsey!- Philip rodeó con las manos el rostro de su hija. Nada de lo que Gabe le había dicho lo había preparado para lo que veía-. ¡Oh, mi pequeña!

-Te aseguro que estoy bien. Parece peor de lo que es. Pensaba ir a verte dentro de un par de días.- “Cuando estuviera más presentable”, pensó mientras dirigía una mirada significativa a Gabe.

-Gabe hizo bien en contarme toda la historia. Toda la historia- repitió, mirándola a los ojos-. Por teléfono tú te saltaste muchos detalles, Kelsey.

“Otra clase de mentira- pensó ella-. Pecado de omisión.”

-Me pareció mejor. Sólo quería que supieras que yo estaba bien antes de leerlo en los periódicos. Y, como ves, estoy bien.

-Eso me han dicho.- Volvió a mirar a Gabe, luego clavó la vista por encima del hombro de Kelsey. Ella se apartó y quedó entre sus padres.

-Papá ha querido comprobar si realmente estaba bien- dijo.

-¡Por supuesto!- contestó Naomi asintiendo. Mantuvo las manos al costado del cuerpo-. Hola, Philip.

-Naomi, tienes un aspecto magnífico.

-Tú también.

-Bien.....- Kelsey buscó una frase para interrumpir ese momento tan incómodo-. Channing está en las caballerizas. ¿Quieres ir hasta allí, papá? Te gustará verlo trabajar, y él le encantará poder lucirse delante de ti.- Miró a Gabe con expresión indefensa.

-Estoy segura de que tienes ganas de caminar con Kelsey- intervino Naomi-. La verdad es que yo también estaba por ir a las caballerizas. Le diré a Channing que estás aquí.

-No, yo....-repuso Philip con incomodidad. Pero enseguida se rehizo-. En realidad, me gustaría hablar contigo..... si tienes tiempo.

-Está bien.

-¿Por qué no damos un paseo?- preguntó Gabe, tomando a Kelsey del brazo.

-No sé por donde empezar, Naomi. Gabe me lo contó todo. Todo- repitió Philip casi con desesperación-. Tuvo la bondad de esperarme cuando yo fui a ver a mi madre. Tenía que verla antes de venir- agregó.

-Lo comprendo.

-¿Lo comprendes?- En un gesto de infinito cansancio, metió los dedos bajo las gafas y se apretó los ojos.- Yo no puedo. No puedo entenderlo.¡ Todo lo que hizo, todo el dolor que causó! Y cuando la confronté con la verdad se mantuvo inflexible. Absolutamente inflexible- repitió, dejando caer las manos-. Considera que todo lo que hizo era necesario. Hubo pérdida de vidas humanas, pero ella no se siente responsable. Ni antes ellos ni ante ti.

-¿Y eso te sorprende?

Philip hizo una mueca de dolor.

-Sigue siendo mi madre, Naomi. A pesar de todo. He pensado en mil maneras de tratar de disculparme por lo que ellas y yo hicimos, pero ninguna de ellas sirve.- Se sacó las gafas, se volvió restregar los ojos y se las puso de nuevo-. Y el hecho es que no sé que decirte.

-Ya pasó todo, Philip.

-Te fallé hace muchos años.

-No. Hubo una época en que lo creí. Me ayudó, pero en realidad, no era cierto. Yo no era lo que tú querías que fuese. A pesar de todo lo que haya hecho, Milicent no es responsable de eso. Sólo es responsable de haberse asegurado de que tú lo notaras.

-Podría haber impedido que te encarcelaran.

-Sí, tienes razón

-Y lo que ha hecho ahora.....¡en contra de ti y de Kelsey!- Se le cortó el aliento al recordar la cara desfigurada de su hija-. ¡Dios mío, Naomi! ¡Ese hombre pudo haberla matado!

-Ella se protegió. Y me protegió a mí.- Estudió la expresión de dolor que se reflejó en los ojos de Philip, su sorprendida incredulidad-. Comprendo cómo te sientes en este momento. Hirieron a nuestra hija, Kelsey tuvo que defenderse y mató a un hombre. Y tú y yo nunca lo olvidaremos. Nunca olvidaremos quien puso en marcha esta cadena de trágicos acontecimientos. Tal vez eso sea bastante castigo para Milicent- agregó.

-No puedo hacer nada.....- La voz de Philip se quebró, vaciló-. Nada para resarcirte de lo sucedido.

-No tienes que hacer nada. A pesar de todo, Kelsey tiene lo que quiere y yo también.- Sonrió con suavidad-. Yo tengo todo lo que quiero. El criadero, un hombre que me ama, mi hija.....Tú hiciste maravillas con ella, Philip. Siempre supe que lo harías.

-Se parece mucho a ti.- Observó a la mujer que había sido su esposa. ¡Habían cambiado tantas cosas, y a la vez tan pocas!- Dios mío, Naomi, si pudiera hacer retroceder el tiempo y hacer algo....¡cualquier cosa!

-No puedes.- “Siempre ha sido tan justo, tan honorable”, pensó. Y en ese momento sufría porque no había justicia ni honor suficientes para borrar el dolor-. Cada uno de nosotros esperó del otro cosas que ninguno de los dos podía dar. Y

cometimos el errores, errores que utilizamos uno contra el otro, y que otra gente utilizó contra nosotros. Ambos fuimos víctimas de necesidades ajenas, Philip.

-Pero tú lo pagaste muy caro.

-También he ganado. Kelsey me quiere. Es así de simple y maravilloso. Así que dejemos el resto donde debe estar, en el olvido.- Respiró hondo-. ¿Sabes? Siempre me pregunté qué sentiría cuando volviera a verte.

-Yo también me lo preguntaba. ¿Qué sientes, Naomi?

-Que me alegro de verte, Philip.

-¿Crees que conviene que los dejemos solos tanto tiempo?

-Sí, creo que sí. Tienen viejos asuntos que arreglar.

-Pero....- Kelsey miró por encima del hombro. Su madre y su padre seguían de pie, muy separados-.Él parecía muy triste.

-Su mundo ha sido sacudido hasta los cimientos, pero ya volverá todo a su lugar. Tal vez no será lo mismo que antes, pero conseguirá rehacerse.

-Candace no le permitirá cavilar durante mucho tiempo. Gabe, ¿cómo se te ocurrió traerlo?

-Estamos cerrando un círculo antes de comenzar el nuestro- contestó él.

-Es algo que me gusta oír.- Inclino la cabeza y lo miró-. Eres muy inteligente, Slater. Y taimado al haberlo traído sin avisarme.

-Ir a verlo fue idea mía. Venir fue idea suya. Tiene necesidad de hacer las paces con Naomi.

-Lo logrará.- Kelsey sonrió para sus adentros. Después de todo era su cuento de hadas personal-. ¡Me encanta estar aquí!- murmuró-. Me gusta todo en este lugar. Piensa en los campeones que haremos, Gabe.

-¿Hablas de caballos?

Ella meneó la cabeza, lo miró y rió.

-No sólo de caballos. ¿Te parece bien?

-Me parece perfecto.

La alejó de las caballerizas y los peones y se encaminaron hacia las colinas, donde las yeguas pastaban con sus potrillos y los caballos corrían carreras con sus propias sombras.

-La primavera que viene nacerá un potrillo. La madre es de Three Willows y el padre de Longshot.- La tomó entre sus brazos-. Recuerdo el día que lo concibieron. Ese día te miré y quise que fueras mía.

-Y lo soy.- Le echó los brazos al cuello-. ¿Y ahora qué haremos?

-Tenemos un mazo de cartas nuevo- contestó Gabe palmeándose el bolsillo-. Puede suceder cualquier cosa.

-¿Cualquier cosa? De acuerdo.....- Atrajo la boca de Gabe hacia la suya-. Apostemos .

Fin